
SALMO VEINTISÉIS

Salmo de David, antes de ser ungido.

[*Salmus David priusquam liniretur*].

El libro primero de Samuel nos informa convenientemente sobre el marco histórico del presente título. En efecto, habiendo caído en desgracia a los ojos de Dios el rey Saúl, en presencia de su padre Jesé, David fue ungido rey de manos del santo profeta Samuel (1Sam 16,13). Este título, sin embargo, no habla de esta concreta unción, sino que hace referencia, antes bien, a aquella otra en que –una vez terminadas las persecuciones de Saúl– David fue elevado al reino por aclamación popular (2Sam 5,3), siendo como es un hecho manifiesto que él escribió el presente salmo como testimonio precisamente de tales acontecimientos. En efecto, si se quisiera entender que se trata aquí de aquella unción primera, en ningún lugar se lee que, anteriormente a ella, hubiese compuesto salmo alguno. Queda, por tanto, que convengamos en aceptar que la unción de la que aquí se habla es la segunda.

División del salmo

Como frecuentemente sucede, antes de que el reino fuese liberado de sus acérrimos enemigos, a lo largo de todo el salmo habla el profeta, diciendo, en la primera parte, que él teme al Señor, pero que de nadie más tiene miedo. Manifiesta, ahora bien, que –en medio de las adversidades del mundo– uno solo es su refugio y ello en modo tal que, aunque fuera sacudido por toda suerte de peligros corporales, él seguiría habitando en la casa del Señor con firmísimo sentimiento espiritual. En la segunda parte, liberado de múltiples males, eleva de diversos modos su acción de gracias y, con espíritu profético, se promete a sí mismo la esperanza de la felicidad futura. Queda, pues, que entendamos que éste es el segundo salmo de los que, por medio de los hechos de David, se significan los misterios futuros de Cristo el Señor.

Exposición del salmo

Verso 1.– **El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?** [*Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo?*].

Verso 2.– **El Señor es el defensor de mi vida, ¿de quién temblaré? Mientras se acercan contra mí los que hacen daño, para devorar mis carnes** [*Dominus defensor¹ vitae meae, a quo trepidabo? Dum appropiant super me nocentes, ut edant carnes meas*].

Verso 3.– **Mis enemigos, que me atribulan, ellos mismos fueron debilitados y cayeron** [*Qui tribulant me inimici² mei, ipsi infirmati sunt et ceciderunt*]. Prestemos atención, un poco más detenidamente, a estos tres versos, pues los tres se encuentran unidos por aquella famosa regla argumentativa, que los griegos conocen con el nombre de *epichirema*, y los latinos con el

¹TL., *defensor*; Vlg., *protector*.

²TL., *me inimici*; Vlg., *me et inimici*.

de *exsecutiones* o *approbationes* [exposiciones o pruebas]. Empleamos esta argumentación cada vez que nos proponemos probar un determinado asunto, sirviéndonos de un ejemplo dado. En efecto, la causa aquí propuesta se encuentra en el primer versículo y en la mitad del siguiente. Pues dice: **El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida, ¿a causa de quién temblaré?** En la otra mitad del segundo versículo y en tercero, introduce un ejemplo, es decir, que en modo alguno debe temblar, puesto que son, más bien, los perseguidores los que precisamente caen. Dice, en efecto: **Mientras se acercan contra mí los que hacen daño, para comer mis carnes. Mis enemigos, que me atribulan, ellos mismos fueron debilitados y cayeron.** Queda así totalmente acabada, de manera breve, dicha figura retórica que, como ya dijimos, es conocida con el nombre de *epichirema*. Sigamos ahora con la explicación de las palabras. Por todo lo anterior, el profeta proclama, lleno de júbilo, que a ningún hombre teme, porque su **luz** es el mismo Dios, mostrando que el miedo tiene siempre sus tinieblas, cuando viene puesta frente a él la *luz* superna. Sigue diciendo: **Y mi salvación.** En estas palabras se contienen todas las cosas, tanto la fortaleza del cuerpo como la salud del alma. En efecto, ambas son indicios de salud, puesto que evidentemente las dos soportan muy graves sufrimientos. **El Señor es el defensor de mi vida, ¿a causa de quién temblaré? Mientras se acercan contra mí los que hacen daño, para devorar mis carnes,** es decir, de ningún hombre tendré miedo. En efecto, había tenido temor de Dios, para no tener que temer ya a hombre alguno. Sigue: **El Señor es el defensor de mi vida.** Por sus acciones inicuas, muchos perdieron los dones, que habían recibido de Dios. Pero aquéllos que tuvieron al Señor por *defensor* nada perdieron en modo alguno. **¿A causa de quién temblaré?** Ésta es la pregunta y he aquí la respuesta: a causa de nadie. Es lo mismo que se dijo también un poco más arriba: *¿A quién temeré?* Indudablemente tales preguntas deben ser respondidas negativamente. Sigue diciendo: **Mientras se acercan contra mí los que hacen daño, para devorar mis carnes.** Se despliegan aquí los deseos de los atroces enemigos, que no sólo quieren eliminar, sino que, hirviendo de furor, ansían también devorar cruelmente la carne humana. Y de tal modo se exterioriza la ferocidad de dichos enemigos que, de nuevo, se repite la gracia de la liberación, pues añade: **Mis enemigos, que me atribulan, ellos mismos fueron debilitados, y cayeron.** Este versículo pende de lo dicho anteriormente. Corrobora, ciertamente, el hecho de por qué no tenía que temer a nadie. En efecto, si los perseguidores, que habían podido ser causa de temor, cayeron por tierra, ¿quién –pregunto– podrá causar temor?. Si son ellos, más bien, los que caen, ¿quién podría atacar?. Pero fijate bien en cómo estas palabras guardan un orden consecuente. Dice, en primer lugar, que **fueron debilitados**; afirma, después, que **cayeron**. Y observa que aquí se exponen brevemente los beneficios de los fieles, es decir: que no son ellos los oprimidos por los sufrimientos, sino que el desastre cae, por el contrario, sobre aquéllos que se corren a devorar la sangre de los inocentes.

Verso 4.– **Aunque acampen ejércitos contra mí, no temerá mi corazón** [*Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum*]. Completada la prueba de salvación, el profeta exulta lleno de alegría, sirviéndose de la preciosa figura retórica llamada *emphasis*, que, en latín, se dice *exaggeratio*, esto es, amplificación. Aunque ejércitos enteros avanzaran unidos contra él, no se debilitará la firmeza de su espíritu, no obstante, sea reacción natural que los hombres se llenen terror, al ver que muchos se reúnen para atacarlos.

Verso 5.– **Aunque se alce batalla contra mí, en esto yo esperaré** [*Si exurgat in me proelium, in hoc ego sperabo*]. Todo podría haber quedado en el mero hecho de asentar el campamento, pero sin intención de emprender la marcha para entablar combate. Sin embargo, sí se habla ahora de una **batalla** feroz y ello con el fin de poner de manifiesto que ni siquiera tiene miedo de aquello que los hombres consideran como una cosa terrible. **Aunque se alce**, es decir, aunque una súbita contienda –a modo de una violenta tormenta– bruscamente se levantara, en ello, antes bien, **esperaré** la victoria. En efecto, cuanto más recias son las batallas mayor aparece siempre la gloria del vencedor, pues el valor, que no haya sido puesto a prueba en el combate, permanece oculto, como en otro salmo ya se dijo: *En las tribulaciones me ensanchaste* (Sal 4,2). Pero se ha de considerar que este verso comienza del mismo modo que el verso anterior [89]. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *anaphora*, es decir, cuantas veces una misma palabra viene repetida al comienzo de uno de los hemistiquios de un determinado verso. Esto mismo aparecía también en los versos primero y segundo de este mismo salmo: *Señor, Señor*.

Verso 6.– **Una sola cosa³ he pedido del Señor, ésta buscaré** [*unam petii a Domino, hanc requiram*]. **Una sola cosa** dice que **ha pedido del Señor**. Pero veamos si se trata de *sólo una* y no –más bien– de todas. No cabe duda de que, según el número, la petición es una; pero, según su provecho, no deja de ser bien numerosa. Angosta es la súplica; ancho es el premio; la petición es breve, pero muy grande lo que de ella se obtiene. Por ello, es hábito de los hombres buenos pedir sólo la casa del Señor, en la que todos los dones están contenidos. Los malos, por el contrario, divididos por los deseos terrenales, al pedir la salud del cuerpo, al desear riquezas, al exigir la derrota de sus enemigos, se fatigan de tanto pedir y –las más de las veces– sólo obtienen cosas percederas.

Verso 7.– **Que yo habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, que yo vea la voluntad del Señor y sea protegido por su templo santo** [*Ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus⁴ vitae meae; ut videam voluntatem Domini et protegar a templo sancto eius⁵*]. Se trata sólo de una sola súplica, mas cuán alto es lo que pedía. Y fíjate bien en que ni ejércitos acampados ni entrados ya en combate infundieron temor alguno a aquél que se atrincheró dentro de tal baluarte. En efecto, ¿qué ciudades hay que se le asemejen?; ¿qué ejércitos más poderosos que el hecho de **habitar en la casa del Señor**, donde, con total seguridad, de nada humano, de nada diabólico puede sentir temor?. Y ello no sólo por espacio de un poco de tiempo, sino **por todos los días de su vida**. ¿Cuándo –pregunto– puede tener miedo aquél que tiene asegurada toda su vida?. Asimismo, **ve la voluntad del Señor** el que comprende sus preceptos, el que con todo su corazón se somete a su pureza. En efecto, el profeta pide **ser protegido por el templo** del cuerpo de Cristo, de donde recibe también la firmeza de la fe y la fuerza invencible de su defensa. Por la virtud del alma, había llegado, en efecto, a aquello que aún no veía con los ojos.

³Hebr., חַיֵּשׁ [una sola cosa]. La lengua hebrea carece del género neutro y lo suple por el femenino. Los LXX tradujeron literalmente *μὴν ἡτησάμην* [una he pedido], por lo que se debe sobrentender *δέησιν* [petición]. Así también Vlg.

⁴TL., *omnibus diebus*; Vlg., *omnes dies*.

⁵TL., *protegar a templo sancto eius*; Vlg., *visitem templum eius*.

Verso 8.– **Porque me ocultó⁶ en su tabernáculo; en el día de las desgracias me protegió en lo oculto de su tabernáculo; en la piedra me exaltó** [*Quoniam abscondit me in tabernaculo suo; in die malorum protexit me in abscondito tabernaculi sui; in petra exaltavit me*]. Estudiemos este versículo con un poco de más cuidado. Dice, en efecto: **Porque me ocultó en su tabernáculo en el día de las desgracias**, significando con esta expresión aquel tiempo en que, a causa de la persecución de Saúl, en muchos lugares, se escondía el profeta, dentro de abruptas cuevas y en lo más recóndito de los montes [1 Sam 22,1]. En verdad, fue esto para él un **tabernáculo**, porque su espíritu nunca llegó a alejarse de la piedad de la religión. Sigue: **Me protegió en lo oculto de su tabernáculo**. Acaba de decir más arriba: *Me ocultó*. Y ahora dice: **Me protegió**. *Ocultarse* es no mostrarse a los ojos de los que buscan; pero *ser protegido* es ser puesto a salvo de todo miedo y peligro. Dice: **En lo oculto de su tabernáculo**, es decir, en lo secreto de la Divinidad, a cuyo encuentro corría siempre el espíritu fiel, pues tenía allí el lugar, donde su contención de espíritu perduraba. Por su parte, la expresión: **En la piedra me exaltó** hace referencia a la encarnación del Señor, porque Cristo –la piedra angular, que reúne a los pueblos– nació de su semilla.

Verso 9.– **Pero ahora ha exaltado mi cabeza por encima de mis enemigos** [*Nunc autem exaltavit caput meum super inimicos meos*]. Tras haber hablado de los premios futuros, fruto de la encarnación del Señor, habla ahora de los premios presentes, en cuanto que ha sido liberado de sus enemigos carnales y espirituales. **Mi cabeza**. Bien nos parece entender estas palabras en el sentido del *ojo del espíritu*, que realmente es nuestra cabeza, ya que por él –al dar vigor– podemos ver. En efecto, damos corrientemente el nombre de *cabeza* a aquello que sobresale. **Por encima de mis enemigos**. Esta expresión significa los apetitos pecaminosos, por encima de los cuales se alza virtuosamente nuestro espíritu, cuando, por favor divino, conserva su pureza.

Verso 10.– **Daré vueltas⁷ e inmolaré en su tabernáculo víctima de júbilo; cantaré y salmodiaré al Señor** [*Circumibo et immolabo eius hostiam iubilationis⁸; cantabo et psalmum dicam Domino*]. Recorridos ya los dones que –tanto del futuro como del presente– reconoció haber recibido, de manera espléndida describe ahora su alegría. **Daré vueltas** dice, esto es: indagaré en mi interior con qué poder creó los cielos, fijó las estrellas, puso límites a los mares, dio solidez a la tierra y, con tan distinto poderío, llevó a término la obra entera del mundo. Y, después de haber acabado de *dar vueltas* dentro de sí a todas estas cosas, dice que **inmola en su tabernáculo víctima de júbilo**, esto es, que ofrece en su Iglesia un sacrificio de alabanza. En efecto, decimos **júbilo**, porque nos ayuda a alabar⁹, cuando –complacidos– nos disponemos a dar gracias con gozo sumo. Ya dijimos anteriormente que una cosa es **cantar** y otra **salmodiar**.

⁶Hebr., כִּי יִעֲבֹרָנִי [*porque me esconderá*], en sentido futuro, y lo mismo el verbo siguiente, יִסְתַּחֲנֵנִי [*me ocultará*]. Los LXX leen en aoristo: ἐκρυψέν με... ἐσκέπασέν με [*me ocultó... me cobijó*, respectivamente].

⁷Hebr. une esta expresión al verso precedente, leyendo así: וְעָתָה יָרוּם רֵאשִׁי עַל אֵיבֵי סְבִיבוֹתַי [*y ahora alzaré mi cabeza sobre mis enemigos que me cercan o que dan vueltas alrededor de mí*].

⁸TL., *Circumibo et immolabo eius hostiam iubilationis*; Vlg., *Circuivi et immolavi in tabernaculo eius hostiam vociferationis*.

⁹*iubilatio > iuvat laudare*

Cantar es entonar alabanzas sólo con la voz; *salmodiar* es proclamar la gloria del Señor, mediante el ejercicio de las buenas obras. *Cantar y salmodiar* es, pues, la misma **víctima de júbilo**.

Verso 11.– **Escucha, Señor, mi voz con la que clamé a ti; apiádate de mí y escúchame** [*Exaudi, Domine, vocem meam qua clamavi ad te; miserere*¹⁰ *mei et exaudi me*]. Llega a la segunda parte, en la que, por medio de la acción de gracias, presenta la ofrenda de la salmodia, que había prometido, uniendo así las cosas presentes con las pasadas. En efecto, **clamó**, cuando dijo: *Que yo habite en la casa del Señor todos los días de mi vida*. Y, habiendo dicho más arriba que ofrecía un sacrificio de júbilo, porque había obtenido diversos beneficios, ruega ahora, de nuevo, **ser escuchado**. No queda su deseo aún satisfecho, si no ruega esto con súplica abundante, porque de las cosas divinas nunca hay hartura, sino que cuanto más se saborea la dulzura de Dios con tanto más placer es apetecido, como en otro salmo también se dice: *Gustad y ved que el Señor es dulce* (Sal 33,9).

Verso 12.– **A ti dijo mi corazón: he buscado tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré**¹¹ [*Tibi dixit cor meum: Exquisivi vultum tuum; vultum tuum*¹², *Domine, requiram*]. El **corazón** expresa un deseo silencioso, que llega a oídos de la Divinidad más que las estruendosas voces de los pueblos, como se dice a Moisés: *¿Por qué sigues clamando a mí?* (Éx 14,15), como si, al hablar, nada transmitiera. Por esto dijo el hombre fiel *que su corazón hablaba al Señor*: porque ofrecía aquello que meditaba. Pero **busca el rostro** del Señor aquél que se conduce santamente. Sobre ello está escrito: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Repite, de nuevo, lo dicho anteriormente: **Tu rostro, Señor, buscaré**. Una sola cosa, ciertamente, pero una súplica llena de riqueza, pues conocía cuán precioso es lo que, con ardiente deseo, tan insistentemente pedía.

Verso 13.– **No apartes de mí tu rostro, ni te retires airado de tu siervo** [*Ne avertas faciem tuam a me, neque*¹³ *declines in ira a servo tuo*]. Trata de conseguir sus deseos de manera cauta y conveniente. En efecto, en el versículo anterior ha profesado que busca con anhelo el rostro del Señor. Y, puesto que no es potestativo del hombre obtener lo que desea, ruega que el Señor **no aparte** su **rostro**, algo que él con tan gran empeño pedía. En efecto, es don suyo conceder a sus hijos más fieles la contemplación de su rostro. Sigue diciendo: **Ni te retires airado de tu siervo**. Varias veces hemos dicho que por **ira** se entiende el tiempo del juicio, un vez llegado el momento de separar a los malos de los buenos. En efecto, se encoleriza el Señor contra aquéllos que infelizmente serán apartados para su condena. Ruega, por tanto, que el Señor **no se retire** de él, cuando –indulgente– muestre a los santos el rostro de su divina Majestad. El hombre carnal teme a Dios, ya para no perder la hacienda, a causa de los pecados, que endurecen

¹⁰TL., *clamavi ad te; miserere*; Vlg., *clamavi; miserere*.

¹¹Hebr., לָךְ אָמַר לִבִּי בִקְשׁוּ פָנַי אֶת־פְּנֵיךָ יְהוָה אֱבָרָךְ [A ti dice mi corazón: Buscad mi rostro. Tu rostro, Señor, buscaré]. Los LXX: σοὶ εἶπεν ἡ καρδία μου ἐζήτησεν τὸ πρόσωπόν μου τὸ πρόσωπόν σου κύριε ζητήσω [A ti ha dicho mi corazón: Ha buscado mi rostro. Tu rostro, Señor, buscaré].

¹²TL., *Exquisivi vultum tuum; vultum tuum*; Vlg., *Exquisivit facies mea, faciem tuam*.

¹³TL., *neque*; Vlg., *ne*.

el corazón, ya para no sufrir la pérdida de sus hijos [90], ya para que no mengüen sus riquezas, consistentes en oro y plata. El hombre santo, sin embargo, sólo teme a Dios, para no ser privado de su rostro.

Verso 14.– **Sé mi ayudador; no me abandones, ni me desprecies, Dios salvador mío** [*Adiutor meus esto, ne derelinquas me, neque despicias me, Deus salutaris¹⁴ meus*]. ¿Dónde están los que dicen que algo se debe aplicar a los méritos humanos?. Pide el rey y profeta, lleno de la gracia y bendición del cielo, que el Señor no lo abandone. Sabe efectivamente que, si Él lo abandonara, ninguna potestad podría gobernarlo. Y no le es suficiente pedir una sola vez, sino que, por dos veces, pide lo mismo. En efecto, **ser despreciado** es siempre algo propio del que está obligado por sus deudas; y no puede tener seguridad, sino aquél a quien lo mira el ojo apacible del juez.

Verso 15.– **Porque mi padre y mi madre me abandonaron; pero el Señor me acogió¹⁵** [*Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me; Dominus autem assumpsit me*]. Llama **padre** suyo a Adán, el primer hombre; **madre**, a su esposa Eva, de donde desciende la especie humana. En efecto, éstos lo abandonaron, dada la condición mortal, y no pudieron criarlo, en cuanto que fueron arrebatados de esta luz. Aunque bien es verdad que esto puede entenderse también con referencia a sus mismos progenitores, pues David abandonó la casa de su padre y de su madre, cuando fue elevado por el pueblo hebreo a lo más alto del reino. Sigue: **Pero el Señor me acogió**. *Lo acogió*, en efecto, al ocupar el lugar del verdadero padre. Es **padre**, porque crea, porque gobierna; es **madre**, porque da abrigo, porque amamanta a los más débiles y pequeños. Pero dice: **Me acogió**, esto es, tomándome de la vida privada, me estableció en el reino.

Verso 16.– **Instituye para mí la ley, Señor, en tu camino¹⁶, y dirígeme en la senda recta a causa de mis enemigos** [*Legem mihi constitue¹⁷, Domine, in via tua, et dirige me in semita recta propter inimicos meos*]. Ruega que establezca para él, más bien, aquella **ley** del Señor Salvador, por la que gratuitamente liberó a los deudores. En efecto, en aquel tiempo, la ley ya había sido dada a Moisés; pero se esperaba que habría de venir la ley del Señor, ley que es la que él pide **sea instituida** para él. **En tu camino**, es decir, en tu Cristo, que es el *camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). En efecto, viniendo Él, justamente tenía por cierto poder enseñarla y aseguraba llevarla a cumplimiento. Pero ya hemos dicho que la palabra **senda** hace referencia al entendimiento de las sagradas Escrituras. Ruega, por tanto, el profeta entender rectamente los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, y conocer en ellos la venida del Señor. **A causa de**

¹⁴TL., *salutaris*; Vlg., *salvator*.

¹⁵Hebr., כִּי־אָבִי וְאִמִּי עָזְבוּנִי וַיהוָה יִאֲסֶפֶנִּי [*porque mi padre y mi madre me abandonarán, pero el Señor me recogerá*]. Léase esto en el sentido de *aunque mi padre y mi madre me abandonaran...* Los LXX leen, también aquí, en tiempo pasado: ὁ πατήρ μου καὶ ἡ μήτηρ μου ἐγκατέλιπόν με ὁ δὲ κύριος προσελάβετό με [*Pues mi padre y mi madre me abandonaron, pero el Señor me ha llevado consigo*].

¹⁶Hebr., הֲרִנֵּנִי יְהוָה דְרָכֶךָ [*Enseñame, Señor, tu camino*]. Los LXX: νομοθέτησόν με κύριε τῆ ὁδῶ σου [*Legíslame, Señor, en tu camino*].

¹⁷TL., *Legem mihi constitue*; Vlg., *Legem pone mihi*.

mis enemigos, o sea, a causa de los herejes o incrédulos judíos, quienes con perversa intención se esforzaban en interpretarlos torcidamente.

Verso 17.— **No me entregues a las almas de los que me persiguen, porque se han levantado contra mí testigos inicuos y su iniquidad ha mentido para sí misma**¹⁸ [*Ne tradideris me in animas persequentium*¹⁹ *me, quoniam insurrexerunt in me testes iniqui, et mentita est iniquitas sibi*]. En sentido histórico, esto puede entenderse con referencia a Saúl, que con odio acérrimo perseguía a David. Pero, puesto que era rey y no podía realizar él solo lo que ordenaba, oportunamente se ha empleado aquí el número plural. De manera semejante, allí donde se lee que Doeg —el edomita— lo traicionó, se emplea también el número plural: *testigos inicuos*. Pudo, en efecto, suceder que, cuando este tal Doeg acusó a David ante el rey Saúl, su intención hubiese sido la de probar sus palabras, valiéndose de otros testigos. Por tal razón, se entendería aquí convenientemente empleado el número plural, en cuanto que nadie podía ser acusado con validez legal sólo por el testimonio de una única persona. **Testigos inicuos** fueron, por tanto, Doeg —el edomita— y otros semejantes a él, que refirieron a Saúl que David había sido recibido por el profeta Ajimélek y que le había entregado la espada y los víveres [1Sam 22,9.13], lo cual puso de manifiesto el rey, ordenando la muerte del sacerdote y sus hijos [1Sam 22,18]. **Han mentido**. Mintieron, en efecto, al decir que David había sido aconsejado contra el rey Saúl y que el sacerdote había consultado al Señor en favor de aquél [1Sam 22,10]. El libro de los Reyes habla todavía más extensamente sobre todo este asunto (1Sam 22). Pero, bien añadió: **Para sí**, porque recibió el castigo de su propia mentira el que puso todo su empeño en dar testimonio falso. O —como otros dicen— es característica propia de la Escritura divina el empleo del número plural en lugar del singular; e inversamente el número singular en lugar del plural, como se lee sobre Herodes, una vez que ya había muerto: *Han muerto los que buscaban la vida del niño* (Mt 2,20); o lo que se le dijo a Moisés acerca del faraón: *Porque han muerto los que buscaban tu vida* (Éx 4,19).

Verso 18.— **Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los que viven**²⁰. **Espera en el Señor** [*Credo videre bona Domini in terra viventium. Exspecta Dominum*]. Después de haber suplicado al Señor, de diferentes maneras, no ser entregado a los perseguidores, vuelve al auxilio de su firme confianza y se promete a sí mismo **ver los bienes en la tierra de los que viven**, es decir, en la vida futura, donde están los bienes sempiternos. Y, con toda propiedad, ha dicho que aquélla es la *tierra de los que viven*, porque ésta es la tierra de los que mueren. Los oradores dan a este modo de argumentación el nombre de *colectivo*, porque de lo escrito se colige aquello que no está escrito, con el fin de ensañar de este modo que lo no escrito es como si

¹⁸Hebr., וַיִּפֹּחַ הַמָּוֶט [y que respiran violencia]. Los LXX: καὶ ἐψεύσατο ἡ ἀδικία ἑαυτῆ [y ha mentido la injusticia por sí misma].

¹⁹TL., *persequentium*; Vlg., *tribulantium*.

²⁰Hebr., lee: לֹאֵל הַיְמִינִי לְרֵאוֹת בְּטוֹב־יְהוָה [¡Ay, si no creyese que he de ver la bondad del Señor en la tierra de los vivientes!]. Los LXX: πιστεύω τοῦ ἰδεῖν τὰ ἀγαθὰ κυρίου ἐν γῆ ζώντων [Creo ver las cosas buenas del Señor en la tierra de los vivos]. San Agustín, comentando este verso, exclama ¡Oh bienes deleitables del Señor, inmortales, incomparables, eternos, inmutables! ¿Y cuándo os veré, oh bienes del Señor? Espero verlos, pero no en la tierra de los que mueren. *Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivos* (S. AGUSTÍN, o.c., vol. 2, págs. 288-289).

efectivamente hubiese sido escrito. Cree éste también que de los beneficios precedentes le habrán de venir los premios futuros. Pero la Escritura divina menciona propiamente la **tierra de los que viven**. Añade: **Espera al Señor**, es decir, espera a Aquél que nunca deja de cumplir lo que promete, Aquél que no anota en cuenta nada de lo que concede, como dice el apóstol Santiago: *El que da a todos abundantemente y no lo echa en cara* (Sant 1,5).

Verso 19.– **Compórtate virilmente, que se reconforte tu corazón y sostente en el Señor** [*Viriliter age, et confortetur cor tuum, et sustine Dominum*]. Pues, en el versículo anterior, afirmaba que habría de ver los bienes del Señor, dice ahora cómo podrá verlos. Dice, por tanto: **Compórtate virilmente**. No creemos, sin embargo, que dicha exhortación vaya destinada sólo a los varones, sino que incluye también a las mujeres. En efecto, también los varones, cuando se ablandan, adoptan maneras femeninas y las mujeres, en cambio, se hacen viriles, cuando perseveran, con propósito firme, en aquello que es bueno. Sigue: **Que se reconforte tu corazón**, de modo que no murmures, como quien está fatigado, y no desesperes, cuando llegue a apretar el cansancio. Antes al contrario, con ánimo lleno de confianza y seguridad, **espera al Señor**, que no se retracta de lo prometido. Ahora bien, *sostente* y *espera* son dos exhortaciones, dirigidas al perfecto cristiano, como queriéndole recordar: *Sostente*, porque sufres; *espera*, porque crees.

Conclusión del salmo

Entre las múltiples y crueles angustias, el muy venerable profeta declara, de manera manifiesta, qué hemos de desear, esto es: intentar, por todos los medios, habitar en la Iglesia de Cristo. Escuchando esto –bien abiertos los oídos– roguemos con súplicas incesantes, porque nada pudo decirse con más brevedad ni obtenerse con más abundancia. Pero, por otra parte, con respecto al número del presente salmo –y también de otros, que siguen– ninguna razón particular hemos podido encontrar. Esto es, ningún hecho concreto hallamos en las Escrituras, que se adecue convenientemente a los números veintiséis, veintisiete y veintiocho. Con todo, dejamos para los estudiosos que, conforme a los ejemplos ya ofrecidos, al no hallar la razón buscada en la cifra, tomada en sí misma, prueben a ver qué encuentran, dividiéndola en dos o tres veces. Por ejemplo: repártase el número veintiséis en veinte y en seis; y el veintisiete, en tres y en nueve. Una vez repartidas así las cifras, tal vez, se podría dar con explicación plausible. En efecto, ¿qué importancia puede tener el hecho de que los vasos de los salmos tengan la capacidad de dos o tres metretas?. Ahora bien, caso de por este procedimiento tampoco encontraras nada satisfactorio, sí conviene creer [91] que el Creador del cielo y de la tierra, que –como está escrito– todo lo hizo *conforme a peso, número y medida* (Sab 11,21), distribuyó inequívocamente sus obras y sus palabras, según las cualidades de los diferentes números. En efecto, no porque a nosotros nos sea imposible contar las gotas del agua de lluvia, o porque las estrellas del cielo o la arena de las playas sean innumerables a nuestros ojos, se puede decir que también para Él sean incontables. Efectivamente, aunque la experiencia nos diga que, para nosotros, existen cosas ocultas, el poder divino, sin embargo, las conoce todas de manera perfecta. Queda lo que fijaron nuestros mayores: que creamos que, en los números fijados y definidos, convienen las cualidades propias de todos los salmos.

SALMO VEINTISIETE

Salmo para el mismo David.

[*Psalmus ipsi David*].

Hemos dicho ya que el nombre de **David** significa *fuerte de mano*¹. Y, ¿cuándo tal nombre ha debido imponerse, sino cuando son referidos los gloriosos combates de la pasión del Señor?. *Fuerte de mano* es, ciertamente, Aquél que, mediante su sufrimiento, postró al príncipe de las tinieblas; el que, muriendo, venció a la muerte; el que, por la entrega de su crucifixión, liberó de su cautiverio al género humano. Pero, al decir: **Para el mismo**, pone de manifiesto que ningún otro puede entenderse, sino el mismo Mediador –Cristo el Señor–, que es el que a lo largo de todo este salmo, toma la palabra. Habla, orando, según la humildad de la carne asumida; habla, dando a conocer las penas, que merecen los perseguidores, no por el deseo propio de una mala voluntad, sino en cuanto confirmación de castigo. Se ha de recordar, por tanto, que este salmo es el tercero de los que brevemente conmemoran la pasión y resurrección del Señor.

División del salmo

En cuanto que es hombre, Cristo el Señor ruega, en la primera parte, que su oración sea escuchada en el tiempo futuro de la pasión. Da gracias, en la segunda, porque ha sido escuchado en sus súplicas, añadiendo, al terminar el salmo, que así como, por el poder de su Divinidad, ha sido Él resucitado, así sea salvado también el pueblo, que habrá de creer en su nombre.

Exposición del salmo

Verso 1.– **A ti, Señor, clamé; Dios mío², no guardes silencio acerca de mí** [*Ad te, Domine, clamavi³; Deus meus, ne sileas a me*]. Cristo el Señor clama al Padre en el tiempo de la pasión, a fin de que *no guarde silencio* acerca de Él, esto es, para que no deje sin protección al que suplica⁴, sino que, antes al contrario, le quiera responder. Muy elegante es también la variedad de las palabras. **Clama** el hombre, para que Dios **no guarde silencio**, porque con nuestro silencio Él calla; y, al descuidarnos nosotros de nosotros mismos, no se nos tiene en la memoria. Por el contrario, si –ayudándonos Dios– nosotros miramos, también Él mira; si clamamos, Él escucha; si amamos, somos amados.

Y seré semejante a los que desciende al lago [*Et ero similis⁵ descendentibus in lacum*]. Es decir, si Tú callas, yo seré semejante a los que habitan en la profundidad de este mundo. Este mundo es, en efecto, como cierto **lago** del que, al contemplarlo, se experimenta una sensación

¹HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 858).

²Hebr., אֱלֹהֵי יְהוָה אֶקְרָא צוּרִי [a ti clamaré, Señor, roca mía]. Los LXX: πρὸς σέ κύριε ἐκέκραξα ὁ θεός μου [*Hacia ti he clamando, Dios mío*].

³TL., *clamavi*; Vlg., *clamabo*.

⁴TL., in textu: *petenti* [*ed., patienti*].

⁵TL., *similis ero*; Vlg., *assimilabor*.

agradable y tranquila, pero del que se ignoran las profundidades y abismos, que están debajo. Por eso precisamente se llama *lago*, porque bajo él está oculta⁶ la tierra. Ruega, por tanto, la humanidad del Verbo no **ser hecho semejante** a los demás hombres, porque, aun habiendo asumido la condición común de la carne, sin embargo, unida ésta a Dios, ha merecido la excelencia sobre todas las criaturas. De ella dice el Apóstol: *Pero, ¿a qué ángel dijo alguna vez: Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy?* (Heb 1,5). O, tal vez, el nombre de *lago* se debe al sepulcro, donde, una vez concluida la pasión, estuvo reposando el Señor.

Verso 2.– **Escucha, Señor, la voz de mi súplica, cuando oro a ti; cuando levanto mis manos hacia tu templo santo**⁷ [*Exaudi, Domine, vocem*⁸ *deprecationis meae dum oro ad te, dum extollo manus meas ad templum sanctum tuum*]. Significa el tiempo de la sacratísima pasión y ruega que sea escuchada su oración, como hizo también antes de ser entregado. En efecto, apartándose de los discípulos, se alejó un trecho y oró, diciendo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no como yo quiero, sino como quieres tú* (Mt 26,39). Pero la expresión: **Hacia tu templo santo** podría quizá entenderse –es parecer mío– con relación a aquella costumbre del pueblo hebreo, al que se le había mandado que, en cualquier lugar donde se llegase a establecer, orara siempre en dirección hacia a aquella parte donde estaba situada Jerusalén, como leemos que acostumbraba hacer Daniel, tres veces al día, durante su permanencia en Babilonia (Dan 6,11), y que necesario era que hiciese también Cristo el Señor, que *no había venido para abolir la ley, sino para darle cumplimiento* (Mt 5,17). O, posiblemente, dicha expresión –*hacia tu templo santo*– podría entenderse también como referida al cielo, cosa que los hombres, cuando oran, suelen hacer. Efectivamente, es deseo propio de los que suplican que, aun no poniendo en duda que Dios está en todas partes, confían plenamente en que el auxilio les viene del cielo. De ahí que también nosotros, en la oración dominical, decimos: *Padre nuestro, que estás en los cielos* (Mt 6,9). No es, pues, un desatino entender *templo* por cielo, siendo así que las divinas páginas nos enseñan que el *cielo es la sede del Señor* [Is 66,1].

Verso 3.– **No entregues mi alma a una junto con los pecadores, y no me pierdas con los que obran la iniquidad** [*Ne simul tradas cum peccatoribus animam meam, et⁹ cum operantibus iniquitatem ne perdas*¹⁰ *me*]. Porque sabía que iba a morir, con razón, pedía que su alma, entregada a los infiernos, no se mezclara **junto con los pecadores**, o que no tuviera parte alguna con **los que obran la iniquidad**. Pero, de manera absolutamente saludable, pide Él esta separación, a fin de alentar nuestra esperanza a tener los mismos deseos. En efecto, haciendo así, trata de evitar –suplicante– que el hombre se aleje de Él. ¿Dónde están los que consideran que Cristo no tuvo un alma?¹¹. Por eso, me da a mí la impresión de que o bien no leen estas cosas o de que, caso de haberlas leído, las han olvidado ya por completo.

⁶Lacus > lateo.

⁷Hebr., אֶל־דְּבַיִר קְדֻשָׁךְ [al oráculo de tu santidad]. Los LXX: πρὸς ναὸν ἁγίον σου [hacia tu templo santo].

⁸TL., *Exaudi, Domine, vocem*; Vlg., *Exaudi vocem*.

⁹TL., *tradas cum peccatoribus animam meam, et*; Vlg., *tradas me cum peccatoribus, et*.

¹⁰TL., *perdas*; Vlg., *perdideris*.

¹¹El error de Apolinar, como se dirá también en el comentario al Sal 29,3.

Verso 4.– **Con los que hablan de paz con su prójimo, pero las cosas malas están en sus corazones** [*Cum his qui*¹² *loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem sunt in cordibus eorum*]. Se refiere a los judíos, que –tentándolo– le decían: *Sabemos que has venido de Dios como maestro* (Jn 3,2). Por tanto, en sus labios había paz; pero, en el corazón, maldad. Esta figura recibe el nombre de *ironía*, es decir, irrisión, cuantas veces se dice algo en tono laudatorio, pero dando a entender, más bien, cierta intención burlesca. **Con su prójimo**. Se refiere a sí mismo, en cuanto que, según la carne, estaba unido a ellos por el mismo origen. Con razón, eran éstos maldecidos, pues con toda maldad procuraban la perdición del *prójimo*.

Verso 5.– **Dales, según sus obras y conforme a la maldad de sus mismos deseos** [*Da illis secundum opera eorum*¹³, *et secundum nequitiam studiorum*¹⁴ *eorum*]. Ciertamente, los judíos obraron el mal de manera consciente; pero, sin pretenderlo, hicieron el bien, es decir, condujeron a Cristo a la muerte, por la cual la misma muerte tendría su fin; derramaron su sangre, con la que serían lavados los pecados del mundo. Pide, por tal razón, que **se les dé, según sus obras**, es decir, según su voluntad, en cuanto que cada uno actúa, según quiere. En efecto, a menudo, también obran lo bueno los que pretenden causar daño. Tal es el caso del diablo, que al tiempo que impone a los inocentes penas de muerte, conduce a los mártires a recibir sus coronas. Al decir: **Conforme a la maldad de sus mismos deseos**, ha expresado también lo dicho más arriba, o sea: dañar, según la maldad de su intriga, al que no hace daño y determinar entregar a la muerte al que había venido, para salvarlos.

Verso 6.– **Según las obras de sus manos, retribúyelos; devuélveles a ellos su propia retribución** [*Secundum operationes*¹⁵ *manuum eorum retribue*¹⁶ *illis; redde retributionem eorum ipsis*]. Cuatro son las clases de **retribuciones**. La primera de ellas es, cuando los hombres devuelven un mal por otro mal. Así fue como los judíos *retribuyeron* a Cristo, al decretar la crucifixión de quien había venido, para salvarlos. La segunda es devolver un bien por otro bien, como cuando dice Dios a sus elegidos: *Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo* (Mt 25,34). Es la tercera devolver un mal por otro mal, como será el día aquel en que diga a los impíos: *Id al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25,41), según lo que está escrito: *La medida con que hubiereis medido, con ella misma seré medidos vosotros* (Lc 6,38). La cuarta, cuando retribuye lo que aquí dice –es decir, bien por mal–, de manera que quienes se destacaron como perseguidores, una vez convertidos, se hagan luego partidarios favorables. Pero todas estas cosas, dichas con relación a sus enemigos, no están motivadas por malvados deseos, sino que tienen su fundamento en el conocimiento previo de lo que acontecerá en el futuro. Dice, en efecto, en el Evangelio: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34). Ahora bien, ambas cosas tienen su inspiración en la piedad. En efecto, el sentido de las amenazas es infundir temor aquí, con objeto de evitar que, con incurable arrogancia, lleven a término sus delitos. Pero ora allí, cuando padece,

¹²TL., *Cum his qui*; Vlg., *qui*.

¹³TL., *eorum*; Vlg., *ipsorum*.

¹⁴TL., *studiorum*; Vlg., *ad inventionum*.

¹⁵TL., *operationes*; Vlg., *opera*.

¹⁶TL., *retribue*; Vlg., *tribue*.

para que sus corazones se encaminen a la penitencia. Y no carece de importancia el hecho de que tan a menudo vuelva sobre el sentido del miedo. Su finalidad es que, a la vista de la ardiente vehemencia de amenaza tan terrible, puedan ser salvados los corazones de piedra.

Verso 7.– **Porque no comprendieron las obras del Señor, y no meditaron en la obra de sus manos ; los destruirás, y no los edificarás**¹⁷ [*Quoniam non intellexerunt opera Domini, et in opera manuum eius non consideraverunt; destrue illos, nec*¹⁸ *aedificabis eos*]. Insiste en la idea anterior. Dice, en efecto, que tal es la razón por la que debe serles entregado: **Porque no comprendieron las obras del Señor**. Ciertamente, su **obra** fue enseñar al pueblo el camino de la verdad y de la fe, así como –por el misterio de la santa encarnación– reconciliar al hombre con Dios, de suerte tal que, en virtud de la venida del Señor, la naturaleza humana pudiera elevarse hasta el lugar aquel a donde de ningún modo podía llegar, estando como estaba realmente corrompida. Y, para que la mente obstinada creyera en el Hijo de Dios, que enseña las cosas verdaderas, dio también confirmación de esto, mediante la prueba poderosa de ingentes milagros, a fin de que entendieran los judíos que un hombre común y corriente no podía realizar aquello que, con toda evidencia, podía comprobarse que era obra del poder de Dios. Aquellos insensatos, sin embargo, al tiempo que lo consideraban meramente un hombre, sostuvieron hasta el final que era sobremanera blasfemo que fuese llamado Hijo de Dios. Sigue: **Y no meditaron en la obra de sus manos**. Ciertamente, pues, si hubiesen meditado en ella, lejos de sentir desprecio, habrían sentido temor; habrían hecho lamentaciones, en lugar de escupirle; lo habrían adorado y no crucificado. De hecho, un sacrilegio tal no pudo ser perpetrado, sino por aquéllos que perdieron radicalmente el conocimiento de la verdad. En efecto, Dios **destruye** a unos para su corrección; rechaza a otros para su perdición. *Destruyó* a Pablo, para volver a hacerlo mejor, para convertirlo de perseguidor en apóstol. Pero al impío faraón, al no haber querido creer, muy a pesar de tan grandes maravillas, lo sumergió el Altísimo, para que de este modo pereciera. Dice, por tanto, que **sean destruidos**, de tal modo que **no puedan ser edificados** de nuevo.

Verso 8.– **Bendito el Señor, porque ha escuchado la voz de mi súplica** [*Benedictus Dominus, quoniam exaudivit vocem deprecationis meae*]. Sabedor de que cuanto pedía habría hallado su cumplimiento, entra en la segunda parte, dando gracias por haber sido vengado de sus enemigos, aun cuando todavía en ninguna parte existiesen. Esta figura literaria recibe el nombre de *prolepsis*; en latín, *praeoccupatio* [ocuparse anticipadamente de algo], es decir, cuando cosas, aún por venir, se consideran como si ya hubiesen sucedido. Pero veamos qué signifiquen estas palabras: **Bendito el Señor, porque ha escuchado**, siendo así que el Señor es **bendito** también en el caso de que no escuchase. Llamamos, sin embargo, *bendito* a aquél al que damos gracias, esto es, cuando lo bendecimos. Y adecuadamente ha dicho, de este modo, que es bendito Aquél que se ha dignado escuchar.

Verso 9.– **El Señor es mi ayudador y mi protector; y en Él ha esperado mi corazón,**

¹⁷Hebr. lee estos dos verbos en tercera persona: **וְיִהָרְסוּם וְלֹא יִבְנֶינָם** [*los destruirá, y no los edificará*]. No así los LXX, que emplean la segunda: *καθελεῖς αὐτοῦς καὶ οὐ μὴ οἰκοδομήσεις αὐτούς* [*los derribarás y ya no los edificarás*].

¹⁸TL., *manuum eius non consideraverunt; destrue illos, nec; Vlg., manuum eius destrues illos, et non.*

y he sido ayudado [*Dominus adiutor meus et protector meus; et in ipso speravit cor meum, et adiutus sum*].

Verso 10.– **Y volvió a florecer mi carne, y por mi voluntad lo confesaré**¹⁹ [*Et refluuit caro mea, et ex voluntate mea confitebor illi*²⁰]. La palabra **ayudador** tiene que ver con los peligros de la vida, peligros que –gracias a su ayuda– logró superar. Es **protector**, porque con su defensa lo fortaleció contra las insidias del diablo. Pero dice, una vez realizadas estas cosas, que con fidelidad **ha esperado en el Señor**. En efecto, mediante las palabras **mi corazón**, está indicando lo más recóndito del alma, que es el sacrificio de justicia. Dice también nuevamente: **He sido ayudado**, en modo de expresar así que con cuantos más obstáculos tropezaba el piadoso sentimiento religioso tanto más se acrecía la grandeza de quien salía en su ayuda. Pero bien dijo: **Y volvió a florecer mi carne**. *Volvió a florecer*, porque antes también había florecido, cuando –como belleza singular de una hermosísima flor– brotó de la Virgen inmaculada, según se lee en el profeta Isaías: *Y una flor subirá de su raíz* (Is 11,1). Por tanto, **floreció** significa *resucitó*, como si dijera: Con admirable belleza se elevó hacia las áureas etéreas. Continúa diciendo: **Y por mi voluntad lo confesaré**, es decir, después de la resurrección, cuando la naturaleza humana haya sido liberada de la corrupción y conducida –permaneciendo en la unidad del Verbo– a una gloria inestimable.

Verso 11.– **El Señor es la fortaleza de su pueblo y protector de los salvados de su Cristo** [*Dominus fortitudo plebis suae, et protector salutarium*²¹ *Christi sui est*]. Breve, pero magnífica definición. ¿Quién es el **Señor**? Y la respuesta: **la fortaleza de su pueblo**. Y ello con razón, pues con su auxilio se supera toda clase de adversidades. Es también **protector**, porque a su pueblo lo guarda y lo libra de los males inminentes. Añade: **De los salvados**, como si dijera, de los justos, de quienes el Señor es la salvación. Pero, justamente, dice también: **De su Cristo**, para que entiendas que es Hijo de Dios. En efecto, *cristos* eran llamados también aquéllos que eran dignificados, bien por la unción real o por el honor sacerdotal.

Verso 12.– **Salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu heredad; gobiérnalos y levántalos por siempre** [*Salvum fac populum tuum, Domine, et benedic haereditatem tuam; et rege eos, et extolle eos usque in aeternum*]. La humanidad del Verbo ruega en favor de su pueblo, por el cual la ha asumido, para que, mediante un sincero arrepentimiento, fuese **salvado** en este mundo, en el que se hallaba expuesto a las insidias de los judíos. Pero la expresión: **Bendice a tu heredad** se refiere al juicio futuro, donde se escucharán las palabras: *Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el inicio del mundo* (Mt 25,34). Y, para dar prueba con mayor evidencia de la caridad, que ordenó, pide de nuevo que **gobierne** en este mundo a los pueblos fieles, de manera que sus apetencias no vayan en pos de las cosas carnales y no elijan los caminos de la perversión, sino que –iluminados por su gobierno– rehúsen participar en la sociedad de los impíos. Añade: **Levántalos**, para que –por el conocimiento de las Escrituras y la santidad de las obras– avancen con voluntad digna de alabanza, de suerte que, purificados de

¹⁹Hebr., וּמִשִׁירֵי אֲדוֹרְנִי [y de mi cántico lo alabaré]. Los LXX: καὶ ἐκ θελήματός μου ἔξομολογήσομαι αὐτῷ [y de mi voluntad lo alabaré].

²⁰TL., *illi*; Vlg., *ei*.

²¹TL., *salutarium*; Vlg., *salvationum*.

las culpas terrenales, sean conducidos a la cima de los premios eternos. Y pide que esto se realice **por siempre**, es decir, a lo largo de la entera duración este mundo, donde se suceden los siglos, hasta llegar a aquel siglo eterno, el cual –dado que no tiene fin– por ninguno otro puede ser reemplazado.

Conclusión del salmo

Has escuchado con qué piedad ha concluido este salmo. Ha rogado por nosotros Aquél ante el cual los ángeles oran. El Juez de todas las criaturas es nuestro abogado. Y, para que nosotros pudiésemos ser rescatados de la muerte, Él –a cambio– eligió morir. Se ha completado en este salmo [93] la regla predicha de la pasión del Señor. Oró, antes de ser entregado; habló luego de su crucifixión y de su resurrección; intercedió, finalmente, por los fieles, a fin de que los que merecieron creer en Él, pudieran gozar de la bendición perpetua.

SALMO VEINTIOCHO

Salmo de David. Cuando concluyó la construcción del tabernáculo¹.

[*Psalmus David in consummatione tabernaculi*].

Puesto que las palabras **Salmo de David** ya nos son conocidas, centremos nuestra atención en entender las que siguen: **Cuando concluyó la construcción del tabernáculo**. Esta expresión significa la realización acabada de la Iglesia católica, la cual consta que ya ha sido edificada, a lo largo y ancho de todo el orbe de la tierra. En efecto, con el nombre de **tabernáculo** se pone de manifiesto la Iglesia, establecida en este mundo, la cual, en su lucha contra los vicios carnales, recibió con todo merecimiento el nombre de *tabernáculo de campaña*. Por tal razón, tras la edificación universal de la Iglesia, canta el profeta este precioso salmo en honor del dogma cristiano, para alabanza del Espíritu Santo, de manera que –pues empresa tan grande había sido llevada a cabo por la santa predicación de los profetas y apóstoles– sea ahora convenientemente embellecida, merced a sus propias alabanzas. En efecto, todo el salmo está lleno de la alabanza al Espíritu Santo, esparciendo también, por medio de alusiones diversas, las loas de su Majestad. Esto es lo que los oradores llaman *género demostrativo*, o sea, cuando, mediante una determinada descripción, alguien es mostrado y dado a conocer. Pero, ¿quién podría, de manera adecuada, decir algo acerca de Él, a no ser que Él mismo se dignara a hablar sobre su persona?.

División del salmo

Comoquiera que el bienaventurado David conociera ya que, por el don del Espíritu Santo y por la obra de los profetas y apóstoles, los confines todos del mundo serían conducidos a la fe católica –como dice el apóstol Pedro: *Porque en ningún tiempo fue dada la profecía por voluntad*

¹Hebr. dice solamente מְזֻמָּר לְדָוִד [Salmo de David]. Las demás palabras del título las desconoce.

del hombre, sino que los hombres santos de Dios hablaron movidos por el Espíritu Santo (2Pe 1,21)—, en un primer momento, dirige la palabra a las gentes, en general, para que, con espíritu religioso, ofrezcan sacrificios. Presentando, en segundo lugar, un relato dividido en siete partes y sirviéndose de diferentes citas bíblicas, va enumerando con gran despliegue de alabanzas las virtudes del mismo Espíritu Santo, es decir, aquello que, mostrado con citas abundantes, resulta evidente que, de manera especial, se refiere a Él. Pero, para que conozcas que uno solo es el poder del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en tercer lugar, dice que la Trinidad habita en el santo bautismo, y que Dios da la virtud y la bendición al pueblo cristiano, que hubiere renacido de Él.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Traed al Señor, hijos de Dios; traed al Señor hijos de carneros²; traed al Señor gloria y honor³** [*Afferte Domino, filii Dei; afferte Domino filios arietum; afferte Domino gloriam et honorem*]. Viendo el profeta en espíritu —según fue predicho— que la multitud de las gentes había de abrazar la recta fe y que, en el mundo entero, una sola confesión las uniría a todas ellas, fue conveniente alentar al pueblo, ya a punto de creer, a que mostrara el afecto de su fe, mediante el ofrecimiento de piadosos sacrificios. Así, pues, invita a ello a los **hijos de Dios**, o sea, a los que han sido hechos hijos suyos, por medio de la gracia de la regeneración, como dice el evangelista Juan: *Les dio potestad para hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre* (Jn 1,12). Pero, aunque toda la Trinidad sea un único Dios y no haya en Ella distinción alguna en cuanto a Majestad o naturaleza, no obstante todo, en diversos lugares de las santas Escrituras se expresa aquello que mejor se adapta a cada una de las tres Personas. Ahora bien, en el presente caso, debemos entender, de manera particular, a Dios como Espíritu Santo, a cuya alabanza exhortó el profeta con motivo de la terminación del tabernáculo. Pero observa que, en primer lugar, sin decirles qué habían de ofrecer, se les invita a que **traigan**, es decir, a que ofrezcan sus mismos corazones, resplandecientes por la pureza, ofrenda ésta que el Señor acepta por encima de todos los demás sacrificios. Sigue: **Traed al Señor hijos de carneros**. Por **carneros** debemos entender aquí a los apóstoles, quienes —como pastores de rebaños— condujeron al pueblo cristiano a los apriscos del Señor. Dice que se han de ofrecer **hijos de carneros**, esto es, aquéllos que engendraron los apóstoles, merced a su recta predicación, no aquellos otros que fueron hallados extraños, debido a la maldad de lo que enseñaban. Y de este modo, con justicia, los apóstoles son comparados con los *carneros*, porque éstos son animales dotados de gran fuerza en su testuz, de la que de continuo se sirven, para arremeter contra cualquier clase de objetos. Esto es lo que, con su predicación, hicieron también los apóstoles, los cuales —por decirlo de algún modo— con la testuz firmísima de la palabra divina quebrantaron las diversas supersticiones e ídolos de la gentilidad. En efecto, el carnero es llamado así, porque embiste con la testuz. Sigue diciendo: **Traed al Señor gloria y honor**. Se nos advierte aquí que, de manera especial, de ninguna afrenta

²Hebr., בְּנֵי אֱלֹהִים [*hijos de Dios*], posible referencia a israelitas ilustres, hijos hombres insignes, fuertes y poderosos, tales como Abrahán, Isaac, Jacob. Los LXX: υἱοὶ θεοῦ [*hijos de Dios*].

³Hebr. dice: הָבֵנוּ לַיהוָה כְּבוֹד וְעֹז [*Ofreced al Señor gloria y poder*]. Extraña, sin embargo, que los LXX, seguidos de Vlg., hayan añadido ἐπέγκατε τῷ κυρίῳ υἱοὺς κριῶν [*ofreced hijos de carneros*]. Quizá la explicación se encuentre en lo dicho en la nota anterior. En efecto, la expresión בְּנֵי אֱלֹהִים significa, ciertamente, *hijos de Dios*, pues אֱלֹהִים [*elím*] se traduce por *dioses, fuertes, poderosos*. Pero es también el plural de אֵיִל [*ayíl*], que significa *carnero*. Sal 94,8, donde se habla de ofrecimiento de víctimas, podría ayudar, tal vez, a clarificar este asunto.

sea objeto el Espíritu Santo. En efecto, quien sostiene que el Espíritu Santo es inferior al Padre o al Hijo, da pruebas de que no le **ofrece gloria**, pues a nadie le es glorioso escuchar que es inferior a otro. Por consiguiente, ofrecemos al Señor Dios nuestro –esto es, al Espíritu Santo– una gloria pura, plena y verdadera, cuando afirmamos que es consustancial al Padre y al Hijo, y declaramos que es coeterno y omnipotente, sin distinción alguna. Así, por diversos lugares de las divinas Escrituras, mediante la predicación del Espíritu Santo, todas las herejías son destruidas.

Verso 2.– **Traed al Señor la gloria de su nombre; adorad al Señor en su recinto santo** [*Afferte Domino gloriam nomini eius; adorare Dominum in aula sancta⁴ eius*]. Más arriba, dijo: *Traed gloria*. Pero ahora dice: **Traed al Señor la gloria de su nombre**. Por consiguiente, *traed gloria al nombre del Espíritu Santo*, el cual se da a conocer mucho más ampliamente, cuando convierte los corazones de los incrédulos y ensancha su nombre, a través de la multitud de la plebe y de las turbas de los pueblos, hecho éste que se refiere, más bien, al cuidado de los que enseñan. Pero no consideres como algo sin importancia la repetición, por cuatro veces, del modo imperativo *traed*. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *epinome*; en latín, *repetitio*, o sea, la repetición frecuente de un determinado asunto, que –por la iteración rítmica de una misma palabra– obtiene como resultado la unión de muchas cosas entre sí. Continúa diciendo: **Adorad al Señor en su recinto santo**, es decir, dadle culto en vuestra más pura conciencia. Ella es, en efecto, el recinto real y la morada del Espíritu Santo, como dice el Apóstol: *Porque sois el templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros* (1Cor 3,16).

Verso 3.– **Voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la majestad ha tronado; el Señor sobre las aguas abundantes** [*Vox Domini super aquas, Deus maiestatis intonuit; Dominus super aquas multas*]. Se llega a la segunda parte, en la que por la figura de la *epinome*, de la que más arriba hemos hecho mención, repitiendo –una y otra vez– la misma palabra al comienzo de cada verso, canta las alabanzas del Espíritu Santo, según sus siete dones, cosa que, con la ayuda de Dios, sirviéndome de citas apropiadas, intentaré ahora exponer⁵. El primero de estos versos es: **Voz del Señor sobre las aguas**, es decir, el *Espíritu de sabiduría*, pues Él mismo estableció la ley por la que será regida la muchedumbre de los creyentes. Se lee, en efecto, que las tablas de la Alianza fueron escritas con el dedo de Dios (Dt 9,10). Ahora bien, por dedo de Dios se entiende, de manera particular, el Espíritu Santo. Pero la expresión: **Sobre las aguas** significa los pueblos, como también otro salmo dice: *Sálvame, Señor, porque [94] hasta mi alma han entrado las aguas* (Sal 68,2). Y en el Apocalipsis se lee: *La ciudad está asentada sobre las aguas abundantes* (Apc 17,1). Por lo cual, con el apoyo de estas citas, resulta claro que la anterior expresión significa que el Espíritu de sabiduría instituyó la ley para los pueblos. Sigue: **El Dios de la majestad ha tronado**. También esto corresponde al Espíritu de sabiduría. Se refiere, en efecto, al día en que tendrá lugar el último juicio, al día en que con inconmensurable terror anunció de antemano las penas de la *gehenna*, y ello de tal manera que no parecía que hablaba, sino más bien que tronaba. Añade también: **El Señor sobre las aguas abundantes**, es decir, sobre los pueblos, formados por gentes diversas, a las que lucró con la predicación de los profetas

⁴TL., *in aula sancta*; Vlg., *in atrio sancto*.

⁵Nada de esto, que ahora se va a decir sobre los dones del Espíritu Santo, aparece en el comentario de S. Agustín. Una prueba más de la independencia –cuando lo ve conveniente– de Casiodoro, respecto de su venerado maestro.

y de los apóstoles. De este modo, también en la parte final del presente verso ha hecho referencia a los pueblos, que quiso, al principio, que en este contexto se dieran entender.

Verso 4.– **Voz del Señor en poder** [*Vox Domini in virtute*]. Admirable brevedad. ¡Tres palabras han sido suficientes, para colmar tan extraordinaria sentencia: *Voz, Señor, poder!*. **Voz del Señor en poder** llama al *Espíritu de inteligencia*, que arroja y echa por tierra toda clases de cosas adversas, como está escrito: *Y no hay quien pueda resistir a su voluntad* (Est 13,9). Con razón, dice, pues, que es *voz del Señor en poder* Aquél a quien ningún obstáculo puede oponerle resistencia.

Voz del Señor en magnificencia [*Vox Domini in magnificentia*]. El *Espíritu de consejo* exhala aquí su olor. En efecto, ¿qué es más magnificante que aquello que hace que, una vez iluminado el corazón, se experimente la sensación de apetecer lo que es bueno y huir de todo lo que es malo, y logra que de la impiedad se pase a la piedad, de la esclavitud a la libertad y de la condición de siervo a la de hijo?. No hay duda, pues, de que esto acontece en aquéllos a los que el Espíritu Santo visita con el poder de su Majestad.

Verso 5.– **Voz del Señor que despedaza los cedros, y hará pedazos el Señor a los cedros del Líbano** [*Vox Domini confringentis cedros, et confringet Dominus cedros Libani*]. Brilla aquí el *Espíritu de poder*, que hace pedazos la soberbia, que confía en sí misma; pero levanta la humildad, que participa de su bondad. En efecto, por **cedros** debemos entender la soberbia que, elevándose hacia lo más alto, emula las majestuosas cimas de este árbol, sobre todo, porque ni siquiera su misma madera es útil, a no ser que se la cortare por el pie. En efecto, nadie, permaneciendo en su misma raíz, produce frutos provechosos, como tampoco la detestable soberbia, que hizo entrar el pecado en el mundo. A esta soberbia la **despedaza la voz del Señor**, que dice: *El Señor resiste a los soberbios, pero a los humildes les da la gracia* (Sant 4,6). Y repite: **Y hará pedazos el Señor a los cedros del Líbano**. Pero, aunque lo que aquí se dice parezca ser igual a lo dicho en el versículo anterior, sin embargo, la adición de una sola palabra, **Líbano**, introduce una diferencia de considerable importancia. En efecto, los cedros, que crecen en otros lugares no son, por lo general, de mucha altura; pero los que se encuentran en el *Líbano* son de una elevación tal que superan, con mucho, la de todos los demás árboles. Por consiguiente, el poder divino, al preferir a los pobres y a los humildes, *hace pedazos* a los nobles y reyes de este mundo, que desprecian a los demás hombres, como si fueran frutos de poco valor. Éstos son rebasados por la virtud; aquéllos, en medio de sus riquezas, gimen en sus pensamientos o se deshacen en su torpe ambición. Ahora bien, el vocablo *cedro* puede emplearse también en sentido positivo, como en otro salmo se lee: *Cedros del Líbano, que el Señor plantó* (Sal 103,16).

Verso 6.– **Y los destruirá como becerro del Líbano; y al amado, como a hijos de unicornios**⁶ [*Et comminuet eas tanquam vitulum Libani, et dilectum sicut filios unicornuorum*⁷].

⁶Hebr., כְּמוֹ-עֵגֶל לְבָנוֹן וְשָׂרִיִן כְּמוֹ בְּרֵאֵמִים, [*Y los hará saltar como al becerro; al Líbano y al Sarion, como a hijo de unicornios*]. Esto es, desgajará los cedros con sus rayos y con violentos huracanes los arrancará. Y, desencajándose las peñas del Líbano y del Sarion con grandes terremotos, saltarán por el aire como saltan los becerrillos y los hijos de los unicornios. Pero el texto de los LXX: καὶ λεπτυνεῖ αὐτάς ὡς τὸν μόσχον τὸν Λίβανον καὶ ὁ ἠγαπημένος ὡς υἱὸς μονοκερώτων [*y los reducirá como al becerro, al Líbano, y el amado como unicornio*], y de la Vlg. resultan muy oscuros, por haberse traducido la palabra hebrea שָׂרִיִן [*širion*], que es el nombre propio

También este verso se refiere al *Espíritu de poder*. Pero la antigüedad ofrecía frecuentemente en los sacrificios **becerros del Líbano**, los cuales, a causa de comer en exceso cantidad de hierbas dulces, aparecían gordos y lustrosos en extremo. Tuvo a bien el profeta compararlos con los arrogantes encumbramientos humanos, que **serán destruidos** lo mismo que aquellos becerros, inmolidos en los sacrificios. Efectivamente, también ellos se convierten en víctima, cuando son ofrecidos con corazones radiantes, una vez convertidos a Cristo el Señor. Pero, para que no se quejen los hombres de que la ley, que les ha sido impuesta, es una ley dura, dice asimismo que el **amado** Hijo de Dios también habrá de morir. Sobre ello está escrito: *Éste es mi Hijo, el amado, en el que me he complacido* (Mt 3,17). En efecto, mediante la encarnación, fue hecho **como hijo de unicornios**, es decir, como hijo de los judíos, los cuales se enaltecen de manera singular. O podría ser también que a los judíos se les llama *unicornios*, porque sólo aceptan un único Testamento. Así, pues, dice que –al igual que los hijos de los judíos– Cristo, que con piedad inestimable asumió nuestra condición mortal, para hacernos partícipes de su propia inmortalidad, también ha de morir en la carne.

Verso 7.– **Voz del Señor que corta la llama de fuego** [*Vox Domini intercidentis flammam ignis*]. Significa el *Espíritu de ciencia*, que, **cortando** –es decir, dividiéndolos– juzga todo consejo o ardor contrario. En efecto, mediante la ciencia de su Majestad, apagó aquellos encendidos y flamígeros tumultos de los judíos, de manera que lo que los criminales habían perpretado como si negaran sólo al hombre, se trocara en salvación y gloria humana.

Voz del Señor que sacude las soledades; y conmoverá el Señor el desierto de Cades [*Vox Domini concutientis solitudinem*⁸; *et commovebit Dominus desertum Cades*]. Se muestra aquí el *Espíritu de piedad*, el cual –**sacudiendo** los falaces pensamientos y los inapropiados deseos de los hombres– atraerá al deseo de la verdad a aquéllos que han enderezado su vida. Y bien dio a sus errores el nombre de **soledades**, porque no tienen a Dios como morador. Y tampoco ellos mismos pueden permanecer, largo tiempo, en sus perversidades, porque o bien las dejan, a consecuencia de una muerte lamentable, o bien las abandonan, gracias a una saludable conversión. Sigue diciendo: **Y conmoverá el Señor el desierto de Cades**. Se refiere esto todavía al *Espíritu de piedad*. Pero el relato del libro de los Números narra convenientemente este episodio. Se refiere allí, en efecto, que, habiendo llegado el pueblo de Israel a Cades, comenzó a sufrir una gran sed, debido a la aridez del lugar. Mas, al golpear Moisés una roca, por mandato del Señor, brotó inmediatamente de ella abundancia de agua y, de manera admirable, quedó empapada aquella tierra, que yacía escuálida, a causa de tan severa sequedad (Núm 20,1-11). Sirviéndose, pues, de esta comparación, viene a decir que los durísimos corazones de los pecadores pueden ablandarse en las aguas de la sabiduría y que aquel ejemplo de **Cades** se ha de realizar de nuevo en los corazones de los hombres. En efecto, la palabra **desierto** se emplea, con cierta frecuencia, en sustitución de lo que bien podría decirse *pueblos infieles*, como en el Evangelio está escrito: *Voz del que clama en el desierto* (Mt 3,3). Efectivamente, Juan no podía

de un monte –el Saron o Hermón–, por la griega ἡγαπημένος [*amado*]. Véase, con todo, la explicación de Casiodoro. S.. Agustín tampoco presta mucha importancia a este versículo, limitándose a comentar con relación a los unicornios: *Porque también el Unigénito y amado del Padre se despojó de su nobleza y se hizo hombre, como un hijo de los judíos, quienes ignoraban la justicia de Dios y se jactaban con soberbia de su propia justicia*.

⁷TL., *et dilectum sicut filios unicornuorum*; Vlg., *et dilectum quemadmodum filius unicornium*.

⁸TL., *solitudinem*; Vlg., *desertum*.

predicar en el desierto, donde nadie lo oiría, sino que son llamados *desierto* aquéllos que todavía no habían recibido el don de la fe.

Verso 8.– **Voz del Señor que prepara los ciervos, y revelará las espesuras; y en su templo todos anunciarán la gloria** [*Vox Domini praeparantis cervos, et revelabit condensa; et in templo eius omnes dicent gloria*]. Al séptimo don lo llama *Espíritu de temor* del Señor. En efecto, los **ciervos** son, ciertamente, animales tímidos, pero tragan cosas venenosas. Y con razón, los compara con aquéllos que sienten temor de Dios y devoran las cosas que les son adversas. Y no pueden sentirse defraudados o dañados por los que, mediante altercados llenos de hiel, manifiestan su hostilidad contra la Iglesia de Dios. Como más arriba anunciamos, ha quedado consignado así el Espíritu septiforme, que fácilmente comprenderás, en razón del número, y bien podrás conocer, por su manera de obrar. Pero este Espíritu Santo debemos entenderlo como uno y el mismo. En efecto, de Él son –según testimonio del profeta Isaías (Is 11,2-3)– estas siete virtudes, que hemos venido refiriendo, a saber: *Espíritu de sabiduría, de conocimiento, de consejo, de poder, de ciencia, de piedad, de temor de Dios*, siete dones, que distribuye a cada uno, según Él quiere. Y no extraña el hecho de que, en todas partes, diga que la voz del Espíritu Santo es la palabra, pues sabido es que esta palabra viene acomodada a toda la Trinidad [95]. En efecto, leemos la voz del Padre, cuando dice: *Éste es mi Hijo amado en quien me he complacido* (Mt 3,17). Lo mismo la voz del Hijo, que dice: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hch 9,4). De manera semejante, también en los Hechos de los Apóstoles, se lee acerca del Espíritu Santo: *Separadme a Pablo y a Bernabé para la obra a la que los he llamado* (Hch 13,2). Pero esta comunión de palabras el muy santo Agustín, escribiendo contra los arrianos (*De Trinit., serm. 191*⁹), la recogió en un solo libro, en provechoso compendio, a fin de que todo hombre prudente pueda conocer la igualdad de sustancia o de poder indivisible de la Trinidad, en cuanto que prueba que incluso las mismas palabras son comunes. El temor de Dios **revelará las espesuras**, cuando, una vez vencida la ignorancia, los pueblos devotos hayan llegado al conocimiento de la ley divina. Por tal razón, todos en su Iglesia **anuncian la gloria**, en la medida en que cada uno recibe los dones del Espíritu septiforme antes referido. En efecto, la palabra **gloria** –como recordamos haber dicho ya varias veces– significa la alabanza hecha por la afluencia de muchos.

Verso 9.– **El Señor habita el diluvio**¹⁰, y se sentará el Señor como rey en eterno [*Dominus diluvium inhabitat, et sedebit Dominus Rex in aeternum*].

Verso 10.– **El Señor dará fortaleza a su pueblo, y bendecirá a su pueblo en la paz.** [*Dominus virtutem populo suo dabit, et benedicet populum suum in pace*]. Una vez recorridas las virtudes del Espíritu septiforme, en un tercer momento, pasa a exponer con disposición admirable la constitución misma de la santa Trinidad. En efecto, al pronunciar por tres veces, en estos dos versículos, la palabra **Señor**, está dando a entender que la santa Trinidad es el **diluvio**, es decir,

⁹AUG., *De Trinitate* (PL 38, 1009).

¹⁰Esto puede entenderse o bien de lluvias abundantísimas o bien del diluvio universal, que inundó la tierra (Gén 7,17-34). Pero el sentido de la expresión hebrea, que dice: *יְהוָה לְמַבּוּל יָשָׁב* [*el Señor se sentó o estuvo en el diluvio*], parece que no quiere significar otra cosa, sino que Dios es el que domina el universo, el que con su providencia y soberano poder gobierna todos los acontecimientos, mediante los cuales o bien castiga los pecados de los hombres, o bien los favorece con lluvias abundantes y oportunas, según su beneplácito. Los LXX traducen: *κύριος τὸν κατακλυσμὸν κατοικεῖ* [*el Señor hará habitable el cataclismo*].

que **habita** las aguas del bautismo, como se dice en el Evangelio: *Id, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,19). Pero preguntemos por qué se habla aquí de *diluvio*, en lugar de las sagradas fuentes. Con toda razón, porque lo que sucedió en tiempos de Noé era figura del sagrado bautismo. En efecto, así como éste purifica las almas de las sordideces del pecado, así también aquel diluvio canceló los oprobiosos delitos del mundo. Con razón, pues, en lugar de bautismo ha puesto *diluvio*, a cuya semejanza aquel diluvio aconteció. Por tres veces, efectivamente, ha repetido la palabra *Señor*, sin distinción de Personas, aunque la primera de las tres veces hace referencia al Espíritu Santo: **El Señor habita el diluvio**. Sigue: **Y se sentará el Señor como rey en eterno**, expresión que rectamente entendemos como referida al Hijo. Ahora bien, lo que sigue: **El Señor dará fortaleza a su pueblo** lo aplicamos adecuadamente a la persona del Padre. Por su parte, la expresión: **A su pueblo** hace referencia al pueblo *cristiano*, al que tuvo a bien adquirir, en virtud del don sagrado del bautismo. Añade también: **Y bendecirá a su pueblo en la paz**. No dice: *Bendecirán*, sino **bendecirá**, porque uno solo es el Señor Dios nuestro. **En la paz**, es decir, conforme a lo que está escrito en el Evangelio: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Jn 14,27). En efecto, una sola es la paz del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Conclusión del salmo

Recordemos con qué poderosa trompeta resuena este salmo, a fin de que los detractores del Espíritu Santo no puedan defenderse con la excusa de la ignorancia. En efecto, la excelencia de su poder es ponderada, por medio de la distribución de sus siete dones, de manera que consideres que nada inferior, nada dividido, hay en Él, en cuanto que puedes ver que, al final del salmo, es proclamada la unidad de la Trinidad santa. Desistan, pues, las insensatas perfidias de los herejes, tan empeñados en promover infundadas calumnias. Que lean a Dídimo, que lean al bienaventurado Ambrosio y a los demás Padres, que disertaron sobre este asunto, mediante las más perfectas disquisiciones. Den a la Trinidad indivisible gloria y honor, y no introduzcan distinción en la igualdad, a no ser que prefieran ser conducidos a la perdición.

SALMO VEINTINUEVE

Salmo del cántico en la dedicación de la casa de David¹.

[Psalmus cantici in dedicatione domus David].

El significado del *salmo-cántico* ya nos es conocido. Consideremos ahora por qué aparece aquí la expresión: **En la dedicación de la casa**. **Casa** significa el templo del cuerpo del Señor; **dedicación**, la resurrección del mismo Jesucristo, nuestro Señor. En efecto, entonces su cuerpo es llevado a la eterna gloria y potestad, como en Él dice en el Evangelio: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra* (Mt 28,18). Hablamos de *dedicar* una determinada casa, cuando

¹Hebr., מְזֻמָּר שִׁיר־הַנְּכִיחַ הַבַּיִת לְדָוִד [Salmo. Cántico para la dedicación de la Casa. De David]. Los LXX: εἰς τὸ τέλος ψαλμὸς ᾠδῆς τοῦ ἐγκαινισμοῦ τοῦ οἴκου τῷ Δαυιδ [Para el fin. Salmo de cántico de la dedicación de la casa. De David].

ésta ha sido construida, con vistas a una utilidad de importancia muy notoria. Por su parte, la atribución a **David** se debe a la descendencia de este rey, de la que nuestro Salvador procede, según la carne. Esta casa es la que ahora, abiertas las puertas de los labios, canta llena de gozo.

División del salmo

En la primera parte, después de su gloriosa resurrección, nuestro Rey, Cristo el Señor, da gracias al Padre por haberlo liberado de las adversidades de este mundo. Ordena a los santos que alaben a Dios, que todo lo ha puesto bajo su poder. Dice, en la segunda, que no será removido de su constancia, añadiendo, además, que serán los vivos –y no los muertos– los que canten las alabanzas de Dios. En la tercera, alegre y exultante, vuelve a su resurrección, porque, dejada ya a un lado la fragilidad de la carne, persevera en la gloria eterna de su Majestad, refiriendo –según acostumbra– como algo pasado aquello que estaba aún por venir.

Exposición del Salmo

Verso 1.– **Te exaltaré, Señor, porque me has tomado sobre ti², y no has deleitado a mis enemigos contra mí** [*Exaltabo te, Domine, quoniam suscepisti me, nec delectasti inimicos meos super me*]. Cristo da gracias al Padre por la gracia de haberlo resucitado de entre los muertos. Pues dice: **Te exaltaré**, esto es, hago que se dé a conocer más ampliamente aquello que, por la santa encarnación del Verbo y por su gloriosa resurrección, ha sido realizado. En efecto, ¿cuántos, antes de este tiempo, habrían podido conocer espiritualmente al Señor, si no hubiese brillado en su venida la verdad prometida?. Mas por esta causa pudo el hombre **exaltar** el nombre del Altísimo: porque Él **lo tomó sobre sí**. En efecto, ¿cómo habría podido dar a conocer lo oculto de Dios o narrar los futuros juicios divinos, sino en virtud del poder celestial, por cuyo medio pudo revelar sus propios secretos y los secretos del Padre?. Sigue: **Y no has deleitado a mis enemigos contra mí**. Surge aquí una pregunta. En efecto, ¿en qué modo **no deleitó a sus enemigos**, cuando, al tiempo que lo abofeteaban, se reían, diciéndole: *Adivínanos, Cristo: ¿quién es el que te ha pegado?* (Mt 26,68), y los que estaban delante de la cruz meneaban también la cabeza y exclamaban: *¡Ah, tú que destruyes el templo y lo reedificas en tres días!* (Mt 27,40)?. ¿En qué modo tampoco *les deleitó*, cuando echaron a suertes sus vestiduras? [Mt 27,35]. Sin embargo, esta fugaz e inútil alegría se les trocó en pesar y tristeza, al ver que, al tercer día, resucitaba Aquél que había ido –de ello estaban convencidos [96]– al encuentro de una muerte igual a la de todos los demás. Determinó, no obstante, poner *has deleitado*, en lugar de *hiciste deleitar*. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *hypallage*, es decir, cuantas veces se cambian ya el género, ya el caso de una palabra determinada. Pero dijo: **Contra mí**, después de que pasó de este mundo. En efecto, fue entonces cuando los enemigos experimentaron la tristeza más profunda y los hombres piadosos florecieron con la mayor de las alegrías.

Verso 2.– **Señor, Dios mío, a ti clamé y me curaste** [*Domine Deus meus, clamavi ad te, et sanasti me*]. ¿Cómo es que fue curado el que en ningún lugar se lee que estuvo enfermo?. Pero ocultamente sí había enfermado, cuando, por la encarnación, tomó sobre sí a la entera humanidad,

²Hebr., כִּי דָרַסְתִּינִי [me has subido a lo alto]. Los LXX: ὅτι ὑπέλαβές με [porque me has amparado].

sometida a la enfermedad y a la muerte. Y así, pues, en Él, hemos sido curados nosotros, afirma que también Él mismo **fue curado**. En efecto, Cristo el Señor fue salvado, cuando, al resucitar, elevó la carne de nuestra fragilidad a las alegrías de la vida eterna. Y fueron salvados todos los que fielmente creyeron en Él.

Verso 3.– **Señor, sacaste de los infiernos mi alma; me salvaste de los que descienden al lago** [*Domine, abstraxisti ab inferis³ animam meam; salvasti me a descendantibus in lacum*]. ¿Qué podemos decir acerca de los que no creen que Cristo el Señor tuvo un alma?⁴ He aquí que frecuentemente clama que, conforme a la ley de los hombres, ha sido conducido a los infiernos, pero que, por el poder de su Divinidad, su **alma** ha sido sacada de ellos. Y fíjate en la razón por la que dice **ha sido sacada**: porque, hechos pedazos los cerrojos del infierno, su alma es llevada al cielo. Por su parte, la expresión: **Los que descienden al lago** se refiere a los que viven en medio de las iniquidades de este mundo. Y bien ha dicho: *Los que descienden*, es decir, los que bajan a lo más hondo, aquéllos que, oprimidos a causa del peso de los pecados, por una insondable profundidad son devorados. Pero, ¿de qué **fue salvado** el que –según consta– había muerto?. *Fue salvado*, ciertamente, *de los que descienden al lago*, es decir, fue liberado de la sociedad con estos tales, cuando resucitó de entre los muertos y la muerte ya no tuvo poder sobre Él.

Verso 4.– **Salmodiad al Señor, santos suyos, y confesad la memoria de su santidad** [*Psallite Domino, sancti eius, et confitemini memoriae sanctitatis suae*]. Después de resucitar, exhorta convenientemente a los santos a que **salmodien al Señor**, de tal suerte que, habiendo resucitado quien es la Cabeza, se alegrasen también los miembros, fortaleciendo grandemente su esperanza con beneficio tan extraordinario, pues también resucitan en la alegría aquéllos a los que, por virtud de su predicación, tuvieron la dicha de haber creído. Sigue: **Confesad la memoria de su santidad**, porque se dignó acordarse de nosotros, que –como en una densa oscuridad de pecados– habitábamos en sombras de muerte. En efecto, no nos acordamos nosotros de Él, que es el que nos creó; sino que, más bien, Él se acordó de nosotros, los que por Él fuimos creados, como en el Evangelio está escrito: *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros* (Jn 15,16). Y por ello *se ha de confesar y glorificar la memoria de su santidad*, que, conduciendo a su memoria a todo el género humano, llevó a término aquello que fue para nosotros causa de salvación.

Verso 5.– **Por cuanto la ira está en su indignación⁵, y la vida en su voluntad; hasta la tarde se quedará el llanto, y hasta la mañana la alegría** [*Quoniam ira in indignatione eius, et vita in voluntate eius; ad vesperum demorabitur fletus, et ad matutinum laetitia*]. Vayamos por partes en la comprensión de este verso, donde hace mención de la retribución de los pecadores, de los premios de los justos, de la tristeza de su pasión y de las alegrías de la resurrección. Por ello, al ser cosas distintas, viene a resultar que desconocen el perjuicio de la confusión. Pero, siendo nuestra **ira** –conforme se lee– la que obra la muerte, en el primer hemistiquio, se dice, en

³TL., *abstraxisti ab inferis*; Vlg., *eduxisti ab inferno*.

⁴Nueva referencia a los apolinaristas.

⁵Hebr., כִּי הָיְתָה בְּאַפּוֹ [Porque un momento en su ira], es decir, su ira dura un instante. Los LXX: ὅτι ὀργὴ ἐν τῷ θυμῷ αὐτοῦ [Porque cólera en su ánimo].

sentido figurado y con referencia a Dios, que su **indignación** supone realmente la muerte del pecador. En efecto, hay en Él beneplácito, cuando nos mira con clemencia; pero *indignación*, cuando nos rechaza airado. No porque Él se llene de ira, sino porque de su rechazo resulta la muerte, que es consecuencia de la *ira* humana. Sigue: **Y la vida en su voluntad**. Nada puede decirse de manera más eminente. En efecto, del mismo modo que en su *indignación* está la muerte, **en su voluntad está la vida**, vida que, sin embargo, no es resultado de nuestros méritos, sino que está *en su voluntad*. Este modo de argumentar se conoce en los *Tópicos* con el nombre de *ex contrario* [por la razón contraria]. Añade: **Hasta la tarde se quedará el llanto**. Llamamos **tarde** al tiempo en que, tras acabarse el día, muere el sol y bajan las tinieblas de la noche. Esto es lo que sucedió a la Iglesia, cuando nuestro Señor Jesucristo fue entregado a la muerte. En efecto, verdaderamente, **se quedó el llanto**, cuando, durante tres días, la multitud de los fieles permaneció gimiendo y la misma naturaleza del mundo fue sacudida de tal modo que el orbe entero –a una con el género humano– pareciera llorar la muerte del Señor. Llamamos, en cambio, **mañana** a aquellos instantes en que, disipadas ya las tinieblas, comienza a brillar el crepúsculo. Fue aquél el momento en que –según atestigua el Evangelio– empezó a divulgarse la resurrección del Señor. A partir de aquella *mañana*, indudablemente empezó a crecer la alegría entre los bienaventurados. Y, de este modo, en un único verso, viene expresada la realización de tan grandes acontecimientos.

Verso 6.– **Mas yo dije en mi abundancia⁶: no seré movido en eterno** [*Ego autem dixi in mea abundantia: Non movebor in aeternum*]. Tras haber dado gracias por su resurrección y haber exhortado a los santos a entonar la salmodia, entrado ya en la segunda parte, vuelve a la causa gloriosísima de su pasión. Lo que, en aquellos momentos, meditara a solas consigo mismo, en voz alta, el piadoso maestro ahora lo proclama. Veamos, por consiguiente, qué significa aquella **abundancia**, en cuya virtud afirma que **no será movido en eterno**. El hijo nacido de María siempre Virgen tenía ya la *abundancia*, porque *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). ¿Qué hay, pues, más abundante que aquella gracia, que mereció poseer la plenitud de la Divinidad?. Como dice el Apóstol: *En el que habitó corporalmente toda la plenitud de la divinidad* (Col 2,9), es decir, de modo totalmente verdadero, sustancial y perfecto. Con razón, pues, decía que **no podía ser movido en eterno** Aquél a quien su Majestad le había otorgado el don de una incommovible esperanza.

Verso 7.– **Señor, en tu voluntad diste a mi belleza poder⁷; apartaste tu rostro de mí y quedé conturbado** [*Domine, in voluntate tua praestitisti decori meo virtutem; avertisti faciem tuam a me, et factus sum conturbatus*]. En este verso expone, de manera evidente, de dónde procede aquella *abundancia*, que no podía ser removida. No dice, ciertamente, que tuvo **poder**, a consecuencia de su naturaleza humana, sino que afirma que su poder le ha sido dado de lo alto. La siguiente cita, en efecto, alaba su **belleza**: *Hermoso en la forma en comparación con los hijos*

⁶Hebr., וְאָנִי אֶמְרָתִי בְשָׁלוֹם [Pero yo dije en mi paz]. Los LXX: ἐγὼ δὲ εἶπα ἐν τῇ εὐθηνίᾳ μου [Pero yo dije en mi bienestar].

⁷Hebr., יְהוָה בְּרִצְוֹנֶךָ הֶעֱמַדְתָּהּ לְהַרְרֵי עֵי [Señor, por tu voluntad hiciste estar en mi monte la fortaleza], es decir, diste estado firme a mi reino, cuyo asiento estaba en el monte Sion. Los LXX: κύριε ἐν τῷ θελήματί σου παρέσχου τῷ κάλλει μου δύναμιν [Señor, con tu voluntad concediste a mi belleza poder].

de los hombres (Sal 44,3). Pero esta *belleza* humana, inmaculada y más clara que el sol, recibió –unida al Verbo– el *poder* de obrar grandes milagros, como Él mismo da testimonio, en el Evangelio, diciendo: *Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo* (Jn 5,26). Sigue la prueba de la sentencia anterior: **Apartaste tu rostro de mí y quedé conturbado**. Como si dijera: Tú me diste las cosas que tengo, según la carne, de manera que, si te apartas de mí, quedaré yo conturbado. Ahora bien, al decir esto, frustra la perniciosa arrogancia de los hombres. En efecto, ¿cómo el pecador tiene el atrevimiento de presumir de sí mismo, siendo así que la Santidad inmaculada manifiesta que el *poder* y la *hermosura* le han sido concedidos por el mismo Dios?. Esta argumentación recibe, en los *Tópicos*, el nombre de *a consequentibus* [por lo que se sigue]. En efecto, cuando la Divinidad **aparta** su **rostro**, como consecuencia de ello la debilidad de la carne llega a conturbarse.

Verso 8.– **A ti, Señor, clamaré, y a mi Dios suplicaré** [*Ad te, Domine, clamabo, et ad Deum meum deprecabor*]. La secuencia **Señor... Dios** conforma una única sentencia. En efecto, ¿no es clamar al Señor haber suplicado a Dios?

Verso 9.– **Qué provecho hay en mi sangre, si desciendo a la corrupción** [*Quae utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem*].

Verso 10.– **¿Acaso te confesará el polvo, o [97] anunciará tu verdad?** [*Nunquid confitebitur tibi pulvis, aut annuntiabit veritatem tuam?*]. La inmaculada encarnación del Verbo persevera en las preces iniciadas. En efecto, refiriéndose a sí mismo, dice: **Si descendiere yo a la corrupción** –es decir, a la putrefacción–, a cuya ley general está sujeta toda carne, ¿cuál será la esperanza de los fieles, que creyeron que yo habría de resucitar en el corto espacio de tres días?. No pide, por tanto, no conocer la muerte, sino que su carne –libre de la corrupción– no deje de dar algún signo de la Majestad prometida, de manera que se corra el peligro de empezarse a creer que, en la salutífera sangre de la pasión del Señor, no hay provecho alguno para el mundo, razón por la cual, en otro lugar se dijo: *No darás a tu santo ver la corrupción* (Sal 15,10). Pero la palabra **confesión** significa aquí *alabanza*, algo que, ciertamente, no pueden ofrecer quienes se deshacen en el **polvo**, según la ley de la muerte común a todos. Sigue diciendo: **¿O anunciará tu verdad?**. Se refiere a aquella verdad, cuya proclamación encomendó a sus discípulos, una vez resucitado: *Id, anunciad este Evangelio a toda creatura. Y quien creyere y fuere bautizado, se salvará; pero quien no creyere, será condenado* (Mc 16,11).

Verso 11.– **Escuchó el Señor y se apiadó de mí; el Señor se hizo mi ayudador** [*Audivit Dominus et misertus est mei; Dominus factus est adiutor meus*]. Llega a la tercera parte, en la que, alegrándose ya en su resurrección, es acariciado por el don de la bienaventuranza eterna. Pero cómo se haya hecho **ayudador**, Él mismo, a continuación, lo dice. Y, por ello, están de más nuestras palabras, de modo que la sucesión de los hechos sea dada a conocer mejor, a través de las tuyas. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *epexegetis*, en latín, *explanatio* [interpretación], recurso literario, según el cual los hechos, mencionados con anterioridad, vienen explicados más detalladamente, mediante las palabras siguientes.

Verso 12.– **Convertiste mi llanto en gozo para mí; rasgaste mi saco⁸ y me ceñiste de alegría** [*Convertisti planctum meum in gaudium mihi; conscidisti saccum meum, et praecinxisti⁹ me laetitia*]. El **llanto** guarda relación con la muerte; el **gozo**, con la resurrección. Esto es ya suficiente, para dar cuenta de ambas cosas. Ahora bien, el **saco** es un tejido muy grueso y áspero, destinado a determinados usos y trabajos de los hombres, y que se ciñe muy bien a la carne humana. Por consiguiente, la expresión: **Rasgaste mi saco** significa el cuerpo de Cristo, cuando se dignó morir por nosotros. Antes de morir en la cruz, la muerte nos rodeaba, ciertamente, con tortuosas ataduras y –como a cualquiera otra clase de grano– nos tenía como recluidos en una indestructible prisión. Pero, para que entiendas que la palabra *saco* se ha empleado aquí en lugar de *tristeza de la muerte*, en oposición a éste habla de la resurrección. Pero de entender bien el significado de la expresión: **Me ceñiste**, en cuanto que estas palabras hacen referencia al *cíngulo*, que corresponde a la dignidad del juez. En efecto, la potestad ceñida es inherente a este verbo. De hecho, decimos que un juez está *ceñido*, cuando queremos expresar su dignidad y su honor. Observa también que no ha hecho uso del verbo latino *cingere*, sino de *praecingere*¹⁰, es decir, me elevaste sobre todas las dignidades y poderes, según las palabras del Apóstol: *Y le diste el nombre que está sobre todo nombre* (Flp 2,9).

Verso 13.– **Para que mi gloria te cante; y no esté yo compungido. Señor, Dios mío, yo te confesaré en eterno** [*Ut cantet tibi gloria mea, et non compungar: Domine Deus meus, in aeternum confitebor tibi*]. Este versículo pende de los anteriores. En efecto, por la siguiente razón dijo que había sido rodeado de alegría: para que la humanidad cantara a Dios, que es su **gloria**. Ahora bien, decimos que el verbo **cantar** está relacionado propiamente con la alegría del espíritu. Pero la gloria de Cristo es la Majestad del Padre, de quien se escuchó: *Éste es mi hijo amado, en el que me he complacido* (Mt 3,17). Y, dado que, por la salvación del mundo, estuvo un tiempo **compungido**, es decir, crucificado, declara ahora no estar sometido ya a ninguna otra pasión, pues, una vez superada la fragilidad de la carne, persevera en la gloria de su Majestad, como dice el Apóstol: *Cristo, resucitando de entre los muertos, ya no muere; la muerte no tendrá más dominio sobre él* (Rom 6,9). Pero, para que no consideres que lo dicho anteriormente es algo así como una cantilena de poca duración, añade: **Yo te confesaré en eterno**. Ahora bien, el verbo **confesaré** se ha de entender aquí como referido a los miembros. Es como si, en la lengua latina, se dijera *confabor*, o sea, en compañía de los santos, te alabaré con voz eterna. Hecho éste que habrá de tener real cumplimiento, cuando llegare el momento de la manifestación definitiva de aquella ciudad de Jerusalén, en cuanto que a todos los justos les es prometido salmodiar sin fin. En efecto, así Cristo promete con frecuencia que Él hace aquello que el pueblo cristiano, un día, ciertamente, también habrá de hacer, según está escrito: *Te confesaré, Señor, en la gran Iglesia, en el pueblo pesado te alabaré* (Sal 34,21).

⁸Hebr., פָּתַחְתָּ שַׂקִּי [abriste mi saco], me quitaste el sayal, el vestido de luto. Los LXX: διέρρηξας τὸν σάκκον μου [has rasgado mi saco].

⁹TL., praecinxisti; Vlg., circumdedisti.

¹⁰En verdad, los diccionarios latinos no distinguen claramente entre los verbos *cingo* y *praecingo*, pero a este segundo, por la preposición, habría de atribuírsele un mayor honor y dignidad.

Conclusión del salmo

Es, desde luego, un salmo pequeño, pero colmado de la riqueza del magisterio celestial, pues, en sus versos, contiene el don de la brevedad y la amplitud más extensa, en sus sentidos. En efecto, en él se habla de la gracia de la santa resurrección y se conmemora asimismo la gloriosa pasión del Señor, de manera que ninguna tribulación, propia de la pasión, infunda terror en aquéllos a los que la gran esperanza de la resurrección llena de alegría. Y fijate en que la sucesión de los hechos aparece aquí cambiada, hecho éste que –hasta ahora– no había sucedido, en cuanto que se habla, primero, de la resurrección, la cual tuvo lugar, lógicamente, después de su pasión.

SALMO TREINTA

Para el fin. Salmo de David¹.

[In finem psalmus David].

Como muchas veces hemos dicho, las palabras contenidas en el presente título se han de aplicar a Cristo el Señor, a quien el entero salmo debe acomodarse, en cuanto que todo él canta a su pasión y resurrección. En efecto, desde nuestra misma humildad se ha dignado hablar Aquél que también ha sufrido la pasión del cuerpo humano. Por sus palabras, el buen Maestro nos instruye, para que –humildes y devotos– también nosotros, imitando los ejemplos de las realidades celestiales, vayamos en pos de las palabras de quien es nuestra Cabeza. Obsérvese asimismo que éste es cuarto salmo, que hace breve mención de la pasión y resurrección del Señor.

División del salmo

A lo largo de todo el salmo, habla el Señor Salvador. En la primera parte, ruega al Padre ser librado de los males inminentes y, a continuación, se alegra indubitablemente de haber sido escuchado. Vuelve, en la segunda parte, a su pasión y, sirviéndose de diferentes alusiones alegóricas y haciendo uso de una narración preciosa, va describiendo el desarrollo de tal acontecimiento. En la tercera parte, de manera general, da gracias al Señor por sí mismo y por el pueblo fiel, porque a toda la Iglesia le ha concedido con largueza los dones de su misericordia, al mismo tiempo que exhorta a los santos, que anteriormente oyeron hablar de los premios de los buenos y de las retribuciones de los malos, a que perseveren en la caridad del Señor.

Exposición del salmo

Verso 1.– **En ti, Señor, he esperado, no sea yo confundido en eterno; en tu justicia, líbrame, y rescátame** [*In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum; in tua iustitia libera*]

¹En el presente título, después del nombre de *David*, los LXX añaden la palabra ἐκστάσεως [*del éxtasis, del estupor*], que Vlg. traduce por *pro extasi*. S. Agustín, en su comentario a este título, diserta largamente sobre este término. Casiodoro no hace mención alguna.

*me, et eripe me*²]. Se ha de averiguar por qué, a menudo, vengan repetidas expresiones semejantes sólo con ligeras variaciones. En su condición de hombre, Cristo ora al Padre, a fin de no tener que sufrir –caso de ser apartado de su esperanza– la afrenta de los insultos de los hombres. Añade las palabras **en eterno** [98], estado en que su contemplación permanecía fija e inmutable. Sigue diciendo: **En tu justicia**, es decir, la justicia con la que has solido a ayudar a los que te ruegan y que, con gran firmeza, confían en tu Majestad. **Líbrame**, verbo que se refiere a los peligros, que han de ser alejados de este mundo. Ahora bien, la expresión: **Rescátame** hace referencia a la prontitud con que ha de venir el auxilio, a fin de que aquella resurrección, salubérrima para el mundo entero, no sufriera retraso alguno. En latín, el verbo *eripio* [rescatar] es un compuesto de *rapio* [arrebatar]. Por ello, con razón, imploró la *justicia* del Señor el que sabía que iba a padecer a manos de los malvados. ¡Oh, verdaderamente, admirable y divino trueque!. Recibió la muerte, y devolvió la salvación. Soportó injurias, y rindió honores. Asumió el dolor, y regaló alegría. Y fue Él –único y sumamente piadoso– el que, habiendo recibido amargor, ofreció dulzura.

Verso 2.– **Inclina a mí tu oído, date prisa en rescatarme; sé para mí como un Dios protector**³ [*Inclina ad me aurem tuam, accelera ut eripias*⁴ *me; esto mihi in Deum protectorem*]. En razón de la humildad de sus miembros, dice: **Inclina tu oído**, para que –ya que, por su propia naturaleza, la condición humana era incapaz de alcanzar la Divinidad– fuera la Divinidad la que, rebajándose, se llegase hasta ella, cosa que así sucedió, en virtud del misterio de la encarnación del Verbo omnipotente [Jn 1,14]. Por lo cual, con razón, se pedía que tuviera lugar aquello que aún no había acontecido. Sigue diciendo: **Date prisa en rescatarme**, es decir, apresúrate a ofrecer una resurrección rapidísima, no aquella otra, que tardará en venir y que la generalidad de la gente aún no sabe esperar. Ahora bien, esta afluencia de peticiones nos enseña que no debemos dejar de apoyarnos en la oración, incluso cuando tenemos la seguridad de que algunas cosas sí pueden sernos concedidas. Pide también que el poder divino lo proteja de las peligrosas asechanzas de este mundo, a fin de que, abandonada la simplicidad, no esté expuesto a los enemigos, como está escrito en el profeta Isaías: *Como cordero, sin voz ante el que lo esquila, así no abrió su boca* (Is 53,7).

Verso 3.– **Y como casa de refugio, para que me salves** [*Et in domum refugii, ut salvum me facias*]. La **casa de refugio** es la gloriosa resurrección, una vez que por ninguna debilidad es sacudido, sino que es su estado disfrutar de una Majestad incorruptible. **Fue salvado**, en efecto, cuando la muerte ya no tuvo dominio sobre Él [Rom 6,9]. De este modo, su temor es debido a nuestra causa; su confianza corresponde a su Divinidad. Dicen también algunos que la *casa de refugio* es la Iglesia católica, en la que, refiriéndose a sus miembros, pide *ser salvado*, porque realmente es en ella, donde todo cristiano halla la salvación. Como sucedió en los días de Noé, al crecer el diluvio: fueron salvados sólo los que felizmente merecieron entrar en el arca [Gén 7,23].

Verso 4.– **Porque mi afianzamiento y mi refugio eres tú; y, por causa de tu nombre,**

²TL., *in tua iustitia libera me, et eripe me*; Vlg., *in iustitia tua libera me*.

³Hebr., *היה לי לצור-מעוז לבית מצודות להושיעני* [*sé para mí como roca de fortaleza, como casa fortificada, para salvarme*]. Los LXX: *γενού μοι εἰς θεόν ὑπερασπιστήν καὶ εἰς οἶκον καταφυγῆς τοῦ σώσαι με* [*sé para mí como un Dios protector y una casa de refugio para salvarme*].

⁴TL., *ut eripias*; Vlg., *ut eruas*.

tú serás mi guía, y me nutrirás⁵ [*Quoniam firmamentum*⁶ *meum et refugium es tu; et propter nomen tuum dux mihi eris*⁷, *et enutries mihi*]. La palabra **afianzamiento** guarda relación con los sufrimientos de la pasión; **refugio**, con el final de los malvados, pues, mediante el final de una muerte gloriosa, venció las iniquidades de este mundo. Sigue: **Y por causa de tu nombre, tú serás mi guía. Por causa de su nombre**, el Señor era **guía** para la humanidad, porque hizo que su **nombre** fuera ampliamente conocido en medio de todas las gentes, como fruto del mensaje de salvación, anunciado por doquier. O, tal vez, este *nombre* se deba entender como referido a los miembros, según se ha dicho ya más arriba. En efecto, decimos que es, en verdad, nuestro *guía*, cuando lo seguimos y no nos apartamos de las huellas de su predicación. Añade también que **es nutrido**. *Es nutrido*, ciertamente, hasta que –por su favor– la Iglesia católica consiga llegar a su realización plena.

Verso 5.– **Me sacarás de este lazo, que han escondido para mí, porque tú eres mi protector, Señor** [*Educes me de laqueo isto, quem occultaverunt mihi*⁸, *quoniam tu es protector meus, Domine*]. Ciertamente, los enemigos **escondieron un lazo**; pero no un lazo, que estuviera oculto para Cristo, el cual no fue al encuentro de la muerte como alguien que no sabe a dónde va, sino que, por nuestra liberación, la aceptó de manera consciente. Por tanto, los judíos *escondieron un lazo a Cristo*, porque, al creer que se trataba sólo de un hombre, maquinaban su perdición con ocultas insidias. De ahí que diga que **ha de ser sacado**. *Será sacado*, ciertamente, por la gracia de la resurrección, para ser elevado, sin la menor tardanza, hasta lo más alto. Pero asegura que todos los proyectos de los judíos serán desbaratados, porque, **si Dios es quien protege**, ninguna adversidad tiene posibilidad de prevalecer.

Verso 6.– **A tus manos encomiendo mi espíritu; me has redimido, Señor, Dios de la verdad** [*In manus tuas commendo*⁹ *spiritum meum; redemisti me, Domine, Deus veritatis*]. Veamos por qué se han empleado aquí las mismas palabras, que aparecen en el texto evangélico, pues también allí se lee: *A tus manos encomiendo mi espíritu. E, inclinada la cabeza, entregó el espíritu* (Lc 23,46). La razón es clara: para que entiendas que también habló aquí el que – después de tantos siglos y ya clavado en la cruz– pronunciaría palabras idénticas. **A tus manos**, es decir, a tu verdad, por la que obras siempre lo que es bueno y justo. **Encomienda**, de este modo, al Padre un inestimable tesoro: aquella alma que, con intención pura, cumplía todas sus voluntades. Conveniente fue, por tanto, que a tan gran patrono Aquél que era de su misma naturaleza le encomendara **el espíritu**. Da testimonio finalmente de que **fue redimido**. Pero, veamos a qué precio. Ciertamente, al precio de que habla el Apóstol: *Se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo* (Flp 2,7). Ves cuán grande fue el precio: rebajar su Majestad hasta la carne del hombre; y se anonadó a sí mismo, para llenar las realidades humanas de las realidades divinas. Pero, para que conozcas, con toda evidencia, a este Señor, inmediatamente dice quién es: el **Dios de la verdad**. En efecto, es el Dios, particularmente, de los que aman la verdad y no se mezclan con falsedad alguna.

⁵Heb., תַּגִּידֵנִי וְתַחֲנִיחֵנִי [me guiarás y me harás caminar recto]. Los LXX: ὁδηγήσεις με καὶ διαθρέψεις με [me sostendrás y me alimentarás].

⁶TL., *firmamentum*; Vlg., *fortitudo*.

⁷TL., *dux mihi eris*; Vlg., *deduces me*.

⁸TL., *isto, quem occultaverunt*; Vlg., *hoc, quem absconderunt*.

⁹TL., *commendo*; Vlg., *commendabo*.

Verso 7.– **Odias a todos los que observan la vanidad en extremo vacía; pero yo esperaré en el Señor** [*Odisti omnes observantes vanitatem*¹⁰ *supervacue; ego autem in Domino sperabo*¹¹]. Se vuelve a aquellas cosas siempre odiosas, que son contrarias. Justamente, pues, **odiaba la vanidad**, porque la vanidad habita en la falsedad. Él mismo explica este hecho, diciendo: **En extremo vacía**. No dice sólo *vacía*, sino que añade *en extremo*. Y, con razón, porque, anulando entendimiento provechos, se aleja de Dios. Y, puesto que antes había dicho que el Señor *odia la vanidad*, es decir, los caducos deseos de este mundo, dice ahora que ama las cosas realmente verdaderas. ¿Qué son estas cosas realmente verdaderas?. Dice: **Esperaré en el Señor**, donde nada hay vacío, nada hay vacío en extremo, sino que todo se mantiene firme e íntegro. Pero, a este asunto, ¿qué razón le sigue?.

Verso 8.– **Exultaré y me alegraré en tu misericordia, porque te fijaste en mi humildad**¹² [*Exultabo et laetabor in tua misericordia, quia*¹³ *respexisti humilitatem meam*]. En éste y en el verso anterior, aparece de nuevo el silogismo categórico, cuya definición y partes ya ofrecimos en el salmo primero, y que también, en este caso, se remite al origen del razonamiento, es decir: *Pero yo he esperado en el Señor*. Todo el que espera en el Señor exultará y se alegrará en su misericordia. Luego, yo exultaré y me alegraré en su misericordia. Manera muy hermosa de hablar es resumir en pocas palabras aquello que ninguna adversidad puede destruir. Pero vayamos ahora a la explicación de las palabras del presente versículo. **Exultar** es alegrarse con ánimo vivamente alborozado. **Alegrarse** es sentirse acariciado por una sosegada afección del espíritu. Pero acordémonos de cuántas veces nos han advertido que, en modo alguno, se debe confiar en las fuerzas humanas. En efecto –conforme a lo dicho más arriba–, ¿cómo alguien puede gloriarse de sí mismo, siendo así que –según leemos– el mismo Verbo encarnado se abstuvo de tal cosa?. Debido a esta razón, merecedora de aborrecimiento debe ser la depravada actitud pelagiana, en cuanto que pretende jactarse de aquellas cosas sobre las cuales estaba obligada a saber que Espíritu Santo, anteriormente, muchas veces ya las había condenado. Dirijamos nuestra atención también al que dice que su **humildad fue mirada**, es decir, a Aquél que creó y conserva el cielo y la tierra, y tiene como servidoras a todas las potestades celestes. Pero, por tal razón la humildad estaba en el Altísimo: porque realmente la humanidad estaba unida a Él, desde el momento mismo de la concepción.

Verso 9.– **Salvaste mi alma de las necesidades, y no me encerraste en las manos del enemigo** [*Salvam fecisti*¹⁴ *de necessitatibus animam meam, nec conclusisti me in manus inimici*¹⁵]. La palabra **necesidad** significa *estar puesta en la muerte*¹⁶, es decir, establecida en las angustias de la muerte. En efecto, cuando nos anudan los lazos del pecado y, por nuestras propias fuerzas,

¹⁰TL., *Odisti omnes observantes vanitatem*; Vlg., *Odisti observantes vanitates*.

¹¹TL., *sperabo*; Vlg., *speravi*.

¹²Hebr., אֲשֶׁר רָאִיתָ אֶת־עֲנִי יָדַעְתָּ בְּצָרוֹת נַפְשִׁי [*Porque viste mi aflicción, y conociste mi alma en las angustias*]. Los LXX: ὅτι ἐπέιδες τὴν ταπεινώσιν μου ἕσωσας ἐκ τῶν ἀναγκῶν τὴν ψυχὴν μου [*porque te has fijado en mi sufrimiento, has salvado de las necesidades mi alma*].

¹³TL., *quia*; Vlg., *quoniam*.

¹⁴TL., *salvam fecisti*; Vlg., *salvast*.

¹⁵TL., *in manus inimici*; Vlg., *in manibus inimici*.

¹⁶*Necessitas > in nece sit posita*.

no podemos liberarnos de ellos, a eso lo llamamos *necesidad*. Así, pues, el **alma** del Señor Salvador es librada **de las necesidades**, cuando fue entregada completamente ajena a toda clase de pecado. Sigue: **Y no me encerraste en las manos del enemigo**. Ésta era la *necesidad*, a la que antes se había referido, es decir: si hubiese sido hallado culpable de delitos, habría sido entregada al poder del diablo. En efecto, están encerrados –como si de una cárcel se tratara– los que están apresados por las manos de tan crudelísimo enemigo. Dice, pues: **Y no me encerraste en las manos del enemigo**, porque fue hecho libre del poder del diablo, como Él mismo dice en el Evangelio: *He aquí que vendrá el príncipe de este mundo, y nada encontrará en mí* (Jn 14,30).

Verso 10.– **Estableciste mis pies en un lugar espacioso; apíadate de mí, Señor, porque estoy afligido** [*Statuisti in loco spatioso pedes meos; miserere mei, Domine, quoniam tribulor*]. Tras haberse alegrado grandemente por su liberación, llega a la segunda parte, en la que referirá muchas cosas acerca de su pasión, a fin de conmemorar –piadosísimo– con todo detalle aquellos sufrimientos, que cargó sobre sí mismo, por la salvación de todos. Dice: **Estableciste**, esto es, afianzaste, porque no podía sufrir caída alguna Aquél que estaba libre de los vicios del mundo. **En un lugar espacioso**, o sea, libre y ajeno siempre al poder del diablo. En efecto, Él mismo es el lugar libre, que aquel enemigo no podrá habitar; el *lugar espacioso*, que aquél jamás ocupará. Y fijate en que no habla de *un camino* espacioso, sino de un *lugar* espacioso, o sea, la patria de las virtudes, la tierra de los bienaventurados. Leemos, en efecto, que *estrecho es el camino de los justos* [Mt 7,14]. Pero llama sus **pies** a las virtudes morales, llevado por las cuales caminó Él con pasos seguros por los lugares de este mundo, pasos a los que la hostilidad del diablo no les pudo poner obstáculos. Pero, aunque sin culpa caminara por el mundo, fue necesario que, debido a la fragilidad de su condición humana, tuviera que recibir el auxilio de la gracia divina, a fin de que la flaqueza de la carne no se separara de la pureza del propósito celestial. Por ello, sigue diciendo: **Apíadate de mí, Señor, porque estoy afligido**. En efecto, según es ley del cuerpo humano, pide auxilio en su tribulación, como también dice en el Evangelio: *Triste está mi alma hasta la muerte* (Mt 16,38), y otros pasajes semejantes. O, quizá, llama *sus pies* a los Apóstoles, los cuales fueron establecidos firmemente, por la estabilidad certísima de la fe, en un lugar espacioso, es decir: a lo largo y ancho de la Iglesia universal.

Verso 11.– **Conturbado está en la ira mi ojo, mi alma y mi vientre** [*Conturbatus est in ira oculus meus, anima mea et venter meus*]. En el presente verso y a lo largo de los tres siguientes, aparece la *diatyposis*, que los latinos dicen *expressio* [descripción], esto es, la figura retórica, en virtud de la cual –una vez presentadas las cosas o las personas– se describen también las formas y los hábitos. En efecto, comienza describiendo la magnitud del peligro. Como si dijera: Lleno de turbación está mi espíritu, al ver que el furor de los que me persiguen intentan cogerme. Ciertamente, con la palabra **ira** quiso dar a entender la indignación de los enemigos. Pero el vocablo **ojo** hace referencia al intelecto, al que **conturbamos** y confundimos, siempre que experimentamos terror ante los peligros inminentes. Por su parte, el **vientre** es nuestro estómago, donde vamos echando los alimentos, una vez han sido masticados. A éste se le compara, de manera clara, con la memoria, porque así como al estómago va a parar la comida, que se le envía, así también al regazo de la memoria se encomienda, con toda justeza, las noticias que se van teniendo de las cosas. Dice, pues, que **conturbado está su vientre**, es decir, su memoria, donde tenía guardadas aquellas cosas, que el Señor le había prometido sobre su glorificación. Pero, como viera la carne los peligros, que se cernían sobre ella, se siguió de ello que se viera turbada por la

agitación. Observa que, con frecuencia, dice que estuvo conturbado; pero observa asimismo que, en ningún momento, habla de estar sin esperanza. Éste es el motivo por el que ha hablado de tal modo: para enseñarnos –como Maestro celestial– el modo de poder de imitarlo. En efecto, la turbación reclama, por lo común, la humanidad; pero la desesperación no puede dar, como fruto, la santidad divina.

Verso 12.– **Porque mi vida ha desfallecido en el dolor, y mis años en los gemidos** [*Quoniam defecit in dolore vita mea, et anni mei in gemitibus*]. De aquí la perturbación y el miedo, propios de la carne, pues dice que **en los dolores había desfallecido la vida**. Pero, mediante la expresión: **Ha desfallecido**, se dan a entender unos muy prolongados y gravísimos sufrimientos. En efecto, *desfallecer* significa venir paulatinamente a menos y llegar al final, perdiendo chispas de vigor, cosa que manifiestamente puede suceder en la vida humana, hasta desembocar en la muerte. Pero, una vez dicho lo anterior, añade: **Y mis años en los gemidos**, lo cual significa, ciertamente, la multitud de los días. Observa que dice **en los gemidos**, porque no se trató de un ligero dolor, en el que un continuo gemido resonaba. O, tal vez, esto se refiera, más bien, a los sufrimientos de los mártires, quienes, con pleno derecho, son comprendidos con relación a la Cabeza, que es Cristo, en cuanto que ellos son sus miembros. Y fijate igualmente en que no ha dicho: *En los gritos*, sino *en los gemidos*, de modo que, con mayor claridad, pareciera que Dios conoce aquello que permanece oculto a los hombres.

Verso 13.– **Se ha debilitado en la pobreza mi fuerza¹⁷, y mis huesos están conturbados** [*Infirmata est in paupertate virtus mea, et ossa mea conturbata est*]. **Se debilita la fuerza** del espíritu **en la pobreza**, porque la fragilidad humana carece de todos los bienes. En efecto, ¿qué pobreza mayor hay que reconocer que nada bueno se tiene por sí mismo?. Pero los **huesos** son la fortaleza, por la que se sostiene la ensambladura del cuerpo. Con objeto de significar la debilidad de la naturaleza humana, bien han sido unidas ambas cosas, es decir: pobreza y fortaleza. Ciertamente, porque ninguna excesiva confianza debe ponerse ni en el vigor del espíritu ni en la espera de la carne, como dice el profeta: *Maldito quien confía en el hombre y pone como esperanza la carne de su brazo, pero aparta su corazón del Señor* (Jer 17,5).

Verso 14.– **He sido hecho oprobio por encima de todos mis enemigos¹⁸; en modo extremo para los que me son vecinos, y temor para mis conocidos** [*Super omnes inimicos meos factus sum opprobrium, et vicinis meis nimium¹⁹, et timor notis meis*]. No carece de importancia el hecho de que diga **por encima de todos mis enemigos** y no *entre todos mis enemigos*. Dicha expresión tiene aquí un sentido hiperbólico, pues, aun cuando ellos eran realmente el oprobio, sin embargo, Cristo el Señor –inocente y sin mancha– era considerado oprobio entre aquéllos que se habían manchado con un crimen abominable. Sigue diciendo: **He sido hecho oprobio**, no porque, en verdad, fui yo motivo de oprobio, sino porque fui considerado lo que yo no era por aquéllos que erraron, dejándose engañar por vacías persuasiones. Lo contrario de probó es ímprobo, esto es, algo deshonesto o indecoroso. Pero **oprobio** significa un hecho abominable, en

¹⁷Hebr. dice aquí בְּעוֹנֵי כַּשָּׁל [a causa de mi iniquidad], expresión que los LXX y Vlg. omiten.

¹⁸Hebr., מִכָּל-צָרָי הָיִיתִי חֲרָפָה [A causa de todos mis opresores he sido hecho oprobio]. Los LXX: παρὰ πάντας τοὺς ἐχθροὺς μου ἐγενήθημ ὄνειδος [Frente a todos mi enemigos he sido hecho oprobio].

¹⁹TL., *nimum*; Vlg., *valde*.

sentido extremo, como el que padeció el Señor Salvador entre los malvados, cuando dijeron: *Este hombre, que no guarda el sábado, no viene de Dios* (Jn 9,16). Y, en otro lugar: *Samaritano eres, y tienes un demonio* (Jn 8,48). Llama, por otra parte, **vecinos** a aquéllos que se acercaban a él por la proximidad de la fe, los cuales, aun no habiendo creído todavía, sí daban muestras de estar dispuestos a creer. Sin embargo, viéndolo colgar en la cruz, se alejaron de aquella fe, ya cercana, en cuanto que veían padecer al que consideraron que debía ser adorado. Ignorantes, como juzgaran que era necesario que sucedieran puntualmente todas las cosas predichas, se sintieron sostenidos por una confianza de mayor firmeza todavía. Pero fíjate en que anteriormente se ha referido, en primer lugar, a los *enemigos*; después, a los *vecinos*. Sin embargo, ahora, estrechando más el círculo, llega hasta los que son sus **conocidos**. Pero los *conocidos* son [100] los apóstoles, a quienes su pasión llegó a confundirles por completo. Sobre esto está escrito: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño* (Zac 13,7). Así, a lo largo de estos cuatro versos, la figura retórica de la *diatyposis* –como anteriormente dijimos– queda convenientemente completada.

Verso 15.– **Los que me veían de fuera, huían de mí; he salido del corazón, como un muerto** [*Qui videbant me foras fugiebant a me; excidi tanquam mortuus²⁰ a corde*]. En éste y en el verso siguiente, encontramos la figura retórica llamada *metriasmos*, que los latinos conocen con el nombre de *mediocritas* [mediocridad], es decir, cuantas veces el hecho de que se trata es de gran importancia, pero la narración mediocre. Dice, en efecto: **Los que me veían de fuera, huían de mí**. Es decir, los que menos creían en las Escrituras, al ver al Señor puesto en la cruz, salieron fuera de su Deidad, convencidos de que su esperanza había acabado con su muerte. O se refiere, tal vez, a los herejes, quienes –aun escuchando en la Iglesia las Escrituras divinas y viendo hechos extraordinarios– van en pos de inicuas enseñanzas, huyendo de la Verdad, en la que en modo alguno quisieron perseverar. Pero bien sigue diciendo: **He salido del corazón, como un muerto**. No se dice, en efecto, que Aquél, cuya Divinidad verdaderamente es impasible, una vez muerto, ha salido de los fieles, sino que se dice: *Ha salido del corazón*, esto es, de la mente de los infieles²¹, cosa que suele suceder a los que, al enterrar a los difuntos, junto con el cuerpo sepultan, al mismo tiempo, su memoria y su recuerdo.

Verso 16.– **He sido hecho como vasija echada a perder, porque he oído el vituperio de muchos que habitaban en derredor**²² [*Factus sum sicut²³ vas perditum, quoniam audivi vituperationem multorum circumhabitantium²⁴*]. Una **vasija echada a perder** es una vasija que se debe desechar, porque está rota y no tiene ya ninguna utilidad. Así también los malvados consideraban a Jesús, una vez muerto: como una vasija quebrada, que se había de desechar. En efecto, ¿podría haber mediocridad mayor que la comparación de aquella Majestad omnipotente con vasijas tan frágiles?. Pero, toma tú buena cuenta de esto: ¡así consideraron estas cosas los insensatos aquellos!. Por lo demás, en Él siempre habitó la única omnipotencia y la admirable

²⁰TL., *fugiebant a me, excidi tanquam mortuus*; Vlg., *fugerunt a me, oblivioni traditus sum quasi mortuus*.

²¹TL., in textu: *infidelium* [mss. A., F., B., *fidelium*]. El lector podrá inclinarse por una u otra posibilidad.

²²Hebr., *כי שמעתי דבת רבים מנור מפיבים* [*Porque he oído denuesto de muchos, espanto de todas partes*]. Los LXX: *ὅτι ἤκουσα ψόγον πολλῶν παροικούντων* [*Porque he oído el reproche de muchos que habitan en el entorno*].

²³TL., *sicut*; Vlg., *tanquam*.

²⁴TL., *circumhabitantium*; Vlg., *commorantium in circuitu*.

plenitud divina, como dice el Apóstol: *En el que habita toda plenitud de la divinidad, corporalmente* (Col 2,9), es decir, de manera sustancial y manifiesta. En efecto, la Divinidad no puede ser corporal. Sigue diciendo: **Porque he oído el vituperio de muchos que habitaban en derredor**. Esta expresión hace referencia a los pérfidos judíos, que habitaban no en la Sinagoga, sino en derredor de ella. En efecto, el adverbio latino *circum* –de *circuito*– quiere dar a entender a aquellos pecadores, de los que en otro lugar se dice: *Los impíos andan en derredor* (Sal 11,9). Con razón, se dice que *habitaban en derredor* aquellos tales, que prefirieron observar la ley de Dios no espiritualmente, sino de manera carnal. Así, mediante estas luminosas palabras, se indican de manera penetrante las tenebrosas acciones del pueblo judío.

Verso 17.– **En ello, cuando se reunieron todos a una contra mí, para tomar mi vida, tomaron acuerdo²⁵; pero yo he esperado en ti, Señor** [*In eo dum congregarentur omnes simul adversum me, ut acciperent²⁶ animam meam consiliati sunt; ego autem in te speravi, Domine*]. Ordenemos bien las palabras, para que lo que en este verso se dice pueda entenderse con mayor coherencia: *Cuando todos a una se reunieron contra mí, a este acuerdo llegaron: tomar mi alma²⁷*. Dice que la mayor parte de los judíos llegó a este acuerdo: entregar al Señor a la muerte, pues cierto es que mucha más gravedad reviste el crimen cometido, contando con el consenso de muchos. En efecto, al decir, **todos a una**, no quiere que se entienda que se trata sólo de unos pocos, sino de la gran mayoría, de manera que a aquella turba criminal pueda llegarle, más tarde, el castigo que le es merecido. Las palabras **para tomar mi vida** significan aquí *para arrancar o quitar con fuerza*. Sigue: **Pero yo he esperado en ti, Señor**. Admirable y muy santo modo de decir. En efecto, al habitar los enemigos en los derredores de la sinagoga y habiendo puesto su esperanza en sus propias fuerzas, dice que *Él ha esperado en el Señor*, sabiendo que el poder de sus enemigos nada era, y que con tales insidias se encaminaban ellos, antes bien, a su propia destrucción.

Verso 18.– **Dije: tú eres mi Dios; en tus manos están mis tiempos** [*Dixi, tu es Deus meus; in manibus tuis tempora mea²⁸*]. **Tú eres mi Dios**. Esto dice Cristo el Señor, pero lo dice, naturalmente, en razón de la humanidad asumida, la cual –como después también dirá– estaba sometida al tiempo y a la muerte. En efecto, no dice que su vida terminaría, a causa de la persecución de sus enemigos, como éstos consideraban, sino que afirma poner en el poder de Dios los **tiempos** de su vida. En efecto, venimos a la vida, en cuanto que Él nos crea; nos mantenemos en ella, en cuanto que Él lo dispone; morimos, en cuanto que Él lo ordena. Era necesario, por ello, que mantuviera una esperanza firme en el Señor el que sabía que, en su poder, estaban su vida y su muerte.

²⁵Hebr., *בְּהוֹסְדָם יחד עָלַי לְקַחַת נַפְשִׁי זָמַנּוּ* [*mientras juntos deliberan contra mí, y andan maquinando quitarme la vida*]. Los LXX: *ἐν τῷ ἐπισυναχθῆναι αὐτοὺς ἅμα ἐπ’ ἐμὲ τοῦ λαβεῖν τὴν ψυχὴν μου ἐβουλεύσαντο* [*en el agruparse ellos a una contra mí, decidieron quitarme la vida*].

²⁶TL., *In eo dum congregarentur omnes simul adversum me, ut acciperent animam; Vlg., In eo dum convenirent simul adversum me, accipere animam.*

²⁷Dice así la propuesta de Casiodoro, con vistas a clarificar el sentido de la frase: *Dum simul omnes congregarentur adversum me in eo consiliati sunt, ut acciperent animam meam.*

²⁸TL., *Dixi, tu es Deus meus; in manibus tuis tempora mea; Vlg., Dixi, Deus meus es tu; in manibus tuis sortes meas.*

Verso 19.– **Líbrame, y arráncame de la mano de mis enemigos y de los que me persiguen; ilumina tu rostro sobre tu siervo** [*Libera me; et eripe²⁹ me de manu inimicorum meorum, et a persequentibus me; illumina³⁰ faciem tuam super servum tuum*]. Ruega a Aquél que puede quebrantar la vida de los adversarios y, según su providencia admirable, convertir también los corazones de los hombres. En efecto, en primer lugar, menciona a sus **enemigos**, esto es, a los judíos; después, a sus **perseguidores**, es decir, a los paganos o a los distintos herejes, que con fraudulentas maquinaciones persiguen a la Iglesia de Dios. Sigue diciendo: **Ilumina tu rostro sobre tu siervo**, es decir: pues en mí te has dignado poner tu mirada, haz que vean de tal modo que, así como han perdido la esperanza en el que muere, confíen en el que resucita. Y no te cause reparo alguno oír que al Señor se le llame **siervo**, pues todas las palabras semejantes a éstas se han de aplicar exclusivamente a su humanidad, como en otro lugar también se dice: *Yo soy tu siervo e hijo de tu esclava* (Sal 115,6). ¿Dónde están los que no quieren aceptar que en el Señor Salvador hay dos naturalezas?. En efecto, ¿en qué otro modo puede convenirle esta diversidad, de forma que entiendas que, en la única e idéntica persona, está el Señor del cielo y el que es sometido a pasión?.

Verso 20.– **Sálvame en tu misericordia; Señor, no quede yo confundido, pues te he invocado** [*Salvum me fac in tua misericordia; Domine, non³¹ confundar, quoniam invocavi te*]. Al decir: **Sálvame en tu misericordia**, niega su propio mérito. En efecto, para instruirnos a nosotros, repite siempre las mismas cosas y no se cansa de hablar amablemente, porque la dulzura no siente menosprecio de la verdad. Dice también: **Señor, no quede yo confundido, pues te he invocado**. Admirable y perfecta exclamación, que contiene tanto la súplica del humilde, como la firmeza inviolable del creyente. Ruega, por tanto, que –al ser despreciado– no llegue a quedar confundido. Pero, ¿cómo cree ser escuchado?. Dice: **Pues te he invocado**. Ciertamente, *invocar* al Señor con fidelidad es merecimiento, no afrenta, porque en modo alguno puede ser defraudado quien tiene por seguro que Él lo escucha.

Verso 21.– **Avergüéncense los impíos y sean hechos bajar al infierno³²; háganse mudos los labios dolosos** [*Erubescant impii, et deducantur in infernum; muta efficiantur³³ labia dolosa*]. Dijo en el verso anterior: *No quede yo confundido, pues te he invocado*. Aquí, vueltas del revés las cosas, desea que **se avergüencen**, más bien, los que invocan a los ídolos y todos cuantos se manchan con semejante impiedad. Ciertamente, aquéllos a los que la pena eterna ha de atormentar bien les viene **avergonzarse**. En efecto, al no creer en el juicio, que Dios tiene prometido, los **labios dolosos** son aquí blasfemos y charlatanes. Pero, llegado el momento de la manifestación de la resurrección y una vez tomada conciencia de encontrarse en grave peligro, **enmudecen** al instante y dejan ya de dar saltos, con palabras procaces, aquellos labios a los que tan extraordinario terror los ha hecho callar.

Verso 22.– **Que hablan iniquidad contra el justo, en la soberbia y en el desprecio**

²⁹TL., *Libera me; et eripe me*; Vlg., *Eripe me*.

³⁰TL., *illumina*; Vlg., *illustra*.

³¹TL., *non*; Vlg., *ne*.

³²Hebr., יְדַבְּרוּ לְשׂאֵוֹל [*callen en el Šeol*]. Los LXX: καὶ καταχθείησαν εἰς ᾗδου [*y sean bajados al Hades*].

³³TL., *efficiantur*; Vlg., *fiant*.

[*Quae loquuntur adversus iustum iniquitatem, in superbia et in contemptu*³⁴]. Habla de aquellos labios engañosos, sobre los cuales anteriormente dijo que enmudecerían ante el juicio, pero que aquí, en este mundo, **hablan contra el justo**, es decir, contra Cristo. Digno nombre y adecuada palabra, pues, con razón, es llamado **[101] justo** el que es *camino, verdad y vida* (Jn 14,6). Pero, frente a nombre tal y tan grande, muy oportunamente ha puesto la palabra **iniquidad**, pues así como la luz es contraria a la oscuridad, la iniquidad es contraria a la justicia. En efecto, la falsedad habla contra la verdad, cuando los judíos proclaman que el Mesías todavía tiene que venir; cuando los arrianos dicen que el Señor Creador es criatura; cuando los insensatos paganos profesan que Saturno, Júpiter, Venus y todos los demás portentos son nombres celestiales. Sigue diciendo: **En la soberbia y en el desprecio**. Ciertamente, porque los **soberbios** recusan la humildad de Cristo, cuando dicen que el Señor de los cielos no pudo asumir una naturaleza humana. Por su parte, los **despreciadores** desdeñan creer en la pasión del Señor inmortal. En efecto, al oír hablar de que fue azotado, afrentado con escupitajos o entregado en manos de impíos, saltan de inmediato, profiriendo palabras blasfemas, sin prestar la mínima atención a cualquier otro parecer, digno de consideración. No porque el Altísimo pudo aparecer menos glorioso en medio de los pomposos honores de este mundo, sino porque fue conveniente apartar aquellas cosas por las que el género humano condenó canallamente a su propio Creador.

Verso 23.— **¡Cuán grande es la abundancia de tu dulzura, Señor, que tienes escondida para los que te temen!** [*Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti timentibus te*]. Llega a la tercera parte, en la que, de diversas maneras, enumera cuántos beneficios regala el Señor a los que le temen, exhortando a que todos los santos amen al Señor, en cuanto que Él es nuestro Juez y —en el futuro— generoso dador de toda clase de bienes. Pero vayamos a las palabras contenidas en este verso. Hay **abundancia de dulzura**, porque la bondad del Señor se manifiesta, mediante multitud de premios. Dulce en la corrección; dulce en el perdón; dulce, cuando promete a los creyentes los premios eternos. Pero debes entender bien que sólo es dulce para aquéllos que gustaren de su buen sabor. De lo contrario, la *dulzura* no puede llegar a los que, en modo alguno, fueron merecedores de su agrado, como también en otro salmo se dice: *Gustad y ved que el Señor es dulce* (Sal 33,9). Sigue: **Que tienes escondida para los que te temen**. Está escondida, no para que los santos de ninguna manera puedan alcanzarla, sino porque, en el juicio futuro, es asegurada —como ya manifiesta— aquella dulzura, que aquí es sentida como cosa aún oculta. Pero, convenientemente, entendemos que está **escondida**, a fin de que los deseos humanos la apetezcan con mayor intensidad, pues suele ser mirado con desdén todo aquello que aparece manifiesto y a la vista de todos, creyéndose, por lo general, que carece de valor lo que se ofrece sin dificultad alguna. Pero la expresión: *Que tienes escondida* es homónima. Significa también: *Y negada*, como es el siguiente ejemplo: *Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a los pequeños* (Mt 11,23).

Verso 24.— **Y la has llevado a término en los que esperan en ti, a la vista de los hijos de los hombres** [*Et perfecisti sperantibus in te*³⁵, *in conspectu filiorum hominum*]. Aquella dulzura, que *tenía escondida para los que le temen*, **la lleva a término** en los que, con constancia de ánimo, la buscan ardientemente. En efecto, en esto consiste realmente **esperar**: en que, incluso

³⁴TL., *et in contemptu*; Vlg., *et in abusione*.

³⁵TL., *Et perfecisti sperantibus in te*; Vlg., *Perfecisti eis qui sperant in te*
Salmo 30

si no podemos alcanzar una determinada cosa, seguir teniéndola por segura con firme integridad de espíritu. Añade también: **A la vista de los hijos de los hombres**, esto es: en la resurrección general, cuando entregue a sus santos los premios prometidos y haga que todas las gentes conozcan que sus palabras eran enteramente ciertas.

Verso 25.– **En lo escondido de tu rostro los esconderás de la conturbación de los hombres** [*Abscondes eos in abscondito vultus tui*³⁶ *a conturbatione hominum*].

Verso 26.– **En tu tabernáculo los protegerás de la contradicción de las lenguas** [*Proteges eos in tabernaculo tuo a contradictione linguarum*].

Verso 27.– **Bendito el Señor, porque ha ensalzado su misericordia en la ciudad del derredor** [*Benedictus Dominus, quoniam mirificavit misericordiam suam in civitate circumstantiae*³⁷]. Llega a la enumeración de los beneficios, que con abundante misericordia el Señor regala a sus santos. Esta figura nobilísima es conocida en la retórica con el nombre de *synatroesmos*; los latinos la llaman *congregatio* [acumulación]. Consiste ésta en que muchos delitos o beneficios son concentrados en uno solo, algo que es recibido entre las imágenes de mayor dureza, porque la acumulación de cosas proporciona aumento a la causa. En efecto, manteniéndose todavía en la exposición de la dulzura del Señor, en primer lugar, dice: **En lo escondido de tu rostro los esconderás de la conturbación de los hombres**. Sigue diciendo, después: **En tu tabernáculo los protegerás de la contradicción de las lenguas**. Por último, completa la totalidad de los beneficios con una alabanza manifiesta: **Bendito el Señor, porque ha ensalzado su misericordia en la ciudad del derredor**. Vayamos ahora a la explicación de las palabras. Dice: **En lo escondido del rostro** del Señor, esto es, en la otra resurrección, cuando todos los justos consigan el premio de su contemplación, como está escrito: *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Dice también que sus fieles serán escondidos **de la conturbación de los hombres**, o sea, de los malvados, cuando se encuentren ya establecidos en la bienaventuranza eterna, donde nadie conturba, con impura voluntad, la purísima verdad, sino que la bondad de las cosas se mantiene en todo su esplendor. Y, ¡cuán convenientemente dice que la mirada del rey está **en lo escondido**!. Cierto es, porque los impíos no verán su contemplación, de la que sí disfrutarán eternamente los justos. En efecto, por las palabras **de los hombres** hay que entender aquí a todos los perseguidores y cismáticos, que acostumbraron a aterrorizar en este mundo al pueblo cristiano. Pero dice que, una vez llegados allí, las conturbaciones de los impíos ya no tienen sitio entre los servidores de Dios, pues ambos están separados entre sí [Lc 26,16]. En efecto, aquéllos son enviados a la pena eterna; los justos, en cambio, están llamados al descanso, que no tiene fin. Pero, para que no sólo la promesa del premio futuro perturbara los frágiles corazones, dice, en segundo lugar, que los fieles **serán protegidos**. En efecto –como ya hemos dicho alguna vez–, mediante la palabra **tabernáculo**, se significa la Iglesia católica, la cual –a causa de las luchas, que debe afrontar en este mundo– recibe a menudo el nombre de *tienda de campaña*³⁸. En efecto, anteriormente dijo: *Esconderás*. Ahora dice: **Protegerás**. Allí serán escondidos, donde los malvados no ven; pero aquí serán protegidos, donde la iniquidad de los malvados, en manera alguna, puede causar daño, puesto que las almas de los justos están guardadas, libres ya de cualquier aflicción corporal. En tercer lugar, el hombre celestial –que es

³⁶TL., in textu: *in abscondito vultus tui* [ed., *abdito vultus tui*]; Vlg., *in abdito faciei tuae*.

³⁷TL., *in civitate circumstantiae*; Vlg., *in civitate munita*.

³⁸TL., *expeditionale habitaculum*.

también el Mediador, Cristo el Señor– se alegra con gozo espiritual, porque, gracias a la encarnación del Verbo, vinieron al mundo los dones de la salvación. Por la expresión: **Ciudad del derredor** debemos entender la Jerusalén terrestre, la cual, establecida en medio de las gentes, parecía alzarse, a modo de templo de la fe. A partir de ella, en efecto, las naciones establecidas en derredor, merecieron recibir las normas de la enseñanza cristiana y –como por una purísima fuente manifiesta– fueron regadas con los dones de la vida celestial. Así, pues, el Señor **ha ensalzado su misericordia** en esta ciudad, en cuanto que en ella se dignó enseñar, en ella obró milagros y en ella sufrió pasión por la salvación de los hombres. También en ella mostró la gloria de su resurrección, de manera que, con razón, se dijese que en Jerusalén –ciudad, en que eligió manifestar tan ingentes misterios– realizó las maravillas de su poder.

Verso 28.– **Pero yo dije en mi pavor³⁹: soy arrojado del rostro de tus ojos** [*Ego autem dixi in pavore meo⁴⁰: proiectus sum a vultu oculorum tuorum⁴¹*]. Según su condición de siervo, dice el Hijo al Padre: *Esperé*. Esperé que, cuando la tristeza de la pasión arreciara, tu gracia no me abandonaría. Ciertamente, **en el pavor** de la muerte **fui arrojado del rostro de tus ojos**, es decir [102], de tu mirada misericordiosa. Y muy bien dio a los ojos el nombre de *rostro*, porque éstos dan a conocer –mejor que ninguna otra cosa– los diferentes estados del ánimo. En efecto, se dice *rostro*, porque manifiesta, por medio de sus señales, lo que quiere⁴² el corazón. Así son los ojos de la Divinidad, que, cuando miran, ofrecen su gracia.

Verso 29.– **Por ello escuchaste la voz de mi oración, cuando clamaba a ti** [*Ideo exaudisti vocem orationis meae, dum clamarem ad te*]. Por el siguiente motivo dice que **fue escuchado** por el Señor: porque humildemente y no con desesperanza –según acostumbran los hombres– decía que había sido despreciado Aquél para quien la gracia no podía tardar, Aquél de quien la voz paterna diría: *Éste es mi hijo amado, en el que me he complacido* (Mt 3,17). **Cuando clamaba a ti**, es decir, cuando en su pasión gritó con voz potente: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27,46). En efecto, estos gritos fueron escuchados, en cuanto que alcanzó la gloria de la resurrección y fue exaltado, ciertamente, a la derecha del Padre.

Verso 30.– **Amad al Señor todos sus santos** [*Diligite Dominum, omnes sancti eius*]. Terminado el himno, exhorta a los santos a que amen al Señor por los dones recibidos, de manera que los miembros amen al Autor de tan gran beneficio, al conocer que Él ha sido constituido como Cabeza. **Amad al Señor** les dice, ya como a amigos, no como a siervos. En efecto, propio de los siervos es el temor; propio de los amigos, el amor. Como Él mismo dice en el Evangelio: *Si hicieréis lo que yo os mando, ya no os llamaré siervos, sino amigos* (Jn 15,14). Pero ordena esto a los santos, porque amar al Señor es algo propio de los que no aman al mundo⁴³.

³⁹Hebr., בְּפַחַי [en mi apresuramiento, en mi aturdimiento]. Pero la expresión de los LXX, ἐν τῇ ἐκστάσει μου [en el raptó de mi mente], que Vlg. tradujo por *in pavore meo*, denota la congoja y agonía en que se hallaba la naturaleza humana del Señor, hasta el punto de creerse abandonado por el Padre.

⁴⁰TL., *in pavore meo*; Vlg., *in excessu mentis meae*.

⁴¹TL., *a vultu oculorum*; Vlg., *a facie oculorum*.

⁴²*Vultus > vult*.

⁴³TL., *quia non diligunt*; prop., *qui non diligunt*.

Verso 31.– **Porque el Señor requerirá la verdad⁴⁴ y devolverá con abundancia a los que practican la soberbia** [*Quoniam veritatem requiret Dominus, et retribuet his qui abundanter faciunt superbiam*⁴⁵]. Para que no se crea que el Señor puede dejar impunes las blasfemias de los herejes, dice: **El Señor requerirá la verdad**, verdad que desconocen los que están encadenados a la falsedad de sus errores. Sigue: **Y devolverá a los que practican la soberbia**. En efecto, por esto rompe: para reclamar; por esto, requiere: para castigar. Y, convenientemente, añade: **Con abundancia**, porque no *devolverá* a los que se convierten, mediante una solícita enmienda. Pero con los soberbios, que sobremanera delinquen y, con inicua arrogancia, desprecian los preceptos del Señor, con ellos, sin duda, será verdaderamente riguroso. Pero aquí por *soberbia* no debemos entender un pecado más entre los otros, porque de la soberbia nace todo aquello que, por la perversidad de las costumbres, constituye el pecado en sí mismo. En efecto, está escrito: *El comienzo de todo pecado es la soberbia* (Qo 10,15). Y, con razón, a todos los demás pecados los ha llamado con este nombre, pues no sólo toma venganza contra los soberbios, sino que la toma también contra todos los que rechazan la norma de una vida llevada con piedad.

Verso 32.– **Comportaos virilmente, y sea confortado vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor** [*Viriliter agite, et confortetur cor vestrum, omnes qui speratis in Domino*]. Aquí se concentra la fuerza de todo el salmo y el provecho de la sagrada pasión. En efecto, habiendo dicho: *Amad al Señor, santos suyos* –amad a Aquél que entregó a la cruz a quien es vuestra Cabeza y le concedió la gloria de la resurrección–, a modo sentencia definitiva, dice ahora, llegado ya al final: **Comportaos virilmente, y sea confortado vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor**. Es decir: que, a causa de los sufrimientos antes mencionados, no se llenen de terror los corazones de los fieles, sino que se colmen de vigor, según el modelo glorioso, dado para medicina del mundo. Esta figura retórica recibe el nombre de *epiphonema*, en latín, *acclamatio*, una aclamación que –tras la narración de los hechos de que se trate– prorrump brevemente junto con una exclamación. Por tal razón, esta exhortación va dirigida a los hombres buenos, a fin de que la debilidad de la carne no haga que se retiren de sus buenos propósitos. **Comportaos virilmente**, esto es, perseverad en el buen obrar con toda constancia, y no os dejéis abatir con afeminada afectación, vosotros, que constantemente ofrecéis vuestros corazones al Señor. Pues, de esta suerte se robustecen los corazones de los que saben aguantar: si aseguran su esperanza en el poder del Señor. Ahora bien, este mandato es común a los hombres y a las mujeres, pues se *comporta virilmente* todo sexo que se mantiene impávido ante toda solicitud placentera. Pero fijate en cómo, a lo largo de todo el salmo, ha venido guardando las distintas partes de su pasión. Primero, la *oración*; siguió, después, la *pasión*; exhortó, finalmente, a la alegría constante de los fieles, de manera que, una vez recibido tal beneficio, ninguna duda, enemiga de la fe, pueda tener ya preponderancia alguna.

⁴⁴Hebr., אֲמוּנִים נִצְרֵי יְהוָה [a los fieles guardará el Señor], es decir, a los que con fidelidad le sirven. S. Agustín, junto con otros, al unir el adverbio *abundanter* con la expresión *facientibus superbiam*, entiende, más bien, que el Señor da su merecido a los que son soberbios en gran manera. Los LXX: ὅτι ἀληθείας ἐκζητεῖ κύριος [porque verdades busca el Señor].

⁴⁵TL., *veritatem requiret Dominus, et retribuet his qui abundanter faciunt superbiam*; Vlg., *veritates requirit Dominus, et retribuit abundanter facientibus superbiam*.

Conclusión del salmo

Se concluye ya la saludable y hermosísima composición de este gran salmo, en la que se expresa, por una parte, la fragilidad de lo humano y se muestran, por la otra, los beneficios divinos, de manera que, al considerar su debilidad, nadie se ensoberbezca; pero, al mirar la misericordia divina, nadie tampoco sienta pavor. El número del salmo muestra también la cima de un cálculo lineal, promete igualmente el premio a una fiel unión, de manera que, asociándose el alma a esta alabanza, mediante una vida llevada con santidad, sea enriquecida con recompensa en número de treinta. Convienen también a este número otros misterios. Leemos que José fue constituido señor en Egipto cuando tenía treinta años [Gén 41,46]. También, a los treinta años, nuestro Salvador, bañado en las aguas del Jordán, consagró el bautismo, que da la vida. Y también en estas tres decenas está la santa Trinidad, que otorga a nuestra fe la regla inviolable y la salvación.

SALMO TREINTA Y UNO

Para David. De inteligencia¹.

[*David intellectus*²].

Dado que, por lo general, todos los salmos han sido compuestos, para aportar inteligencia, de manera que, al conocerlos, no ignore nuestro sentido el modo de comportarse en la vida, parece razonable que nos preguntemos por qué precisamente en el presente título aparezcan escritas las palabras: **Para David. De inteligencia**. Menciona, primero, a **David**, en lugar de Cristo el Señor, porque a Él se debe referir todo lo que va a decir este penitente. Sigue, después: **De inteligencia**. Y tal es el motivo: sin la misericordia del Señor, que nos ayuda a tomar conciencia de nuestros pecados, no podríamos llegar al deseo de penitencia. En otro salmo también se dice: *¿Quién entiende los delitos* (Sal 18,13). Éste es, pues, el sentido de la palabra, que se lee en el título, es decir: que, al recibir de Dios la luz suficiente, para reconocer nuestros pecados, supliquemos con deseos ardientes que nos sean perdonados. Ciertamente, pues ¿quién podría pedir el perdón de sus pecados, sin tener plena conciencia de ellos?. En efecto, en la cuarta parte de este salmo, cuando sea Cristo el Señor quien ya tome la palabra, en el verso primero, se comenzará diciendo: *Te daré entendimiento*. Así, ya en el mismo título ha sido anunciada de antemano la *inteligencia* de este penitente, a quien también por la misma voz divina le es prometida. Pero, aunque –además de éste– existan otros salmos penitenciales, sin embargo, dadas las características propias de cada uno, dichos salmos fueron nombrados con títulos de diferente significado. En efecto, el primero

¹Considerando que este salmo es de David, la mayoría de los autores convino en que su composición tuvo lugar después del adulterio y subsiguiente homicidio cometido por este rey. En el título hebreo, junto con la atribución a David, se lee la palabra מִשְׁכִּיל [mas^ekil, himno]. En los LXX, junto al nombre de David, se lee el genitivo συνέσεως [de comprensión, de inteligencia]. Vlg. ha leído: *Huic David intellectus* o también *Ipsi David intellectus*. TL. dice solamente: *David intellectus*. Se trataría, en todo caso, de un *salmo doctrinal* o *de instrucción*, o del conocimiento que Dios dio a David acerca de la gravedad de su pecado. Éste es el sentido que prefiere Casiodoro. Otros autores, sin embargo, se inclinan a pensar que, siendo el contenido del salmo bastante oscuro en sí, se necesita del don de la inteligencia, para penetrar rectamente en su sentido.

²TL., *David intellectus*; Vlg., *Ipsi David intellectus*.

–que es el salmo sexto– contiene aquellas palabras, que ya hemos visto: *Para el fin, en los cánticos. Salmo de David para la octava*, porque todo él hace referencia al temor del juicio futuro. Pero a éste, que tardíamente tomó conciencia de su culpa, con razón, le fue asignado dicho título, porque los pecados, que de manera inmediata debería de haber puesto en presencia del Señor, reconoció haberlos tenidos callados por espacio de largo tiempo. De todos modos, el punto principal de este asunto [103] está en la indulgencia, que es concedida a todos los que hacen penitencia. En efecto, hay indulgencia allí donde todo le es perdonado al enemigo y donde sólo con lágrimas suplicantes el reo halla su defensa.

División del salmo

En la primera parte del salmo, habla el penitente, reconociendo claramente su pecado e indicando la pena para sí mismo, en razón de haber retrasado su confesión, pues creyó que sus hechos criminales podían quedar ocultos. En esta primera parte, se contienen, de manera sucinta, el inicio y exposición de los hechos. En la segunda parte, se encuentra sólo la corrección, pues, al haberse autoinculcado por propia confesión, confía en que el Señor podrá perdonarlo. En la tercera, recomendando los beneficios de la penitencia, afirma que, en este mundo, los santos suplican al Señor, en quien tienen su seguro refugio. Concluyen así, en esta tercera parte, las palabras del penitente. En la cuarta, Cristo el Señor, respondiendo a sus palabras, promete rodear de misericordia a los que esperan en Él, de manera que de ningún modo considere que quien suplica rectamente recibe la llamada por respuesta. Dichas cuatro partes quedan divididas por pausas interpuestas, que es nuestro propósito seguir.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Dichosos aquéllos, cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido encubiertos** [*Beati quorum remissae sunt iniquitates, et quorum tecta sunt peccata*]. Este penitente, reconociendo sus propios hechos y a ejemplo de aquel publicano que, golpeándose el pecho, no levantaba los ojos al cielo (Lc 18,13), suspirando con todas sus fuerzas y con corazón humillado, ni siquiera tuvo el atrevimiento de invocar a la Majestad, sino que se limita a llamar **dichosos a aquéllos, cuyas iniquidades han sido perdonadas**, deseando aquí la absolución de los pecados, pero sin atreverse a pedir semejante cosa. Con razón, pues, llama *dichosos* a los que, anteriormente, merecieron ser perdonados. Ésta es la octava forma de definición, que los griegos llaman *κατὰ ἀφαιρεσιν τοῦ ἐναντίου*, y los latinos *per privantiam contrarii* [por ausencia de lo contrario]. Los pecados, en efecto, son contrarios al aquél que es dichoso. Y, pues dice aquí que **son perdonados**, con razón, mediante esta forma de definición, se expresa que el hombre es *dichoso*. Pero, entre las *iniquidades* y *pecados*, el santo Jerónimo establece en este salmo la siguiente diferencia, a saber: que *iniquidades* son aquellas cosas que –por ignorancia o no– son cometidas, antes de recibir la fe; pero *pecados* son aquellas otras cosas cometidas, después del conocimiento de la fe o de haber recibido la gracia del bautismo³.

Verso 2.– **Dichoso el hombre a quien el Señor no le imputó el pecado, ni hay engaño**

³HIER., *Breviarium in psalmos*. Psalmus XXXI, (PL 26, 913A).

en su boca [*Beatus vir cui non imputavit Dominus peccatum, nec est in ore⁴ eius dolus*]. La misma forma de definición abraza también a este **hombre dichoso**. Debemos saber, sin embargo, que hay algunos, cuyos pecados están registrados a cuenta propia, como se le dijo a Pablo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hch 9,4). Y, en el Evangelio, a la mujer adúltera: *Vete, y no peques más* (Jn 8,11). Pero es claro que existen también otros a quienes no se les imputa pecado alguno. Tal es el caso de Job, de quien se dice: *¿Has visto a mi siervo, que no hay en la tierra otro semejante él, varón justo, sincero y temeroso de Dios?* (Job 2,3). Y Natanael, de quien también está escrito: *He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño* (Jn 1,47). Escogió, por ello, en sus deseos aquella parte en la que no sintiera el mordido de inquietud alguna. Todos, sin embargo, llegan a estos dones, por medio de la gracia de la misericordia divina, como el apóstol Juan dice: *Si decimos que no tenemos pecados, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros* (1Jn 1,8). Continúa diciendo: **A quien el Señor no le imputó el pecado**. Ciertamente, aquél **en cuya boca no hay engaño**, es decir, aquél a quien ninguna indulgencia sería de su agrado y, aun siendo pecador, en un principio diría que es un hombre santísimo –enfermedad ésta con la que la humanidad sufre sobremanera–, pero que, una vez reconocidos sus delitos, persevera de manera continua en la humildad de una adecuada reparación. En efecto, el que agrada al Señor, no se agrada a sí mismo, pues, cuando nos inculpamos a nosotros mismos, decimos verdad; pero, cuando queremos alabarnos, mentimos. Hasta aquí los principios, mediante los cuales, mostrando una extremada humildad, ha buscado obtener la misericordia del buen Juez. Pero nosotros no establecemos separación alguna en esta parte, porque vamos a seguir las pausas que –a modo de silencio del Espíritu Santo– dividen el salmo, en modo de poder observar aquéllas, sin de ningún modo descuidar éstas.

Verso 3.– **Porque he callado, han envejecido mis huesos, mientras clamaba todo el día⁵** [*Quoniam tacui, inveteraverunt ossa mea, dum clamarem tota die*]. Por consiguiente, una vez terminado –como convenía– este breve exordio, da paso ahora el penitente a una salubérrima narración, que bien dijeron algunos que era el corazón–otros, que el alma– de las causas, porque por ellas se conoce todo lo que se contiene en las razones más profundas de cualquier asunto. **Porque he callado**. Dice, en efecto: Porque no te he confesado el delito, toda mi firmeza ha envejecido en la debilidad, a modo de una herida corporal, que, si no se abre para su curación, permanece oculta hasta que acaba por pudrirse. Los **huesos** –como alguna vez hemos dicho– significan, en efecto, la firmeza del espíritu. Con razón, dice que **han envejecido**, porque la úlcera no le había sido mostrada al médico, en cuyas manos estaba la facultad de curarla. Sigue diciendo: **Mientras clamaba todo el día**. Habiendo dicho anteriormente que *había callado*, confiesa aquí, de nuevo, que **ha clamado**. Ciertamente, *calló* ante Dios, a quien sin descanso debía de haber suplicado. *Clamó* aquél que, por largo tiempo, estuvo hablando de su propia justificación. De este modo, *calló* lo que era necesario decir y dijo lo que tenía que haber callado. Así las dos cosas resultan ser culpables, aunque parezca que se trata de cosas diferentes. Pero recuerda que toda la fuerza de este salmo va dirigida contra este vicio execrable del género humano, es decir: que nadie considere que está escondido para Dios aquello que guarda escondido en lo más hondo de su conciencia.

⁴TL., *in ore*; Vlg., *in spiritu*.

⁵Hebr., בְּלוּ עֲצְמוֹתַי בְּשִׁבְחִי כָּל-הַיּוֹם [se envejecieron mis huesos en mi bramido todo el día]. Los LXX: [se envejecieron mis huesos por clamar yo todo el día].

Verso 4.– **Porque día y noche se ha hecho grave tu mano sobre mí** [*Quoniam die ac nocte gravata est super me manus tua*]. Para el pecador, la **mano grave** es la que flagela; *pesada*, la que castiga. **Día y noche** significa un tiempo ininterrumpido, de manera que, con razón, fuera sentida como *grave* la mano, que no se retira del peso del castigo. De otro modo, en efecto, si la mano de Dios no lo hubiese apretado, su humillación no le habría sido de provecho. En sentido figurado, la **mano** significa el trabajo realizado, en cuanto que los hombres usan las manos, para trabajar. Dios no hace nada con las manos, sino que, mediante el poder de su voluntad, todo lo dispone y realiza completamente.

Verso 5.– **Me volví en la desgracia, mientras se me clava la espina**⁶ [*Conversus sum in aerumna*⁷, *dum confringitur mihi spina*]. Esto es lo dicho anteriormente: *Se ha hecho grave tu mano sobre mí*. En efecto, se dice que alguien es **desgraciado**, cuando su estado de ruina es muy grande. Ciertamente, la palabra *ruina* significa algo así como volver a lo más profundo⁸. Por consiguiente, se había **vuelto en la desgracia** aquél que había caído, a causa de la soberbia, de suerte tal que el que antes, llevado por la arrogancia, había clamado, confiesa ahora al Señor, movido por la humildad. Y, por esto, le es devuelta la esperanza de la salvación: porque ha reconocido en si mismo las obras, que causan la muerte. La **espina** es la que mantiene erguido y ensamblado el cuerpo entero. Con razón, está puesta aquí, en lugar de la soberbia, pecado que, una vez destruido, ya no precipita a la muerte, sino que, antes al contrario, levanta para la salvación [104]. Este modo de argumentar es conocido con el nombre de *a neccesitate* [a causa de la necesidad], cuando se exponen previamente causas gravísimas, a fin de que el espíritu, ya bien dispuesto, sea conducido a una fructífera confesión.

Verso 6.– **Te hice conocido mi delito, y no oculté mi injusticia** [*Delictum meum cognitum tibi feci, et iniustitiam meam non operui*⁹]. Así como, más arriba, había dicho de dónde le venía la herida, también ahora –llegado ya a la segunda parte– da a conocer de dónde, por la generosidad del Señor, le viene la cura. ¡Oh ingeniosa simplicidad y pureza más sagaz que mil embaucadores!. Dice haber dado a conocer el delito a Aquél al que nada le es oculto; a quien la causa clama más que la lengua; a quien, aunque sus oídos nada escuchen del hombre, todo lo conoce con certeza mayor que aquélla con la que el hombre lo realiza. Mas esto significa **hacer conocido**: confesar los delitos. Pero **ocultar** es encubrir algo con el silencio o guardarlo con disimulo del corazón. Esto último es lo que hacen los necios, que creen que Dios puede ignorar algo de lo que ellos hacen. Quienes, por el contrario, reconocen que a Él todo cuanto existe le es manifiesto, se someten a la humildad de la confesión y al deseo de penitencia, para no tener que sufrir la severidad del Juez, al haber desaprovechado el beneficio de tener un abogado favorable. Estimaron algunos, sin embargo, que el **delito** es un pecado leve, como si se tratara de algo abandonado¹⁰ por descuido, pero que la **injusticia** es una falta enorme y cruel. Con todo, aquí se

⁶Hebr., נְהַפְּךָ בְּהַרְבֵּי קִיץ לְשָׂדֵי, [Se volvió mi verdor en sequedades de verano]. Es decir, se consumió todo el jugo de su cuerpo. Los LXX: ἐστράφην εἰς ταλαιπωρίαν ἐν τῷ ἐμπαγήναι ἄκανθαν [volví al sufrimiento, cuando se clavó una espina].

⁷TL., *in aerumna*; Vlg., *in aerumna mea*.

⁸Ruina > *repetens ima*.

⁹TL., *operui*; Vlg., *abscondi*.

¹⁰*Delictum* > *derelictum*.

pone de manifiesto la simplicidad del penitente, que ni siquiera consintió ocultar lo que, tal vez, habría podido pasar como una falta venial.

Verso 7.– **Dije: contra mí declararé mis injusticias al Señor; y tú perdonaste la impiedad de mi corazón** [*Dixi, pronuntiabo adversum me iniustitias meas*¹¹ *Domino, et tu remisisti impietatem cordis mei*¹²]. Muestra aquí la gran piedad de Dios: ante la sola promesa de un deseo religioso, aligera –al punto– el peso de los pecados, pues da al deseo piadoso la misma consideración que a la misma obra ya realizada. En efecto, propuso en su corazón no callar al Señor aquello que había hecho. Y así como todo lo había dado ya a conocer, así también le fue perdonado todo cuanto quiso confesar. Con razón, pues el mismo hecho de querer es ya motivo de absolución o de castigo. Dice: **Declararé**, o sea: diré públicamente, de manera que –a imitación suya– su piadosa y fiel confesión pudiera ser estímulo para otros. De su propia acusación sigue el remedio saludable, cuando, por no haberse perdonado el reo a sí mismo, el Juez lo perdonó. Ahora bien, la **impiedad del corazón** consistió en haber decidido callar, creyendo poder ocultarse de Aquél que todo lo conoce perfectamente, bien antes de que suceda.

Verso 8.– **Por esta**¹³ **todo santo orará a ti en el tiempo oportuno**¹⁴ [*Pro hac orabit ad te omnis sanctus in tempore opportuno*]. Así, pues, una vez terminados el exordio y la exposición o satisfacción, llega a la conclusión de su súplica, en la que de tal modo aconseja pedir perdón que llega a decir que tal actitud debe ser común a **todos los santos**. Y con razón, pues nadie hay que esté libre de pecado, todos debemos hundirnos completamente en la súplica. ¡Oh saludable medicina! Contra el mal de toda clase de pecados, ofrece a los enfermos diversidad de remedios. Si con espíritu puro se ha usado de este único antídoto, el veneno de todo delito deja de tener eficacia. Añade: **En tiempo oportuno**, es decir, mientras dura la vida en este mundo, donde es necesaria la conversión, pues en el infierno –como en el salmo sexto ya se dijo– nadie podrá ya confesar provechosamente al Señor.-----

Verso 9.– **Más en el diluvio de las muchas aguas no se acercarán a él** [*Verumtamen in diluvio aquarum multarum ad eum non approximabunt*]. Habiendo dado testimonio anteriormente de que los santos ruegan sin cesar, niega ahora que este piadoso sentimiento sea concedido también a las diferentes clases de supersticiones. En efecto, el **diluvio de las muchas aguas** significa el error de hombres perversísimos, que –fluctuando entre variadas sinrazones– sostienen numerosas doctrinas, que jamás recibieron del verdadero Maestro. Esta sentencia arguye, sobre todo, contra los herejes, los cuales, en el *diluvio* de su perversidad, suelen suscitar tempestuosas cuestiones, que como destino tienen todas el naufragio. Y éstos **no se acercarán a él**, porque se separan de la verdadera religión. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *metaphora*, es decir, translación, cuando a un sustantivo o verbo se les muda del lugar, que les es propio, a

¹¹TL., *pronuntiabo adversum me iniustitias meas*; Vlg., *confitebor adversum me iniustitiam meam*.

¹²TL., in textu: *cordis* [mss., A., B., F., peccati].

¹³Hebr., על־זאת [por esta]. Así traducen también los LXX: ὑπὲρ ταύτης. ¿A qué se refiere este pronombre en género femenino?. Algunos piensan que se refiere a la impiedad del versículo anterior. Otros, que se trata de un idiotismo hebreo, lengua en la que, al carecer de género neutro, lo suplen mediante el femenino.

¹⁴Hebr., לְעֵת מְצִיאָה [en tiempo de hallar], es decir, cuando todavía haya tiempo de hallar a Dios. Los LXX: ἐν καιρῷ εὐθρότου πλῆν [en tiempo de ser hallado todavía].

otro, que no lo es o donde incluso adquieren un sentido mejor que en su propio lugar.

Verso 10.— **Tú eres para mí refugio a causa de la aflicción que me rodeó. Exultación mía, redímeme de los que me rodean**¹⁵ [*Tu mihi es refugium a pressura*¹⁶ *quae circumdedit me; exsultatio mea, redime*¹⁷ *me a circumdantibus me*]. **Refugio** es aquello a lo que se recurre, para evitar los peligros. Pero este penitente no recurrió a soledades inaccesibles. Tampoco recurrió a murallas fortificadas ni a auxilios provenientes de los hombres, sino que recurrió a Dios, que podía desbaratar a los enemigos espirituales, que le andaban **en derredor**. Dice, después, que su gozo es el Señor, de quien confiaba obtener el perdón. **Redímeme**, dice. En efecto, ¿acaso compra con oro la liberación?. No, pero que dio una sangre preciosa, que con ninguna riqueza o bienes de clase alguna podía ser pagada. Pero detengámonos a examinar con un poco de más cuidado qué nos quieren decir estas palabras. En efecto, cuando dice: **Exultación mía**, parece confesar un beneficio ya recibido. Mas, al añadir: **Redímeme**, parece indicar el temor de quien todavía se siente estar en peligro. Pero, pues ya gozaba en esperanza y sentía temor en cuanto al hecho en sí, ambas cosas fueron convenientemente unidas. En efecto, podemos gozar en el espíritu, cuando tenemos la total seguridad de que los males presentes han de conocer un fin inmediato. Añade: **De los que me rodean**, es decir, de los vicios carnales o de los espíritus inmundos, que se apresuran con rapidez extraordinaria a buscar nuestra perdición. Ha llegado a su fin la conclusión del penitente, en el temor de las cosas presentes y en la esperanza de las futuras. Venid vosotros, oradores, que tratáis los asuntos humanos con artificiosa sutileza; ved al reo, que se deshace en lágrimas; oíd al pecador absuelto, merced a sus confesiones; entended que la sentencia del príncipe no arremete contra la salvación del hombre, sino que condena, antes bien, los pecados. Éstos son los tribunales insobornables; las sentencias, que nada disciernen con ambigüedad. Defended de esta suerte vuestras causas, vosotros que, negando la verdad, junto con los crimenes soléis mezclar vuestros delitos. Invertid el orden de los juicios seculares; iniciad vuestro discurso desde el epílogo; contad vuestras miserias con lágrimas; haced que, de verdad, la enmienda penetre en vosotros hasta lo más hondo, y haceos ahora merecedores de concluir con gozo aquello que felizmente comenzasteis con llanto. De aquí entenderéis, en efecto, en qué se diferencia este orden de salvación, pues nada adverso puede esperar lo que se termina con alegría. Veamos ahora, en la parte final, qué le responde el mismo Señor.

Verso 11.— **Te daré entendimiento y te instruiré en este camino por el que andarás; tendré fijos mis ojos sobre ti** [*Intellectum dabo tibi, et instruem te in via hac qua ingredieris; firmabo super te oculos meos*]. Llega a la cuarta parte, donde las palabras del Señor bajan como lluvia suave, que empapa la tierra. Pero consideremos con cuánta conveniencia, con cuánta misericordia viene introducido Cristo, que es el que ahora habla, de suerte que se asegure aún más la esperanza de los penitentes, pues es el mismo Juez quien lo promete. Pero, ¿qué dice en primer lugar?. Dice: **Te daré entendimiento**. Ves cómo los pecadores no tienen entendimiento, sino

¹⁵Hebr., אַתָּה סִתָּר לִי מִצָּר תִּצְרֶנִי הֲנִי פֶלֶט תְּסֹבְבֵנִי [*Tú eres mi refugio; de la angustia me guardarás; con clamores de libertad me rodearás*]. Los LXX: σύ μου εἶ καταφυγή ἀπὸ θλίψεως τῆς περιεχούσης με τὸ ἀγαλλίαμά μου λύτρωσαί με ἀπὸ τῶν κυκλωσάντων με [*Tú de mi eres refugio, por la opresión que me circunda: alegría mía, rescátame de los que me han cercado*].

¹⁶TL., *Tu mihi es refugium a pressura*; Vlg., *Tu es refugium meum a tribulatione*.

¹⁷TL., *redime*; Vlg., *erue*.

cuando el Señor lo concede –propicio– a los que se convierten. *Entender* es, en efecto, obrar rectamente y hacer que los deseos se conviertan a los mandatos de Dios. Es, en efecto, el mismo entendimiento que la verdad del título reveló, el mismo que el poder del Señor infunde clementemente en los que hacen penitencia. Añade: **Y te instruiré**. Como si dijera: Enseñaré al que no sabe, ceñiré [105] al indefenso con la espada de una vida de salvación. Antes, en efecto, al haber callado sus culpas al Señor, había sido privado de consejo. Pero es instruido ahora, porque, con la ayuda del Señor, es convocado a declarar contra sí mismo. ¡Oh inestimable medicina de penitencia, que no sólo absuelve de los pecados, sino que también concede los felices premios de los santos!. Es, ciertamente, el **camino**, cuyo comienzo había sido servir al Señor, una vez condenada la iniquidad de la acción anterior; el camino, que no conoce error, sino cuando uno se aparta de él; el camino de la paz y de la verdad, por el que transitan las bienaventuradas virtudes; el camino, al que ningún género de perversidad tiene acceso. Sigue: **Mantendré fijos mis ojos sobre ti**, es decir: dirigiré a ti la luz de mi inteligencia. En efecto, quien es realmente sabio y con corazón sincero cumple los mandamientos del Señor, con razón, dice que *tiene sus ojos fijos sobre él*. Advirtamos, por tanto, con qué gloria se exalta la humildad de los penitentes: hasta el punto de escuchar que *los ojos del Señor están fijos sobre ellos*, cuando diligentemente se esfuerzan por agradarlo.

Verso 12.– **No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento** [*Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus*].

Verso 13.– **Aprieta tú con freno y riendas las quijadas de aquéllos**¹⁸ [*In freno et camo¹⁹ maxillas eorum constringe*]. Es éste un aviso general, dirigido todos los hombres, a fin de que no se entreguen a vagos errores. Pero preguntémonos por qué se ha hecho uso aquí de semejantes comparaciones: caballo, mulo, freno, rienda y quijadas. El **caballo** obedece las órdenes del jinete sin elección alguna y, una vez que ha sido montado –no importa por quien–, se precipita en la carrera. El **mulo**, sin embargo, soporta pacientemente los fardos con que los quieran cargar. Y, por esta razón, ni el uno ni el otro tienen entendimiento, porque ni el primero elige a quién obedecer ni el segundo se pregunta por qué se le abruma con cargas de tanto peso. Exhorta, pues, a esta clase de hombres a no dejarse llevar por los engaños diabólicos y a no cargarse con los pesos de los vicios, no sea que, obedeciendo mal, se hagan más favorables a los partidarios de la soberbia. Pero, ¿qué hay que hacer con estos tales?. Lo mismo que se hace con los animales sin intelecto. Sirviéndose de esta clase de comparaciones, quiso estimular a los hombres a que, aunque fuese de mala gana, se sometieran a la verdad. En efecto, lo que se dice del **freno** se refiere al caballo. La palabra *freno* viene del latín *ferum retinere* [retener al caballo], pues los antiguos a este

¹⁸Hebr., אֶל-תְּהִיוּ כְסוּס כְּפָרֶד אִין הַבַּיִן בְּמַחְגָּרֵסָן עֲדִיו לְבָלוֹם בַּל קָרַב אֵלָיךְ [No seáis como el caballo o el mulo, sin entendimiento. Con cabestro y y con freno se ha de apretar su boca, para que no se acerquen a tí]. Los XX: μή γίνεσθε ὡς ἵππος καὶ ἡμίονος οἷς οὐκ ἔστιν σύνεσις ἐν χαλινῷ καὶ κημῷ τὰς σιαγόνας αὐτῶν ἄγξαι τῶν μὴ ἐγγιζόντων πρὸς σέ [No seáis como caballo o mulo, que no tienen entendimiento. Con freno y bocado se aprietan sus quijadas, para que no se acerquen a tí]. Por nuestra parte, como hemos venido haciendo, también aquí respetamos la división que Casiodoro hace de cada uno de los versículos. Pero, en este caso, se entendería mejor este genitivo plural [eorum], si lo considerásemos como antecedente del pronombre relativo *qui*, con el que comienza el versículo siguiente, esto es: *In freno et camo maxillas constringe eorum qui non proximant ad te* [Con freno y riendas aprieta tú las quijadas de aquéllos que no se acercan a tí]. Así, el resto de este versículo y todo el verso siguiente se habrían de leer unidos del siguiente modo: *Multa flagella peccatorum. Sperantes autem in Domino misericordia circumdabit* [Muchos son los azotes de los pecadores, pero a los que esperan en el Señor los rodeará la misericordia]. Véase, sin embargo, la explicación de Casiodoro.

¹⁹TL., *In freno et camo*; Vlg., *In camo et freno*.

animal lo llamaron *ferus*. Por su parte, las **riendas** tienen que ver con el mulo. Por tanto, estas ataduras reprimen a los dos animales antes dichos, para que marchen a voluntad del que les da órdenes y no lleguen a desmandarse, merced a su propio capricho. Pero las **quijadas** son los adminículos con que los animales mascan la comida, para dar vida al cuerpo. Dice, por consiguiente, en sentido alegórico, que son precisamente esas *quijadas* las que hay que apretar, esto es, a las que hay que suministrarles, con mayor parquedad, la cantidad de alimentos que reciben, a fin de que, obligadas por la fuerza del ayuno, se sometan al imperio del Creador. En efecto, la alegoría –como varias veces ya se ha dicho– consiste en decir una cosa, pero queriendo significar otra. Y, pues hemos dicho que, en esta parte del salmo, es Cristo el Señor el que ha tomado la palabra, dice éste al Padre: **Aprieta**, porque propio de la santa Trinidad es una sola voluntad, un solo poder y una sola acción común.

Verso 14.– **Que no se acercan a ti. Muchos son los azotes de los pecadores** [*Qui non proximant²⁰ ad te, multa flagella peccatorum²¹*]. Sigue todavía con las comparaciones anteriores. En efecto, es necesario que a estos animales, cuando aún no están domados, se les aplique el freno y se les castigue con el látigo, hasta tanto no se acostumbren a recorrer rectamente el camino. Pero el orden de las palabras debe ser el siguiente: *Muchos son los azotes de los pecadores que no se acercan a tí²²*. Pero, al decir: **Que no se acercan**, da a entender que algunos pecadores sí se acercan al Señor. Son aquéllos que, aunque –por la debilidad de la carne– caigan en pecado, sin embargo, no desmayan en sus piadosas oraciones. En efecto, los que con espíritu contumaz se separan del Señor, como temiendo ser corregidos y no queriendo caminar por el sendero recto, éstos son los que recibirán **muchos azotes**, de manera que lo que no hacen de buena gana, a fuerza de golpes, se vean obligados a cumplirlo. Pero éstos son los azotes, que nos curan rápidamente; los azotes, que nos liberan de inmediato, y nos llevan al camino de la verdad.

Verso 15.– **Pero a los que esperan en el Señor los rodeará la misericordia** [*Sperantes²³ autem in Domino misericordia circumdabit*]. En verdad, la justicia divina promete azotes a los que no esperan, pero a los que esperan en ella les promete misericordia, como dice el profeta Ezequiel: *Yo soy el Señor, que no me acuerdo de las maldades, en tanto que el hombre se aparte de su mal camino y de todas las iniquidades que hizo, y vivirá* (Ez 18,28²⁴). Y muy bien dijo: **Rodeará**, a fin de que no quede olvidado ningún lugar, por donde la hostilidad del diablo pueda colarse, hasta llegar a ellos.

Verso 16.– **Alegraos en el Señor y exultad, justos; y gloriaos, todos los rectos de corazón** [*Laetamini in Domino, et exultate, iusti; et gloriamini, omnes recti corde*]. De nuevo, podemos construir aquí el llamado silogismo categórico, para que –a modo de cierto servicio a las divinas Escrituras– las reglas de las artes dialécticas puedan ser consideradas, una vez más, como sus eventuales servidoras. Veamos cómo se forma: *Todo justo se alegra en el Señor. Todo el que se alegra en el Señor es recto de corazón. Luego, todo justo es recto de corazón*. Bueno es

²⁰TL., *proximant*; Vlg., *adproximant*.

²¹TL., *peccatorum*; Vlg., *peccatoris*.

²²*Multa flagella sunt peccatorum qui non proximant ad te*.

²³TL., *sperantes*; Vlg., *sperantem*.

²⁴Traducción literal de la cita del TL., que se ajusta bastante poco al texto de la Vlg.

recordar, sin embargo, que no se ha de estar haciendo uso de los silogismos a cada momento. En efecto, un lector diligente puede hallar abundantemente, en las sagradas Escrituras, de dónde sacarlos y darles forma, ajustándose al modelo, que acabamos de ofrecer. Por nuestra parte, séanos suficiente haber mostrado que –sea siquiera raramente– las divinas Escrituras contienen también esta parte de las artes lógicas, si no en su forma externa, sí indudablemente en lo que a su valor se refiere. Sigamos, pues, adelante. Pero, según es norma suya, exhorta a los **justos** a que no se alegren en sí mismos, sino que **se alegren en el Señor**, pues quien se goza en sí mismo –como muchas veces se ha dicho– se engaña con falaz presunción; mas quien *se alegra en el Señor* disfruta con delectación perpetua. En efecto, esto significa *alegrarse*: ser acariciado por la dulzura de un espíritu en calma. Sigue: **Y gloriaos, todos los rectos de corazón**. Y aquí también, por medio de la figura literaria llamada ἀπό κοινού, en latín, *a communi* [a causa de lo común], se han de añadir al imperativo *gloriaos* las palabras *en el Señor*, esto es: *gloriaos en el Señor*. Ciertamente, creed que estáis sujetos a Él y que vuestra libertad o vuestro honor están a su servicio, de manera que de ahí podáis llegar a los premios de la vida eterna. Se ha de considerar también que a los que antes había llamado *justos*, sólo por darles otro nombre, los llama ahora *rectos de corazón*. En efecto, todos los justos son también rectos de corazón; y, a la inversa, todos los rectos de corazón son, sin lugar a dudas, también enteramente justos. Por lo cual, dado que estas cosas no se pueden separar, no cabe duda de que el motivo de la variedad está justificado. En efecto, madre del aburrimiento es la doble repetición frecuente de las mismas palabras. Pero consideremos qué mérito ha tenido este penitente, para que, con voz manifiesta, le respondiera Aquél al que, con todas sus fuerzas, elevó sus súplicas. Éste, poco antes batido y oprimido por el peso insoportable de los pecados, es contado ahora entre los justos y recibido entre los rectos de corazón, de manera que cuanto más profunda había sido su humillación, al pedir perdón, tanto más alta fuese ahora su elevación, al haber sido perdonado. Por lo cual, es ya bienaventurado el que aquí es absuelto por la sentencia del piadosísimo Juez.

Conclusión del salmo

Consideremos ahora la cualidad distintiva de este salmo, pues se ha hecho merecedor de recibir, sin retraso alguno, la respuesta divina, al haber suplicado por espacio de diez versos. Recordando, tal vez, con este número la obra del Decálogo, de tal modo que así como la fiel observancia de éste conduce al premio, así también la súplica, que nace de un corazón contrito, nos lleva a los deseos [106] de la indulgencia. Leámoslo, por tanto, cuidadosamente y lloremos con compunción de espíritu. Pues, ¿en quién se ha de meditar con mayor avidez, sino en Aquél, por el cual, a la voz de Juez tan grande, son perdonados los pecados?. En efecto, este salmo contiene esta cualidad, este hecho singular: que los demás salmos penitenciales exultan en su conclusión por impulso de la compunción divina, pero aquí promete la misericordia, promete la alegría el mismo a quien con tan grandes ansias se le suplica. Por lo cual, hemos de rogar, todos los días y con grato atrevimiento, a quien nos promete también a nosotros aquello que, en la parábola evangélica, asimismo promete: *Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Pues todo el que pide, recibe; el busca, encuentra, y al que llama se le abre* (Lc 11,9-10). Razón ésta por la que pregunto: ¿quién puede ya desconfiar de la súplica fidelísima, si la piedad del Rey se ha dignado afianzarnos, mediante una triple promesa?

SALMO TREINTA Y DOS

Salmo de David¹. [*Psalmus David*].

Este título nos es de sobra conocido. Por ello, continúe el lector en lo que, al respecto, se ha dicho anteriormente. Es necesaria, sin embargo, la siguiente anotación: que, en este salmo, sirviéndose de ciertas comparaciones, el profeta exhorta a la Iglesia fiel a salmodiar, enumerando el poder y los hechos del Creador, de manera que, conociendo su virtud y su piedad, corra con mayores deseos a cantar sus alabanzas.

División del salmo

A lo largo de todo el salmo, habla el profeta. Pero, en la primera parte, recuerda a los justos, que con todo ardor de espíritu deben gozarse en el Señor, el cual conserva todas sus criaturas con su poder admirable. En la segunda parte, proclama que es dichoso aquél que ha merecido pertenecer a su culto, significando así los tiempos cristianos, en los que grande llegaría a ser la multitud de los pueblos, que habrían de abrazar la fe.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Alegraos justos en el Señor; es bueno para los rectos la alabanza común** [*Gaudete², iusti, in Domino; rectos decet collaudatio³*]. El bienaventurado David⁴, separando la Iglesia católica del contacto de los herejes, recuerda a los cristianos que no se gocen en los placeres terrenos, sino que se alegren siempre en el Señor, donde están los gozos plenos de eterna dulzura. En efecto, siendo las aflicciones del presente siglo de provecho para los fieles, dice a los justos: **Alegraos**. Pero, ¿con qué alegría?. No con otra, sino con aquella alegría, que el Señor nos enseña: *Cuando los hombres os persigan y hablen mal de vosotros, con mentiras, por causa de mi nombre, alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos* (Mt 5,11). Del mismo modo, también el Apóstol incesantemente nos anima a alegrarnos, diciéndonos: *Alegraos en el Señor, os lo repito, alegraos* (Flp 4,4). Tal repetición significa alegrarnos aquí, en medio de las aflicciones, y regocijarnos en aquel reino, disfrutando de una paz sin fin. De aquí que también el Señor diga en el Evangelio: *Os veré de nuevo, y se alegrará vuestro corazón, y vuestro gozo nadie os lo arrebatará* (Jn 16,22). Sigue: **Es bueno para los rectos la alabanza común**. Ahora bien, de qué rectos se trate, en la segunda parte, nos lo va a decir. En efecto, la expresión: *Es bueno para los rectos la alabanza común* da a entender que dicha alabanza no puede adecuarse bien a los depravados herejes, como también otro profeta dice: *No es hermosa la alabanza en la boca del pecador* (Sir 15,9). Ahora bien, la **alabanza común** supone una única alabanza en la boca de muchos, una alabanza proclamada en razón de la unidad de la Iglesia, la cual pregona que

¹En hebreo, este salmo carece de título. Los LXX dicen: τῷ Δαυιδ [De David].

²TL., *gaudete*; Vlg., *Exultate*.

³TL., *collaudatio*; Vlg., *laudatio*.

⁴Que es Cristo.

por todas partes preservada. Al decir: **Es bueno**, indica que es algo apropiado, algo conveniente, de manera que el que canta las alabanzas del Señor, lo mismo que las canta él, se congratule por la rectitud de fe y por la bondad de sus obras.

Verso 2.– **Alabad al Señor con la cítara; tañedle salmos con el salterio de diez cuerdas**⁵ [*Confitemini Domino in chitarra; in psalterio decem chordarum psallite ei*⁶]. Éstos son los justos, más arriba mencionados, los que, con devota melodía, cantan las alabanzas del Señor, por medio de sus santas acciones. La **cítara** es –como en el prefacio se dijo– una caja de madera con una cavidad en su parte inferior, a modo del vientre, que, haciendo pasar hacia arriba los hilos de cuerda, emite, al percutirlos, unos sonidos dulcísimos. Por ello se la llama así: porque debe ser percutida rápida y muy seguidamente⁷. Justamente, se la compara con las obras, las cuales, desde las realidades terrenas tienden a la gracia superna. Por ejemplo, cuando vestimos al desnudo, visitamos al enfermo y todas las demás obras de misericordia, que –aun siendo corporales– se realizan, sin embargo, en nombre del amor de Dios. **Tañemos** también la cítara, cuando –en medio de nuestros sufrimientos o males– decimos estar confiados o contentos, según está escrito: *El Señor dio, el Señor quitó; como agradó al Señor así se hizo: bendito sea el nombre del Señor* (Job 1,21). Pero llamamos **salterio de diez cuerdas** a aquel instrumento musical, que –a diferencia de la cítara– tiene la oquedad en la parte superior, desde donde los hilos sonoros bajan a la parte inferior. A él se acomodan convenientemente los preceptos del Decálogo, porque –a semejanza de la forma de este instrumento– también nosotros hemos recibido los mandamientos del Señor, que nos vienen desde arriba. Y nota que es el único instrumento músico, que, por su excelencia, es llamado de *diez cuerdas*. En efecto, no recordamos haber leído esto acerca de la cítara o de otros instrumentos parecidos. Ahora bien, el *salterio de diez cuerdas* –como así lo llamaron los antiguos– nos señala también el siguiente misterio, esto es: que tres de sus cuerdas las refiramos a Dios, que es Trinidad. La primera: *No tendréis dioses extraños en mi presencia* (Éx 20,4); la segunda: *No te harás estatuas* [Éx 20,4]; la tercera: *no tomarás el nombre de tu Dios en vano* [Éx 20,4], donde habla también del precepto del sábado [Éx 20,8-11]. Los siete mandamientos, que siguen, están en relación con el amor al prójimo: *Honra a tu padre y a tu madre; no matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no darás falso testimonio contra tu prójimo; no desearás la casa de tu prójimo, ni desearás a su mujer*, etc. [Éx 20,12-17]. De este modo, nos viene mostrada la virtud perfecta y honorable del conjunto de este singular instrumento del arte de la música. Salmodiamos también con el salterio de diez cuerdas, cuando nos conducimos en modo digno de aprobación, respecto de los cinco sentidos carnales y de los cinco espirituales. Pero, estas cosas, que decimos, no nos vienen dadas desde fuera, como es el caso del arte musical. La cítara está en nosotros y el salterio lo está también. Ciertamente, nosotros mismos somos estos instrumentos, cuando a semejanza de ellos, por la gracia de Dios, elevamos nuestros cantos, en coherencia con la calidad de nuestros actos. Esto se nos da a entender también en aquel salmo, donde se dice: *Sobre mí están, oh Dios, los votos, que cumpliré como alabanzas para ti* (Sal 55,12) Pero –como a menudo hemos dicho también– todas estas cosas y otras más de esta clase vienen explicadas,

⁵Hebr., בְּנִבְלָ עֶשְׂרִי [con el salterio de diez cuerdas]. LXX: ἐν ψαλτηρίῳ δεκαχόρδῳ [con salterio de diez cuerdas]. Al parecer, había distintos tipos de salterios: éste de diez cuerdas; el *hexacordo*, de seis; el *scindapso*, de cuatro y otros más.

⁶TL., *ei*; Vlg., *illi*.

⁷*Cithara* > *cita iteratio*.

atendiendo a su sentido metafórico.

Verso 3.— **Cantadle un cántico nuevo; salmodiadle diestramente con júbilo** [*Cantate ei canticum novum; bene psallite ei in iubilatione*⁸]. Llama **cántico nuevo** a la encarnación del Señor, por la que el mundo es colmado de saludable alegría; por la que los ángeles cantaron con voces [107] sonoras, alabando y diciendo: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2,14). Nos recuerda, pues, aquello que también nosotros debemos decir y creer. Sigue: **Salmodiadle diestramente con júbilo**, es decir: invocad a Dios con las buenas obras. En efecto, el **júbilo** es el gozo expresado, junto con el fervor del espíritu y el clamor de una voz, mezclada con más voces. No puede **salmodiar diestramente**, sino aquél que a este júbilo no uniere el sincero deseo de un recto modo de vida. Y considera atentamente la saludable enseñanza, que nos advierte de antemano, o sea: que en la presencia de Dios—que conoce nuestras entrañas y nuestros corazones— hemos de *salmodiar* sin engaño, no sea que, si con impiedad y mentira nos acercamos a tan grandes misterios, al obrar así, más que alabar ofendamos, y ello con gravedad mucho mayor.

Verso 4.— **Porque recta es la palabra del Señor, y todas sus obras en fidelidad** [*Quonian rectus est sermo Domini*⁹, *et omnia opera eius in fide*]. Mediante el género llamado demostrativo, comienza a recorrer aquí las alabanzas del Señor, empleando para ello diferentes formas narrativas, de manera que todas sus obras y preceptos se hagan dulces para nosotros. Y así, **recta es la palabra del Señor**, es decir: recta, para dirigir la vida de los hombres. En efecto, es verdaderamente recto Aquél que hace rectos. Epíteto admirable, palabra que dice verdad. Por la ley divina, ciertamente, somos corregidos; por ella somos separados de nuestra propia maldad. Y entonces vivimos, según se debe: cuando obedecemos sus mandatos. Ésta es la quinta especie de definición, que los griegos llaman κατά τὴν λέξιν, y los latinos *ad verbum*. En efecto, mediante una sola parte de la oración, se ha definido cómo es la palabra del Señor: **recta**. Sigue diciendo: **Y todas sus obras en fidelidad**. Ciertamente, porque actúa en aquéllos que merecieron ser fieles a su don, como dice en el Evangelio: *Tu fe te ha salvado* (Lc 7,50). En efecto, aquella mujer no habría merecido las obras del Señor, si la fe no hubiese ido por delante, por gratuita generosidad.

Verso 5.— **Ama la misericordia y el juicio; de la misericordia del Señor está llena la tierra** [*Diligit misericordiam et iudicium; misericordia Domini plena est terra*]. En éste y en los siguientes versos, por medio de la tercera especie de definición, que los griegos llaman ποιότης y los latinos *qualitativa*, el profeta proclama al Señor, narrando las obras, que hizo o que hace todos los días. En efecto, decimos que **amamos** aquellas cosas que, de manera más frecuente, realizamos. De este modo, con referencia al Señor se canta aquí: **Ama la misericordia**. ¿Pero no ama también la prudencia o la templanza?. Ciertamente, pero comoquiera que su misericordia nos la concede con más frecuencia, por ello se dice que la **ama** de manera muy especial. Ama, pues, la *misericordia* en este mundo, donde la derrama a lo largo y a lo ancho, cuando sostiene a los pecadores; cuando espera pacientemente a los blasfemos; cuando da la vida a los indignos y otras cosas semejantes, que—sean cuales fueren— se han de atribuir a su infinita piedad. **Ama el juicio**, cuando separa a los que son piadosos de los que son impíos y discierne sus méritos con toda

⁸TL., in textu: *iubilacione* [mss. A.,B.,F., *vociferatione*]; Vlg., *in vociferatione*.

⁹TL., *rectus est sermo Domini*; Vlg., *rectum est verbum Domini*.

equidad. Dice ahora dónde dispensa generosamente la misericordia antes mencionada: cuando **la tierra está llena de la misericordia del Señor**. Ciertamente, en esta tierra, que contiene a los míseros; en la que padecemos, a causa del asedio del diablo; donde la debilidad de la carne nos sustrae de los mandamientos celestiales. En efecto, ¿qué misericordia podemos pedir, cuando ninguna angustia pese ya sobre nosotros?. Así, pues, busquemos aquí *la misericordia, de la que toda la tierra está llena*.

Verso 6.– **Por la palabra del Señor fueron consolidados los cielos, y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos** [*Verbo Domini caeli firmati sunt, et spiritu oris eius virtus eorum*]. Aunque también este verso haga referencia a la condición natural de las cosas, admite, sin embargo, igualmente una adecuada interpretación en sentido espiritual. **Por la palabra del Señor** –por el Hijo de Dios– **fueron consolidados los cielos**, es decir, fueron establecidos los apóstoles o los santos, quienes, con su saludable predicación, llenaron el orbe entero de la tierra. Sigue: **Y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos**. Ciertamente, porque su enseñanza provenía del Espíritu Santo. En efecto, la **virtud** se refiere también a los milagros, que hacían, y a la ley del Señor, que predicaban a las gentes. De hecho, si miramos con un poco de más cuidado, aquí se significa a la Trinidad. En efecto, al decir: **La palabra**, manifiesta al Hijo; al añadir: **Del Señor**, muestra al Padre. Y, cuando dice: **Y por el espíritu de su boca**, da a entender, sin duda, al Espíritu Santo, el cual, antes de la creación de los tiempos, procede del Padre¹⁰. Y, para que entiendas que, en las tres Personas, es manifiesta la unidad, dice **de su boca** [*eius*], no de la boca de ellos [*eorum*].

Verso 7.– **Reuniendo, como dentro de un odre, las aguas del mar; poniendo en los tesoros los abismos** [*Congregans sicut in utrem¹¹ aquas maris; ponens in thesauris abyssos*]. Si la expresión: **Reuniendo, como dentro de un odre, las aguas del mar** quisieras entenderla en sentido literal, vendría a significar, sencillamente, que el mar está cerrado por las costas. Pero, si lo que deseas es conocerla en su sentido espiritual, el **odre** es la piel desollada de la espalda del cordero, que –según acostumbran los hombres– sirve para envasar determinados líquidos. Aquí el **odre** viene comparado con la Iglesia, porque, así como éste recibe en su interior el agua o cualquier otra cosa, así también aquélla contiene dentro sí la totalidad del pueblo creyente. Las **aguas del mar** significan aquí al pueblo cristiano, que es sacudido en el mar del mundo por el vaivén continuo de las olas. Por su parte, llamamos **abismo** a algo de extremada hondura, que precisamente por su profundidad no permite que la mirada de los hombres pueda penetrar en él. Por consiguiente, **en sus tesoros pone los abismos**, esto es, en los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, pone profundidades inmensas, para comprobar quién es el que con piadoso deseo indaga las Escrituras.

Verso 8.– **Tema al Señor toda la tierra. Pero por él sean conmovidas todas las cosas y todos los que habitan el orbe** [*Timeat Dominum omnis terra; ab ipso autem commoveantur universa, et omnes qui habitant¹² orbem*]. La **tierra** significa aquí al pecador, endurecido por toda clase de cosas y que, con razón, se le llama *tierra*, porque se priva de la generosidad de la gracia

¹⁰Nótese cómo omite aquí la procedencia *del Hijo*.

¹¹TL., *sicut in utrem*; Vlg., *sicut in utre*.

¹²TL., *ab ipso... universa, et omnes qui habitant*; Vlg., *ab eo... omnes inhabitantes*.

del cielo. Por tanto, este pecador terreno, que no sabe amar, **tema al Señor**, de manera que, si no se aleja del pecado, movido por el deseo de conseguir el premio, al menos retroceda, a la vista del castigo. En efecto, al decir solamente: **Por él**, deja abierta la posibilidad de que la conmovición sea debida al diablo, del cual dice Isaías: *Éste es el que conmovía la tierra* (Is 14,16). Por ello, con razón, pide el profeta que **todas las cosas sean conmovidas** por el Señor, porque todo lo que es dispuesto, según su ordenanza, se halla siempre en relación con cosas provechosas. Pero, aunque antes se había referido, de manera general, a todo cuanto existe, desciende ahora a los hombres. En efecto, aun cuando todas las cosas necesiten ser gobernadas por su mandato, de manera particular, lo necesita el género humano, el cual –corrompido de su condición natural, a causa de los vicios, que en él subyacen– manifiesto es que está sujeto a las culpas.

Verso 9.– **Porque él lo dijo y fueron hechas; él lo mandó y fueron creadas** [*Quoniam ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt*]. Explica por qué razón todas las cosas deban ser conmovidas por el Señor. Ciertamente, porque Él es su creador y es necesario que provechosamente gobierne sobre las criaturas Aquél que, por pura gracia, se dignó traerlas a la existencia. La expresión: **Dijo, y fueron hechas** significa el principio de las cosas, cuando todas ellas, ordenadas por el mandato de su Hijo [Jn 1,3], fueron llamadas a la existencia. **Él mandó, y fueron creadas**. Por los profetas, mandó la ley, por cuyo medio y por voluntad divina, los fieles fueron creados. Ves cuán saludablemente el profeta pidió de Dios que conmoviera todas las cosas, pues Él es el único que puede usar de misericordia para con todas sus criaturas.

Verso 10.– **El Señor disipa los consejos de las gentes; pero reprueba los pensamientos de los pueblos y reprueba los consejos de los príncipes**¹³ [*Dominus dissipat consilia gentium; reprobatur autem cogitationes populorum, et reprobatur consilia principum*]. En verdad, **disipa los consejos**, que son malos o muy malos, pero los buenos son ayudados y fortalecidos. Muy adecuadamente se unen las palabras a sus causas. Añade: **De las gentes**. Ciertamente, disipó los consejos **de las gentes**, cuando no les permitió permanecer [108], largo tiempo, en el culto de los ídolos, pues, aunque la voluntad de los judíos halló su cumplimiento en el hecho de la sacrílega muerte del Señor, sin embargo, ésta **fue reprobada** por el hecho de su resurrección. Y, pues antes había mencionado a las gentes y a los **pueblos**, para no dejar nada sin tocar, habla también de los **príncipes** o tiranos, los cuales, con sus crueles persecuciones, arremetían contra la ley del Señor. O puede que se refiera también a los espíritus inmundos, cuyo consejo siempre es para lo malo.

Verso 11.– **Pero el designio del Señor permanece eternamente; los pensamientos de su corazón por los siglos de los siglos** [*Consilium vero Domini manet in aeternum; cogitationes cordis sui in saeculum saeculi*¹⁴]. Así como ha dicho que los perversos consejos de los hombres han de ser frustrados, así dice ahora que **los designios del Señor permanecen eternamente**. En efecto, el pecador y el hombre mortal conocen las cosas caducas; pero nada instituye el Dios eterno, merecedor de ser reprobado, como dice Isaías: *Todo consejo mío será estable, y llevaré a efecto todo lo que he pensado* (Is 46,10). Lo mismo dice Jeremías: *Si no estuviese mi testamento*

¹³Los LXX añaden: *καὶ ἀθετεῖ βουλὰς ἀρχόντων* [*y desatiende consejos de gobernantes*], expresión que no aparece en el texto hebreo.

¹⁴TL., *Consilium vero Domini manet in aeternum; cogitationes cordis sui in saeculum saeculi*; Vlg., *Consilium autem Domini in aeternum manet; cogitationes cordis sui in generatione et generationem*.

en custodia día y noche, no habría dado los preceptos del cielo y de la tierra (Jer 33,25). Pero bien entendemos por su **designio** el misterio de la encarnación, que fue concebido para salvación del género humano. Por ninguna edad es éste es disuelto, sino que, antes al contrario, **permanece eternamente**, porque la muerte triunfal del Señor extinguió, de una vez y para siempre, la ruina causada por el diablo. Ahora bien, **los pensamientos de su corazón** significan la predestinación, en la que todas las cosas están establecidas, bien las que ya fueron, bien las que serán en los siglos venideros. Ésta, en efecto, conduce el orden de las cosas, que permanece **por los siglos de los siglos**. Ante tal argumentación ceden los que, con falsedad, afirman, que en Cristo el Señor hay una sola naturaleza¹⁵. En efecto, si su designio es estable y los pensamientos de su corazón permanecen eternamente, pero el misterio de la encarnación fue su pensamiento y designio, necesario es que el Hijo único, al asumir la naturaleza humana, así como comenzó en unidad de persona, permanezca siempre en dos naturalezas distintas, perfectas y unidas.

Verso 12.– **Bienaventurada la gente de quien el Señor es su Dios; el pueblo que se eligió en heredad** [*Beata gens cuius est Dominus Deus eorum*¹⁶; *populus quem elegit in haereditaem sibi*]. Llega a la segunda parte, en la que va a explicar aquello que en el primer verso propuso, es decir: *quiénes son los rectos o para quiénes es buena la alabanza común*. Dice que esta alabanza conviene, ciertamente, a la **gente** de la Jerusalén celestial, que está formada por la congregación de todas las naciones. Y es **bienaventurada**, porque de ella recibe **Dios** la verdadera alabanza y es adorado el **Señor de todos**, esto es: Aquél que a todos protege y gobierna. Se habla de **heredad**, cuando una determinada cosa o bien se lega en favor de otro, o bien otro la adquiere. Pero el pueblo cristiano es *heredad* de adquisición, no de cesión, porque lo posee su Autor, que lo adquirió, por medio de sus santas predicaciones y de su preciosa sangre.

Verso 13.– **Desde el cielo miró adelante el Señor, y vio a todos los hijos de los hombres** [*De caelo prospexit Dominus, et vidit*¹⁷ *omnes filios hominum*]. Se expresa aquí la futura venida del Señor. Se sirve el salmista de la figura retórica, que los griegos llaman *idea* y los latinos, *species*, y que tiene lugar cada vez que, al mostrar a los ojos algo así como la imagen de una realidad futura, incitamos al espíritu al deseo de escuchar. En efecto, **desde el cielo miró adelante el Señor**, cuando tuvo a bien conceder la venida de su Hijo. Ciertamente, pues no fue el hombre el que miró a Dios, sino es Dios quien miró hacia el hombre. Por ello ha querido emplear el salmista el verbo latino *prospicere* [mirar adelante], que es como decir mirar a lo lejos¹⁸. El que realmente había sido separado de toda clase de pecado y –cosa que no es impiedad decirlo– había sido como alejado de su Creador. En efecto, la expresión: **Y vio** que significa la gracia propia de quien se apiada. De hecho, hacemos uso del verbo *ver*, cuando nos referimos a aquéllos a los que declaramos haberles dado también alguna cosa. Y fíjate en que no dice que vio los pecados, sino que vio a **los hijos de los hombres**. Y es que el Señor, cuando mira los delitos, castiga; cuando mira al hombre, absuelve. Como en el salmo cincuenta se dirá: *Aparta de mis pecados tu rostro* (Sal 50,11); y en otro lugar: *No apartes tu rostro de mí* (Sal 142,7). De aquí que nos sea de gran utilidad entender y retener en la memoria esta saludable diferencia.

¹⁵De nuevo, la herejía de los monofisitas, error que Casiodoro considera particularmente grave.

¹⁶TL., *eorum*; Vlg., *eius*.

¹⁷TL., *prospexit Dominus, et vidit*; Vlg., *respexit Dominus, vidit*.

¹⁸*Prospicere > porro conspicerere*.

Verso 14.– **Desde su habitáculo preparado**¹⁹ **miró sobre todos los que habitan el orbe** [*De praeparato habitaculo suo respexit super omnes qui habitant orbem*²⁰]. Hablaba entonces del cuerpo futuro del Señor. En efecto, si todas las cosas que acontecen, según el orden que les toca, fueron establecidas, conforme a lo que previamente estaba dispuesto, ¡cuánto más evidente no resultará que el milagro de la encarnación estuviese previsto antes de los siglos, hecho éste que había dispuesto que habría de realizar Aquél que podía venir en socorro del mundo en peligro!.

Verso 15.– **El que modeló sus corazones, uno por uno**²¹; **el que entiende en el interior de todas sus obras** [*Qui finxit singillatim corda eorum, qui intelligit in omnia*²² *opera eorum*]. **Modeló los corazones** de aquéllos a los que les había dado abundantemente los dones de su sabiduría. En efecto, decimos que **modelan** los artesanos de la cera, que forman de ella ciertas figuras, según han querido que sean. De este modo, también el Señor forma y dispone los espíritus de los justos, para llevarlos a los dones de su misericordia. **Uno por uno**, es decir, de manera individual y distinta. **Sus corazones**, o sea, los corazones de los santos, que viven en el temor del Señor. Sigue diciendo: **El que entiende en el interior de sus obras**. **Entiende**, ciertamente, porque retribuye las acciones de los buenos con los premios merecidos. Ahora bien, mediante la expresión: **En el interior de todas sus obras**, significa los pensamientos, palabras u obras, por cuyo medio obramos siempre tanto lo bueno como lo malo.

Verso 16.– **No se salvará el rey por el mucho poder, ni el gigante será salvo por la abundancia de su fuerza** [*Non salvabitur*²³ *rex per multam virtutem, nec gigas salvus erit*²⁴ *in multitudine fortitudinis suae*]. Llama **rey** al hombre continente, que –aun cuando por piedad divina rija su cuerpo – no podrá **ser salvado**, sin embargo, de los vicios carnales, en tanto que se glorié de su **propio poder**. Dice, con razón, que deja de ser útil el poder humano, cuando el don bueno y perfecto no es referido a la magnanimidad de Dios, sino a las fuerzas con que uno cuenta. En el mismo sentido, quiere que sea entendido el **gigante**, es decir: aquél que, estando dotado de una fuerza extraordinaria, lucha en incesante combate contra la crueldad del diablo. Con razón, es llamado *gigante* el que es apartado de tales espíritus. Pero éste, que, con la ayuda de la gracia de Dios, pone ya en fuga a muchos espíritus, tampoco podría salvarse, si se jactara –cual gigante– del poder de sus propios méritos, exaltado por la soberbia, pecado por el que la frágil humanidad es arrastrada. Pero, aunque la palabra griega γίγας [hijo de Gea, gigante] se traduzca en latín por *terrígena* [nacido de la tierra], sin embargo, puede asumir también un sentido positivo. Se lee, en efecto, con aplicación a Cristo: *Exultó, como gigante, para recorrer el camino* (Sal 18,6).

Verso 17.– **Falso caballo para la salvación; pero por la abundancia de su poder no**

¹⁹Hebr., מִמְּבוֹן־שְׁבֵתוֹ [desde el lugar de su morada]. Los LXX: ἐξ ἐτοίμου κατοικητηρίου αὐτοῦ [desde su morada dispuesta].

²⁰TL., orbem; Vlg., terram.

²¹Hebr., יָחַד [todos igualmente]. Los LXX: κατὰ μόνας [uno por uno].

²²TL., intelligit in omnia opera; Vlg., intelligit omnia opera.

²³TL., salvabitur; Vlg., salvatur.

²⁴TL., in textu: nec gigas salvus erit [mss. A., F., salvabitur]; Vlg., et gigans non salvabitur.

será salvo [*Falsus*²⁵ *equus ad salutem, in abundantia autem virtutis suae non erit salvus*²⁶]. Emplea la palabra **caballo** en lugar de felicidad mundana, felicidad que transporta a los hombres lo mismo que si fueran llevados al modo del soberbio trote del caballo. Pero esta confianza humana engaña de la misma manera que un **falso caballo**, el cual, cuando marcha adelante, engreído de sí mismo, acaba precipitándose de pronto en una perdición inesperada. Pero, ¿por qué se habla aquí de *falso caballo*?. Porque el caballo, cuando se lanza a gran galope por los llanos, cuando en su carrera incontrolada llega trastocar los pies, ya no puede asegurar la integridad física del jinete. En efecto, incauta es la fogosidad y el que no camina con comedimiento está siempre expuesto a caídas estrepitosas. Se le llama, por tanto, *falso* caballo, porque suele *fallar* a los que presumen de él.

Verso 18.– **He aquí que los ojos del Señor están sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia** [*Ecce oculi Domini super timentes eum, sperantes*²⁷ *in misericordia eius*]. [109] Por **ojos del Señor** se entiende aquí la voluntad divina. En efecto, a los que tenemos por personas gratas, los miramos sin vacilación alguna. Evitamos, por el contrario, la mirada de aquellos otros que, alguna vez, llegaron a infundirnos temor. Por tanto, **los ojos del Señor están sobre los que le temen**, porque su piedad protege a los que Él sabe que le temen. Pero, puesto que ha hablado de los que le temen, oportunamente habla, a continuación, de los que le aman, porque unos y otros están unidos en el amor del Señor. En efecto, quien bien teme a Dios, también lo ama; y quien bien lo ama, también le teme. Estas cosas están separadas en las acciones humanas, pero están unidas en las que tienen que ver con el cielo. Dice, en efecto, quiénes son los que temen al Señor, esto es: **Los que esperan en su misericordia**. Este modo de argumentar es conocido entre los latinos con el nombre de *ab adiunctis* [argumentar a partir de cosas que están unidas], pues unidos están el hecho de temer al Señor y el de esperar también en Él. Ambas cosas están asociadas entre sí de manera indisoluble.

Verso 19.– **Para librar sus almas de la muerte, y alimentarlos en el hambre** [*Ut eripiat*²⁸ *a morte animas eorum, et alat eos in fame*]. Estos dos son los deseos del fiel cristiano: ser librado, en el juicio futuro, de la muerte eterna y ser sostenido aquí con alimentos espirituales. En efecto, **libra de la muerte las almas** de los justos, cuando las arrebató del poder del diablo; cuando, mediante el perdón, hace libres a los que la condena del pecado los había hecho cautivos. Pero los **alimenta en el hambre**, cuando en este mundo, donde hay escasez de cosas buenas, no deja de nutrir con alimento espiritual a los que redime. Al *alimento* se le llama así, porque es el nutrimento del espíritu²⁹. ¡Oh hambre aquella, en gran manera satisfecha, que sin tener escasez alguna, siempre está ansiosa!. Tienen hambre los bienaventurados, no porque estén ayunos del manjar del Señor, sino porque se sienten arder, buscándolo continuamente, pues, por el deseo del Señor, siempre siguen avanzando, como dice el evangelista: *Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados* (Mt 5,6).

²⁵TL., *Falsus*; Vlg. *Fallax*.

²⁶TL., *non erit salvus*; Vlg., *non salvabitur*.

²⁷TL., *timentes eum, sperantes*; Vlg., *metuentes eum, et in eis qui sperant*.

²⁸TL., *eripiat*; Vlg., *eruat*.

²⁹*Alimentum > alit mentem*.

Verso 20.— **Pero nuestra alma se sostiene en el Señor, porque es nuestro ayudador y protector** [*Anima autem nostra*³⁰ *sustinet Dominum, quoniam adiutor et protector noster est*]. Cuando dice: **Sostiene**, está significando la paciencia del cristiano, a fin de que los justos, estimulados por el logro de los premios futuros, perseveren con ánimo constante. Pero entendamos cuál es esta virtud, que tantas veces se nos pide conservar. Ciertamente, la paciencia, que hace gloriosos a los mártires, que custodia los bienes de nuestra fe, que vence todas las adversidades, no luchando, sino soportando; no murmurando, sino dando gracias. Esta virtud reprime la lujuria engañadora; vence la ira ardiente; extirpa la devastadora envidia del género humano; es creadora de mansedumbre; tiene una adecuada sonrisa para con los buenos, y dispone a los ya purificados, para recibir los premios futuros. Ella es la que hace desaparecer la hez de toda voluptuosidad, la que devuelve la limpieza a las almas. Por su medio, nos hacemos soldados de Cristo; vencemos al diablo; los bienaventurados llegan al reino de los cielos, conforme a lo que está escrito: *Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas* (Lc 21,19). Sigue: **Porque es nuestro ayudador y protector**. Es **ayudador**, cuando intentamos acercarnos a Él, con la ayuda de su gracia. Es **protector**, cuando, por medio de Él, oponemos resistencia al adversario. Así, pues, **se sostiene seguro en el Señor** aquél que en tal promesa se apoya. Y considera que pone la paciencia después de todos los preceptos, de manera que soportemos virilmente todas las cosas, los que tenemos confianza en la generosidad de premio tan grande.

Verso 21.— **Y en él se alegrará nuestro corazón, y en su nombre santo esperaremos** [*Et in ipso laetabitur*³¹ *cor nostrum, et in nomine sancto eius sperabimus*³²]. Para que nadie tuviere motivo de murmuración acerca de esta virtud tan ponderada, para que nadie pudiese confundirla con una espera tediosa, sigue un magnífico y agradabilísimo don, y es éste: que el mismo hecho de esperar tiene ya su propio premio, pues el que espera **se alegra en el Señor**. Añade: **Y en su nombre santo esperaremos**, es decir: esperaremos en Cristo, en quien el profeta santísimo se apoyó pacientemente y se alegraba de su futura venida. Ahora bien, futuro **esperaremos** indica un tiempo continuo, porque no es voluntad divina terminar allí, de donde el alma cansada puede volver a rehacerse.

Verso 22.— **Hágase, Señor, tu misericordia sobre nosotros, como hemos esperado en ti** [*Fiat, Domine, misericordia tua super nos, sicut*³³ *speravimus in te*]. Mediante estas palabras, expresaba el deseo de que llegase ya el momento de la encarnación del Señor, que con espíritu ardiente en gran manera **esperaba**. Pero considera cuán fecundo es el don con que fue enriquecido el género humano; que cubrió a los coros de los ángeles con el placer de la alegría; que incluso los mismos infiernos sintieron. Pide, en efecto, que sus deseos lleguen a cumplirse, en modo de poder ser hallado totalmente perfecto. Añade: **En ti**, para que, al suplicar al Dios verdadero, se alejen todas las supersticiones, toda clase de perversidades.

³⁰TL., *Anima autem nostra*; Vlg., *Anima nostra*.

³¹TL., *Et in ipso laetabitur*; Vlg., *Quia in eo laetabitur*.

³²TL., *sperabimus*; Vlg., *speravimus*.

³³TL., *sicut*; Vlg., *quemadmodum*.

Conclusión del salmo

¡Qué dulces voces se han escuchado!. ¡Qué celestial salterio ha cantado saludablemente para nosotros!. De tal modo resonaron, ciertamente, las cuerdas de los mandamientos que, si las recibimos con los oídos interiores, también por ellas quedaremos nosotros limpios, merced a la curación, que proviene de la lira de David. Y será nuestra purificación como la de Saúl, en modo que, ahuyentados los espíritus inmundos [1Sam 16,23], sirvamos al Señor con pureza de espíritu. En efecto, los bienaventurados tienen una música, que les es propia; una música, que penetra en los oídos del alma fiel; una música, cuyo sonido no se acaba, cuyo obrar no se fatiga. Dejad, pues, a un lado –amantes de los espectáculos– los placeres, que llevan a la muerte; id, más bien, al encuentro de estos gozos, de estos misterios, en los que la cítara y el órgano elevan las virtudes y no estimulan los deseos de placeres perniciosos.

SALMO TREINTA Y TRES

**Salmo de David, cuando cambió su rostro en presencia de Abimelec,
que lo echó de sí, y él se fue**

[*Psalmus David cum mutavit¹ vultum suum coram Abimelech,
et dimisit eum, et abiit*]

Pues la historia de este título se extiende, a lo largo de la lectura del libro de los Reyes , no resulta aconsejable resumir, en pocas palabras, las abundantes de noticias de su fuente, a fin de no causar la impresión de que la referencia –aun cuan sea extensa– de un solo pasaje pueda agotar y suplir la amplitud toda del relato. Nuestra pretensión, por consiguiente, es sólo introducir brevemente el asunto de que se trata, junto con los nombres que en él aparecen. Cuando Saúl perseguía a David, éste fue a refugiarse junto al rey Akis y, estando allí y viéndose inseguro por la mala voluntad creada contra él, recurriendo al ingenio, **cambió el rostro**, y ello de tal modo que llenaba de salivas su boca, a fin de que, tenido por un loco, lo dejaran marchar sin hacerle daño, sintiendo lástima de él (1Sam 21,13-16). Sin embargo, estas cosas –como también otras– fueron realizadas, a través de aquel hombre, como prefiguración de un gran misterio. Significaban, en efecto, que las salivas –o sea, las Escrituras divinas–, se derramaban en la barba, es decir, como en una gran fortaleza. Pero, debido a su importancia significativa, cambió el nombre de Akis –rey bajo cuya protección se había refugiado David– por el de *Abimelek*, que significa *el reino de mi padre*². Es claro que esto está relacionado con Cristo el Señor, por el cual el Padre glorioso volvió a recibir la obediencia del mundo, merced a un santísimo culto. Pero, al decir: **Lo despidió**, está significando al rey Abimelek. Por su parte, la expresión: **Se marchó** indica que se dirigió a otros lugares, porque allí –como dijimos– había empezado a ser sospechoso. Ahora bien, el presente salmo es el tercero de aquéllos en los que, por medio de los hechos de David, vienen significados [110] los futuros misterios de Cristo el Señor. Es también el segundo de los llamados salmos alfabéticos.

¹TL., *mutavit*; Vlg., *immutavit*.

²HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 820).

División del salmo

A lo largo de todo el salmo, las palabras son del profeta, que es quien al comienzo de los versos dispone en su orden –a excepción de la sexta– las diferentes letras del alfabeto hebreo. En la primera parte, promete bendecir al Señor, animando a los mansos a perseverar con él en sus alabanzas. Esta parte comprende las cuatro primeras letras del citado alfabeto. La segunda hace referencia a la conversión de los fieles: cuáles sean los premios de los que bien se han hecho merecedores, que no deben ser callados. Esta segunda parte contiene también cuatro letras. En la tercera, que contiene asimismo otras cuatro, les previene, como a hijos, de las faltas de las que deben abstenerse. Dice la cuarta que los justos serán liberados de todas las tribulaciones y que los impíos padecerán las penas merecidas, de manera que, en medio de todos sus peligros, por ninguna vacilación pierdan su firmeza. Se anotan aquí las siete letras restantes. Y recuerda que –como ya quedó dicho en el salmo veinticuatro– este alfabeto incompleto hay que referirlo a aquéllos que no pueden cantar las alabanzas del Señor con plenísima pureza de obras.

Exposición del salmo

Verso 1.– **ÁLEF. Bendeciré al Señor en todo tiempo, siempre su alabanza en mi boca** [*Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus eius in ore meo*]. La experiencia dice que, para los hombres, el tiempo no es siempre el mismo: penoso, unas veces, por las tribulaciones; agradable, otras, por el gozo. Al decir, por tanto, que **se ha de bendecir al Señor en todo tiempo**, el profeta afirma que hay que bendecirlo, cuando sufrimos, a causa de la adversidades, y también, cuando gozamos por la alegría, como hicieron los justos y como hacen aquéllos que se sienten inflamados por el amor de Dios. Pero, aunque sea necesario y conveniente que la criatura alabe siempre a su Creador, sin embargo, a causa de sus diferentes actividades, resulta casi del todo imposible que el hombre esté continuamente cantando las alabanzas divinas. Ello no obstante, **la alabanza de Dios está siempre en la boca** del hombre justo, cuando éste piensa o habla de tal modo que, por ninguna reprobación, pueda sentirse inculpada. En efecto, todo lo que decimos o pensamos y que procede de la paciencia, de la caridad, de la simplicidad y de las demás virtudes, forma parte, con toda razón, de las alabanzas divinas. Meditar las cosas laudables con la boca y el corazón es anuncio, ciertamente, de Aquél que concede los dones. La palabra latina *laus* [alabanza] viene de *laurus* [laurel], con cuyas hojas suelen ser coronados los vencedores. Estas son las místicas *salivas*, que previamente anunció el título, aquellas palabras que expresaban la virtud de las Escrituras divinas.

Verso 2.– **BET. En el Señor será alabada mi alma; que escuchen los mansos y se alegren** [*In Domino laudabitur anima mea, audiant mansueti et laetantur*]. Muy adecuadamente ha quedado expresado, en el primer hemistiquio del verso, el amor del servidor. En efecto, no en sí mismo o en sus riquezas, sino **en el Señor ha de ser alabada su alma**. Ciertamente, pues el siervo fiel es honrado, cuando tiene un señor digno de alabanza, y ello de tal manera que el bien repercute en él mismo, cuando la boca de muchos ensalzan a su señor. Pero, si alguien, en un momento dado, expresa cualquier infamia contra el que es su señor, ¿con qué furor el siervo fiel se enciende, con que ira se atormenta?. En efecto, propio es de los siervos fieles enfurecerse por las malas cosas que se puedan decir de sus señores, como propio lo es también alegrarse, cuando ven que la gente tiene de ellos una excelente opinión. Sigue: **Que escuchen los mansos y se alegren**. No dice que se alegren los doctos en la ley, los que ayunan, los que salmodian, sino que

se alegren **los mansos**, es decir, aquellos que, con particular caridad, mantuvieron la templanza en toda clase de situaciones.

Verso 3.– GUÍMEL. **Engrandeced conmigo al Señor, y exaltemos su nombre unos a otros** [*Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen eius in invicem*³]. El provecho carnal busca disfrutar de las cosas de manera individual, porque las desea arduosamente. Pero la gracia espiritual no quiere realizar ella sola aquello que, para la salvación, aprovecha a muchos, a fin de que la envidia detestable no tenga cabida entre los deberes de la santidad. Esto es lo que este verso va a explicar ahora. En efecto, llama a los hermanos, exhorta a los pueblos obedientes a que, en gloriosa sociedad, **engrandezcan** el nombre del Señor. Sigue: **Y exaltemos su nombre unos a otros**. Delicioso consejo, norma justísima, es decir: que sea realizado por todos –como si de uno solo se tratase– aquello que es ofrecido en bien de la santa unidad. En efecto, la expresión: **Unos a otros** significa los coros ya bien dispuestos, cuando se responden unos a otros, alternativamente, durante el canto de las alabanzas del Señor. A esta figura literaria se la conoce con el nombre de *energia*, esto, la imagen que la realización de una acción proporciona a la vista del espíritu.

Verso 4.– DÁLET. **Pregunté al Señor y me escuchó, y me libró de todas mis tribulaciones** [*Inquisivi Dominum, et exaudivit me, et ex omnibus tribulationibus meis eripuit me*]. Para que el pueblo invitado se apresurase a cantar las alabanzas del Señor, habla ahora de los beneficios, que de ello se siguen. **Preguntó al Señor**, no por largo espacio de tierras, tampoco a lo ancho de lugares extensos, sino en el corazón, allí donde, si meditamos en su Majestad, realmente la encontramos. Y fijate en que dice: **Pregunté al Señor y me escuchó**, porque su entendimiento todo lo abarca y no obra con sentidos corporales, sino con poderes espirituales. Dice ahora qué gran provecho le supuso haber preguntado al Señor: **Ser librado de todas las angustias**. Pues, ¿quién podría pedir –una a una– tantas cosas como las que este profeta mereció alcanzar, todas a un mismo tiempo?. En efecto, al decir **de todas**, indica que nada se había dejado atrás, que nada adverso había permanecido.

Verso 5.– HE. **Acercaos a él y sed iluminados**⁴; **y vuestros rostros no se enrojecerán** [*Accedite ad eum, et illuminanimi, et vultus vestri non erubescunt*⁵]. De antemano anunció, primero, las alabanzas, quedaron dispuestos los coros; ahora, en la segunda parte, exhorta también a los pueblos a que acudan a la misma comunión, de suerte que el consejero espiritual introdujera el rito de la Iglesia futura. No dice: **Acercaos** vosotros, los borrachos, los adúlteros, los soberbios, sino los cristianos sobrios, castos y humildes, los que merecen **ser iluminados**, en virtud de esta sagrada comunión, como al respecto dice el Apóstol: *Quien comiere de este pan o bebiere de este cáliz indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor. Por tanto, pruébese el hombre a sí mismo, y así coma de aquel pan y beba de aquel vino* (1Cor 11,27-29). Es, por tanto, de todo punto deseable que aquél que **se acerca a Él** lo haga de tal manera que, refrenado en sus excesos, mediante una humilde satisfacción, **sea iluminado** y no cegado. Ahora bien, el **rostro** –como en diversas ocasiones hemos dicho– significa la presencia,

³TL., *in invicem*; Vlg., *ad idipsum*.

⁴Hebr., הַבִּיטוּ אֵלָיו וְנִהְרֹו [Miraron a él y fueron iluminados]. Los LXX: προσέλαθε πρὸς αὐτὸν καὶ φωτίσθητε [Acercaos a él y sed iluminados].

⁵TL., *et vultus vestri non erubescunt*; Vlg., *et facies vestrae non confundentur*.

que, cambiado el color, puede llenarse de vergüenza, caso de que le sean arrebatados los dones celestiales. Por ello, no se **sonrojan** los fieles: porque alcanzan lo que piden. En efecto, *sonrojarse* es propio del que, siendo burlado, no llega a conseguir sus deseos. Algunos entienden que esto así debe comprenderse, considerándolo, por consiguiente, un asunto de no poca importancia. En efecto, dado que el Apóstol dice: *El único que tiene la inmortalidad y habita una luz inaccesible* (1Tim 6,16), ¿cómo es que pone aquí: **Acercaos a él y sed iluminados?**. Pero, esto es resuelto a provecho de la misma verdad. Dice que su luz es inaccesible, en cuanto que pone de manifiesto que su naturaleza es de sustancia única y todopoderosa. En cuanto a lo demás, cuando por la gracia de su Divinidad se derrama, queda abierto el acceso a Él y la iluminación bienaventurada es entonces concedida. De ahí lo escrito en otro lugar: *El que ilumina a todo hombre, viniendo a este mundo* (Jn 1,9).

[111] Verso 6.– ZAIN. **Este pobre clamó y el Señor lo escuchó, y lo libró de todas sus tribulaciones** [*Iste pauper clamavit, et Dominus exaudivit, et ex omnibus tribulationibus eius liberavit⁶ eum*]. Al decir: **Éste**, designa al pobre de espíritu, que está vacío no sólo de riquezas mundanas, sino también de la abundancia de pecados. Éste es el **pobre**, que, acercándose a Dios, es iluminado; el pobre, cuyo rostro no se enrojece; el que, cuando clama a Dios, es escuchado de modo saludable y conveniente. Y acontece, entonces, que **es liberado** no de una sola tribulación, sino de todas las angustias mundanas. Esto suele suceder a los justos, cuando entregan sus almas en santo estilo de vida y, desde el confuso desorden de este mundo, son llevados a la seguridad perpetua. Pero fíjate bien en aquí se ha omitido una letra del alfabeto hebreo, es decir, en lugar de la sexta se ha escrito la séptima, hecho éste –creo yo– que se debe poner en relación con lo recordado más arriba, es decir, con el hecho de que este salmo hace referencia a aquéllos santos que –aun siéndolo– no han alcanzado, sin embargo, la perfección en todas y cada una de sus obras. Yo, en verdad, no he encontrado en los Padres una explicación definitiva sobre este asunto.

Verso 7.– JET. **Introducirá el Señor el ángel en derredor de los que le temen⁷, y los liberará** [*Immittet angelum Dominus⁸ in circuitu timentium eum, et eripiet eos*]. A fin de que no se crea que el Señor puede olvidarse de sus fieles, mediante el presente oráculo, les llega a éstos su consuelo. Y observa qué medicinal palabra pronuncia: **Introducirá**. En efecto, a causa de la arrogancia de la fragilidad humana, no actúa de manera manifiesta, sino que obra por medio de mensajes ocultos, de suerte tal que –sin saberlo tú– recibas para tu salvación lo que pueda ser conveniente. El **ángel** es, en efecto, el mensajero de la voluntad divina. Por lo cual, si también tú quieres ser un ángel, haz lo que Él ordena, esto es: libera al que está en peligro, ayuda al que sufre angustia, rescata al inocente, y todas aquellas otras obras que la Autoridad divina ordena realizar. Entonces somos ángeles en espíritu: cuando nos hacemos ministros de la voluntad superna.

Verso 8.– TET. **Gustad y ved que el Señor es dulce. Dichoso el hombre que espera en él** [*Gustate et videte quoniam suavis est Dominus; beatus vir qui sperat in eo*]. Vuelve a la

⁶TL., *liberavit*; Vlg., *salvavit*.

⁷Hebr., הָנֵה בְּלִצְדֵי הַיְהוָה סָבִיב לִירְאָיו [Acampa el ángel del Señor al lado de los que le temen]. Los LXX leen en futuro: παρεμβαλεῖ ἄγγελος κυρίου κύκλω τῶν φοβουμένων αὐτὸν [acampará el ángel del Señor en medio de los que le temen].

⁸TL., *Immittet angelum Dominus*; Vlg., *Vallabit angelus Domini*.

santísima comunión del Señor. Y no deja de repetir de dónde provienen a los mortales los gozos de la vida eterna. El imperativo **gustad** no guarda relación aquí con el paladar, sino con el dulcísimo sentido del alma, que se alimenta de la contemplación divina. En efecto, para que entiendas que es el mismo gusto, añade: **Y ved**, que nada tiene que ver, ciertamente, con la boca, sino que se refiere, sin duda alguna, a la cualidad introspectiva del hecho en sí, esto es: al recibir este cuerpo, tenemos el firme convencimiento de que nos es concedida la gracia de la vida. Pero, para que no relaciones esta comunión con la recepción de un cuerpo común, dice: **Dulce es el Señor**. Ciertamente, dulce es el Señor que en esa comunión de su cuerpo, por su piedad, concede a los hombres la salvación. En efecto, por nuestra vida –que realmente es Dios, que unió a sí mismo la carne, tomada de la Virgen María, haciéndola suya propia– ha profesado que es la misma que da la vida, como dice en el Evangelio: *En verdad, en verdad, os digo que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebierais su sangre, no tendréis en vosotros vida eterna* (Jn 6,54). Carne que, aun tomada de la naturaleza humana, no debemos considerarla, sin embargo, manchada por contaminación de pecado alguno, como la del primer hombre, que manchada por nuestra causa, sino que –por el Verbo a la que está unida– es digna de adoración, saludable, vivificadora, carne por la que los pecados quedan perdonados, como en el Evangelio el mismo Señor dice: *Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados* (Mt 9,6), y conduce al reino de la vida eterna. Concluye, por ello, con una sentencia absoluta y firme: **Dichoso es el hombre que espera en Él**. Dichoso, sí, el hombre que no deja de esperar en el Señor. Cosa principal, que tan a menudo se repite: que nunca dejemos de esperar aquello que tan insistentemente se predica.

Verso 9.– YOD. **Temed al Señor, todos sus santos, porque nada falta a los que le temen** [*Timete Dominum, omnes sancti eius, quoniam nihil deest⁹ timentibus eum*]. Manda a todos los santos que teman al Señor, para que nadie –por grande que sea su merecimiento– se separe de tan saludable actitud. Pero cuál sea el provecho de temerle, a continuación, lo muestra, diciendo: **Porque nada falta a los que le temen**. ¡Oh breve sentencia, oh inmensa promesa! Los que tienen riquezas, los que gozan de salud corporal, los que poseen reinos, cierto es que pueden estar necesitados de algo. Sólo aquél que está enriquecido por el temor del Señor no carece de nada.

Verso 10.– KAF. **Los ricos pasarán necesidad¹⁰ y tendrán hambre; pero los que buscan al Señor de ningún bien carecerán** [*Divites eguerunt et esurieunt; inquirentes autem Dominum non deficient¹¹ omni bono*]. En un solo verso y en contraposición espléndida, ha quedado establecida la separación entre los ricos de la tierra y los pobres de Cristo. Dice, en efecto: **Los ricos pasarán necesidad y tendrán hambre**. ¿Cuándo pasan necesidad los ricos?. Cuando no tienen rectitud de fe. ¿Cuándo tienen hambre?. Cuando en modo alguno se alimentan del cuerpo del Señor. Por tanto, tales ricos pasan necesidad. Tienen saciado el estómago, pero tienen hambre en el espíritu. ¿Qué tienen, en efecto, los que no tienen a Dios?. Sigue diciendo: **Pero los que buscan al Señor de ningún bien carecerán**, porque no carecen de bien alguno quienes gozan en plenitud del deseo espiritual. En efecto, cuando amamos al Señor, en Él lo

⁹TL., *nihil deest*; Vlg., *non est inopia*.

¹⁰Hebr., כְּפִירִים רָשׁוּ [Los leoncillos empobrecieron]. Las fieras designa con frecuencia a los impíos. Los LXX han traducido por πλούσιοι ἐπτώχευσαν [los ricos mendigaron] y con este sentido pasa a la Vlg.

¹¹TL., *non deficient*; Vlg., *non minuentur*.

encontramos todo. A uno solo se le busca, ciertamente, pero en Él todo está contenido. ¡Oh beneficio admirable, oh ganancia singular!. ¿Por qué fatigarnos por cosas diversas?. Así, pues, vayamos, deprisa y todos a una, al encuentro de Aquél, por encima de cual no necesitamos pedir otros bienes, pues en Él ya los poseemos todos, como dice el Apóstol: *Sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les contribuyen al bien* (Rom 8,28). A este modo de argumentar los latinos le dan el nombre de *ex contrario* [argüir a partir de cosas que son contrarias]. En efecto, contrario es el hecho de que los ricos pasen necesidad y que los pobres no carezcan de ningún bien. Argumento es indicio¹² de una mente aguda¹³, la cual obtiene como resultado, mediante indagaciones probatorias, la confirmación de algo que sí ofrecía algún tipo de duda.

Verso 11.– LÁMED. **Venid, hijos; escuchadme, os enseñaré el temor del Señor** [*Venite, filii; audite me, timorem Domini docebo vos*]. Una vez concluidas los hechos solemnes, referentes a los misterios de la Iglesia, llega a la tercera parte, en la que se dirige a los que empiezan a ser instruidos en los primeros pasos de la fe. En efecto, la expresión: **Venid** da a entender que éstos no estaban dentro de la Iglesia, cosa que también se les dice hoy a los confesores, cuando se acercan a la fe cristiana. La voz paterna resuena, la voz de la piedad exhorta a que **escuchemos**, además de al que habla, al que –estando en silencio– deberíamos buscar. Pero, ¡cuán dulce, cuán provechoso es el temor al que es invitado el **hijo!**. Cuando dice: **Os enseñaré**, nos anima a no tener miedo por haber oído la palabra **temor**. En efecto, no es éste un temor inspirador de terror, sino de amor. El temor humano conlleva amargura; éste, dulzura; aquél obliga a la servitud; éste trae la libertad; aquél, finalmente, tuvo miedo de los espacios cerrados; éste abre a la amplitud de reino de los cielos. Con razón, pues, proclamó que este *temor* era de tal modo provechoso que se había de aprender con avidez de espíritu.

Verso 12.– MEM. **¿Quién es el hombre que quiere la vida o desea ver días buenos?** [*Quis homo qui vult vitam, et cupit videre dies bonos?*] Un pregunta hecha así, requiere el asentimiento de todos. En efecto, ¿quién puede decir que no quiere la vida o que no desea ver días buenos?. Pero, ¡ojalá así buscáramos la vida, que no acaba, lo mismo que clavamos nuestros corazones en ésta percedera!. Ahora bien, llama **días buenos**, no a éstos, en los que los caducos placeres nos absorben, sino a los que realmente son buenos y se viven con suma santidad.

Verso 13.– NUN. **Retén tu lengua de lo malo, y tus labios [112], para que no hablen engaño** [*Cohibe¹⁴ linguam tuam a malo, et labia tua ne loquantur dolum*]. Esto es lo significa desear ver días buenos, o sea: que nuestra lengua no hable nada inconveniente. En efecto, **malo** es todo cuanto está prohibido y a todo aquello que repugna a la verdad con tal nombre se le distingue. Pero observa de qué manera tan sutil lo hace. En efecto, primero, dice **que retenga la lengua**, la cual, cuando queremos hablar, la ponemos en movimiento. Añade: **Y tus labios, para que no hablen engaño**. Los labios, que siguen constantemente el movimiento de la lengua y, como con cierta armonía, con la modulación conjunta de ambos, se produce la palabra humana. Pero hay **dolo**, cuando engañamos al que escucha, de manera que aquello que creía poder servirle de ayuda, no otra cosa le ocasiona, sino nada más que perjuicio. Con razón, se prohíbe tal cosa,

¹²TL., in textu: *indicium* [ed., *iudicium*].

¹³*Argumentum > arguta mens.*

¹⁴TL., *Cohibe*; Vlg., *Prohibe*.

porque sabido es que está siempre en contraposición con una conciencia pura.

Verso 14.– SAMECH. **Abstente del mal y haz el bien; busca la paz y síguela** [*Diverte a malo et fac bonum, inquire pacem et sequere eam*]. Para ver los días buenos, no es suficiente sólo **abstenerse de las malas acciones**, si la piedad no nos empuja también a hacer obras buenas. En efecto, el primer grado de la virtud es no desear los bienes del prójimo; pero, después, el grado superior consiste en no negar a los necesitados lo que les es menester. En lo primero, evitamos la culpa; en lo segundo, obtenemos la palma de la piedad. En efecto, no hacer daño al huérfano o no expoliar al pobre, es la abstinencia, que, por sí sola, no es suficiente para alcanzar los premios. Ciertamente, en el juicio aquel, sólo los que, por la realización generosa de variadas obras¹⁵, obtuvieron la gracia del Señor, escucharán de sus mismos labios la siguiente sentencia: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que fue preparado para vosotros desde el comienzo del mundo* (Mt 25,34). Ves, por tanto, que necesariamente ha añadido: **Y haz el bien**, el mismo bien, ciertamente, que nos libera y avalora. Pero, consciente el profeta de que, en el combate de este mundo, ni siquiera los más fieles logran mantener paz con el cuerpo y que libran aquí una lucha constante con sus propios pecados, admirablemente dice: **Busca la paz**, de manera que, aunque aquí no la tengan, a pesar de todo, la busquen sin desfallecer, empleando en ello todas sus fuerzas. Y no asegura que esto pueda conseguirse aquí de cualquier manera, sino que infunde aliento, diciendo: **Y síguela**, como si se refiriera a algo que va por delante. En efecto, ¿por qué se la ha de seguir, si no es porque huye de aquí?. Pero se la ha de esperar en el futuro, porque allí está establecida con firmeza perpetua. Así, pues, busquémosla solícitos; sigámosla con determinación, porque no la podremos encontrar allí, si con toda diligencia no la buscamos aquí. Entonces se nos concederá conseguirla: cuando llegemos a contemplar al Autor mismo de la paz.

Verso 15.– AIN. **Los ojos del Señor sobre los justos; y sus oídos a sus súplicas** [*Oculi Domini super iustos, et aures eius in preces¹⁶ eorum*]. Llega a la cuarta parte, en la que, mediante doble sentencia, confirma al pueblo hasta el final: ora narrando el premio de los justos, ora castigando los pecados de los impíos, de manera que, advertido de una cosa y otra, el pueblo adquirido aprenda a servir al Señor. A esta figura se la conoce con el nombre de *paradigma*, recurso retórico plenamente eficaz: cuando, según una doble utilidad, se nos enseña qué se debe seguir. En efecto, al decir: **Los ojos del Señor sobre los justos**, está mostrando la gracia continua de la Divinidad, en modo de hacer ver que su mirada está fija sobre ellos. Dice también que la rapidez de su escucha es extraordinaria, cuando añade que **sus oídos** están dispuestos, para escuchar **sus súplicas**. Pues, ¿qué tardanza en obtenerlo les cabría, cuando el que puede escuchar habita en ellos?. Pero, aunque con frecuencia escuche a los pecadores, a los justos, sin embargo, se les promete una escucha mucho más abundante, pues sabido es que sus oídos están siempre pendientes de sus súplicas.

Verso 16.– PE. **Pero el rostro del Señor sobre los que obran el mal, para perder de la tierra su memoria** [*Vultus autem Domini¹⁷ super facientes mala, ut perdat de terra memoriam eorum*]. Una vez dada a conocer la gracia de los justos, se vuelve ahora al castigo de los

¹⁵Tuve hambre, y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber... etc.

¹⁶TL., *in preces*; Vlg., *in precem*.

¹⁷TL., *Vultus autem Domini*; Vlg., *Facies Domini*.

pecadores. Y, para que no digan los malvados: está pendiente de los justos, pero a nosotros no nos mira, luego estamos ya seguros los que no somos merecedores de su atención, dice solemnemente: **El rostro del Señor**, es decir, su conocimiento está sobre los malos, a los que de tal modo observa que no mira; de tal modo no mira que, aun así, conoce todas sus obras. Temamos, pues, obrar el mal, porque, en modo alguno, podemos ocultarnos de su conocimiento. Y considera que, con relación a éstos, se dice también: **Sobre los que obran el mal**, para que la proximidad conexas no pueda ser engañada. Pero observa que, aun cuando ve a unos y a otros, los ve con resultado desigual: a los justos, para escucharlos; a los pecadores, para **perderlos**. Mas dice también: **De la tierra**, esto es: para perderlos de la patria futura, que poseerán todos los que son gratos a Dios. Perecerá **su memoria**, porque, cabe los justos, no quedará ningún recuerdo de los malvados. En efecto, decimos tener en la *memoria* a quienes deseamos darles alguna cosa. Ciertamente, pues quienes salen de la memoria del Señor, van indudablemente a los suplicios eternos.

Verso 17.– SADE. **Clamaron los justos y el Señor los escuchó, y de todas sus tribulaciones los libró** [*Clamaverunt iusti, et Dominus exaudivit eos, et ex omnibus tribulationibus eorum liberavit eos*]. De nuevo, vuelve a los justos, de quienes habla un poco más extensamente, de suerte tal que los dones referidos restablezcan a los pueblos, a los que los castigos de los malvados habían aterrorizado. Discutamos el significado de este verso. Dice que los **justos clamaron** al Señor y asegura que siempre hallaron escucha. ¿Qué decir, entonces, de los mártires, que de ninguna manera fueron librados de los suplicios a manos de los tiranos?. **Son librados** plenamente, cuando –llevados al reino de los cielos– son sacados **de todas las tribulaciones**. En efecto, el clamor de los justos no es escuchado sólo con miras al provecho temporal, sino que es escuchado principalmente, siempre en relación con la salvación eterna.

Verso 18.– QOF. **Cerca está el Señor de los que son de corazón atribulado, y salvará a los humildes de espíritu** [*Iuxta est Dominus his qui tribulato sunt corde, et humiles spiritu salvabit*]. También este versículo se refiere a los bienes de los justos. El modo de actuar del Señor y el del hombre son diferentes. Ciertamente, el que quiere asemejarse a los más altos se levanta; se estira, para poder alcanzar techos elevados. En efecto, el Señor altísimo no puede ser alcanzado, sino por medio de la humildad, que se inclina; y no se llega a sus dulces gozos, sino a través del amargor de las lágrimas. O tal vez –como opinan otros– el adverbio **cerca** no haya de entenderse aquí con el significado de *lugar*, sino de *auxilio*. Se ha de mirar con atención también la expresión siguiente: **De los que son de corazón atribulado**. En efecto, muchos son los atribulados, pero no de corazón, tales como los quejumbrosos o los fatuos, que no lloran sus pecados, sino que andan entristecidos, a causa de las desgracias mundanas. Pero los *atribulados de corazón* son los que hace suyas las miserias ajenas; los que, sintiendo dolor por el mundo, se afligen por las desgracias de los demás. El Señor, ciertamente, **salvará** a aquéllos que, con humilde comportamiento, se sometieron a Él. Y fíjate en que no dice: humildes de palabras, humildad que con frecuencia se encuentra en la maldad de los pecadores, sino **humildes de espíritu**, como dice en el Evangelio: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,3).

Verso 19.– REŠ. **Muchas son las tribulaciones de los justos, y de todas las libró el Señor** [*Multae tribulationes iustorum, et de his omnibus liberavit¹⁸ eos Dominus*]. Este verso y

¹⁸TL., *liberavit*; Vlg., *liberavit* (*pero Scio, liberabit*; cf. aparato crítico).

el siguiente siguen haciendo referencia a los bienes de los justos. En efecto, era conveniente hablar, con mayor extensión, sobre este punto, a fin de que los frágiles corazones de los mortales no sucumbieran, a consecuencia del temor tantas veces repetido. En verdad, **muchas son las tribulaciones de los justos**, porque la persecución del diablo es más violenta para con ellos y porque la envidia de los hombres los aflige con saña aún mayor. Por otra parte, el impío puede sentirse atribulado, si la adversidad le afecta a él solamente; pero el justo se aflige por sus propios sufrimientos y porque la caridad lo obliga a afligirse también por los sufrimientos de los demás. Pero, al añadir [113]: **Y de todas los libró el Señor**, muestra el poder del Creador, porque, por grande que sea el número de tribulaciones, éstas no pueden impedir su liberación. De donde se sigue que, ciertamente, todo justo es oprimido por muchas tribulaciones, pero que, sin duda alguna, de todas ellas obtiene la liberación.

Verso 20.– **El Señor custodia todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrado** [*Dominus custodit omnia ossa eorum; unum ex his non conteretur*]. Llama **huesos** a la firmeza de los fieles, esto es: la paciencia, la mansedumbre y las demás virtudes, que es imposible que desaparezcan en los santos, porque las **custodia el Señor**. Ésas son, en efecto, las que no pueden venir a menos, aun cuando se llegasen a romper los **huesos** del cuerpo. Porque, si entiendes esto en sentido literal, se suscita una cuestión de no poca importancia. ¿Cómo es que los **huesos** de aquel ladrón, a quien el Señor había dicho: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,43), no fueron quebrados, si leemos que los soldados se los rompieron [Jn 19,32], y encuentras también que los huesos de muchos mártires fueron asimismo machacados?. Pero toda sombra de duda desaparece, si entendemos por *huesos* la virtud de la fe y la fortaleza del alma.

Verso 21.– ŠIN. **La muerte de los pecadores es pésima¹⁹; y quienes odian al justo delinquirán²⁰** [*Mors peccatorum pessima; et qui oderunt iustum delinquent*]. Llama **muerte de los pecadores** a aquélla que el hombre no puede ver, afirmando que no sólo es mala, sino la peor. En verdad, es **pésima**, porque lleva consigo la condenación eterna. En efecto, si te fijas en la muerte que nuestros ojos sí pueden ver, encontrarás que a menudo el pecador, que es rico, es llevado convenientemente con pomposa solemnidad. Su familia le llora de manera tal que a los oídos humanos fingen que fue un hombre en verdad piadoso. También sus amigos lo acompañan con encarecidas lágrimas, para que consideres que realmente la muerte se había llevado a una persona de bien, a la que públicamente se le llora con grandes lamentaciones. ¿Qué diremos de los costosos unguentos con que se perfuman sus cuerpos, que han de perdurar, incluso después de la muerte, cosa que se representa con tanto celo y tanto aparato que, en las ceremonias fúnebres, viene recreada su vida, como si siguieran estando vivos?. ¿Dónde está, pues, la muerte pésima de los pecadores?. Ciertamente, en el infierno, donde –una vez allí– sufren las penas eternas. En efecto, ¿con cuánta pompa –según creemos– fue llevado al sepulcro el rico aquel, que se vestía de púrpura y que pidió de Lázaro una gota de agua fría? (Lc 16,19.24). Y mira que en este adjetivo se expresa la dureza de la muerte en sí misma. En efecto, se le llama muerte *pésima*, como si, en

¹⁹Hebr., תְּמוֹתַת הַשֵּׁעַר הָרָעָה [Matará al impío la maldad], de manera que su misma malicia será el verdugo que termine con su vida. Los LXX traducen ποῦθανάτος ἁμαρτωλῶν πονηρός [la muerte de los pecadores es mala] y de ahí la Vlg., aunque empleando el superlativo *pessima*.

²⁰Hebr., יִשְׁמְרוּ [serán desolados]. Los LXX leyeron πλημμελήσουσιν [delinquirán] y así también Vlg [delinquent]. Sin embargo, en el versículo siguiente, donde el texto hebreo sigue hablando de *desolación* y los LXX y Vlg. de *delinquir*, TL. dirá, sin embargo, que no serán abandonados [derelinquent] los que esperan en el Señor.

latín, se dijera *pessumdata* [perdida, echada a pique]. Añade también: **Y quienes odian al justo delinquirán**, esto es, quienes, con odio indecible –aun teniendo al Señor Salvador– no quisieron recibir sus mandatos. Igual que la de aquéllos, de los que se hizo mención anteriormente, la muerte de éstos es también la peor.

Verso 22.– TAU. **Redimirá el Señor las almas de sus siervos, y no abandonará a todos los que esperan en él** [*Redimet Dominus animas servorum suorum, et non derelinquet²¹ omnes qui sperant in eum*]. ¡Qué bien ha terminado este salmo en la esperanza de los buenos, a fin de que, apartándonos de la compañía de los malos, podamos tender más fácilmente a los premios futuros!. **Redimirá el Señor**, es decir, con la sangre preciosa, porque quien creyere rectamente en Él, será redimido de la cautividad debida los pecados. La Escritura emplea con frecuencia la palabra **almas** en lugar de *hombres*, como está escrito, por ejemplo, en el libro del Éxodo: *Bajaron a Egipto setenta y cinco almas* (Éx 1,5). En efecto, el hombre en su totalidad es entendido, según su parte mejor. Pero observa que añade: **De sus siervos**, no de los que viven en inicua libertad. Añade también: **Y no abandonará**, es decir: como hizo el buen Pastor, que cuidadosamente supo guardar a sus ovejas. Pero volvió a repetir por entero la condición de la promesa. No dice, en efecto, que ninguno será abandonado, sino que no serán abandonados **todos los que espera en él**. Abandonará a aquéllos que, en sus propias fuerzas o en la audacia de algún otro hombre, quisieron poner su esperanza.

Conclusión del Salmo

Se han concluido los sacrosantos misterios de este salmo, donde se ha completado el ordinario de la misa, de modo que consideres que fue escrito para los tiempos cristianos. Se ha recorrido también aquí el orden de los himnos: ora se exhorta al pueblo devoto a acercarse a la comunión, ora son invitados a venir los que reciben los primeros rudimentos de la fe, todo ello para sientas que nada falta que sea de importancia, aun sabiendo que ninguna de estas cosas tuvo lugar en aquel tiempo. En este salmo, asimismo, el género humano es estimulado por los bienes reservados a los justos y se le infunde terror, a la vista del castigo, que espera a los malvados. Esto es lo que al principio cantaba el título: *Cuando David cuando cambió su rostro en presencia de Abimelec*, de modo que, cambiando provechosamente nuestros placeres, corramos al refugio protector de la Iglesia católica del Señor. También el número de este salmo coincide con la edad en que el Señor sufrió su pasión y en la que –por la lectura de los Padres– también resucitó. De ello, en su libro *Enchiridion* (cap. 84 ss.²²), el padre Agustín disertó abundante y diligentemente –como él suele hacer–, a fin de que nadie dude de que un salmo, que ha sido consagrado con tan grandes virtudes, debe ser guardado –cual tesoro celestial– en lo profundo de nuestra memoria, para ser objeto de frecuente meditación.

²¹TL., *derelinquent*; Vlg., *delinquent*.

²²AUG., *Enchiridion, sive de fide, spe et charitate*, (PL 40, 272-274).

SALMO TREINTA Y CUATRO

Para el mismo David.

[*Ipsi*¹ *David*].

No resulta gravoso repetir brevemente, una vez más, cosas ya dichas con anterioridad, y ello con el fin de que el ánimo del lector se vuelva a sentir llamado a los necesarios esfuerzos de la memoria. El nombre **David** admite –como ya quedó dicho– dos significados: *fuerte de mano* y *deseable*, dos cosas que, ciertamente, convienen al Señor Salvador. Es *fuerte de mano*, porque prosternó la cautividad de nuestra muerte, junto con su impío causante. Es *deseable*, porque su venida nos promete bienes inefables. Por consiguiente, este salmo es cantado por la persona del mismo Señor Salvador, que pide ser salvado de la persecución de los enemigos. En efecto, ya en las palabras **para el mismo**, que aparecen en el título, se recuerda que debe entenderse *para Cristo*, el cual muy apropiadamente es llamado *David*, pues a Él es aplicado el significado de este nombre en su totalidad.

División del salmo

Por el sufrimiento padecido, de conformidad con el designio divino, es Cristo el Señor quien habla, a lo largo de este himno. En la primera parte del salmo, pide la retribución de la que los pecadores se han hecho merecedores, deseándoles, sin embargo, cosas adversas, que les fuesen provechosas, al menos, en orden a su conversión. En la segunda, se goza en su resurrección y, reprobando las maldades de los judíos, expone el hecho de su propia pasión. Afirma, en la tercera, que Él es dado a conocer en sus miembros, por todo el orbe de la tierra, para grandeza del Padre, que lo liberó de sus enemigos, en virtud de la resurrección, suplicando que los perseguidores² sean confundidos y que los fieles exulten con gran alegría.

Exposición del salmo

[114] Verso 1.– **Juzga, Señor, a los que impugnan contra mí³; rinde a los que me combaten** [*Judica, Domine, nocentes me; expugna impugnantes⁴ me*]. Habiendo asumido, por nuestro bien, la debilidad de la carne, clama que sean condenados **los que impugnan contra** él, es decir, el diablo junto con sus ministros, porque no reconocieron al que había de venir. En efecto, **juzgar** es condenar a los malvados, en cuanto que no pueden ser absueltos en el juicio quienes siempre están implicados en depravadas acciones. Pero esto –como se ha dicho– hace referencia al diablo y a sus seguidores, por cuyo medio provino la iniquidad de la voluntad judía. En efecto, dado que Él mismo había ordenado: *Orad por vuestros enemigos* (Mt 5, 24), dicha

¹TL., *ipsi*; Vlg., *huic*.

²TL., in textu: *persecutores* [ed., peccatores].

³Hebr., רִיבָה יְהוָה אֶת־רִיבֵי, [Pleitea, Señor, con los que pleitean conmigo]. Los LXX: δίκασον κύριε τοὺς ἀδικουντάς με [Haz justicia, Señor, con quienes me agravian].

⁴TL., *impugnantes*; Vlg., *expugnantes*.

sentencia no puede referirse a los hombres. Pide, pues, que sean condenados aquéllos que bien conoce, por la virtud de su presciencia, que no pueden alcanzar el remedio de la penitencia. De hecho, en los versos siguientes –en los que sí se refiere a los hombres–, su deseo es que éstos se conviertan, no que perezcan. Añade también: **Rinde a los que me combaten**. El que **combate** intenta vencer. **Es rendido**, por el contrario, aquel otro, cuya derrota es total. Con razón, pues, llama **impugnadores** a los espíritus inmundos, porque, aun no pudiendo vencer a los santos, no dejan, sin embargo, de contender con ellos con reprochable voluntad. Pero quien *rinde* es el Señor, el único que tiene el poder de llevar a término todo cuanto quiere, cuyo combate es triunfo y toda lucha es victoria.

Verso 2.– **Toma las armas y el escudo, y levántate en mi socorro** [*Aprehende arma et scutum, et exsurge in adiutorium mihi*]. La palabra latina *arma* viene del verbo *arcere*, que significa *rechazar*, porque con ellas rechazamos la violencia extrema del enemigo. Se acostumbra, por ello, a decir *armar la mano*, para significar así la represión del enemigo. Pero **las armas y el escudo** son la sola voluntad de Dios, que protege al que está en peligro y rechaza todo cuanto es adverso. Haciendo uso de este lenguaje figurado, se expresa también el Apóstol, cuando habla del *escudo de la fe, el yelmo de la salud, la espada del espíritu* (Ef 6,16-17). En efecto, se dice **escudo** como si se dijera *esculpido*⁵, porque en el escudo los antiguos grababan sus hazañas. En cuanto al imperativo: **Toma**, ¿acaso puede entenderse este hecho como una defensa pasajera, sólo para un poco de tiempo?. Para Él, que es omnipotente, está siempre dispuesto el final de las cosas. Y no se entienda este otro imperativo: **Levántate** como si, quien nunca ha estado tendido, se levantara de un estado de reposo. Las *armas*, por tanto, hacen relación a los indumentos férreos con los que defiende la salud humana. Tiene el *escudo* la finalidad de repeler los golpes del enemigo, de modo que caigan, sin alcanzar su objetivo, los dardos que tenían como destino la perdición del hombre. Así, pues, en razón de su naturaleza humana, ruega el Señor que su salud sea protegida y que la voluntad del enemigo sea privada de su arrogancia.

Verso 3.– **Saca la frámea, y cierra contra los que me persiguen. Di a mi alma: Yo soy tu salvación** [*Effunde frameam, et concludere adversus eos qui persequuntur me. Dic animae meae: Salus tua ego sum*]. En las Escrituras divinas, la palabra **frámea** tiene diversos significados. Por ella se entiende *espada, lanza real*; se entiende también *engaño y venganza*. Pero, en este caso, ha de dársele el significado de *su alma*, que fue, realmente, *frámea* para con sus adversarios. Por medio de ella, fue posible que desapareciera el sacrílego culto de los ídolos; que la iniquidad del diablo fuese vencida; que sucumbiera –herido– el poder de la misma muerte, cuando con libre potestad reinaba anteriormente, a lo largo y ancho del mundo entero. En efecto, ya se dijo también en otro salmo: *Arrebata mi alma del impío, tu frámea* (Sal 16,14). Por consiguiente, la expresión: **Saca tu frámea** viene a significar *ensancha mi alma*, una vez concedido el beneficio de tu piedad. **Cierra**, o sea, una vez llevada a término tu ley, da por terminada mi pasión, la pasión que, a través de los profetas, Tú habías predicho. Pide también que por el Señor se diga a su alma: **Yo soy tu salvación**, porque tiene la certeza de que sus palabras se cumplen, sin que ningún obstáculo pueda impedirlo.

Verso 4.– **Sean confundidos y teman los que buscan mi alma** [*Confundantur et*

⁵*Scutum > sculptum.*

*revereantur inquirentes*⁶ *animam meam*].

Verso 5.– **Retrocedan y sientan vergüenza los que piensan males contra mí** [*Avertantur retrorsum, et erubescant qui cogitant*⁷ *mihi mala*]. Aquí, con referencia ya a los hombres, no se habla de maldición, sino que se suplica el arrepentimiento. En efecto, **ser confundido** significa **sentir vergüenza** de las propias obras y experimentar un cambio absoluto, para poder gozar así de una reputación más favorable. Se dice también que *son confundidos* aquéllos que, declarados convictos, se hacen merecedores de castigo. Pero, para que entiendas esto como particularmente referido a la conversión, añade: **Y teman**, es decir: que, una vez arrepentidos, veneren al que habían considerado digno de persecución. La expresión: **Los que buscan mi alma** se emplea aquí en sentido negativo. Son los que buscan el alma de tal modo que no quieren que sea venerada, sino que cuanto antes sea separada del cuerpo. En efecto, para expresar que se busca el alma de Cristo, pero en sentido positivo, en otro salmo está escrito: *Pereció de mí la huida, y no hay quien busque mi alma* (Sal 141,5). **Retrocedan**. Se emplea aquí esta expresión con referencia a aquéllos que están necesitados de corrección. En efecto, también el apóstol Pedro, que –desde un punto de vista humano– buscaba el bien de Cristo, oye que se le dice: *Retrocede de mi, Satanás* (Mc 8,33), pero no para que pereciera, sino para que, con feliz enmienda, aceptase la voluntad del Señor. Así, pues, desea que aquéllos, cuyo retroceso quiere, no lleven a cabo sus perversos propósitos, sino que, por el contrario, vengan en pos de Él, donde no hay posibilidad de errar. **Los que piensan males contra mí**, expresión que puede ser entendida con relación a los judíos, a los herejes o a los paganos. En efecto, *piensan males* todos aquéllos que, con perversa intención, se apresuran a afirmar cosas contrarias a la religión católica.

Verso 6.– **Háganse como polvo ante la faz del viento, y que el ángel del Señor los aflija** [*Fiant tanquam pulvis ante faciem venti, et angelus Domini affligens eos*⁸]. El **polvo** es –como bien se sabe– una sustancia terrena, pero muy seca y ligera, que, cuando sopla el **viento**, no puede permanecer quieta, sino que se eleva a las alturas. Del mismo modo, los deseos de los pecadores, al ser alentados por el sopro de la verdad, se despegan de los vicios terrenales y, con la ayuda de Dios, se elevan a las virtudes del cielo. Así, pues, a los malos se les desea que, mediante una venturosa enmienda, puedan llegar a la vida celestial. Llamamos **ángel** al mensajero del poder celestial, por cuyo medio los mandatos divinos alcanzan su cumplimiento. Por consiguiente, este ángel **aflige** a los convertidos, a fin de que, mediante la virtud de la humildad, sean conducidos a la felicidad de la patria aquella. Pero esta aflicción es un beneficio, pues se desea que se levante, para llegar a la meta del gran don.

Verso 7.– **Hágase su camino tinieblas y resbaladero, y que el ángel del Señor los persiga** [*Fiat via eorum tenebrae et lubricum, et angelus Domini persequens eos*]. Pide que todas estas cosas sean devueltas, en sentido contrario, a los pecadores, de manera que su **camino** –que para ellos parecía lúcido y seguro, cuando con delectación permanecían en él– **se les haga tinieblas**, hasta el punto de que lleguen a sentir miedo y se les vuelva a modo de un **resbaladero**, de suerte que no puedan permanecer largo tiempo en él, como el profeta Jeremías dice: *Y por esto, hágase su camino resbaladero en las tinieblas, y serán derribados por el suelo y caerán en él* (Jer

⁶TL., *inquirentes*; Vlg., *quaerentes*.

⁷TL., *et erubescant qui cogitant*; Vlg., *et confundantur cogitantes*.

⁸TL., *affligens eos*; Vlg., *coartans eos*.

23,12). Y si, a pesar de todo, se obstinan en sus malas obras, que el poder del Señor los **persiga**, para evitar que se apeguen a sus crímenes, corriendo tras su propia perdición. ¡Oh gran felicidad de muchas contrariedades!. ¡Con qué enorme deseo se pide aquí que la adversidad se trueque en un estado de gran felicidad!.

Verso 8.— **Porque en balde me ocultaron la perdición de su lazo⁹; en vano reprobaron mi alma** [*Quia gratis absconderunt mihi interitum laquei sui, vane exproba-verunt animam meam*]. **En balde**, ciertamente, para el que ningún mal había hecho. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *syncrisis* [antítesis]. Consiste en mostrar –sirviéndonos de una adecuada comparación– que nuestra causa es más justa que la de nuestro adversario. En efecto, decimos que es *en balde* [115] aquello que no espera compensación de cosa alguna. **Me ocultaron**. De ello estaban convencidos quienes no creían en el poder de su Divinidad. En efecto, ¿qué se le puede ocultar a Aquél para el que nada hay oculto?. En efecto, en la última cena, señaló al que lo iba a traicionar y habló detalladamente de su pasión, antes de que ésta sucediera. Y nada hubo que para Él se mantuviera oculto, porque todo sufrimiento lo asumía, por gracia de su propia voluntad. Pero bien dice: **La perdición de su lazo**, porque aquel *lazo* no era la perdición del que moría, sino la perdición, antes bien, del que pecaba. En efecto, las palabras siguientes: **En vano reprobaron mi alma**, significan que lo acusaron falsamente, cuando el pueblo judío imputaba al Señor Salvador palabras verdaderas, como si se tratase de un crimen. Y es que, en su delirio, gritaban con mentira: *Éste es el que decía: destruiré este templo* (Mt 26,61), mientras que lo que Él había dicho era: *Destruíd este templo, y en tres días yo lo edificaré* (Jn 2,19). ¿Qué hay, pues, más **vano** que el hecho de querer, con toda malicia, trocar en culpa lo que a todos se les decía con miras a su salvación?.

Verso 9.— **Venga para ellos el lazo¹⁰ que ignoran, y la trampa que ocultaron los atrape; y en el lazo caigan ellos, en él mismo** [*Veniat illis laqueus quem ignorant, et captio quam occultaverunt apprehendat eos; et in laqueum incidant in idipsum*¹¹]. Piadosa retribución, saludable castigo. Dice: **Venga para ellos el lazo que ignoran**. En efecto, pues le habían preparado un **lazo**, creyendo que podía pasar desapercibido, sean ellos los que caigan en aquella otra trampa, que el sentido del pecador desconoce, es decir: sean ellos los que, apretados por el nudo de la verdad, puedan ser devueltos a la libertad. Sigue: **Y la trampa que ocultaron**. ¿Qué es aquella trampa, sino la muerte del Señor Salvador, que fue maquinada por ocultas insidias?. **Los atrape**, como si dijera: persiga constantemente a los que huyen y todo lo lleve a término, a fin de que –viéndose abandonados por completo– no se sientan hundidos por el peso de sus pecados. Y observa que aquí la palabra *lazo* está empleada en sentido positivo, esto es: para que, capturados por los mandatos del Señor, perseveren **en él mismo**, en virtud de la gracia celestial. Así ruega Aquél para quien –en balde– estaba oculto el lazo de la muerte, pero que, clavado en la cruz, quiso elevar sus súplicas por sus propios perseguidores.

⁹Hebr., כִּי־הֵנָּם טָמְנוּ־לִי שַׁחַת רְשָׁתָם [Porque, sin causa, escondieron para mí su red en un hoyo]. Los LXX: ὅτι δωρεὰν ἔκρυψάν μοι διαφθορὰν [porque, sin causa, escondieron para mí el cebo de su red].

¹⁰Hebr., תְּבוּאָהּוּ שׁוֹאָהּ [Véngale calamidad]. Los LXX: ἐλθέτω αὐτοῖς παγίς ἣν οὐ γινώσκουσιν [Sea para ellos la trampa que no conocen].

¹¹TL., Veniat illis laqueus quem ignorant, et captio quam occultaverunt apprehendat eos; et in laqueum incidant in idipsum; Vlg., Veniat illi laqueus quem ignorat, et captio quam abscondit comprehendat eum, et in laqueum cadat in ipso.

Verso 10.— **Pero mi alma exultará en el Señor y se deleitará sobre su salvación** [*Anima autem mea exsultabit in Domino, et delectabitur super salutare*¹² eius]. Después de haber hablado adecuadamente sobre las cosas que, a causa de los espíritus inmundos, les habrían de acontecer, y tras haber orado por los pecados, conforme a la costumbre de su piedad, llega a la segunda parte, donde expone la alegría de su propio espíritu y narra, con verdad lucidísima, el orden de la pasión. La principal felicidad del alma santa es, ciertamente, **exultar en el Señor**, porque todo es recogido allí, cuando la mente purísima está afianzada aquí. En efecto, al que exulta en el Señor nunca le falta la alegría y nada más dulce encontrará que el hecho de poder amar. ¿Qué sigue, pues, a esta exultación?. Sigue, ciertamente, que **se deleitará por su salvación**. La **salvación** es la Majestad del Verbo del Señor, de donde procede la salud y se da la vida, fuente de misericordia, remedio de los que suplican, remisión de los pecados.

Verso 11.— **Todos mis huesos proclamarán: Señor, ¿quién semejante a ti?** [*Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi*¹³?] Es evidente que los **huesos** no tienen ni sentido ni voz, pero —como a veces hemos dicho— por *huesos* debe entenderse la fortaleza del ánimo y la constancia del espíritu. Con razón, vienen estas virtudes comparadas con los *huesos*, porque así como ellos sostienen el cuerpo, también ellas dan vigor a los deseos santos. Así, pues, que sean los huesos, no la carne —es decir, la firmeza, no la blandura— los que **proclamen** este misterio, porque tal himno no puede cantarlo, sino la sola fortaleza del espíritu. **Señor, ¿quién semejante a ti?** El pronombre **quién** tiene aquí sentido de negación, porque, al ser la única santa Trinidad, **nadie puede serle semejante**. En efecto, totalmente desemejante es la criatura con relación al Creador: la criatura sirve; el Creador ordena.

Verso 12.— **Tú que liberas al débil de la mano del que es más fuerte que él; al necesitado y al pobre de los que le roban** [*Eripiens inopem de manu fortioris*¹⁴ eius, egenum et pauperem a rapiantibus¹⁵ eum]. Da respuesta, en este verso, a la pregunta que más arriba acaba de hacer: *¿Quién semejante a ti?*. Al tener diablo en sus manos la práctica totalidad del género humano, por medio de la encarnación del Verbo, el hombre fue liberado de aquella tiranía, a la que estaba sometido. Añade asimismo: **Al necesitado y al pobre**, a fin de que estos tres estados de cosas, reunidas en una sola, pusieran de manifiesto la condición del género humano, oprimida por las calamidades. Así, pues, dice que es **débil**, porque fue hecho mortal; **necesitado**, porque ha tenido que buscar su pan con fatigas y sudores; **pobre**, porque, desposeído de aquella sabiduría e inocencia, sólo le quedaba de ellas una pequeña porción tenue y umbrosa¹⁶. En efecto, ¿quién podría decir, que verdaderamente han sabido aquéllos que en modo manifiesto no tienen la sabiduría de su propio Creador?. Pero, ¡cuán admirable, cuán, de todo punto singular, fue el hecho de que —por su encarnación— tal hombre fuese liberado, de suerte que realmente pudiera exclamar: *Señor, ¿quién es semejante a ti?*. Y recuerda que las palabras anteriores, o sea: **De la mano del que es más fuerte**, significan al diablo, que era **más fuerte**, ciertamente, que los hombres. Por

¹²TL., *super salutare*; Vlg., *super salutari*.

¹³TL., *tibi*; Vlg., *tui*.

¹⁴TL., in textu: *fortioris* [ed., *fortiorum*] eius. Vlg., *fortiorum eius*.

¹⁵TL., *rapiantibus*; Vlg., *diripientibus*.

¹⁶Del esplendor de los dones preternaturales sólo queda al hombre una ligera y umbrosa huella.

la expresión siguiente: **De los que le roban**, quiere que se entiendan los espíritus inmundos, los cuales, con nefanda adhesión, combaten unánimemente al servicio del poder diabólico.

Verso 13.– **Levantándose testigos inicuos, me preguntaban cosas que yo ignoraba** [*Exsurgentes*¹⁷ *testes iniqui quae ignorabam interrogabant me*]. Tras haber hablado de los males con que era oprimida la humanidad, a fin de que la suya propia –la humanidad, que piadosamente se dignó asumir en nuestro favor– no quedase ajena a tales males, conmemora ahora su propia pasión. Así, pues, los **testigos**, que repentinamente se alzan con ímpetu bestial y no son llamados a testificar en público y que ni siquiera adoptan la moderación debida, son testigos falsos de todo punto. Éstos vienen convenientemente calificados por un solo adjetivo: **Inicuos**. Eran, ciertamente, *inicuos* aquéllos que darían testimonio contra la verdad y la justicia. Añade: **Cosas que yo ignoraba**, es decir: de ningún modo sabía yo qué cosas estaban diciendo. En efecto, así decimos de los que, por beneficio del Señor, velan por sí mismos, conduciéndose rectamente: no saben lo que es mentir, ignoran lo que es robar, desconocen lo que es oprimir. En efecto, el Señor no sabía blasfemar, cosa de la que el príncipe de los sacerdotes, rasgándose las vestiduras, lo acusó, cuando el Señor dijo: *Veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Padre* (Mt 26,64), y el príncipe de los sacerdotes, de inmediato, exclamó: *Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?* [Mt 26,65]. Pero cuál fuere el testimonio, con sus mismas palabras lo dio a conocer. En efecto, no hablaba así, porque la declaración de algún testigo le hubiese dado pruebas convincentes, sino que preguntaba, como no estando seguro de su propia rectitud, como alarmado, más bien, por cuanto la gente decía. Sobre este hecho el evangelista Mateo refiere: *Pero al fin se presentaron dos testigos que dijeron: hemos oído que éste ha dicho: yo puedo destruir este templo*, etc. (Mt 26,60-61).

Verso 14.– **Me retribuían males por bienes, esterilidad¹⁸ para mi alma** [*Retribuebant mihi mala pro bonis, sterilitatem animae meae*]. Nada pudo decirse ni con más brevedad ni con mayor elegancia. Los beneficios del Señor y los hechos de los judíos son expresados con cada uno con adecuadas palabras: **Males por bienes**. Ciertamente, pues, mientras que Él daba la vida por los creyentes, aquéllos decidieron pagarle con la muerte, hecho éste que es el modo extremo de retribución, propio de todo hombre perverso. Fue también **esterilidad para el alma**, porque el buen Maestro no pudo encontrar en ellos el fruto de la fe. Tampoco sus corazones, endurecidos con pétreo insensibilidad, permitieron que despuntasen los brotes de la fe. Pero, para que no creyeran los judíos que estaban destinados a una esterilidad sin consecuencias, el Evangelio da testimonio de que fueron también malditos en aquella higuera, en la que el Señor no halló fruto alguno (Mc 11,13).

Verso 15.– **Pero, como me fueren molestos¹⁹, me vestía yo de cilicio** [*Ego autem, cum*

¹⁷TL., *exsurgentes*; Vlg., *surgentes*.

¹⁸La palabra hebrea שְׂכֹחַ [š^ekō] significa privación de todo socorro, compañía, consuelo o apoyo. Los LXX tradujeron por ὀρφανίαν [*orfandad de hijos*].

¹⁹Hebr., וַאֲנִי בְּחַלּוּתָם לְבוּשֵׁי שָׂקָ [Mas yo, cuando eran ellos los enfermos]. El sentido del texto hebreo es: cuando ellos estaban afligidos por cualquier calamidad, él sentía compasión y se humillaba, vistiéndose de sayal, e intercedía por ellos ante Dios. Los LXX, sin embargo, leen: ἐγὼ δὲ ἐν τῷ αὐτοῦς παρενοχλεῖν [*queriéndolos inquietar*], y de ahí el sentido que adopta Vlg. y las interpretaciones de S. Agustín y Casiodoro.

*mihi molesti essent, induebant me cilicio*²⁰]. Con razón, el **cilicio** –un áspero y cerdoso vestido, hecho con piel de cabras– es relacionado con los delitos, porque en el juicio del Señor dichos animales están colocados en la parte de los pecadores [Mt 25,33]. Por tal motivo, el Señor –pues asumió la carne del pecado– dice que **se vistió de cilicio**. Ahora bien, si de este hecho haces una interpretación literal, en ningún lugar leerás, ciertamente, que el Señor se vistiera de cilicio. Por consiguiente, como, a causa de las injurias e insidias, los judíos le **fuereen molestos**, ocultaba su Divinidad a aquellas mentes tenebrosas con el velo de la carne, dado que no merecían conocer al que trataban con impiedad tan grande. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *metriasmos*, esto es, mediocridad, cuantas veces, con sentimiento humilde dejamos a un lado algo de gran importancia. En este verso y también en los siguientes, podrás reconocer, diligente lector, esta misma figura literaria. Y considera la palabra de la celestial paciencia. No dice: *Como me persiguieren*, sino que dice: *Como me fuereen molestos*, que es lo que solemos decir en las causas leves, situaciones éstas, en las que soportamos –como con cierto fastidio– algo sobrevenido de manera inoportuna.

Verso 16.– **Y yo en el ayuno humillaba mi alma, y mi oración a mi seno volvía de nuevo** [*Et humiliabam in ieiunio animam meam, et oratio mea in sinu meo convertebatur*²¹]. **Ayunó** el Señor, cuando, no encontraba a quienes poder recibir en los convites espirituales, por haberse éstos endurecido con impía obstinación. Ésta fue, en efecto, *esterilidad para su alma*, que es también ayuno. En efecto, se dice **ayuno**, como si –en latín– se dijera *inedium*²², porque a los que se abstienen, durante largo tiempo, de tomar alimento son llevados irremediablemente a la *inedia*, es decir, al hambre. Ayunó, pues, el Señor, porque la muchedumbre incrédula se había apartado de Él. Pero también el ayuno, en sentido físico, puede ser aplicado al Señor, pues, durante cuarenta días con sus noches, estuvo ayunando en el monte (Mt 4,2). Ahora bien, sobre el ayuno perfecto dice el profeta Isaías: *Rompe todo vínculo de iniquidad, disuelve las obligaciones de los pagos injustos, da libertad a los afligidos, rompe toda retribución injusta, parte tu pan con el que tiene hambre, lleva a tu casa a los pobres sin techo. Cuando vieras al desnudo, cúbrelo; y no desprecies a los que son de tu misma sangre. Entonces irrumpirá tu luz matutina, y tu salud rápidamente nacerá. Y tu justicia irá delante de ti, y la majestad del Señor te rodeará. Y entonces clamarás, y Dios te oirá, e incluso hablándote te dirá: Aquí estoy* (Is 58,6-9), y todas las demás cosas que aquel texto admirable ofrece como recompensa celestial. Así, el buen Maestro mostró con ejemplos claros –conforme a la naturaleza humana– lo que había predicho en los libros de los profetas. **Y mi oración a mi seno volvía de nuevo**. Añade también una causa aún más oculta, que la analogía evangélica aclara perfectamente. En efecto, dice el Señor a sus discípulos: *Pero, al entrar en una casa, saludadla, diciendo: Paz a esta casa. Y si ciertamente aquella casa fuere digna, la paz vendrá sobre ella; pero, si no fuere digna, vuestra paz volverá a vosotros* (Mt 10,12-13). De este tenor es también esta súplica del Señor. Puesto que los detestables judíos, en modo alguno merecían recibirla, volvía nuevamente **a su seno**, es decir, a lo secreto de su pecho, de donde había salido. En efecto, si hubiese sido eficaz en los corazones, ciertamente, no habría dicho que volvía, sino que se difundía.

²⁰TL., *induebam me cilicio*; Vlg., *induebar cilicio*.

²¹TL., *in sinu meo convertebatur*; Vlg., *in sinum meum convertetur*.

²²*ieiunium > inedium*.

Verso 17.— **Como a un prójimo, como a un hermano nuestro, así le complacía; y, como llorando y contristado, así me humillaba**²³ [*Sicut*²⁴ *proximum, sicut fratrem nostrum ita complacebam, tanquam lugens et contristatus sic humiliabar*]. En el uso de una correcta sintaxis latina, diríamos así: *Proximo et fratri complacuisse* [le complacía como al prójimo y como al hermano]. Sin embargo, aquí los casos gramaticales han sido cambiados y, en lugar del dativo, se ha usado el acusativo. A esta figura retórica se le da el nombre de *antiptosis*, esto es, cuando un caso gramatical viene puesto en lugar de otro. Dice, en efecto: como de uno que estaba cerca, como de un hermano nuestro, así me complacía yo, es decir, me alegraba de la cercanía de aquéllos que, con hostilidad, me perseguían. Ésta es verdaderamente la retribución perfecta: en lugar de odio, devolver amor; en vez de males, pagar con bienes. En efecto, en ellos se **complacía**, cuando, clavado en la cruz, suplicaba al Padre en su favor. Sigue diciendo: **Como llorando y contristado, así me humillaba**. Aun manifestando que amaba a los judíos como al hermano y como al prójimo, aquella santidad e inconmensurable amor, que mostraba el Señor, declara, sin embargo, estar justamente **contristada**, porque no pudo encontrar en todos la fe, que ansiadamente buscaba. En efecto, si alguien siente por nosotros un amor grande, necesariamente se entristece, cuando no puede hallar en nosotros la respuesta deseada.

Verso 18.— **Y contra mí se alegraron y vinieron juntos; se acumularon sobre mí los flagelos**²⁵, **e ignoraron** [*Et adversum me laetati sunt et convenerunt; congregata sunt super me flagella, et ignoraverunt*²⁶]. Como piadosamente se contristara Cristo el Señor, con desenfreno impío **se alegraban** los judíos. Pero otro muy distinto les será el pago: Cristo se alegrará de su personal tristeza y los judíos serán atormentados, a consecuencia precisamente de su alegría, pues *bienaventurados son los que lloran, a causa de la justicia* (Mt 5,5), y desgraciados los que se ensoberbecen, por motivo de su insensata alegría. Pone de manifiesto la desdicha de la peor de las cegueras: preparar para su Señor los tormentos, que en justa compensación habrían de revertir sobre ellos. Esto es, en efecto, lo que quiere decir: **E ignoraron**. Ignoraron que se había de volver contra ellos lo que realmente arrojaban contra el inocente.

Verso 19.— **Fueron disipados, y non se arrepintieron; me tentaron y se burlaron con burla; rechinaron contra mí sus dientes** [*Dissoluti sunt, nec compuncti sunt; tentaverunt me et deriserunt derisu; striderunt in me dentibus suis*²⁷]. Tras el abuso de la impía temeridad, dice qué cosas les sucederán a los judíos. Y, con todo, no dice que su obstinación pudo serles devuelta.

²³En el texto hebreo se lee: קָרַר שְׁחוּתִי כְּאָבִל־אִם כְּרֵעַ-כְּפָאָר לִי הִתְחַלְּכְתִּי כְּאָבִל־אִם [Como por mi compañero, como por mi hermano yo andaba; como el que llora a su madre, enlutado me encorvaba]. Los LXX traducen: ὡς πλησίον ὡς ἀδελφὸν ἡμέτερον οὕτως εὐηρέστουν ὡς πειθῶν καὶ σκυθρωπάζων οὕτως ἐταπεινούμην [Como compañero, como hermano nuestro, así me complacía; cuando estaba lloroso y malhumorado, así me humillaba].

²⁴TL., *sicut*; Vlg., *quasi*.

²⁵Hebr., וּבְצִלְעֵי שְׂמֹחוּ וְנִאֲסְפוּ נֹאסְפוּ עָלַי נְכִים [Y en mi tropezar se alegraron, y se reunieron; se reunieron contra mí los que golpean]. Los LXX: καὶ κατ' ἐμοῦ ἠὺφράνθησαν καὶ συνήχθησαν συνήχθησαν ἐπ' ἐμὲ μάστιγες καὶ οὐκ ἔγνωσαν διεσχίσθησαν [Y a mi costa se divertieron y se concentraron, se concentraron contra mí latigazos].

²⁶TL., *et ignoraverunt*; Vlg., *et ignoravi*.

²⁷TL., *Dissoluti sunt, nec compuncti sunt; tentaverunt me et deriserunt derisu; striderunt in me dentibus suis*; Vlg., *Dissipati sunt, nec compuncti sunt; temptaverunt me, subsannaverunt subsannaatione; frenderunt super me dentibus suis*. S. Agustín omite la expresión: *dissoluti sunt* o *dissipati sunt* y comienzan la explicación de este versículo a partir de *tentaverunt me*...

Fueron disipados, ciertamente, cuando el sol recibió las tinieblas, cuando la tierra se estremeció y se rasgó el velo del templo (Lc 22,66). Y, endureciéndose aún más, a pesar de haber presenciado tan extraordinarios signos, **no se arrepintieron**, sin embargo. Sigue diciendo: **Me tentaron**. Realmente lo **tentaron**, cuando dijeron: *Dinos si tú eres el Cristo* (Lc 22,66). **Se burlaron con burla**, cuando, estando en la cruz, hacían chanzas a cuenta suya, como el evangelista Mateo testimonia: *De manera semejante, también los príncipes de los sacerdotes, junto con los escribas y los fariseos, decían burlándose: el que salvó a otros no puede salvarse a sí mismo* (Mt 41,42). Ahora bien, esta clase de locución se emplea, cuando se quiere significar que un determinado hecho ha tenido lugar en forma muy abundante, como por ejemplo: *bendiciendo te bendeciré; maldiciendo te maldeciré; edificando, edificaré*, y otras cosas semejantes²⁸. Este modo de argumentar se conoce, en latín, con el nombre de *notatio*, o sea, cuando de la posición de la palabra se obtiene el significado de la expresión. Sigue: **Rechinaron contra mí sus dientes**, que es lo que hacen los hombres crueles, al verse vencidos por la razón. En efecto, cuando, ante la fuerza de la verdad, ya no les quedan palabras, entonces dejan oír un sordo ruido de dientes y, con tácita amenaza, expresan así sus sentimientos. Ahora bien, todo esto contribuye al fortalecimiento de la condición humana, a fin de que los miembros no consideren oneroso para sí sufrir lo que su Cabeza padeció.

Verso 20.– **Señor, ¿cuándo te volverás a mirar? Restituye mi alma de las malas acciones de ellos, de los leones la única mía** [*Domine, quando respices? Restitue animam meam a malefactorum²⁹ eorum, a leonibus unicum meam*]. **¿Cuándo te volverás a mirar?**. Se dice esto, en razón de la debilidad humana, para la cual todo lo que es futuro parece que llega con retraso, pues tan pronto desea una cosa, al instante, quiere obtenerla. Pero dice: **Restituye**, como si dijera: Devuelve la arrebatada, es decir: haz que resurja **de las malas acciones de ellos**, porque de modo injusto fue entregado a la muerte. Añade: **De los leones**. Significa, en efecto: restituye mi alma del poder del que es cruel y de los que son crueles. **La única**. Algunos quisieron entender que la carne del Señor, aun siendo común, sin embargo, fue hecha única, porque nació de una Virgen, porque no conoció el pecado, porque fue unida al Verbo, esto es, al Hijo de Dios. O quizá debamos entender por *única* la iglesia católica [117], que es *una* en todo el mundo y que, con gran dilección, es llamada *única*, de la que son excluidos absolutamente todos los conventículos de los herejes. En efecto, como prueba de que a la Iglesia se acomoda bien el nombre de *única*, tienes ahora el verso siguiente, que precisamente va a hablar de ella. Y fíjate bien en cómo la sucesión de los hechos ha sido cuidada a la perfección. En efecto, en primer lugar, suplicó por su resurrección, que verdaderamente ya aconteció; oró, después, por la liberación de la Iglesia, que será preservada, en el día del juicio, de toda perturbación.

Verso 21.– **Te confesaré, Señor, en la gran Iglesia, en medio del pueblo grave³⁰ te**

²⁸TL., *Quod argumentum dicitur notatio, cum ex verbi positione elicitur similitudo sermonis*. En el hebreo bíblico, es un modo corriente de amplificar un hecho: infinitivo constructo, seguido de un perfecto. En español, la usamos con frecuencia, cuando –por ejemplo– decimos: *comer he comido*, o sea, que he comido bien o mucho; *llover ha llovido*, esto es, que ciertamente ha llovido en cantidad, que ha llovido mucho. La expresión latina, pues, quiere decir que no sólo se burlaron, sino que, ciertamente, *hicieron gran burla de él*.

²⁹TL., *a malefactorum*; Vlg., *a malignitate*.

³⁰Hebr., *בְּעַם כְּבֵדִים* [*en pueblo copioso*]. Los LXX: *ἐν λαῶ βαρεῖ* [*en un pueblo grave*], es decir, importante.

alabaré [*Confitebor tibi, Domine, in*³¹ *Ecclesia magna; in populo gravi laudabo te*]. Llega a la tercera parte, donde –recibida ya la gracia de la resurrección– profesa que **confesará** al Señor en todo el orbe. Ya hemos dicho que hay dos clases de confesiones: una de alabanza, y otra de penitencia. Pero aquí, para que entiendas que se trata de la confesión de alabanza, ves que a renglón seguido dice: **Te alabaré**. Por su parte, la **gran Iglesia** es el pueblo cristiano, tenaz en la recta fe, que con su amplitud abarca los espacios del mundo entero. Sigue: **En medio del pueblo grave**, es decir, en medio de un pueblo fructuoso, que no está establecido entre pajas, que no tienen peso, sino en medio de granos de trigo. Un pueblo al que el aire de la tentación, cuando llega, no lo avienta de la era de Cristo, sino que con la fuerza de su sopro lo purifica, en vez que echarlo fuera. Por tal razón, el Señor es alabado *en medio del pueblo grave*. Pero los que no tienen peso y están vacíos en la fe, blasfeman contra Él.

Verso 22.– **Que no se burlen de mí los que me son contrarios injustamente, los que me odian sin motivo y hacen guiños con los ojos** [*Non insultent*³² *in me qui adversantur mihi inique, qui oderunt me gratis et annuentes*³³ *oculis*]. El orden de las palabras debe ser el siguiente: *Que no se burlen de mí los que me son contrarios injustamente, haciendo guiños con los ojos, y los que me odian sin motivo*³⁴. **Se burlan** los herejes, cuando la santa Iglesia pierde a algunos de entre el número de sus fieles. **Son contrarios injustamente**, cuando se alegran de los que perecen, víctimas del error. Pide que, por la piadosa intercesión del Señor, esto no llegue a suceder. Sigue: **Los que me odian sin motivo**, es decir, aquéllos a los que ningún daño hice. Pues, **sin motivo**, es maldecido todo aquel al que no se le hace saber previamente la razón por la que se le maldice. Añade: **Haciendo guiños con los ojos**, porque este gesto se suele hacer, cuando expresamos nuestra voluntad con una tácita y maliciosa intención. También se hace, cuando a alguien, que no queremos llamar de palabra, le enviamos señales con los ojos.

Verso 23.– **Porque ciertamente me hablaban**³⁵ **pacíficamente, pero sobre la ira pensaban engañosamente**³⁶ [*Quoniam mihi quidem pacifice loquebantur, et super iram dolose cogitabant*³⁷]. Se predice la nefanda falsedad de los judíos, falsedad que –no con nuestras palabras, sino con las del Evangelio– viene expresada. **Hablaban pacíficamente**, cuando decían: *Maestro, sabemos que eres veraz y en la verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito pagar el tributo al César o no?* (Mt 22,16). Ahora bien, puede **pensar engañosamente** también el que no tiene intención de matar, como –por ejemplo– cuando alguien trama quitar al prójimo su dinero o sus bienes. Pero, para dejar claro que su engaño era mortal, añade: **Sobre la ira**. Esto se refiere a aquellos momentos en que maquinaban dolosamente: *Conviene que uno muera por todos* (Jn 11,).

³¹TL., *tibi, Domine, in*; Vlg., *tibi in*.

³²TL., *insultent*; Vlg., *supergaudeant*.

³³TL., in textu: *annuentes* [mss. A., B., F., annuunt].

³⁴TL., *Non insultent in me qui adversantur mihi inique, annuentes oculis, qui oderunt me gratis*.

³⁵Hebr., *כי לא ישלום ידברו*, [porque no hablarán paz]. Los LXX, en lugar del hebreo לא [lo', no], tradujeron ἐμοὶ [a mí], de donde el dativo *mihi* de la Vlg.

³⁶El texto hebreo dice: *ועל הנערי ארץ דברי מרמות יחשבו* [y contra los mansos de la tierra palabras de engaño pensaban]. Los LXX: *καὶ ἐπ' ὀργὴν δόλους διελογίζοντο* [y sobre ira maquinaban engaños].

³⁷TL., *et super iram dolose cogitabant*; Vlg., *et in iracundia terrae loquentes dolos cogitabant*.

Verso 24.– **Ensacharon contra mi su boca; dijeron: ¡Bien, bien!, nuestros ojos vieron** [*Dilataverunt in me*³⁸ *os suum; dixerunt: Euge, euge, viderunt oculi nostri*]. **Ensacharon su boca**, ciertamente, cuando dijeron: *Crucificalo, crucificalo* (Lc 23,21). Ya no hacían guiños con los ojos; no pensaban ya con engaño, sino que condenaban con voz abierta y libre. ¡Oh, crimen impío!. No quería el juez que sucediese lo que el pueblo gritaba que se cumpliera³⁹. Siguen las palabras de los judíos que se alegran en modo de causar la muerte: **¡Bien, bien!**, como si dijeran: Bien, bien vemos de ti lo que deseamos hacer: que, como alborotador de la plebe, cuelgues de una cruz. ¡He aquí el admirable sufrimiento, en el que el supremo Poder se hallaba!. Para espanto de los enemigos, ¿acaso no pudo bajar del patíbulo de la cruz, estando aún vivo, el que, una vez muerto, sí pudo resurgir del sepulcro, al tercer día?. Pero no era conforme al poder divino responder a la provocación de cuantos lo insultaban, de manera que mucho mayor fuese su vergüenza, cuando tuvieran constancia de que todas las cosas predichas se habían realizado. Pero, aun cuando en el Evangelio no se lea que los judíos hayan dicho: *¡Bien, bien!*, sin embargo, sí dijeron parecidas palabras insultantes, viniéndose a mostrar, de este modo, que la verdad de un mismo hecho se ha dado a conocer, empleando no siempre las mismas palabras. Al decir: *¡Bien, bien!*, se ha hecho uso de la figura literaria llamada *epizeusis*, es decir, cuando, sin interposición alguna, en un solo verso se duplican las palabras.

Verso 25.– **Has visto, Señor, no calles; Señor, no te alejes de mí** [*Vidisti, Domine, ne sileas; Domine, ne discedas a me*]. A los hechos narrados más arriba se refieren también estos tres tiempos verbales. **Has visto**, es decir, has comprobado que se han llevado a cabo todas las cosas, que habías previsto que se habían de pensar contra mí. Así decimos, en efecto, cuando deseamos traer de nuevo una cosa a la memoria: *Has visto* cuán cruel se mostró conmigo; *has visto* cuán grande fue contra mí la afrenta del ladrón. **No calles**, es decir, no tardes en dictar sentencia, cosa que, ciertamente, no puede hacerse callando, sino hablando. **No te alejes de mí**, expresión ésta que debe entenderse como referida a la humanidad de quien estuvo sometido a la pasión.

Verso 26.– **Despierta, Señor, y atiende a mi juicio; Dios mío y Señor mío, a mi causa** [*Exsurge, Domine, et*⁴⁰ *intende iudicio meo; Deus meus, et Dominus meus, in causam meam*]. Como a menudo se ha dicho, conforme a la costumbre humana, se dice que **despierte** a Aquél que siempre está en vela, que siempre está atento. Y, aunque continuamente todo lo esté viendo, se considera que **ha atendido**, en el momento en que castiga. Sigue: **A mi juicio**, es decir, el *juicio* sufrido de parte de los judíos: juicio, sin causa; tormentos, sin crimen; muerte, sin pecado. Pero bien ha dicho: **Mío**, porque verdaderamente supo afrontarlo hasta llevarlo a su final. Y, convenientemente, añade: **A mi causa**. Pero fíjate bien en que dice: *A mi causa*, no a mi *pena*. La pena, en efecto, va unida al delito, mientras que la causa con ningún delito podía estar asociada. Pero, ¿qué es esta *causa*, a la que pedía que Dios atendiera?. De esta causa se trataba: que se conociera que el que había venido a salvar al género humano era entregado a la muerte por obra de hombres enloquecidos y perversos.

Verso 27.– **Júzgame, Señor, según tu misericordia, Dios mío; y que no se burlen de**

³⁸TL., *Dilataverunt in me*; Vlg., *Et dilataverunt super me*.

³⁹Intentaba Pilato librar a Jesús de la pena capital: Mt 27,15-17; Mc 15,6-19; Lc 23,18-25; Jn 18,39-19,5..

⁴⁰TL., *Exsurge, Domine, et*; Vlg., *Exsurge, et*.

mí mis enemigos [*Judica me, Domine, secundum misericordiam tuam, Deus meus; et non insultent in me inimici mei*⁴¹]. Aun cuando el que no había cometido pecado tuviese de su parte la causa mejor, pide, sin embargo, **ser juzgado, según misericordia**, para darnos ejemplo de súplica a los que causa como la suya no podemos tener a nuestro favor. Sigue diciendo: **Y que no se burlen de mí mis enemigos**, es decir, para que no digan lo que, en la maldad de los burladores, se puede contener, o sea: pudimos, lo hicimos, lo hemos llevado a término. Antes al contrario, sumidos en una saludable tristeza, sepan llorar sus malas acciones, en lugar de complacerse por haberlas llevado a cabo, causando éstas la muerte.

Verso 28.– **No digan en sus corazones: ¡Bien, bien, para nuestra alma; lo hemos absorbido!** [*Non dicant in cordibus suis: Euge, euge animae nostrae; nec dicant: Absorbuimus*⁴² *eum*]. **Lo hemos absorbido**. Es este verso reproducción de los insultos, que anteriormente había dicho que habría de sufrir. **Que no digan: ¡bien, bien!**. En efecto, estas palabras son propias de los que se alegran con mente criminal, palabras que ya no pueden decir, cuando la compunción los aflige. Condenen, por tanto, su mala conciencia, para que no tengan que escuchar la sentencia condenatoria. ¡Oh ingente e inmensa piedad del Creador!, que no soporta abandonar a los que se alegran temporalmente, a fin de que no sean destruidos por la ruina eterna. Pero el verbo **absorber** significa ser trasladado, con súbita celeridad, al cuerpo de otro, cosa que sucede a aquéllos que –como tragados por determinadas supersticiones– se separan del vigor natural de la verdadera fe. Pide esto, ahora bien, para instrucción de los fieles, pues tales cosas no podían suceder a su inefable [118] pureza.

Verso 29.– **Que se sonrojen y reverencien**⁴³, **a una, los que se congratulan de mis males** [*Erubescant et reveantur simul, qui gratulantur malis meis*].

Verso 30.– **Que se revistan de pudor y de reverencia los que hablan cosas malas contra mí** [*Induantur pudore et reverentia, qui maligna*⁴⁴ *loquuntur adversum me*]. Digno castigo, pena suficiente. En efecto, quien se **sonroja**, a causa de sus propios actos, sufre como condena ver lesionada su propia estima y –siendo él su propio verdugo– queda enredado con la atadura de la confusión. Sin embargo, alguien puede sonrojarse y no tener reverencia. Por ello aquí ha añadido: **Y reverencien, a una**, a fin de mostrar, de este modo, la señal de su penitencia. En efecto, la *reverencia* es el temor del Señor, unido con el amor, cosa que sucede a los que, con deseo totalmente sincero, siguen las obligaciones propias de la penitencia. Continúa diciendo: **Que se revistan de pudor y de reverencia**, como si dijera: que se revistan como con cierto cilicio de penitencia, con vestidura lúgubre. Pone aquí el **pudor** frente a la audacia de que hicieron gala, cuando el furor los poseía; la **reverencia**, frente a la impudicia de la falsedad. Y ello, con el fin de que, mediante dos virtudes, fuera curado aquel mal, que con dos crímenes perpetraron. Dice, en efecto: **Los que hablan cosas malas contra mí**, es decir: los que hablan cosas soberbias, que exceden la medida de toda probidad, como el bienaventurado Juan dice en el Apocalipsis: *Vi una*

⁴¹TL., *secundum misericordiam tuam, Deus meus; et non insultent in me inimici mei*; Vlg., *secundum iustitiam tuam, Domine Deus meus et non supergaudeant mihi*.

⁴²TL., *Absorbuimus*; Vlg., *Devorabimus*.

⁴³Hebr., יִהְיֶה פָּרוֹן [y sea humillados]. Los LXX: καὶ ἐντραπήσαν [y perturben]. En lugar de avergonzarse, he preferido traducir por *reverenciar*, por considerar este verbo más cercano al hecho de humillarse, en señal de penitencia.

⁴⁴TL., *qui maligna*; Vlg., *qui magna*.

gran boca hablando contra Dios (Apc 13,5).

Verso 31.– **Que exulten y se alegren los que quieren mi justicia; y digan siempre: Sea engrandecido el Señor, los que quieren la paz de su siervo**⁴⁵ [*Exsultent et laetentur qui volunt iustitiam meam; et dicant semper, Magnificetur Dominus, qui volunt pacem servi eius*]. Después de haber hablado suficientemente de los perseguidores, llega a la parte, que se refiere a los fieles, deseando que aquéllos sean atormentados por un saludable pesar y que éstos se vean colmados de una felicidad suma. Y fíjate bien en que, incluso por las mismas palabras, pueden distinguirse los merecimientos de cada uno de ellos. En efecto, los perseguidores suelen decir: *¡Bien, bien, para nuestra alma!*, lo cual es señal de un gozo temporal y de una alegría pasajera. Por el contrario, los bienaventurados dicen: **Sea siempre engrandecido el Señor**, cosa que es eterna y perpetua. Aquéllos dan a sus almas placeres mundanos; éstos dirigen sus propios deseos al Señor y ponen su alegría no en sí mismos, sino en las alabanzas divinas. Pero en cuanto a las palabras: **De su siervo**, éstas se refieren a su humilde apariencia humana, porque la humildad reside en la carne, que tuvo a bien asumir; pero la Majestad tiene su sede en el poder. De este modo, ambas cosas –perfectas y absolutamente verdaderas– son el único Cristo el Señor. Por consiguiente, **los que quieren la paz de su siervo** son, ciertamente, los que dan la espalda a los vicios y, por el don de la continencia, contando con el favor divino, viven en la paz espiritual.

Verso 32.– **Y mi lengua meditará tu justicia, todo el día tu alabanza** [*Et lingua mea meditabitur iustitiam tuam, tota die laudem tuam*]. Su **lengua meditó su justicia**, cuando anunció a los pueblos la Nueva Alianza. Por su parte, las palabras **todo el día** significan –como ya se ha dicho otras veces– todo el tiempo de la vida. Pero, puesto que al hombre no le es posible alabar al Señor, sin dejar de hacerlo ni siquiera un instante, tal expresión la referimos al entendimiento de las obras buenas, porque siempre está alabando al Señor quien, con toda su voluntad, medita los mandamientos divinos.

Conclusión del salmo

Consideremos con qué gran provecho para nosotros, a lo largo de todo el salmo, Cristo el Señor se ha dignado hablarnos. En efecto, tomó inicio de la oración, como sucede también en otros salmos parecidos a éste. Siguió narrando, después, los futuros acontecimientos de su pasión y resurrección. Concluyó, finalmente, con la gran esperanza de los fieles, a fin de que no hubiera duda de que también este salmo quedó concluido, según el propósito fijado. Gocémonos, pues, en las desgracias y alegrémonos en los peligros. Pues, ¿por qué han de rehuir los fieles de aquello que el Señor de todo cuanto existe quiso sufrir por la salvación de todos?. Se ha de notar, además, que éste es el segundo salmo de los que, con mayor amplitud, hablan de la pasión y resurrección del Señor.

⁴⁵Hebr., יגדל יהוה ההפץ שלום עבדו, [*Grande sea el Señor, que se complace en la paz de su siervo*]. Pero los LXX tradujeron: οἱ θέλοντες τὴν εἰρήνην τοῦ δούλου αὐτοῦ [*los que quieren la paz de su siervo*], de donde la lección de la Vlg.

SALMO TREINTA Y CINCO

Para el fin. Para el siervo del Señor. Salmo de David.

[*In finem servo Domini psalmus David*¹].

Todos estos nombres se entienden perfectamente, como referidos al Señor Salvador. En efecto, incluso las palabras **para el fin** lo significan. Del mismo modo, la expresión: **Para el siervo del Señor** bien se aplica a Aquél que, *tomando la forma de siervo, se hizo obediente hasta la muerte* (Flp 2,7), como el profeta Isaías dice acerca de ese mismo siervo: *He aquí mi siervo, lo sostendré* (Is 42,1). Finalmente, también la locución: **Salmo de David** nos es ya conocida y varias veces la hemos explicado. Todas estas cosas se refieren a la persona del Señor, en cuanto que el significado de cada una de ellas pone de manifiesto que a Él se ajustan de manera conveniente.

División del salmo

Es el profeta quien habla, a lo largo de todo el salmo. En la primera parte, acusa con vehemencia a los que desprecian la ley y, recordando sus impíos deseos, afirma que éstos no habitan con el Señor. Y no cause extrañeza que, tras lo indicado en el título, haya decidido comenzar por los ignorantes. En efecto, pone de relieve –aún con fuerza mayor– la parte de los buenos, remarcando, en primer lugar, aquello que gravemente es temido. Como acto de alabanza al Señor, se describen, en un segundo momento, los premios de los bienaventurados, asegurando que éstos son colmados de la abundancia de la casa del Señor. Y concluye, brevemente, el presente salmo con la ruina de los malos, a fin de que nadie considere que, tal vez, podría valer la pena intentar aquello que, con tan gran aversión, era digno de repulsa. Examinemos, pues, con un poco de más atención, la agudeza penetrante de este salmo, pues su composición se verá que conlleva cierta dificultad.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Se dijo a sí mismo el injusto para delinquir²: No hay temor de Dios ante sus ojos** [*Dixit iniustus ut delinquat in semetipso: Non est timor Dei ante oculos eius*]. Dos son las clases de pecadores. A la primera pertenecen los que, aun creyendo en la ley, a causa de la debilidad de la carne, no son capaces de cumplir las cosas que están mandadas. De éstos dice Salomón: *Porque el cuerpo corruptible hace pesada el alma y la morada terrenal abate el sentido del que piensa muchas cosas* (Sal 9,15). Pertenecen a la segunda el audaz, el desesperado, el blasfemo, aquéllos que, con libre voluntad, se proponen pecar; quienes, despreciándolo todo y musitando en su interior, consideran que Dios no se ocupa de las cosas de los mortales. Por lo cual, éste **se dijo a sí mismo** algo de tal manera sacrílego que no se atrevió a darlo a conocer públicamente. Y, éste es el motivo por el que piensa tales cosas: para atribuirse a sí mismo la libertad de pecar. **Delinque** así inmensamente el que ha determinado rechazar el miedo, que le es debido al Juez. Sigue diciendo: **No hay temor de Dios ante sus ojos**. Éste es el pensamiento de

¹TL., *In finem servo Domini psalmus David*; Vlg., *In finem servo Domini David*.

²Hebr., נִאֲדַפְשַׁע לְרַשָּׁע בְּקִרְבִּי לִבִּי [Oráculo de la prevaricación del impío en lo hondo de mi corazón]. Los LXX: φησὶν ὁ παράνομος τοῦ ἀμαρτάνειν ἐν ἑαυτῷ [Dijo el transgresor consigo mismo, para pecar].

los malvados, ante cuyos ojos no está el temor de Dios: que Dios no se ocupa de los hombres, de modo que deba ser temido, sino que –como el error de algunos filósofos sostuvo– creen que es la casualidad la que gobierna el mundo y que el ordenamiento de las cosas en ningún modo responde a mandato divino alguno. O, tal vez, el **injusto**, que no tiene ante [119] sus ojos el temor de Dios, es el que, con voluntad sacrílega, se jacta de decir tales cosas. De aquí el siguiente verso.

Verso 2.– **Porque procedió dolosamente en su presencia, para encontrar su iniquidad y odio**³ [*Quoniam dolose egit in conspectu eius, ut inveniret iniquitatem suam et odium*⁴]. Este hombre impío, de quien se ha dicho: *No hay temor de Dios ante sus ojos*, no quiso entregarse a la ley, en modo de llegar a comprender que su convencimiento era falso de todo punto. Antes, al contrario, con desprecio de las palabras de salvación, se obstinó en ignorar completamente la verdad. Éste, por tanto, **procedió dolosamente en la presencia** de Dios, para evitar **encontrar su iniquidad y odio**, creyendo así que, por la ignorancia del precepto, podía ser excusado. Pero, muy bien quedó precisado que nuestros pecados son la *iniquidad* y el *odio*, porque debemos odiar todas aquellas cosas, que nos conduce a los suplicios eternos.

Verso 3.– **Las palabras de su boca son iniquidad y engaño; no quiso entender, para proceder bien** [*Verba oris eius iniquitas et dolus; noluit intelligere ut bene ageret*]. De manera adecuada y exacta, han quedado expuestas las palabras de los inicuos. En efecto, sus **palabras son iniquidad y engaño**. Y, de este modo, todo aquello que no le era posible enumerar, por medio de estas dos palabras, viene explicado. La *iniquidad* hace referencia a la blasfemia; el *engaño*, al hecho de defraudar al prójimo. Pero, yo pregunto: ¿qué saldo queda para sí a cualquiera que no desdeña pecar contra Dios y contra el prójimo?. Pero, las palabras siguientes –**no quiso entender, para proceder bien**– describen a aquéllos que de alguna manera percibieron una chispa de la sabiduría, pero que, apartándose del verdadero conocimiento, terminaron por corromperse, a causa de su pecado, yendo en pos de perversos errores. Esto se acomoda muy bien al insensato pueblo judío, pueblo al que el Señor había venido, pero que con detestable obstinación rehusó ser curado. En efecto, por lo general, se es indulgente con la ignorancia; pero al mal realizado de manera voluntaria, le sigue siempre un justo castigo. A este razonamiento se le conoce con el nombre *ab ingenio*, es decir, cuando se peca no por ignorancia, sino con maliciosa intención.

Verso 4.– **Meditó la iniquidad en su lecho, se detuvo en todo camino no bueno; pero no odió la maldad** [*Iniquitatem meditatus est in cubili suo, astitit omni viae non bonae; malitiam autem non odivit*]. Sigue aún con la descripción del hombre de pésima conducta. Dice, en efecto: **Meditó la iniquidad**, es decir, consideró el error, reflexionando sobre ello con todo detenimiento, o sea, escribiendo libros perversos, de manera que el pecado no fuera sólo suyo, sino que –siendo él origen– pecase también la posteridad. **En su lecho**, esto es, en su propio corazón. En efecto, la palabra latina *cubile* viene del verbo *cubare* [estar echado]. Significa aquí el lugar en el que –habitando dentro– nuestro espíritu medita lo bueno y lo malo. Pero dice también: **Se detuvo en todo camino no bueno**, o lo que es lo mismo, se detuvo en la vida de este siglo, por la que no

³El texto hebreo es muy oscuro. Dice así: כִּי־הִתְחַלֵּיק אֵלָיו בְּעֵינָיו לִמְצָא עוֹנוֹ לְשׂוֹנָא [Porque se lisonjea en sus ojos, para hallar su iniquidad, para aborrecerla]. Los LXX: ὅτι ἐδόλωσεν ἐνώπιον αὐτοῦ τοῦ εὐρεῖν τὴν ἀνομίαν αὐτοῦ καὶ μισῆσαι [Porque ha engañado ante él, para encontrar su iniquidad y odiar].

⁴TL., in textu: et odium [ed., ad odium] odium; TL., ut inveniret iniquitatem suam et odium; Vlg., ut inveniatur iniquitas et ad odium.

pasó, como los demás creyentes, sino en la que se paró y se afianzó. Llegó asimismo al colmo de los pecados, al decir: **Pero no odió la maldad**. Quiere dar a entender aquí la *maldad*, madre de todos los delitos, incluyendo en una sola palabra todo aquello que estaba ampliamente difundido. Es abominable, por tanto, el hecho de querer aferrarnos a la maldad, maldad que no sólo se nos manda evitar, sino a la que justamente se nos ordena aborrecer, condenándola con odio perpetuo. Pero recuerda que, desde el comienzo de este salmo y a lo largo de cuatro versos, se ha venido utilizando la figura retórica llamada *synathroismos* [acumulación], mediante la cual, en un solo espacio y círculo se encierra un buen número de delitos.

Verso 5.— **Señor, en el cielo tu misericordia y tu verdad hasta las nubes** [*Domine, in caelo misericordia tua et veritas tua usque ad nubes*]. Habiendo dado cuenta de los pensamientos de los hombres perversos hasta el extremo, en la segunda parte, pasa a la alabanza del Señor. En efecto, aun cuando su **misericordia** esté en la tierra, en el mar y en todas partes, sin embargo, dice aquí que está especialmente **en el cielo**, o sea, en las criaturas celestiales y en los hombres santos, hacia donde con mayor abundancia hizo que fluyeran sus dones. Menciona también la **verdad** de las cosas justas, que son agitadas en medio del combate de este mundo. En efecto, ya hemos dicho anteriormente que las **nubes** son comparadas con los anuncios de los profetas, porque así como aquéllas derraman las aguas sobre la tierra, así también éstos dejan caer sobre las almas fieles la lluvia de la salvación, de suerte tal que den el fruto de la fe los que habían sido estériles, a causa de la aridez del pecado, y podamos entender así que Aquél que hace misericordia, sirviéndose de las fuerzas celestiales, es verdaderamente el mismo que, por medio de los apóstoles y profetas, hizo al género humano entrega de la *verdad*. Y fijate en que esta alabanza viene introducida, por lo general, mediante el reproche de los impíos, a fin de que —expuestas ambas partes— el género demostrativo pueda aparecer en modo más evidente.

Verso 6.— **Tu justicia como los montes, Señor; tus juicios, un abismo profundo. Salvarás a los hombres y a los jumentos, Señor** [*Iustitia tua sicut montes, Domine⁵; iudicia tua abyssus multa; homines et iumenta salvos facies⁶, Domine*]. Aunque sea usual leer: *Tu justicia como los montes de Dios*, sin embargo, la versión, con mucho más segura, es la de Jerónimo, que tradujo: *Tu justicia como los montes del Señor*, leyendo un genitivo, en lugar de un vocativo⁷. **Tu justicia**. Llama así a los apóstoles, los cuales, con religiosos sentimientos, se mostraron capaces de practicar la justicia del Señor y a los que acertadamente comparó con los *montes*, porque, habiéndola bebido ellos en los mismísimos comienzos, por medio de sus santas predicaciones, derramaron sobre los pueblos humildes la luz de la suma verdad. **Como los montes**. Los montes, que reciben, al salir el sol, los rayos de la nueva luz y los transmiten, al reflejarse en ellos el resplandor, a los valles de la tierra. **Abismo**. Tiene aquí esta palabra un significado positivo, pues compara su profundidad con los **juicios** divinos. El *abismo* es, en efecto, la profundidad de las aguas, profundidad que ni tenemos capacidad de medir ni de mirarla tampoco en su interior. En efecto, ¿quién puede ver el interior del gran piélago o abarcar sus espacios anchísimos? Así

⁵TL., *montes, Domine*; Vlg., *montes Dei*.

⁶TL., *salvos facies*; Vlg., *salvabis*.

⁷*Iustitia tua sicut montes Dei*. En efecto, el texto hebreo dice: צְדִיקְתְּךָ כְּהַרְרֵי אֱלֹהִים [tu justicia como los montes de Dios]. Y también los LXX traducen: ἡ δικαιοσύνη σου ὡσεὶ ὄρη θεοῦ [Tu justicia como el monte de Dios]. Los hebreos unen la palabra אֱלֹהִים [el, Dios] a muchas cosas, queriendo ponderar con ello su grandeza. Aquí significaría que la justicia de Dios es excelsa y que, como montes altísimos, domina establemente sobre todas las cosas.

también nosotros, que ni podemos abarcar con la mente los juicios divinos ni definirlos con razonamiento alguno, como dice el Apóstol: *¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e investigables sus caminos!* (Rom 11,33). Sin embargo, a todas estas cosas se les ha dado un solo nombre: *abismo*, es decir, una profundidad que no puede ser aprehendida. Explica también por qué a sus *juicios* los ha llamado *abismos*. Con razón, cuando a los pecadores, que se conducen con voluntad desordenada propia de los jumentos, les concede los beneficios de su piedad. Pero, según esto, ¿qué mente, qué razón hay que pueda comprender el hecho de que la súplica de los penitentes pasen a ser premios de los justos? Ves, por tanto, que los juicios de Dios son comparados, muy adecuadamente, con los abismos profundos.

Verso 7.– **¡Cómo has multiplicado tus misericordias, oh Dios! Pero los hijos de los hombres esperarán en la protección de tus alas** [*Quemadmodum multiplicasti misericordias tuas*⁸, *Deus! Filii autem hominum in protectione*⁹ *alarum tuarum sperabunt*]. Mediante diversas enumeraciones, expone ahora con mayor amplitud lo que más arriba expresó con brevedad, esto es: *Tus juicios, un abismo profundo*. **¡Cómo!**, adverbio, que indica admiración, esto es: ¡cuán sublimemente, con cuánto poder, con qué admirable generosidad has regalado tu misericordia, en modo de hacer que también los pecadores alcancen los premios y confirmar que los justos esperan los dones prometidos!. Y fíjate en que anteriormente había hablado sólo de *los hombres*, pero que ahora dice: **Los hijos de los hombres**. Llama *hombres*, en sentido general, a los que –no depuesta todavía la vieja condición del primer hombre– perseveran en la culpa del pecado original. En efecto, también Adán, dado que es el primero, viene llamado *hombre*, y no *hijo del hombre*. Pero los **hijos de los hombres** son los que, habiendo conseguido la gracia del bautismo, renacen, por el don de Dios, a una progenie nueva. En efecto, incluso el mismo Cristo es llamado *Hijo del hombre*, para que también sean dignificados con su nombre aquéllos, cuyos premios realmente reciben. Por su parte, las **alas** del Señor son los mandamientos del Nuevo y Antiguo Testamento, bajo cuya protección todo **justo** [120] espera, cuando los obedecen. Dicha comparación es traída muy adecuadamente de las aves, cuyos tiernos polluelos acostumbra a poner su confianza en la protección de las alas maternas. Con este ejemplo se muestra también la sencillez del que espera, y se expresa asimismo la seguridad del más entrañable beneficio.

Verso 8.– **Se embriagarán de la abundancia de tu casa y del torrente de tu delicia los harás beber** [*Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos*]. **Se embriagarán**. Expresión tomada, pero en sentido positivo, del pernicioso hábito de los hombres, que, por haberse atiborrado de vino, vuelven torpes sus funciones, al embotárseles la mente. Así, esta ebriedad celestial nubla el recuerdo de las cosas mundanas y actúa de tal modo que hace desaparecer del espíritu las obras carnales, lo mismo que una buena borrachera de vino aleja de nuestros sentidos los actos humanos. Sigue también de dónde provenga tal ebriedad. Proviene, ciertamente, **de la abundancia de tu casa**, es decir, de las despensas espirituales de la santa madre Iglesia. En efecto, ella es la **casa**, que no malgasta las existencias de sus graneros; la que, al tiempo que abastece a todo el mundo, siempre sigue estando llena hasta rebosar. Ebriedad sobria, embriaguez gloriosa, en la que el bebedor peca, en caso de que –por el contrario– decida no emborracharse. Por otra parte, ya tuvimos ocasión de decir que el **torrente** es como un río, que

⁸TL., *miser cordias tuas*; Vlg., *miser cordiam tuam*.

⁹TL., *in protectione*; Vlg., *in tegmine*.

–por la gran cantidad de agua recibida, a causa de una tormenta fuerte y repentina– se precipita veloz en su bajada. Bien es comparada con este hecho la sabiduría de Cristo, pues de tal modo es súbita y rápida que, sin ninguna tardanza, llega al lugar adonde quiere.

Verso 9.– **Porque en ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz** [*Quoniam apud te est fons vitae, et in lumine tuo videbimus lumen*]. Cuán saludablemente lo descubre, cuán eficazmente aclara el significado de lo dicho más arriba: *Se embriagarán*. Dice a Cristo el Señor: **Porque en ti está la fuente de la vida**, esto es: el principio de todos los bienes y el origen de las virtudes. De aquí que seamos colmados de manera plena, siempre que recibimos algún beneficio de su piedad. En efecto, una vida saludable nos embriaga totalmente, cuando de las sagradas pláticas sacamos el deseo de una buena conducta de vida, como dice Isaías: *Sacaréis aguas de las fuentes del Salvador* (Is 12,3). Pero, para los hombres, una cosa es la **luz** y otra cosa es la **fuentes**. Y son, por cierto, cosas contrarias entre sí, porque la *fuentes* de agua apaga la *luz* propia de las llamas. Pero, cabe Dios, es una sola cosa, porque todo aquello que dijeres es verdadero, pero nunca suficiente. En efecto, decimos que Dios es *luz*, porque, *ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Jn 1,9). Es *fuentes*, porque sacia al que tiene sed y al que está vacío; *monte*, porque es fuerte y excelso; *camino*, porque es recto; *maestro*, porque es el que enseña la vida eterna; *piedra*, porque es fundamento y afianzamiento de la Iglesia, y todo lo demás, que se lee en las Escrituras santas. Sin embargo, en todas estas cosas, único es Cristo el Señor. Pero, a fin de que podamos comprender este verso de manera completa y precisa, hemos de saber que *luz* es el nombre común de toda la Trinidad. Se lee, en efecto: *Dios es luz, y no hay en Él sombra alguna* (Jn 1,5). Por consiguiente, puesto que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son el único Dios, rectamente concluimos que la expresión: *Dios es luz, y no hay en Él sombra alguna* se dice de toda la Trinidad. Por lo cual, justamente y referido al Salvador, dice este verso: **En tu luz veremos la luz**, es decir, la luz del Padre y del Espíritu Santo, en cuanto que, por medio de su predicación, fue posible que la entera Trinidad se hiciese manifiesta a nosotros.

Verso 10.– **Vaya por delante tu misericordia para los que te conocen, y tu justicia para los que son de corazón recto** [*Praetende misericordiam tuam scientibus te, et iustitiam tuam his qui recto sunt corde*]. Dice: **Vaya por delante tu misericordia**, esto es: dala por adelantado; siémbrela de antemano; extiéndela, a lo largo y a lo ancho, de manera que **los que te conocen** puedan caminar con mayor seguridad, en medio de este mundo. Pero éstos que *conocen al Señor* han de ser entendidos de modos distintos. En efecto, *conocen al Señor* los que, con total firmeza de corazón, confiesan la Santa Trinidad; los que no retuercen con perverso entendimiento las normas celestiales. En resumen: conocen verdaderamente a Dios sólo los que no atentaron contra la unidad de la fe católica. Ruega que a éstos les **vaya por delante su misericordia**, de modo que, en medio de este mundo, perseveren bajo su piedad y reciban, en el juicio futuro, los premios de que se han hecho merecedores. Esto significa, en efecto, la expresión: **Tu justicia para los que son de corazón recto**, porque con toda justicia serán colocados allí a su derecha los que aquí, por beneficio del Señor, tuvieron la dicha de vivir, según un espíritu recto.

Verso 11.– **No venga para mí el pie de la soberbia, y la mano del pecador no me mueva** [*Non veniat mihi pes superbiae, et manus peccatoris non moveat me*]. Dice: **No venga para mí el pie de la soberbia**. En efecto, para que el progreso del espíritu no se aparte del sendero justo; para que, al erguirse ensoberbecido, no caiga el que estaba establecido en la más segura humildad. Y no carece de importancia el hecho de que haya escrito en singular la palabra **pie**.

Cierto es, en efecto, que sobre un solo pie no podemos permanecer firmes de manera permanente. Conforme a esto, así es el aquél que se entrega a la soberbia: que no puede sostener al hombre, durante largo tiempo. Pero ha empleado el sustantivo *pie* en lugar de *deseo del espíritu*. En efecto, así como, al caminar, nos desplazamos de un lugar a otro, así también nos separamos del Señor, cuando, dejándonos llevar por pensamientos altivos, nos dividimos. Éste es, en efecto, el mayor de los pecados: el pecado, por cuya causa, conoció el ángel su caída; el pecado, por el cual fue arrojado Adán del paraíso. Por su parte, la **mano del pecador** es el medio del que se sirve el que persuade, para obrar el mal y que nos mueve de la firmeza de la fe, solicitándonos, mediante perversas insinuaciones.

Verso 12.– **Allí cayeron todos los que obran la iniquidad; fueron expulsados y no pudieron tenerse en pie** [*Ibi ceciderunt omnes qui operantur iniquitatem; expulsi sunt nec potuerunt stare*]. **Allí**, donde más arriba indicó, esto es: en el pie de la soberbia y en la perversa persuasión de la maldad. Pero bien ha dicho: **Cayeron**, como queriendo decir: Se precipitaron dentro de un profundo foso. En efecto, uno se apoya en aquel pie no para mantenerse firme, sino para caer. Pues, como dijo anteriormente: ¿Quién puede poner en duda que los que se sostienen sobre la planta de un solo pie, de otro modo no pueden acabar, sino tumbados en el suelo?. Y es que, sin necesidad de que nadie los empuje, el mismo cansancio hace que, antes o después, terminen cayéndose. Sin embargo, no refiere este pie a un único delito, sino a **todos los que obran la iniquidad**. En efecto, aunque unos caigan, por la crueldad; otros, por la lujuria; otros, por las pasiones; otros, por la envidia del diablo, todos ellos caen, sin embargo, en el pecado de la soberbia, porque todos desprecian los mandamientos de Dios. Ciertamente, pues así como se dice que es obediente aquél que se muestra dispuesto a cumplir órdenes numerosas, así también se dice que es verdaderamente soberbio el que desprecia los distintos mandamientos de Dios. A este tipo de argumentación se le conoce con el nombre de *a genero*. En efecto, el género es la soberbia, que es de donde nacen todos los demás pecados, como dice la Escritura: *El comienzo de todos los pecados es la soberbia* (Sir 10,15). Pero de todo lo anterior se sigue: **Fueron expulsados y no pudieron mantenerse en pie**. Ciertamente, **son expulsados**, porque oirán: *Id al fuego eterno* (Mt 25,41). **Y no pudieron mantenerse en pie**, porque no les será posible dejar para más adelante los mandatos del Señor, sino que, de inmediato, serán arrojados por los ángeles a aquel lugar donde está preparado para ellos el fuego del castigo.

Conclusión del salmo

Es agradable repetir con qué belleza han sido presentadas las anteriores cosas, que ha sido referidas en el salmo. En efecto, se dice en él cuántos dones la divina gracia haya ofrecido a sus fieles hijos, de suerte que puedan llegar, con feliz abundancia, hasta la plena y total saciedad. ¡Oh laudable ebriedad!. ¡Oh embriaguez deseable para todos los deseos; ebriedad de donde nace la moderación y se obtiene la plena entereza de espíritu!. No se sigue de aquí ni duda ni confusión; ni [121] enajenación de la mente ni oscuridad tenebrosa, sino que el alma se vuelve tanto más sobria cuanto mayor es su embriaguez. Bebamos, pues, con avidez esta bebida, no con los labios carnales, sino con el sentimiento purísimo del corazón. Bebamos, sí, esta bebida de donde se obtiene no una alegría temporal, sino de donde se conquistan los gozos de la vida eterna.

SALMO TREINTA Y SEIS

Salmo para el mismo David

[*Psalmus ipsi David*]

Sobre las palabras de este título nada nuevo hay que decir. Pero sí debemos resaltar, en gran manera, la finalidad del salmo. Todo él tiene como fin la corrección de las costumbres. En efecto, la Iglesia, que es la que ahora es llamada a tomar la palabra, instruye al género humano, mediante saludables preceptos, a fin de que no se mezcle con mortíferos errores, infundiendo a los malvados el temor al castigo y ofreciendo a los buenos la promesa de los premios. Esta clase de enseñanza es del todo eficaz, tanto para humillación de los soberbios como para ofrecimiento de consuelo a los humildes. También este salmo está dispuesto, según el orden de las letras del alfabeto hebreo, con la ausencia sólo de la decimosexta letra. Como hemos dicho anteriormente, consideramos que este salmo se ha aplicado a aquéllos que carecen todavía de algo necesario, para alcanzar el perfecto modo de vida. En efecto, dado que cada una de las letras del alfabeto tiene un significado propio, tal vez, no sea equivocado considerar que aquel salmo, al que le falta una determinada letra, carece asimismo de aquello mismo que dicha letra significa. Digan, en su caso, los estudiosos cosas de mayor acierto. Por nuestra parte, habiendo dedicado largo tiempo al estudio de este asunto, no hemos podido encontrar una explicación distinta a ésta, que acabamos de ofrecer. Pero recuérdese que éste es ya el tercero de los salmos alfabéticos, pues también éstos tienden a alcanzar el número siete, cosa que, en su momento, se habrá de decir.

División del salmo

Como ya se ha dicho, a lo largo de todo el salmo viene introducida la voz de la Iglesia, para corrección del pueblo cristiano. En la primera parte, exhorta a todos a no imitar a los que cometen maldades, sino que todo lo que de bueno se ha de esperar, sea pedido al Señor, que sabe conceder lo que es provechoso y dar aquello que permanece para siempre. En esta primera parte, se contienen las seis primeras letras del alfabeto hebreo. Dice, en la segunda, que los pecadores son atormentados aquí con el tormento de la envidia, porque nada bueno hay en sus acciones. Esta segunda parte contiene otras siete letras. En la tercera, mezclando, con provechoso intercambio, las penas de los malos y los premios de los buenos, asegura la Iglesia no haber visto jamás que un justo haya sido abandonado. Esta parte contiene las ocho letras restantes¹.

Exposición del salmo

Verso 1.— **ÁLEF. No te muevas a emulación entre los que hacen el mal, y no te hagas imitador de los que obran la iniquidad** [*Noli aemulari inter malignantes, neque aemulatus fueris² facientes iniquitatem*]. El principio del salmo, es decir: *No te muevas a emulación entre los que hacen el mal, y no te hagas imitador de los que obran la iniquidad, porque como heno se secarán velozmente y como matas agrestes perecerán con prontitud*, está formado, según el modo del silogismo categórico, de la siguiente manera: quienes se conducen mal y obran la iniquidad,

¹Entre las tres partes suman veintiuna letras. Falta la decimosexta, que es la letra *Ayin* [א].

²TL., *inter malignantes, neque aemulatus fueris*; Vlg., *in malignantibus neque zelaveris*.

se secarán velozmente, como el heno; y, como las matas silvestres, perecerán con prontitud; todos los que se secarán velozmente, como el heno; y, como las matas silvestres perecerán con prontitud, no han de ser imitados; luego, no se ha de tener envidia de aquéllos que obran la iniquidad. Mediante la figura retórica de la *ethopoeia*, la santa madre Iglesia nos prohíbe que, mirando con placer las acciones de los malvados, nos mezclemos, en pestilente sociedad, entre sus numerosos seguidores. En efecto, la multitud impía de los pecadores a no pocos solicita, y con cierto placer somos seducidos, cuando no sentimos pereza en pecar, como otros muchos hacen. Sigue diciendo, después, que no imitemos particularmente a esos insensatos, creyendo que, tal vez, son felices quienes disfrutan de la libertad de pecar, sea siquiera temporalmente. Pero la expresión: **Ser movido a emulación** significa aquí imitar las malas acciones, al considerar que han desperdiciado los días quienes lamentan que la libertad, de que disfrutaban los malvados, a ellos les ha llegado tarde. En efecto, también en sentido positivo, utiliza el Apóstol este verbo, allí donde dice: *Siéntete celoso de los carismas mejores* [1Cor 12,31].

Verso 2.— **Porque como heno se secarán velozmente³, y como matas agrestes perecerán con prontitud** [*Quoniam tanquam fenum velociter arescent, et sicut olera herbarum cito decident*]. Se ofrece la causa loable, por la que no debemos seguir a los que van a perecer con toda prontitud. El **heno** se ve hermoso, cuando está verde y florece; pero, cuando se seca y muda su primitivo color, se marchita. Así son los impíos, que, reluciendo —por así decirlo— con una alegría florida, terminan por secarse con un final prematuro. Primero, son comparados con el heno, para indicar que **se secan**; después, con las **matas agrestes**, para expresar así que **perecerán**. Y fíjate en que no habla de las hortalizas, que se cultivan en los huertos, sino de *matas agrestes*, como refiriéndose, más bien, a aquella clase de malas hierbas, que crecen en los campos, pero de manera espontánea. La palabra latina *olera* [hortalizas] viene, en efecto, de *olla* [olla], que es el recipiente donde estas verduras se cuecen juntas. Comparemos, por tanto, el *heno* con los nobles de este mundo, que obtienen fácilmente buenos resultados y se visten —por decirlo de algún modo— con gran encanto de verdor. Entendamos por *matas agrestes* las gentes mediocres y humildes, que crecen —juntas y abundantemente— por en medio de lugares incultos y conservan las propiedades agrestes y ásperas, propias de su naturaleza. El primero **se seca, velozmente**; las segundas **perecen con prontitud**. Pero quizá alguien pueda decir: ¿Cuándo les sucederá tal cosa?. Ciertamente, en el tiempo del juicio, pues el esplendor de la edad sonríe, cuando —a la manera de los árboles— todo hombre abre sus frutos. En efecto, este siglo presente es como la estación de invierno, tiempo en el que toda semilla de nuestros hechos está oculta y donde no se puede condenar aquello está escondido. Por tal razón, en estos dos versos se descubre también aquel eximio modo de argumentar conocido con el nombre de *epichirema*; en latín, *executio* o *argumentum*, que tiene lugar, cuando, por medio de ejemplos, se confirma la fidelidad de una cosa dudosa. En efecto, mediante los ejemplos del *heno* y de las *matas agrestes*, se ha mostrado que los impíos perecen con total rapidez.

Verso 3.— **BET. Espera en el Señor y haz el bien, y habita la tierra y pacerás en sus riquezas⁴** [*Spera in Domino et fac bonitatem, et inhabita terram, et pascaris in divitiis eius*]. Tras

³Hebr., וְכַרְכַּר הַשָּׂא יְבוֹלֵן [y como yerba nueva serán cortados]. Los LXX: ὅτι ὡσεὶ χόρτος ταχὺ ἀποξηρανθήσονται [porque, como hierba, pronto se secarán].

⁴Hebr., וְרַעְיָה אֱמַנְוָהּ [y pacerás verdad]. Los LXX: καὶ ποιμανθήσῃ ἐπὶ τῷ πλούτῳ αὐτῆς [y te apacentarás en su riqueza].

haber aconsejado con toda viveza la evitación de los malvados, dice ahora cómo debemos hacerlo. Nos exhorta, en primer lugar, a **esperar en el Señor**. Esto es la entrada de la fe; esto es el comienzo de la salvación. Sigue diciendo: **Y haz el bien**, porque –según se lee– *la fe sin obras es una fe muerta* (Sant 2,20). **Habita la tierra**, es decir: persevera en el seno de la santa Iglesia, porque nunca conviene a los fieles apartarse de ella. Pero, por si acaso alguien dijera: ¿Qué nos aprovecha hacer todo esto?, hele aquí cuál es el provecho: **Pacerás en sus riquezas**. El verbo **pacer** hace referencia a la saciedad y a una perenne dulzura. **En sus riquezas**, es decir: en la contemplación de Cristo, pues sólo Él es el premio inestimable de la Iglesia. ¡Oh, pasto aquel admirable, no el alimento imperfecto del cuerpo, sino la fortaleza inextricable del alma!. Hasta la hartura se alimentan de él los fieles. Es un alimento [122], que cuanto más sacia tanto más va siempre en aumento el hambre bienaventurada.

Verso 4.– **Ten tu deleite en el Señor y te dará la petición de tu corazón** [*Delectare in Domino, et dabit tibi petitionem*⁵ *cordis tui*]. Son dos los deleites: el corporal y el espiritual. El primero alimenta los vicios; el segundo, las virtudes. Cuando dice: **Ten tu deleite en el Señor**, quiere que su recuerdo sea dulce para ti, de manera que ames al que temes, que desees al que veneras, que ansíes encontrar al que te asusta. Sigue: **Y te dará la petición de tu corazón**. Fíjate en que dice: **Del corazón**, no de la carne, porque el corazón suele hacer referencia a la sabiduría. En efecto, la **petición del corazón** es la fe, la caridad, la inteligencia de Dios y la puesta en práctica de toda obra buena. Él acostumbra, ciertamente, a mirar con mirada propicia aquellas obras, a cuya realización exhorta, mediante la escucha de las pláticas piadosas. Así, por medio de cada una de estas recomendaciones, el espíritu del cristiano va siendo informado para la vida eterna.

Verso 5.– GUÍMEL. **Revela al Señor tu vía**⁶, **y espera en él; y él mismo hará** [*Revela Domino viam tuam, et spera in eo; et ipse faciet*]. Como cierto *velo* –de donde la palabra **vía**⁷–, es la oscuridad de los pecados. Quiere esto decir que nuestra vida está vestida como con un manto tenebroso, echado en derredor. La **revelamos**, cuando con la mayor prontitud posible confesamos al Señor nuestros pecados. En efecto, el apóstol Pablo reveló al Señor su *vía*, cuando dijo: *La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne* (Gál 4,17). Pero **esperó en Él**, al clamar: *Infeliz hombre soy yo, ¿quién me librerá del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor* (Rom 7,24). Y añade: **Y Él mismo hará**. Ciertamente, hará Él, que es omnipotente, que es de mano fuerte; Él, a cuyos mandatos todas las cosas realmente obedecen. Pero cuáles son las cosas que **hará**, por medio de la figura retórica llamada *epexegesis*, a continuación, lo dice.

Verso 6.– **Y hará salir como luz tu justicia, y tu juicio como el mediodía** [*Et educet tanquam*⁸ *lumen iustitiam tuam, et iudicium tuum sicut*⁹ *meridiem*]. Explica lo que acaba de decir,

⁵TL., *petitionem*; Vlg., *petitiones*.

⁶Hebr., גֹּוֹל עַל-יְהוָה הַרְבֵּךְ, [vuelve sobre el Señor tu camino]. Los LXX: ἀποκάλυψον πρὸς κύριον τὴν ὁδόν σου [Descubre al Señor tu camino].

⁷Revelare > velum > via.

⁸TL., *tanquam*; Vlg., *quasi*.

⁹TL., *sicut*; Vlg., *tanquam*.

esto es: *Y Él mismo hará*. La luz del sol nos muestra los colores corporales; pero el fulgor de Dios nos abre enteramente las cualidades de nuestras obras, para que nuestra **justicia** –es decir, la fe que tenemos en Cristo– reluzca de tal modo que pueda aparecer a las miradas espirituales. **Hacer salir** es sacar algo de las tinieblas a la luz, esto es: trasladarlo de las oscuridades de este mundo a la claridad aquella del juicio futuro, donde todas las cosas se realizan abiertamente y ya no son ocultadas en tenebrosos escondrijos. Por lo cual, nuestra justicia –que ahora, por don de Dios, la tenemos en la fe– aparecerá entonces a los ojos humanos y se manifestará como luz, cuando Cristo, nuestra esperanza, se manifieste, según las palabras del Apóstol: *Cuando aparezca Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis en gloria* (Col 3,4). **Como el mediodía**, expresión hiperbólica, en este caso, que significa una luz muy clara y pura. Entonces, en efecto, el sol inundará con extraordinaria claridad el orbe de la tierra e iluminará todas las partes del mundo con diáfano fulgor.

Verso 7.– **DÁLET. Sométete al Señor y séle obsecuente, para que no fueres movido a emular¹⁰ al que prospera en su propio camino** [*Subditus esto Domino, et obsecra eum; ne aemulatus fueris eum qui prosperatur¹¹ in via sua*]. Por poder de dominación, no por elección de juicio¹², también **se somete al Señor** el que está alejado de su fe. Pero, para que tengas seguridad plena de que esto se dice con relación a los santos, sigue diciendo: **Y séle obsecuente**, cosa que, en verdad, no hacen, sino aquéllos que con piadoso sentido religioso están al servicio del Señor. **Ser obsecuente** significa, ciertamente, rogar con delicadeza. Y observa que estas dos acciones están dispuestas, según la regla, o sea: que hagamos siempre el bien y roguemos sin cesar, como dice el Apóstol: *En la oración, constantes; en las necesidades de los santos, compartiendo* (Rom 12,12-13). Vuelve también a aquella exhortación del comienzo del salmo, es decir: no quiera el hombre fiel emular al floreciente pecador. Por tal razón, ha añadido: **En su propio camino**, de manera que entiendas que esto no se dice con referencia a los santos, sino a los que se han hecho merecedores de toda reprobación. Y es que el **camino** de Cristo es el único buen camino, a diferencia de los nuestros, que están sujetos al pecado. Efectivamente, cuanto acabamos de decir también el siguiente verso con toda claridad lo vuelve a poner de manifiesto.

Verso 8.– **En el hombre que hace la iniquidad** [*In homine faciente iniquitatem*]. Ha expresado aquí lo dicho anteriormente: *El que prospera en su propio camino*, o lo que es lo mismo: **En el hombre que hace la iniquidad**, o la indolencia, cuya acción es torpe y malolientes sus negocios.

Verso 9.– **HE. Deja la ira y abandona el furor, no te muevas a emulación para proceder con perversidad** [*Desine ab ira et derelinque furorem; ne aemuleris ut nequiter facias¹³*]. **Deja**, dice a aquél que, con insana hinchazón de ánimo, todavía sigue murmurando; al

¹⁰Hebr., וְיִחַן לַיהוָה וְיִסְתַּחֲוֶה לְאֵלֵי־תַתְּחִיר בְּמַצְלִיחֵי דַרְכּוֹ [calla ante el Señor y espéralo pacientemente; no te enfurezcas, a causa de los que prosperan en su camino]. Los LXX traducen: ὑποτάγηθι τῷ κυρίῳ καὶ ἰκέτευσον αὐτόν μὴ παραζήλου ἐν τῷ κατευοδουμένῳ ἐν τῇ ὁδῷ αὐτοῦ [*Sométete al Señor y suplícale; no tengas envidia por el que prospera en su camino*].

¹¹TL., *et obsecra eum; ne aemulatus fueris eum qui*; Vlg., *et ora eum, noli aemulari in eo qui*.

¹²Potestate dominatione, no electione iudicii. Es decir, sometido a la fuerza, no gustosa decisión propia.

¹³TL., *ne aemuleris ut nequiter facias*; Vlg., *noli aemulari ut maligneris*.

que, inflamado por la ira y la indignación, profiere palabras blasfemas, quejándose de que a él le ha sido negada la felicidad de este mundo, felicidad que los malvados, por el contrario, poseen. La **ira** –como en otro lugar dijimos– es la pasión, que enciende el ánimo en un impulso repentino. El **furor** permanece, por el contrario, durante más largo tiempo. Nos manda, por consiguiente, dominar ambas cosas, pues, por las dos, podemos llegar al pecado. Y añade: **No te muevas a emulación para proceder con perversidad**. Los antiguos definieron la **perversidad** como una maldad voluntaria, en la cual caemos no casualmente, sino en la que nos movemos con consciente delectación. En efecto, el adjetivo latino *nequam* [perverso] viene de *nequaquam* [nunca], es decir, adecuado a ningún tiempo.

Verso 10.– **Porque los que proceden con perversidad serán exterminados; pero los que esperan en el Señor poseerán en heredad la tierra** [*Quoniam qui nequiter agunt exterminabuntur; qui vero exspectant Dominum, ipsi haereditate possidebunt terram*¹⁴]. Para que, en modo alguno, sea deseo nuestro imitar a los malvados, dos razones se proponen: una infunde temor; la otra promete el premio. Oh, hombre, ¿por qué deseas imitar a los que ves perecer?. Oyes de la madre, que te ama: ¿por qué no te alegras con los buenos, para que no sea tu final perecer con los malos?. En sentido propio, **ser exterminado** significa ser arrojado fuera de los términos¹⁵, esto es, ser privado de la ciudad de Dios. Pero, a fin de que no sea sólo el miedo el que turbe los débiles corazones de los hombres, añade también la esperanza de los bienes, diciendo: **Pero los que esperan en el Señor poseerán en heredad la tierra**, es decir, quienes desprecian la felicidad de los impíos y no quieren que su premio sean los dones de este mundo presente, sino que esperan la venida del Señor Salvador. Ellos gozarán de su heredad, esto es, de la que está escrita en las leyes [Mt 5,4], heredad que es segura y eterna. **Poseerán la tierra**, o sea: disfrutará de la futura ciudad de Dios, que la piedad divina promete a los hombres justos. Por lo cual, consideremos el orden del quirógrafo superno¹⁶, esperemos las promesas que se cumplirán en su momento, no sea que, al exigir que se cumplan de prisa, nos veamos castigados por la pérdida de la causa. Ahora bien, este verso está en relación con cosas dichas anteriormente: *Para que no fueres movido a emular al que prospera en su propio camino*. A esta figura se la conoce con el nombre de *hyperbaton*, cuando el orden de las palabras, que había sido suspendido, viene explicado después.

Verso 11.– VAU. **Y, un poco todavía, y no existirá pecador; y buscarás su lugar y no lo encontrarás** [*Et pusillum adhuc et non erit peccator; et quaeres locum eius nec invenies*]. **Un poco** [*pusillum*]. El adverbio latino *pusillum* significa algo exiguo y pequeño, que puede caber en la palma de mano con los dedos cerrados. De hecho, esta palabra viene de *pugnus* [puño]. Para consuelo de los que viven en la angustia, promete la Iglesia que esta etapa será breve y también la última, de manera que no se considere que es muy largo el camino, en el que el hombre fiel pueda sentirse agotado. Pero llama *un poco* al tiempo que queda hasta el día del juicio, tiempo éste que, en comparación con los días ya pasados, es verdaderamente muy pequeño. **Y no existirá pecador**. No porque ya no existirá el que, en verdad, pecó, sino porque dejó ya de pecar. **Su lugar** significa, ciertamente, este mundo presente; un lugar, que favorece a los pecadores y que realmente les es

¹⁴TL., *Quoniam qui nequiter agunt exterminabuntur; qui vero exspectant Dominum, ipsi haereditate possidebunt terram*; Vlg., *Quoniam qui malignantur exterminabuntur, sustinentes autem Dominum ipsi hereditabunt terram*.

¹⁵*Exterminari > ex terminis*.

¹⁶Respetemos el orden de lo que está escrito y que goza de garantía celestial.

amigo [123]; un lugar, donde –como si fuera su propia casa– bien se sabe que germinan los delitos.

Verso 12.– **Pero los mansos poseerán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de la paz** [*Mansueti autem possidebunt*¹⁷ *terram, et delectabuntur in multitudine pacis*]. Llamamos **mansos** a los que están acostumbrados a la mano¹⁸, es decir, a los pacientes y afables, que soportan las maldades ajenas, en modo de no experimentar ellos el orgullo de ser para alguien motivo de agravio alguno. Pero fíjate en cuán grande es la fuerza expresiva de esta palabra. En efecto, comoquiera que es honroso para el cristiano reunir en su persona un buen número de virtudes, dicha palabra está dotada de la virtud de explicar la perfección de toda clase de bien. Dice que los *mansos* **poseerán** la Jerusalén futura, de la que ya más veces se ha hablado. La ciudad que está siempre llena de la dulzura de los bienes, donde los que la habitan no viven de sus salarios, sino que se alimentan de la delectación divina. Nadie trabaja allí, para poder vivir, sino que, lleno de total sosiego, recibe lo que un espíritu feliz ansía ardientemente. Mediante los ojos del corazón, se sacia allí el hambre bienaventurada; con la sola visión, se restablece allí el alma, porque todo deseo suyo es de sobra satisfecho por la contemplación del rostro de Dios. Sigue diciendo: **Se deleitarán**. Aquí se revela ya la verdad misma de la perfecta beatitud, de manera que dulcemente se sienta siempre todo lo que es y nunca pueda renunciar a aquello que le complace. En efecto, para poner de manifiesto que ninguna contrariedad puede ser motivo de disolución de tal deleite, añade: **En la abundancia de la paz**. Es, ciertamente, la paz del tiempo futuro, donde nada puede ser adverso, nada contrario, sino que sin cambio alguno persevera con absoluta dulzura el gozo ya comenzado.

Verso 13.– **ZAIN. Observará el pecador al justo, y hará ruido contra él con sus dientes** [*Observabit peccator iustum, et fremet*¹⁹ *super eum dentibus suis*]. Aunque lo que, en este salmo, se dice sobre pecadores y justos es algo que hasta el momento ha venido discurrendo de forma conjunta, en este caso, sin embargo, estableceremos –y ello no sin razón– una separación, pues se observa que, en medio de las mismas comparaciones, se ha introducido un dato, que resulta nuevo. Por lo cual, consideremos nosotros que aquí empieza la segunda parte. Así como anteriormente se había dicho que los fieles no debían imitar a los impíos, se dice ahora que los pecadores se lanzan con odio sobre los justos. En efecto, una voluntad opuesta se dispone, para odiar al justo. Ciertamente, cuando el impío ve que el justo está consagrado a las buenas costumbres, tal forma de comportarse la vive él como si se tratase de una acusación personal. Rechina, entonces, los dientes y ruge en su interior. Pero, comoquiera que no puede cambiar sus costumbres, intenta abiertamente arrebatarse su vida. **Observará**, como si dijera: mirará con furor desde ocultas insidias. En efecto, **hacer ruido con los dientes** es propio de las bestias furiosas, a las que el hombre iracundo imita, cuando amenaza al prójimo con la muerte. Y, por esta razón, es vergonzoso emular a aquéllos que miran con malos ojos a los hombres, que son buenos, considerándose a sí mismo el último en ser acusado por el pecado de la envidia.

Verso 14.– **Pero el Señor se burlará de él, porque ve que vendrá su día** [*Dominus autem irridebit eum, quoniam prospicit veniet dies eius*]. Se nos ofrece aquí una admirable forma de

¹⁷TL., *possidebunt*; Vlg., *hereditabunt*.

¹⁸Mansuetus > manu suetus.

¹⁹TL., *et fremet*; Vlg., *et stridebit*.

consolación. En efecto, ¿quién se debe deleitar con la pompa de aquél, cuya audacia sabe que va a perecer?. Por lo cual, si de verdad queremos que la envidia no nos confunda, hagamos también nosotros lo mismo que hace el Señor: **Burlémonos** de aquél, cuyo ocaso prevemos; consideremos funestas aquellas cosas que son perecederas. Creamos firmemente en tales cosas, porque es la misma Verdad la que nos las promete. Sea esto de tal modo que se retire burlado el pecador que, de antemano, se jacta de su pasajera felicidad.

Verso 15.—HET. **Desenvainaron la espada los pecadores, tensaron su arco para abatir al débil y al pobre, para dar muerte cruel a los rectos de corazón** [*Gladium evaginaverunt peccatores, tetenderunt arcum suum, ut deiiciant²⁰ inopem et pauperem, ut trucident rectos corde*]. La **espada del pecador** es cualquier clase de engaño que busca dañar al prójimo. Y es que también todo aquél que se esfuerza por despojar al pobre, saca perversamente la *espada* de su consejo. Y quien con malvada persuasión desea engañar las almas de los inocentes, muestra asimismo la espada de sus peores pensamientos. **Desenvainaron** significa *desnudaron*. Ciertamente, pues lo que antes estaba sólo en el pensamiento —como oculto en la vaina— sale después a la luz, una vez revelado aquello que se consideraba interiormente. En efecto, la expresión: **Tensar el arco** no significa disparar las flechas de forma inmediata, sino que indica la actitud de estar preparados y atentos, aguardando el momento de perpetrar la obra fraudulenta con la que poder engañar a los sencillos e inocentes. Sigue: **Para abatir al débil y al pobre**. Sobre la diferencia existente entre **débil y pobre** hace poco que hemos hablado. Pero bien ha dicho: **Para abatir**, como si dijera: al que está firme y perdura con fortaleza en la fe. En efecto, *son abatidos*, cuando el error tenebroso y semejante a la muerte penetra en ellos. Añade: **Para dar muerte cruel a los rectos de corazón**. Esto puede entenderse de los mártires, que son rectos de corazón, pero muertos en la carne.

Verso 16.—TET. **Que su propia espada entre en sus corazones, y sea quebrado su arco** [*Gladius eorum intret in corde ipsorum, et arcus eorum confringatur*]. Bien se llama **espada** a todo aquello que tiene como finalidad el exterminio. En la lengua latina se la llama también *ensis*, que es un género expletivo de armas, a efecto de muerte. Se dice que la espada tiene, pues, como objeto la destrucción del enemigo. Y, para que sepas que la procedencia de esta espada es el pensamiento, dice en sentido inverso: **Que entre en sus corazones**, de donde verdaderamente había salido y avanzaba, por medio de perversas asechanzas. Ya dijimos que el **arco** designa la maldad, que se preparaba contra los inocentes. Pero dice que ésta **es quebrada**, porque, en lo referente al alma, no habría de dañar a los fieles. Y observa que las mismas palabras empleadas con relación a los delitos, las ha repetido también con referencia al castigo, en razón, ciertamente, de lo que en el Evangelio está escrito: *Con la misma medida con que hubiereis medido, se os medirá a vosotros* (Lc 6,38).

Verso 17.— **Mejor es un poco para el justo que las muchas riquezas de los pecadores** [*Melius est modicum iusto super divitias peccatorum multas*]. La piadosa Madre, como acariciando y abrazando a los buenos hijos, sigue todavía consolándolos, dándoles como consejo que *es mejor un poco para el justo que muchas riquezas de los pecadores*. Pero entendamos bien qué significa este **un poco**, dado que es aquello mismo que los engrandece. Por *un poco* se entiende aquí la humildad, por la que nuestro espíritu, cuando se mantiene en ella, pasa muy por encima de los

²⁰TL., *tetenderunt arcum suum, ut deiiciant*; Vlg., *intenderunt arcum suum, ut decipiant*.

fastos de este mundo. Enfrente están **las muchas riquezas de los pecadores**, es decir, la acumulación de culpas y la abundancia de delitos. Juzguemos, según esto, cuánto mejor sea poseer lo poco del justo que ser dueños de tal cantidad de hechos criminales. Lo primero conduce con seguridad al reino de los cielos. Por el contrario, lo segundo hunde en el infierno. Este modo de argumentar se conoce con el nombre de *ex contrariis* [a partir de cosas opuestas], pues opuesto a *las muchas riquezas de los pecadores* es, en efecto, *lo poco del justo*.

Verso 18.— **Porque los brazos de los pecadores serán triturados, pero el Señor fortalece a los justos** [*Quoniam brachia peccatorum conterentur; confirmat autem iustos Dominus*]. **Los brazos** significan las soberbias acciones de los malvados, de las que se jactan los impíos, cuando se pliegan a ellas, sin ninguna consideración racional. Pero fijate en que no ha dicho que los brazos de los pecadores serán quebrados, sino que **serán triturados**, es decir, irán disminuyendo, poco a poco —como si de una continua trilla se tratara—, porque siempre es más oneroso ir disminuyendo, por partes, que ser consumido por una muerte súbita. Pero, así como debilita a los impíos con tal amenaza, así también fortalece a los justos con una promesa feliz. **Fortalecer** es, en efecto, infundir fuerzas a un espíritu afligido, mediante palabras de consuelo. Si bien consideras esto, con tal sentencia viene expresada la virtud de todo el salmo. En efecto, por medio de estas palabras, se procura que el pecador desista de su jactancia y que el justo levante su espíritu. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *paradigma*, es decir: ejemplo del que anima y del que hace desistir. Esto es lo que también se ha pretendido hacer aquí: animar a los justos con la promesa de cosas prósperas e infundir terror a los pecadores, a través de la amenaza de grandes calamidades.

Verso 19.— YOD. **El Señor conoce los caminos de los están sin mancha, y [124] su heredad será eterna** [*Novit Dominus vias²¹ immaculatorum, et haereditas eorum in aeternum erit*]. La ignorancia humana no puede ver **los caminos de los que están sin mancha**, porque el camino estrecho de las virtudes es oscuro para la carne. Pero el Señor, que los ha creado, los conoce en su más completa cualidad y cantidad. Mas pone de manifiesto qué pueda acaecer con tales cosas, pues dice: que **su heredad será eterna**. **Su heredad** es la Jerusalén del cielo, que rebosa de paz eterna y que, con razón, es prometida en muchas ocasiones, en modo de alejar toda ambigüedad respecto de la verdadera promesa, en cuanto que dicha heredad **será eterna**. Se añade esto, en razón de las heredades mundanas, que no pueden ser eternas. Es eterna, en efecto, porque es dada sin fin.

Verso 20.— **No serán confundidos en el tiempo malo, y en los días de hambre serán saciados** [*Non confundentur in tempore malo, et in diebus famis saturabuntur*]. **El tiempo malo** significa el día del juicio, cuando toda carne tema —agitada— la retribución y compensación de sus obras, como en otro lugar se dice: *En el día malo lo liberará el Señor* (Sal 40,2). Por tanto, en este *tiempo malo* **no serán confundidos** aquéllos que están sin mancha, a los cuales, por la gracia de la penitencia, les han sido perdonados sus pecados. Sigue diciendo: **Y en los días de hambre serán saciados**. **Los días de hambre** significan los días de este mundo en que los bienaventurados tuvieron hambre y sed de la justicia (Mt 5,6), pues, en la resurrección, ya no hay tiempo de hambre para los justos, sino saciedad eterna de toda clase de bienes. Por tanto, en este mundo —donde los justos pueden tener hambre o buscar la justicia— éstos **serán saciados**. Serán saciados, mediante

²¹TL., *vias*; Vlg., *dies*.

el alimento de las santas Escrituras, por medio de los ejemplos del Señor y de los premios muchas veces prometidos, alimentos –todos ellos– con los que la Iglesia sacia a los cristianos. Por lo cual, a los fieles devotos se les promete una seguridad total, de suerte que no tengan que avergonzarse en el futuro y en este mundo reciban los dones, que necesitan.

Verso 21.– KAF. **Porque los pecadores perecerán; pero los enemigos del Señor, luego que fueron honrados y exaltados, desapareciendo, como el humo desaparecerán** [*Quoniam peccatores peribunt, inicimi autem Domini mox honorificati fuerint et exaltati, deficientes, ut fumus deficient²²*]. Se ha de considerar que, en este verso, inmediatamente después de la primera razón expuesta, viene una segunda. Dice, en efecto: *Porque los pecadores perecerán*. Y, a renglón seguido: *Pero los enemigos del Señor, luego que fueron honrados y exaltados, desapareciendo, como el humo desaparecerán*. A esta figura se la conoce con el nombre de *epexergasia*, es decir, cuantas veces a una sola causa aplicamos una doble razón. En el juicio aquel, sin duda, perecerán los pecadores, de quienes consta que, en modo alguno, se han llenado del alimento espiritual. Puesto que aquí se consideran saciados y ricos por sí mismos, su ayuno es también absolutamente nulo, aunque abundante es la saciedad, que indudablemente los conduce a la perdición. Y fíjate bien en lo que dice: **Los pecadores perecerán**. Ciertamente, perecerán en el juicio aquel, en que escucharán su condena. **Luego que**. Puesto que hallarás que los impíos, casi a lo largo de todo el tiempo de su vida, disfrutaban con los placeres humanos, ¿a qué vienen las palabras *luego que*?. Vienen al hecho de que quien asciende a una altura en ruinas, al instante cae, a causa de una total certeza: que empieza ya a perecer, al empeñarse en subir a lo alto de algo que está a punto de derrumbarse. Dice: **Como el humo desaparecerán**. Los que perecen, **desaparecerán**, en efecto, pero podrían desaparecer también de otro modo, de suerte que, al menos, pudiese quedar algún vestigio de ellos. Pero añade: **Como humo**, a fin de que ni el más mínimo rastro permanezca de sus obras. En efecto, así como el humo, saliendo de las llamas, se eleva por los aires, dejando ver montones de bocanadas y, cuanto más sube a lo alto tanto más rápidamente desaparece, así también los pecados oscuros y ligeros, cuanto más alto se elevan con tanta mayor rapidez se difuminan. Pero, por lo que se refiere a la expresión: **Desapareciendo, desaparecerán**, hay que decir se trata del modo de razonar conocido con el nombre de *ex coniugatis* [a partir de cosas unidas]. En efecto, estas palabras nacen de sí mismas y, surgidas las dos de una sola, se remiten entre sí en parecido armonioso²³.

Verso 22.– LÁMED. **El pecador toma prestado y no devolverá; pero el justo se apiada y presta** [*Mutuator²⁴ peccator et non solvet; iustus autem miseretur et commodat²⁵*]. **El pecador toma prestado**, cuando escucha la palabra de Dios, pero no da testimonio de ella, manifestándolo con sus obras. Esto es lo que significa la expresión: **No devolverá**, es decir, no cumplir en absoluto los mandamientos de Dios. *Toma prestado* también, cuando recibe diversos beneficios de parte de Dios y, en modo alguno, da gracias por ellos; antes al contrario, con desvergüenza y como si nada

²²TL., *deficientes, ut fumus deficient*; Vlg., *deficientes, quemadmodum fumus defecerunt*.

³AUG., *De fide spe et charitate*, (PL 40,248). En el TL., se habla del capítulo 13 de este tratado de S. Agustín; pero, en realidad, se trata del capítulo 33. De todos modos, ya se ha dicho, en más de una ocasión, que esta repetición de un mismo verbo tiene, en hebreo, la finalidad de enfatizar el sentido de la oración de que se trate. En este caso, se deberá entender: *ciertamente, desde luego que desaparecerán*.

²⁴TL., *mutuator*; Vlg., *mutuabitur*.

²⁵TL., *et commodat*; Vlg., *et tribuet*.

hubiera recibido, permanece en constante ingratitud. Pero la causa del **justo** es diferente. En efecto, aunque reciba aquí pocas cosas, con piadoso sentido religioso, devuelve muchas. Dando gracias a Aquél que en todo es generoso, considera como riquezas la pobreza, que le ha sido dada. Abraza asimismo los sufrimientos y desgracias, el que, puesta su esperanza en la recompensa futura, lucha también pacientemente contra tales calamidades. Y pon atención ahora en lo que dice: **Se apiada y presta**. Se refiere a la generosidad en la limosna, donde el primer puesto lo ha de ocupar la misericordia, seguido, después, de unos sentimientos humanos rebosantes de bondad. Y considera también que, sirviéndose de la figura retórica llamada *diaphoresis*, por la que se determina la diferencia existente entre las personas, establece la distancia, que media entre el justo y el pecador, contrario el uno al otro.

Verso 23.– **Porque los que lo bendicen poseerán la tierra; pero los que lo maldicen desaparecerán completamente**²⁶ [*Quoniam benedicentes eum possidebunt terram; maledicentes autem illum disperient*²⁷]. Así como, más arriba, mediante la dicha la figura *diaphoresis*, dejó señalada la diferencia entre pecadores y justos, así también ahora, sirviéndose de esa misma figura, ha diferenciado las recompensas y premios, correspondientes a unos y otros, con objeto de evitar la confusión entre dos cosas, que no guardan entre sí semejanza alguna. En efecto, **los que bendicen** al Señor –los que le dan gracias por todo y guardan sus mandamientos– recibirán en posesión aquella tierra de los vivos, de la que también otro salmo dice: *Mi porción en la tierra de los vivientes* (Sal 141,6). Pero **los que lo maldicen** y los blasfemos, o los que desobedecen las leyes de Dios, serán rechazados, ciertamente, de aquella patria, no sólo porque serán atormentados por la llama castigadora, sino porque **desaparecerán completamente** de la felicidad prometida a los justos.

Verso 24.– MEM. **Por el Señor serán dirigidos**²⁸ **los pasos del hombre y deseará grandemente su camino** [*A Domino*²⁹ *gressus hominis dirigentur, et viam eius cupiet nimis*³⁰]. Entendamos bien la causa propuesta. Los **pasos de los hombres** son –por sí mismos– siempre torcidos y defectuosos, como corresponde a quienes hemos sido concebidos en la maldad y engendrados en la culpa. Pero somos **dirigidos** por el Padre de las luces, cuando aceptamos la regla de la fe en la que caminamos. *Somos dirigidos* plenamente, cuando caminamos sin error. Pero, ¿a dónde nos conduce esta dirección?. Ciertamente, a la consecución perfecta de la fe y a los premios eternos. En verdad, este cristiano –que ya había sido dirigido en el corazón– **deseará grandemente su camino**, esto es, amará sobre todas las cosas al Señor, que es nuestro *camino, verdad y vida* (Jn 14,6).

²⁶Hebr., וְיִרְשׁוּ אֶרֶץ וְיִמְקְלְלוּ יְרֵחָהּ, [porque los benditos de él poseerán la tierra, y los malditos de él serán cortados]. Los LXX: ὅτι οἱ εὐλογοῦντες αὐτὸν κληρονομήσουσι γῆν οἱ δὲ καταρώμενοι αὐτὸν ἐξολεθρευθήσονται [Pues los que lo bendicen heredarán la tierra, pero los que lo maldicen serán exterminados].

²⁷TL., *Quoniam benedicentes eum possidebunt terram; maledicentes autem illum disperient; Vlg., Quia benedicentes ei heredibunt terram; maledicentes autem ei disperibunt.*

²⁸Hebr., מִיְהוָה מְיַצְּרֵינֵנוּ, [Por el Señor son afirmados los pasos del hombre]. Los LXX: παρὰ κυρίου τὰ διαβήματα ἀνθρώπου κατευθύνεται [Conforme al Señor los pasos del hombre son enderezados]. Casiodoro –como también S. Agustín– prefirió traducir el verbo *dirigere* no por *enderezar*, sino por *dirigir*.

²⁹TL., *A Domino; Vlg., Apud Dominum.*

³⁰TL., *et viam eius cupiet nimis; Vlg., et viam eius volet.*

Verso 25.– **Cuando cayere el justo no será turbado, porque el Señor fortalece su mano** [*Cum ceciderit iustus non conturbabitur, quia Dominus firmat manum eius*³¹]. **Cuando cayere el justo**. No entiendas esta expresión en el sentido de cuando cayere en el pecado, pues está hablando del **justo**, sino cuando cayere en manos de los pecadores, en aquellas circunstancias graves que, por insidia del diablo, frecuentemente acontece a los justos. Pero, a fin de que te quedes totalmente satisfecho, observa que, cuando, después de emplear en el mismo verso el verbo **caer**, hecho que tiene que ver con los pies, añade de inmediato: **Será fortalecida la mano** del que cae. Dice **la mano**, donde, más bien, debió fortalecer la planta del pie, para poder levantarse, después de la caída. De donde resulta evidente que este *caer* se refiere a una caída en poder de los impíos. Ciertamente *fortalece su mano*, es decir, su determinación y su manera de obrar. Ni siquiera estando cautivo, puede **turbarse** aquél que valientemente hubo determinado soportar las adversidades de este mundo.

Verso 26.– NUN. **Fui joven y envejecí, y no vi al justo abandonado; ni a su semilla, careciendo de pan** [*Iuvenior*³² *fui et senui, et non vidi iustum derelictum, nec semen eius egens pane*³³]. Se ha llegado a la tercera parte, en la que, si supones que es un solo hombre el que habla, se habrá de pensar en un espacio de tiempo breve y estrecho, del todo insuficiente para las alabanzas de Dios. Por tal razón, [125] créase, más bien, que se introduce aquí la voz de la Iglesia, la cual, desde el principio hasta el final de los siglos, es para nosotros la sentencia verdadera. **Fue joven**, cuando, en el mismo protoplasto, recibió los comienzos de la ley, estando aún en la flor de la edad. **Envejeció**, es decir, llegó a la edad más honorable, cuando en los últimos tiempos mereció recibir al Señor Redentor. En efecto, también el evangelista Juan dice así en su epístola: *Hijitos, es la hora última* (1Jn 2,18). Pero dice que, en todas las edades, a lo largo de las cuales se extiende el devenir del mundo entero, **nunca vio al justo abandonado**, de donde resulta que dicho largo tiempo es marcado por las palabras de la Iglesia. ¿Qué decimos, por tanto, de aquellos justos que cayeron en manos de los ladrones, o incluso del mismo Justo entre los justos, que clamó en la cruz: *Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?* (Mt 27,46). Pero, para eludir todo nudo de contradicción, el abandono del justo no se refiere –según se cree– a los auxilios temporales, sino a los bienes espirituales. Entonces recibirán, en verdad, los premios: cuando lleguen a superar los sufrimientos del mundo, de conformidad con las palabras del mismo Señor: *Bienaventurados los perseguidos, a causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,10). De manera semejante, dice que tampoco ha visto la **semilla del justo, careciendo de pan**. Si tal expresión la entendiésemos sólo en sentido literal, difícilmente la podríamos sostener en pie. En efecto, leemos que Abrahán, Isaac y Jacob se vieron obligados a emigrar, a causa del hambre. Por lo cual, no cabe duda alguna de que estuvieron necesitados de pan los que –debido a la hambruna, que azotaba a su país– hubieron de emigrar a tierras extranjeras. Pero, volvamos al hombre interior y veremos cómo saludablemente aparece a nuestro entendimiento el verdadero sentido de la expresión. Ya dijimos que la **semilla** es la obra de cada hombre, que es el que la siembra y cosecha, ya sea buena o mala. Por consiguiente, la obra del justo no tiene carencia de pan, es decir: de la palabra de Dios, por la que se alimenta hasta la hartura; por la que también se restablece; por la que, en su interior, verdaderamente vive y se apacienta. Viene a resultar así que cosas, que parecían ser contrarias

³¹TL., *non conturbabitur, quia Dominus firmat manum eius*; Vlg., *non collidetur, qui Dominus supponit manum suam*.

³²TL., *Iuvenior*; Vlg., *Iunior*.

³³TL., *egens pane*; Vlg., *quaerens panes*.

entre ellas, en realidad, no lo son.

Verso 27.– **Todo el día se apiada y presta, y su semilla será en bendición** [*Tota die miseretur et commodat, et semen eius in benedictione erit*]. **Todo el día**, palabras con las que abarca el tiempo todo de su existencia. En efecto, la palabra *día*, tomada en número singular, se emplea, con frecuencia, para expresar la duración total de la vida. Un ejemplo lo encontramos en el salmo primero, donde dice: *Y en su ley meditaré día y noche* (Sal 1,2). De donde resulta que, aun diciendo pocas cosas, sentimos muchas. **Se apiada y presta**, es decir: da limosnas, donde la misericordia anteriormente mueve al espíritu y abre así la mano. Ésta es, en efecto, la limosna perfecta: la que comienza, primero, de sí misma y corre así en auxilio de los demás. O, tal vez, esto debamos entenderlo, más bien, en el sentido de *prestar* los bienes espirituales, que con tanta abundancia posee el pobre de Dios. El justo *presta*, de manera plena, tomando de allí donde colmadamente se encuentra la riqueza, esto es: de la doctrina, de la piedad, de la justicia, de la paciencia y de todos los demás bienes de los que aquel espíritu santísimo disfruta. Pero, para que no creas que, quizá, en algún momento el justo decidiera cambiar, dice: **Todo el día**. ¡Oh, riquezas inestimables, que en toda la vida distribuyen generosamente su propia abundancia!. Con razón, no tiene pereza en dar el que siempre acostumbró a recibir de Cristo. Sigue: **Y su semilla será en bendición**. Semejante es esta expresión a las anteriores. En efecto, si por **semilla** quieres entender los hijos, muchos santos engendraron hijos lujuriosos e impíos. Pero llama *semilla* a la obra que, por don superno, es esparcida por el hombre como la semilla de trigo. Ésta es recibida **en bendición**, porque está sembrada en buena voluntad. En efecto, el Apóstol entendió que la *semilla* era nuestra obra, cuando dice: *El que siembra en la carne, de la carne cosecha la corrupción; y el que siembra en el espíritu, del espíritu cosecha la vida eterna* (Gál 6,8).

Verso 28.– SÁMEK. **Apártate de lo malo y haz lo bueno, y habita por el siglo del siglo** [*Declina a malo et fac bonum, et inhabita in saeculum saeculi*]. De dos modos la piadosa Madre fundamenta nuestra vida. El primero consiste en que rechacemos el mal, porque el pecador no puede tener repentinamente apetito de las cosas buenas. El segundo, en que hagamos el bien, a causa de lo cual hemos renunciado a obrar en modo que sea merecedor de reproche. Rechacemos, pues, el mal, que son nuestras propias obras, y hagamos el bien, que son las obras de Cristo, pues, en el día del juicio, el Señor no llamará a sus justos, para recibir el premio, porque nada dieron a los pobres; sino que les dará la corona, porque vistieron a los que estaban desnudos, visitaron a los enfermos y se ocuparon de dar comer a los hambrientos y de beber a los sedientos. Ves, por consiguiente, que debe contentarse el cristiano con abstenerse de hacer el mal, sino que debe asimismo practicar el bien, adquiriendo el compromiso de realizar obras concretas. Pero, ¿qué sigue a estos preceptos?. Añade: **Y habita en el siglo del siglo**, de manera que, confiado en tal promesa, con certísima esperanza, pareciera poseer ya los premios futuros. Pero la expresión: **En el siglo del siglo** significa el reino eterno, reino que ningún cambio conocerá.

Verso 29.– **Porque el Señor ama el juicio, y no abandonará a sus santos; en eterno serán guardados** [*Quoniam³⁴ Dominus amat iudicium, et non derelinquet sanctos suos; in aeternum conservabuntur*]. Al escuchar esta palabra, **ama** también tú **el juicio**, practica la justicia, para que, con la ayuda de Dios, te mantengas con una voluntad recta, de manera que te goces con

³⁴TL., *quoniam*; Vlg., *quia*.

Él por todos tus bienes. Él es, en efecto, el autor de la justicia, que no puede **abandonar** a los que determinan cumplir sus mandamientos. Y mira cuál es la promesa: no dice que los justos jamás serán abandonados en las cosas temporales, sino que asegura que serán **guardados en eterno**. En efecto, aquí –como bien puede verse– *no son guardados* aquéllos que son afligidos por toda clase de tribulaciones y suplicios. Escuchen, pues, los que tienen ansia de esta vida, los que piden para sí largos años: que no en este tiempo, sino en la eternidad *serán guardados* los que ponen todo su empeño en agradecer al Señor.

Verso 30.– **Pero los injustos serán castigados, y la semilla de los impíos perecerá** [*Iniusti autem punientur*³⁵, *et semen impiorum peribit*]. Se repite a menudo esta idea, a fin de que se crea con más firmeza que estas cosas realmente sucederán. En efecto, la misericordia divina, en cuanto que quiere que nosotros escapemos de las penas del infierno, tiene a bien avisarnos muchas veces. Y así como más arriba dijo que la semilla de los justos –es decir, sus obras– permanecerían en bendición, del mismo modo afirma aquí que las obras de los impíos **perecerán**. *Perecerán*, ciertamente, puesto que el mismo delito y lugar de los que pecan también perecerán. En efecto, el hecho de que las obras de los infieles perecen lo mostraremos no tanto con palabras nuestras, sino con palabras de Salomón, pues, en el juicio, ciertamente, habrán de decir: *¿De qué nos aprovechó la soberbia, o qué nos aportó la jactancia de las riquezas?. Todas aquellas cosas pasaron como una sombra.* (Sab 5,8-9). ¿Ves que parece todo aquello que pierde al hombre y ves también que se mantiene firme sólo aquellas cosas, que hacen permanecer en el reino de Dios?.

Verso 31.– **Los justos poseerán en heredad la tierra, y en el siglo del siglo habitarán sobre ella** [*Iusti haereditate possidebunt terram*³⁶, *et inhabitabunt in saeculum saeculi super eam*]. Así como incesantemente reprende, para corregir, así también promete frecuentemente, para levantar. Ambas cosas son –como hemos dicho– instrumentos eficacísimos de enseñanza, porque a los malos, más tarde, les sigue el castigo; pero a los buenos, los premios prometidos. En efecto, esta **tierra** es llamada así, porque es desgastada³⁷ por los pies de los caminantes. Según esta similitud, aquella tierra futura también es llamada *tierra*, no porque será desgastada –en cuanto que siempre permanecerá intacta–, sino que conserva el mismo el nombre, porque permanecerá siendo la misma sin mutación alguna de sus cualidades. Como el cielo y nuestros propios cuerpos, que realmente serán renovados, pero que –aun siendo nuevos– podrán seguir llamándose con los mismos nombres. Añade: **Y habitarán en el siglo del siglo sobre ella**, para que de ningún modo llegues a creer que pueda llegar un día[126] en que esta tierra sea abandonada. Y no deja de tener importancia el hecho de que no haya dicho *en ella*, sino **sobre ella**, porque no será ya necesario para el cuerpo espiritual pisar la tierra con pisada, que deje marcada la huella, como dice el Apóstol: *Después, nosotros lo que vivimos, los que hemos quedado, seremos arrebatados a un tiempo junto con ellos en las nubes al encuentro de Cristo en el aire, y así estaremos siempre con el Señor* (1Tes 4,14).

Verso 32.– PE. **La boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará el juicio** [*Os iusti meditabitur sapientiam, et lingua eius loquetur iudicium*]. Mediante la figura literaria

³⁵TL., *Iniusti autem punientur*; Vlg., *Iniusti punientur*.

³⁶TL., *Iusti haereditate possidebunt terram*; Vlg., *iusti autem haereditabunt terram*.

³⁷Terra > attero.

llamada *characterismos*, que en latín se dice *informatio* o *descriptio*, muestra el tiempo de la feliz resurrección. En efecto, no dice que *medita*, sino que **meditará**, en tiempo futuro. Aquí la palabra **boca** debemos entenderla en el sentido de pensamiento, porque de la lengua sale lo que se dice. Así, pues, **meditará la sabiduría** no por medio de la lectura de las Escrituras, sino mediante la visión purísima del corazón. Y es que allí la sabiduría no se obtiene por las letras, sino que viene asegurada por la gratuita generosidad del cielo. **Y su lengua hablará el juicio**, porque allí la palabra en modo alguno disientirá del pensamiento, sino que, así como el corazón *meditará la sabiduría*, así la lengua *hablará la justicia*, a través de cada cosa. Éste es aquel modo celestial propio también de los bienaventurados, de suerte tal que, con razón, sean recibidos en la asamblea de los ángeles aquéllos que no se mezclan con error alguno. Así, pues, *la lengua del justo hablará el juicio*, cuando éste llegare a estar lleno de la manifestación de la verdadera luz. Efectivamente, decir *juicio* es como decir *sentencia de derecho*³⁸, porque se trata de un acto en el que se juzga. En efecto, los santos no juzgarán por siempre, en cuanto que uno solo es el juicio de Dios. Pero, con justicia hablarán por siempre aquéllos a los que el poder divino verdaderamente los abraza.

Verso 33.– **La ley de su Dios en su corazón, y no serán hechos caer sus pasos** [*Lex Dei eius in corde ipsius, et non supplantabuntur gressus eius*]. Ves cómo se nos indica la perfección de la felicidad futura, es decir: que ninguna otra cosa reciba el hombre en su corazón, sino la voluntad de Dios, por la que se hace bienaventurado y por la que sube a cima tan alta que habrá de darle gracias siempre y sin cesar. **De su Dios**. Se significa con esta expresión al Dios, que lo liberó de las penalidades de este mundo. Esto es lo que indica, ciertamente, el pronombre personal **suyo**: la gracia del Señor Salvador. En efecto, aun siendo el **Dios** de todos, se dice que lo es propiamente de aquél a quien Él se digna salvar. En cuanto a la expresión: **En su corazón**, ésta significa el total sentimiento del hombre bienaventurado, colmado ya de tal bien. Y así, nadie podrá **hacer caer sus pasos**, cuando cesen finalmente las consecuencias del pecado original y no posea ya el diablo su poder de engañar. En efecto, entendemos por *hacer caer* el hecho de poner trampas a los pies, de manera que –al avanzar– no pueda el pie encontrar un apoyo firme. En modo alguno sucederá esto allí donde todas las cosas son seguras y eternas, como en el salmo cincuenta y cinco se dirá: *Porque libraste mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis pies de la caída* (Sal 55,12).

Verso 34.– SADE. **El pecador considera al justo, y busca perderlo**³⁹ [*Considerat peccator iustum, et quaerit perdere*⁴⁰ *eum*]. Se dice esto con referencia todavía al juicio futuro. **Considerar** es observar algo con profunda atención y penetrar hasta las entrañas mismas de las cosas. En efecto, en el día de la resurrección, el pecador *considerará* muy atentamente al justo y dirá en su corazón: ¿Acaso no es éste aquél que pasaba necesidad, que nosotros despreciamos y del que hacíamos burla, pero que ahora lo vemos elevado por encima de nosotros y establecido en tan alta gloria?. Éste es el significado de la expresión: **El pecador considera al justo**. Pero la

³⁸*Iudicium > iuris dictum.*

³⁹Hebr., וּמְבַקֵּשׁ לְהַמִּיתוֹ [y procura matarlo]. Los LXX: καὶ ζητεῖ τοῦ θανατώσαι αὐτόν [y busca darle muerte]. Y, en este sentido, se debe entender también el *mortificare* de la Vlg. No sólo intenta matarlo en el cuerpo, sino también en el alma, induciéndolo al pecado con sus perversas persuasiones y ejemplos. Pero véase la explicación de Casiodoro, que se separa también de la de S. Agustín. En efecto, ninguna referencia hace el santo obispo, en su explicación de este versículo, al juicio final.

⁴⁰TL., *perdere*; Vlg., *mortificare*.

siguiente sentencia: **Y busca perderlo** debe entenderse como referida a la actitud de los que delinquen, en cuanto que se afanan por *perder al justo*, incluso en aquel siglo, donde ya no tienen poder, para causar daño.

Verso 35.– **Pero el Señor no lo abandonará en sus manos; ni lo condenará, cuando le llegue el juicio** [*Dominus autem non derelinquet eum in manibus eius, nec damnabit eum cum iudicabitur illi*⁴¹]. Observa cómo ha atribuido este estado de cosas al siglo futuro, en modo de decir que el justo ya no será entregado al poder del enemigo, hecho que, en este mundo presente, sí tuvo lugar con frecuencia. Recuérdese, por poner un ejemplo, el desamparo de los mártires en manos de sus perseguidores, para ser entregados a la muerte. En efecto, entonces ya **no abandonará** a sus siervos al arbitrio de los impíos, sino que –establecidos en la paz eterna– los tendrá consigo libres de todo peligro. **Ni lo condenará, cuando le llegue el juicio**. No daña al justo, cuando juzga al impío, sino que la bondad mirará al justo por haber sido halladas justas sus obras, mas al impío lo atormentará con la pena merecida.

Verso 36.– QOF. **Espera en el Señor, y guarda sus caminos; y te exaltará, para que habites la tierra; cuando perecieren los pecadores, verás** [*Exspecta Dominum, et custodi vias eius; et exaltabit te, ut inhabites terram; cum perierint peccatores, videbis*⁴²]. Una vez expuestas diligentemente la cosas anteriores, que hacían referencia a la felicidad eterna, vuelve al justo, consolándole y diciendo: Tú, que ya has creído a qué bienes puedes ser llevado, con confianza **espera en el Señor**, es decir: obra con paciencia. Y en qué consista esta paciencia es hecho que no calla, pues dice: **Espera**. En efecto, a una persona ociosa no se le dice que *espere*, sino que tal cosa se le dice al que se esfuerza, al que **guarda los caminos** del Señor, es decir, sus sacratísimos preceptos. Convenientemente, ha restituido también a los suyos las cosas que les son propias. Aquella **tierra** no la puede poseer, sino el que **ha sido exaltado**, porque se trata de una tierra tan grande, tan santa, tan celestial que nadie puede alcanzarla, sino sólo el que bien la ha merecido. Sigue diciendo: **Cuando perecieren los pecadores, verás**. Los gozos de los santos aumentan por un doble motivo. Primero, al conocer cuántas son las alegrías en las que van a ser establecidos; después, una vez vistas las penas de los pecadores, exultarán ellos más intensamente, al sentirse liberados del suplicio eterno. En efecto, la cualidad del beneficio recibido se valora con mayor gratitud, cuando uno toma conciencia del mal que se sufre, impuesto como castigo. Dice, por tanto: **Verás**, es decir: aquello que ahora crees, entonces lo conocerás completamente, y te alegrarás al *ver* que, pereciendo ellos merecidamente, tú eres establecido –por gracia de Dios– en la felicidad eterna.

Verso 37.– **Vi al impío grandemente exaltado, y elevado más que los cedros del Líbano**⁴³ [*Vidi impium superexaltatum, et elevatum super cedros*⁴⁴ Libani]. Ofrece aquí la medicina más eficaz, para combatir una enfermedad gravísima. Porque dicen algunos: Si a Dios desagradaran tales cosas, en modo alguno disfrutarían los pecadores de tanta felicidad. Y por ello,

⁴¹TL., *nec damnabit eum cum iudicabitur illi; Vlg., et non condemnabit cum iudicatur.*

⁴²TL., *ut inhabites terram; cum perierint peccatores; Vlg., ut possideas terram, cum interibunt impii.*

⁴³El texto hebreo no habla de cedros del Líbano, pues dice: **וְיִתְעַרְבָה כְּאַרְזֵי הָרֵעֵן** [*y que se extendía como un verde laurel*]. Sin embargo, los LXX han traducido por *καὶ ἐπαυρόμενον ὡς τὰς κέδρους τοῦ Λιβάνου* [*y elevándose como los cedros del Líbano*], y de ahí la Vlg.

⁴⁴TL., *supra cedros; Vlg., sicut cedros.*

mediante la energía que representa –imaginativamente– la realización de una cosa incorpórea, dice que **vio** crecer **al impío** no para el honor, antes al contrario, para la perdición. En efecto, los impíos **se elevan** aquí sobre los justos, porque los justos son humildes y ellos son soberbios; pero éstos, en el juicio, caerán; mas aquéllos, en cambio, serán felizmente levantados. Y puesto que había dicho: **Grandemente exaltado**, para que no consideres que el impío es elevado sólo por encima de los humildes, añade: **Elevado más que los cedros del Líbano**, a fin de que éste aparezca también más excelso que las mismas cimas del prócer. Pero tal es la razón de ensalzar su éxito en medida tan grande: poder mostrar mejor su irremediable ruina. Cabría también entender esto con relación al diablo, de quien el profeta Joel dice: *Y a aquél que es del Aquilón lo alejaré y lo arrojaré a una tierra sedienta y desierta; y exterminaré su presencia en el aquel mar primero, y su descendencia en el mar más remoto* (Jl 2,20). Te damos gracias, Señor, por tus disposiciones. Pues, ¿qué no haría, estando libre, el que, estando atado, aflige al mundo?.

Verso 38.– RES. **Y pasé⁴⁵, y he aquí que no estaba; y lo busqué, y no es hallado su lugar** [*Et transivi, et ecce non erat; et quaesivi eum, et non est inventus locus eius*]. Por este mundo **se pasa** de dos modos: o cuando se lo deja a un lado, en busca de un estado de vida mejor, o cuando, al final, hay que abandonarlo, llegado el momento de la muerte. Por tanto, quien pasara a Dios, gracias a un modo de vida santo [127], ya no ve al pecador poderoso, porque ve que no tienen valor alguno todas aquellas cosas de las que se vanagloria la humanidad. En efecto, dice: **Busqué**, o sea, traje a la memoria, porque es entonces, sobre todo, cuando los justos se acuerdan de los pecados: cuando, por la misericordia de Dios, son cambiados para mejor; y, llenos de dolor, porque se ven miserables, se separan de tales perversas acciones. En efecto, el **lugar** de los pecadores es este mundo, en el cual comenten crímenes y donde se llenan de una fugaz felicidad. Pero, ciertamente, este lugar –junto con la prosperidad de los pecadores– será aniquilado, cuando la gloria corruptible de todo el orbe conozca su fin.

Verso 39.– ŠIN. **Guarda la verdad y ve la equidad, porque son los restos para el hombre pacífico⁴⁶** [*Custodi veritatem⁴⁷ et vide aequitatem, quoniam sunt reliquiae homini pacifico*]. Al ordenarnos **guardar la verdad**, nos advierte que no debemos ocuparnos en las cosas mundanas. En efecto, suele **guardar** solamente el que está siempre trajinando, el que ahora piensa una cosa y pronto la echa atrás; la vuelve a considerar de nuevo y en ningún momento se aparta de esta inquietud. Pero, ¿qué es esta **verdad**? Ciertamente, es Dios, que dijo: *Yo soy la verdad* (Jn 14,6). Por tanto, si guardas a Dios, sin duda alguna, Él te guarda a ti. Dice también: **Y ve la equidad**. Ciertamente, la *equidad de Dios*. Y qué es la equidad, a continuación lo explica, pues dice: **Porque son los restos para el hombre pacífico**. Veamos qué deba entenderse por esta expresión. *Hay restos para el hombre pacífico*, porque la esperanza del hombre llega a su total cumplimiento, gracias a la retribución del Señor. En efecto, **son los restos**, en orden a conseguir, después de esta vida, el premio de la vida eterna. Así, pues, *son los restos de los pacíficos*, porque éstos empiezan a tener la total esperanza de que llegarán obtener los dones del Señor. Pero se dice que es **pacífico** aquél que, en este mundo, pone paz entre los que no están de acuerdo entre sí y,

⁴⁵Hebr., וַיַּעֲבֹר [y pasó], lo cual se ha de referir al laurel o al impío. Los LXX: καὶ παρήλθον [y pasaron].

⁴⁶Hebr., כִּי־אַחֲרַיִת לְאִישׁ שְׁלֹמֶם [porque la postrimería para el hombre, paz]. Los LXX dicen: ὅτι ἔστιν ἐγκατάλειμμα ἀνθρώπῳ εἰρηνικῷ [porque hay posteridad para el hombre pacífico].

⁴⁷TL., veritatem; Vlg., innocentiam.

por deseo de mansedumbre, tampoco él mismo se implica en litigios indecorosos. Y recuerda que es colocado en la parte de los bienaventurados aquél a quien, por la piedad de Dios, le es concedida esta virtud [Mt 5,9].

Verso 40.– **Pero los injustos serán destruidos, todos a una; los restos de los impíos perecerán** [*Iniusti autem disperibunt simul; reliquiae impiorum peribunt*]. Son sentencias adecuadas para realidades diferentes. En efecto, así como los justos, después de esta vida, se alegran con alegría inefable, así los **injustos son destruidos**. O quizá –como otros prefieren– los *restos* son el recuerdo de las cosas buenas, que –tras la muerte – el hombre justo deja en este mundo, siendo alabado, a causa de la bondad de sus actos. Esto bien puede referirse a los mártires, quienes, en testimonio de la verdad, entregaron –felices– sus propias vidas. Pero, en modo alguno, pueden merecerlo los impíos, que ninguna huella dejan, digna de su recuerdo. Efectivamente, en llegándoles la hora de la muerte, su falsa alabanza y su efímera vida desaparecen por completo.

Verso 41.– TAU. **Pero la salvación⁴⁸ de los justos viene del Señor, y es su protector en el tiempo de la tribulación** [*Salus autem iustorum a Domino, et protector eorum est in tempore tribulationis*]. Vuelve la Iglesia a los acostumbrados consuelos, en modo de no ser considerada austera, incluso si no poseyera los gozos de la feliz promesa. La promesa firme, la custodia segura recuerdan que **la salvación de los justos viene del Señor**, no de otro poder. En otro lugar, ya un salmo dijo: *Aunque camine en medio de sombra de muerte, no temeré cosas malas, porque tú estás conmigo* [Sal 22,3]. Prosigue diciendo: **Y es su protector en el tiempo de la tribulación**. Ciertamente, el **tiempo de la tribulación** es doble, pero, en gran manera, diferente. En efecto, también aquí hay tribulaciones temporales, de las que, sin embargo, el Señor no libra del todo a sus fieles; tribulaciones, que muerden, más que devoran; que punzan, más que golpean; que afligen, más que debilitan. Pero aquella tribulación, que en el día del juicio caerá sobre los impíos, es mala, porque es eterna; es triste, porque atormenta; vehemente, porque es rigurosa. Por tanto, en este tiempo de tribulación, el **Señor es protector**, porque de ella Él salva a los justos.

Verso 42.– **Y los ayudará el Señor, y los librará; y los rescatará de los pecadores, y los salvará, porque esperaron en Él** [*Et adiuvabit eos Dominus, et liberabit eos, et eripiet eos a peccatoribus, et salvos faciet eos, quoniam⁴⁹ speraverunt in eum*]. Dice esto de sus siervos, a los que en este mundo **ayuda** eficazmente, cuando se sienten fatigados, a causa de la adversidad de la lucha. Los **libra**, en efecto, cuando no permite que su fe sea corrompida por ninguna perversa persuasión. **Y los rescatará de los pecadores**. Ciertamente, los guarda ilesos de la adversidad de este mundo. Y añade la causa de la liberación: **Porque esperaron en Él**, no porque no pecaron, sino porque pusieron su esperanza en la misericordia del Señor. Esto puede referirse también a aquel juicio, en el que se dignará dar a sus santos los premios eternos.

⁴⁸Hebr., וְהַשְׁוֵתָ [Pero la salvación]. La conjunción ו [wau], que corresponde aquí al latín *autem*, impide que la letra inicial de este verso sea –como le corresponde– la letra ת [tau], que es la segunda letra de la expresión וְהַשְׁוֵתָ. [wut^hšūʿat]. Sin embargo, siendo ésta una partícula, non tendría por qué obstar al rigor del acróstico. De todos modos, las versiones siríaca, árabe y etíope prescinden de dicha conjunción.

⁴⁹TL., *et eripiet...*, *et salvos faciet eos, quoniam*; Vlg., *et eruet eos...*, *et salvabit eos, quia*.

Conclusión del salmo

¡Qué provechosas las palabras que, por favor del Espíritu Santo, se han pronunciado!. ¡Con qué admirable virtud aquella túnica de Cristo el Señor, por dispensación superna, fue tejida no con hilos, sino con versos; no con hebras, sino con compunción; no con lana, sino con gracia, es decir, con cosas, que a todo el cuerpo rodea y cubre todos sus miembros, a modo de la sagrada vestidura, que no pudo dividir la enloquecida insolencia de los soldados; una vestidura, que –a pesar de su hostigamiento y a lo largo de tantos siglos– la muchedumbre de los herejes no puede llegarla escindir, sino que, afianzándose en su firmeza, protege sólo a todos aquéllos que agradan al Señor!. Roguemos, por tanto, a la indivisible Trinidad que esta vestidura nos proteja también a nosotros y que nos encierre en su seno con gratuito favor. Para tal caso, se han de tomar a título de préstamo aquellas palabras de Sedulio: *Cosas más grandes ciertamente pido, pero tú sabes dar las mayores*⁵⁰.

SALMO TREINTA Y SIETE

Salmo de David¹. En el recuerdo² [*Psalmus David in commemoratione*].

Al decir: **En el recuerdo**, este título nos anuncia que, pues, de ninguna manera, podemos escapar del pecado, sin embargo, debemos tener siempre *en el recuerdo* el delito en sí mismo, ya que, cuando recordamos la culpa, reducimos la frecuencia en toda clase de pecados. Como en el salmo treinta y uno se dijo: *Para David. De inteligencia*, y en el cincuenta se dirá: *Y mi pecado contra mí está siempre* (Sal 50,4. Pero, aunque el profeta dé testimonio, sobre todo, de cosas aún por suceder, sin embargo, no se olvida de las pasadas, que se refieren a la salvación del pueblo fiel. En efecto, todo este salmo –como algunos piensan– hace referencia a la vivísima pasión del bienaventurado Job, que fue vencedor de la vida mortal, triunfador de su propia carne, victorioso de ingentes sufrimientos, sin duda, para que a los penitentes se les hagan más ligeras sus cargas, cuando relatan momentos de una gravísima tentación. En efecto, es costumbre de la divina

⁵⁰C. SEDULIO, *Carmen Paschale*, I,349: *Grandia posco quidem, sed tu dare grandia nosti*.

¹Algunos autores creen que este salmo, que debe contarse entre los llamados *penitenciales*, fue compuesto por David, cuando era perseguido por su hijo Absalón, y que en él el rey expone al Señor las penas que había sufrido hasta entonces y la sumisión y humildad con que las había soportado. Otros creen –y tal vez con mayor fundamento– que lo compuso poco después del pecado de adulterio y del asesinato subsiguiente, hallándose afligido por una grave enfermedad, que él entendía como castigo de su grave delito. Los Padres –entre ellos, S. Agustín– reconocen aquí, bajo la figura de David, a Cristo el Señor, reducido al estado de la mayor aflicción por las culpas de los hombres. La opinión de Casidoro –como se verá– es otra. Este autor considera que este salmo debe referirse con toda propiedad y justicia al santo Job, varón también sometido a padecimientos semejantes, tanto corporales como espirituales. A. Schökel, H.-J. Kraus y G. Ravasi, entre los autores modernos consultados, son también de este último parecer.

²Los autores explican el significado de esta expresión de diversas manera. *Para memoria* del beneficio que Dios le había hecho, liberándole de la enfermedad. *Para memoria* amarga del pecado que había cometido. Para no olvidar alabar al Señor por su gran misericordia. Para enseñar a todos que se debe alabar a Dios incluso en la aflicción, etc. Se trataría de una fórmula tomada de los sacrificios rituales, en los cuales había ciertas ofrendas de recuerdo o de memoria (Éx 20,16; 34,18; Lev 2,2; 6,15). Finalmente, no falta quien opine que la expresión hebrea לְהַזְכִּיר [ʔ*hazkkîr*, *para memoria*] fuese el comienzo de una canción popular y que está puesta aquí para indicar el tono que se había de dar al salmo. H.-J. Kraus no la enumera en su relación.

Escritura que de la aflicción del soldado más curtido de Cristo saque aquel otro, que comienza a militar, un estímulo mayor. Gocémonos, por lo cual, en las duras aflicciones, alegrémonos en la mortificación de nuestra carne, porque nos libra de la pena eterna lo que, a [128] causa del Señor, nos atormenta aquí, durante un tiempo, que pasa rápidamente. Se ha de considerar también que, en ninguno de estos salmos penitenciales, se lee que nadie haya sufrido cosas tan grandes que, con razón, se crea que la cualidad de los gozos se recibe, según la medida de los males.

División del salmo

Mediante la figura retórica llamada *ethopoeia*, se introduce –como se ha dicho– la persona del soldado invicto de Cristo, atravesada por el dolor de las heridas, carcomida por gusanos, herida también por la crudeza de los reproches; pero, aun asediada y en medio de tantas calamidades, persona completamente sana, gracias sólo a la fuerza de la fe. También nosotros creemos que, con razón, la persona de este salmo deba referirse al bienaventurado Job, pues también éste estuvo sometido a males semejantes a los que aquí se narran y que, incluso en las mismas palabras, se puede descubrir cierto parecido. Por ello, al explicar este salmo, haremos referencia a distintos lugares del libro de su nombre, en modo de hacer ver que los mismos sufrimientos prácticamente concuerdan y que se adaptan a él de manera adecuada. Así, pues, este salmo de penitencia está dividido en cuatro partes. La primera contiene el exordio, en el cual la vida del sufriente mueve a la misericordia al Juez benigno. Sigue una narración en dos partes, donde expresa que también su cuerpo se halla afligido por diversas penas y que su espíritu está herido gravemente, a causa de las imputaciones de los amigos, de suerte que, al no encontrar consuelo en ninguna de las dos partes, suplica a Dios con todas sus fuerzas. Viene, en tercer lugar, la consolación de la medicina saludable, afirmando que, en medio de las numerosas desgracias, él ha puesto su esperanza en el Señor. Pero, según costumbre propia del siervo fidelísimo, éste da testimonio de estar preparado incluso para ser azotado, pues considera merecer todavía más sufrimientos de los que ya ha padecido. Después de todo esto, llega la conclusión exultante, que siempre es concedida a los penitentes, conclusión en la que, liberado ya de todas las desgracias, profesa que Dios es el autor de su salvación, mostrando así, de manera manifiesta, que está establecido en la más firme esperanza aquél que ha sido enriquecido por la participación en alegría tan grande.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Señor, no me corrijas en tu ira, ni me acuses en tu furor** [*Domine, ne in ira tua arguas me, neque in furore tuo corripias me*]. Este varón santísimo, como de él dijo el Señor: *Sencillo, recto, que teme a Dios y se aparta del mal* (Job 1,1), habiendo sido entregado a las tentaciones del diablo, para ser probado –angustiado entre dolores– no se sentía agitado tanto por su propia pena cuanto por la sospecha de haber ofendido a Dios. Ruega, por consiguiente, no tener que soportar los tormentos, que habría de sufrir, en caso de que el Juez se airara. Ciertamente, la reprehensión, que proviene de un espíritu en paz, ya es corrección, como está escrito: *Corrige al sabio y te amará* (Prov 9,8); pero la que viene de un juez irritado, con razón, resulta temible. En efecto, la primera es ofrecimiento de enmienda; la segunda, exigencia de castigo. De aquí que ruegue **no ser corregido en la ira** y que no se reclame contra él una condenación perpetua. Así, lleno de temor, también Job dice en su libro: *Se airó contra mí su furor, y me tuvo así como enemigo suyo* (Job 19,11). Pero, sobre la ira del Señor, el padre Agustín, en su libro *Enchiridion*

(cap. 13³) con elegante brevedad disertó, diciendo: *Pero, cuando se dice que Dios está airado, no se significa su perturbación, cual es, en el ánimo del hombre, estar lleno de ira, sino que, con vocablo trasladado de motivos humanos, se significa su venganza, que siendo justa, es llamada ira*. Finalmente, en cuanto a la ira o al furor séannos suficientes aquello que sobre tales palabras en el salmo sexto ya quedó dicho.

Verso 2.– **Porque tus saetas se me han clavado, y has afirmado sobre mí tu mano** [*Quoniam sagittae tuae infixiae sunt mihi, et confirmasti super me manum tuam*]. Viene ahora la causa probable, que no es sino la siguiente: que, en el juicio futuro, no tenga que sufrir castigo aquél que ha sido vehementemente afligido por los males presentes. En efecto, cuando el Señor castiga aquí, perdona allí, porque contra un único delito su clemencia no exige un doble castigo, conforme a lo que está escrito: *No juzgará el Señor dos veces contra una misma cosa* (Núm 1,9). Pero, conociendo el fidelísimo siervo que su tormento era debido al engaño del diablo, estaba convencido, sin embargo, de que éste no podía prevalecer sobre él, a no ser que la autoridad divina se lo permitiese. Y, por tal razón, habla a Aquél, en cuyo poder están puestas todas las cosas. La palabra **saetas** puede entenderse en sentido positivo o negativo. Un ejemplo de sentido positivo es éste: *Hizo sus flechas para los que arden* (Sal 7,14). En este caso, las saetas designan las potestades diabólicas, que hieren como dardos, cuando éstas son dirigidas con el permiso del Señor. Y bien ha dicho: **Se me han clavado**, pues no podía hallar descanso, a causa de los dolores. En efecto, así dice también el mismo hombre bienaventurado: *Porque las saetas del Señor están en mí, de las cuales mi espíritu apura su indignación, y los terrores del Señor militan contra mí* (Job 6,4). Sigue: **Y has afirmado sobre mí tu mano**. Siendo así que el poder divino obra siempre la salud y la vida de los fieles, aquí parece como si atribuyera **a sus manos** aquello que –durante largo tiempo y a través de muchas desgracias– viene afligiéndolo. No porque el Señor fuese el autor de la muerte de sus hijos [Job 1,19], o la causa del debilitamiento de su salud, o el que lo atormentara con el dolor de las llagas [Job 2,7], sino porque tardaba en alejar al diablo, que era, ciertamente, el que con tales males lo martilleaba. Por ello, también en su libro está escrito: *¿Por qué no quitas mi pecado, y por qué no retiras mi iniquidad?* (Job 7,21). Convenientemente se dice tal cosa, en reconocimiento, por una parte, de la potestad del Juez y con objeto, por la otra, de disponerlo a una favorable indulgencia.

Verso 3.– **Ni hay salud en mi carne al rostro de tu ira; no hay paz para mis huesos a la faz de mis pecados** [*Nec est sanitas in carne mea⁴ a vultu irae tuae, non est pax ossibus meis a facie peccatorum meorum*]. Debido a su debilidad, mueve también la misericordia para con su persona, porque su carne, que se derrumbaba herida por tantos golpes, ya no podía aguantar más el peso de la lucha. El **rostro de la ira** es el temor del castigo futuro, considerado con gran pavor. De ahí que pida de Dios ser liberado de la *ira* futura, porque de tal modo dice estar aterrado, a causa de la indignación venidera, que **no hay salud en su carne**. Obra éste así, a modo de un siervo pudoroso, que –antes de sufrir los azotes– experimenta ya gran aflicción, a la vista de los tormentos futuros. En cambio, el que está encallecido en el espíritu no tiene temor del castigo, ni

³AUG., *De fide spe et charitate*, (PL 40,248). En el TL., se habla del capítulo 13 de este tratado de S. Agustín; pero, en realidad, se trata del capítulo 33. De todos modos, ya se ha dicho, en más de una ocasión, que esta repetición de un mismo verbo tiene, en hebreo, la finalidad de enfatizar el sentido de la oración de que se trate. En este caso, se deberá entender: *ciertamente, desde luego que desaparecerán*.

⁴TL., *in carne mea*; Vlg., *carni meae*.

siquiera en el momento en que le está siendo infligido. Añade también: **No hay paz para mis huesos**. Aquello que, más arriba, ha llamado *salud* lo repite ahora, diciendo: **Paz**. Y, con razón, porque la *salud* es la *paz* de todo el cuerpo y la tranquilidad temperada de los humores del hombre. Se expresa ya aquí la sobreabundancia del dolor, de manera que quien había dicho que no había salud en su carne, dice ahora que también los **huesos** le han sido perturbados. En efecto, más grave aún es la pena, que baja hasta lo más íntimo, sin dejar a su paso nada intacto, pues incluso los fundamentos mismos del cuerpo resultan conmovidos. Significa, en efecto, el continuo roer de los gusanos, que causaban gran padecimiento al santo varón y le impedían hallar reposo, pues no cesaban de ir consumiéndolo, poco a poco, como él mismo dice en su libro: *Y los que me comían no duermen* (Job 30,17). Pero, por encima de aquellas penas corporales, dice que está afligido **a la faz de sus pecados**, a modo de un espíritu santísimo, que –al recordar sus maldades– cree que ha de padecer cosas aún mayores.

Verso 4.– **Porque mis iniquidades se elevan sobre mi cabeza; como peso grave han pesado sobre mí** [*Quoniam iniquitates meae superpossuerunt⁵ caput meum, sicut onus grave gravatae sunt super me*]. A fin de impetrar benevolencia, se añade un tercer modo: no para decir que ha sido herido injustamente, sino para dejar constancia de que, a causa de sus pecados, le viene imputado aquello que padece [129]. Vayamos ahora a la explicación de las palabras. Nuestras **iniquidades se elevan sobre nuestra cabeza**, cuando reclaman para sí más de lo que la razón y la justicia pueden soportar. Pues nuestra *cabeza* es la razón, por encima de la cual, entre los bienes dispensados, nada más elevado tenemos. En efecto, con el auxilio de Dios, ella – como guía– nos dirige y nos conduce a la realización de actos buenos y provechosos. Mas, si la *iniquidad* la llegara a oprimir, de inmediato, sucumbiría vencida. Ahora bien, a estas iniquidades se les atribuye la siguiente correspondencia: que quienes, con ligereza de espíritu, se elevan hasta el engreimiento, se ven sobrecargados de muy graves aflicciones. Mediante verdad preciosa, se han asentado los principios. Debemos buscar ahora cómo se ha formado el cuerpo del relato.

Verso 5.– **Se pudrieron y se deterioraron mis cicatrices a la faz de mi insipencia** [*Computruerunt et deterioraverunt⁶ cicatrices meae, a facie insipientiae meas*]. Se ha llegado al relato, que provechosamente se aplica a todas las causas, porque, por su medio, quedan expresados tanto el estado de ánimo del acusado como el hecho de que se trata. Dicho relato tiene dos partes. En efecto, a lo largo de cinco versos, vienen descritas las penas, que sufre su cuerpo. Los otros cinco siguientes refieren los violentos sufrimientos del alma, de manera que nada parezca quedar libre de la aflicción causada por tan duras calamidades. A este modo de argumentar se le conoce con el nombre de *a necessitate* [a causa de la necesidad], es decir, cuando alguien –puestos por delante la dureza de los hechos y una vez corregido– viene trasladado a una situación mejor. Así, pues, en el primer verso de esta parte, aparece la figura retórica de la *tapinosis* [humildad], porque nada más humilde, nada más despreciable puede hallarse. En efecto, las **cicatrices** son las señales que dejan las heridas ya curadas, señales que afligen todavía más gravemente, caso de que éstas volvieran a los peligros ya pasados. La *cicatriz* se llama así, porque es la marca de una herida cegada⁷ en sí misma. A menudo, pues, se muestra un cuerpo deshecho por las heridas, de manera

⁵TL., *superpossuerunt*; Vlg., *supergressae sunt*.

⁶TL., *Computruerunt et deterioraverunt*; Vlg., *Putruerunt et corruptae sunt*.

⁷*Cicatrix > caeca*.

que aquél que sobrevive a ellas es como si presentara en su persona cosas prácticamente iguales a las que se suelen apreciar en los cuerpos ya sin vida. Así en su libro dice Job: *Sólo queda para mí el sepulcro* (Job 17,1). Añade: **A la faz de mi insipiencia**, es decir, a la vista de mi necesidad. La **faz** designa, en efecto, la presencia. Ésta, si no se hiciera presente al espíritu o al cuerpo, la figura exterior no podría hacerse visible. Y comoquiera que el santo varón nada achaca a las disposiciones divinas, dice que, a causa de ésta, **está podrido**. En efecto, de sus propios labios salen las siguientes palabras en su respuesta al Señor: *Por esto he hablado neciamente, y estas cosas excedieron con mucho mi conocimiento* (Job 42,3).

Verso 6.— **Estoy afligido por las miserias y encorvado hasta el fin; todo el día avanzaba contristado**⁸ [*Miseriis afflictus sum*⁹, et *curvatus sum usque in finem; tota die contristatus ingrediebar*]. Con razón, se siente turbado quien con tantos sufrimientos se veía sobrepasado en la carga. En efecto, **es afligido por las miserias** el que castiga su alma con dolores y llantos, como él mismo dice en su libro, al considerar sus sufrimientos: *Perdí las esperanzas, no viviré ya más. Perdóname, Señor, pues nada son mis días* (Job 7,16). **Hasta el fin**, expresión que significa o bien el término de la vida o bien se refiere al mismo Señor Salvador, porque cada fiel es turbado largo tiempo hasta tanto no le sea concedido el perdón. En efecto, las palabras siguientes: **Todo el día avanzaba contristado** ponen de manifiesto la prolongación del dolor. Ciertamente, pues, al decir: **Todo el día**, está indicando asimismo las noches, que no eran ajenas los tormentos de aquél, cuyas cicatrices dice que acabaron por pudrirse. Pero, en medio de estas cosas, el afligido **avanzaba contristado**, aunque sin desesperar nunca de la misericordia del Señor, según corresponde a los permanecen fieles.

Verso 7.— **Porque mi alma está llena de ilusiones**¹⁰, y no hay sanidad en mi carne [*Quoniam anima mea completa est*¹¹ *illusionibus, et non est sanitas in carne mea*]. Por esta razón *estaba contristado todo el día*, porque el diablo, que se había encargado de afligir el cuerpo, no cesaba tampoco de atormentar su alma, mediante vacías imaginaciones. Se refiere, en efecto, al defecto del que la debilidad humana se duele en mayor manera, esto es: o bien que, al estar postrados en actitud orante, nos demos cuenta de que apetecemos cosas superfluas, o bien que, mientras alabamos con salmos, nuestro pensamiento esté ocupado, más bien, en cosas terrenas. Pero sobre esta ilusión, que padecemos, ya se ha hablado suficientemente en el libro *sobre el Alma*¹², que—con arreglo a nuestras escasas capacidades—hemos podido escribir. Pero, aunque esto suela acontecer, sobre todo, a los que andan ociosos, dice que le sucede también a él, que no tenía sano el cuerpo, de manera que—como ciudad asediada—sentía, de todo lados, los devastadores golpes de los enemigos. En efecto, aunque la carne era machacada por muy diferentes angustias,

⁸Hebr., קָדַר [enlutado]. Como antiguamente se vestían, para humillarse delante de Dios, los que eran afligidos por una larga y penosa enfermedad (Job 2,8; 30,28). Los LXX traducen: σκυθρωπάζων [sombrio].

⁹TL., *Miseriis afflictus sum*; Vlg., *Miser factus sum*.

¹⁰Hebr., כִּי־בִסְלִי נִלְאָו נִקְלָהָ [Porque mis lomos están inflamados de fiebre]. Algunos Padres explican estas ilusiones con relación a los desordenados impulsos de la concupiscencia. La palabra hebrea נִקְלָהָ [niq^olêh] significa una llaga ignominiosa. Otros la entienden por una fiebre muy aguda o una apostema vergonzosa o un carbunco pestilencial. Los LXX traducen: ὅτι αἱ ψύαι μου ἐπλήσθησαν ἐμπαιγμῶν [porque mis lomos se han llenado de burlas].

¹¹TL., *anima mea completa est*; Vlg., *lumbi mei impleti sunt*.

¹²CASSIODORUS, *De anima* (PL 70, 1279-1308).

aun así, no creía¹³ estar liberada de los vicios originales. Ésta es la ilusión, que es curada por la segunda venida del Señor, una vez seamos libres de los vicios de la carne y dejemos ya de sufrir los ataques diabólicos.

Verso 8.– **Encorvado estoy, y humillado estoy por todas partes; rugía yo a causa del gemido de mi corazón** [*Incurvatus sum et humiliatus sum usquequaque*¹⁴; *rugiebam a gemitu cordis mei*]. Repite, ciertamente, las mismas palabras, pero –debido a como están dispuestas– comunican una mayor fuerza expresiva, en cuanto que están concentradas en un solo versículo. En efecto, podemos estar **encorvados** en el cuerpo, pero no **humillados** en el espíritu. Sin embargo, la razón de que aquí ambas cosas estén unidas es que la desgracia sobrevenida es total y nada deja libre. A lo anterior se le añade asimismo algo que es aún mayor: **Por todas partes**, es decir, de todos los lados, por cualquier parte que se considere, de manera que quede constancia de que la desgracia es grande de tal modo que todo lo abarca. Sigue: **Rugía yo a causa del gemido de mi corazón**. **Rugir** es algo propio de las bestias. Pero aquí, para poner de manifiesto la mayor intensidad del gemido, se lo compara a las mismas bestias, las cuales con un fortísimo *rugido* manifiestan qué es lo que quieren. Y fijate en lo que sigue: **A causa del gemido de mi corazón**. Para mostrar el poder de tan gran sufrimiento, asegura haber prorrumpido en **gemidos**, no en palabras.

Verso 9.– **Y ante ti todo mi deseo; y mi gemido no se ha ocultado de ti** [*Et ante te*¹⁵ *omne desiderium meum: et gemitus meus a te non est absconditus*]. Tal fue su **deseo**: merecer estar ante de Dios. En efecto, el que pide perdón por sus pecados, el que hace todo lo anteriormente descrito, pone **ante** Dios su deseo. En seguida acostumbra a escuchar lo que se pone ante Él. Y es que el Señor todo lo que no es merecedor de desprecio, lo acoge. Por tanto, **no queda oculto** a Dios el **gemido**, que es piadoso; el gemido, que sale de dentro, buscando que se libere el alma. En efecto, hay muchos que gimen, porque pierden sus riquezas o porque van detrás de torpes deseos. Tales gemidos y llantos, sin embargo, sí quedan ocultos a Dios. Pues, el *gemido* es llamado así por expresar un gran dolor, como si se dijera un doble¹⁶ pesar.

Verso 10.– **Mi corazón está conturbado en mí, y me ha abandonado mi fortaleza; y la luz de mis ojos no está conmigo** [*Cor meum conturbatum est in me, et deseruit me fortitudo mea; et lumen oculorum meorum non est mecum*]. Recorridas que han sido las desgracias del cuerpo, acompañadas éstas de conmovedores alegatos, pasa ahora a los gravísimos dolores del espíritu, para mostrar que, tras haber soportado la carne muchas pruebas, también el espíritu del bienaventurado varón se hallaba afligido fuertemente. Y observa cuán bellamente lucen las palabras, una vez han sido ordenadas. La una está función de la otra, de este modo: porque *me ha abandonado mi fortaleza, conturbado está el corazón*¹⁷. Llama su **fortaleza** a la constancia de la paciencia, que, mientras permanece en pie, guarda nuestra voluntad en su firmeza; pero, si llegara ésta a retirarse, el espíritu sucumbiría conturbado. Y así, a causa de la abundancia de males, dice

¹³TL., in textu: *reddebatur* [ed., credebatur].

¹⁴TL., *Incurvatus sum et humiliatus sum usquequaque*; Vlg., *Afflictus sum et humiliatus sum nimis*.

¹⁵TL., *Et ante te*; Vlg., *Domine, ante te*.

¹⁶Gemitus > geminatus.

¹⁷Casiodoro ordena esta frase de la siguiente manera: *quia deseruit me fortitudo, conturbatum est cor*.

que la firmeza de la paciencia se ha debilitado en él. Sigue: **Y la luz de mis ojos no está conmigo**. La **luz de los ojos** es la razón serena del juicio, que no podía conservar consigo aquél que se hallaba sometido a tan grandes sufrimientos.

Verso 11.– **Mis amigos y mis próximos contra mí se acercaron y se mantuvieron de pie**¹⁸ [*Amici mei et proximi mei adversum me [130] appropinquaverunt et steterunt*]. Los **amigos**, ciertamente, no son de nuestra sangre, pero están unidos a nosotros por el amor. En efecto, se dice *amigo*, como si se dijera *igual de espíritu*¹⁹, porque el amigo está unido a nosotros, por medio de un igual deseo. La amistad es, en verdad, el sentimiento de cosas buenas, en favor de alguien que nos quiere con un mismo afecto. Pero **próximos** son aquéllos que están unidos a nosotros, en razón de parentesco. Éstas son las dos cosas, en efecto, de cuyos consuelos la humanidad ha solido gozar. Pero, refiriéndose a unos y a otros, dice ahora –como en su mismo libro se lee– que los que se llegaban a él, para consolarlo, herían también gravemente su espíritu, expresándole no pocos reproches: *Pero ahora ha venido sobre ti la plaga y has flaqueado; te ha tocado y te has turbado* (Job 4,5). Mas consideremos cuán grande habría de ser la aflicción de quien tenía que sufrir tales cosas, salidas de los labios de amigos y parientes, al ver que quienes suelen ser remedio para muchas desgracias pasaran a convertirse en fuente de nuevos sufrimientos. Con razón, pues, no había luz en los ojos de aquél, a quien la aflicción le venía precisamente de donde a los hombres les suele llegar el consuelo.

Verso 12.– **Y mis próximos se mantuvieron de pie desde lejos**²⁰; **y hacían violencia los que buscaban mi alma** [*Et proximi mei a longe steterunt*²¹; *et vim faciebant qui quaerebant animam meam*].

Verso 13.– **Y los que me buscaban males para mí hablaron vanidad, y engaños meditaban todo el día** [*Et qui inquirebant mala mihi, locuti sunt vanitatem*²², *et dolos tota die meditabantur*]. Ciertamente, eran próximos por la sangre, pero se volvían lejanísimos por el horror del hedor, pues lo que él aguantaba en la herida, ellos no podían soportarlo en el olor. En efecto, refiriéndose a su mujer, también él mismo dice: *Mi mujer se horrorizó de mi aliento* (Job 19,17). ¿Y qué importancia tiene –pregunto– el asco de los extraños, cuando el amor de su mujer ni siquiera puede soportar su aliento?. En efecto, de sus próximos dice así: *A mis hermanos los hizo lejos de mí, y mis conocidos, como extraños, se apartaron de mí* (Job 19,13). Y cuando dice: **Y hacían violencia los que buscaban mi alma**, está refiriéndose al diablo, junto con sus ministros, los cuales, cuanto más veían que se mantenía firme en el amor de Dios tanto más se esforzaban en ocasionarle la muerte del alma. Añade: **Y los que me buscaban para mí hablaron vanidad**. Se refiere a su propia esposa, la cual, cuando el santísimo varón deseó ser liberado de la pena, empujada por los espíritus inmundos, lo persuadía a injuriar al Señor, diciendo: *Maldice al Señor*,

¹⁸Hebr., אֲהָבֵי וְרַעֵי מִנֶּגְדִי נִגְעוּ בְּעֵמֻדִי [mis amigos y mis compañeros de delante de mi plaga se pararon]. Es decir: al ver mis llagas, no se atrevieron a acercarse demasiado. Los LXX: οἱ φίλοι μου καὶ οἱ πλησίον μου ἐξ ἑναντίας μου ἤγγισαν καὶ ἔστησαν [Mis amigos y mis vecinos de enfrente de mí se han acercado y se han parado].

¹⁹Amicus > animi aequus.

²⁰Hebr., וְקִרְבֵי מִרְחֵק עָמְדוּ [y mis cercanos se quedaron de lejos], esto es, manifestando asco y horror. Los LXX: καὶ οἱ ἔγγιστά μου ἀπὸ μακρόθεν ἔστησαν [y los de cerca de mí desde lejos se han parado].

²¹TL., *Et proximi mei a longe*; Vlg., *Et qui iuxta me erant de longe*.

²²TL., *vanitatem*; Vlg., *vanitates*.

y muere (Job 2,9). Los amigos y próximos, más arriba mencionados, también **meditaban engaños**, porque, mientras que consideraban que debía velar por el cuerpo, le aconsejaban cosas contrarias para el alma.

Verso 14.– **Pero yo, como sordo, no oía; y, como mudo que no abrió su boca** [*Ego autem velut*²³ *surdus non audiebam, et sicut mutus qui non aperuit*²⁴ *os suum*]. Nada puede ser más fuerte, nada más honorable, que oír cosas que hacen daño, y no responder con otras que las combata. En efecto, aunque habló cosas justas, sin embargo, era **sordo** a aquellas cosas que –por así decirlo– sugería la maldad de los consoladores. Añade: **Y, como mudo que no abrió su boca**. El **mudo**, aunque nada dice gritando, murmura, a veces, balbuciendo. Pero fue como un *mudo que no abrió su boca*, que con ninguna palabra áspera, con ninguna murmuración, se revolvió contra Dios. ¡Oh serenidad de un espíritu santo!. Por fuera, era consumido por los gusanos; por dentro, permanecía impasible. Y, como si estuviera cerca del altar²⁵, él seguía entregado a las alabanzas divinas.

Verso 15.– **Y me hice como hombre que no oye, y que en su boca no tiene reproches** [*Et factus sum ut homo non audiens, et non habens in ore suo increpationes*²⁶]. Se repite la misma idea, para inculcarnos así, con mayor fuerza, el ejemplo de una gran paciencia. Tenía, ciertamente, de su lado la causa justa, por cuyo medio habría podido argüir contra los que le aconsejaban inicuaamente; pero el pacientísimo varón, reflexionando para sí todas las cosas, no reaccionaba ante sus reproches, como él mismo en su libro dice: *¿Acaso no disimulé? ¿Acaso no me quedé quieto?* (Job 3,26). En efecto, habiendo podido rebatir a los que lo acosaban con falsas acusaciones, prefirió callar, como suele hacer el que es consciente de no tener la respuesta verdadera. Considera ahora los remedios aportados a cada una de las causas. Contra los dolores del cuerpo había dicho: *Rugía a causa del gemido de mi corazón*. Pero ahora, contra la maldad de sus consejeros, así medita: *Pero yo, como un sordo, no oía*, etc. De esta suerte, el relato ha concluido, según una doble exposición.

Verso 16.– **Porque en ti, Señor, esperé; tú me escucharás**²⁷, **Señor, Dios mío** [*Quoniam in te, Domine, speravi, tu exaudies me, Domine Deus meus*]. Completado, pues, el relato de sus sufrimientos, llega ahora al auxilio de la saludable medicina, porque –en medio de tan graves desgracias– no se desalienta su confianza, sino que siempre **esperó en el Señor**, que tiene el poder de cambiar la tristeza en gozo. Y considera que tal es la razón por la que su petición debe ser escuchada: porque puso toda su confianza en *esperar en el Señor*. En efecto, también él mismo dice: *Aunque me matare, en él esperaré* (Job 13,15). Del mismo modo, aquellos tres jóvenes confesarán igualmente: *Poderoso es Dios, para librarnos del horno de fuego. Y si no lo quisiere, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses* (Dan 3,17-18). Tal es, en efecto, la voluntad de los santos, tal es el juicio de un espíritu firme: hacerlo todo no por ganancia alguna propia de este tiempo presente, sino sólo por el amor del Señor.

²³TL., *velut*; Vlg., *tamquam*.

²⁴TL., *qui non aperuit*; Vlg., *non aperiens*.

²⁵TL., in textu: *tanquam assisteret altari* [mss., fieret alteri]. He respetado el texto latino, pero considero preferible esta segunda lección, en cuanto que el sentido de la frase sería: *Y, como si a él no le afectara, seguía entregado a las alabanzas divinas*. Creo que no tiene demasiado sentido hablar aquí del altar. Que el lector elija.

²⁶TL., *increpationes*; Vlg., *redargutiones*.

²⁷Hebr., תַּעֲנֶה אֲתָה [tú responderás], es decir, tú tomarás mi defensa. Pero los LXX traducen: σὺ εἰσακούσῃ [tú escucharás].

Verso 17.– **Porque dije: Por miedo de que algún día mis enemigos se burlaran de mí; y, mientras mis pies vacilaban, hablaron contra mí maldades** [*Quia dixi: Nequando insultent in me²⁸ inimici mei, et dum commoventur pedes mei, in me²⁹ magna locuti sunt*]. Enumera ahora cuáles son las causas por las que el Señor se digna escucharlo. En efecto, entre las más graves inquietudes, consecuencia de sus males, el egregio varón era sensible –en modo particular– al hecho de que el enemigo se burlase por mor de su caída. Los enemigos **se burlan**, ciertamente, cuando arrastran a un hombre a los deseos de su maldad, pues consideran que la caída de los fieles es para ellos una victoria. Los **pies** –como ya hemos tenido ocasión de decir– significan la cualidad de nuestros actos, cualidad por la cual caminamos en esta vida con pasos seguros. Pero cuando, por flaqueza humana, éstos llegaran a vacilar, aparecen inmediatamente los impíos burlones, que con grandes invectivas se levantan contra ellos, como en otro salmo también se dice: *Los que me atribulan exultarán, si yo fuere conmovido* (Sal 12,6). Pero los hombres piadosos hacen lo contrario: se afligen por las caídas de los demás, desean llevar consuelo a los caídos y alivio a los que han sido víctima de algún engaño, como dice el Apóstol: *Hermanos, si alguno como hombre fuere sorprendido en algún delito, vosotros, que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre* (Gál 1,6).

Verso 18.– **Porque preparado estoy para los flagelos, y mi dolor está siempre ante mí** [*Quoniam ego in flagella paratus sum, et dolor meus ante me³⁰ est semper*]. He aquí por qué el Señor se dignaba escuchar al suplicante, porque, sabiendo que por su fragilidad había delinquido, dignamente se disponía a recibir el castigo. Así sienten los que sin cesar se acusan a sí mismos: poder quedar absueltos en el aquel juicio, en pago de haber sido hallados en culpa, a causa precisamente de sus propias acusaciones. En efecto, llama aquí **flagelos** no a los golpes dados con correas de cuero, sino a los aspérrimos sufrimientos, consecuencia de los dolores. Sigue, pues, diciendo: **Y mi dolor está siempre ante mí**. Para aquel justísimo varón el **dolor** estaba ante sí, porque se había apartado de los mandamientos del Señor, en modo de perder la saludable inocencia y hacerse acreedor de mortíferos errores. Dolor digno de emulación, juicio recto es que el hombre justo se aire contra sí mismo, porque el defensor impío –como bien se sabe– es que causante³¹ de su propia perdición.

Verso 19.– **Porque proclamaré mi iniquidad, y meditaré a causa de mi pecado** [*Quoniam iniquitatem meam pronuntiabo³², et cogitabo pro peccato meo*]. Dice: **Proclamaré mi iniquidad**. Ha dado a conocer de dónde podía venir aquel dolor, antes manifestado. En efecto, si, a causa de su pecado, no se hubiese dolido, jamás habría podido manifestarse, en modo alguno, [131] la pureza de confesión tan grande. Pues de dos maneras, ciertamente, se muestra la virtud de una perfecta penitencia. La primera es reconocernos pecadores en la presencia del Señor, como dice él en su libro: *He pecado, ¿qué haré ante ti, oh guardián de los hombres?* (Job 7,20). He aquí la confesión del hombre santo, he aquí la verdadera confesión, que no le arrebató la vida, sino que duplicó en él los gozos de la salvación. Pero, para que no consideres que, en el acto de la confesión,

²⁸TL., TL., *insultent in me*; Vlg., *supergaudeant mihi*.

²⁹TL., *in me*; Vlg., *super me*.

³⁰TL., *ante me*; Vlg., *in conspectu meo*.

³¹TL., in textu: *fautor* [ed., factor].

³²TL., ; *pronuntiabo*; Vlg., *annuntiabo*.

esta sola declaración podía ser suficiente, añade: **Y meditaré a causa de mi pecado**, es decir, me conduciré, con tu favor, de tal modo que mi pecado merezca ser perdonado: ofreceré el llanto, daré limosnas y, de aquello en que falté, por la observancia de tus mandatos, Tú me purificarás.

Verso 20.– **Pero mis enemigos viven, y se han hecho más fuertes que yo, y se han multiplicado los que me odiaron inicualemente** [*Inimici autem mei vivunt, et confortati sunt³³ super me; et multiplicati sunt qui oderunt me inique*]. Llama sus **enemigos** a las maldades espirituales que, con el consentimiento del Señor, el varón santísimo soportaba, con objeto de ser probado. Estos enemigos –con dolor se ha decir– **viven**, esto es: se hacen dueños de la libertad de su voluntad y no temen a la muerte, que nosotros sufrimos en el cuerpo. No le basta sólo con decir: *Viven*, sino que añade: **Y se han hecho más fuertes que yo**. Y acrecienta aún más su horror, diciendo: **Y se han multiplicado los que me odiaron**. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *emphasis*, porque las ideas van creciendo, gradualmente, a fin de ir suscitando como una suerte de inquietud espiritual. Ahora, bien, *se multiplicaron los que lo odiaron*, al aumentar sobre él el número de los espíritus inmundos. En efecto, uno arrasaba la fortuna; otro arruinaba el patrimonio; otros acababan también con la vida de sus hijos, e inevitable era que –entre tantas calamidades– crecieran los enemigos alrededor de aquél que dio pruebas de soportar tan numerosos peligros. Y apostilla: **Inicualemente**, porque los malos espíritus –continúa e injustamente– causan horror al santísimo varón. Esto se dice, ciertamente, para expresar la voluntad diabólica, no la perversa y vacía jactancia de los méritos.

Verso 21.– **Quienes devolvían males por bienes arremetían contra mí, porque yo he seguido la justicia** [*Qui retribuēbant³⁴ mala pro bonis detrahebant mihi, quoniam subsecutus sum iustitiam³⁵*]. Vuelve a los amigos denigradores, que imputaban al santísimo varón graves culpas y arremetían contra él, cuando, por el contrario, habrían debido alabar su paciencia. En efecto, incluso su propia mujer denigraba su justicia, diciendo: *Maldice a Dios, y muere* (Job 2,9). Pero bien dice que él ha **seguido la justicia**, pues, en ningún momento, la ha abandonado. En efecto, éstas son sus mismas palabras: *No hallaréis en mi lengua iniquidad, ni resonará la necedad en mi boca* (Job 6,30). Del hecho de que esta profesión procede de la íntegra pureza del corazón de aquel hombre santo, da testimonio la sentencia del Señor, con la que, al final de su libro, se dirige a sus amigos, diciendo: *Encendido está mi furor contra vosotros, porque no habéis hablado ante mí lo que es recto, como mi siervo Job* (Job 42,7). Termina aquí la tercera parte que –como dijimos– se refiere, lejos de toda duda, a la medicina saludable. Veamos ahora, como conclusión, el término de la entera exposición.

Verso 22.– **No me abandones, Señor, Dios mío; no te apartes de mí** [*Ne derelinquas me, Domine Deus meus; ne discesseris a me*]. Este santísimo penitente, liberado –por indulgencia divina– de los peligros pasados y lleno ya de alegría, suplica al Señor no ser abandonado de Él, por cuyo favor había sido liberado. En efecto, propio de una conciencia recta, mucho más profundo debe ser aún el miedo a errar, después del perdón, es decir: el hecho de que quien es deudor de gracia incurra nuevamente en la ofensa. En efecto, cuando Él se separa de nosotros, vamos tras

³³TL., *vivunt, et confortati sunt*; Vlg., *vivent, et firmati sunt*.

³⁴TL., *retribuēbant*; Vlg., *retribuunt*.

³⁵TL., *subsecutus sum iustitiam*; Vlg., *sequebar bonitatem*.

errores escabrosos, porque, una vez ausente Aquél que es el camino recto, errar resulta siempre inevitable.

Verso 23.— **Acude en mi ayuda, Señor Dios de mi salvación** [*Intende in adiutorium meum, Domine Deus salutis meae*]. Ha pedido antes al Señor que no lo abandone. Le suplica ahora, con mayor ahínco, que se digne **acudir en su ayuda**, porque sabía que su lucha era contra uno que había dicho: *Pondré mi sede hacia el Aquilón y seré semejante al Altísimo* (Is 14,13). En efecto, ¿con qué fuerzas un enemigo de tan ingente poder podría ser vencido, si no **acudiera** Aquél que, saliéndole valedor, podría él no perecer³⁶? Y, para que conozcas que la acción de gracias ha llegado a su total cumplimiento, añade: **Dios de mi salvación**. Ciertamente, el Dios que, después de tantas heridas sufridas, le ha devuelto la salud y dado al alma un sosiego tal que aquel antiguo tirano ya no podrá arrebatar. He aquí que está completada la regla del penitente: exulta ahora, una vez salvado, el que, tiempo atrás, a causa de la avanzada infección sus llagas, poco a poco se estaba pudriendo. Llegan así a la victoria, cuando son atacados los soldados del Señor.

Conclusión del salmo

¡Cuán fuerte, cuán vencedor de sí mismo se hizo este Job davídico, hasta el punto que —en medio de tantas y tan acerbas heridas— sus palabras no dejaran de ser pronunciadas con la debida moderación!. Su cuerpo yacía en un estercolero, pero su espíritu habitaba en el cielo. El vencedor de los espíritus inmundos era consumido por los gusanos. Pequeñas son las cosas que soportó, si consideras las que recibió. Así se sirve, provechosamente, al Señor misericordioso, así se reconoce la clemencia de la Divinidad: cuando le presentamos sus larguezas, le pedimos de nuevo retribuciones más copiosas. ¡Oh feliz seguridad de los que hacen penitencia! ¡Oh altura admirable de los que se humillan!: que vuelva a la gracia —confesando— el que, por su propio bien, quiso condenarse a sí mismo. Entendamos cuán grande es, en verdad, la dignidad de los que hacen penitencia, pues no es excluido de ella ni siquiera aquél que fue alabado por las palabras de tan alto Juez [Job 1,8].

³⁶TL., *perire* [ed. et ms. G., *parere*]

SALMO TREINTA Y OCHO

Para el fin. Para Yedutún¹. Cántico de David

[*In finem pro Idithum canticum David*]

En este título aparece un nombre nuevo. Por tal razón, hemos de buscar, con todo cuidado, por qué aparece o qué significa. Ya quedó dicho en el prefacio que los personajes, que responden a estos nombres, no fueron los autores de los salmos, sino que, por ser excelentes cantores y a causa del significado de sus nombres, dichos salmos les fueron atribuidos, de manera que de tal mención recibieran, por una parte, el honor correspondiente a su estimadísimo oficio y, por la otra, a partir de la interpretación de sus nombres, se pusiera de manifiesto el significado arcano contenido en los salmos en que aparecen. En efecto, **Yedutún** es un nombre hebreo, cuya traducción al latín es *transilitor*², es decir, *el que pasa por encima*, pero no el que pasa algo a pie o el que, dando un salto, atraviesa determinadas aberturas, sino el que por encima de las veleidades de este mundo está establecido ya en aquella firmeza, que consiste únicamente en conseguir los premios de la felicidad futura. Por consiguiente, en este salmo se introduce la persona caracterizada por un modo de vida santo, persona que no sólo saltara por encima de los halagos humanos, sino que demandaba –aún más– las alegrías futuras. Y, pues el santísimo varón enumera asimismo algunas de sus aflicciones, a fin de que no llegases a pensar que también este salmo se ha de aplicar a los penitentes, añade la palabra **cántico**, algo que, ciertamente, no es conforme al sentimiento interior de tales personas [132]. En efecto, *cantar* es propio del que está alegre; a veces, también del que está triste, pero nunca del penitente.

División del salmo

Este *Yedutún* –de quien que hemos dicho que pasa por encima de los vicios nocivos– nos ofrece la figura del hombre justo. En la primera parte del salmo, dice que, para máxima utilidad y remedio, frente a los insidiadores enemigos ha guardado silencio, pidiendo –si acaso lo mereciera– despedirse de esta vida, después de ver con sus propios la encarnación del Señor. En la segunda, por medio de un silogismo construido en cinco partes, muestra que es vano el temor de los mortales, porque todas las cosas están establecidas en el poder divino. Ruega, en la tercera, que le sean perdonados los delitos culpables, de manera que su vida acabe en un final feliz.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Dije: custodiaré mis caminos, para no delinquir con mi lengua** [*Dixi: custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea*]. Es propio de la condición humana que, cuando alguien se conduce con un comportamiento digno de alabanza, éste se sienta acosado, de continuo, por las insidias de los calumniadores. Por tanto, este *Yedutún* que, a causa de su loable reputación, se atrajo la envidia de los malvados, deliberando consigo mismo, concluye que mejor

¹Hebr., לִידוּתוּן [De *Yedutún*]. *Yedutún* era uno de los tres maestros principales de música (1Crón 16,41; 25,1). Los LXX: τῶ Ἰδιθοῦν [Para *Idito*].

²HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 872).

es guardar silencio que responder a los maliciosos³. En efecto, ¿qué hombre hay tan prudente que, si habla entre gente envidiosa, no corra el riesgo de que cualquiera de sus palabras lo conduzca a algún tropiezo?. Pero veamos ahora cada cosa por separado. **Dije**, esto es, ante mí, en mi corazón, allí donde deliberan los sabios, antes de decidirse a hablar. **Custodiaré mis caminos**. No dice: *Me abstendré de crímenes*, porque ya era un hombre recto, sino me abstendré de palabras superfluas, que rara vez pueden evitarse o contenerse, como el apóstol Santiago dice: *Pues ningún hombre puede domar la lengua* (Sant 3,8). Y también: *Pequeño miembro es, en verdad; mas de grandes cosas se gloria* (Sant 3,5). Ciertamente, cosa difícil es que la lengua, establecida en lo resbaladizo de la boca, mantenga la moderación propia del rigor de la verdad. Si a ésta, imprudentemente, se le aflojan los frenos, con frecuencia, habla contra sí misma. Por tal razón, el daño se evita, más fácilmente, guardando silencio, que no hablando.

Verso 2.— **Puse guarda a mi boca**⁴, cuando el pecador se opuso contra mí [*Posui ori meo custodiam, dum consistit*⁵ *peccator adversum me*]. Se trata de la figura retórica llamada *epexegesis*, es decir, explicación de lo dicho anteriormente. Dice, en efecto, en qué modo peca con su lengua. Puesto que la boca es considerada como la puerta de la lengua, también la boca cerrada será guardada bien, si su puerta está custodiada. Dice Salomón: *Pon puertas y cerrojos a tu boca... y yugo y balanza a tus palabras* (Sir 28,28-29). En efecto, el cerrojo se llama así, porque es el que se corre a las puertas, cuando llega la tarde⁶. Pero cuándo debe aplicarse principalmente tan gran vigilancia de antemano anunciada, a continuación lo dice: cuando el envidioso se pone frente a alguien, buscando oír de dónde pueda llevar a cabo el hecho calumnioso.

Verso 3.— **Enmudecí y me humillé, y callé acerca de cosas buenas; y fue renovado mi dolor** [*Obmutui, et humiliatus sum, et silui a bonis; et dolor meus renovatus est*]. Con astucia fueron burlados los insidiadores, pues, buscando ellos maliciosamente, tirarle de la lengua, como respuesta encontraron el silencio. Ahora bien, pueden **enmudecer** también aquéllos, cuya boca se cierra a menudo con excesivo furor. Y, para que te des cuenta de que aquel dolor no era engañoso, sino completamente puro, añade: **Y me humillé**. En efecto, *humillarse* significa postrarse de cara al *suelo*⁷. Dice que también **ha callado acerca de cosas buenas**, esto es, acerca de enseñanzas buenas, en modo de no instruir, por su medio, a aquél que las menosprecia. Pero, pues acostumbran los malvados –aun escuchando cosas buenas– no dejar de incordiar en modo alguno, por tal razón dice que ha callado *acerca de cosas buenas*: porque no estaban dispuestos a aceptar una saludable reconvencción quienes buscaban continuos motivos de enfrentamiento. Al respecto, dice el Señor en el Evangelio: *No arrojéis vuestras perlas delante de los puercos* (Mt 7,6). En efecto, al decir: **Fue renovado mi dolor**, está dando a entender que anteriormente también experimentó dolor, esto es, cuando, por la facultad del entendimiento, conocía los deseos de los malvados. Pero ahora, al ver que la maldad de los hombres podía recaer, más bien, sobre él, *fue renovado su dolor* por la mirada de la piedad, es decir: haciendo del delito ajeno su propia tribulación.

³TL., in textu: *malitiosis edicere* [ed., *malitiose dicere*].

⁴Hebr., אֲשַׁמְרָה לְפִי מִחֶסֶם [guardaré mi boca con bozal]. Los LXX: ἐθέμην τῷ στόματί μου φυλακὴν [*he puesto a mi boca vigilancia*].

⁵TL., *dum consistit*; Vlg., *cum consisteret*.

⁶Sera [cerrojo] > sera [tarde].

⁷Humilio > humus.

Verso 4.– **Se acaloró mi corazón dentro de mí, y en mi meditación se inflama el fuego. Hablé en mi lengua** [*Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescit⁸ ignis. Locutus sum in lingua mea*]. Después del silencio que –muy a su pesar– dice haber soportado hasta el punto de no haber podido anunciar absolutamente cosa alguna de provecho para los hombres, encendido por el fuego de la caridad, dirige ahora sus palabras al Señor. Pero oigamos con cuánta fuerza expone el ardor de su deliberación. Dice: **Se acaloró mi corazón**, es decir: fue encendido por todos lados, de manera que ésta tan gran conmoción llegase al conocimiento de las realidades celestiales. **Dentro de mí**, o sea, en el hombre interior, donde habla la razón silenciosa y es escuchada favorablemente por el Señor. Sigue: **Y en mi meditación se inflama el fuego**. Para que no quieras imaginar que el fuego se eleva en llamas por motivos insanos, dice: **En mi meditación**, esto es, en mi consejo, en mi deliberación, donde, con toda modestia y prudencia, se enciende el ardor del espíritu y la llama disciplinable circunvuela el espíritu iluminado. En efecto, ¿qué puede inflamarse más extensamente que la caridad?. Pero aquel ardor es tranquilo; la llama, mansa; la conmoción, inculpable; la premura, moderada. Por lo cual este varón santísimo –como sucede a los más perfectos– oportunamente calló y adecuadamente habló. En efecto, el que había guardado silencio ante los mendaces enemigos, con la lengua de la conciencia habló al Señor, que es veraz. Y no carece de importancia el hecho de que diga: **Con mi lengua**, es decir: era su costumbre confesar al Señor con un espíritu puro y ansiar su venida con deseo de piadosa dilección.

Verso 5.– **Hazme conocer, Señor, mi fin y cuál es el número de mis días, para saber qué me falta** [*Notum fac mihi, Domine, finem meum, et numerum dierum meorum quis est, ut sciam quid desit mihi*]. Después de aquella tan gran paciencia y extraordinaria fortaleza de invicto ánimo, absurdo parecería creer que el santo varón estuviese deseoso de saber cuántos años de vida le quedaban todavía, sino que, lleno del deseo del Señor Salvador, a quien con pleno espíritu creyó conveniente preguntar, quiso saber qué límite de luz le estaba preparado, es decir: si la duración de su vida podía llegar a aquella santa encarnación, que llevaba consigo en espíritu. Pide, por tanto, conocer su **fin**, es decir, al Señor Salvador. En efecto, ése es nuestro fin: haber llegado a Aquél que es la vida, que no tiene fin, a condición, sin embargo, de que, mediante culpas sucesivas, no lo hayamos ofendido de nuevo. Desea saber, después, el **número** de sus **días**, para que apareciera, con mayor evidencia, si también merecería ver su presencia con los ojos mismos de su cara. Añade, además: **Para saber qué me falta**. En efecto, una vez conocido su fin, podía saber cuánto habría podido faltar hasta su llegada. Y bien ha añadido: **Qué me falta**, porque realmente consideraba que le faltaría la vida, si no mereciera contemplar su presencia. De este modo, el deseo de aquel gran ardor queda descrito perfectamente por la fuerza expresiva de estas palabras.

Verso 6.– **He aquí que has tenido en cuenta mis viejos días, y que mi sustancia como nada es ante ti** [*Ecce veteres⁹ posuisti dies meos, et substantia mea tanquam nihil ante te est¹⁰*]. Ves que, con razón [133], ha sido pedida la presencia de Cristo el Señor, antes de confesar que son **viejos** sus **días**. En efecto, aun habiéndose conducido con un modo de vida agradable a Dios, estaba, sin embargo, en *los viejos días*, es decir, cuando aún no había llegado a la gracia de la nueva regeneración. En efecto, en aquel tiempo *fueron viejos los días*, que constantemente conducían al

⁸TL., *exardescit*; Vlg., *exardescet*.

⁹TL., *Ecce veteres*; Vlg., *Ecce mensurabiles*.

¹⁰TL., *nihil ante te est*; Vlg., *nihilum ante te*.

género humano al ocaso de la muerte, y nada nuevo había en ellos, nada donde se atisbara el brillo de la llegada del Señor Salvador. De aquí las palabras del Apóstol: *Las cosas viejas han pasado; he aquí que todas las cosas son hechas nuevas* (2Cor 5,17). Sigue: **Y mi sustancia como nada es ante ti**. No dice que sus actos son nada ante Dios, sino que no lo es su sustancia. Pues, ¿cómo podía ser que quien había desdeñado el mundo, que quien había superado los vicios de su carne, ante Dios fuera tenido como si fuese nada?. Pero, con razón, dice que *su sustancia nada es ante Dios*, la sustancia que fue condenada, a causa del pecado de Adán, sustancia que de nada propio puede estar orgullosa, a no ser que la Divinidad alguna causa le dispensara.

Verso 7.– **En verdad, vanidad universal es todo hombre que vive**¹¹ [*Verumtamen universa vanitas, omnis homo vivens*]. Este saltador de los vicios, habiéndose llenado de la visión de la verdadera luz y tras haber visto claramente con los ojos del corazón la futura venida del Señor Salvador, con objeto de que nadie creyera que los hombres santos estaban libres de tentaciones, vuelve a considerar su debilidad, que –aun en medio de las más altas virtudes y debido al pecado de la carne– seguía soportando. Dice: Grandes son, ciertamente, todas estas cosas, que hemos referido, grandes son las que creemos. Pero, pues vivimos en esta condición mortal, donde la fragilidad humana golpea nuestro espíritu y aún no existe aquella única realidad eterna, que nos haga mantenernos en su firmeza, **vanidad universal es todo hombre que vive**. En efecto, como muchas veces hemos dicho, **vanidad** significa la mutabilidad, que –excepto Cristo– experimenta todo hombre, que está revestido de esta carne mortal. Reprueba, pues, el santísimo varón los funestos hábitos de la vida mundana, deseando llegar a aquella felicidad eterna, donde consideraba que, junto con los ángeles, habría de tener su parte.

Verso 8.– **Aunque en imagen de Dios camine el hombre, sin embargo, en vano se conturbará; atesora, e ignora para quién acumula las cosas**¹² [*Quanquam in imagine Dei ambulet homo, tamen vane conturbabitur*¹³; *thesaurizat, et ignorat cui congregat*¹⁴ *ea*]. Después de haber callado de manera loable y hablado también con espíritu religioso, tal como, en verdad, es propio de los sabios, llega a la segunda parte, donde, sirviéndose de un silogismo formado en cinco partes, muestra que, después de la transgresión del primer hombre, el género humano está sometido a la vanidad, excluidas sólo la esperanza y la espera de Dios. Pero, al decir: **Aunque**, no sé qué cosa de tan gran importancia, qué cosa tan extraordinaria quiera dar a entender, algo de lo que –aunque el hombre lo lleve consigo– se han apoderado, no obstante, los vanos deseos. Mas qué sea tal cosa, de tan gran excelsitud adornada, a continuación lo revela, diciendo: **En imagen de Dios camine el**

¹¹Hebr., כָּל-אָדָם נָצַב [todo hombre, que está en pie], es decir: que está en vida, en estado próspero o bien establecido. Los LXX: πᾶς ἄνθρωπος ζῶν [todo hombre que vive].

¹²Hebr., אֲדָבֶצְלֵם יִתְהַלֵּךְ-אִישׁ אֶת-הַקֶּבֶל יִהְיֶינּוּ יִצְבֵּר וְלֹא-יָדַע מִי-אִסְפָּם [Ciertamente, en sombra caminará el hombre; sí, un soplo se turbarán, acumulará y no sabe quién lo recogerá]. Los LXX: μέντοιγε ἐν εἰκόνι διαπορεύεται ἄνθρωπος πλὴν μάρτην ταράσσονται θησαυρίζει καὶ οὐ γινώσκει τίτι συνάξει αὐτά [Sin duda, en imagen deambula el hombre; pero, realmente, en vano se inquieta; acumula tesoros y no sabe para quién los reunirá].

¹³TL., *Quanquam in imagine Dei ambulet homo, tamen vane conturbabitur*; Vlg., *Verumtamen in imagine pertransit homo, set et frustra conturbatur*.

¹⁴TL., *congregat*; Vlg., *congregabit*.

hombre. La **imagen de Dios**¹⁵ es aquélla que, en la creación de las cosas, recibió el hombre, cuando dijo Dios: *Hagamos al hombre al imagen y semejanza nuestra* (Gén 1,26). Esta sentencia, así separada por unos instantes, nos resultará clara, desde el momento en que entendamos que una cosa es la **imagen** y otra la semejanza. La *imagen* contiene, ciertamente, la semejanza de aquella realidad de la que es *imagen*. Pero la *semejanza* no siempre contiene la imagen de aquella realidad de la que es semejanza. Y, por ello, el hombre interior que –como dice el Apóstol– *es renovado de día en día* (2Cor 4,16), en el que están la inteligencia racional, el conocimiento de la verdad y la inmortalidad conferida por la Divinidad, es el que posee la *imagen de Dios*, porque, por la disposición espiritual de sus actos, es más excelente. Pero el hombre exterior –del cual el mismo Apóstol dice que está corrompido y sobrecargado por el variado peso de las pasiones (2Cor 4,16)– mantiene, sin embargo, alguna semejanza del Creador, hecho por el cual decimos que vive, que ve, que es, que se vuelve a la mente que lo rige, que –entre todas las demás criaturas– es con mucho superior, aun cuando estas cosas se hallen en Dios, en modo infinitamente distante de como se hallan en las criaturas. Pero, ¿qué diré del hombre exterior?. Se le compara con un gusano, con un león, con una piedra, pero no por la dignidad de la sustancia, sino en razón de alguna determinada similitud. Se entiende así, rectamente, el hecho de que Dios haya creado al hombre a su imagen y semejanza, si las cosas separadas son devueltas a sus partes correspondientes. En su libro *De las cuestiones*, título segundo (*Lib. LXXXIII Quaest., quaest. 51*¹⁶), nuestro padre Agustín trató sobre este punto con gran sutileza y acierto. Pero aunque esta imagen sea grande y se gloríe por alguna semejanza con tan grande Autor, en cuanto que vive, es racional, es inmortal. El hombre, sin embargo, puesto que ya fue hecho sujeto a los pecados y desemejante en pureza, antes de la transgresión del primer padre, es turbado y confundido por los deseos caducos, al tener que pensar en qué comer o preocuparse por cómo cubrirse el cuerpo o por otras muchas cosas, a las que la humanidad se halla sometida en este mundo. Y bien dijo: **Se conturbará**, porque los que se dejan acaparar por los afanes temporales pierden la pureza del espíritu. Añade: **Atesora, e ignora para quién acumula las cosas**. Queda probada de aquí la estupidez de la vanidad, pues desea conservar lo perecedero y guardar las cosas que son transitorias, máxime cuando resulta evidente que quien finalmente vaya a poseer tales cosas es asunto, a todas luces, inseguro. En efecto, quien piensa que serán sus hijos queridos los herederos de sus bienes, ignora por completo la posibilidad de que dichos bienes pudieran ir a parar a manos de sus más acérrimos enemigos. Y observa que, aunque guarden semejanza entre sí muchos vicios por los que la volubilidad de los hombres merece ser reprobada, sin embargo, es la avaricia la elegida como blanco de todas estas imputaciones, de suerte tal que el mal más notable escuche aquello que de él se dice y lo conozcan también los vicios menores, pues está escrito: *La raíz de todos los males es la avaricia* (1Tim 6,10).

Verso 9.– **Y ahora, ¿cuál es mi espera? ¿No es acaso el Señor? Y mi sustancia está ante ti**¹⁷ [*Et nunc quae est expectatio mea? Nonne Dominus? Et substantia mea ante te est*]. Una vez advertido el género humano del gran vicio de la vanidad, vuelve ahora a su persona, proclamando

¹⁵Sin embargo, como puede verse en las notas, la expresión *imagen de Dios* no se encuentra ni en el texto hebreo ni en los LXX, y tampoco en la Vlg. También S. Agustín habla sólo de imagen: *Quanquam in imagine ambulat homo*.

¹⁶AUG., (PL 40, 32-34).

¹⁷Hebr., וְעַתָּה מַה־אֶקְוֶה לְךָ יְיָ אֱלֹהֵי אֲדֹנָי תוֹחֵלְתִי לְךָ הַיָּיָא. [*¿y ahora qué esperaré, Señor? Mi esperanza en ti está*]. Los LXX: καὶ νῦν τίς ἢ ὑπομονή μου οὐχὶ ὁ κύριος καὶ ἡ ὑπόστασις μου παρὰ σοῦ ἐστίν [*Y ahora, ¿quién es mi espera? ¿No es el Señor y mi existencia está junto a ti?*].

que su **espera** es Cristo **el Señor** y que ninguna previsión tiene en los deseos caducos, sino sólo en esperar a Aquél que saludablemente ya ha venido para el mundo. Pero esta *espera* puede significar también el juicio, en el que a los santos se les promete los gozos eternos. En efecto, el que tan egregiamente salta por encima de los vicios, necesariamente debía esperar el tiempo aquel, en que había de recibir la corona de los premios eternos. Pero llama aquí su **sustancia** no a la de Adán, a la que en los dos versos anteriores se ha referido. A aquélla, en efecto, se la nombraba en sentido negativo; a ésta se la nombra, en cambio, en sentido positivo, porque también este nombre admite un doble sentido. Por lo cual, la palabra *sustancia* debemos entenderla aquí positivamente, es decir, como posesión de la consciencia por la que era sustentado, por la que era alimentado, por la que era rico y señor de la casa. Dice: **Ante ti está**. No en mis bolsas, como, con referencia a los avaros, más arriba se dijo. Está en tu presencia, no en lugares conocidos sólo por mí, donde se hallan riquezas indescriptibles. En efecto, al ser considerada merecedora de desprecio, en el verso sexto de este salmo acerca de aquella sustancia se dijo: *Como nada está ante ti*. Pero sobre ésta se dice ahora: *Ante ti está*, allí donde nada puede estar, a no ser algo que, a causa de una obra gloriosa, fuere perfecto.

Verso 10.– **De todas mi iniquidades líbrame; me diste en oprobio al insipiente**¹⁸ [*Ab omnibus iniquitatibus meis eripe me*¹⁹; *opprobium insipienti dediste me*]. Aun cuando la vida de este hombre santo fuese una vida digna de toda alabanza, ruego, sin embargo [134], que la misericordia del Señor *lo libere de todas sus iniquidades*, de manera que sepamos que nadie está aquí seguro, no obstante fuere agraciado con los favores divinos. En efecto, al decir: **De todos**, está significando que las menudencias de las iniquidades son diversas, como en el salmo décimo octavo se dijo: *¿Quién conoce los delitos? De mis cosas ocultas límpiame, Señor; y de las ajenas guarda a tu siervo* (Sal 18,13). Sigue: **Me diste en oprobio al insipiente**. Tal es la costumbre de los necios, con objeto de burlarse más hirientemente de los que se afanan por guardar las buenas formas. Así, pues, el santo varón era oprobio para los ignorantes, en cuanto que lo despreciaban por ser diferente de ellos. En efecto, los que obran el mal alaban únicamente aquellas cosas, que consideran que les son afines.

Verso 11.– **Enmudecí, y no abrí mi boca; porque tú me hiciste** [*Obmutui, et non aperui os meum; quoniam tu fecisti me*²⁰]. Vuelve ahora a cosas ya dichas anteriormente. Afirma, en efecto, no haber respondido a sus enemigos, pero añade también: **Porque tú hiciste**²¹. **Hizo**, ciertamente, el mismo que le concedió los dones de la paciencia. En efecto, no habría mantenido este silencio tan sumamente saludable, si no se lo hubiese concedido la generosidad del cielo.

Verso 12.– **Aparta de mí tus plagas, pues por la fuerza de tu mano yo desfallezco**

¹⁸Hebr., אֶל-תְּשִׁימֵנִי הַרְפֵּת נְבִל [oprobio del necio no me hagas ser]. Los LXX: ὄνειδος ἄφρονι ἔδωκάς με [como injuria para el insensato me has dado].

¹⁹TL., eripe me; Vlg., erue me.

²⁰TL., fecisti me; Vlg. fecisti.

²¹Obsérvese que, en el presente versículo, el texto latino, a diferencia de la Vlg., complementa el verbo con el acusativo *me*: *Porque tú me hiciste*. Si embargo, en la explicación, coincidiendo ahora con la Vlg., omite el pronombre complemento directo: *Porque tú hiciste*, omisión por la que se plantea el problema, es decir: *¿Enmudecí, porque tú hiciste; o bien: Porque tú me hiciste, aparta de mí tus plagas*. S. Agustín dedica unas líneas a este asunto. Dice, en efecto: *Enmudecí, y no abrí mi boca; porque tú me hiciste. Me admiro. ¿No hizo el Señor tu boca para hablar...? ¿O es que la frase porque tú me hiciste pertenece al verso siguiente, de manera que se diga: Porque tú me hiciste, aparta de mí tus plagas, etc.?*

[*Amove a me plagas tuas, a fortitudine enim manus²² tuae ego defeci*]. Convenientemente, una vez que ha sido expuesta la causa de expiación, *Yedutún* solicita el perdón, de suerte tal que, quien había seguido los preceptos del Señor, mereciera también ser escuchado. Las **plagas** son las correcciones, que proceden de los azotes, por cuyo medio justamente recibimos el castigo, que nuestros pecados merecen. El santísimo varón desea ser apartado de estas plagas venidas sobre él, en razón las culpas que había admitido. Una mano vigorosa flagela severamente, razón por la cual, quienquiera que por tan poderosa mano fuese golpeado, habría de desfallecer sin remedio.

Verso 13.— **En las increpaciones, a causa de la iniquidad castigaste al hombre, e hiciste que su alma se consumiese como una araña²³. En vano ciertamente se conturba todo hombre viviente²⁴** [*In increpationibus propter iniquitatem corripuisti hominem, et tabescere fecisti sicut araneam animam eius. Verumtamen vane conturbatur omnis homo vivens²⁵*]. Se muestra aquí de manera evidente la piedad del Señor, que no ama las **increpaciones**, si no es para corregir a los hombres. Ciertamente, la **iniquidad** de los mortales —a modo de una enfermedad gangrenosa— se extiende sin remedio, a no ser que una adecuada intervención medicinal consiguiera atajarla. En efecto, entonces es cuando nos convertimos, entonces es cuando nos alejamos de nuestras perversas intenciones: cuando experimentamos que los mandamientos del Señor nos acusan. Ahora bien, la **araña** tiene un cuerpo muy liviano, no vive en la tierra, sino que, en los lugares más altos, teje finísimas telas con el jugo, que segregan sus glándulas, como es también el caso de ciertos gusanos, que hilan la seda. Con razón, pues, con este minúsculo cuerpo viene comparada el alma del que se convierte y aflige, el cual, fatigado por las largas abstinencias y vigiliadas, abandonando las cosas terrenas, realiza las más exquisitas obras virtuosas, consumido por el temor divino. Dichas estas cosas, se vuelve a aquel comienzo de su proposición, es decir: que, aun siendo increpado, aun siendo consumido, aun así, a causa de la fragilidad de su condición humana, **se siente conturbado** por un variado cúmulo de cosas. Pero de tal perturbación es liberado solamente aquél que se entrega, con espíritu puro, a la contemplación divina. Perfecta es —según considero— la prueba del silogismo retórico llamado *epichirema*, prueba dividida en cinco partes y que ahora —en la medida en que podamos— en sus miembros y en sus versos vamos a presentar. La premisa mayor es: *Aunque en imagen de Dios camine el hombre, sin embargo, vanamente será conturbado*. Prueba de tal premisa es: *Atesora bienes e ignora para quién los atesora*. Procediendo, según cuatro versos, sigue la premisa menor: *Y ahora, ¿cuál es mi espera? ¿No es acaso el Señor?*. Y todo lo que sigue, hasta llegar al presente verso. Ya hemos dicho que lo expuesto en los miembros de este período —ya breve de por sí— fue aquilatado después, aún más, por los maestros seculares. Pero aquí se ha de buscar no tanto lo expresado claramente en cada una de las partes cuanto los indicios, que en ellas se señalan. Se añade la prueba de la premisa menor: *En las increpaciones, a causa de la iniquidad, castigaste al hombre, e hiciste que su alma se consumiese como una araña*. En respuesta adecuada a la premisa mayor, se desprende —si no me equivoco— la conclusión esperada: *En vano,*

²²TL., *a fortitudine enim manus*; Vlg., *a fortitudine manus*.

²³Hebr., אֵךְ חַמְרוֹרֵי כְּעֵשׂ וְתַמָּם [y *deshaces, como polilla, lo más hermoso para él*]. Como la polilla, roe lo mejor (Job 13,28; 27,18; Is 50,9; Os 5,12). Los LXX: καὶ ἐξέτηξας ὡς ἀράχνην τὴν ψυχὴν αὐτοῦ [y *has destruido como araña su alma*].

²⁴Hebr., הַבֵּל כָּל־אָדָם סָלָה [ciertamente *vanidad es todo hombre*]. Los LXX: πλὴν μάτην ταράσσεται πᾶς ἄνθρωπος [en *realidad, en vano se inquieta todo hombre*].

²⁵TL., *omnis homo vivens*; Vlg., *omnis homo*.

ciertamente, se conturba todo hombre viviente. De este modo –según mi parecer– la prueba del silogismo, dividido en cinco partes, es llevada a su término de manera completa.

Verso 14.– **Escucha, oh Dios, mi oración y mi deprecación. Percibe con los oídos mis lágrimas** [*Exaudi, Deus, orationem meam et deprecationem meam; auribus percipe lacrymas meas*]. Este *Yedutún* cuanto más misterios había llegado a conocer tanto más se deshacía ante el Señor, suplicando ardientemente. Llega, pues, a la tercera parte, donde, con humildad y confianza, ruega que le sean perdonados sus pecados, antes de que su vida conociese su fin. Por tal razón, se hace necesario considerar cómo es que aquél que anteriormente aseguraba haber pasado por encima de los vicios del mundo, aparece ahora lamentándose con tan graves gemidos. Ciertamente, porque a nadie le es bastante la victoria lograda sobre los vicios, si ésta no se apoya, para su sostenimiento, en una continua súplica. Por ello, primero, habla de **oración** y, en segundo lugar, de **deprecación**. La *oración* es la razón de la boca²⁶, que recitamos, inclinados, expresando nuestros deseos. Pero la **deprecación** es la súplica repetida y continua, que brota de lo más profundo del corazón. Escucha, pues, lo que sigue: **Percibe con los oídos**. Con frecuencia, hemos dicho que Dios escucha lo que ve y ve lo que escucha, porque en Él no hay distinción de miembros corporales, sino que realiza todas las cosas, en virtud del poder de su Divinidad. Y, para que no creas que tal súplica ha sido expresado sólo de palabra, ha añadido: **Mis lágrimas**, lágrimas que, en las preces, producen siempre gran impacto y hacen que el ánimo piadoso se disponga a la clemencia curativa.

Verso 15.– **No calles de mí, porque yo íncola soy ante ti en la tierra, y peregrino, como todos mis padres** [*Ne sileas a me, quoniam ego incola sum apud te in terra et²⁷ peregrinus, sicut omnes patres mei*]. **No calles**, esto es: te escucharé a Ti, que dices lo que atestigua el Evangelio: *Perdonados te son tus pecados* (Lc 7,47). O lo que, en otro lugar, afirma el salmo: *Di a mi alma: Yo soy tu salvación* (Sal 34,3). O también: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os he preparado desde origen del mundo* (Mt 25,34). Por lo cual, cualquiera que elijas de entre ellas, vendrá bien. Pero **íncola** es el que vive, sólo durante un tiempo, en la tierra que habita, no el que permanece siempre en su propia patria, cosa que sucede a todo santo, que es recibido en la ciudad divina. En efecto, el pecado a todos nos hizo extranjeros y nos retuvo cautivos en una tierra de abominación. Pero, cuando la misericordia del Señor nos toma consigo, somos *íncolas*, porque llegamos allí, es decir, somos trasladados –atraídos por Él– desde Babilonia a Jerusalén. Así, pues, por tal razón ha dicho: **Ante ti**, para que consideres que éste fue *íncola* no en la ciudad del diablo, sino en la ciudad del Señor. Añade: **Y peregrino, como todos mis padres**. Explicación ésta de lo dicho anteriormente. En efecto, todo hombre, que es recibido en la beatitud, es llamado **peregrino**, porque comienza a estar donde no estaba. De hecho, decir *peregrino* es como decir *el que prosigue más lejos*²⁸. Y para que sepas que esta sentencia es de carácter general, dice: **Como todos mis padres**, de manera que nadie llegue a considerarse excluido de esta condición.

²⁶*Oratio > oris ratio.*

²⁷TL., *Ne sileas a me, quoniam ego incola sum apud te in terra et; Vlg., Ne sileas, quoniam advena sum apud te et.*

²⁸*Peregrinus > pergens longius.*

Verso 16.— **Téplate para conmigo, para que ya me refresque antes que ella²⁹, y ya no seré más³⁰** [*Remitte mihi, ut refrigerer priusquam eam³¹, et amplius non ero*]. El varón pródigo y colmado de la iluminación de esta misma verdad, pedía aquí para sí ser perdonado, a fin de llegar seguro al juicio venidero, y obtener cierto refrigerio [135] en la vida presente, una recibida la seguridad de aquel reino. En efecto, ha confesado estar inflamado por el cuidado, que lo abrasaba, aquél que pedía ser templado por la lluvia de la misericordia, como más arriba dijo acerca de sí mismo: *Se acaloró mi corazón dentro de mí, y en mi meditación se inflama el fuego*. Con razón, pues, pedía **ser refrescado** aquí quien había sido inflamado por el calor de tan gran deseo. Añade: **Antes que ella**, esto es, antes de que esta luz desfallezca. **Y no seré más**, ciertamente, en este mundo, donde es defendido de las malas acciones de los pecadores, en tanto se corrigieran con la humildad de conversión recibida del Señor. O, tal vez, dice: *No seré más*, en el sentido de *si dejaras de socorrer*, porque **ser** no es permanecer en las eternas aflicciones. En efecto, *ser* es propiamente la existencia del bienaventurado. Con razón, pues, no diría que él *era*, si no entendiera que tenía una parte junto con los elegidos.

Conclusión del salmo

He aquí con cuán saludable y feliz instrucción el egregio vencedor de los vicios nos ha exhortado a que –en medio de blasfemos y malvados– mantengamos continente la lengua, a fin de evitar contiendas perniciosas y refrenar, con la más decidida moderación, cualquier clase de pendencia. Ciertamente, el silencio es digno de aprobación, porque en manera alguna nos arrastra a la culpa; porque da a conocer a los que verdaderamente son sabios; porque nos dignifica grandemente; porque alimenta el consejo; porque muestra también que la misma palabra es muy grata. Por esta razón, apuremos la bebida salubérrima de este remedio, para que quienes sabemos que con tan gran provecho los santos guardaron silencio, no sintamos envidia del deslenguado modo de proceder, propio de los pecadores.

SALMO TREINTA Y NUEVE

Para el fin. Salmo de David.

[In finem psalmus David].

Ya hemos dicho repetidas veces que por las palabras **fin** y **David** se ha de entender a Cristo el Señor, a quien este salmo se debe aplicar. Al principio, hablan la Iglesia, esto es, la esposa celestial, los miembros de Cristo y la multitud de los fieles. Se llega, después, a la Cabeza, nuestro

²⁹Hebr., בְּתַרְם אֵלַי [antes de que me vaya]. Los LXX: πρὸ τοῦ με ἀπελθεῖν [antes de que me vaya]. Véase que el texto latino dice *priusquam eam* y Vlg., *priusquam abeam*. Sería preferible, con el hebreo y el griego, esta segunda lección. También S. Agustín así lo entiende, pues dice: *Antes de ir*. De todos modos, independientemente de la explicación de Casiodoro, la palabra *eam* no habría de entenderse como pronombre personal femenino en caso acusativo singular, sino como primera persona singular del presente de subjuntivo del verbo *eo, is, ire*... Extraño que Casiodoro no haya advertido tal cosa.

³⁰Hebr., הָשַׁע בְּמִנְיָי וְאַבְלִיגָה [Aparta tu mirada de mí y tenga yo cara alegre]. Los LXX: ἄνευ μοι ἵνα ἀναψύξω [Dame paso, para que me refresque].

³¹TL., *priusquam eam*; Vlg., *priusquam abeam*.

Señor y Salvador, de manera que toda la composición del salmo se ajusta adecuadamente a un único cuerpo.

División del salmo

En un primer momento, da gracias la Iglesia, venida de la gentilidad, porque –liberada de la aletargada tristeza de este mundo– ha merecido llegar a los gozos del Nuevo Testamento. En segundo lugar, habla el mismo Cristo el Señor, exponiendo el hecho de la santa encarnación y la justicia de su predicación. Suplica, por tal razón, el auxilio del Padre, para poder superar los peligros provocados por los judíos, pidiendo que los enemigos sean confundidos y que se alegren todos los que esperan en Él.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Esperando esperé al Señor, y se volvió a mirarme; y escuchó mi deprecación** [*Exspectans exspectavi Dominum, et respexit me, et exaudivit deprecationem meam*¹]. La Iglesia católica, que había sido congregada de todas las partes del mundo, predica la virtud de la paciencia, virtud, que –entre los más altos méritos– conviene que el cristiano posea. En efecto, ¿cómo puede sufrir las tribulaciones o librarse del peso de los peligros, si, por beneficio divino, no se siente sostenido por la fuerza de la paciencia?. Pero ha de tenerse en cuenta que aquí la palabra se encuentra duplicada, pues tan elegante repetición no es en absoluto superflua. Ciertamente, podemos **esperar** y, al mismo tiempo, estar también incómodos. Pero **esperando esperamos**, cuando con mansedumbre aguardamos algo con gran deseo. Este modo de argumentar recibe el nombre de *a coniugatis*, esto es, cuando a dos palabras de una misma raíz unidas se les aplica matices diversos, intensificando su sentido. Tales pueden ser las parejas *sabio sabiamente, prudente prudentemente*, y otras expresiones semejantes². **Se volvió a mirarme**, porque previno todo bien nuestro. No podemos, ciertamente, tener la luz de la verdad, si no merecemos ser mirados por su claridad. Sigue: **Y me escuchó**, de manera que aparezca que la espera fue piadosa y de gran provecho. Por su parte, **deprecación** significa –como también ya se ha dicho– una súplica abundantísima, porque no podía orar con escasez la que con ansia aguardaba al Señor³.

Verso 2.– **Y me sacó del lago de la miseria y del lodo de la hez⁴; y asentó mis pies sobre piedra, y enderezó mis pasos** [*Et eduxit me de lacu miseriae, et de luto faecis, et statuit supra⁵ petram pedes meos, et direxit gressus meos*]. Así como enseña que el cristiano debe obrar de dos maneras, a saber: apartarse del mal y hacer el bien, así dice también que, según una doble razón,

¹TL., *et respexit me, et exaudivit deprecationem meam*; Vlg., *et intendit mihi, et exaudivit preces meas*.

²Ya en otro lugar se ha explicado que se trata de hebraísmos muy corrientes en las Escrituras. Los ejemplos puestos más arriba bien pueden traducirse por *persona ciertamente sabia, hombre ciertamente de gran prudencia*, etc.

³También aquí Casiodoro emplea, por su cuenta, la expresión *sustinens sustinebat*, esto es, esperar ansiosamente, con gran ardor.

⁴Hebr., וַיַּעֲלֵנִי מִבּוֹר שָׁמַיִם הַיָּוֵן [Y me sacó de una cisterna sonora, de un lodo cenagoso]. Los LXX: καὶ ἀνήγαγέν με ἐκ λάκκου ταλαιπωρίας καὶ ἀπὸ πηλοῦ ἰλύος [Y me ha sacado de pozo de desgracia y de fango de barro].

⁵TL., *supra*; Vlg., *super*.

concede el Señor los bienes futuros. En efecto, lo primero es para **sacarnos** de la profundísima calamidad de este mundo, cuya maligna extensión está representada, de modo oportuno, mediante las palabras **lago de la miseria** y **lodo de la hez**. Y, para expresar la cuantiosa crasitud de los delitos, añade el *lodo*, que se contiene en el lago, a fin de que no creas que los pecados se comparan sólo con las aguas, aunque éstas sean abundantísimas. En efecto, así como el *lodo del lago* es fétido y espeso, así también los delitos de los hombres son hasta tal punto cenagosos que espantan con sus hedores y sepultan con su viscosidad. Dice, en segundo lugar: **Asentó mis pies sobre piedra**. Los **asienta**, ciertamente, cuando caminamos, conforme a los mandatos de Cristo. En efecto, Él es para nosotros la **piedra** espiritual, que –estando fija en sí misma– no permite que se hundan las pisadas. Y fijate en que así como los pecados son contrarios a las virtudes, así también sus caminos son igualmente diferentes. En efecto, dado que los pecados son agradables y disolutos, hacen su recorrido por la ciénaga de su camino. Pero, puesto que las virtudes son rígidas e inamovibles, su camino es asimismo rocoso. Por él no se camina con pies de iniquidad, sino con pies puros.

Verso 3.– **Y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno para nuestro Dios. Verán muchos y temerán, y esperarán en el Señor** [*Et immisit in os meum canticum novum, hymnum⁶ Deo nostro; videbunt multi et timebunt, et sperabunt in Domino*]. Las anteriores palabras del salmo se refieren a lo siguiente, esto es: que al género humano, hundido en la ciénaga de este mundo, Dios lo trasladó a la firmeza de la piedra, es decir, a la religión cristiana. Tal acontecimiento el presente verso lo hace ahora manifiesto, al decir: **Y puso en mi boca un cántico nuevo**, o sea: la predicación santísima del Nuevo Testamento. Pero bien se dice que es algo **nuevo**, porque ningún siglo anterior contempló con los ojos de la cara la encarnación del Señor. En efecto, nada es *nuevo* para Dios, porque, antes de la creación del mundo, dispuso de antemano todo lo que su providencia divina había de realizar. Por su parte, la palabra griega **himno** significa un canto de alabanza, compuesto conforme a determinadas normas métricas. Y, puesto que existían himnos, que la gentilidad cantaba también en honor de sus dioses, añade: **Para nuestro Dios**, de manera que pudiésemos distinguir perfectamente qué himno cantar. **Verán muchos y temerán**. Se refiere a las maravillas que obró, durante el tiempo de su santa encarnación. En efecto, *viendo* los judíos tales cosas, *temieron*, y las multitudes de los pueblos creyeron, merced a las predicaciones de Cristo el Señor. Pero **esperaron en el Señor**, cuando comenzaron a ser cristianos, de manera que –convertidos, después de aquel asombro, causado por los milagros– [136], dieron pruebas de poseer una firmísima fe en el Señor.

Verso 4.– **Dichoso el hombre de quien el nombre del Señor es su esperanza** [*Beatus vir cuius est nomen Domini spes eius*]. **Dichoso el hombre**, expresión ésta, conforme a la segunda forma de definición, que los griegos llaman *ennoematische*, y los latinos, *notio*. Dicha forma trata de mostrar cada cosa por lo que hace, no por lo que es. En efecto, quién es este *hombre dichoso* ya queda fijado por el determinante, que le sigue, es decir, por la expresión: **De quien el nombre del Señor es su esperanza**. Decir **esperanza** es como decir *pie estable*⁷. De hecho, también se dice que ponen su esperanza en el Señor aquéllos que le piden bienes temporales. Éstos parecen no amar a Dios por lo que Él es, sino en razón de aquello que le piden. Pero tiene, en verdad, la **esperanza del nombre del Señor** el que desea ávidamente su sola contemplación. Por consiguiente, el **nombre del Señor** es –entre otras cosas– Salvador eterno, *y pone su esperanza en su nombre* el que cree que

⁶TL., *hymnum*; Vlg., *carmen*.

⁷*Spes > stabilis pes*.

no se ha de salvar por sus propios méritos, sino que será salvado por Él, en virtud de su gracia. También, en el Evangelio, ocho veces son llamados **dichosos**: *Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,3), etc. En el libro del Deuteronomio, se encuentra también algo semejante, en el momento en el que el pueblo de Israel se dispone a entrar en la tierra prometida: *Dichoso tú Israel, ¿quién como tú, pueblo salvado por el Señor?* (Dt 33,29). Por tal razón, se dice esto de muchas maneras: porque, ciertamente, la *dicha* se presenta de modos muy diversos. Pero todas estas cosas, diligentemente expuestas, podrá hallarlas el estudioso lector, según cada una de las formas de definiciones.

Verso 5.— **Y no volvió los ojos a vanidades y a necedades engañosas**⁸ [*Et non respexit in vanitates et insanias falsas*]. También este verso está en dependencia de lo dicho anteriormente, pues en él se dice para quién es la esperanza en el nombre del Señor, esto es: para **aquél que no volvió los ojos a vanidades y a necedades engañosas**. Se lee, en efecto: *Nadie puede servir a dos señores* (Mt 6,24), hecho éste que también este lugar recuerda. Efectivamente, quien tiene puesta su esperanza en el Señor —poderoso sobre todas las cosas— no debe volver su mirada a las realidades caducas. **Vanidad** es, en efecto, abjurar repentinamente de la santa religión y volver el espíritu a una falaz ilusión. Pero las **necedades engañosas** consisten en haber fabricado un dios con piedras, un dios que la gentilidad adoraba y en el que engañosamente buscaba el orden de las cosas futuras. Y epíteto adecuadísimo de la **necedad** es el **engaño**. Las necedades, ciertamente, engañan al espíritu, porque disienten de la verdad. Esto puede referirse también a los que se sienten cautivados por el placer de los espectáculos engañosos. En efecto, por esta razón la palabra *necedad* está escrita en plural: para que, por la semejanza de cosas, podamos discurrir con mucha más amplitud.

Verso 6.— **Muchas cosas hiciste tú, Señor Dios mío, tus maravillas; y en tus pensamientos no hay quien te sea semejante**⁹ [*Multa fecisti tu, Domine Deus meus, mirabilia tua; et cogitationibus tuis non est quis similis tibi*¹⁰]. Tras haber hablado de las necias obras de los hombres, pasa a considerar adecuadamente los milagros divinos. Dice: **Muchas cosas hiciste tú, Señor Dios mío, tus maravillas**. En efecto, a los que se excitan a la vista de los aurigas contendientes, a los que se embelesan, contemplando las pantomimas danzantes, ¡cuánto mejor no les sería pensar en el cielo y en la tierra, creados con variedad hermosísima, de aspecto esplendoroso y merecedores de ser contemplados con total admiración!. Continúa diciendo: **Y en tus pensamientos no hay quien te sea semejante**. Sigue derribando aquellas supersticiones, que los hombres o bien se procuraron, en orden a una perversa religión, o bien, movidos por un algún tipo de placer, dieron en inventar para la celebración de sus espectáculos. Ahora bien, ¿acaso es lo mismo pasar de puntillas por una cuerda que el hecho de que Pedro pisara con pie firme la superficie del mar? [Mt 14,29]. ¿Acaso es igual hacer malabarismos en el teatro con antorchas encendidas que el hecho de que aquellos tres muchachos caminasen por en medio del horno en llamas? [Dan 3,25].

⁸Hebr., וְלֹא־פָנָה אֶל־רִדְהָבִים וְשָׁטִי כָזָב, [y no miró a los soberbios, ni a los que declinan a mentira]. Los LXX: καὶ οὐκ ἐνέβλεψεν εἰς ματαιότητας καὶ μανίας ψευδεῖς [y no ha puesto la mirada en vanidades y obsesiones falsas].

⁹Hebr., וּמַחְשַׁבֹתַי אֵלַיִנוּ אֵי עָרֶךְ אֵלֶיךָ, [y tus pensamientos para con nosotros, nada hay comparable a tí]. Es decir, tus designios para con nosotros no se pueden contar. Los LXX: καὶ τοῖς διαλογισμοῖς σου οὐκ ἔστιν τίς ὁμοιωθήσεται σοι [y en cuanto a tus pensamientos, no hay quien se asemeje a tí].

¹⁰TL., quis similis tibi; Vlg., quis similis sit tibi.

¿Acaso es lo mismo oír las tragedias escénicas que escuchar las saludables salmodias en los coros de la Iglesia?. Leyendo estas cosas, debemos considerar, más bien, cuáles no buscamos tontamente y cuáles escuchamos siempre con provecho. En efecto, al decir: **Quien te sea semejante**, arguye contra los inventores de maldades, los cuales se jactan, con indigno orgullo, de ser creadores de artes engañosas. Hasta aquí ha venido hablando la santa Madre Iglesia. Escuchemos ahora al Señor Salvador, de manera que lo que acaba de decirse: *¿Quién te es semejante?*, mediante la exposición siguiente, se nos haga manifiesto a nosotros.

Verso 7.— **Anuncié y hablé; se han multiplicado sobre el número** [*Annuntiavi et locutus sum; multiplicati sunt super numerum*]. Comienza, ciertamente, aquí la segunda parte del salmo; pero, mediante la figura retórica de la *exallage*, que los latinos llaman *immutatio* [cambio], el Señor en persona pronuncia místicas palabras, por las que da a conocer a las gentes su propia venida y su piadoso mensaje. En efecto, **anunciar** es proclamar lo que está por venir, cosa que hizo por boca de los profetas. **Hablé**, cuando, durante el tiempo vivido entre nosotros, anunció el evangelio, al asumir el misterio de su feliz encarnación. Añade: **Se han multiplicado sobre el número**, es decir, la turba de los pecadores se ha multiplicado por encima del número de los fieles. En efecto, siendo pueblos tan grandes, ¡cuán pocos son los fieles!. No sin razón, porque en tanto se hallen ocupados en las vanidades de este mundo, pocos sabios podrás encontrar, en verdad. Y observa que dice: **Sobre el número**. En efecto, se refiere sólo a los que están contados en el libro de los vivos, que son los predestinados a aquella Jerusalén superna.

Verso 8.— **No quisiste sacrificio ni oblación, pero me hiciste un cuerpo perfecto**¹¹. **No pediste holocaustos por el delito** [*Sacrificium et oblationem noluit; corpus autem*¹² *perfecisti mihi. Holocausta etiam pro delicto*¹³ *non postulasti*]. Este verso abarca los misterios del Antiguo y Nuevo Testamento. Dice, en efecto, que **el sacrificio** y **la oblación**, que anteriormente se ofrecían en honor del Señor, mediante la inmolación de animales escogidos del rebaño —de donde también los sacerdotes se alimentaban— Dios los rechazó, una vez llegados los últimos tiempos. Verdad es que, en un primer momento, el Señor se dignó aceptar tales cosas, porque aquellos sacrificios eran, en cierto modo, prefiguración del cuerpo de Cristo. Pero después de que hubo venido el Mesías en persona —el anunciado Cristo el Señor— y se entregó por todos nosotros como víctima de piedad, revelando la verdad en su plenitud, no era ya necesario que permaneciera por más tiempo aquella figura precursora. Escribiendo a los hebreos, el Apóstol explica estos versos, diciendo: *Abroga lo primero, para establecer lo segundo*, donde se ha de sobreentender el cuerpo. *Y en virtud de esta voluntad somos santificados por la oblación del cuerpo de Cristo, de una vez y para siempre* (Heb 10,9-10). Y todo lo demás, que las palabras apostólicas bellísimamente ofrecen, para explicación de este asunto. Sigue diciendo: **Pero me hiciste un cuerpo perfecto**. Se muestra aquí de manera evidente —siempre según el Apóstol— su santa encarnación, afirmando que el **cuerpo** —anteriormente prometido, mediante representaciones sacrificales— ahora se ha manifestado plenamente, en virtud de su propia venida. Añade: **Tampoco pediste holocaustos por el delito**. La palabra **holocausto** significa la consumación total de aquello que, a consecuencia de los delitos, se colocaba en los altares sagrados, para que fuese quemado por el fuego, de manera que su consunción surtiese, como

¹¹Hebr., אָזְנַיִם כְּרִייתָ לִי [me abriste los oídos]. Los LXX: ὠτία δὲ κατηρτίσω μοι [pero oídos has preparado para mí].

¹²TL., *corpus autem*; Vlg., *aures autem*.

¹³TL., *pro delicto*; Vlg., *pro peccato*.

efecto, el perdón de los pecados. Dice que el Señor ya no pedía estas cosas. Con razón, porque pide de nosotros lo que en el salmo cincuenta se lee: *Un corazón contrito y humillado tú, oh Dios, no lo desprecias* (Sal 50,19). Ves que verdaderamente ha dicho la Iglesia: *¿Quién te es semejante?*

Verso 9.– **Entonces dije: he aquí que vengo. Al comienzo del libro escrito está acerca de mí**¹⁴ [*Tunc dixi: Ecce venio; in capite libri scriptum est de me*]. **He aquí** significa, al instante. Prometiendo celeridad, ofrece en cualquier modo una presencia inmediata. Y tú, Judea, no teniendo sacrificios propios, ¿a quién esperas, defraudada?. Él ya ha venido, el Verbo ya se ha hecho carne, Él ya ha llenado el mundo con sus palabras. Pero tú todavía no sé qué sueñas en tus adentros. ¿Qué [137] más estás buscando?. ¿Por qué te ves inmovilizada por el estupor?. En este libro de los salmos, **al comienzo**, dice que se ha escrito acerca de Él, a fin de que creas que ya ha venido nuestro bienaventurado, cuya vida –como ya sucede– consta que ha sido dada a conocer. ¿Dónde están los que ven –según está aquí prometido– que no tienen sacrificios y como en sus libros sagrados no tienen esta sentencia, así –estupefactos ante las palabras puestas por delante– con probabilidad enmudecen?.

Verso 10.– **Para que yo haga tu voluntad; Dios mío, lo he querido, y tu ley en medio de mi corazón** [*Ut faciam*¹⁵ *voluntatem tuam, Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei*]. Las palabras del Hijo van dirigidas al Padre. Deseó, ciertamente, hacer la voluntad, *el que no anduvo en el consejo de los impíos, ni se detuvo en el camino de los pecadores, ni en la cátedra de pestilencia tuvo asiento* (Sal 1,1-2) En efecto, al decir: **Lo he querido**, ha puesto de manifiesto la virtud de presciencia, en cuanto que ha hecho uso de un tiempo pasado, para expresar lo que aún estaba por venir. Permanecía también la ley divina **en medio de su corazón**, porque *en la ley del Señor estuvo su voluntad, y en su ley meditó día y noche* (Sal 1,2).

Verso 11.– **Rectamente anuncié tu justicia en la gran Iglesia; he aquí que no prohibiré a mis labios, Señor, tú conociste** [*Bene nuntiavi iustitiam tuam in*¹⁶ *Ecclesia magna; ecce labia mea non prohibebo, Domine, tu cognovisti*¹⁷]. **Rectamente anunció la justicia** del Señor, cuando dijo: *No así los impíos, no así, sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra* (Sal 1,6). **En la gran Iglesia**. Como ya hemos dicho muchas veces, llama así a la Iglesia católica, que está extendida por todo el orbe y sobre la cual, en aquel salmo primero, se dijo: *Dará fruto a su tiempo* (Sal 1,4). Sigue: **He aquí que no prohibiré a mis labios, Señor, tú conociste**. Habla en cuanto que como Hijo está sujeto al Padre. Pues, aun cuando, en medio de hombres obstinados, fuera peligroso predicar la verdad y a sabiendas de que, como consecuencia, le llegaría la muerte, no dejó, sin embargo, de reconvenir al pérfido pueblo, diciendo: *Porque el Señor conoció la vía de los justos, pero el camino de los pecadores perecerá* (Sal 1,8). En esta parte, su testigo ha sido el Padre, a quien invoca, pues a ningún peligro ha temido, cuando predicó los bienes espirituales a un pueblo, que obra según la carne. Así el tan veraz texto del salmo primero se ha repetido también

¹⁴Hebr., הִנֵּה אֲנִי בָּא [he aquí, yo vengo]. Pero lo que sigue: בְּמִנְחַת סֵפֶר [en el volumen del libro o en el libro], parecería que debe entenderse, más bien, como un paréntesis, y unir así los dos extremos de la frase, esto es: *he aquí, yo vengo –como está escrito de mí en el libro–, para que yo haga tu voluntad*. Los LXX: τότε εἶπον ἰδοὺ ἡκω ἐν κεφαλίδι βιβλίου... [*Entonces dije: 'Mira, llevo'. En el rollo del libro...*].

¹⁵TL., *Ut faciam*; Vlg., *Ut facerem*.

¹⁶TL., *Bene nuntiavi iustitiam tuam in*; Vlg., *Annuntiavi iustitiam in*.

¹⁷TL., *cognovisti*; Vlg., *scisti*

ahora por la conmemoración del Señor.

Verso 12.– **No escondí tu justicia en mi corazón; proclamé tu verdad y tu salvación** [*Iustitiam tuam non abscondi in corde meo; veritatem tuam et salutare tuum dixi*]. Es voluntad del justo no esconder la verdad, cuando puede ser provechosa. No hay duda de que esto es lo que hizo el Señor Salvador, cuando argüía contra las turbas, increpaba a los incrédulos y predicaba muchas cosas de esta clase, de las que nos hablan los textos evangélicos. Sin embargo, hubo un tiempo en que calló, el tiempo de la pasión, como está escrito: *Pero Jesús no le respondió nada* [Jn 19,9], a lo que Pilato le dijo: *¿A mí no me hablas?* (Jn 19,9-10). **Proclamó la verdad**, cuando dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). **Y tu salvación**. Cristo fue anunciado como **salvador** por la confesión del bienaventurado Simeón, cuando, al verlo, dijo: *Ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto la salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos* (Lc 2,29) y todo lo que sigue.

Verso 13.– **No he ocultado tu misericordia y tu verdad en la gran Sinagoga** [*No celavi misericordiam tuam et veritatem tuam in Synagoga multa*¹⁸]. Sigue exponiendo todavía sus obras. **No ocultó la misericordia** del Padre, cuando dijo: *Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las piden!* (Lc 11,13). Dijo también la **verdad en la gran Sinagoga**, es decir, en la numerosísima congregación de los pueblos, cuando lee el libro de Isaías, que le habían entregado, y dice: *Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos* (Lc 4,21). ¿Oyes alguna vez –judío incrédulo– a tu profeta en consonancia con nuestro Evangelio?. Sigues esperando para más tarde a Aquél que, si un nocivo velo no ha cubierto aún tu corazón, bien sabes que ya ha venido: Cristo el Señor.

Verso 14.– **Pero tú, Señor, no alejes tus misericordias de mí; tu misericordia y tu verdad siempre me tomaron sobre sí** [*Tu autem, Domine, ne longe facias misericordias tuas a me; misericordia tua et veritas tua semper susceperunt me*]. Una vez narradas las obras santas y a fin de que sea proclamada la totalidad de su vida y muerte vivificadora, llega a la gloria de su pasión, donde, con razón, suplica al Padre que **no aleje** de Él sus **misericordias**, pues, en cuanto que era verdadero hombre, había de conocer la realidad de la muerte, como dice también en otro lugar: *Dios, Dios mío, vuelve a mí tu mirada: ¿por qué me has abandonado?* (Sal 21,1). En efecto, fue, en verdad, **misericordia** el hecho de salvar, por medio de su santa encarnación, la naturaleza humana, herida de muerte, a causa del pecado. Fue **verdad** el hecho de estar sentado, en virtud del don la resurrección prometida, a la derecha del Padre, de donde vendrá a juzgar a vivos y muertos. **Me tomaron sobre sí**, o sea: me recibieron, para ser glorificado. En efecto, en sentido positivo, decimos que tomamos sobre nosotros a aquéllos que profesamos como aceptos a nuestro favor.

Verso 15.– **Porque me rodearon cosas malas, de las cuales no hay número. Me asieron mis iniquidades** [*Quoniam circundederunt me mala, quorum non est numerus; comprehenderunt me iniquitates meae*]. **Porque me rodearon cosas malas**. Dice esto Cristo, en razón de sus miembros, de quienes es la Cabeza, para proclamar que Él padecía lo que la multitud de los fieles soportaba. Tal es el sentido de aquellas palabras: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hch 9,4). Sigue diciendo: **De las cuales no hay número**, es decir: no hay número, según los hombres, pues todas las cosas tienen número para Dios, que conoce la cantidad exacta de las arenas del mar, de las

¹⁸TL., *et veritatem tuam in Synagoga multa*; TL., *et veritatem tuam a concilio multo*.

gotas del agua de lluvia y de la inmensidad de las estrellas del cielo. Añade: **Me asieron mis iniquidades**. Repite la idea inmediatamente anterior, esto es: *Me rodearon cosas malas*. En efecto, el Señor Salvador no perpetró cosas malas ni estuvo abierto a iniquidades, sino que esto se dice, a causa de una parte de los miembros, que padecían tales cosas. En verdad, fue *misericordia* de quien es nuestra Cabeza el hecho de que el que había hablado muchas cosas sobre sí mismo, se dignara acordarse también de los fieles, de manera que éstos no se considerasen apartados, al reconocerse como olvidados.

Verso 16.– **Y no me fue posible ver; se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me abandona** [*Et non potui ut viderem; multiplicati sunt¹⁹ super capillos capitis mei, et cor meum dereliquit me*]. También lo que aquí se dice se debe referir en su totalidad a los miembros, en cuanto que tales cosas, de ningún modo, pueden adecuarse a la persona de Cristo el Señor. Dice: **Y no me fue posible ver**, esto es, no le fue posible ver, al estar rodeado por sus iniquidades, cosa que, ciertamente, puede decir cualquier fiel. Y, aunque los **cabellos de la cabeza** sean incontables en el hombre, dice, sin embargo, que sus pecados los sobrepasan en número. Y, no sin razón, trae a colación los *cabellos* para comparación de los delitos. En efecto, en el Antiguo Testamento, los sacerdotes eran rasurados –según esta misma similitud–, de manera que, purificados con tal limpieza, parecieran haber abandonado los vicios de la carne. Ahora bien, nos **abandona el corazón**, cuando el enfermo, a causa de los pecados, no apetece ya los bienes futuros.

Verso 17.– **Que te complazca a ti, Señor, para que me libres; Señor, mira en mi auxilio** [*Complaceat tibi, Domine, ut eripias²⁰; Domine, in auxilium meum²¹ respice*]. Después de las enumeraciones anteriores, se llega a la salubérrima conclusión, por la que toda adversidad es combatida, todo daño destruido, de tal suerte que fuera del agrado del Señor liberar a quien se veía rodeado por las adversidades de este mundo. Y fijate en que dice: **Que te complazca**, es decir, que te plazca junto con. En efecto, se muestra aquí la unidad de la Trinidad, pues lo que agrada al Padre, agrada también al Hijo y al Espíritu Santo. Pero añade: **A ti**, esto es, para que conozcas que la Trinidad es un único Dios. Sigue diciendo: **Señor, mira en mi auxilio**, a fin de que entendamos que su mirada es nuestra protección, como dice el Evangelio: *Miró a Pedro, y éste lloró amargamente* (Lc 22,61-62). En efecto, de otro modo, o sea, si la Divinidad no nos mirara propicia, no podríamos ser liberados.

[138] Verso 18.– **Sean confundidos y sean avergonzados a un tiempo, quienes buscan mi alma, para arrebatarla** [*Confundantur et vereantur simul, qui quaerunt animam meam, ut auferant eam*]. Llega a la última parte del relato, donde el Señor desea a los impíos la confusión y la vergüenza, pero pide que la exultación y la alegría alcancen a los fieles. Pero mira cuánto deseo de piedad se contiene en esta súplica. Dice: **Sean confundidos**, esto es, que se sientan turbados por las obras maravillosas. **Y sean avergonzados**, es decir, que sean corregidos por la gloria de la resurrección, de manera que confiesen como Dios a Aquél que antes consideraron que debía de ser entregado a la muerte. Continúa: **A un tiempo**, o sea, así como son perseguidos, así también, una vez predestinados, sean liberados por el don de la conversión. Sigue diciendo: **Quienes buscan mi**

¹⁹TL., *multiplicati sunt*; Vlg., *multiplicatae sunt*.

²⁰TL., in textu: *eripias* [ms. G., *eruas*]; Vlg., *ut eruas*.

²¹TL., *in auxilium meum*; Vlg., *ad adiuvandum me*.

alma. De dos modos se busca el alma: o para honor, o para muerte. Mas, para que –en este caso– quede del todo claro que los que la perseguían lo hacían con ánimo hostil, añade: **Para arrebatarla**, no para amarla, no para venerarla, sino para intentar separarla de mi cuerpo, causándole la muerte.

Verso 19.– **Que se echen atrás y se avergüencen, quienes piensan cosas malas para mí** [*Avertantur retrorsum et erubescant, qui cogitant mihi mala*]. Con frecuencia, hemos dicho que es bueno desear a los malvados que se alejen de sus placeres y que no perseveren, obrando el mal. Éstos, si quedan confundidos, se salvan; si siguen disfrutando de las alegrías del mundo, perecen. En efecto, de este **echarse atrás** da testimonio positivo el Evangelio en el episodio aquel, donde se dice a Pedro: *Vete atrás, Satanás* (Mc 8,33). **Quienes piensan cosas malas para mí.** Con esta expresión se hace referencia a los ímprobos deseos de los judíos, cuyos pensamientos no eran malos para Dios, sino para sus propios autores. En efecto, la palabra latina *cogitatio* [pensamiento] viene del verbo *cogere* [recoger].

Verso 20.– **Carguen al instante con su confusión, quienes me dicen: ¡bien, bien!** [*Ferant confestim confusionem suam, qui dicunt mihi: Euge, euge*]. **Cargan al instante con su confusión** quienes reconocen que han errado de manera indigna. Dice: **Que carguen**, como si se tratara de un peso inmenso. **Al instante**, es decir, en el momento mismo en que empiecen a pecar, no sea que, avanzando más y más, el peligro vaya haciéndose mucho mayor. **Su confusión**, o sea, su perverso pensamiento, un vez vencido por la verdad. Sigue: **Quienes me dicen: ¡bien, bien!**. Arguye aquí contra los falsos aduladores, lo cuales buscan sacar más provecho, engañando con lisonjas que lastimando con vituperios. **¡Bien!**, interjección, ciertamente, loable. Pero, cuando no se la dice con ánimo recto, pasa a tener un sentido de burla. A esta figura se la conoce con el nombre de *ironia*, es decir, irrisión.

Verso 21.– **Exulten y alégrese los te buscan, Señor; y quienes aman tu salvación digan siempre: Sea magnificado el Señor** [*Exsulten et laetentur qui quaerunt te²², Domine, et dicant semper: Magnificetur Dominus, qui diligunt salutare tuum*]. Así como ha pedido que sean confundidos sus enemigos, los cuales con falsas adulaciones se burlaban de él, así también desea que gocen verdaderamente los fieles, que han puesto su esperanza en la Majestad de Dios. En efecto, no sólo ruega que éstos **se alegren**, sino también que **exulten**. Mas en qué consista tal exultación, a continuación lo dice: **Digan siempre: Sea magnificado el Señor.** Ésta es, en efecto, la profesión que hace a los cristianos eternamente gozosos y que, aunque se la repita de continuo, sin embargo, siempre es apetecida. De tal profesión se alimentaba, ciertamente, en este mundo el santo Job, que, aun gravemente herido por la aflicción, decía: *El Señor dio, el Señor quitó, así como plugo al Señor, así fue hecho. Sea bendito el nombre del Señor* [Job 1,21]. Exultaba, ciertamente, cuando se alegraba en el Señor, en quien verdaderamente se encuentran todos los bienes futuros. Pero, para que no creas que el beneficio de esta exultación se le ha de conceder a cualquiera, añade: **Quienes aman tu salvación**, es decir, quienes me buscan con caridad espiritual y obedecen con agrado mis mandatos.

Verso 22.– **Pero necesitado y pobre soy yo; el Señor tiene cuidado de mí** [*Ego vero*

²²TL., *qui quaerunt te*; Vlg., *quaerentes te*.

*egenus*²³ *et pauper sum; Dominus curam habet mei*²⁴]. Tras haber dicho que serán colmados de los dones de la alegría quienes desean amar la Divinidad del Verbo, con objeto de que nadie se atribuya a sí mismo la gloria de los méritos, conforme a su condición humana, dice ahora Cristo el Señor: **Necesitado y pobre soy yo. Necesitado**, porque la humanidad siempre tendrá necesidad de la ayuda del Señor. **Pobre**, porque, si no es glorificado por la gracia divina, el hombre, por sí mismo, es insignificante en modo absoluto. Pero, para que no vayas a creer que esta pobreza es vil y abyecta, añade: **El Señor tiene cuidado de mí**, es decir, cuidado del que, después, había de decir: *Éste es mi Hijo amado, en el que me he complacido* (Mt 3,17). ¡Oh pobreza, de riqueza mayor que todos los tesoros!. En efecto, es pobre de lo nuestro; rico, de lo suyo. Para esto asumió la indigencia de la humanidad: para hacernos partícipes de su abundancia.

Verso 23.– **Mi ayudador y mi liberador eres tú: Señor, no tardes** [*Adiutor meus et liberator meus es tu: Domine, ne tardaveris*]. Seguro de su ayudador y liberador, pide la necesaria rapidez, de manera que, pues la muerte no pudo ser evitada, a lo menos la resurrección tenga lugar cuanto antes. En efecto, al decir: **Ayudador y liberador**, pone de manifiesto, sin duda, la paciencia propia de los diferentes sufrimientos, sufrimientos de los que este mismo salmo tomó su punto de partida. Por ello, el entero salmo, cuyo final se remite a su principio²⁵, con razón es atribuido a la virtud de la paciencia.

Conclusión del salmo

Magníficas y dulcísimas palabras han penetrado hasta lo más hondo de nuestros sentidos, al escuchar como Maestro al mismo que adoramos como Creador. Pues, aunque a todos los salmos los veneremos con gran honor, sin embargo, no sé cuánta más dulzura se percibe, cuando se profesa algo sobre la santa encarnación. En efecto, todo fiel recibe con gran agrado a Aquél por quien le ha llegado la liberación. Y considera el orden de la composición de este salmo. Habla, en primer lugar, la Iglesia, como enseñando a los incultos, como confortando a los temerosos, como preparando a los desordenados, de manera que, con ánimo alegre, el pueblo –ya bien dispuesto– pueda escuchar, saludablemente, las palabras siguientes, salidas de los labios del Señor Salvador.

SALMO CUARENTA

Para el fin. Salmo de David.

[In finem psalmus David].

Las palabras de este título –dado su empleo frecuente– nos son de sobra conocidas. Pero, recordemos brevemente lo ya dicho: que todas ellas están ordenadas a Cristo el Señor. Ahora bien, da grandeza a este salmo el hecho de ser contado con el número cuarenta, número éste que, con mucha frecuencia, tiene que ver con hechos relativos a la limpieza y purificación. En efecto, durante cuarenta días y a causa de las iniquidades de los hombres, fue anegada la tierra por el diluvio,

²³TL., *egenus*; Vlg., *mendicus*.

²⁴TL., *curam habet mei*; Vlg., *solicitus est mei*.

²⁵Figura literaria ésta conocida con el nombre de *inclusión temática*.

mandado sobre ella [Gén 7,17]. Durante cuarenta días también, el santo Moisés se abstuvo de tomar alimento alguno, para hacerse merecedor de las palabras divinas [Éx 34,28]. Por el mismo espacio de tiempo, reanudada la marcha hasta llegar al monte Horeb, Elías no comió comida alguna [1Re 19,8]. También el mismo Señor, durante el mismo número de días y de noches, guardó ayuno [Mt 4,2], para mostrarnos una santa forma de purificación. ¿Por qué no aprendemos también nosotros del ejemplo de esta cuarentena?. Se anuncia, de antemano, el tiempo de abstinencia, de manera que, disueltas las sordideces de los pecados, accedamos con espíritu puro a la resurrección del Señor. Por tal razón, consideremos este salmo como colocado entre aquellos misterios, que limpian [139] nuestras almas con purificación celestial, sobre todo, en el momento en que el profeta se disponga a hablar de la limosna, por cuyo medio bien se sabe que tiene lugar, de manera especial, el perdón de los pecados. Está escrito, en efecto: *Así como el agua apaga el fuego, así también la limosna extingue el pecado* (Sir 3,33).

División del salmo

Habla el profeta, en la primera parte, proclamando al bienaventurado y generoso dispensador de limosnas y celebrándolo con múltiples bendiciones. En la segunda, conmemora el Señor su gloriosa pasión. Finalmente, para confirmar la esperanza de los fieles, el mismo Cristo Señor predice su propia resurrección.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre; en el día malo lo librará el Señor** [*Beatus qui intelligit super egenum et pauperem; in die mala liberabit eum Dominus*]. De nuevo, aparece aquí el silogismo hipotético, conforme al razonamiento siguiente. Si todo bienaventurado entiende sobre el necesitado y el pobre, en el día malo lo librará el Señor. Comoquiera que todo bienaventurado entiende sobre el necesitado y el pobre, en el día malo lo librará el Señor. El silogismo hipotético —esto es, el silogismo condicional— es aquél que, a partir de proposiciones condicionales, mediante una premisa menor absoluta, infiere la conclusión. Veamos ahora lo que sigue. Es la segunda forma de definición, que los griegos llaman *ennoematische* y los latinos, *notio*. Dicha forma muestra qué es cada cual, en razón de sus hechos. Dice, en efecto, cómo la salubérrima práctica de la limosna valga, para expiar los pecados y poder así alcanzar en grado sumo la gloriosa felicidad. Acogiéndonos a una práctica común, la importancia de este asunto nos invitaría, ciertamente, a detenernos en cierta digresión, en modo de poder alabar la grandeza de la limosna, reconciliadora del género humano. Pero, dado que ésta viene ya celebrada por la boca santísima y elocuentísima de muchos Padres, séanos suficiente remitir los corazones de los oyentes a los libros, que ellos han escrito, de manera que se colmen con mayor abundancia los deseos de éstos y nosotros —Dios mediante— podamos seguir adelante diligentemente con la obra, que hemos emprendido. Pero, aunque fueron muchos los Padres que escribieron abundantemente sobre este tema, se observa, no obstante, que surge entre ellos como cierta disensión al respecto. Se lee, en efecto: *A todo el que pide, dale* (Lc 6,30). Y está escrito también: *Sude abundantemente la limosna en tu mano, hasta que encuentres a un justo a quien dársela*¹. Pero, si entendemos por ello a todos

¹La cita no pertenece a la Biblia. Pero sí aparece en la *Didaché*, como uno de los ágrafa de Jesús de Nazaret. También S. Agustín, en su comentario a los salmos 46 y 102, cita este *ágrafon*. En ambas ocasiones, S. Agustín inicia la frase con las palabras *dictum est*. Sorprende, por ello, el hecho de que, en su comentario al salmo 142, el santo obispo refiera, por tercera vez, esta misma sentencia, pero introduciéndola ahora con las palabras:

los justos, restringimos así la generosidad recomendada². Mas esta causa se sostiene únicamente en una piadosa voluntad, porque no nos corresponde a nosotros discutir, primero, las costumbres y acudir así en ayuda de la indigencia. Séanos suficiente no dar nada que esté destinado a cosas malas y no despilfarrar altivamente la limosna, intentando crearnos una buena fama entre los hombres. Obremos solamente con el ánimo de socorrer, hecho éste que Dios nos manda tener en cuenta muy por encima de todas las demás cosas. El que así diere, aunque no dé a los justos, sin embargo, con justicia dará a todos. No obstante, lo que mayormente se ha de procurar es socorrer a los hombres santos, en cualquier necesidad en que se encuentren y en nombre de Cristo Señor nuestro, el cual, refiriéndose a sus pobres, en el último juicio dirá: *El que hizo esto a uno de mis más pequeños hermanos, a mí me lo hizo* (Mt 25,40). En efecto, ¿qué cosa más sublime o más gloriosa puede decirse, cuando o bien aquéllos, que despreciamos, nos arrojen al fuego o aquellos otros, a los que favorecimos, nos coloquen a la derecha?. Pero fijate bien en que dice: **Entiende**, o sea: que también se dé a los que no piden, pues quien da al que pide hace una obra buena; pero quien *entiende* al que calla, sin duda alguna, consigue la bienaventuranza. Añade: **En el día malo lo libraré el Señor**, expresión que significa, ciertamente, el **día** del juicio. Pero extraña a algunos el hecho de que, con tanta frecuencia, hable de aquel juicio como del **día malo**. Con razón, pues todo hombre afirma que el juicio de Dios es malo y terrible para él, porque allí es discernida la pena, que los pecados merecen. En efecto, aunque somos liberados por su misericordia, sin embargo, el poder de su juicio con toda certeza nos causa pavor.

Verso 2.— **El Señor lo guarde y lo vivifique, y lo haga bienaventurado, y purifique en la tierra su alma, y no lo entregue en manos de su enemigo** [*Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum, et emundet in terra animam eius; et non tradat eum in manus³ inimici eius*]. Esta petición del profeta es una promesa segura, en cuanto que es necesario que así suceda, o sea: que, aun siendo necesitado y pobre, merced a un piadoso don pueda llegar a levantarse. Dice: **Lo guarde**, esto es: que no lo haga perecer en medio de las maldades del mundo, sino que, por su santo modo de vida, lo conduzca, sin daño, a recibir el premio correspondiente. Pero *vivos* son llamados propiamente aquéllos que no se separan de la fe cristiana. En efecto, sobre los demás, que se conducen en el error, escrito está: *Deja que los muertos entierren a sus muertos* (Lc 9,60). Dice, por tanto, que **lo vivifique**, o lo que es lo mismo, que lo haga vivir entre los elegidos en la parte, que le corresponde. Añade: **Y lo haga bienaventurado**, es decir: que, en la resurrección, lo coloque a la derecha y sea enviado, por sentencia del gran Juez, a la patria de los bienaventurados. Pero, una vez dicho todo lo anterior, pasa a tocar ahora un asunto de extremada importancia: **Y purifique en la tierra su alma**, es decir, ser purificado, mientras vive todavía en este mundo, en virtud de la remisión de los pecados. **En la tierra**, donde se recibe el deseado perdón, si con devota súplica se lo implora. Añade también: **Y no lo entregue en manos de su enemigo**. El **enemigo** es el diablo. Las palabras **en manos de** significan su perversa potestad, pues ¿qué manos puede tener quien carne no tiene?. Es, por tanto, esa misma potestad con la que, mediante múltiples tentaciones, castiga a los siervos de Dios. Y observa cuántas veces, en este verso, aparece la conjunción copulativa **y**, con

Scriptura dicit, la Escritura dice. En el caso que nos ocupa, resulta también extraño que Casiodoro introduzca la cita con las palabras *Scriptum est etiam*, pero sin hacer referencia a fuente alguna. La edición de Migne ni siquiera resalta la sentencia con letras cursivas, según acostumbra (PL 70, 295). Papa Gregorio Magno, en su *Regula Pastoralis* y Bernardo de Claraval, mencionan también dicha sentencia.

²Quiere decir que si el dinero o bienes, destinados a las limosnas, los repartimos entre muchos, la cantidad que reciba cada beneficiario será necesariamente menos generosa.

³TL., in textu: *in manus* [mss. A., B., F., in animam].

objeto de mostrar, a través de su frecuente repetición, la figura estilística conocida con el nombre de *polysyntheton* [polisíndeton].

Verso 3.— **El Señor le dé socorro sobre el lecho de su dolor; toda su cama mudaste⁴ en su enfermedad** [*Dominus opem ferat illi super lectum doloris eius; universum stratum eius versasti in infirmitate eius*]. Pero, para que no considerares que este bienaventurado posee en este mundo un descanso fuera de toda duda, suplica que le sean mitigados sus dolores, en modo de vencer sus numerosos males, gracias la virtud de la templanza. En efecto, el **lecho** se nos da para el reposo. En él se restablecen los fatigados miembros de los hombres. En él el hombre casado se une a su mujer y procrean hijos. El que se procura amistades —como si de cierto lecho se tratara— descansa en ellas placenteramente. Pero a menudo Dios hace que estas cosas sean amargas y estén para sus siervos llenas de dolores, con objeto de que, al no poner éstos su esperanza en las cosas temporales, puedan apeteecer los bienes futuros. Por tal razón, pide el profeta que el Señor consuele de su dolor a quien, en su delectación —como si de un estrecho catre se tratara— se halla maltrecho. Añade: **Toda su cama mudaste en su enfermedad**. Desarrolla la causa antes dicha, esto es: que, en virtud de la providencia divina, venga a hacerse posible que el deleite humano de los siervos de Dios se trueque en angustias y dolores, a fin de que, afligidos aquí por diversas calamidades, puedan conseguir el descanso de la bienaventuranza eterna, como fue el caso de Job, para quien los bienes mundanos se mudaron en desdichas; pero, a causa de ello, llegó a conseguir una felicidad mayor, porque se retiró de él la prosperidad mundana. Ruega, por esta razón, que el **Señor le dé socorro**, a fin de que la fragilidad humana, a fuerza de la dureza de las pruebas, no termine por ser vencida.

Verso 4.— **Yo dije, Señor, apiádate de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti** [*Ego dixi: Domine, miserere mei; sana animam meam, quia peccavi tibi*]. Consciente de que las tribulaciones de los fieles vienen por disposición divina [140], pide piadosamente el agitado profeta que también él pueda conseguir la misericordia del Señor, porque quien había reconocido haber pecado temía, con razón, ser traicionado por las tentaciones. En efecto, todo pecado es enfermedad de las almas, con cuyo crecimiento se va disipando la salud interior del hombre. Tomó conciencia de su enfermedad el que clamó al médico. Y es que, en su entendimiento estaba sano, en cuanto que supo reconocerse enfermo. Desea así que su **alma sea sanada** por la remisión de los pecados, remisión por la que verdaderamente se nos devuelve la salud, cuando son desatados los pecados, que nos atenazan.

Verso 5.— **Mis enemigos dijeron cosas malas contra mí: ¿cuándo morirá y desaparecerá su nombre?** [*Inimici mei dixerunt mala mihi: quando morietur et periet⁵ nomen eius?*]. Hasta aquí el profeta ha hablado de la aflicción de los bienaventurados. Ahora, en un segundo momento, el Señor Salvador va a hablar de su pasión, a fin de que, cuando los siervos de Dios se sientan afligidos por diversas circunstancias, no se crean abandonados de Dios, en cuanto que tales cosas las padeció también Cristo el Señor, que dijo: *Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si guardaron mi palabra, también la vuestra la guardarán* (Jn 25,20). Ahora bien, los **enemigos dijeron cosas malas**, cuando hablaron falsedades. Era, en efecto, necesario que urdieran mentiras

⁴Hebr., כָּל־מִשְׁכָּבוֹ הִפְכֵתָּ [todo su lecho mulliste]. Como cuando se hace la cama a un enfermo, dejándola bien mullida, para que el enfermo esté cómodo. El Señor dejó mullido el lecho del enfermo, es decir, lo transformó en lecho de reposo, o le restituyó la salud. Los LXX traducen por ἐστρεψας [*cambiaste, mudaste*].

⁵TL., *et periet; Vlg. et peribit.*

aquellos hombres impíos, que rugían por medio de su padre, el diablo. Sigue: **¿Cuándo morirá y desaparecerá su nombre?**. Son palabras de aquellos dementes judíos, que decían: *Si lo soltamos, vendrán los romanos y nos quitarán el lugar y el reino* (Jn 11,48). Decía asimismo Caifás: *Es conveniente que muera uno por todos, y no perezca la nación entera* (Jn 11,49). **Desapareció su nombre**. Desapareció, en efecto, pero desapareció de aquéllos que se negaron a creer en Él.

Verso 6.– **Y entraban para ver; cosas vanas habló su corazón** [*Et ingrediebantur ut viderent⁶; vana locutum est cor eorum*].

Verso 7.– **Recogieron en sí la iniquidad; y salían fuera y hablaban** [*Congregaverunt iniquitatem sibi; et egrediebantur foras, et loquebantur⁷*]. Habla del tiempo de la pasión del Señor, cuando Judas entraba –lleno de engaño– no para honrar al Señor, sino para buscar, antes al contrario, su perdición [Mt 26,47]. **Entraban**, en plural. Se refiere a aquellos otros que también se adelantaron, para ponerle las manos encima [Mt 26,50]. Por su parte, la expresión: **Cosas vanas hablaron** hay que referirla a los judíos, cuando planearon cruelmente la muerte del que es la vida de todos [Mt 26,3-5]. Sigue diciendo: **Recogieron en sí la iniquidad**. Su asamblea fue, ciertamente, la reunión de los pecadores, pues, al decretar la crucifixión del Señor de todo cuanto existe, en un solo crimen se perpetraron todos los demás. **Salieron fuera**, puesto que dentro no podían estar quienes no estaban en conformidad con el misterio del arcano de la fe. Ambas cosas son miserables; ambas, funestas: entraron, para perpetrar el crimen; después, salieron fuera de los términos de la verdad.

Verso 8.– **Unidos a la vez en un solo grupo susurraban; todos mis enemigos cosas malas pensaban para mí** [*Simul in unum susurrabant⁸ omnes inimici mei; adversum me cogitabant mala mihi*]. El **susurro** es un suavísimo sonido de la boca, distinto del que producen las palabras bien articuladas. Este vocablo procede del mundo de las abejas, las cuales producen un sonido, que precisamente es eso: un susurro. **Unidos a la vez en un solo grupo**. Tal es lo que sucedió entre aquéllos que –los unos junto con los otros– ardieron en deseo de murmurar a sus oídos. No tienen, ciertamente, la valentía de poner al descubierto sus intenciones quienes se unen en comandita criminal. Añade: **Todos mis enemigos cosas malas pensaban para mí**. Expresa la locura de los pueblos enfurecidos e ignorantes. En efecto, pocos suelen ser los autores de los crímenes. Se dice aquí que todos pensaron cosas malas, o sea: que, no siendo nadie menos culpable, todos los relacionados con el crimen son condenados por igual. Pero, en cuanto a la expresión: **Cosas malas para mí**, si buscas el efecto, es para Él; si buscas el deseo, es *para mí*. No se trata, ciertamente, de la pena del justo, que padece, sino de la envidia del que actúa.

Verso 9.– **Palabra inicua establecieron contra mí. ¿Acaso el que duerme no se volverá a levantar?** [*Verbum iniquum constituerunt adversum me; nunquid qui dormit non adiacet ut resurgat?*]. **Palabra inicua**, cuando gritaban a Pilato: *Si lo sueltas, no eres amigo del César* (Jn 19,12). **Establecieron**, esto es, decretaron; o también, fijaron. Es decir, cuando dictaron sentencia contra el Señor. Pero **dormir** es el descanso de los sentidos de la carne, calmada la tensión del espíritu, y la vuelta nuevamente a las actividades normales de la vida, una vez restablecido el vigor

⁶TL., *Et ingrediebantur ut viderent*; Vlg., *Et si ingrediebatur ut videret*.

⁷TL., *Congregaverunt iniquitatem sibi; et egrediebantur foras, et loquebantur*; Vlg., *Cor eius congregavit iniquitatem sibi. Egrediebatur foras, et loquebatur*

⁸*Simul in unum susurrabant*; Vlg., *In idipsum. Adversum me susurrabant*.

espiritual. Esto parece adecuarse, de manera nobilísima, a la muerte del Señor, porque tan rápido fue el paso a la resurrección que puede considerarse que, más bien, durmió –no que murió–, al levantarse, lleno de vigor, el que había caído sin fuerzas. Y, para que el complacimento de los herejes no dure ya por más tiempo, escuchen éstos que el Aquél, que duerme, se atribuye a sí mismo el poder de resucitar, como está escrito en el Evangelio: *Tengo potestad para entregar mi alma y tengo potestad para tomarla de nuevo* (Jn 10,18).

Verso 10.– **Y aún el hombre de mi paz, en quien yo esperaba, que comía mis panes, amplió su lazo contra mí**⁹ [*Etenim homo pacis meae in quo sperabam*¹⁰, *qui edebat panes meos, ampliavit adversum me*¹¹ *supplantationem*]. Llama **hombre de su paz** al discípulo Judas, que le dio la paz, cuando lo entregó [Mt 26,49]. **Paz** decimos, ciertamente, cuando nos besamos unos a otros. En efecto, si te refieres a la tranquilidad del alma, la *paz* no pudo estar en el corazón de aquél que con halagos preparó insidias. Añade: **En quien yo esperaba**, es decir, en quien consideraba esperar. Pues, ¿cómo pudo esperar en un hombre de tanta maldad Aquél que, antes de que naciera, ya lo conocía?. En efecto, para que entiendas que fue conocido de antemano, así dice el mismo Señor: *¿Acaso no os elegí a los doce?. Y uno de vosotros es un diablo* (Jn 6,71¹²). Sigue diciendo: **Que comía mis panes**, es decir, que escuchaba mi doctrina, de la que nos alimentamos en el espíritu, o que metió su mano con él en la fuente, como el mismo Evangelio declara [Mt 26,23]. Y, con razón, dice: **Amplió**, en cuanto que a los que no lo conocían les había mostrado quién era Él [Mt 26,49 par.]. ¡Oh discípulo sordo, oh durísimo de corazón indócil!. En efecto, ¿quién cree que aquél que se mostró como tan gran parricida, de tan gran piedad pudo haber recibido en su espíritu algo virtuoso?.

Verso 11.– **Pero tú, Señor, apiádate de mí, y resucítame; y yo les retribuiré** [*Tu autem, Domine, miserere mei, et resuscita me; et retribuam illis*¹³]. Una vez expuesta la pasión, se llega a la tercera parte, en la que –pues es hombre– ruega que acontezca el milagro de su resurrección. ¿Por qué tensas las orejas, oh hereje?. ¿Por qué consideras que has encontrado algo que puede excusar tu perfidia?. Si buscas qué es poder, escucha lo que está escrito en el Evangelio: *Destruíd este templo y en tres días yo lo levantaré* (Jn 2,19). Aquí ruega la humanidad, allí promete la Divinidad. Deja de lanzar calumnias, pues ambas cosas convergen en el Señor Salvador, porque *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). Dice: **Y yo les retribuiré**, no con el dolor del castigo, sino con una paciente espera. En efecto, esperándolos –aún hoy– conviértete, por la obra de su clemencia, a buena parte de ellos.

Verso 12.– **En esto he conocido que me has querido, porque no se alegrará mi enemigo sobre mí** [*In hoc cognovi quoniam voluisti me, quoniam non gaudebit inimicus meus super me*]. Dice que **en esto ha conocido** el amor del Padre: en que la resurrección gloriosa ha de venir. **Que me has querido**, sobreentiéndase: *Glorificar, exaltar*. En efecto, a este lugar pueden convenir tanto las palabras ya dichas, como otras que puedan serles semejantes. Añade: **Porque no se alegrará mi**

⁹Hebr., עָקַבְתִּי אֶתְּיָדְיָאֵי [engrandeció contra mí el calcaña]. Los LXX: ἐμεγάλυνεν ἐπ' ἐμέ πτερνισμόν [*ha engrandecido contra mí el engaño*].

¹⁰TL., *sperabam*; Vlg., *speravi*.

¹¹TL., *ampliavit adversum me*; Vlg., *magnificavit super me*.

¹²Por error, TL. cita Jn 6,60.

¹³TL., *illis*; Vlg., *eis*.

enemigo sobre mí. A esto se referían aquellas palabras de antes, o sea: *Que me has querido*, pues, ciertamente, no está permitido que el enemigo se alegre sobre Él, en cuanto que aquellas cosas, que aquél tenía preparadas, en modo alguno llegaron a realizarse [141]. Como más arriba se ha dicho, tal es la razón por la que, en efecto, quisieron, matarlo: para que su nombre quedase borrado completamente de la faz de la tierra. Mas ven, por el contrario, a la Iglesia de Cristo, extendida por todo el orbe, y saben que su nombre es celebrado en todas partes, de modo que, con toda razón, no pueden alegrarse aquéllos que tuvieron que agachar la cabeza, ante sucesos tan inesperados para ellos.

Verso 13.– **Pero a causa de mi inocencia me tomaste, y me fortaleciste en tu presencia en eterno** [*Propter innocentiam autem meam suscepisti me, et confirmasti me in conspectu tuo in aeternum*]. En verdad, santa inocencia, santa simplicidad, feliz, la humildad: aun padeciendo tantos males, no oponer ninguna resistencia. Con ánimo sereno iba a la cruz; con muerte tranquila había de morir. Con integérrima verdad llevó a cumplimiento todas las palabras, que previamente habían sido anunciadas, por medio del profeta. Se dolió de las caídas de los que lo perseguían y –clavado en la cruz– rogó con gran clemencia por sus enemigos y así dejó dicho que lo hicieran también sus fieles. Con toda autoridad, estableció el precepto quien se había anticipado con el ejemplo. Sigue: **Y me fortaleciste en tu presencia en eterno.** Se expresa ya aquí la extraordinaria dicha de la santa encarnación de Aquél que –abandonada la debilidad del cuerpo mortal– hombre Dios, de dos y en dos naturalezas distintas y perfectas, permanece en la gloria sempiterna, cuyo nombre es sobre todo nombre, cuyo poder gobierna en el cielo y en la tierra, ante el cual *toda rodilla se dobla, en los cielos, en la tierra y en los abismos* (Flp 11,10).

Verso 14.– **Bendito el Señor, Dios de Israel, desde el siglo y hasta el siglo: ¡sea, sea!**¹⁴ [*Benedictus Dominus Deus Israel a saeculo usque in saeculum: fiat, fiat*]. Expuesto todo cuanto se refería a la pasión y resurrección de Cristo el Señor, sigue una hermosa y laudativa conclusión, porque, en todo tiempo, debe ser bendecido quien colmó nuestra esperanza con la gloria de su dispensación. Llamamos también **bendito** al hombre que es bendecido; pero al que no se le bendice, no es bendito. Así, pues, dicha bendición está en función –en cierto modo– del juicio ajeno. Pero *Dios es bendito*, aunque todos callen, porque Él asume todo bien no como algo que le es extraño, sino por emanación de sí mismo. Por su parte, la expresión: **Desde el siglo** significa el mundo presente, a partir del cual comenzaron a ser administradas todas las cosas. Por su parte, la siguiente expresión: **Y hasta el siglo**, quiere significar el mundo futuro, donde ya están establecidas todas las cosas, sin que ninguna mutación temporal pueda deshacerlas. En efecto, aunque este mundo presente esté llamado a desaparecer, la bendición de Dios permanecerá, sin embargo, absolutamente inalterable. Añade: **¡Sea, sea!**. Esta forma verbal –repetida enfáticamente– indica algo que se ha de hacer por todos. En efecto, no se la debe entender en el sentido de que *Dios sea hecho bendito*, como si no fuera bendito, en caso de no ser alabado, sino que este **¡sea!** es de donde sacamos provecho, cuando nos ocupamos continuamente en sus alabanzas. Algunos comentaristas, sin embargo, dado lo inusual de esta expresión –sólo aparece aquí y en los salmos setenta y uno, ochenta y ocho y ciento cinco–, han considerado que el entero Salterio ha de dividirse en cinco libros. Pero ya, en nuestro prefacio, tuvimos ocasión de mostrar, de manera suficiente, nuestro desacuerdo con ellos. En efecto, en los Hechos de los Apóstoles se lee que el libro de los Salmos

¹⁴Hebr., אָמֵן אָמֵן [*amén y amén*]. Los LXX: γένοιτο γένοιτο [*sea, sea*].

es uno solo (Hch 1,20).

Conclusión del salmo

En la primera parte de este salmo, ha hablado la santa Iglesia y siguen, después, las palabras del Señor. Así, también en esto el profeta es precursor. En efecto, en la primera parte de este salmo, el bienaventurado David, por medio de las limosnas, nos mostró las santas enseñanzas morales. En la segunda, siguiendo los pasos de su pasión, el Señor nos indicó las sendas naturales. En la tercera, por el milagro de la resurrección, nos colmó de la claridad especulativa, para hacer constar con ello que la verdad de la filosofía celestial es narrada, según tres partes. Esto, si con cuidado te fijas, podrás encontrarlo, con frecuencia, en los salmos que aún quedan. Y así, una vez recibido el beneficio de este salmo, con gran exultación, se ha de decir: *Bendito el Señor Dios de Israel, desde el siglo hasta el siglo: sea, sea.*

SALMO CUARENTA Y UNO

Para el fin. Inteligencia a los hijos de Coré. Salmo de David.

[In finem, intellectus filiis Core psalmus David].

Entre las palabras, a las que ya estamos acostumbrados, se introduce como novedad la expresión: **Hijos de Coré**, la cual no hace referencia a nombres de compositores de salmos, sino a nombres de cantores, como era también el caso de *Yedutún*, en el salmo treinta y ocho, ya visto. En efecto, éstos habían sido elegidos por David para el canto de la salmodia. Sin embargo, dada la significación de los nombres, han sido colocados adecuadamente en el encabezamiento del salmo. Es esto algo que conviene estudiar con todo cuidado, a fin de que el meollo de la cuestión aparezca a nuestra vista con claridad meridiana, una vez despojado de su envoltura. En hebreo, la palabra **Coré** significa *calvario*¹. Pero –como bien sabemos– el monte Calvario es el lugar donde fue crucificado el Salvador. Por lo cual, con razón son llamados *hijos de Coré* aquéllos que –a modo de gloriosísimo trofeo del Rey celestial– merecieron recibir el signo de la cruz. Y así, este salmo se ajusta a todo cristiano que, por el amor del Señor, se siente encendido por la llama de su caridad, sin la cual todo aquello que, entre los asuntos humanos, es merecedor de desprecio, viene a ser considerado como algo de gran valor. Éste es el primer salmo que aborda este tema. Le siguen los salmos ochenta y tres y ochenta y cuatro. Pero, con relación a estos nombres, debemos recordar las palabras del bienaventurado Jerónimo, que con espíritu perspicaz examina el entero salterio: *Ya en varias ocasiones he apuntado que todo salmo que lleve el título de los hijos de Coré no trata nunca de nada triste, sino de cosas alegres y placenteras* (In Expos. Tituli Psal. LXXXIV²). Éstos, por tanto, consecuentemente con el significado de su nombre, una vez desechadas las cosas de este mundo, desean las celestiales y eternas.

¹HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 837).

²S. JERÓNIMO, *Tratado sobre los salmos*, BAC, Madrid 1999, pág. 281.

División del salmo

En la primera parte de este salmo, el *Hijo de Coré* –sobre el cual hemos dicho que está signado con el honor de la cruz– afirma que todo deseo de su espíritu ha sido trasladado al Señor. En la segunda, por medio de un silogismo de cinco partes, habla a su alma a la que le dice que, en medio del mar de este siglo, no debe turbarse, porque Dios, por firme decisión suya, es su refugio.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a ti, oh Dios** [*Sicut cervus desiderat³ ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus*]. Se encuentra aquí la figura retórica llamada *parabole*, es decir, la comparación de cosas que por su género son disímiles. En efecto, el hombre viene comparado –en este caso– con el **ciervo**. Esta forma de comparación recibe el nombre de *a minore ad maiorem* [de menor a mayor]. Ahora bien, no sin razón, este animal es asemejado a los fieles. En efecto, el ciervo es, en primer lugar, un animal del todo inofensivo. Desarrolla, después, una increíble velocidad y de continuo siente, finalmente, un deseo ardiente de beber. La razón de esta sed es que succiona las serpientes con sus narices y, tras engullirlas, impelido por el ardor del veneno, corre con toda la velocidad que le es posible en busca de las corrientes de agua. Le gusta, pues, saciar su sed con agua dulce [142] y purísima. Esta hermosa comparación puede estimular arduamente nuestro deseo de que –si acaso apuramos, alguna vez, el veneno de la antigua serpiente, abrasándonos así en lo más hondo de nosotros mismos– nos demos prisa por correr en busca de las fuentes de la misericordia divina, de manera que lo ingerido por la maldad del pecado encuentre su derrota en la pureza de tan dulce bebida. Y no carece de importancia el hecho de que se diga: **A las fuentes de las aguas**, pues la *f fuente de las aguas* es Cristo el Señor y aquello que de Él fluye hace que todas las cosas encuentren su restablecimiento. En efecto, no es cosa rara que los arroyos se sequen, pero *la fuente de las aguas* está constantemente fluyendo. De ahí que, con razón, diga que se ha de correr aprisa en busca de la bebida del sagrado origen, donde nuestros deseos jamás pueden quedar insatisfechos.

Verso 2.– **Tuvo sed mi alma del Dios vivo⁴. ¿Cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios?** [*Sitivit anima mea ad Deum vivum⁵; quando veniam et apparebo⁶ ante faciem Dei?*]. Para que conozcas que el deseo, anunciado previamente, ha sido el deseo de la caridad divina, dice que su alma ambicionó ardientemente la presencia del Señor, ambición con la que sobremanera se inflama la débil humanidad. Sigue después: **¿Cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios?**. Ciertamente, porque se nos aparecerá, de manera manifiesta, cuando nos examine con benevolencia en su juicio. Llevados, pues, por estas cosas, advertimos que el alma tiene su sed propia, cuando, movida por el deseo celestial, ansía con gran ardor los ríos divinos, que de continuo fluyen con

³TL., *Sicut cervus desiderat*; Vlg., *Quemadmodum desiderat cervus*.

⁴Antes de la Vulgata Sixtina-Clementina, edición de la Vulgata promulgada en 1592 por el Papa Clemente VIII, en este versículo se leía *fontem vivum*. Esta lección, aunque acomodada al contexto, no correspondía al original hebreo, donde se lee *הַיְיָ לְאֵלֵינוּ לְאֵלֵינוּ לְאֵלֵינוּ* [*al Dios, al fuerte vivo*], *al fuerte*, que es también uno de los nombres divinos, que aparecen en la Biblia. Por esta razón, algunos autores traducen por *tuvo sed mi alma de Dios, del Fuerte*. En los LXX se lee solamente *τὸν θεὸν τὸν ζῶντα* [*al Dios, el vivo*], aunque, en algunos manuscritos, la traducción es: *τὸν θεὸν, τὸν ἰσχυρὸν, τὸν ζῶντα* [*al Dios, al fuerte, el vivo*].

⁵TL., *ad Deum vivum*; Vlg., *ad Deum fortem*.

⁶TL., *apparebo*; Vlg., *parebo*.

abundantísimo caudal. Saludables aguas muy copiosas, que no sólo calman la sed de las almas, sino que alejan también toda carencia, propia de la debilidad humana. En este mundo, dicha sed está siempre hirviendo en los corazones felices de los fieles y, sin término alguno, descansa satisfecha, pues sólo en la bienaventuranza futura le es dado encontrar lo que apetece, como dice el Señor en el Evangelio: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados* (Mt 5,6). Pero debe prestarse atención a la importancia del adverbio **cuando**, en cuanto que indica que el retraso reviste gran gravedad para él.

Verso 3.– **Fueron para mí mis lágrimas panes día y noche** [*Fuerunt mihi lacrymae meae panes die ac nocte*]. Aquéllos a quienes no les apetece llorar al Señor escuchen esto: que las **lágrimas** derramadas no son ocasión de hambre, antes al contrario, motivo de saciedad. Y no sin razón, porque aquel llanto es alimento del alma, fortalecimiento de los sentidos, absolución de los pecados, rehacimiento del espíritu, lavacro de las culpas. Pero, a través de estas constantes lágrimas, da a conocer que el pueblo cristiano puede sacar enseñanza de las aflicciones. El **día** debemos entenderlo en sentido de felicidad; la **noche**, de tristeza. En efecto, mediante estos dos momentos de la jornada, se abarca el entero tiempo de la vida del hombre.

Verso 4.– **Mientras que todos los días se me dice: ¿Dónde está tu Dios?** [*Dum dicitur mihi quotidie: Unde est⁷ Deus tuus?*]. El *hijo de Coré* muestra la causa por la que derrama continuas lágrimas. En efecto, en el tiempo aquel en que eran perseguidos, esto era lo que los cristianos escuchaban **todos los días**: no hay quien salga en vuestra ayuda; soportáis, ciertamente, lo que nosotros queremos, lo que nosotros mandamos. ¿Quién, en esta aflicción, no lloraría, es decir: seguir manteniendo una conciencia recta, pero viéndose sometido a las afrentas de los malvados, ya que, por encima de todo sufrimiento, sigue estando el deber de perdonar al que profiere insultos, aun a sabiendas de que está sucio, a causa de la maldad de su conciencia?. Pero fijate en cómo concuerdan las cosas. En efecto, así como indicó el hecho de sus incesantes lágrimas, así dice también que sus incriminaciones fueron continuas, de manera que concuerden entre sí cuantas cosas están contenidas en las sagradas páginas.

Verso 5.– **He recordado estas cosas y en mí mismo he derramado mi alma, porque entraba yo en el lugar del tabernáculo** [*Haec recordatus sum, et effudi in me animam meam, quoniam ingrediebar⁸ in locum tabernaculi*]. Es decir, cuando pensaba en estos delitos, que se me imputaban –como si desde un depósito lleno hasta el borde se tratara–, derramé mi alma en lágrimas con repentina profusión, rogando a Dios que, con tales increpaciones no me siguiera atormentando, durante más tiempo. Realmente **derrama su alma en sí mismo** aquél que, con deseo pleno, movido por Dios, viene a postrarse ante Él en actitud de sincera súplica. Pero fijate en lo siguiente: todo desbordamiento, una vez comenzado, anega los lugares cercanos, pero *el alma se derrama en sí misma*, cuantas veces vuelve a sí, movida por un sentimiento de compunción. Viene ahora la pregunta: ¿Por qué se derramaba en sí su alma?. Y he aquí la respuesta: **Porque entraba en el lugar del tabernáculo**, esto es: en esta Iglesia presente. En efecto, cuando entraba allí, con más intensidad lloraba, con mayor fuerza gemía, al ver que aquella Jerusalén, que el Señor prometió a sus santos, estaba aún distante. Inevitable es, en efecto, desear más vivamente aquello que se espera, cuando algo, que se le asemeja, ya puede ser contemplado.

⁷TL., *Unde est*; Vlg., *Ubi est*.

⁸TL., *quoniam ingrediebar*; Vlg., *quoniam transibo*.

Verso 6.– **Admirable hasta la casa de Dios⁹; en voz de exultación y de confesión el sonido del que está en banquete¹⁰** [*Admirabilis usque ad domum Dei; in voce exultationis et confessionis sonus epulantis*]. Se ha de unir el comienzo de este verso con lo expresado al final del verso anterior, es decir: *en el lugar del tabernáculo*. Entraba, ciertamente, en el tabernáculo **admirable** aquél que, en ningún modo, cedía ante tan inicuas imputaciones. Se le decía, en efecto: *¿Dónde está tu Dios?*. Pero tanto más deseaba él a Dios cuanto más abyecta era la burla de que era objeto. Desde este tabernáculo avanzaba presuroso el piadoso íncola **hasta** aquella **casa de Dios** del tiempo futuro, en modo de hacer patente que los deseos de este mundo no eran de la estima de tan santo varón. Pero, *¿cómo* ambicionaba ir allí el hombre santísimo?. **En voz de exultación y de confesión**. La **exultación** hace referencia a la salmodia; la **confesión**, a los pecados, que se deben llorar. En verdad, estas dos cosas unidas hacen perfecto al cristiano. Sigue: **El sonido del que está en banquete**. Define, con brevedad, qué son la exultación y la confesión: *El sonido del que están en banquete*, porque el mismo sonido alimenta el alma y, con dulce deleite, le brinda manjares deliciosos. En efecto, *¿qué hay más dulce o más saludable que alabar a Dios y reconocerse siempre en la culpa?*. Ha terminado la parte que habla de la sed, que se ha de tener en el Señor. Pero, en la parte siguiente, sirviéndose de grandes y sutiles argumentaciones, volverá otra vez sobre este asunto, a fin de que, entristecido el espíritu, nunca cese el deseo, que con loable ardor había comenzado.

Verso 7.– **¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas? Espera en el Señor** [*Quare tristis es anima mea, et quare conturbas me? Spera in Domino¹¹*]. Veamos con un poco de más detenimiento estos versos, pues, si no reciben un tratamiento cuidadoso, pueden quedar en la penumbra. Después de las burlas soportadas: *¿Dónde está tu Dios?*; tras la inmensa perturbación, que el derramamiento de su alma le había causado, llega a la segunda parte el hijo de Coré, el cual, por medio de la prueba certísima, propia del silogismo de cinco partes, habla a su alma hasta la conclusión del salmo. Dice: *¿Por qué, alma mía, herida por las crueles imputaciones de los enemigos, te sientes agobiada? ¿Por qué me conturbas con tu aflicción?*. Forzoso es, en efecto, que aquella triste y apesadumbrada debilidad humana se vea turbada. Contra estas cosas, sigue un saludable remedio: **Espera en el Señor**, porque esperar en Él cambia para mejor todas las cosas y conduce al gozo eterno a los que la tristeza de este mundo los tenía aprisionados. Como está escrito: *Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados* (Mt 5,5). Y no se consideren como algo singular las palabras que el santo varón dirige a su alma, pues también, en otro lugar, se lee: *Bendice, alma mía, al Señor* (Sal 102,1). E igualmente: *Alaba, alma mía, al Señor* (Sal 145,1). Y, en el salmo cuarenta y dos, se repite la misma frase: *¿Por qué estás triste, alma mía?* (Sal 52,5).

⁹Hebr., *כִּי אֶעְבֵּר בְּסֶף אֲדָדִים עַד-בֵּית אֱלֹהִים* [*cuando entraré en el número, caminaré con ellos hasta la casa de Dios*]. La expresión *בְּסֶף* [*bassāk*] es, con todo, incierta. Otros traducen por *en el recinto*. Los LXX: *ὅτι διελύσομαι ἐν τόπῳ σκηνῆς θαυμαστῆς ἕως τοῦ οἴκου τοῦ θεοῦ* [*porque atravesaré por un lugar de tienda maravillosa hasta la casa de Dios*].

¹⁰Hebr., *בְּקוֹל-רִנָּה וְתוֹדָה הִמְנוֹן חוֹנֵג* [*con voz de júbilo y de alabanza, la multitud haciendo fiestas*], o saltando de gozo. Así se acostumbraba a hacer en las fiestas solemnes, pues iban en cuadrillas hasta donde estaba el templo, con muestras de extraordinaria alegría. Los LXX: *ἐν φωνῇ ἀγαλλιᾶσεως καὶ ἑξομολογήσεως ἤχου ἑορτάζοντος* [*en voz de alegría y de alabanza, de alborozo festivo*].

¹¹TL., in textu: *Domino* [ed., Deo]; Vlg., *Deo*.

Verso 8.– **Porque lo confesaré, salud de mi rostro** [*Quoniam confitebor*¹² *illi, salutare vultus mei*]. A fin, tal vez, de que el alma no dijera: ¿Cómo puedo [143] esperar en el Señor, pues tu debilidad se enfrenta frecuentemente conmigo?, responde el hijo de la cruz: *Espera en el Señor, porque yo lo confesaré*, es decir, hago penitencia de mis pecados, para no entorpecer tu devoción. Sigue preguntando: ¿a quién confesaré?. Y la respuesta: a quien es la **salud de mi rostro**. En efecto, la salud de nuestro rostro es Cristo el Señor, el cual en la condición de siervo, que es la nuestra, se dignó venir sin pecado, como dice el profeta Jeremías: *El espíritu de nuestro rostro, Cristo el Señor, quedó preso, bajo cuyo velo vivimos entre las gentes* (Lam 4,20).

Verso 9.– **Dios mío, a causa de mí mismo está turbada mi alma. Por ello me acordaré de ti, Señor, desde la tierra del Jordán y el Hermón, desde el monte pequeño**¹³ [*Deus meus, a me ipso anima mea turbata est*¹⁴; *propterea memor ero tui, Domine, de terra Iordanis et Hermoniim a monte modico*]. Éste que daba consejo al alma y corregía razonablemente a su espíritu, vuelto a la condición humana, confiesa ahora, diciendo que su **alma está turbada**, sobre todo, **a causa de sí mismo**. Verdaderamente, porque, si los pecados de la carne no fueran los causantes de tal cosa, la pureza del espíritu podría permanecer en su sosiego. En efecto, considero que este razonamiento ha sido introducido de forma muy oportuna, a fin de que el hombre llegue a conocer con toda evidencia de qué diversidad está formado. Ahora bien, este hijo de la cruz, ya nombrado en el título, muestra el remedio por el que cada cual puede librarse de las perturbaciones de su alma. Dice: **Por ello me acordaré de ti, Señor, desde la tierra del Jordán. Por ello**, es decir, a causa de estas perturbaciones por las que mi alma está poderosamente afligida. **Me acordaré de ti, Señor**, como si dijera: a Ti me apresuro con suma rapidez; a Ti, donde bien se sabe que haber llegado es el remedio y el conveniente alejamiento de los males, propios de la carne. Dice también desde dónde se acordará: **Desde la tierra del Jordán**, o sea, desde el lugar en el que, primero, el Señor santificó los dones del bautismo. Ciertamente, el nombre mismo del río *Jordán* significa el *descenso de ellos*¹⁵. En efecto, desciende a la profundidad de las fuentes aquél que desea renovarse con el beneficio del sacramento. De hecho, con referencia al bautizado, decimos aún hoy: *Desciende a la fuente*. O, tal vez, este *descenso* puede significar también la humildad de que necesariamente debe dar muestra el bautizado, que sigue los mandatos de nuestro Señor. Por esta razón, cuando nos acordamos de estas cosas, no seremos perturbados por ninguna mezcla de cosas malas, que pudieran venir sobre nosotros. **Y el Hermón, desde el monte pequeño**. El **Hermón** es un monte de poca elevación, situado junto al río Jordán, como la lectura del Deuteronomio nos enseña: *Recibimos en aquel tiempo la tierra de manos de los dos reyes amorreos que estaban junto al Jordán, desde el torrente de Arnón, hasta el monte Hermón* (Dt 4,47-48). Pero veamos qué importancia significativa pueda ofrecernos este nombre. *Hermón* es llamado el *anatema*¹⁶, que dice el hombre al diablo, cuando se llegare a Dios [Núm 21,3]. Y bien dijo: **Desde el monte pequeño**, porque a Dios se lo busca no desde la altura de la soberbia, sino que su memoria se encuentra en las pequeñas

¹²TL., *Quoniam confitebor illi*; Vlg., *Quoniam adhuc confitebor illi*.

¹³Hebr., מִצֵּר מִצֵּר [desde el monte mis^o‘ār]. Los LXX: ἀπὸ ὄρους μικροῦ [desde un monte pequeño]. La palabra hebrea מִצֵּר [mis^o‘ār], que significa *pequeño*, la entienden los rabinos como propia de un monte llamado *Mitzar* o *Missar*, del cual en ninguna parte de la Escritura se hace mención. Por tal razón, se debe dar por buena la traducción de los LXX [μικροῦ] y de la Vlg. [modico], que la entienden como apelativo.

¹⁴TL., *a me ipso anima mea turbata est*; Vlg., *ad me ipsum anima mea conturbata est*.

¹⁵HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23,825).

¹⁶*Anathema maeroris*. HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23,344).

humillaciones. Por esta razón, cuando guardamos el bautismo recibido, cuando guardamos la humildad de la memoria, conservamos saludablemente, con la ayuda de Dios, las reglas de la fe recibida.

Verso 10.– **El abismo invoca al abismo en la voz de tus cataratas** [*Abyssus abyssum invocat in voce cataractarum tuarum*].

Verso 11.– **Todas tus cosas excelsas y tus olas sobre mí pasaron** [*Omnia excelsa tua, et fluctus tui super me transierunt*]. Las expresiones: Jordán, Hermón, el abismo que invoca al abismo, en la voz de tus cataratas, han dado lugar a la figura retórica llamada *sardismos*, figura que está siempre formada por la mezcla de algunas lenguas diferentes. En efecto, *Jordán* y *Hermón* son nombres hebreos; *abismo a abismo* y *cataratas* son nombres griegos; *invoca* y *en la voz* son, claramente, palabras latinas. Así, en este lugar, esta figura literaria está bellamente compuesta por la mezcla de diversas lenguas. En efecto, mediante los dos abismos, se significan los dos Testamentos, esto es el Nuevo y el Viejo, que se confirman el uno al otro con recíproca atestación, pues el Antiguo Testamento anuncia con anterioridad al Nuevo, y el Nuevo evoca las enseñanzas del Antiguo. Sucede así que uno y otro se **invocan**, ya que de su veracidad se ofrecen testimonios recíprocos. Así, en otro lugar, dice también el salmista: *Tus juicios son abismo profundo* (Sal 25,7). Profundos son, en efecto, los Testamentos del Señor, porque en el seno de su sabiduría permanecen con insondable verdad. Ahora bien, para nombrar a los profetas y a los apóstoles, se sirve de otra expresión: **En la voz de tus cataratas**, porque, así como por las cataratas se arrojan cantidades ingentes de agua, así también de la boca de éstos fluyeron los torrentes del Señor. Por su parte, las palabras **tus cosas excelsas y tus olas** las referimos adecuadamente a las santas Escrituras. Ellas son, en efecto, aquello que más arriba llamó **abismos**, donde juguetea como un cierto oleaje de comparaciones y la profundidad de los sentidos de las cosas se engrandece, gracias una solícita investigación. Dice, pues, el justo que todas estas cosas **han pasado sobre él**, porque en el conocimiento de ellas él se había sumergido cual ávido investigador.

Verso 12.– **En el día mandó¹⁷ el Señor su misericordia, y por la noche la declaró. Junto a mí la oración al Dios de mi vida** [*In die mandavit Dominus misericordiam suam, et nocte declaravit¹⁸. Apud me oratio Deo vitae meae*]. Entendemos por **día** el tiempo tranquilo, en que se aprenden los preceptos del Señor, ya que su ley hay que beberla con sosiego. En efecto, entonces es tiempo de aprender: cuando no hay nada que pueda impedirlo. Sigue: **Y por la noche la declaró**. Ciertamente, lo que se aprende en la quietud, se declara en la tribulación. Y es que en tiempo de sosiego se aprenden las palabras del Señor, pero su fruto viene mostrado en los momentos de aflicción, como se lee en el libro del Eclesiástico: *Especiosa es la misericordia del Señor en tiempo de tribulación* (Sir 25,26). Sucede así que, en la *noche*, se declara lo que en el *día* se aprende. Añade: **Junto a mí la oración al Dios de mi vida**, como si dijera: Dentro de mí está el sacrificio, que ofreceré a Dios. ¿Qué es este sacrificio?. Ciertamente, la **oración**, que Dios no desprecia y que prefiere por encima de las víctimas, con tal que le sea ofrecida con el sentimiento de un espíritu puro. Pero este Señor es el **Dios de nuestra vida**, porque, siendo nuestros pecados la causa de su muerte, su perdón misericordioso nos salva.

¹⁷Hebr., יָרָא [enviará]. Los LXX: ἐντελεῖται [envía].

¹⁸TL., *et nocte declaravit*; Vlg., *et nocte canticum eius*.

Verso 13.– **Diré a Dios: mi defensor eres tú**¹⁹. **¿Por qué me has olvidado? ¿Por qué me has rechazado? Y, ¿por qué ando contristado**²⁰, **mientras el enemigo me aflige?** [*Dicam Deo: Susceptor meus es. Quare me oblitus es? Quare me repulisti? Et quare contristatus incedo*²¹, *dum affligit me inimicus?*]. Más arriba el hijo de Coré había dicho: *Junto a mí la oración al Dios de mi vida*. Dice ahora que va a presentar al Señor la oración, que antes había anunciado, es decir: Habiéndome recibido por la divina gracia del bautismo, para colocarme, por tus beneficios, en la patria aquella, ¿por qué entonces consientes que sea yo maltratado con calamidades diversas, a causa del engaño diabólico?. Había experimentado el santísimo varón cuánta era la futura dulzura de aquella quietud y aborrecía con vehemencia los escabrosos caminos de este mundo. Exclama también, según el modo de humano de hablar: **¿Por qué me has olvidado?**. Porque aún se retrasaba aquella promesa de la patria futura, que el Señor promete a sus santos. Sigue: **¿Por qué me has rechazado?**. Porque no podía llegar todavía a aquel reposo, que tan fervientemente deseaba. **Y, ¿por qué ando contristado, mientras el enemigo me aflige?**. Nos contristamos, ciertamente, cuando somos flagelados en este mundo, cuando somos tentados por las fraudulentas engañifas del enemigo, cuando soportamos los vicios de la carne con ánimo esforzado y combativo. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *erotema*, es decir, cuantas veces, ante numerosas preguntas, enfatizamos una determinada cosa, manifestando dolor.

Verso 14.– **Mientras son quebrantados todos mis huesos, me zahirieron los que me atribulan** [*Dum confringuntur omnia ossa mea, exprobaverunt [144] mihi qui tribulant me*²²]. Ya hemos dicho, en varias ocasiones, que la palabra **huesos** hace referencia a la firmeza del espíritu. Por consiguiente, cuando la virtud de nuestra paciencia resulta afligida, es como si fuesen quebrados los huesos. Mis enemigos, que ven esto, se burlan y, como a alguien merecedor de infamia, abominan de aquél al que ninguna felicidad de este mundo le sonrío.

Verso 15.– **Mientras se me dice, día tras día: ¿Dónde está tu Dios?** [*Dum dicitur mihi*²³ *per singulos dies: Ubi est Deus tuus?*]. Ésta es aquella prueba, mediante la cual –a modo de cierto martillo– se quebraban los huesos de la paciencia. Efectivamente, solían sus perseguidores y denigradores decir esto a los afligidos cristianos: **¿Dónde está tu Dios?**. Que tome venganza de ti, si es que puede hacerlo. ¿Cuántas veces oyeron esto los mártires?. ¿Cuántas veces lo oyeron los confesores, que no quisieron ceder ante tan variados tormentos?. En efecto, estas palabras son de sobra conocidas, en cuanto que –día tras día– se les dice a los que padecen por el nombre de Cristo.

Verso 16.– **¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué te conturbas?** [*Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas te?*].

Verso 17.– **Espera en el Señor, porque aún lo confesaré: salud de mi rostro y Dios mío** [*Spera in Domino, quoniam adhuc confitebor illi; salutare vultus meus, et Deus meus*]. Puesto que

¹⁹Hebr., אֲדַבֵּר לַיהוָה אֲרֹכָה לִי [diré a Dios, que es mi roca]. Los LXX: ἐρῶ τῷ θεῷ ἀντιλήπτωρ μου εἶ [*Diré al Señor: 'Mi protector eres tú'*].

²⁰Hebr., קָדַר [enlutado], es decir, vestido de negro o de luto, cosa que se hacía en tiempo de tristeza o calamidad pública. Los LXX: σκυθρωπάζων [*sombrío*].

²¹TL., *Quare me oblitus es? Quare me repulisti? et quare contristatus incedo*; Vlg., *Quare oblitus es mei? et quare contristatus incedo*

²²TL., *qui tribulant me*; Vlg., *qui tribulant me inimici mei*.

²³TL., *Dum dicitur mihi*; Vlg., *Dum dicunt mihi*.

en las letras divinas nada consta que sea superfluo ni nada ocioso, hemos de preguntarnos qué puede significar la repetición de estas palabras. Soy de la opinión de que aquí, tal vez, se encuentre el silogismo de cinco partes, que Cicerón considera que ha de aplicarse a los oradores, a fin de que aparezca, con toda evidencia, que éstos fueron imitadores y no creadores de tales reglas. Veamos por separado los miembros de esta argumentación. En efecto, la premisa mayor es: *¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas?. Espera en el señor, porque lo confesaré, salud de mi rostro*. La prueba de dicha premisa mayor, lejos de toda duda, está contenida adjunta, en los cuatro versos que siguen. Aparece, después, la premisa menor: *Diré a Dios: tú eres defensor; ¿por qué me has olvidado? ¿Por qué me has rechazado? Y, ¿por qué ando contristado, mientras el enemigo me aflige?* En los dos versos siguientes, sigue la prueba de la premisa menor. Se llega, finalmente, repitiendo el primer verso, a la conveniente conclusión del silogismo: *¿Por qué estás triste, alma mía?*, etc. Esta repetición, conocidísima en la ley del silogismo en cinco partes, se contiene también aquí. Y no debe causar extrañeza el hecho de que, en la premisa mayor, la sentencia aparezca más desarrollada, pues vemos que abarca dos versos, y que la conclusión, en cambio, venga reducida solamente a uno. Convenía, en efecto, que el final se resumiera, ya que arriba aparecía propuesto con mayor extensión.

Conclusión del salmo

Este hijo de la cruz –queriendo mostrar, al comienzo del salmo, su insigne deseo– se asemejó a sí mismo con exquisito ejemplo –el ciervo que desea las fuentes de las aguas–, a fin de que mostrar que el que anhelaba al Señor con un deseo tan grande lo amaba asimismo de modo singular. Pero, puesto que –según es habitual en los hombres– a cada propósito bueno le salen siempre al encuentro conductas perversas, cuando el espíritu inicuo se esfuerza en subvertir, con artificiosos reproches, a quien no puede engañar, mediante lisonjas, viene a decir el santo varón que, a causa de tan numerosos ataques, se siente movido a derramar lágrimas continuas. Y, para que esta tristeza, propia de este mundo, no acabara por apoderarse de su persona, hasta llegar al punto de la desesperación, dirige a su alma palabras de consuelo, alejando de sí las perturbaciones del mundo, que son enemigas de los fieles, de manera que la fatiga, propia de la desesperanza, no llegase a poseerlo. Como está escrito: *Pues la tristeza, que es según Dios, obra la penitencia para una salud estable; pero la tristeza del siglo obra la muerte* (2Cor 7,10). Por ello, con razón, se esforzó en arrojar de sí aquello que sentía que le estaba al acecho, como perdición perpetua. Y así, aún hoy, la Iglesia recita convenientemente –una y otra vez– este salmo, consejero de buenos deseos y guía para los bautizados, de suerte que, alejados de la tristeza de este mundo, se den prisa²⁴ por llegar a Dios con total pureza de espíritu. Concédenos, buen Rey –pues tu obrar misericordioso no es uno solo– que así como a aquéllos los limpiaste por el agua de la santa regeneración, así también, con el don de tu clemencia, nos purifiques a nosotros de la suciedad de los pecados.

²⁴TL., in textu: *festinent* [ed., suspirent].

SALMO CUARENTA Y DOS

Salmo de David¹. [*Psalmus David*].

Aunque algunos títulos contengan muchas cosas y otros, en cambio, contengan pocas, todos son conducidos, sin embargo, a los dones de la contemplación superna, de manera que la variedad en sí no sea causa de cansancio ni deje de recordar tampoco las cosas que son necesarias. Así, pues, la palabra **salmo** significa –ya se ha dicho muchas veces– el canto de las realidades celestiales, canto que, desde arriba, se siente resonar para nosotros, como en este salmo se va a decir: *Discierne mi causa de la gente no santa*, etc. Por su parte, el nombre de **David** nos revela a Cristo, fortísimo y deseable, al cual, por medio de la persona del fidelísimo cristiano, este canto va dirigido, en tanto que su espíritu e intención se adhieran apasionadamente a Él. En efecto, así como el salmo anterior enseña a sentir desprecio por todo –pues el deseo del Señor debe ser apetecido, de manera singular–, así este otro nos exhorta a no dejarnos turbar por las tribulaciones del mundo, dándonos la seguridad de que hemos de gozar en los atrios del Señor y dándonos a conocer –como de todo punto necesaria para nuestras enfermedades– la bebida, que tantas veces el piadoso médico nos ofrece.

División del salmo

Cada fiel deberá adaptar convenientemente a sí mismo el presente salmo, el cual suplica al Señor, en primer lugar, que en su última venida, en la que habrá de juzgar al mundo, lo libere de la comunión con los infieles. En un segundo momento, expresa su confianza en que ha de acercarse al altar del Señor, donde el acceso es permitido sólo a los bienaventurados. Dice, por ello, que en las dificultades de este mundo no se ha de ver turbada el alma, que ya se gloria por la esperanza del don superno.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Júzgame, oh Dios, y discierne mi causa² de la gente no santa³** [*Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta*]. Sintiendo angustiado el fiel varón, a causa de las iniquidades de este tiempo, y viviendo aún mezclado con pueblos incrédulos, prorrumpió en un grito repentino, pidiendo que, en el día del juicio –cuando llegue el momento en que ponga el Señor los corderos a su derecha y las cabras a su izquierda [Mt 25,33]–, su causa sea separada de los impíos. En efecto, no pide que sus pecados sean descartados, sino que ruega ser liberado de la sociedad de los malvados. En verdad, peligroso habría sido decir: **Júzgame**, si no hubiese añadido de inmediato: **Y discierne mi causa**, es decir: sepárame de la mezcla, que sufro en este mundo, y colócame algún día –lejos ya de los impíos– entre los elegidos de tu pueblo. Añade: **De la gente no santa**, o sea, de los hombres perversos y de los que no viven rectamente. Una conciencia santa, en

¹Este salmo no tiene título en el texto hebreo. Se trata, más bien, de un compendio del anterior. En efecto, el argumento es el mismo que el del salmo precedente.

²Hebr., *וְיִשְׁפֹּט מִי צְדִיקָתִי* [*pleitea mi pleito*]. Los LXX: *καὶ δίκασσον τὴν δίκην μου* [*y juzga la justicia*]. De este tipo de expresiones ya se ha hablado anteriormente.

³En algunas traducciones estas palabras finales se unen a lo que sigue: *De la gente no santa y del hombre inicuo y doloso líbrame*.

verdad, pues no soportaba ver en el otro aquello que era contrario a los preceptos divinos [145].

Verso 2.— **Del hombre inicuo y doloso líbrame** [*Ab homine iniquo et doloso eripe me*]. Un buen deseo, ciertamente, pero al que su cumplimiento todavía no le ha llegado su momento. En efecto, esto que el santo varón pide que se cumpla ahora, lo hallan los fieles en el juicio futuro. Sin embargo, también aquí desean tales cosas los hombres amantes de la paz: desean ser separados de las conductas violentas, de suerte que ninguna clase de maldad pueda llegar a corromperlos. Se trata, ciertamente, del mismo **hombre inicuo y doloso**, al que antes se había referido, diciendo: *De la gente no santa*. En efecto, *inicuo* es todo aquél que obra el mal abiertamente; *doloso*, el que actúa, maquinando en lo escondido, es decir: todos los que son ajenos a los mandatos del Señor.

Verso 3.— **Porque tú eres, Dios mío, mi fortaleza: ¿por qué me has rechazado? Y ¿y por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo?** [*Quia tu es, Deus meus, fortitudo⁴ mea; quare me repulisti? Et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?*]. Con frecuencia, el razonamiento precede a la causa. Otras veces, la sigue detrás, unido a ella. Pero, en este caso, los propósitos son dados a conocer ya al principio. Efectivamente, siendo **Dios** su **fortaleza**, se admira de por qué es rechazado —lejos todavía de la venida del Señor, en la que juzgará al mundo— aquél que, por padecer tantas angustias en este mundo, con gran ansia la esperaba. En efecto, la **fortaleza** es considerada como el coraje por el que poder soportar los peligros y prueba indeficiente de las fatigas. Tenía la completa seguridad a aquel santísimo varón de que ya no sería afligido ulteriormente, si conseguía llegar al reposo eterno del mundo futuro. En efecto, es propio de los que con ansia desean alguna cosa, sentirse rechazados, caso de que no se les permita alcanzarla con absoluta inmediatez. Sigue insistiendo convenientemente sobre este mismo asunto, pues añade: **Y ¿y por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo?** En este mundo, ciertamente, los santos andan contristados, dado que tienen que sufrir los crudelísimos flagelos de los enemigos; pero, una vez llegado el día de aquel juicio, ya no habrán de soportar tales maldades, porque el **enemigo**, junto con sus secuaces, recibirá la condena merecida. Por tal razón, el santo varón esperaba anhelantemente los tiempos aquellos, en los que tenía la certeza de que le sería otorgada la felicidad perpetua.

Verso 4.— **Envía tu luz y tu verdad. Ellas me guiaron y me condujeron⁵ a tu monte santo, y a tu tabernáculo** [*Emitte lucem tuam et veritatem tuam; ipsae⁶ me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernaculum tuum⁷*]. Da a conocer aquí la forma de alejar la tristeza: que el Padre envíe como juez al Hijo, que es la luz verdadera. En efecto, dice Él de sí mismo: *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8,12). Y en otro lugar: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). Ciertamente, pues, al venir esta luz, que es Cristo el Señor, aleja de sus santos toda tristeza de inquietud, cuando consiguen la gloria de la bienaventuranza eterna. Por tanto, este fiel, de quien antes hemos hablado, dice haber sido **guiado** y **conducido al monte santo**, es decir, a la firmeza de la fe en el Señor Salvador, presentando todas las cosas para gloria suya, sin atribuir nada a sus propias fuerzas. Pero, mediante la expresión siguiente: **Y a tu tabernáculo**, da a entender la Iglesia católica, que vive inmersa en la lucha de este mundo y que es aún sacudida por los diversos

⁴TL., *Deus meus, fortitudo*; Vlg., *Deus, fortitudo*.

⁵Hebr., יְגִידוּנִי וַיְבִיאוּנִי [*me guiarán y me conducirán*], en tiempo futuro, como lo requiere el contexto. Los LXX han empleado el tiempo aoristo: με ὠδήγησαν καὶ ἤγαγον με [*me han guiado y me han conducido*].

⁶TL., *ipsae*; Vlg., *ipsa*.

⁷TL., *in tabernaculum tuum*; Vlg., *in tabernacula tua*.

desmanes del enemigo. Pero, al escuchar la palabra **tabernáculo**, pongámonos en guardia ante las insidias del adversario, porque, mientras la Iglesia viva en tabernáculos, de ningún modo podemos poseer el descanso seguro. Este *tabernáculo* viene descrito, en el libro del Éxodo, con detalles tan precisos que no sólo con los oídos, sino casi con los ojos nos parecería tenerlo delante (Éx 26,1ss.).

Verso 5.– **Y entraré al altar de Dios, a Dios que alegra mi juventud⁸. Te confesaré⁹ con la cítara, Dios, Dios mío** [*Et introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat iuventutem meam; confitebor tibi in cithara, Deus, Deus meus*]. Llega a la segunda parte. Pero, al tener la Iglesia también aquí el **altar**, no sin razón, lo ha puesto después del *tabernáculo*: **Entraré al altar de Dios**. Se trata, en efecto, de cierto altar, sublime e invisible ahora para nosotros, al que sólo los justos pueden acceder. De hecho, entre los distintos muebles –destinados al tabernáculo, que el Señor ordenó fabricar a su siervo Moisés–, hace especial mención de éste, diciendo: *Mira atentamente y hazlo, según el modelo que yo te mostré en el monte* (Éx 25,40). En efecto, aquí la muchedumbre, en general, puede examinar con la mirada el *altar* de la Iglesia, por todas y cada una de sus partes, pero al interior de aquel otro, en el que dice que él **entrará** en el futuro, sólo pueden acceder los que son gratos a Dios. En efecto, *altar* es como decir un *alta ara* o una *alta cosa*¹⁰. Sigue: **A Dios que alegra mi juventud**. La palabra **juventud** se emplea aquí con el sentido de una *vida nueva*, debida al Señor Salvador, el cual, restaurando todas las cosas, deficientes ya por la vejez, restituye a los creyentes la firmeza fortísima de la juventud. He aquí que aquél al que las desgracias de este mundo lo llenaban de tristeza, se alegra consigo mismo, por haber entendido bien. Verdaderamente **confesará con la cítara** el que, soportando las adversidades de este mundo, no cesa de alabar a Dios.

Verso 6.– **¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas?** [*Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?*].

Verso 7.– **Espera en Dios, porque lo confesarás; salud de mi rostro, y Dios mío** [*Spera in Deum¹¹, quoniam confitebor illi; salutare vultus mei, et Deus meus*]. Recordemos que estos versos ya aparecían en el salmo anterior, donde dijimos que se hallaba el silogismo en cinco partes. Pero se ha de considerar que, con frecuencia, recuerda la tristeza de este mundo y, con vehemencia, nos exhorta a rechazarla. Y no sin razón, porque ésta se opone siempre a las cosas que son buenas. A causa de ella, en efecto, se quiebra el vigor de la paciencia, se va apagando la luz de la caridad, se reblandecen el deseo y la vitalidad de nuestra fe. Y la vida entera se siente turbada, allí donde esta gran iniquidad avanza. Pero con ansia, en bien de los más grandes deseos de los bienaventurados, se ha de pedir aquella tristeza, que da vida y que es paz y gozo continuo de los corazones buenos. De ella dice el Apóstol: *Me alegro, hermanos, no porque estéis tristes, sino porque estéis tristes para la penitencia. Pues estéis tristes según Dios* (2Cor 7,9). Un solo nombre, ciertamente, pero una muy diferente cualidad. En efecto, así como aquélla hace crecer para la muerte, ésta conduce a la perpetua salvación.

⁸Hebr., שְׂמֵחַת גִּילִי [alegría de mi gozo]. Pero la voz hebrea גִּילִי [gíli, mi gozo], que aparece muy pocas veces, los LXX la traducen por τῆς νεότητά μου [mi juventud], como también la Vlg.

⁹Recuérdense los dos sentidos de este verbo: *confesar* por haber pecado y *alabar*. Aquí y un poco más adelante se ha de entender el segundo sentido.

¹⁰*Altare* > *altae arae* o *alta res*.

¹¹TL., in textu: *in Deum* [ed., in Deo]; Vlg., *in Deum*.

Conclusión del salmo

En los salmos anteriores, con miras a las almas perfectas, leemos que, para elevarlas al culmen de la virtud, han sido introducidas variadas personas: ora la Iglesia, ora el penitente, ora el profeta, ora *Yedutún*, ora los hijos de Coré, exponiendo en alta voz grandes cosas, por medio de la virtud de la paciencia. Pero ahora, a fin de aplicarlo al devoto cristiano, el discurso se presenta más sobrio y moderado, de manera que nadie –o, tal vez, alguien de naturaleza débil– desconfíe, a causa de su apocamiento, pues cada cual encuentra aquello a lo que, por la gracia de Dios, con espíritu bien dispuesto se da prisa en alcanzar. En efecto, también a éste –que desea llegar a los atrios del Señor– se adapta con toda conveniencia el número de este salmo, que es el cuarenta y dos. Con dicho número, ciertamente, fueron consagradas en el desierto aquellas etapas de los hebreos [Núm 33]. También en la cuarenta y dos generación, a partir de Abrahán, vino al mundo el Señor Salvador, para salvarlo con su manifestación [Mt 1,17], a fin de que también este fiel, que está unido a aquel prístino número, crea que ha de llegar al reino del Señor. Por consiguiente, el alma fiel encuentra aquí todas las virtudes, todos los deleites, de manera que pueda consolarse y recrearse, por la gracia de Dios, todo aquél que recibiere la chispa de la caridad divina.

SALMO CUARENTA Y TRES

Para el fin. Por los hijos de Coré. Para inteligencia. Salmo de David¹.

[In finem, pro filiis Core ad intellectum. Psalmus David²].

[146] Apenas unas páginas atrás, en la exposición del salmo cuarenta y uno, hemos hablado suficientemente del significado de la expresión: *Hijos de Coré*. Pero ahora, vemos que aparecen añadidas –ciertamente, en un orden nuevo, aunque no sin sentido– las palabras **para la inteligencia**. Esto hace que debamos examinar el presente salmo de manera más cuidadosa. Vamos a escuchar que los mártires o nuestros confesores –esto es, los hijos de la cruz– proclaman que, cuando, sin dificultad alguna, con la ayuda de Dios, nuestros padres tuvieron sujetos a sus enemigos, salieron victoriosos, por favor divino, través de durísimas pruebas de martirio. Pero aquí se hace necesaria una más alta **inteligencia**, en modo que refiramos los hechos narrados a los gloriosos designios del Señor. Primeramente, en efecto, tuvieron lugar los acontecimientos milagrosos del mar Rojo y las victorias, logradas sin esfuerzo, sobre diversas naciones, de manera que hechos tan extraordinarios invitaran a los pueblos paganos a creer en el poder de Dios. Después, la tierra de Canaán les fue prometida a aquéllos que estaban, ciertamente, bajo la ley. Pero ahora, al crecer la fe, les fue arrebatada a los mártires la felicidad mundana, a fin de que la debilidad humana buscara, con no menos ardor, los bienes del mundo futuro. En efecto, a éstos, que están bajo la gracia, les es prometido el reino celestial. Por tal razón, es ésta la *inteligencia* que se ha de buscar, ésta la gracia que se debe mirar con atención, porque aquello que ahora realiza el Autor de las cosas, para la salvación de todos, son dispuestas ordinariamente de maneras³ ocultas.

¹Hebr., לְמַנְצֵחַ לְבָנֵי־קֹרֵחַ מְשֻׁבֵּיל, [Del maestro del coro. De los hijos del Coré. Salmo]. Los LXX: εἰς τὸ τέλος τοῖς υἱοῖς Κορε εἰς σύνεσιν ψαλμὸς [Para el fin. Para los hijos de Core. Para inteligencia. Salmo].

²TL., *In finem, pro filiis Core ad intellectum. Psalmus David*; Vlg., *In finem, filiis Core ad intellectum*.

³TL., in textu: *motibus* [ed., modis].

División del salmo

Ya elijas la palabra *mártires*, ya *confesores*, observa que la estructura literaria de este salmo es, verdaderamente, digna de admiración. En la primera parte, los mártires o los confesores –según hayas decidido– afirman haber escuchado que sus padres, una vez obtenido el favor del Señor, lograron en medio de numerosas naciones ostentosas victorias. Proclaman, sin embargo, que la justa victoria sobre sus enemigos tendrá lugar –así lo ven– en el juicio del Señor, donde el enemigo no es derrotado con el arco o con la espada, sino que es vencido sólo por el juicio de Dios. Se hace referencia así a las dos distintas clases de beneficios, que el Señor se digna conceder a sus siervos. Enumeran, en segundo lugar, los tormentos, de muy distinta naturaleza, que en este mundo padecen; pero confiesan que, a muy pesar de todo, no han olvidado los mandamientos del Señor, sino que han perseverado en la virtud de la paciencia. En tercer lugar, suplican auxilio, de tal suerte que –aun siendo afligidos aquí con gran violencia– puedan obtener favor en el tiempo de la resurrección.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Oh Dios, lo hemos escuchado con nuestros oídos, nuestros padres nos anunciaron la obra que obraste en sus días, en los días antiguos** [*Deus, auribus nostris audivimus, patres nostri annuntiaverunt nobis opus quod operatus es in diebus eorum, in diebus antiquis*]. Ha puesto, en primer lugar, la palabra **Dios**, o bien porque es un hombre feliz el que comienza a hablar, o bien porque se trata de un hombre herido por la aflicción. Pero, para que no se consideren inseguras las cosas, que van a decir, declaran que las **han escuchado** con sus propios **oídos**, a fin de que, de este modo, el hecho pudiese obtener una mayor credibilidad. Observa también que no dicen que la información sobre las cosas sucedidas les viene de jóvenes o de adolescentes, sino de los **padres**, quienes –en consideración de su nombre– podían gozar de la garantía de la verdad⁴. Se añade el adjetivo posesivo **nuestros**, esto es, aquéllos que habrían podido transmitir a los suyos cosas de naturaleza absolutamente ciertas. **Nos anunciaron**, es decir, relataron los beneficios, que tuvieron a bien fueran conocidos por sus descendientes, a fin de que alabaran al Señor. Pero, aunque –por medio de sus favores– sea obra permanente de Dios conservar el mundo, sin embargo, con objeto de que todas las cosas discurren, conforme a la ley establecida, decimos que **ha obrado** allí donde realiza algún hecho, que manifiesta novedad. Atestiguan, por tanto, que les fue narrada por sus **padres la obra que hizo Dios en sus días**, esto es, **en los días antiguos**, cuando el pueblo de Israel atravesó –ileso– las aguas del mar Rojo e hizo que, sin esfuerzo propio, sus gentes salieran victoriosas de sus enemigos. Este argumento recibe el nombre de *a dictis factisque maiorum*, es decir, cuando el valor del testimonio vienen confirmado por la solidísima autoridad de los padres.

Verso 2.– **Tu mano dispersó a las gentes, y los asentaste; afligiste a los pueblos y los rechazaste** [*Manus tua gentes disperdidit, et plantasti eos; afflixisti populos, et repulisti⁵ eos*]. Tiene lugar, a partir de aquí, una bella enumeración de cuán grandes cosas el poder divino se dignó conceder al pueblo israelita, de manera que resplandecieran, en modo aún más claro, los beneficios del Señor, beneficios que, tanto en la prosperidad como en la adversidad, se van a relatar ahora. Como muchas veces se ha dicho, por la palabra **mano** –que es el modo por el que principalmente

⁴TL., in textu: *veritatis* [ed., pietatis].

⁵TL., *repulisti*; Vlg., *expulisti*.

solemos obrar— se entiende el *poder de actuar*, porque, en sentido figurado, por la mano del Señor son restablecidas las gentes, que sufren aflicción. En efecto, una vez expulsados de sus propias tierras los amorreos o los demás pueblos, leemos que los hebreos se establecieron en aquellos territorios, que antes poseían éstos. Totalmente **fueron asentados** quienes, con el correr de los días, veían cómo, por favor divino, iban aumentando continuamente en número. Pero **afligió a los pueblos** adversarios, cuando, al toque de las trompetas de los sacerdotes, al retumbar de una voz estruendosa, se vinieron abajo los muros de la ciudad de Jericó (Jos 6,20), cuyos habitantes fueron expulsados, incapaces de resistir al poder de tan grandes milagros.

Verso 3.— **En efecto, no por su espada poseyeron la tierra, y no los salvó su brazo** [*Non⁶ enim in gladio suo possederunt terram, et brachium eorum non salvavit eos*]. A fin de que los hebreos —triunfadores— no consideraran que pudieron prevalecer, gracias a sus propias fuerzas, profesan que ni su victoria se debió **a su espada** ni, por su propio valor, poseyeron la tierra de los gentiles. La palabra **brazo** tiene aquí el significado de fuerza, porque el brazo se emplea para la lucha. Pero no sirvió este *brazo* , para librar de los enemigos a los que, de manera singular, **los salvó** el poder de Dios. De este modo, mediante la narración de los hechos sucedidos a los hebreos, se ofrece una provechosa enseñanza para todo el género humano.

Verso 4.— **Sino tu derecha, y tu brazo, y la iluminación de tu rostro, porque te complaciste en ellos** [*Sed dextera tua, et brachium tuum, et illuminatio vultus tui, quoniam complacuit tibi in illis⁷*]. **Sino tu derecha, y tu brazo, y la iluminación de tu rostro** . A cada una de las partes de esta frase se le ha de asignar una acción común a todas, es decir: **Los salvó** . En efecto, la **derecha** significa la parte favorable; el **brazo** , la fuerza; la **iluminación** , el consejo, virtudes éstas que el Señor da a los que combaten, cuando tiene a bien concederles la victoria. Pero, para que no pueda decirse: Vuestros padres agradaron al Señor, debido a sus propios méritos y, por tal razón, obtuvieron de Él cosas tan grandes, declara que esto no les ha sido otorgado por sus merecimientos, sino porque así ha sido el beneplácito de Dios, cuyos dones son del todo gratuitos. **Se complació también en ellos** , cuando —de entre todas las naciones del mundo— fue elegida aquélla de la que habría de nacer el Señor Salvador.

Verso 5.— **Tú mismo eres mi Rey y mi Dios, que envías la salvación a Jacob** [*Tu es ipse Rex meus et Deus meus, qui mandas salutem⁸ Jacob*]. Habiendo dicho los hijos de Coré, o sea, el pueblo de los bienaventurados: **Tú mismo eres mi Rey** , es decir, el Señor Salvador, a quien con toda evidencia conviene este título, añade: **Y mi Dios** , para que no pongas en duda que es el Señor Jesucristo, que —propicio— también **envió la salvación a Jacob** , nuestro padre, cuando en glorioso combate lo hizo luchar con el ángel. Le envió, ciertamente, la salvación, cuando escuchó por las palabras del ángel: *Ya no serás llamado Jacob, sino Israel* (Gén 32,28). En efecto, toda decisión de nuestra voluntad [**147**] solemos enviarla no por nosotros mismos, sino por medio de otra persona.

Verso 6.— **En ti aventaremos a nuestros enemigos, y en tu nombre despreciaremos a los**

⁶TL., *Non*; Vlg., *Nec*.

⁷TL., *in illis*; Vlg., *in eis*.

⁸TL., *salutem*; Vlg., *salutes*.

que se levantan contra nosotros [*In te inimicos nostros ventilabimus, et⁹ in nomine tuo spernemus insurgentes in nos*]. Llegaron los mártires a aquella eminente forma de liberación, que ha de ser concedida a los fieles en el día del juicio. En efecto, los que habían sido debilitados por tan grandes aflicciones, recobran el ánimo y se sienten consolados por la felicidad, que les aguarda, diciendo: **En ti aventaremos a nuestros enemigos**. Los enemigos *serán aventados* por el juicio divino, cuando, sacudiendo nuestro Salvador su era con el biello del juicio, venga a separar la paja, de una parte, y el grano, de la otra. Sigue: **Y en tu nombre despreciaremos a los que se levantan contra nosotros. Serán despreciados los que se levantan**, es decir, los espíritus inmundos, pues ya no pueden causar daño. Ciertamente, a aquéllos que son ahora los que desprecian, los justos juzgarán, después, que han ser merecedores de desprecio. En efecto, todas aquellas expresiones anteriores: *La mano del Señor dispersó a las gentes; hizo que los hebreos se asentaran en sus sedes; les dio derrotar a los enemigos sin esfuerzo alguno por su parte*, pertenecen al tiempo presente. Pero estas otras: *Los enemigos han de ser ventilados; el antiguo enemigo ha de ser despreciado*, se refieren al juicio futuro, donde tal es la victoria, que se ha de obtener, que cualquier otra clase de contienda dejó ya de existir.

Verso 7.– **Pues no esperaré en mi arco, y mi espada no me salvará** [*Non enim in arcu meo sperabo, et gladius meus non salvabit me*]. Con la fe y humildad acostumbradas, la multitud de los santos dice que no han de esperar en las armas terrenales. El **arco**, en el que el espíritu humano confía, es verdaderamente defensa del guerrero. Pero los luchadores mundanos gustan mejor de la **espada**. En efecto, no pocas veces la flecha no halla su blanco. La espada, en cambio, produce el efecto de una muerte segurísima. Por tal razón, dice que no le presta a él el mismo auxilio aquello que, en la guerra, creen los hombres que es más eficaz para la defensa.

Verso 8.– **Pues nos liberaste de los que nos afligían, y confundiste a los que nos odiaron** [*Liberasti enim non ex¹⁰ affligentibus nos, et eos qui nos oderunt¹¹ confundisti*]. Con la firme certeza de la fe, hablan de las cosas futuras, como si fuesen pasadas, porque para ellos no hay duda sobre aquello que, con toda seguridad, saben que habrá de llegar. Dicen, por tanto, que en la segunda venida del Señor **han de ser liberados** de la persecución de los espíritus malignos, que no dejan de afligirlos aquí, mediante múltiples insidias. En efecto, serán plenamente liberados, cuando sean arrebatados de su poder y ya no les esté permitido disfrutar, por más tiempo, a costa de la gran fatiga de los inocentes, hecho éste que, en este mundo, no puede suceder sin duda, de manera general. También **serán confundidos los que odiaron** a los bienaventurados, cuando les llegue el momento de la condenación eterna. Los justos, por el contrario, recibirán el reino de los cielos.

Verso 9.– **En Dios seremos alabados todo el día, y en tu nombre confesaremos por los siglos** [*In Deo laudabimur tota die, et in nomine tuo confitebimur in saecula¹²*]. Los que dicen: **Seremos alabados**, profesan que se les ensalzarán en el futuro. No obstante, sin arrogancia indican su gloria aquéllos que declaran que su alabanza será **en Dios. Todo el día**, expresión que significa el tiempo perpetuo, el tiempo que no tiene noche, el tiempo que se manifestará en aquella eternidad, donde se halla la alabanza sin fin de los bienaventurados. Pero, para que no creas que están ociosos

⁹TL., *ventilabimus, et*; Vlg., *ventilabimus cornu, et*.

¹⁰TL., in textu: *ex* [mss., A., B., F., de]; Vlg., *de*.

¹¹TL., *et eos qui nos oderunt*; Vlg., *odientes nos*.

¹²TL., *in saecula*; Vlg., *in saeculum*.

los que dijeron que *serán alabados en Dios*, declaran que ellos también proclaman continuamente las loas del Señor, porque en esto consiste precisamente la felicidad de los justos: en alabar al Señor de manera incesante. Ansia que nunca tiene hartura; hambre que no nace de la madre abstinencia; avidez que no es consecuencia del ayuno.

Verso 10.– **Pero ahora nos has rechazado y nos has avergonzado, y no saldrás, oh Dios, con nuestras fuerzas** [*Nunc autem repulisti et confundisti nos; et non egredieris, Deus, in¹³ virtutibus nostris*]. Después aquella inenarrable retribución del mundo futuro, han llegado los mártires a la segunda parte, narrando, a lo largo de los ocho versos siguientes, las aflicciones que soportaban en el tiempo presente, pero nunca apartándose, en modo alguno, de la veneración del Señor. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *emphasis*, en latín, *exaggeratio* [exageración], es decir, cuando, reunidos muchos padecimientos en uno solo, elegimos una determinada cosa, para impetrar la benevolencia del juez, una vez enumeradas las desgracias. En efecto, las palabras **pero ahora** dan a entender que, un poco antes, ha hablado de los tiempos futuros. Y observa con atención con qué admirable orden va desenvolviéndose todo. Nos **has rechazado** significa la sensación de tardanza que, sin duda, experimentan los santos, porque no es en este mundo, sino en el mundo futuro, donde les viene prometida la felicidad perfecta. **Nos has avergonzado**. Con esta expresión se refiere a aquella confusión que los mártires sufren, cuando las injurias los afligen, los latigazos los atormentan y cuando, tratados como criminales culpables, de continuo son entregados a la muerte. De ellos dice también el Apóstol: *Para quienes el mundo no era digno* (Heb 11,38). Pero fijate bien en que, en este mundo, los mártires *son avergonzados* entre los hombres inicuos; pero, ante el verdadero Juez, los impíos soportarán el peso del oprobio eterno. Mas esta vergüenza conduce a la gloria, mientras que aquélla, por el contrario, lleva a la perdición eterna. **Pero ahora Dios no sale con las fuerzas** de los mártires, porque los somete a tribulaciones y los entrega a sufrimientos diversos. En efecto, salía con las fuerzas de los hebreos, en aquellos tiempos en que, sin esfuerzo alguno, por parte de ellos, fueron postrados quienes intentaron levantarse contra el pueblo elegido. Lo cual hace referencia, sin duda alguna, a la consolación del pueblo santo, a fin de que nadie llevara con disgusto los felicísimos tiempos de sus padres, al verse él afligido por haber cambiado el Señor su manera de obrar.

Verso 11.– **Nos hiciste volver la espalda en presencia de nuestros enemigos, y los que nos odiaron saqueaban para sí** [*Avertisti nos retrorsum prae inimicis nostris¹⁴, et qui nos oderunt¹⁵ diripiebant sibi*]. Declaran que se volvieron, en este mundo, en presencia de sus enemigos los que huyeron de los peligros de los perseguidores. **Volver la espalda** es, en efecto, huir ante el enemigo carnal, como está escrito: *Si fuereis perseguidos en esta ciudad, huid a otra* (Mt 10,23). Sigue: **Y los que nos odiaron saqueaban para sí**. Esto suele suceder a los que se dan a la fuga: que caen en el robo y la rapiña quienes, en modo alguno, pudieron resistir frente al enemigo.

Verso 12.– **Nos diste como ovejas para comida, y nos dispersaste entre las gentes** [*Dedisti nos tanquam oves ad escam¹⁶, et in gentibus dispersisti nos*]. Cuando dicen: **Diste**, están significando que todas las cosas son distribuidas por el poder divino. Dicen, en efecto, que fueron

¹³TL., *egredieris, Deus, in; Vlg., egredieris in.*

¹⁴TL., *prae inimicis nostris; Vlg., post inimicos nostros.*

¹⁵TL., *nos oderunt; Vlg., oderunt nos.*

¹⁶TL., in textu: *oves ad escam [ed., escarum]; Vlg., escarum.*

entregados a los gentiles, como a los lobos, bestias que suelen devorar a los animales mansos. En efecto, la **comida** de los lobos es la dócil simplicidad de las ovejas, que, no sin razón, vienen comparadas a los mártires, los cuales se entregan, sin oponer resistencia, a recibir la muerte de manos de sus perseguidores. Sigue: **Y nos dispersaste entre las gentes**. Con tal expresión se significan a los diversos fieles, a los que –a la manera de los mártires– deplora la piedad y que, entregados a los gentiles, junto con su patrimonio, perdieron su libertad, hecho éste que, en distintas ocasiones, halló su perfecto cumplimiento en los pueblos cristianos, según lo dispuesto por Dios, de manera que, a través del sufrimiento de las adversidades temporales, llegasen a alcanzar los bienes eternos de la gloriosa felicidad.

Verso 13.– **Vendiste a tu pueblo sin precio, y no hubo gran cantidad en sus intercambios**¹⁷ [*Vendidisti populum tuum sine pretio, et non fuit multitudo in commutationibus eorum*]. No debemos entender esto como algo dicho con carácter de increpación, sino que –como acostumbra a hacer– se le debe dar un sentido figurado. En efecto, Dios recibe un **precio**, cuando pone a los infieles bajo el imperio de pueblos honorables. Entrega, efectivamente, a las gentes irreligiosas, para procurarse un pueblo bien devoto. Pero [148] Dios obra como el que **vende sin precio**, cuando al pueblo cristiano lo entrega a gente extranjera, para que sea afligido, hecho éste que, con frecuencia, también sucede –según el inescrutable juicio divino–, bien para probarlo, bien para corregirlo. Pero recuerda que se trata uno de los géneros de expresión, propios de la sagrada Escritura, es decir, se dice que algo está *vendido*, donde no consta que se haya acordado precio alguno. Añade: **Y no hubo gran cantidad en sus intercambios**. Los hombres, que intercambian determinadas cosas, consiguen otras de igual valor a las que entregan. Pero no resulta que aquí, tratándose de negocio de tan gran importancia, Dios haya obtenido, como compensación, beneficio alguno, dado que los cristianos fueron entregados, mientras que sus perseguidores –como es bien sabido– no eran gratos al Señor. En efecto, ¿cómo podían agradar al Dios verdadero quienes se hallaban enmarañados en tan profanas supersticiones?.

Verso 14.– **Nos pusiste como oprobio para nuestros vecinos, irrisión y desprecio para los que están a nuestro derredor** [*Posuisti nos in opprobium*¹⁸ *vicinis nostris, derisum et contemptum his qui in circuitu nostro sunt*¹⁹]. Cuentan con qué gran aflicción fueron perturbados, a fin de que, en medio de tantas calamidades, se acrecentara la fortaleza de la fe. Grave es, en efecto, la aflicción que padecemos, a causa de los que nos están cerca, porque no se considera como algo transitorio aquello que los que están a nuestro alrededor nos achacan continuamente. La expresión: **Nos pusiste** es muestra de un sufrimiento constante. En efecto, uno cree durar mucho tiempo, allí donde está también establecido. El vocablo **oprobio** está puesto aquí como contrario a algo que es honesto²⁰, pues así como todas las cosas, que revisten probidad son decorosas, así todas las indecentes se muestran como oprobiosas. Pero no era éste un *oprobio* ante la presencia de Dios, sino

¹⁷Hebr., וְלֹא־רָבִיתָ בְּמַחֲרֵיהֶם [y no hay adelantado en los precios de ellos], es decir, parecería que el Señor habría salido perdiendo en esta opresión, que padece su pueblo, que era como su propia heredad, sin que sus enemigos le hubiesen mostrado reconocimiento alguno. Otros comentaristas entienden que el Señor ha entregado a su pueblo en manos del enemigo, al precio y con las condiciones que éste quería, sin haber hecho que le costase cara su conquista. Los LXX traducen: καὶ οὐκ ἦν πλεθος ἐν τοῖς ἀλλάγμασιν αὐτῶν [y no había abundancia en los intercambios de ellos].

¹⁸TL., *in opprobium*; Vlg., *opprobium*.

¹⁹TL., *subsanationem et contemptum his qui sunt in circuitu nostro*; Vlg.,

²⁰*Opprobrium > improbum*.

ante los ojos de los que estaban cerca, los cuales enjuiciaban aquellas cosas, que su depravado sentido les enseñaba a observar. Por su parte, la palabra **irrisión** es una confusa expresión de alegría, que manifiesta su intención de burla, sin muestra de recato alguno. El término **desprecio** significa la abyectísima vileza, que soportaban los mártires del Señor, entregados a los más diversos sufrimientos. Por su parte, la expresión: **Que están a nuestro derredor** hace referencia a los hombres infieles y pérfidos, que continuamente van de acá para allá, por todas partes, y no caminan junto a nosotros, con el convencimiento de seguir el camino de la recta fe.

Verso 15.– **Nos pusiste como similitud²¹ para las gentes; como sacudida de cabeza en medio de los pueblos** [*Posuisti nos in similitudinem gentibus; commotionem capitis in plebibus²²*]. Observa cómo, sirviéndose de la figura retórica de la *anaphora*, que los latinos llaman *relatio*, repite un mismo verbo, esto es: **Pusiste**, verbo que aparece ya al comienzo del verso anterior, buscando con ello acrecentar el valor del sufrimiento. En efecto, sabido es que los mártires son puestos, a los ojos de las gentes, como **similitud** de Cristo, pues, mediante penas y tormentos semejantes, también ellos fueron afligidos. Pero afecta asimismo a los mártires el hecho de la **sacudida de cabeza** de los enemigos, gesto éste que también tuvo lugar, durante la pasión del Señor, según está escrito: *Hablaron con los labios y sacudieron la cabeza* (Sal 21,8).

Verso 16.– **Todo el día mi vergüenza está frente a mí, y la confusión de mi rostro me ha cubierto** [*Tota die verecundia mea contra me est, et confusio vultus mei operuit me²³*]. La **vergüenza** es algo que suele llegar en un momento dado y desaparecer, al poco tiempo, una vez pasada la causa, que la ha provocado. Pero esta otra **vergüenza**, cuya presencia era continua, revestía una extremada gravedad. En efecto, a los ojos del pueblo santo, se trataba de una vergüenza inmoderada y de una confusión muy viva, en cuanto que consistía en verse sometido a escarnio permanente, por parte de aquéllos que, ciertamente, eran hombres impíos. Y fíjate bien en qué bella descripción de la vergüenza viene a continuación. Dice, en efecto, que cubrió su rostro, como con cierto manto de confusión, cuando su tez, encendida, se tiñó como con una nube rojiza. Pero al decir: **Me ha cubierto**, ha indicado no sólo la mutación de su rostro, sino también el horror de todo su cuerpo.

Verso 17.– **Por la voz del que reprueba y del que injuria, a la faz del enemigo y del que persigue²⁴** [*A voce exprobrantis et obloquentis, a facie inimici et persequentis*]. Hasta este verso se prolonga la descripción de tal confusión. Se dice ahora de dónde viene aquel velo rosáceo, que vestía la faz desnuda con la envoltura de su color. **Reprobar** es maldecir en la misma cara, algo así como arrojar contra uno delitos deshonorosos. **Injuriar** es tirar por tierra al que está ausente y morder a alguien con palabras mentirosas. **A la faz del enemigo**, es decir, cuando ve cerca a aquél que lo odia mortalmente. Y, para que no creas que se trata de un adversario de poca importancia, añade: **Y del que persigue**, hecho que manifiesta un odio visceral, en cuanto que la finalidad no es sólo

²¹Hebr., תְּשִׁימֵנוּ כְּמִשְׁלַל בְּגוֹיִם [Nos has puesto como refrán en medio de las gentes]. Los LXX: ἔθου ἡμᾶς εἰς παραβολὴν ἐν τοῖς ἔθνεσιν [Nos has puesto como proverbio entre las naciones]. Se verá que Casiodoro interpreta esto de otra manera.

²²TL., *in plebibus*; Vlg., *in populis*.

²³TL., *et confusio vultus mei operuit me*; Vlg., *et confusio faciei meae cooperuit me*.

²⁴Hebr., וְיִמְחָקֵם [y del vengador], es decir, del que, creyéndose gravemente ofendido, desea vengarse. Los LXX: καὶ ἐκδιώκοντος [y del acosador].

matar el cuerpo, sino aniquilar también, con su maldad, las mismas almas.

Verso 18.— **Todo esto vino sobre nosotros, pero no nos olvidamos de ti, y no nos hemos comportado inicualemente en tu alianza** [*Haec omnia venerunt super nos, et²⁵ obliti non sumus te; et inique non egimus in testamento tuo*]. Han llegado los hijos de Coré a la firmeza de su gloriosísima confesión, es decir: a mostrar que ninguna clase de adversidad nos debe apartar de la gracia del Señor, conforme a las palabras del Apóstol: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez?*, etc. (Rom 8,35). En efecto, al decir: **Todo esto**, encierran en sólo dos palabras todo cuanto ha sido dicho anteriormente, de manera que, incluidas todas las cosas en ellas dos, adquiriera el conjunto una grandeza mayor, grandeza que perdería, ciertamente, al exponer cada cosa por separado. Este argumento es conocido con el nombre de *a tormentis*, es decir, cuando, a pesar de multitud de cosas malas, el ánimo de los fieles en modo alguno llega a resquebrajarse. **Vinieron sobre nosotros**, a modo de fiera terrible, de río turbulento. Y, puesto que una grave tribulación suele arrojar de los ánimos lo que antes alguien tenía por seguro, añaden que, en medio de desgracias tan numerosas, **no se olvidaron** del Señor, pues, cuanto más se sentían agitados por la persecución de los malvados, con tanta más constancia impetraban el auxilio del Señor. Sigue: **Y no nos hemos comportado inicualemente en tu alianza**. Esto es lo que dijeron: *Y no nos olvidamos de ti*. En efecto, quienes la guardan dentro de sí mismos, no pueden olvidarse de su alianza. Pero, aun cuando la correcta expresión latina debiera ser: *Obliti non sumus tui*, es propio de la divina Escritura decir: *obliti non sumus te*²⁶.

Verso 19.— **Y no retrocedió nuestro corazón, ni has apartado nuestras sendas de tu vía** [*Et non recessit retro cor nostrum, et declinasti semitas nostras a via tua*]. **Retrocede el corazón** de quienes desesperan de la bondad del Señor y consideran que Aquél que ayuda incluso a los que no lo piden, no acude, sin embargo, en ayuda de los que le ruegan. En modo alguno hicieron esto los que pusieron su confianza en el Señor. Ahora bien, la palabra **sendas** tiene aquí una connotación negativa, pues dice: **Nuestras sendas**, como si se tratara de sombríos y voluptuosos senderos, que la frágil humanidad hoya con sus pisadas. En efecto, por tales senderos caminamos, cuando nos apartamos del mandato del Señor. Pero a la **vía** se la llama así, debido a la violencia, que, con razón, se dice que es *vía de Cristo*, porque aconteció que tanto sus fieles como Él mismo la recorrieron, en medio de desgracias y tribulaciones. Por esta razón, de manera muy adecuada, se dice que las sendas de los hombres están separadas de la vía superna, porque aquéllas conducen a una muerte abominable, mas ésta lleva, sin duda, al anhelado descanso. De ahí que los hijos de Coré eran, en verdad, hijos de la santísima cruz, en cuanto que tales cosas sentían.

Verso 20.— **Porque nos humillaste en el lugar de la aflicción²⁷, y nos cubrió una sombra de muerte** [*Quoniam humiliasti nos in loco afflictionis, et cooperuit nos umbra mortis*]. Explican por qué motivo han declarado que la vía y las sendas han sido separadas: porque están **humillados en el lugar de la aflicción**, es decir, en este mundo, que es el lugar de aflicción para los fieles, de donde nace el arrepentimiento y llega, después, la penitencia. Sigue: **Y nos cubrió una sombra de muerte**. Llaman así al tránsito de esta vida, que es común a santos y a pecadores. Sin embargo, la

²⁵TL., *et obliti non sumus te*; Vlg., *nec obliti sumus te*.

²⁶Véase, por ejemplo, también en el verso 21 de este mismo salmo el uso del verbo *obliviscor* con complemento en acusativo.

²⁷Hebr., תַּנְיִים בְּמַקְוֵם [en el lugar de los chacales]. Los LXX: ἐν τόπῳ κακώσεως [en un lugar de maltrato].

muerte verdadera es aquélla con la que [149] son castigados los impíos, mediante condenación eterna.

Verso 21.– **Si hemos olvidado el nombre de nuestro Dios, y si extendimos nuestras manos a un dios extraño** [*Si obliti sumus nomen Dei nostri, et si expandimus manus nostras ad deum alienum*]. Se trata de la misma inteligencia de los fieles, que el título expresó de manera perfecta, es decir: no conocer a un dios extraño y no olvidarse de Aquél, a cuyo nombre están consagrados con la señal de la cruz. En efecto, mediante la expresión, que sigue: **Y si extendimos nuestras manos a un dios extraño**, describen al orante que, extendidas sus manos, reproduce con la forma de su cuerpo la misma cruz, que recibió en la frente. Esto es, ciertamente, lo que hacían los hombres fidelísimos no para con un dios extraño, sino para con su Señor, de suerte que la perseverancia siguiera sosteniendo a aquellos fieles, a los que tantas adversidades no habían logrado cambiar.

Verso 22.– **¿Acaso Dios no demandará estas cosas? Pues él conoce las cosas ocultas del corazón** [*Nonne Deus requiret ista? Ipse enim novit occulta²⁸ cordis*]. **Acaso**. Este adverbio se ha de pronunciar con énfasis, porque de extrema gravedad es ante **Dios** pecar contra su fe. Sigue: **¿No demandará estas cosas?**. Acostumbramos a **demandar**, cuando deseamos saber cosas, que nuestro conocimiento no posee. Pero Dios –que todo lo sabe– *demanda*, no para poder aprender Él algo nuevo, sino para hacer que nosotros conozcamos aquellas cosas que están sepultadas por el olvido. Así le fue dicho a Abrahán: *Ahora he conocido que temas a tu Dios* (Gén 22,12), como si Aquél que, antes de existir el tiempo, ya todo lo conocía, tuviera necesidad de aprender algo, según fuesen las circunstancias. Añade: **Estas cosas**, es decir, las cosas dichas anteriormente: *Si hemos olvidado el nombre de nuestro Dios, y si extendimos nuestras manos a un dios extraño*. Y, puesto que se trataba del sentimiento religioso, que no sólo se expresa, por medio de gestos corporales, sino que se realiza, sobre todo, en lo más profundo del corazón, corrieron presurosos al conocimiento de la Divinidad, meta de toda virtud, diciendo: **Pues Él mismo conoce las cosas ocultas del corazón**.

Verso 23.– **Porque por tu causa somos mortificados todo el día, somos considerados como ovejas para la matanza** [*Quoniam propter te mortificamur tota die, aestimati sumus ut oves²⁹ occisionis*]. Manifiestan aquellos hombres bienaventurados las cosas ocultas a que se han referido, esto es: que no morían, a consecuencia de ningún delito cometido, sino por amor divino, con el fin de que la fe salubérrima en la santa Trinidad pudiera crecer en aquellas gentes. Pero **ser mortificados** es encontrar el término de la vida presente, a través de largos sufrimientos, cosa que hacen los perfectos cristianos, que son afligidos por muy severos preceptos. Efectivamente, para que puedas comprender esto todavía mejor, añade: **Todo el día**, lo cual no nos mostraría la muerte pasajera, sino el azote de los fieles, a lo largo de toda la duración de esta vida. Fíjate en lo que sigue: **Somos considerados como ovejas para la matanza**. La **oveja**, dado que no tiene posibilidad de oposición, es objeto del desdén de sus raptos. En efecto, no puede embestir con los cuernos, ni luchar con los dientes ni adelantarse a la huida, sino que es su destino entregarse, mansamente, a manos del ladrón, sin llegar a defenderse, ofreciendo resistencia de ningún tipo. Así –como si fueran ovejas– mueren los servidores de Cristo, pues hallan la muerte sin librar combate alguno.

²⁸TL., *occulta*; Vlg., *abscondita*.

²⁹TL., *ut oves*; Vlg., *sicut oves*.

Verso 24.– **Levántate, ¿por qué duermes, Señor? Levántate y no nos rechaces hasta el final** [*Exsurge, quare obdormis, Domine? Exsurge et ne repellas nos in finem*]. Una vez detallados tan numerosos sufrimientos, llegan los hijos de Coré a la tercera parte del salmo, en la que con tanta ansia buscan auxilio que incluso llegan a decir que el Señor está dormido. Esta figura retórica recibe el nombre de *catachresis*. Nosotros convenientemente la llamamos *abusión*, porque, por su medio, transferimos a las palabras un sentido que no les es propio. En efecto, impropio es de todo punto dirigirse a Dios –que sabido es que nunca duerme– con una petición tal como ésta: **Levántate**. Sin embargo, haciendo uso de nuestro modo humano de hablar, decimos que Dios **duerme**, cuando nuestras expectativas no se ajustan a su plan divino. Pues, si preguntas por el poder de su Majestad, aquí tienes una prueba evidéntísima: *He aquí que no se adormecerá ni dormirá profundamente el que guarda a Israel* (Sal 120,4). Insiste de nuevo en que *se levante*. La repetición de este verbo tiene como fin apremiarle a no pasar por alto socorrer a quienes ve que sus peligros van en aumento. Sigue: **Y no nos rechaces hasta el final**, de manera que, si consideras que aquí el socorro se ha de aplazar, *no rechaces hasta el final*, donde tiene su sede el total cumplimiento de tu favor, donde se encuentran los premios de los bienaventurados, donde ya están preparadas las coronas de los santos.

Verso 25.– **¿Por qué vuelves tu rostro? Olvidas nuestra pobreza y nuestra tribulación** [*Quare faciem tuam avertis? Oblivisceris inopiam nostram et tribulationem nostram*³⁰]. Llenos de pesadumbre, a causa de los males presentes, los hombres bienaventurados –según suelen hacer– persisten en sentida súplica, diciendo: ¿Por qué determinas que hemos de ser postergados por espacio de tiempo tan largo, en cuanto que no crees necesario mirar y retrasas así tu auxilio?. Sigue: **Olvidas nuestra pobreza**, aquella pobreza que solícitamente socorrías y que de tal modo amas en los demás que dices que tú eres pobre [Lc 6,20; Mt 25,45]. En efecto, viniste siendo muy rico, para prestar ayuda a nuestra indigencia [2Cor 8,9]. Añade: **Y nuestra tribulación**. Tribulación de la que es siempre clemente observador, como en el salmo cincuenta se dirá: *Un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia* (Sal 50,18). En efecto, tales alegaciones, que³¹ para los jueces humanos son merecedoras de desdén, a oídos de aquel piadoso Juez son de un valor extraordinario.

Verso 26.– **Porque humillada está en el polvo nuestra alma; pegado en la tierra está nuestro vientre** [*Quoniam humiliata est in pulvere anima nostra; adhaesit in terra*³² *venter noster*]. Después de la tardanza en la escucha, los espíritus piadosos no orientan sus deseos a tomar una decisión desesperada, sino que adoptan la actitud saludable de una continua oración. Se describe aquí, en efecto, la reparación de las faltas, que se obtiene, por medio de ruegos incesantes. En efecto, se curvan **hacia el polvo** aquéllos que, derramando ceniza sobre su cuerpo, mortifican sus almas con el recuerdo de sus pecados. Sigue: **Pegado en la tierra está nuestro vientre**. Esto suelen hacerlo, ciertamente, quienes –postrados en duradera oración– se tienden en el suelo cual largo es su cuerpo. **Estar pegado** a la tierra significa, en efecto, detenerse largo tiempo en la oración, por medio de la cual se obtiene eficazmente la victoria sobre los pecados. Pues poderosa arma contra el diablo es no poner la confianza en las propias fuerzas, sino rogar a Dios, que puede reprimir al adversario.

Verso 27.– **Levántate, Señor, ayúdanos; y líbranos a causa de tu nombre** [*Exsurge,*

³⁰TL., *inopiam nostram et tribulationem nostram*; Vlg., *inopiae nostrae et tribulationis nostrae*.

³¹TL., *causae...*, *qui*; prop., *causae...*, *quae*.

³²TL., *adhaesit in terra*; Vlg., *conglutinus est in terra*.

*Domine, adiuva nos, et libera*³³ *nos propter nomen tuum*]. Se ofrece el dulcísimo fin de las grandes aflicciones: pedir ser liberados por la gloria de la resurrección del Señor, donde es reconocida la esperanza de todos los cristianos. Ahora bien, la expresión: **Levántate** se ha de aplicar, más bien, no a la dormición eterna, sino a la resurrección. En efecto, más arriba, cuando su intención era algo así como excitarlo, dijeron los hijos de Coré: *Levántate, ¿por qué duermes?*. Pero aquí sólo dicen: *Levántate*, de suerte que entendamos que se trata ahora de aquella resurrección por la que viene destruida la cautividad humana. Ciertamente, por su resurrección somos ayudados; por su ascensión a los cielos somos liberados. Pero todas estas cosas nos han sido dadas no por nuestros méritos, sino **a causa de su nombre**. Por tal motivo, en verdad, se le llama *Salvador*: porque, por la gracia de su piedad, salva a los débiles.

Conclusión del salmo

He aquí que los dichos saludables de los hijos de Coré resplandecieron ante nosotros; he aquí que el orden de la Iglesia, por revelación del Señor, nos llenó de su luz. Conocimos, en efecto, que nuestros padres fueron liberados de sus enemigos, por medio de milagros, realizados a la vista de todos. Pero ahora hemos aprendido que, mediante los sufrimientos del cuerpo y las aflicciones del alma, llegan los fieles al reposo eterno, de manera que se entienda que, en su momento, ambos hechos son provechosos para el género humano y nadie se lamenta, sintiéndose abrumado por las desgracias mundanas. También, con la libertad propia de la inocencia [150], se levantan las voces de los mártires, llegando a decir que Dios duerme y se olvida, expresiones éstas a las que no se les debe atribuir un significado imprecatorio, sino que han de entenderse en el sentido de afectuosa voluntad. Todas estas cosas se encuentran también, con mucha frecuencia, en el libro de Job, pero vete con cuidado, porque si no las examinas con la atención debida, correrás el riesgo de concluir que no se trata de súplicas, sino de lamentos. Pero esta moderada presunción de los justos hace que salga fuera la pureza de un corazón sincero, a fin de que la sencillez del espíritu sea expresión del peso del sufrimiento, que se lleva encima. Así, cuantas veces encontramos en las Escrituras un dicho parecido, se muestra la clemencia del que domina y se indica la pureza del que suplica.

³³TL., *et libera nos*; Vlg., *et redime nos*.

SALMO CUARENTA Y CUATRO

**Para el fin. Por aquéllos que serán cambiados¹, a los hijos de Coré
para inteligencia, cántico por el amado.**

*[In finem, pro his qui commutabuntur, filiis Core
ad intellectum canticum, pro dilecto].*

Puesto que el título de este salmo aparece demasiado extenso, dado al buen número de palabras que lo conforman, veamos el significado de cada una de ellas, examinadas por separado. Ya se ha dicho varias veces que la expresión: **Para el fin** significa la perfección, esto es, el Señor Salvador. Por su parte, la frase: **Por aquéllos que serán cambiados, a los hijos de Coré** manifiesta lo siguiente: que los hijos de Coré, que permanecen en la Iglesia, pasarán de la tristeza de este mundo al gozo sempiterno. Las palabras **cántico para inteligencia** significan el mismo texto del cántico, que se ha de llevar a la más alta inteligencia, en la que se contienen los misterios espirituales de las realidades futuras. Finalmente, mediante la locución: **Por el amado** se quiere dar a entender a Cristo el Señor, con relación al cual se escuchó la voz del Padre, que decía: *Éste es mi Hijo amado, en el que me he complacido* (Mt 3,17). De este Hijo se refieren ahora sus nupcias espirituales, se celebran sus votos con la alegría del epitalamio. Su virtud va más allá de todas las virtudes; su belleza está por encima de toda hermosura; su poder es inenarrable; su piedad no tiene igual. ¡Oh, feliz esposa, que a tan gran Majestad estás asociada, no mediante vínculos carnales, sino por unidad de inviolable caridad!. ¿Cuándo te sabrás íntimamente unida a Aquél que te irradió con su esplendorosísima luz?. Supliquemos, por ello, con devoción a la Divinidad que, llevados por un corazón purísimo a la luz contemplativa, escuchemos espiritualmente las nupcias de la Esposa santa.

División del salmo

Robustecido el profeta por los banquetes celestiales y colmado de la gracia de la felicidad futura, anuncia que va a proclamar las alabanzas del Señor, de manera que de la misma fuente de donde la generosidad del cielo lo había saciado a él, de allí también el pueblo fiel se alimentara abundantemente, como si celebrara –según se ha dicho– cierto epitalamio celestial por el júbilo de las bodas. El término griego *epitalamio* se traduce por *alabanza del tálamo*. Aquí, según el uso propio de los hombres, este epitalamio viene ofrecido al esposo celestial. La primera parte del salmo contiene, en cuatro momentos, las alabanzas del Esposo, esto es: las alabanzas del Señor Salvador. En la segunda, con igual número de cuatro partes, por sus virtudes místicas, se alaba a la Esposa –es decir, a la Iglesia–, que está formada por la asamblea de todos los santos. También el sapientísimo Salomón, en el libro llamado *Cantar de los cantares*, de bellísima calidad poética, se ocupó de la descripción de este mismo argumento. De ahí que también nosotros, a lo largo de la exposición del presente salmo y en cuanto la ocasión lo vaya pidiendo, tomaremos ejemplos de este citado libro,

¹Hebr., על־שִׁנְיִים לְמַנְצֵחַ [Al maestro del coro sobre *šōšānīm*]. La palabra שִׁנְיִים [šōšānīm] plural de שִׁשְׁנִי [šōšān] parece significar *lirio* o *azucena*. Se encuentra también con estos significados u otros parecidos en 1Re 7,19; Ct 2,1s.16; 4,5; 5,13; 6,2s.; Sir 50,8. En los títulos de los salmos –además del presente, también el Sal 60,1; 69,1; 80,1– parece indicar ciertos cánticos, que tenían que ver con esta especie de flores, o bien un instrumento músico, que nos es desconocido. Los LXX tradujeron por ὑπὲρ τῶν ἀλλοιωθησομένων [sobre las cosas que se han de cambiar], de donde la Vlg. Véase el núm. 21 de la lista de nombres tomada de H.-J. Kraus.

de manera que, aunque es cierto que los autores están ampliamente separados por el tiempo, sin embargo, dada la concordia de sus respectivas profecías, pareciera que hablasen como si fueran solamente uno.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Eructó mi corazón una palabra buena; digo yo mis obras al Rey** [*Eructavit cor meum verbum bonum; dico ego opera mea Regi*].

Verso 2.– **Mi lengua, cálamo de escribano, que escribe velozmente** [*Lingua mea calamus scribae, velociter scribentis*]. Conociendo el profeta que su inteligencia estaba empapada de la claridad² del don divino, impulsado por la grandeza de esta felicidad, elogió de antemano lo que iba a decir, no por deseo de propia exaltación, sino movido por la inspiración de la verdad. Empleamos el verbo **eructar**, cuando, al haber ingerido una cantidad excesiva de alimentos, ello hace que evacuemos como ciertas beneficiosas exhalaciones de gases. Pero, ¿de qué grandes banquetes espirituales se había saciado este varón como para eructar el arcano de tan agradable olor!. **Mi corazón**. Por este vocablo entiende aquí el regazo del espíritu. **Una palabra buena**. Llama así al Hijo de Dios, de quien el evangelista Juan dice: *En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba hacia Dios, y Dios era la Palabra* (Jn 1,1). El que es la misma Verdad dice también: *Nadie es bueno, sino solo Dios* (Mc 10,18). Pero las **obras** –es decir, el opúsculo del profeta– consistieron en ofrecer la bella composición de este salmo, mediante el oficio de su voz, y en hacer resonar para determinados cálamos, por medio del órgano de la lengua, las palabras divinas. En efecto, deseaba ardientemente **decir al Rey** este canto de alabanza, que había concebido de su admirable claridad³. Pero, para que no creyese nadie que iba a decir algo, conforme a su propia voluntad, comparó su **lengua** con el **cálamo de un escribano**, la cual habría de referir, fielmente, las palabras del Espíritu Santo, de la misma manera que el cálamo escribe en el papel los deseos de nuestro sentido. Añade: **Que escribe velozmente**, expresión que nosotros debemos entender, más bien, como referida al notario, el cual, tan pronto como recibe las palabras y una vez bien enterado, rápidamente las escribe en el papel. Pero se ha de considerar que aquí se deja ver la virtud de la profecía, que no piensa bajo presión humana de ningún tipo, sino que –sin ningún esfuerzo, por su parte– hace públicos los mandatos de la Divinidad. Escuchemos ahora al profeta, que, sin adulación alguna, va a proclamar la alabanza del epitalamio, la cual nada engrandece, a no ser la verdad, que acaricia con sana pureza y que, aunque dice muchas cosas, sin embargo, no las enumera suficientemente todas.

Verso 3.– **Hermoso en la forma en comparación con los hijos de los hombres, la gracia se ha vertido en tus labios; por ello Dios te ha bendecido eternamente** [*Speciosus forma prae filiis hominum, diffusa est gratia in labiis tuis; propterea benedixit te Deus in aeternum*]. Concluido el proemio y concitados convenientemente los pueblos al deseo de escuchar, tomando como punto de partida la encarnación del Señor, da comienzo la alabanza, de manera que, a través de aquella, por la que hemos merecido conocer los misterios de la Divinidad –por su mismo medio– podamos escuchar también las loas de tan gran Majestad. Esta clase de alabanza es conocida, entre los oradores, con el nombre de *a forma* [a partir de la forma]. Ahora bien, pues en Isaías se lee: *Lo vimos y no tenía figura ni hermosura, sino que el aspecto de su rostro sin honor era despreciable más que todos los hombres* (Is 53,2), cabría preguntarnos por qué era éste presentado como

²TL., in textu: *claritate* [ed., charitate].

³TL., in textu: *claritate* [mss. A.,B.,F., charitate].

hermosísimo por encima del género humano. No porque, por su aspecto exterior, refulgiera con la hermosura del color de la leche, o brillara con dorada cabellera, o sobresaliera por su singular estatura, sino que, en verdad, fue más hermoso que todo el género humano, porque no conoció el pecado. En efecto, con toda justicia, se dice que es **hermoso**, porque está adornado por la gracia de una pureza limpiísima, aunque el Padre Agustín –comentando este versículo– diga que la apariencia de su cuerpo era digna de toda alabanza⁴. Ahora bien, el ejemplo de Isaías, ofrecido más arriba, hace referencia al tiempo de la pasión, allí donde se lee que estaba abatido por las bofetadas, coronado de espinas y bañado de salivazos [Mc 15,18-19 y par.]. Pero sobre la Iglesia, que lleva [151] la imagen del Señor Salvador, en el Cantar de los cantares, se lee así: *Negra soy, pero hermosa* (Ct 1,4), es decir: **negra**, por el cuerpo carnal; pero **hermosa**, por los méritos celestiales. Y expone la razón de por qué ha dicho que es *hermoso*, que es la siguiente: porque, hablando Cristo, reconcilió al mundo con Dios, por medio de la gracia. ¿Qué otra cosa pudo acontecer al género humano que pudiera compararse a la contemplación del mismo Dios encarnado, por el cual el orbe entero recibe el don de la redención?. En efecto, refiriéndose a Él, también el libro de Salomón, antes citado, dice así: *Tus labios y tu modo de hablar son preciosos*. Sigue: *Por eso te bendijo Dios por la eternidad* (Ct 4,3). **Por ello** –es decir, por sus excelsas predicaciones y por su piedad, a todas luces, singular–, porque a nadie confirió nada en razón de sus propios méritos, sino que todo lo concedió movido, antes bien, por su propia bondad. Bendito es, en efecto, **eternamente** Aquél, cuyo reino no tendrá fin. Pero, según la condición de siervo, bien ha dicho: **Dios te ha bendecido**, pues sufrió pasión y subió al reino de los cielos.

Verso 4.– **Cíñete tu espada alrededor de tu muslo, oh poderosísimo, con tu belleza y tu hermosura** [*Accingere gladio tuo circa femur⁵ tuum, potentissime; specie tua et pulchritudine tua*]. Viene introducido el segundo modo de alabanza del Señor Salvador, que recibe el nombre de *a postestate* [por la potestad]. Llevado el profeta a no sé qué clase de gozo, ruega al Señor que Aquél que es esperado se manifieste, por fin, a la vista de las gentes como dador de toda salvación. Dice, en efecto: **Cíñete tu espada**. Metáfora tomada del guerrero, que, cuando se apresta para el combate, se ciñe la *espada* con la que pueda abatir al enemigo. Pero aquí debemos entender por **espada** la palabra de la predicación. De ello, en el mismo Evangelio se da testimonio, diciendo: *No he venido a traer paz a la tierra, sino espada* (Mt 3,34). También el Apóstol dice: *Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios* (Ef 6,17). Pero a la *espada* se la llama palabra de Dios, porque con su golpe poderoso penetra ésta en los corazones de los hombres, cebados por los vicios, sin que la debilidad humana pueda oponer resistencia, allí donde aquella gloriosa fortaleza tuviere a bien entrar. Por su parte, **muslo** significa aquí la encarnación del Señor Salvador, como en el libro del Génesis se lee: *No desfallecerá el príncipe de Judá, ni de sus mulos el caudillo* (Gén 49,10). Según este mismo misterio, también Abrahán hizo jurar a su criado, cuando, tocándole el muslo, le ordenó no tomar mujer, de entre las hijas de los cananeos, para matrimonio con su hijo Isaac (Gén 24,3). Pero a la palabra *muslo* añade el superlativo **poderosísimo**, a fin de que creas que la encarnación, asumida por el poder divino, debe ser ya digna de toda reverencia. De manera semejante, también

⁴En efecto, dice S. Agustín: '*Hermosísimo sobre los hijos de los hombres*'. ¿Y por qué no también sobre los ángeles? ¿Qué quiso manifestar, al decir: sobre los hijos de los hombres, sino que era hombre? Y, para que no pensases que el hombre Cristo era cualquier hombre, dice: '*Hermosísimo sobre los hijos de los hombres*'. Hombre sobre los hijos de los hombres, y también hombre entre los hijos de los hombres, sobre los hijos de los hombres; y, asimismo, hombre de los hijos de los hijos de los hombres sobre los hijos de los hombres. Es éste uno de los muchísimos puntos en que Casiodoro no coincide con S. Agustín.

⁵TL., *circa femur*, Vlg., *super femur*.

aquel hombre sapientísimo dice como sigue: *Su espada en su muslo*. Y añade: *Con tu apariencia y con tu hermosura* (Ct 3,8). Se nos da a conocer aquí, con toda evidencia, que ambas naturalezas están dispuestas de tal manera que la *apariencia* se refiera a la humanidad y la *hermosura*, a la Divinidad. En efecto, bien es llamada *apariencia* aquélla en la que, portador de salvación, se manifestó al mundo. Pero a esta otra, muy adecuadamente, se le da el nombre de *hermosura*, porque de ella proceden todas las cosas bellas, todo aquello que es hermoso.

Verso 5.— **Mira con atención, sal felizmente, y reina. Por la verdad, la mansedumbre y la justicia, y te guiará admirablemente tu derecha** [*Intende, et⁶ prospere procede, et regna; propter veritatem et mansuetudinem et iustitiam, et deducet te mirabiliter dextera tua*]. Se sigue exponiendo todavía el hecho de la sacratísima encarnación y, en cada una de las palabras, vienen explicados los milagros de su poder. Dice: **Mira con atención**, es decir: que mire, desde el cielo, con misericordia al hombre, que perece, conforme a lo que ya se dijo en el salmo trece: *El Señor desde el cielo ha mirado sobre los hijos de los hombres* (13,3). **Felizmente**, porque había de venir, para ofrecer al género humano los dones de la liberación. **Sal**, como el esposo del útero virginal. Así está escrito: *Y él, como el esposo que sale de su tálamo* (Sal 18,5). **Reina**, esto es: da a conocer a la fe de los hombres el poder de tu Majestad. Pues, también el Hijo —antes de la creación del mundo— reinó, ciertamente, junto con el Padre y el Espíritu Santo. La expresión: **Por la verdad** indica el hecho de que de la tierra nazca la Verdad y que, por su luz, transforme nuestra falsedad. Dio a conocer su **mansedumbre**, cuando, clavado en la cruz, oró por sus perseguidores. Miró con **justicia**, cuando —como piadoso Maestro— enseñó sus preceptos saludables. **Te guiará**, esto es: te guardará, durante el transcurso de toda tu vida, merced a un modo de conducta, que no conocerá tropiezo alguno. **Admirablemente**, porque, frente a lo inconcebible para el mundo, resucitó de entre los muertos, al tercer día, milagro éste que se difundió por el entero orbe de la tierra. **Tu derecha**, palabras que significan el poder del Verbo, por medio del cual realiza cuanto quiere en el cielo y en la tierra. Escuchen esto los detractores impíos. Dice: *Tu derecha*, esto es, el impulso de la propia voluntad. En efecto, si con su poder hace todas las cosas, como es manifiesto que las hace, ¿cómo puede haber uno mayor que Él?. Pero, contra esta enfermedad, a estos insanas mentes se les debe administrar aquella medicina: *Todas las cosas del Padre son mías, y todas las mías son del Padre* (Jn 17,10). No tendría, en efecto, todas las cosas del Padre, si no fuera igual a Él y de su misma naturaleza.

Verso 6.— **Tus afiladas flechas, poderosísimas; los pueblos caerán bajo ti en el corazón de los enemigos del Rey** [*Sagittae tuae acutae potentissimae, populi⁷ sub te cadent in corde⁸ inimicorum Regis*]. Las **afiladas flechas** son las palabras del Señor Salvador, que se clavan saludablemente en los corazones de los hombres, de suerte tal que, hiriéndolos, queden sanos; golpeándolos, sean liberados; abatiéndolos, puedan levantarse. Pero veamos por qué la palabra de Dios es comparada con esta arma arrojadiza. La *flecha* es una vara de madera, armada por arriba con una punta hierro y provista por abajo de plumas. Así, la palabra de Dios, saliendo del madero de la cruz, tiene la fuerza de penetrar y la rapidez de llegar a donde quisiere. Antes, había hablado de la espada, arma que hiere desde cerca; habla, ahora, de las flechas, que son disparadas desde lejos, para

⁶TL., *Intende, et; Vlg., Et intende.*

⁷TL., *acutae potentissimae, populi; Vlg., acutae, populi.*

⁸TL., *in corde; Vlg., in corda.*

mostrar, ciertamente, por medio de esta comparación, un inconmensurable poder. **Afiladas**. Hace referencia este adjetivo a la prontitud con que atraviesan las cosas. **Poderosísimas**, porque ninguna madera, por muy dura que sea, puede resistírseles, pues el efecto de cumplir la voluntad del Señor les es inherente. **Los pueblos caerán bajo ti**, expresión que significa la conversión de los hombres, cuando caen felizmente humillados –llegando finalmente a la fe– los que antes estuvieron erguidos, a causa del pecado de la arrogancia, como sucedió al apóstol Pablo, que, penetrado por la flecha de la voz del Señor, perseguidor como era, cayó rostro a tierra [Hch 9,6]. Pero, después, la diestra del Señor lo levantó, constituyéndolo apóstol suyo. **En el corazón**. Expresan estas palabras lo dicho anteriormente, es decir: *Caerán*. Pero caerán no con los pies, que sostienen los cuerpos, sino con el corazón, que es con lo que se desvanece la maldad del alma. En efecto, el que allí cae, haciendo penitencia, se levanta; y, una vez desposeído de su iniquidad, es llevado al cumplimiento de los saludables mandatos del Señor. La expresión: **De los enemigos del Rey** significa a los enemigos de Cristo, quienes, con voluntad opuesta, se apartan de la ley divina. Esto es lo que el título del salmo profetizó, diciendo: *Por aquéllos que serán conmutados, a los hijos de Coré*.

Verso 7.– **Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; una vara recta es la vara de tu reino** [*Sedes tua, Deus, in saeculum saeculi; virga recta⁹ est virga regni tui*]. Llega al tercer modo de alabanza, que convenientemente recibe el nombre de *A causa iudicii* [por la causa del juez]. En efecto, el **trono** de Dios está puesto aquí en relación con el juicio futuro, en el que el eterno Dispensador examina y juzga verdaderamente. **Por el siglo del siglo**, porque todo cuanto hubiere sido establecido, ninguna sucesión de tiempo podrá derribarlo. Por su parte, la **vara** significa la regla de la equidad divina, que se dice que, en verdad, es **recta**, porque ninguna maldad puede torcerla. Esta *vara* rige a los justos, golpea a los impíos, sostiene verazmente a los que suplican. Pero esta *vara* no sale del tronco [152] de un árbol, sino que procede del poder del mismo Dios. Fuerza invicta, equidad rectísima, disciplina inflexible, de la que también, en otro salmo, se dirá: *Desde Sion enviará el Señor la vara de tu poder, y dominarás en medio de tus enemigos* (Sal 109,2). En efecto, al cetro insigne del honor regio los antiguos lo llamaban *vara*, designando, mediante ella, al Rey de los poderíos, el Señor Salvador.

Verso 8.– **Has amado la justicia y has odiado la iniquidad; por eso te ha ungido Dios, tu Dios** [*Dilexisti iustitiam et odisti iniquitatem; propterea unxit te Deus, Deus tuus*]. Ésta es la vara recta: amar la equidad y odiar la maldad. En efecto, nadie **ama la justicia** de manera perfecta, sino aquél que también aborrece las acciones malas, porque en una sola persona no caben, a un mismo tiempo, cualidades enfrentadas entre sí, ni puede decirse, a la vez, que es negro lo que ya se ha dicho que es blanco. En efecto, así como la presencia de la luz es la ausencia de la noche, así también amar la verdad es aborrecer la mentira. De aquí que algunos hayan establecido este bello principio: la sustancia es capaz de cosas contrarias, pero no al mismo tiempo. Pero, a continuación, indica los premios que a estas cosas les son concedidos: **Por eso te ha ungido Dios, tu Dios**. La palabra *ungido* –crismado– significa al rey y al sacerdote, porque dichas dignidades eran recibidas, mediante unciones sacratísimas. En efecto, también el mismo nombre de *Cristo* viene tomado del santo crisma. Pero, por esta razón se dice que **es ungido**: porque, por dispensación divina, nació, murió y verdaderamente resucitó. Fuera de esto, su Divinidad por ningún favor, por ningún honor tuvo necesidad de ser ayudada. Pero la repetición: **Dios, Dios**, indica la alabanza de una gran dilección.

⁹TL., *virga recta*; Vlg., *virga directionis*.

Verso 9.— **Con óleo de alegría por encima de tus compañeros; mirra, goma y canela de tus vestidos** [*Oleo laetitiae prae consortibus tuis; myrrha, gutta¹⁰ et casia a vestimentis tuis*]. Se indica con esto que aquella santa unción tenía lugar de una doble forma. La expresión: **Óleo de alegría** significa no tener mancha de pecado, razón por la que la conciencia se encuentra siempre alegre, al no sentir el remordimiento provocado por la amargura de ningún recuerdo. Sigue: **Por encima de tus compañeros**, es decir, *por encima de los hijos de los hombres*, aquéllos que Él mismo, en el Evangelio, los llama: *Hermanos*. Mas, al siguiente motivo responden las palabras *por encima de tus compañeros*: a que ha recibido esta bendición por encima de todo el género humano, de manera que, ungido Él de manera singular, pudiese unguir a los otros. En efecto, en Él está la fuente de la bendición, de la cual —siempre en la medida en que Él lo creyera conveniente— se esparce oportunamente por todos los elegidos. Pero todas estas cosas están en relación con la carne, a la que el piadosísimo y gloriosísimo Verbo está unido para la salvación de todos. Sigue: **Mirra, goma y canela de tus vestidos**. Ya varias veces hemos dicho que las apariencias de las cosas terrenas son para nosotros muestra de las virtudes celestiales, porque nada podríamos conocer de aquella Majestad, si no apareciera a nuestra vista algo que pudiera hacernos llegar a ella, a través de semejanzas mundanas. Y, por ello —a fin de que brillen, con más claridad, las cosas precedentes—, nos detenemos a explicar las últimas palabras del presente versículo, palabras que, a primera vista, podrían parecer de difícil comprensión. El santo cuerpo del Señor fue como cierta vestidura de la Divinidad. En efecto, así como con los vestidos se cubren los miembros de los cuerpos mortales, así también la Majestad del Verbo se ocultaba a los ojos de los infieles, mediante el velo de la carne. Muy apropiadamente, se dice, por tanto, que de este vestido —o sea, del misterio de la encarnación— procedían mirra, goma y canela. La **mirra** significa la muerte, aceptada por la salvación de los hombres. La **goma** amoniaca elimina las asperezas ocasionadas por determinados males. Ambas cosas —mirra y goma— vienen puestas en relación, de manera adecuada, con la encarnación del Señor, porque con sus santas palabras ablandó la dureza del corazón de los hombres. La **canela**, conocida entre nosotros con el nombre de *caña*, expresa la redención del género humano, en virtud de las aguas del bautismo, pues —como bien se sabe— esta clase de hierbas se encuentra en lugares acuosos. Característico de estas tres cosas es también su olor agradable. Y así, la cualidad propia de la hierba, unida a la suavidad de su olor, con razón, es comparada con la santa encarnación, como en el Cantar de los cantares dice la Esposa: *En pos del olor de tus ungüentos correremos* (Ct 1,3).

Verso 10.— **De las casas de marfil, desde las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en honor tuyo**¹¹ [*A domibus eburneis, ex quibus te delectaverunt¹² filiae regum in honore tuo*]. En el cuarto modo, la alabanza de Cristo es tomada de la persona de la Esposa. Dice, en efecto, el profeta de dónde viene la gloriosísima hermosura de la Esposa, que está de pie a la derecha del Señor. Viene de las **casas de marfil**, expresión que significa los palacios, ornados con revestimiento de abundante marfil. Pero no debemos entender el marfil con exclusiva relación a las riquezas. En efecto, dado que el elefante, animal al que pertenecen estos huesos, se caracteriza por una extraordinaria castidad

¹⁰TL., *myrrha, gutta*; Vlg., *myrrha et gutta*.

¹¹Hebr., lee estos dos versos de otra manera. Dice: מִרְיָאָה לִּי כִּי צִיֵּוֹת כָּל־בְּנֵי־הַיָּם מִן־הַיָּם לִּי שֶׁן מִנִּי שֶׁמֶחֶךָ [Mirra, áloe y canela son todos tus vestidos, desde palacios de marfil instrumentos de cuerda te han alegrado]. Y sigue: בְּנֹת מַלְכִים בֵּי־קִרְוֹתֶיךָ [Hijas de reyes hay entre tus favoritas]. Los LXX traducen: σμύρνα καὶ στακτή καὶ κασία ἀπὸ τῶν ἱματίων σου ἀπὸ βάρων ἐλεφαντίνων ἐξ ὧν ἠὺφρανάν σε [Mirra y aceite de mirra y casia salen de tus vestidos, de palacios de marfil, en los que te han agasajado]. Sigue: θυγατέρες βασιλέων ἐν τῇ τιμῇ σου [Hijas de reyes en tu honor].

¹²TL., *te delectaverunt*; Vlg., *delectaverunt te*.

–pues, entre todos los cuadrúpedos, es el que está dotado de mayor sentido natural y, como es sabido, se aparea moderadamente con una sola hembra, sin acercarse a otra segunda– el marfil puede hacer referencia, de manera muy apropiada, a las mujeres pudorosas, pues aquéllas que permanecieron en las casas de marfil son las que, por la castidad, siguieron los mandatos de Cristo el Señor. Tal interpretación los doctísimos padres Agustín y Jerónimo la consideraron correcta. Sigue diciendo: **Desde las cuales te deleitaron**, esto es: corrieron a ti no por propio juicio, sino que fueron guiadas por tu delectación. **Las hijas de los reyes**. Son las hijas de los hombres fieles, que gobiernan sus cuerpos y guían a las hijas, que son engendradas por el sagrado bautismo. O son también las hijas de los que ejercen el mando, cosa que no infrecuentemente sucede, cuando los hijos de los príncipes, renunciando al gobierno del palacio, elijen los servicios divinos. Añade, en efecto: **En honor tuyo**, para indicar, mediante tal signo, un espíritu religioso. En efecto, no *son deleitadas* en honor de sus padres, sino en honor del Señor Salvador.

Verso 11.– **Asistió la Reina a tu derecha con vestidura dorada, rodeada de variedad**¹³ [*Astitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circumamicta*¹⁴ *varietate*]. Todo se describe, mediante relato digno de admiración. A esta figura se la conoce con el nombre de *characterismos*, *decriptio* o *informatio* para los latinos, como ya hemos dicho varias veces, pues pone como ante los ojos del intelecto aquello, cuyo apariencia corpórea no se puede ver. En efecto, se alaba, primero, la hermosura del esposo; se pone de manifiesto, en segundo lugar, su virtud y, a continuación, se narran su trono y su poder. Y, pues del gozo nupcial se trataba, las manifestaciones de su suavísimo olor aparecen presentadas bajo místicas interpretaciones. Se dice, en cuarto lugar, de dónde procede también la admirable belleza de la reina. Adornada, entonces, de preciosas virtudes, es colocada a la derecha divina, a fin de que toda alma fiel, tendiendo a la contemplación superna, dirija su mirada a los deseos celestiales y conozca cuál es el honor, que debe tributar en la tierra a la que de tal modo es honrada en el cielo. Ella es la **Reina** que, en el Cantar de los cantares, exclama: *Me besa con el beso de su boca* (Ct 1,4). Y todas las demás cosas, que con místicas imágenes expresa aquel texto. Sigue: **Con vestido dorado**. El *oro* hemos aplicarlo al resplandor de la caridad, porque la santa Iglesia resplandece, circundada de esta virtud. Pero, para que no creas que, en este lugar, se hace referencia únicamente a la caridad, fijate en que ha dicho: *Con vestido dorado*, no con vestido de oro. En efecto, decimos que una cosa es de color **dorado**, cuando –aun estando mezclada con otra materia– presenta por encima la belleza del oro. Y ésta es la razón por la que la gracia de la caridad aparece por encima de todas las demás virtudes: porque, por su resplandor, a todas las supera [153]. Añade: **Recubierta de variedad**. Preguntémonos por qué la Iglesia de Dios, a la cual conviene todo lo que es simple y uno, viene alabada aquí, en razón de la variedad de su vestido. Pero, en este lugar, tal **variedad** significa o bien la multiplicidad de lenguas, en cuanto que en la Iglesia toda nación salmodia al Creador en la lengua de su patria, o bien la diversidad hermosísima de las virtudes. La adornan, en efecto, el oro de los apóstoles, la plata de los profetas, las gemas de las vírgenes, la grana de los mártires, la púrpura de los penitentes. Ésta es, pues, la variedad de la unidad: la entretejida de entre todas las naciones, merced a una vida piadosa y grata a los ojos de Dios.

Verso 12.– **Escucha, hija, y mira, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre** [*Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum, et domum patris*

¹³Hebr., בְּכֶהָם אֹפִיר [con oro de Ofir]. Los LXX: ἐν ἱματισμῷ διαχρῦσῳ περιβεβλημένη πεποικιλμένη [en un vestido de oro envuelta, adornada con bordados de colores].

¹⁴TL., *circumamicta*; Vlg., *circumdata*.

tui]. Una vez cantada la alabanza del Esposo, ahora en igual número de modos, pero de manera mucho más sencilla y humilde, vienen presentados los elogios de la Esposa. Ciertamente, convenía –sea siquiera en un grado inferior– no dejar sin alabanza a la que mereció alegrarse con tal y tan grande unión. Así, pues, el primer modo de esta alabanza se debe al aspecto exterior, como en el verso siguiente se expresa. Pero vayamos ahora a la explicación de cada una de las palabras. A aquella que *está de pie a la derecha del Señor*, cual es el lugar de los bienaventurados, le dice: **Escucha**, es decir: que escuche a los profetas, los cuales pregonaron, con promesa veraz, la encarnación del Señor, de manera que, habiéndola escuchado, creyera en ella y, una vez creída, a continuación, la viera. Mas, con razón, **hija** llama el profeta a la Iglesia, porque, gracias a sus santas predicaciones, ha sido engendrado el pueblo cristiano. Sigue diciendo: **Y mira**. Has de mirar con sentimientos de alegría, porque ha llegado el Esposo, que se te había prometido: en Él está tu amor, tu gloria y tu gozo. Continúa: **E inclina tu oído**. Era conveniente que la Iglesia inclinara el oído, a fin escuchar, con todo honor, las palabras del profeta. Pero dice: **Y olvida a tu pueblo**, es decir: sepárate y aleja de tus sentidos los conciliábulos de los paganos o las tan perniciosas supersticiones de los judíos. **Y la casa de tu padre**. La **casa** significa Babilonia, ciudad que, habitada por gentes de gran perversidad, se goza contra la Iglesia de Cristo y, poseyendo en este mundo el ánimo de un pueblo confuso, reclama para sí la parte de los que se han perdido. **De tu padre**. Llama así al diablo, que es el que, en verdad, posee aquella casa de confusión, según su propio nombre significa¹⁵. Pero considera que, por aquel entonces, esta Iglesia moraba allí, al no tener la gracia del Esposo celestial. De aquí que también, en otro lugar, se la llame *negra* [Ct 1,5]. Pero fue, por entero, cubierta del extraordinario encanto de la hermosura, cuando el Señor se dignó elegirla de entre las gentes.

Verso 13.– **Porque ardientemente deseó el Rey tu belleza, porque él es el Señor, tu Dios, y lo adorarán** [*Quoniam concupivit Rex speciem tuam, quia*¹⁶ *ipse est Dominus Deus tus, et adorabunt eum*]. Éste es el modo de alabanza, en razón del aspecto externo, del que más arriba hicimos mención. Y así, este Rey Salvador es el Señor, que **ardientemente deseó** a la Iglesia, la cual se hallaba, a causa de la culpa de la prevaricación, bajo el dominio del diablo. La Iglesia, a la que Él dio hermosura tal que mayor que ella no hay otra. Estaba sucia, cuando el usurpador la tenía sujeta; se hizo hermosa, cuando, de nuevo, volvió a su Hacedor. De ella se lee: *¿Quién es ésta que sube toda blanca?* (Ct 8,5). Y considera que esta Esposa es elogiada de modo parecido a la alabanza que anteriormente se hacía con relación al Esposo: *Hermoso en la forma en comparación con los hijos de los hombres*. Ahora bien, del Esposo se dijo que, en su aspecto exterior, era de una hermosura singular; mas de ésta se dice que es tan hermosa, porque el Esposo la unió consigo. De este modo, todo se dice distinta y variadamente, aunque con los mismos trazos se alabe también a la Esposa. Sigue: **Porque él es tu Señor, tu Dios**. No aquél a quien llamabas padre, no aquél que te había hecho tenebrosa, sino éste **es el Señor, tu Dios**, que –limpiando tu suciedad de antaño– te ha conferido la hermosura nupcial. Se introduce también una sentencia saludable: **Y lo adorarán**, es decir, lo adorarán todos los pueblos que se¹⁷ congregaron en la santa Iglesia. No te adorarán a ti, sino que adorarán al Señor, porque tu honor está en Él y tu belleza es su gloria sempiterna.

¹⁵HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23,344). *Babylon, confusio*.

¹⁶TL., *Quoniam concupivit Rex speciem tuam, quia*; Vlg., *Et concupiscet rex decorem tuum, quoniam*.

¹⁷TL., in textu: *qui te* [mss. A., B., F., qui de].

Verso 14.– **Las hijas de Tiro**¹⁸ con sus presentes invocarán tu rostro, todas las ricas del pueblo¹⁹ [*Filiae Tyri in muneribus vultum tuum deprecabuntur, omnes divites plebis*]. Llega al segundo modo, en el que anteriormente, refiriéndose al Esposo, dijo: *Mira con atención, sal felizmente, y reina*. Pero aquí la dignidad de la Iglesia es suplicar al Señor por los pueblos devotos. Y así como allí se describe el poder del Señor, del mismo modo se expresa aquí la gloria de la Esposa, a causa del honor de Cristo. **Tiro** es una ciudad, situada no lejos de Jerusalén, pero con las palabras **las hijas de Tiro** se quiere significar, sobre todo, las almas de los fieles. En efecto, no sólo Tiro engendra hijas fieles, sino también el conjunto de las ciudades del orbe entero. Por lo cual, a esta figura retórica se le da el nombre de *a parte totum* [de la parte el todo]. Así, pues, las hijas de los gentiles **con sus presentes invocan el rostro** de la Iglesia, cuando con piadosa voluntad reparten sus limosnas. Ciertamente, ellas mismas son los presentes, que con mayor agrado son aceptados por Dios. En efecto, tendemos hacia el rostro de la Iglesia, es decir, hacia la faz del pueblo cristiano, cuando con piadosos llantos elevamos nuestras súplicas a la Majestad de Cristo. **Todas las ricas del pueblo**. Esta expresión se ha de unir a lo dicho anteriormente, para formar así un *hyperbaton*, en latín, *transcensio* [trasposición, hipérbaton]. *Las hijas de Tiro, todas las que son ricas del pueblo*, implorarán con regalos tu rostro. En efecto, una vez cambiadas de lugar las locuciones, queda aclarado aquí el orden de las palabras.

Verso 15.– **Toda su gloria, las hijas de los reyes desde dentro**²⁰; **con flecos de oro recubierta de variedad** [*Omnis gloria eius filiae regum*²¹ *ab intus; in fimbriis aureis circumamicta varietate*²²]. Ves cómo continúa elogiando a la Iglesia. **Gloria** de la Iglesia es, ciertamente, cuando las hijas de los príncipes o de los justos se convierten al Señor y desean ofrecerse a sí mismas con secreto sentimiento de corazón. **Las hijas de los reyes desde dentro**. En efecto, las palabras **desde dentro** significan no el sonido de los labios, sino lo más oculto de los sentimientos, allí donde el hombre interior, con callada meditación, evoca cuanto se refiere a los misterios divinos. Así, también, en el Cantar de los cantares, acerca de la Iglesia se dice lo siguiente: *Me introdujo el Rey en su aposento* (Ct 2,4). Entre las cosas, que se enumeran como propias de la ley, no encontrarás una locución que sea común²³ a ésta, es decir: *Las hijas de los reyes desde dentro*. Sigue diciendo: **Con flecos de oro totalmente cubierta de variedad**. Los **flecos** son las partes últimas de los vestidos, que, cosidas con hilo, cuelgan a modo de multitud grande de cabellos. Por medio de ellos, se significa el final de la vida de los hombres. Estos flecos no son *dorados* –como más arriba se dijo acerca del vestido–, sino que ahora se dice que son **de oro**, porque toda perfección está en el final, donde la caridad no se contempla como dorada, sino que –siendo plenísima ya– se la encuentra como *de oro*. Pero sí se dice: **Recubierta de variedad**. Se debe esto a las variadas virtudes de los fieles de las que anteriormente se ha hecho mención. Recubierta de estas variedades, necesario es que la Iglesia católica se atavíe con un vestido de variados colores. Significa también esto aquella

¹⁸Hebr., וּבְתֵיבָר [Y la hija de Tiro]. Los LXX: θυγατέρες Τύρου [*hijas de Tiro*].

¹⁹Hebr., עֲשִׂירֵי עָם [los ricos del pueblos]. Los LXX: οἱ πλούσιοι τοῦ λαοῦ [*los ricos del pueblo*]. Ambos en género masculino. S. Agustín habla también de los ricos. Casiodoro, sin embargo, prefiere el femenino. Morfológicamente, no hay impedimento.

²⁰Hebr., כָּל-כְּבוֹדָהּ בְּתֵיבָרָהּ בְּתֵיבָרָהּ [toda gloriosa es la hija del rey desde dentro]. Los LXX: πᾶσα ἡ δόξα αὐτῆς θυγατρὸς βασιλέως ἔσωθεν [*toda la gloria de la hija del rey en el interior*].

²¹TL., *regum*; Vlg., *regis*.

²²TL., *varietate*; Vlg., *varietatibus*.

²³TL., in textu: *in communione* [ed., in commune].

vestidura de Aarón, que estaba tejida de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido [Éx 28,5].

Verso 16.– **Serán llevadas al Rey vírgenes en pos de ella; sus muy cercanas serán traídas a ti** [*Adducentur Regi virgines post eam; proximae eius afferentur tibi*]. Así como, en aquel tercer modo, el Esposo fue celebrado, en razón del juicio, así también, en este lugar tercero, la Esposa es alabada, a causa de sus miembros. Y observa cuán eficazmente conserva el orden: **Serán llevadas al Rey vírgenes en pos de ellas**. Ciertamente, en pos de la Iglesia, porque lo primero fue afirmar su unidad; después, enumerar sus distintas partes. Y fijate bien en que dice: **Serán llevadas**, para expresar [154] de este modo la gracia del Señor, que nos conduce a Él, cuando, misericordioso, quisiere fijar su mirada en nosotros, como dice el Evangelio: *Nadie viene a mí, si el Padre no lo atrae* (Jn 6,44). Pero ¿qué vírgenes serán llevadas ante la presencia del Señor?. Sin duda, las que son fieles y se conducen con espíritu puro. Pues, ¿qué les podrá aprovechar conservar su cuerpo intacto, si no tienen la integridad de la fe?. Sigue: **Sus muy cercanas serán traídas a ti**. *Serán traídas a ti*, es decir: a Dios. Pero las **muy cercanas** de la Iglesia –es decir, las viudas castas– son las que se unen en grado inferior. En efecto, produciendo la virginidad el ciento por uno de los frutos, éstas se sienten orgullosas de ofrecer la sexagésima parte de la riqueza. Y observa que, en los mismos verbos, se contiene una la diferencia de no poca importancia. Dice, en efecto, que las vírgenes, que son robustas, a causa de la integridad de su cuerpo, **son llevadas**; pero las viudas, limitadas generalmente, por diversas circunstancias, y a quienes la debilidad corporal les ocasiona cansancio, dice que **son traídas**.

Verso 17.– **Con alegría y exultación serán llevadas al templo del Rey** [*In laetitia et exultatione adducentur in templum Regis*]. Para mostrar los numerosos presentes, que se han de dar a la santa Iglesia, dice que ésta **será llevada con alegría y exultación** por el ministerio de los ángeles. Pero no sólo a la presencia, sino incluso a los lugares más íntimos del Rey, es decir, a la Jerusalén futura, donde el hecho de haber llegado es el bienaventurado gozo y la gloriosa seguridad. Con razón, pues, se dice que *serán llevadas con alegría y regocijo*, porque aquel frágil sexo ha vencido los más graves sufrimientos corporales.

Verso 18.– **En lugar de tus padres te han nacido hijos; los constituirás príncipes sobre toda la tierra** [*Pro patribus tuis nati sunt tibi filii; constitues eos principes super omnem terram*]. Llega al cuarto modo, allí donde anteriormente se dijo que desde las casas de marfil había llegado la Iglesia, para ser colocada con sus adornos a la derecha del Rey. Pero, con fuerza se subraya ahora cuán grande ha sido el crecimiento de esta Esposa, de manera que **en lugar de los antiguos padres** –es decir, en lugar de los adoradores de ídolos– le hayan **nacido hijos** –los apóstoles– a los que envió, a lo largo y ancho del entero orbe de la tierra, como **príncipes** de la predicación. Ahora bien, cuanto más dispares son estas cosas tanto más es alabada la Iglesia. En efecto, aquellos antiguos padres eran los inductores del error; éstos, por el contrario, son los maestros de la verdad; aquéllos sembraban la perdición; éstos exhortaban a la vida. ¡Oh alabanza digna de tan gran alegría, cual fue escapar de los abrazos del enemigo y hallar las nupcias del Tonante!. Con razón, se dice que este lugar es alabanza, a causa de la prole, porque es anunciada aquí la santa posteridad.

Verso 19.– **Se acordarán de tu nombre en toda generación y progenie²⁴; por esto los pueblos te confesarán en eterno, y por el siglo del siglo** [*Memores erunt nominis tui in omni generatione et progenie²⁵; propterea populi confitebuntur tibi in aeternum, et in saeculum saeculi*]. Dice: **Se acordarán**. Pero se acordarán de los pueblos cristianos, los cuales perseveran con piadosa voluntad, predicando a lo largo de las diversas generaciones de los hombres. Es gloria admirable y elogio sumo, entre tan numerosas sucesiones de hombres, no llegar nunca a recibir el final de la alabanza. Sigue: **Por esto los pueblos te alabarán**. En efecto, todo cristiano, al haber recibido los misterios del símbolo de la fe, confiesa en presencia de la Iglesia, confesión que se hace **en eterno**, porque es verdadera y piadosa. En efecto, la expresión, que se añade: **Por el siglo del siglo** significa las realidades futuras, cuando toda adversidad ya descansa y reine sólo la justicia, una vez aniquilada por siempre la hostilidad del diablo.

Conclusión del salmo

He aquí que, con la exultación del salmista, ha llegado a su término el epitalamio glorioso. He aquí que la alabanza del Esposo y de la Esposa ha sido celebrada con admirable variedad: cópula espiritual; unión, que persevera en la virginidad; amor casto; caridad eterna; vínculo, que ningún fin desata. Con santa exultación claman aquí los tímpanos de los profetas; con dulcísima armonía responden aquí los órganos de los apóstoles; cantan aquí las cítaras de los mártires, pero no con cuerdas, sino con sus virtudes; con sus flautas espirituales el coro de los santos acaricia aquí el oído gratisimo. Tal es la música, que se interpreta aquí, que se logra, por su medio, toda la humana alegría. Concédenos –oh Esposo admirable– que los que nos alegramos aquí, sostenidos por la esperanza, seamos colmados en el futuro del gozo más perfecto. También el bienaventurado Jerónimo, en su carta a la virgen Principia (*Epist.* 149), escribió sobre este salmo con esplendor admirable, como es cosa acostumbrada en él. Tal es la razón por la que hemos creído oportuno acordarnos de él: porque, en el caso de que lo dicho por nosotros necesitara de más amplias explicaciones, quien así lo deseara bien podría acudir a las que aquel doctísimo varón nos ofrece.

SALMO CUARENTA Y CINCO

Para el final. A los hijos de Coré. Salmo por los arcanos¹.

[In finem, filiis Core pro arcanis psalmus].

Para el fin. Sabemos ya que estas palabras se deben referir al Señor Jesucristo. **Los hijos de Coré** significan a los cristianos, a través de cuya persona se canta este salmo. Por su parte, mediante la expresión: **Por los arcanos**, se indica la venida del Señor Salvador, venida que, por

²⁴Hebr., אֲזַכִּירָה שְׁמֶךָ בְּכָל־הָיָר וְהָיָר [publicaré la memoria de tu nombre en toda edad y edad]. Los LXX: νησθήσουσαι τοῦ ὀνόματός σου ἐν πάσῃ γενεᾷ καὶ γενεᾷ [se acordarán de tu nombre en toda generación y generación].

²⁵TL., et progenie; Vlg., et generatione.

¹Hebr., לְמִנְצַח לְבָנֵי־קָרַח עַל־עֲלָמוֹת, [*Para el maestro del coro. A los hijos de Coré. 'al-'alāmōt*]. Esta última expresión ha sido interpretada de varias maneras: *sobre las doncellas cantoras, cosas secretas, ejecución en sordina*. Véase el núm. 24 de la lista de nombres tomada de H.-J. Kraus. Los LXX traducen por ὑπὲρ τῶν κρυφίων [*Sobre los secretos*].

admirable misterio de su Divinidad, hubo dispuesto para la salvación de los hombres.

División del salmo

En la primera parte del salmo, los *hijos de Coré*, palabras que –como se acaba de decir– deben entenderse en lugar de los *fieles cristianos*, confiesan no tener miedo de las turbaciones del mundo, porque saben que *Dios es su refugio y su fortaleza*. Se dice, en la segunda, que en medio de su Iglesia, se hace presente Cristo, el cual se ha dignado edificarla en sí mismo, como sobre una piedra solidísima. En la tercera y última parte, todos los creyentes, en general, son invitados a contemplar las grandezas divinas, proclamando que el Dios omnipotente hace pedazos las armas de la maldad, aleja las guerras y trueca la tristeza de los fieles en alegría eterna.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Nuestro Dios es refugio y fuerza, ayuda en las tribulaciones, que con fuerza arremetieron contra nosotros**² [*Deus noster refugium et virtus; adiutor in tribulationibus, quae invenerunt nos nimis*]. En el principio mismo del salmo, se nos muestra sonriente el llamado silogismo categórico. Hélo aquí: En las tribulaciones que fuertemente acometieron contra nosotros, Dios fue nuestro refugio, fuerza y ayuda. En las tribulaciones no temeremos, cuando sea conturbada la tierra. Luego, en las tribulaciones que con fuerza acometieron contra nosotros, no temeremos, cuando sea conturbada la tierra. Dicho esto, estudiaremos ahora las palabras por separado. ¡Qué hermoso y breve es el conjunto!. Como si se les preguntase: ¿Qué es **nuestro Dios**?, responden: **Refugio, fuerza, ayuda**. Esta es la quinta forma de definición, que los griegos llaman *κατὰ τὴν λέξιν*, y los latinos *ad verbum*, o sea, cada vez que nombramos cada cosa con palabras concretas, indicando cuál es su significado. Se ha añadido el adjetivo posesivo **nuestro**, en razón de los falsos cristianos, de los cuales Dios no acostumbra a ser refugio [155]. Es, por tanto, **refugio** de los fieles, en cuanto que Dios los libra de aquello que supone peligro para las almas. Es **fuerza**, en cuanto que, con firmeza, guarda sus espíritus de la iniquidad del error mundano. Sigue diciendo: **Ayuda en las tribulaciones**. Por medio de diversas indicaciones, se expresa aquí la misericordia de la Majestad superna, que acoge y defiende **en las tribulaciones**. En verdad, la **tribulación**, cuando es piadosa, hace a Dios misericordioso para con nosotros, absuelve del pecado y acude en socorro, de modo particular, cuando conoce que queremos confiar en Él, como dice el Apóstol: *Pues la tristeza que es según Dios, engendra penitencia para una salud estable* (2Cor 7,10). Y, para que no dieras en pensar que estas tribulaciones son cosas, que no revisten gravedad alguna, añade: **Que con fuerza arremetieron contra nosotros**, a fin de que no pienses que carece de seria importancia aquello que experimentas que ha tenido lugar de forma muy violenta. Ahora bien, convenientemente han sido magnificados los peligros, con objeto de que se hiciera así aún más visible su poderosísimo destructor.

Verso 2.– **Por ello no temeremos, mientras sea perturbada la tierra, y los montes sean trasladados al corazón del mar** [*Propterea non timebimus dum turbabitur terra, et transferentur montes in cor maris*]. Se hace referencia al tiempo aquel de la tribulación predicha, cuando, por

²Hebr., עֲזָרָה בְּצָרוֹת נִמְצָא מְאֹד [y *socorro en las angustias he hallado mucho*], es decir, socorro prontísimo en las tribulaciones. Los LXX: βοηθός ἐν θλίψειν ταῖς εὐρούσαις ἡμᾶς σφόδρα [auxilio en las tribulaciones que nos encuentran con violencia].

virtud de la venida del Señor Salvador –turbados que habían sido los corazones de los judíos ante lo inaudito de tan gran milagro– aquellos santos varones, que en su nombre y poder hallaban su gloria, no podían ya sentir temor alguno. Sigue: **Y los montes sean trasladados al corazón del mar**. Esto realmente sucedió, cuando los **montes** –esto es, los apóstoles–, alejándose ya de los incrédulos judíos, pasaron al **corazón del mar**, es decir: se dedicaron a la predicación de los gentiles, como se lee en los Hechos de los Apóstoles: *Era necesario anunciaros a vosotros primero la palabra de Dios; pero, porque la deseáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles* (Hch 13,46). Observamos, mediante este ejemplo, que aquellos *montes* –prominentes por su elevada cima y firmísimos por la solidez de la fe– fueron trasladados *al corazón del mar*, es decir, a la fe de todas las naciones. Y se ha de considerar con atención que ha comparado la maldad de los judíos con la tierra árida, pero que ha asemejado la fe de los gentiles a las aguas saladas, de manera que conozcas que aquella tierra hace referencia a los corazones endurecidos para el mal, pero que estas aguas han sido saladas, en verdad, por la sal del Evangelio. Efectivamente, el mar no tiene corazón; el corazón lo tienen los hombres.

Verso 3.– **Las hicieron resonar, y fueron perturbadas sus aguas; conturbados fueron los montes ante su fortaleza** [*Sonaverunt*³, *et turbatae sunt aquae eorum; conturbati sunt montes in fortitudine eius*]. Permanece aquí el sentido del verso anterior. En efecto, se sigue exponiendo aquella perturbación, que tuvo lugar con motivo de la venida de Cristo el Señor. Dice que los apóstoles **hicieron resonar** sus predicaciones como si se tratara del potentísimo clamor de cierto estruendo, que resonara no tanto en los oídos cuanto en las almas. Dice que en este tiempo **fueron perturbadas las aguas**, es decir, las innumerables gentes de este mundo, que se llenaron de espanto, a causa de tan gran maravilla. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *parabole*, en latín, *comparatio*, cuando, mediante una semejanza cualitativa, relacionamos entre sí cosas diferentes en su género. Pero se ha de considerar que esto se dice, haciendo uso de una exquisita y hermosísima comparación. En efecto, *las aguas se perturban* con extraordinaria agitación, cuando se arrojan en el seno marino grandes montones de cosas muy pesadas y, al ser golpeadas las aguas por el desplome de peso tan enorme, devuelven éstas como consecuencia un estampido extraordinario. Ciertamente, sucedió tal cosa, cuando, por virtud de la ardorosa predicación de los apóstoles, se estremeció el mundo entero y, una vez limpio el corazón, lo hizo venir a la fe del Señor. Sigue: **Conturbados fueron los montes ante su fortaleza**. Habla aquí de otros **montes**, es decir, de las potestades del mundo. En efecto, este vocablo puede asumir un sentido positivo o negativo. Pero debe quedar claro que los *montes* de Dios son estables y hermosos; los del diablo, en cambio, son mutables y escuálidos. Ciertamente, fueron conturbadas las potestades del mundo, cuando los príncipes paganos dictaban leyes sacrílegas en perjuicio de la religión de Dios.

Verso 4.– **El ímpetu del río⁴ alegra la ciudad de Dios; santificó su tabernáculo el Altísimo** [*Fluminis impetus laetificat civitatem Dei; sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*]. Más arriba ha hablado de los espantos, que sufrió el mundo, a causa de la nueva predicación. Ahora se proclaman los beneficios dados a la Iglesia, como consecuencia de la venida del Señor Salvador, de modo que precisamente el cambio de sentido remarcase la división de la pausa. Observa con atención que las cosas que se dicen son diferentes en cuanto a su propiedad. La **ciudad de Dios** ha

³TL., in textu: *sonaverunt* [ed., *sonuerunt*]; Vlg., *sonuerunt*.

⁴Hebr., נָהָר פְּלִינִי [un río, sus canales]. Los LXX traducen: τοῦ ποταμοῦ τὰ ὀρμήματα [Del río las corrientes violentas].

descansado, *alegre por el ímpetu del río*. Y, con objeto de que conozcas este río irrigador de las almas, no dice que la ciudad se ha saciado, sino que **se ha alegrado**. En efecto, éste es el **río** acerca del cual la misma Verdad dice: *Quien cree en mí nunca tendrá sed, y habrá en él una fuente de agua que salta a la vida eterna* (Jn 4,13-14). Y bien ha dicho: **El ímpetu del río**, porque nada pantanoso, nada fangoso retiene su curso, siendo el poder de Dios quien lo hace correr. Sigue diciendo: **Santificó su tabernáculo el Altísimo**. El **tabernáculo del Altísimo** o bien es la Iglesia, o bien la gloriosa aceptación del corazón humano, porque ambas cosas fueron santificadas, cuando *el Verbo se hizo carne y habitó en nosotros* (Jn 1,14).

Verso 5.– **Dios en medio de ella, no será conmovida; la ayudará Dios con su rostro** [*Deus in medio eius, non commovebitur; adiuvabit eam Deus vultu suo*⁵]. No se afirma, de este modo, que **Dios está en medio**, como si estuviera encerrado dentro de lugar alguno. En efecto, a Dios ningún espacio puede contenerlo, pues todo Él está, no según desigual bondad, sino en modo igual y en todas partes. Se afirma, con todo, que está **en medio**, porque siempre está atento a los fieles. Con razón, pues, se dice que Dios está en medio de la Iglesia, según su justicia, porque mira a todos con igual voluntad y nadie será defraudado de su mirada, a no ser aquél que quisiere alejarse de Él. **No se conmoventá**. Dicha expresión se refiere a la Iglesia, a la cual fue hecha aquella promesa singular: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (Mt 16,18). En efecto, **no puede ser conmovida** la Iglesia, que está edificada sobre tan sólida piedra, esto es: sobre Cristo el Señor. Sigue diciendo: **La ayudará Dios con su rostro**. La ayudará, ciertamente, con la presencia de su encarnación, por la que brilló su rostro de salvación. Ha dicho, en efecto: **Ayudará**, es decir: vendrá en ayuda de la que, en medio de las adversidades de este mundo, padece grandes fatigas.

Verso 6.– **Conturbadas fueron las gentes e inclinados fueron los reinos; el Altísimo dio su voz y fue conmovida la tierra**⁶ [*Conturbatae sunt gentes, et inclinata sunt regna; dedit vocem suam Altissimus, et mota*⁷ *est terra*]. Ciertamente, **las gentes fueron conturbadas**, cuando –pues eran muy devotas de los ídolos– oyeron de pronto las leyes de una religión que les era desconocida. En efecto, los milagros presenciados fueron motivo de conversión para muchos; el terror del juicio anunciado, causa de aflicción para no pocos. Y, aunque fueran conducidos al bien, no podían no tener turbado el espíritu. Sigue: **E inclinados fueron los reinos**, es decir, los reinos fueron humillados, para que adoraran, no para que cayeran, porque uno tanto más se enaltece cuanto más se inclina en actitud de humildad [Lc 14,11]. Añade: **El Altísimo dio su voz y fue conmovida la tierra**. No ha dicho que pronunció su voz, sino que **dio su voz**, como si se tratara de un don admirable, de un bien que conlleva recompensa. Ciertamente, llama *voz* a la santa predicación que, por medio de Él y de los apóstoles, el omnipotente Maestro hizo resonar con la fuerza de un trueno, a lo largo y ancho del mundo entero. Ante ella, necesariamente habían de quedar estremecidos los pecadores, que escuchaban los terribles mandatos del Juez eterno.

⁵TL., *eam Deus vultu suo; eam Deus mane diluculo*.

⁶Hebr., תְּבוּנָה אֶרֶץ [se derritió la tierra]. Los LXX: ἐσαλεύθη ἡ γῆ [se tambaleó la tierra].

⁷TL., *suam Altissimus, et mota; Vlg., suam, mota*.

Verso 7.– **El Señor de los poderíos⁸ con nosotros; nuestro defensor, el Dios de Jacob** [*Dominus virtutum nobiscum; susceptor noster Deus Iacob*]. Se expresa aquí brevemente quién es [156] el Cristo todopoderoso: **El Señor de los poderíos**. Ciertamente Aquél a quien los poderes celestiales están sometidos, a quien toda potestad le sirve. Oíd los endurecidos, oíd los insensatos. Los que os vanagloriáis de pecar contra tan gran Majestad, ¿qué es lo que queréis?: ¿perecer completamente?. Sigue diciendo: **Con nosotros**. Ciertamente, pues, asumida nuestra carne, habitó en la tierra. Añade: **Nuestro defensor, el Dios de Jacob**. Es **defensor**, porque se digna venir en socorro de las debilidades de los demás. Al haberse encarnado en favor de la salvación de los fieles, el **Dios** de todos, con toda propiedad es llamado también **defensor nuestro**. En efecto, bien pueden llamarlo *nuestro* los hijos de la cruz, porque sólo es *defensor* de quienes, por medio de la fe, fueron merecedores de llegar hasta Él. Ahora bien, la expresión: **Dios de Jacob** se ha de entender de la siguiente manera: tantos beneficios habrá de dar a los creyentes cuantos hubo dado a Jacob. Pues Dios no es sólo el *Dios de Jacob*, sino de todos los que le son fieles con una fe semejante a la de aquel patriarca.

Verso 8.– **Venid y ved las obras del Señor, los prodigios que puso sobre la tierra⁹** [*Venite et videte opera Domini, quae posuit prodigia super terram*]. Interpuesta la pausa, llega a la segunda parte, en la que invita a los pueblos a contemplar las maravillas del Señor Salvador, las que hizo por la admirable dispensación de su encarnación. En efecto, cuando dice: **Venid**, exhorta a los pueblos a que, por medio de la fe, se aproximen a Dios, a quien no podían ver, cuando estaban lejos. Efectivamente, mediante la expresión: **Las obras del Señor**, la universalidad de las gentes es llamada a no sé qué grandioso espectáculo. Por ello, acerquémonos con ánimo bien dispuesto, porque, viendo tales cosas, concebimos por la fe aquello que nos conduce a los gozos sempiternos. Dice: **Puso**, esto es: estableció como determinados signos, de manera que –al verlos– el mundo corriera presuroso en busca de los remedios de su salvación. La palabra latina *prodigium* viene de *porro dicere* [decir después]. Hace referencia, por consiguiente, al porvenir, es decir: cuando la manifestación de la novedad futura se da a conocer, a través de determinados signos. Tal cosa aconteció en la natividad del Señor, cuando la Virgen dio a luz, apareció la estrella y el coro de los ángeles proclamó el nacimiento de su Señor.

Verso 9.– **El que aleja las guerras hasta el confín de la tierra** [*Auferens bella usque ad finem terrae*]. He aquí indicadas las obras del Señor, que estaban prometidas. Y necesario es que promesa tan grande ponga de manifiesto algún misterio extraordinario. Hubo rebelión contra Dios, cuando, mediante muy diversas supersticiones, la gentilidad rendía culto a imágenes talladas por el hombre, ídolos que, con la venida del Señor, cayeron derrumbados junto con sus adoradores. Así, pues, **alejó hasta el confín de la tierra las guerras** de la fe, que tenían lugar en el orbe entero, e hizo gozar de su paz a los que agració con los dones de la verdadera religión. O bien puede hallar esto su confirmación en los mismos datos históricos, pues se lee que, en el tiempo del nacimiento del Señor, siendo emperador Augusto, el orbe entero estuvo en paz, hecho éste que sucedió no por mérito de las fuerzas humanas, sino en virtud de la manifestación en la carne de Cristo el Señor.

⁸Hebr., יהוה צבאות [Jhwh S^obāōt, el Señor de los ejércitos]. Los LXX: κύριος τῶν δυνάμεων [el Señor de los poderes].

⁹Hebr., אֲשֶׁר־שָׂם שְׁמוֹת בְּאֶרֶץ [las desolaciones que ha puesto en la tierra], es decir, los reinos que ha destruido en el mundo. Los LXX traducen: ἃ ἔθετο τέρατα ἐπὶ τῆς γῆς [los hechos que han puesto desolaciones sobre la tierra].

Verso 10.– **Hará pedazos el arco, y quebrará las armas, y quemará a fuego los escudos**¹⁰ [*Arcum conteret, et confringet arma, et scuta comburet igni*]. Los **arcos** son las insidias de los infieles, que serán trituradas por el poder de la verdad, cuando sus insanos deseos sean reducidos a la nada. Las **armas** significan aquí las supersticiosas disputas de los paganos, las cuales, con razón, dice que han de ser quebradas, cuando sean rebatidas por las razones de los fieles. Los **escudos** significan las defensas de los malvados, que son reducidas a brasas por el incendio del fuego celestial para liberación del hombre. Pero este guerrero es el diablo, cuyo *arco* es **hecho pedazos** para la salvación; sus *armas*, **quebradas**; su *escudo*, **quemado por el fuego**. En efecto, no de otro modo habría podido escapar, si no hubiese perdido las defensas, que consideraba suyas. O, tal vez, todas estas cosas aquí dichas pueden ser referidas –como a algunos les agrada más– a los vicios, que ellas mismas provocan. Libranos, buen Rey, de las armas diabólicas, que no nos defienden, sino que con su peso nos abruma, y cíñenos con la espada espiritual, que nos dé salud y protección.

Verso 11.– **Cesad, y ved que yo soy Dios; seré exaltado en las naciones, y seré exaltado en la tierra** [*Vacate, et videte quoniam ego sum Deus; exaltabor in gentibus, et exaltabor in terra*]. Impulsados los hijos de Coré por el espíritu de profecía, predican –entre sus palabras– lo que se dice en este verso, hablando ahora en la persona del Señor. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *apostrophe*, en latín, *conversio*, esto es, cuando repentinamente interrumpimos un determinado asunto, para ocuparnos de otro diferente. Con razón, pues, se les dice: **Cesad**. Que cesen los que estaban armados de ilusiones mundanas y militaban en las filas del diablo, librando una lucha, fatal para ellos mismos. No podían escuchar de este modo, a no ser que –una vez depuestas las armas y sosegados y aquietados los ánimos– escucharan las palabras saludables. Dice, en efecto: **Porque yo soy Dios**, no aquél que os proporcionaba las armas, no aquél que os conducía a luchas, que rebosaban odio, sino **que yo soy Dios**, que **seré exaltado en las naciones**, de quien es la verdadera religión, y no una frágil grandeza. Y, para que no consideres, tal vez, que será exaltado sólo entre algunas naciones paganas, pero no en medio del pueblo judío, pueblo que más arriba había comparado con la tierra, añade: **Y seré exaltado en la tierra**, es decir, en el pueblo judío, como prometió el Apóstol: *Pues os digo, para que no sedis sabios en vosotros mismos, que la ceguera ha venido en parte a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de las gentes, y así todo Israel llegara a salvarse* (Rom 11,25). Ves, por tanto, que el Señor es exaltado y ha de ser exaltado tanto entre los gentiles como en medio del pueblo judío también.

Verso 12.– **El Señor de los poderíos con nosotros; nuestro defensor, el Dios de Jacob** [*Dominus virtutum nobiscum; susceptor noster Deus Iacob*]. Vuelven los hijos de Coré a ellos mismos y queda el salmo bellamente concluido, mediante la repetición de uno de sus versos. En efecto, repiten, por segunda vez, aquella profesión anterior: *El Señor de los poderíos con nosotros; nuestro defensor, el Dios de Jacob*, y por la siguiente razón lo hacen: para expresar, mediante ella, que nos ha sido dada la liberación. De hecho, las palabras **Dios de Jacob** se usan a menudo, para indicar la victoria del pueblo cristiano, el cual, aunque posterior en el tiempo, por el fervor de la fe,

¹⁰Hebr., עֲגָלוֹת יִשְׂרָאֵל בְּאֵשׁ [prende fuego a los escudos]. La palabra hebrea עֲגָלוֹת [‘agālōt] significa propiamente un objeto redondo, y de aquí que unos traductores entiendan *escudos* y otros prefieran *ruedas*. De aquí que, por sinécdoque, fácilmente se pase a entender *carros* y, en este caso, de *combate*. Según los Padres, esta profecía empezó a tener su cumplimiento, cuando se convirtieron a la fe de Cristo los emperadores romanos –sobre todo, Constantino– y, una vez desprestigiados los ídolos y acabadas las persecuciones, el orbe entero se hizo cristiano. Los LXX leen καὶ θυρεοὺς κατακαύσει ἐν πυρὶ [y quemó los escudos en el fuego].

tomó, sin embargo, la delantera al pueblo, que había sido llamado primero.

Conclusión del salmo

Cuán breve y colmado de remedios ha brillado este salmo, si hacemos nuestra, con la ayuda del Señor, su firme esperanza; si, con la fuerza del espíritu, pasamos en medio de las espinas de este mundo y, si en los momentos de tribulación, nos llega también nosotros el auxilio que en este salmo se canta. En efecto, toda esperanza está puesta aquí en la venida de Cristo el Señor, por medio de cual la Iglesia fue fundada para nosotros y se hicieron manifiestos grandes milagros. Alejó, en efecto, las guerras de las supersticiones Aquél que dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Jn 14,17).

SALMO CUARENTA Y SEIS

Para el fin. Por los hijos de Coré. Salmo.

[*In finem pro filiis Core psalmus*].

Todas las palabras de este título se recocerán, ciertamente, como ya explicadas. No obstante, deberás estar siempre atento, estudioso lector, a lo siguiente: que el significado de cada uno de estos nombres está siempre en función del asunto que, en el salmo en cuestión, vaya a ser tratado. En efecto, si consideras diligentemente el texto del salmo, descubrirás que ninguna de sus palabras está de más. Sucede, por lo cual, que tanto la diversidad como la semejanza de los títulos son aplicables al Señor Salvador. Pero, en tanto que es diferente, causa dificultad; cuando es inequívoco [157], consolida la agudeza de nuestra inteligencia con una firmeza estable. Y así, tanto lo uno como lo otro resulta provechoso, porque los dos son para la salvación de todos. Ahora bien, también en este salmo hablan los hijos de Coré, a los que la madre Iglesia marca con el signo de la cruz.

División del salmo

Aunque todo este himno sea cantado en persona de los hijos de Coré y su extensión sea de gratísima brevedad, está dividido, sin embargo, por la interposición de una pausa. En la primera parte, se exhorta a las gentes a que hagan resonar por doquier las alabanzas del Señor, porque todo está sujeto al pueblo de la adquisición y el piadoso Árbitro lo ha elegido como su heredad personal. En la segunda, se describen brevemente la ascensión del Señor y el reino, que sus santos realmente habrán de poseer por siempre.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Todas las gentes batid con las manos¹¹; gritad a Dios jubilosos** [*Omnes gentes plaudite manibus; iubilare Deo in voce exultationis*]. Siendo costumbre propia de los que están muy contentos emitir sonidos con el batir de las manos y acompañar, de este modo, cierto ritmo de alegría, placentero a los oídos y sin necesidad de palabras, debemos entender este aplauso en sentido espiritual, cual pudieron decirlo los hijos de Coré y que conviene que nosotros lo escuchemos. Así,

¹¹Hebr., תִּקְעוּרֶךָ [batid palmas]. Los LXX: κροτήσατε χεῖρας [resonad manos].

baten con las manos los que dan limosnas; los que, por caridad, se ponen al servicio de los enfermos; los que cumplen un determinado mandato, mediante el ejercicio de las buenas obras, o cualquier otra cosa, que tuviera que ver con la gracia de Dios. Por su parte, la expresión: **Gritar jubilosos** significa alegrarse grandemente. Este verbo viene del latín *iuuare* [deleitar], es decir, cuando expresamos nuestro gozo no con palabras articuladas, sino con cierta voz confusa. Y, para que no nos demos por satisfechos sólo con tales gozos, añade: **Con voz de exultación**, significando con ello la salmodia, que complace plenamente a Dios, por el nombre de su divina Majestad, haciéndonos recordar perfectísimamente que del mismo modo que la mano realiza la alabanza de Dios, de esa misma manera la lengua del hombre no silencie su gloria. Conviene, en efecto, que los mandamientos del Señor se canten con la lengua, pero que se lleven a la práctica con las manos.

Verso 2.— **Porque Dios es sumo, terrible; Rey grande sobre toda la tierra** [*Quoniam Deus summus*¹², *terribilis; Rex magnus super omnem terram*]. Vuelve a las causas por las que se debe aplaudir y gritar con júbilo al Señor. Esta figura es la llamada *epexegetis*, esto es, la explicación de algo que se ha dicho anteriormente. En primer lugar, porque **Dios es sumo. Terrible**, después, porque habrá de juzgar al mundo. **Rey grande**, porque es *Rey de reyes y Señor de señores* (Apc 19,16). Él es Aquél de quien fue escrito en el título de la pasión: *Rey de los judíos* (Mt 17,37). Verdad es que fue el rey de los judíos, pero lo es también de todas las gentes, porque es el creador y administrador de todo cuanto existe. Y por ello, para que no se considere que fue solamente rey de los judíos, dice que fue rey **sobre toda la tierra**. Adviertan los judíos el poder del Señor, poder difundido a lo largo y ancho del mundo, a causa de sus sufrimientos, y no dejen de dar culto a Aquél de quien han escuchado que, por todas partes, suyo es el principado.

Verso 3.— **Sometió los pueblos a nosotros, y a las gentes bajo nuestros pies** [*Subiecit populos nobis et gentes sub pedibus nostris*]. Conciérne esto a todos los cristianos, que merecieron tener la divina gracia. La expresión: **Pueblos y gentes** hace referencia a los que están ocultos fuera de la Iglesia. En efecto, están **sometidos** a todos los justos los que no pueden equipararse a los méritos de éstos. Pero tal cosa debemos entenderla en sentido espiritual, de manera que no vaya a parecer que los hombres santos están afectados por el pecado de la arrogancia, siendo así que no la tienen. Los **pies** significan las santísimas predicaciones. Con razón, pues, se decía que los pueblos estaban sujetos a aquéllos por cuyas reglas estaban dirigidos, como dice el profeta Isaías: *¡Cuán hermosos son los pies de los que divulgan el feliz anuncio de la paz* (Is 52,7).

Verso 4.— **Eligió para nosotros su propia heredad, la hermosura de Jacob a la que amó** [*Elegit nobis haereditatem suam, speciem Iacob quam dilexit*]. **Eligió para nosotros**. Debe sobreentenderse el verbo *dar*¹³, de manera que el que venía a salvar al pueblo de Israel, por piadosa generosidad, otorgara esto a más gentes. Se hace necesario situar este hecho en su contexto, a fin de que se pueda conocer, con mayor claridad, la realidad del asunto al que se refiere. Atraído Esaú por el placer¹⁴ del alimento carnal, pidió a su hermano el plato de lentejas (Gén 25,30). Le respondió éste que así lo haría, a condición de que Esaú le cediera el derecho de primogenitura. Ávido de las cosas terrenales aquel inquiridor, le cedió el honor, que a él le correspondía. Hecho esto, sucedió que, en feliz negocio, Jacob entregara bienes temporales a cambio de conseguir otros espirituales.

¹²TL., *summus*; Vlg., *excelsus*.

¹³Eligió darnos su heredad.

¹⁴TL., in textu: *suavitatem* [ed., *vanitate*].

Ésta es, en efecto, la **hermosura de Jacob**, que el Señor amó sobremanera, es decir: quería que también sus fieles hicieran las mismas cosas, que –anticipadamente y de forma alegórica– Él les dio a conocer que se habrían de alcanzar. En efecto, nos llamamos verdaderamente cristianos, si ofreciendo cosas terrenales, conseguimos las celestiales.

Verso 5.– **Asciende Dios en júbilo; el Señor en sonido de trompeta** [*Ascendit Deus in iubilatione; Dominus¹⁵ in voce tubae*]. Llegan los hijos de Coré a la segunda parte, donde, con piadosa alabanza, celebran el tiempo aquel en que con los ojos corporales es contemplada, en verdad, la gloriosa ascensión del Señor. Dice: **En júbilo**, porque los apóstoles, maravillados ante milagro tan grande, se sentían llenos de una inefable alegría del corazón, pues a sus ojos, colmados de gozo, les fue dado contemplar al Señor Salvador en su subida a los cielos. Pero ya hemos dicho que la palabra **júbilo** significa una alegría grande sobremanera, pero imposible de ser expresada con las palabras. Por su parte, la expresión: **Sonido de trompeta** significa las palabras angélicas, que tronaron con estruendo extraordinario por el fragor de una fuerte agitación del aire. En efecto, dijeron entonces los ángeles a los apóstoles, absortos ante tal visión: *Varones galileos, ¿por qué os admiráis? Este Jesús, que ha sido arrebatado de vosotros, vendrá así como lo habéis visto subir al cielo* (Hch 1,11), de manera que, con mayor firmeza, creyera el mundo aquello que con tales pregonos se hacía resonar.

Verso 6.– **Salmodiad a nuestro Dios, salmodiad; salmodiad a nuestro Rey, salmodiad** [*Psallite Deo nostro, psallite; psallite Regi nostro, psallite*]. No carece sentido el hecho de que tantas veces sea repetida esta misma palabra. Indica, en efecto, el reconocimiento de cuán útil, cuán saludable es la obra que con tanta insistencia quiso repetir. A esta figura se la conoce con el nombre de *epembasis*, es decir, cuantas veces se repiten las palabras, para engrandecer la hermosura de un determinado hecho. En efecto, **salmodiar** es cantar las alabanzas de Dios, por medio de las buenas obras, hecho éste que, si se realiza como bien es debido, nos hace semejantes a los ángeles, que con júbilo espiritual celebran siempre, sin descanso, las alabanzas divinas. Sigue: **Salmodiad a nuestro Rey, salmodiad**. Dice: **A nuestro Rey**, esto es, a Cristo el Señor, a quien conviene esta alabanza, no a otro, porque Él es el único que, con justicia, debe recibir toda alabanza, pues Él es el creador de todo cuanto existe y, una vez creado, permanentemente lo gobierna.

Verso 7.– **Porque es el Rey, Dios de toda la tierra; salmodiad con sabiduría** [*Quoniam Rex omnis terrae Deus; psallite sapienter*]. Esto se dice, haciendo referencia a aquéllos que, en cada lugar, se fabricaban ídolos diferentes: el de Venus, en Pafos; el de Marte, en Tracia; el de Júpiter, en Creta. En efecto, sólo al Rey todopoderoso debe rendírsele culto universalmente, pues sólo Él es creador y liberador de todo cuanto existe. Añade: **Salmodiad con sabiduría**. Ciertamente, pues no debemos salmodiar [**158**] sólo cantado, sino también entendiendo. En efecto, nadie hace **con sabiduría** algo que no comprende.

Verso 8.– **Reinó el Señor sobre todas las gentes; Dios se sienta sobre su santa sede** [*Regnavit¹⁶ Dominus super omnes gentes¹⁷; Deus sedet super sedem sanctam suam*]. Han llegado los hijos de Coré a la felicidad perpetua del tiempo futuro, donde dicen que ya el Señor **va a reinar**

¹⁵TL., *in iubilatione, Dominus*; Vlg., *in iubilo, et Dominus*.

¹⁶TL., *regnavit*; Vlg., *regnabit*.

¹⁷TL., *super omnes gentes*; Vlg., *super gentes*.

sobre las gentes. En efecto, aunque aquí **reine** ahora sobre todos, se dice, no obstante, que reina propiamente, cuando manifiesta con total evidencia que habita en sus fieles. La expresión: **Sobre todas las gentes** designa la Jerusalén celeste, que es reunida de entre todas las naciones. Sigue: **Dios se sienta sobre su santa sede**. Se significa aquí al Señor Salvador, que está sentado a la derecha del Padre, reinando por los siglos de los siglos. Y fijate bien en que dice: Su misma **santa sede**, a fin de no vayas a entender cualquier otra cosa carente de sentido o falta de razón, sino las potestades y tronos sobre los que está sentado tan glorioso Soberano. Pero esto puede entenderse también con referencia a los santos. En efecto, alguien que posea el don de una vida llevada a cabo con toda rectitud, sin duda alguna, llega también a convertirse en sede regia. Todo lo cual, si lo meditas con mayor hondura, va dirigido contra de los malvados, de modo que, una vez escuchada su Divinidad, sucumban quienes consideran que su humanidad ha de ser despreciada.

Verso 9.– **Los príncipes de los pueblos se congregaron con¹⁸ el Dios de Abrahán** [*Principes populorum convenerunt¹⁹ cum Deo Abraham*]. **Los príncipes de los pueblos**, es decir, los principales de las diversas naciones, de quienes el comienzo del salmo canta así: *Todas las gentes, batid con la manos*. **Se congregaron**, como si dijera, *creyeron*. En efecto, *congregarse* es el hecho de que muchos vengán a uno solo. **Con el Dios de Abrahán**, o sea, en Cristo, que es el *Dios de Abrahán*. En efecto, expulsados los infieles judíos –que eran hijos de Abrahán, sólo según la carne, pero no según las obras–, introdujo el Señor la universalidad de las gentes, de modo que poseyeran aquella felicidad prometida, que había asegurado a Abrahán y a su descendencia. Así, pues, fueron hechos hijos suyos, por medio de la santa fe, quienes no lo fueron por la semilla de la carne.

Verso 10.– **Porque los dioses fuertes de la tierra²⁰ fueron elevados en gran manera** [*Quoniam dii fortes terrae nimium²¹ elevati sunt*]. El sentido de este verso está en relación con el versículo anterior. En efecto, por esto los príncipes de los pueblos se congregaron con el Dios de Abrahán: porque **los fuertes de la tierra**, que eran el pueblo de Dios, **fueron elevados en gran manera**. Se refiere a los judíos, a quienes se les había concedido poder en medio de las naciones, pero que, alzándose contra Dios, se llenaron de orgullo con corazón impío y, a causa de la soberbia, pasaron ser los últimos los que, practicando la humildad, pudieron ser los primeros.

Conclusión del salmo

Miremos atentamente el texto de este salmo, que es breve, ciertamente, en palabras, pero no en virtudes. En efecto, incluso su mismo número ofrece a nuestra consideración grandes misterios. Leemos, en efecto, que la construcción del templo del Señor en Jerusalén tuvo una duración de

¹⁸Hebr., נְדִיבֵי עַמִּים נֶאֱסְפוּ עִם אֱלֹהֵי אַבְרָהָם [Los príncipes de los pueblos se congregaron **como** pueblo del Dios de Abrahán], esto es, de todos los pueblos se ha formado uno solo. Los LXX: ἄρχοντες λαῶν συνήχθησαν μετὰ τοῦ θεοῦ Ἀβραάμ [Los gobernantes de los pueblos se reunieron **con** el Dios de Abrahán]. Éstos leyeron la palabra עַם ['am], que significa *pueblo* por עַם ['im], que significa *con* y tradujeron por μετὰ, de donde también el *cum* de la Vlg.

¹⁹TL., *convenerunt*; Vlg., *congragati sunt*.

²⁰Hebr., כִּי לְאֱלֹהִים מְגִנֵּי אֶרֶץ [porque de Dios son los escudos de la tierra], es decir, Dios es el protector y gobernador de todo el mundo, Él es elevado en gran manera. Los LXX: ὅτι τοῦ θεοῦ οἱ κραταιοὶ τῆς γῆς [porque de Dios son los poderosos de la tierra].

²¹TL., in textu: *nimium* [mss. A.,B.,F., *vehementer*]; Vlg., *vehementer*.

cuarenta y seis años [Jn 2,20]. Pero, entendiéndolos en sentido alegórico, los antiguos tomaron estos años en lugar de días, que multiplicados por seis –número perfecto– hacen un total de doscientos setenta y seis días, el tiempo que nuestro Señor estuvo en el seno virginal a semejanza del género humano, es decir, desde el día octavo de las calendas de Abril hasta el octavo de las calendas de Enero. Con razón, todo este salmo se entiende referido, de manera particular, a Cristo el Señor, porque incluso su mismo número –considerado en la manera que acabamos de explicar– se ajusta adecuadamente al misterio de su concepción y nacimiento.

SALMO CUARENTA Y SIETE

Salmo del cántico para los hijos de Coré. Segunda del sábado¹.

[*Psalmus cantici filii Core secunda sabbati*].

Ya ofrecimos, en el prefacio, la explicación de las palabras **salmo del cántico**. También hemos hecho ya frecuente referencia a los **hijos de Coré**. Veamos, pues, ahora cuál pueda ser el significado de la expresión: **Segunda del sábado**. Por **sábado** debemos entender la Sinagoga, es decir, la asamblea de los judíos, para la observancia religiosa de ese día de la semana. Pero la palabra **segunda** hace referencia a la Iglesia católica. Por tal razón, todo lo que se dice en este salmo viene referido a los sacerdotes, con vistas a la instrucción de los pueblos cristianos. En efecto, no cabe duda alguna de que como tales pueblos cristianos podían ser considerados los hijos de la cruz, los cuales bien sabemos que, ciertamente, eran los segundos, después de la Sinagoga.

División del salmo

Debiendo el pueblo devoto ser instruido en la fe y en la observancia de los diferentes grados de la Iglesia, con razón, las palabras de este salmo son dadas a los piadosos sacerdotes, los cuales, en la primera parte, alaban al Señor por haber ensanchado su Iglesia y mostrado el poder de su Majestad a la vista de todos los reyes de la tierra. En la segunda, dan gracias por la venida del Señor, aconsejando a los futuros responsables eclesiales que distribuyan los ministerios en la Iglesia, por medio de los cuales el Señor Dios y Salvador, que guarda a sus siervos con protección eterna, pueda ser conocido.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Grande es el Señor y digno de alabanza en extremo; en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo** [*Magnus Dominus et laudabilis nimis; in civitate Dei nostri, in monte sancto eius*]. Se ha de considerar cómo estas palabras van ascendiendo por medio de ciertos grados dispuestos de manera admirable. Esta figura retórica recibe el nombre de *emphasis*. Dice, primero: **Grande es el Señor**. Añade: **Y digno de alabanza**. Pero, para que no vayas a pensar que esto se ha de hacer de forma moderada, apostilla: **En extremo**, porque no tiene término ni fin, sino que siempre aumenta por su propia persistencia. En efecto, es *grande*, porque hizo con poder todas las cosas. *Digno de alabanza*, porque todas las hizo hermosas y admirables. Mas no fue suficiente, con

¹Véase lo dicho en el comentario al título del salmo veintitrés.

todo, haber dicho que Dios Padre *había de ser alabado en extremo*, sino que era necesario decir también dónde había de ser alabado, esto es: **En la ciudad de nuestro Dios**, o sea, en la Iglesia católica. ciertamente, pues hay también una ciudad, que no es de nuestro Dios, cual es aquella Babilonia del diablo, donde Dios no es adorado, antes al contrario, donde es ultrajado con execrable demencia. Por tal razón, forzosamente se tenía que precisar el lugar donde se había de alabar al Señor, con objeto de que nadie pudiese pensar que debía de ser proclamado entre las supersticiones de los herejes o en medio de la antigua Sinagoga. Pero, para que tampoco abrigaras duda alguna sobre dónde había sido establecida la mencionada Iglesia, dice: **En su monte santo**. Ahora bien, el *monte santo* es Cristo el Señor, fundamento y culmen de su Iglesia. Este monte santo es aquél del que dice el profeta Daniel: *Creció la piedra y se hizo un monte, de manera que llenara toda la faz de la tierra* (Dan 2,35). Consideremos que aquí la expresión: *Grande es el Señor* hace referencia, ciertamente, al Padre. Ahora bien, tampoco la grandeza del Hijo es silenciada, como acerca de Él dice el Apóstol, en su carta a Tito [159]: *Esperando la feliz esperanza y la venida del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo* [Tit 2,13]. *Grande* se lee que es también el Espíritu Santo, como está escrito en el libro de los Reyes. Dice el Señor a Elián: *He aquí que pasará el Señor, y el Espíritu grande y fuerte* (1Re 19,11). Que se avergüence la insana persuasión de los arrianos. ¿Quién es –pregunto– menor, pues se lee que grande es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?.

Verso 2.– **Dilatando alegrías para toda la tierra² el monte Sion; los lados del Aquilón³, la ciudad del gran Rey** [*Dilatans exsultationes⁴ universae terrae mons Sion, latera aquilonis civitas Regis magni*]. Y, para que no creas que el monte, antes mencionado, es solamente un monte situado en un lugar determinado, dice que éste proporciona alegrías a toda la tierra. ¿Cuál es, pues, este monte, sino Cristo el Señor, que pudo **dilatar**, por medio de la Iglesia universal, las más saludables alegrías?. Toma aquí la palabra **tierra** en sentido positivo. Con ella, en efecto, se hace referencia a los justos, que consiguen los premios abundantes y eternos. Pero, como muchas veces se ha dicho, el **monte Sion** designa a la Iglesia, que –como el mismo nombre indica– está llena de la virtud contemplativa. Por otra parte, mediante la expresión: **Los lados del Aquilón** se significan los pueblos infieles, en los que la iniquidad del diablo reinaba. En efecto, el mismo diablo dijo: *Pondré mi sede al Aquilón, y seré semejante al Altísimo* (Is 14,13). Pero, puesto que los pecadores, a quienes el diablo tenía subyugados, obtuvieron –por la misericordia de Dios– la gracia de la conversión, el *monte Sion* y *los lados del Aquilón* –es decir, la nación de los judíos y los pueblos de la gentilidad– pasaron a ser ahora la **ciudad del gran Rey**, esto es, la Iglesia católica, que está formada por pueblos procedentes de todas las partes del mundo. Ella –la Iglesia– es la **segunda del sábado**, que se menciona en el título. Ciertamente, también los príncipes de la tierra reciben el nombre de *reyes*, pero con el título de **gran Rey** sólo uno puede ser llamado, en verdad, y éste es el único Dios. Y así, la imagen del *Monte de Sion*, junto con las expresiones que la acompañan –*los lados del Aquilón, la ciudad del gran Rey*– nos ofrece la figura literaria llamada *exergasia*, es decir, cuantas veces una cosa se propone brevemente y viene explicada, después, con más precisión y amplitud.

²Hebr., יְפֵה נֹחַ מְשֻׁשׁ כָּל־הָאָרֶץ [De hermosa elevación, alegría para toda la tierra]. Los LXX leen: εὖ ῥιζῶν ἀγαλλιάματι πάσης τῆς γῆς [De hermosas raíces, para júbilo de toda la tierra]. Vlg. traduce: *dilatans*, porque, en lugar de εὖ ῥιζῶν, tal vez, leyó εὐρύνον [ensanchando, dilatando].

³Así –*los lados del Aquilón*– era llamada la parte septentrional de la ciudad de Jerusalén, en donde está el monte Moría y sobre él el templo, frente al monte Sion, que está al mediodía.

⁴TL., *dilatans exsultationes*; Vlg., *fundatur exultatione*.

Verso 3.— **Conocido será Dios en los grados de ella, cuando la acoja** [*Deus in gradibus eius dignoscetur*⁵, *dum suscipiet eam*]. Se muestra el tiempo futuro del aquel gran juicio, en el que el Señor, acogiendo a su Iglesia, **en los grados** – o sea, en sus miembros más santos y probados– Él mismo **será conocido**. En efecto, su potencia y su virtud serán manifestadas, cuando, por la misma generosidad divina, la Iglesia se muestre ofreciéndole sus miembros bienaventurados, en el momento aquel en que el pueblo santo –conforme a los grados de los méritos– sea colocado a su derecha, como dice el Apóstol: *Una estrella difiere de otra estrella en claridad, así será también la resurrección de los muertos* (1Cor 15,42). Entonces es, ciertamente, cuando la Iglesia es acogida en la bienaventuranza eterna: cuando le sean concedidos los gozos eternos. Allí *Dios es conocido*. Es decir, su potencia y su virtud se hacen manifiestas, cuando –según grados distintos– da a su Iglesia premios tales que nunca perecerán por haberse agotado. En efecto, se vive aquí por la fe aquello que es contemplado allí cual verdaderamente es [1Jn 3,2].

Verso 4.— **Porque he aquí que los reyes de la tierra se congregaron y se reunieron en un solo** [*Quoniam ecce reges terrae congregati sunt, et convenerunt in unum*]. Éstos son *los lados del Aquilón*, anteriormente mencionados, pues –aunque habían contra Dios con ánimo conspirativo– muchos de ellos, sin embargo, creyeron. En este caso, la expresión: **Reyes de la tierra** se refiere a los principales judíos, a los que hizo venir Herodes, para conocer de ellos el lugar donde habría de nacer Cristo el Señor. Ellos, de conformidad y por unanimidad, le respondieron que, según estaba escrito, sin lugar a duda, había de nacer en Belén de Judá (Mt 2,5). **Se congregaron**, por tanto, para decir qué pasaje de las santas Escrituras leyeron [Miq 5,1]. **Se reunieron en uno solo**, porque todos afirmaron lo mismo.

Verso 5.— **Viendo ellos, se admiraron entonces, se conturbaron y se conmocionaron** [*Ipsi videntes tunc*⁶ *admirati sunt, conturbati sunt, et commoti sunt*]. **Ellos**. Se refiere a los judíos, que dijeron a Herodes que el Señor había de nacer en Belén. **Vieron**. En efecto, vieron que se realizaba todo cuanto había sido profetizado⁷. Y necesario era que de gloria tan grande naciese la **admiración**. Pero tal admiración no fue leve, no fue ociosa. **Se conturbaron**, porque se sabían pecadores. **Y se conmovieron**, porque merecieron tener noticia de tan gran Majestad. En efecto, decimos que se han conmovido aquéllos de quienes también atestiguamos que han creído.

Verso 6.— **El temblor los aprehendió allí; dolores como de la que está de parto** [*Tremor apprehendit eos ibi; dolores sicut*⁸ *parturientis*]. A la perfección se ha mantenido el orden de sucesión de los hechos. Dicen, en primer lugar, que *han visto*; después, que *se han conturbado* y, finalmente, que *se han sentido sacudidos por el temblor*. Es, en efecto, la misma vehemente agitación, que conduce a los hombres al temblor, porque es inevitable que se sienta gravemente alterado el ánimo de aquél, de cuyo cuerpo se haya apoderado tan gran pavor. Y no sólo esto fue suficiente para asunto tan grande, sino que inmediatamente vino detrás la penitencia, donde los **dolores** hacen sufrir como a **las que están de parto**. En efecto, grave es el dolor anunciado a las mujeres, a causa del castigo del pecado [Gén 3,16]. Pero, puesto que hemos escuchado *las que están*

⁵TL., *in gradibus eius dignoscetur*; Vlg., *in domibus eius cognoscetur*.

⁶TL., *tunc*; Vlg., *sic*.

⁷TL., *in textu: prophetata* [ed., *in propheta*].

⁸TL., *sicut*; Vlg., *ut*.

de parto, consideremos, por ello, que el fruto había de nacer de una humilde confesión [Lc 1,38].

Verso 7.– **Con espíritu vehemente⁹ destrozará las naves de Tharsis** [*In spiritu vehementi conteres naves Tharsis*]. Se expone el acto mismo del nacimiento del Señor. En efecto, según la opinión de algunos, el **espíritu** era **vehemente**, cuando Herodes –preocupado por su reino– envió a los Magos a que vieran al Rey, que había nacido, y –tras haberlo conocido– volvieran a comunicárselo a él. Pero, al no regresar los Magos a su presencia (Mt 2,8.12), necesariamente hubo de sentirse agitado por un *espíritu vehemente* y ordenar **destrozar las naves** en Tarso de Cilicia, naves que –según creía– habían devuelto secretamente a los Magos a su propio país¹⁰. Esto es lo que suelen hacer los reyes intrigantes: cuando no pueden cumplir sus deseos, discurren cómo dañar y atormentar a los humildes. Observa con atención cuán grande ha sido el crecimiento de esta narración: con qué principio tuvo comienzo y hasta qué extremo ha llegado.

Verso 8.– **Como oímos, así también vimos en la ciudad del Señor de los poderíos, en la ciudad de nuestro Dios** [*Sicut audivimus, ita et vidimus¹¹ in civitate Domini virtutum, in civitate Dei nostri*]. Una vez referidas cuantas cosas sucedieron en la natividad del Señor Salvador, sigue la conclusión adecuada, a saber: que *fue visto tal y como previamente había sido profetizado*. De hecho, el adverbio **así** ha expresado puntualmente la fidelidad de los acontecimientos, porque da constancia de que todo había sucedido exactamente tal como había sido prometido. Añade: **En la ciudad del Señor de los poderíos**, donde es escuchado aquello que es verdadero y donde es visto todo lo que es prometido. Se repite: **En la ciudad de nuestro Dios**, a fin de que entiendas que se trata de la única Iglesia católica, de manera que este nombre no lo reclamen también para sí los conventículos de los herejes.

Verso 9.– **Dios la fundó en eterno** [*Deus fundavit eam in aeternum*]. Para que no creas que esta *ciudad de Dios* es como una ciudad terrena, dice que la Iglesia –la única que verdaderamente es llamada *ciudad de Dios*– está fundada **en eterno**. Gócese los cristianos y alégrense con toda exultación de espíritu, al escuchar que el Señor ha fundado aquella ciudad, en la que no dudan que ellos pueden establecerse firmemente. En efecto, aunque son sacudidos todavía por las turbulencias de este mundo, a justo título, no es de temer aquello que se sabe que es transitorio, como dice el Apóstol: *No hay proporción entre los sufrimientos de este tiempo y la gloria que será revelada en nosotros* (Rom 8,18).

Verso 10.– **Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo** [*Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui*]. Han llegado los piadosos sacerdotes a la segunda parte, donde exultan con gran alegría de corazón. A la expresión: **Hemos recibido** no se le ha de dar un sentido general, ya que no todos creyeron, sino que debe referirse solamente a los católicos [160], que guardaron sus mandamientos. Llaman **misericordia** a Cristo el Señor, que se apiadó de este mundo descarriado y que sólo para esto quiso ser visto: para que todo creyente pudiese ser liberado. Nombre adecuado, promesa segura es que reciba el nombre de *misericordia* Aquél que,

⁹Hebr., בְּרוּחַ קָדִים [En viento oriental], o solano, que es un viento impetuoso por aquellos países. Los LXX: ἐν πνεύματι βιαίῳ [Con un viento fuerte].

¹⁰Curiosa e ingenua explicación ésta de Casiodoro. S. Agustín dedica un buen número de líneas a esta expresión –naves de Tarsis–, pero en ningún momento habla de la huida, en ellas, de los magos de Oriente.

¹¹TL., *audivimus, ita et; Vlg., audivimus sic.*

con toda verdad, es llamado también Salvador y Redentor. Mediante las palabras: **En medio de tu templo**, quieren que se entienda la *Sinagoga*, a la que había venido a liberar. Pero, al rechazar aquel pueblo la fe, llamados en su lugar los gentiles, recibieron éstos los dones de la *misericordia*. Se ha dicho: *En medio del templo*, para inculpar, con mayor gravedad, la improbidad de los no creyentes, que desdeñaron seguir a Aquél que se había manifestado a los ojos de ellos mismos.

Verso 11.– **Según tu nombre, oh Dios, así también tu alabanza hasta los confines de la tierra; de justicia está llena tu derecha** [*Secundum nomen tuum, Deus, ita et laus tua in fines terrae; iustitia plena est dextera tua*]. En todo el orbe de la tierra ha de ser adorado, sin duda, el **nombre de Dios**. Es cierto que algunos pueden desconocer cómo se le debe rendir culto; sin embargo, nadie hay que considere no estar sujeto a este nombre. Dicen, por tanto, lo siguiente: Así como por todo el orbe terrestre se dilata la veneración de tu nombre, así también en la Iglesia, que está extendida por el mundo entero, se te ofrece el culto de alabanza. Sigue: **De justicia está llena tu derecha**. Significa esta expresión el lugar donde éstos han de ser colocados. Ciertamente, vienen a su **derecha** todos aquéllos que han conseguido los premios eternos. Por ello, pues, *su derecha está llena de justicia*: porque son recibidos en aquella parte los que, por beneplácito suyo, merecieron ser justificados.

Verso 12.– **Alégrese el monte de Sion y exulten las hijas de Judá, por tus juicios, Señor** [*Laetetur mons Sion, et exsultent filiae Iudae, propter iudicia tua, Domine*]. Mediante la expresión: **Monte de Sion** se entiende la Iglesia católica, que –por el significado del nombre de dicho monte– está constituida en contemplación del pueblo. Se desea que ésta **se alegre**, porque, en razón de su propio ministerio, recibirá los premios eternos. **Las hijas de Judá** son todas las santas mujeres. En efecto, por medio del nombre de **Judá** se presenta la estirpe de las santas mujeres, a causa de Cristo el Señor, que desciende de esa misma tribu, según la carne. Y piden que éstas **exulten**, para mostrar así que la Iglesia del Señor debe gozarse en uno y otro sexo. Añaden: **Por tus juicios, Señor**. Ésta es, en efecto, la gran causa de la alegría: exultar por los juicios del Señor, allí donde saben que han de llegar a la felicidad eterna.

Verso 13.– **Dad vueltas en torno a Sion y abarcadla; narrad en sus torres** [*Circumdate Sion, et complectimini eam; narrate in turribus eius*]. Tras haber dado los piadosos sacerdotes las oportunas recomendaciones a uno y otro sexo, llegan a los estamentos eclesiásticos, que rodean con afectuosa dedicación la casa de Dios. Dicen: **Rodead**. Este verbo hace referencia a los honores que se han de dar. **Abrazad**, expresión que se refiere a la caridad, que abraza el nombre del Señor en el regazo del corazón. Añaden: **Narrad en sus torres**, es decir, que no cesen en su oratoria religiosa los que son obedientes a los ordenamientos santos. Y, pues la Iglesia es la ciudad de Dios, las **torres** –las alturas y fortificaciones– están en ella adecuadamente dispuestas contra los herejes enemigos. Pero, puesto que aconsejaban **narrar** a los incrédulos, que vivían fuera de la Iglesia, dicen que se ha de predicar no desde las casas o desde los pórticos, sino desde las altas torres, lugar desde donde el pueblo de la parte de fuera pueda escuchar.

Verso 14.– **Poned vuestros corazones en su fortaleza, y distribuid sus grados, para que lo contéis en otra generación** [*Ponite corda vestra in virtute eius, et distribuite gradus¹² eius; ut*

¹²TL., *gradus*; Vlg., *domos*.

enarretis gradus eius in progenie altera]. Para que las almas de los fieles, al escuchar la justicia y la exultación, no se ablanden por relajación de ninguna clase, dicen que **los corazones se han de poner en la fortaleza** de la Iglesia, o sea, en la caridad, virtud más excelente que cual no hay otra, como dice el Apóstol: *Mas permanecen la fe, la esperanza, la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas, la caridad* (1Cor 13,13). Ahora bien, **distribuye los grados** de la Iglesia el que dispone sus oficios, según distintos órdenes. En efecto, en ella están los lectores, los subdiáconos, diáconos, presbíteros, obispos. Así, aun cuando la Iglesia sea una sola, contiene, sin embargo, ministerios diferentes, dotados de diversidad de honores. Los piadosos sacerdotes recuerdan, por tanto, que tales servicios deben **ser distribuidos**, de manera que –por su medio– las maravillas del Señor puedan ser anunciadas **en otra generación**. Las palabras **otra generación** indican, ciertamente, al pueblo cristiano, el cual ocupa el segundo lugar, después del pueblo hebreo, que es el que primeramente eligió el Señor.

Verso 15.– **Porque éste es Dios, Dios nuestro en eterno, y por el siglo del siglo; Él nos regirá por los siglos**¹³ [*Quoniam hic est Deus, Deus noster in aeternum, et in saeculum saeculi; ipse reget nos in saecula*]. Esto es lo que, por medio de los ministerios eclesiásticos –igual que sucede hoy– quisieron narrar al pueblo fiel. La sentencia: **Éste es Dios, nuestro Dios** –ciertamente, breve, pero que lo abarca todo– significa a Cristo, al que muestra, señalándolo con el dedo, como al que está presente. Esta figura es conocida con el nombre de *idea*, en latín, *species*, es decir, cuando, presentando algo futuro –como si lo tuviéramos delante de los ojos– provocamos una reacción del espíritu. En efecto, **éste** es un pronombre demostrativo, que se suele utilizar, cuando, con la mano extendida, se quiere señalar a alguien. Aquí, se señala, pues, a Aquél que también quiso darse a conocer a los ojos carnales. De modo parecido, dice el profeta Baruc: *Éste es nuestro Dios, y no se estimará otro fuera de él* (Ba 3,36). Sigue: **En eterno, y por el siglo del siglo**. Esto se ha decir contra aquéllos que, en vano, soñaban que hombres temporales eran dioses para ellos Marte, Mercurio, Saturno y todas los demás nombres que, más que dioses, se los debería llamar ficciones. Afirman, pues, que ha ser proclamado el Dios inmortal, sempiterno, cuyo poder no tiene fin: Cristo el Señor, que continuamente protege y defiende a los que creen en Él. Dice, además: **Él nos regirá por los siglos**. Nos regirá a nosotros, ciertamente, porque Él, nuestro Rey –de manera propia y verdadera– es llamado Cristo. Las palabras **en el siglo** significan una cosa que no conoce fin, porque, si no se separan de Él, Él guarda con gloriosa perpetuidad a los que ha recibido, para que **sean regidos**.

Conclusión del salmo

Resonaron para nosotros paternas y sacerdotales palabras, de manera que, impelidos de todos los lados, merezcamos ser conducidos al sendero recto. ¡Cuánto te has cuidado, oh Rey bueno, de los hombres, a los que tan variada medicina de prescripciones te has dignado ofrecer!. No quieres decir –de una vez y para siempre– que no te resignas a ignorar la humanidad. Por todas partes amonestas, por todas partes enseñas y, por medio de personas escogidas, haces que se pregone nuestra fe, a fin de que el lugar de la ignorancia desaparezca por completo. Con razón, dice tu santo

¹³Hebr., על-מורת [*hasta la muerte o mientras vivamos*]. Pero, si las dos palabras hebreas anteriores se las leen unidas, על-מורת, según la diversa puntuación, pueden significar *doncellas, vigor juvenil*, etc., posibilitándose así la traducción: *Él nos regirá como en juventud*, esto es, con firmeza y valentía, porque, en la juventud es cuando están las fuerzas en su pleno vigor. Los LXX traducen por εἰς τοὺς αἰῶνας [*por los siglos*]. De ahí Vlg. *in saecula*.

Job: *¿Qué haré para ti, oh guardián de los hombres?* (Job 7,20). Tú nos adviertes sobre lo que debemos procurar; tú nos das aquello que, por nosotros mismos, no podemos merecer.

SALMO CUARENTA Y OCHO

Para el fin. Para los hijos de Coré. Salmo

[*In finem filiis Core psalmus*]

Como muchas veces se ha dicho, las palabras de este título conducen todas ellas a Cristo Salvador. En efecto, por las palabras **para el fin** es significado; por la expresión **Hijos de Coré** se explica quién es; por el vocablo **salmo**, sin duda, es anunciado [161], de manera que realmente sintamos que se va a escuchar la voz de Aquél, cuya brillante palabra, mediante tantos indicios, se nos promete.

División del salmo

Todas las palabras del salmo son del Hijo todopoderoso. En la primera parte, dice de qué cosas va a hablar o qué va a ofrecer a los fieles en el tiempo de su encarnación. En la segunda, recuerda a los necios e ignorantes cuántas cosas van a suceder. En la tercera, anuncia qué va a corresponder a los justos y qué a los impíos. En la cuarta, exhorta a los fieles a que no teman a los poderosos de la tierra, porque, junto con la luz, abandonan enteramente su poder.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Escuchad estas cosas, todas las gentes; percibid con los oídos todos los que habitáis el orbe** [*Audite haec, omnes gentes; auribus percipite, omnes qui habitatis orbem*]. Se exhorta a la gente, en general, a que se acerque –sin distinción alguna– a **escuchar**, porque Dios, que es bueno y no tiene acepción de personas, no quiere beneficiar sólo a unos pocos, despreciando indolentemente a aquellos otros, que también lo buscan con sincero corazón. A continuación, puesto que tal misterio de la encarnación del Señor debía de ser oído por el mundo entero, el beneficio universal exigía, ciertamente, no menos que una escucha general. Sigue diciendo: **Percibid con los oídos todos los que habitáis el orbe**. Se les recuerda aquí –ya más encarecidamente– que acojan las palabras con sincero espíritu religioso y las guarden en lo recóndito de su memoria. Por **gentes** entendemos, ciertamente, los paganos; pero por **habitantes del orbe**, los cristianos y justos, que saben que el orbe de la tierra se ha de habitar de suerte tal que no se hallen ellos envueltos en los abominables errores de aquéllos. Y considera cómo el buen Maestro suscitó los deseos de todos a escuchar, pues Él, sin provecho personal alguno, quiso hacerse reo a sí mismo. Los retores, trasladando este hecho a su propia actividad profesional, consiguen que los jueces extremen aún más su atención, al asegurar que se disponen a decir algo nuevo o –al menos– algo de gran importancia.

Verso 2.– **Todos los nacidos de la tierra y los hijos de los hombres¹, el rico a una con el pobre** [*Quique terrigenae, et filii hominum; simul in unum dives et pauper*]. Persevera todavía el Señor en su deseo, esto es: que todos se reúnan, para escuchar, de manera que nadie crea que cuanto ahora va a decir es algo de lo que no merece la pena enterarse. Es necesario que por **hijos de la tierra** entendamos aquí a los pecadores, que van en pos de los vicios terrenales. Y, con razón, éstos son considerados en relación con Adán, el primer hombre, porque consta que no éste fue hijo nacido de hombre, sino que él mismo fue el primer hombre. Contrario a esto es lo que dice a continuación: **Hijos de los hombres**. En efecto, tal expresión debemos entenderla como referida a los justos, que participan de la condición de Cristo, pues también el mismo Cristo es llamado *Hijo del hombre*. Y recuerda que este *hijo de los hombres* siempre viene opuesto a *Adán*. Y con razón, porque aquello que por Adán pereció, por la venida de Cristo fue salvado. Sigue: **El rico a una con el pobre**. He aquí que ha brillado –esplendorosa– la promesa anteriormente anunciada. En efecto, la expresión: *El rico a una con el pobre* se aplica a Cristo el Señor. Es **rico**, porque es Dios; **pobre**, porque es hombre, como dice el Apóstol: *Acuérdate de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por vosotros se hizo pobre, aun siendo rico, de manera que por su pobreza vosotros os enriquezcáis* (2Cor 8,9). Justamente, pues, tan grandes son las promesas como tan principales y saludables las palabras que vienen a continuación. Antes de continuar, he aquí un breve resumen explicativo de las cosas dichas anteriormente: el vocablo *rico* se refiere al *nacido de la tierra*, porque su opulencia se debe a sus numerosos pecados; la palabra *pobre* corresponde a los *hijos de los hombres*, porque son pobres, durante el transcurso² de este mundo, para conseguir así plenamente las riquezas futuras, como en el Evangelio está escrito: *Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,3).

Verso 3.– **Mi boca hablará la sabiduría; y la meditación de mi corazón, la prudencia** [*Os meum loquetur sapientiam, et meditatio cordis mei prudentiam*]. Desarrolla lo que más arriba propuso, es decir: no hablar de la sabiduría humana, sino de la sabiduría y prudencia divinas, o lo que es lo mismo, de Cristo el Señor, del cual dice el Apóstol: *Pero nosotros anunciamos a Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios* (1Cor 1,24). Atestigua también Salomón conocer la sabiduría y la ciencia, y entender las palabras de la prudencia (Prov 1,2). La **sabiduría** concierne a la revelación de los misterios divinos; la **prudencia**, a la instrucción en las normas de vida, dignas de toda aprobación. Se declara, de este modo, que toda palabra divina rebosa de estas dos virtudes. En efecto, de aquí toma su narración el punto de partida. Describe, primero, con exposición admirable, cuáles son sus palabras, de manera que todos busquen –ansiosos– aquello que con preámbulo tan elogioso ven que ha sido anunciado.

Verso 4.– **Inclinaré mi oído a la semejanza, abriré en el salterio mi proposición³** [*Inclinabo in similitudinem⁴ aurem meam, aperiam in psalterio propositionem meam*]. Tras haber dicho el veraz predicador que la virtud de su elocuencia se contiene en estas dos insignes cosas,

¹Hebr., גַּבְרֵי אָדָם וְגַבְרֵי אֶרֶץ [Así los hijos de Adán como los hijos de varón], es decir, tanto plebeyos como nobles. Los LXX: οἱ τε γηγενεῖς καὶ οἱ υἱοὶ τῶν ἀνθρώπων [tanto los nacidos de la tierra como los hijos de los hombres].

²TL., in textu: *in vita* [ed., ambitu].

³Hebr., חִידָתִי [mi enigma], es decir, un discurso lleno de graves sentencias. Los LXX: τὸ πρόβλημα μου [mi cuestión].

⁴TL., in similitudinem; Vlg., in parabolam.

refiriéndose ahora al modo en que el género humano puede recibir sus preceptos, ha prometido **inclinarse el oído**, para conocer, de este modo, si el pueblo devoto lleva a la práctica el contenido de su predicación. Pero fíjate en que el piadoso Maestro ha hablado de **semejanza**. Efectivamente, la *semejanza* es algo así como una imitación de la realidad, con objeto de que realicemos, con piadosa emulación y con la ayuda de Dios, aquello que –a modo de ejemplo– nos ha sido dado. Pero, a fin de que todos se sintiesen saludablemente invitados a cumplir sus mandatos, dice el serenísimo instructor que **abre en el salterio su proposición**, es decir: que va a proclamar los preceptos de su propia Divinidad, mediante la santidad de su propio cuerpo, en modo de impartir su enseñanza no tanto con la palabra cuanto con el ejemplo. El **salterio** es –como varias veces ya se ha dicho– una hermosa *semejanza* del cuerpo del Señor, pues así como el salterio resuena desde lo alto, así también la encarnación del Señor celebra los mandamientos celestiales.

Verso 5.– **¿Por qué temeré en el día malo? La maldad de mi calcañar me rodeará** [*Utquid⁵ timebo in die mala? Iniquitas calcanei mei circumdabit me*]. Este verso se ha de leer como una pregunta, seguida de la respuesta apropiada, pues afirma que todo cuanto anuncia para el futuro viene a acontecer sin temor alguno por su parte. Esta figura recibe el nombre de *peusis* y *apocrisis*, cuando, hecha previamente una pregunta, le sigue la respuesta adecuada. Dice, en efecto: **¿Por qué temeré**, es decir: ¿Por qué un receloso pensamiento me va a turbar?. **En el día malo**, o sea, en el día de la pasión, que mal día fue para los judíos, pero bueno para los fieles. En efecto, debe temer el fin de la vida aquél que es mordido por el recuerdo de los pecados. Pero Cristo, que en modo alguno había conocido el pecado, tampoco podía tener miedo ninguno a la muerte. Dice, por tanto: *¿Por qué temeré en el día malo?. ¿Acaso la maldad de mi calcañar me rodeará?*. Cosa que suele suceder al pecador, de quien los últimos momentos de su vida terminan por cerrarse en un funesto final. Otros, sin embargo, fueron de la opinión de que, en razón de la excelencia de la santa encarnación, esto se debería de entender con relación no a Cristo, sino, más bien, a los cristianos⁶.

Verso 6.– **Los que confían en su propio poder; los que se glorían en la abundancia de sus riquezas** [*Qui confidunt in virtute sua; quique⁷ in abundantia diivitiarum suarum gloriantur*]. Lo dicho en este versículo está en dependencia del versículo anterior, particularmente, en lo que se dice con referencia a aquellos tales que son rodeados por la iniquidad del calcañar. En efecto, se glorían **en su poder** los que **confían** en alguna cualidad de su propia persona, como –por ejemplo– los que destacan por su fortaleza física, los que sobresalen por su robustez de ánimo o facilidad de palabra [162]. Pero, después de haber hablado de las imputaciones que proceden de dentro, pasa a hablar de las riquezas que vienen de fuera, que son las que, principalmente, hacen que el hombre se engría. Es cosa rara, en efecto, que el rico entienda que su suerte es común a la de los pobres. Y necesario es que estos tales, que no quieren separarse de las cosas mundanas, tengan miedo del final y –testigo de ello la conciencia– sientan horror del castigo que sus pecados merecen.

Verso 7.– **¿El hermano no redime! Redimirá el hombre⁸; no dará a Dios su propiciación**

⁵TL., *utquid*; Vlg., *cur*.

⁶Ésta parece ser la opinión de S. Agustín.

⁷TL., *sua quique in*; Vlg., *sua et in*.

⁸Hebr., *אִם לְאֶפְדָּה יִפְדֶּה אִישׁ לְאֶחָיו לְאֱלֹהִים כְּפָרוֹ* [*Nadie rescatando rescatará al hermano, no dará a Dios un rescate*], es decir, nadie, por más rico que sea, podrá librar de la muerte al hermano, ofreciendo a Dios un rescate. El texto hebreo, pues, no plantearía ningún problema. Pero los LXX traducen: ἀδελφός οὐ λυτροῦται

[*Frater non redimit! Redimet homo; non dabit Deo placationem suam*]. Después de haber hablado de los pecadores, cuya iniquidad rodea el calcañal, pasa al eximio género de la curación. Y también esto se ha de leer en sentido de admiración: **¡El hermano no redime!**: Se refiere a Cristo el Señor, que en el Evangelio dijo: *Id, anunciad a mis hermanos* (Mt 28,18). Y en el salmo: *Contaré tu nombre a mis hermanos* (Sal 21,23). Si no redime el que derramó su sangre preciosa, ¿podrá redimir el hombre –Adán–, que por el pecado de su transgresión hirió de muerte al género humano?. **No dará a Dios su propiciación**. Dice: **No dará**, expresión propia de alguien que niega algo, porque ninguna oblación, ningún hecho propiciatorio puede contrapesar la redención que Dios ha tenido a bien concedernos.

Verso 8.– **Ni el precio de la redención de su alma; y trabajará en eterno** [*Nec⁹ pretium redemptionis animae suae; et laborabit in aeternum*]. La parte primera de este verso vuelve a tomar en consideración lo dicho anteriormente: que el hombre liberado *no dará a Dios su propiciación, ni el precio de la redención de su alma*. El **precio** es, en efecto, la compensación de alguna cosa. Pero, ¿qué dará el hombre como precio, él que todo cuanto puede ofrecer es lo que anteriormente ha recibido?. Sigue: **Y trabajará en eterno**. Dice esto con referencia a los fieles que, aunque no puedan pagar el *precio de la redención de su alma*, se fatigarán, con todo, sin descanso, intentando realizar cuanto le sea provechoso, para conseguir los premios de la vida eterna.

Verso 9.– **Y vivirá para el fin, porque no verá la muerte**¹⁰ [*Et vivet in finem¹¹, quoniam non videbit interitum*]. Continúa hablando de los que *trabajan en eterno*, pues éstos, **viviendo en el fin**, esto es, en el Señor Salvador, **no verán la muerte**, porque, aunque mueran corporalmente, son enriquecidos con el don de la vida eterna. Es opinión de otros que estos versos deban aplicarse a los pecadores. Éstos dice así: *Trabajan en eterno* los que serán condenados con el castigo perpetuo; *vivirán* en este mundo *en el fin*, los que se entregan a los excesos mundanos con exasperada libertad¹². Por ello, serán los lectores quienes decidan qué camino se ha de elegir. Por nuestra parte, hasta aquí hemos considerado con todo cuidado cuanto se ha dicho con referencia a los fieles. Escuchemos ahora cuántas son las cosas que deberán sufrir los malvados.

λυτρώσεται ἄνθρωπος [*Un hermano no es rescatado, redimirá un hombre*]. Tal traducción, leída así, no parece tener mucho sentido. Por consiguiente, si se lee sin interrogación, la negación del primer miembro deberá repetirse en el segundo, de la siguiente manera: *Un hermano no es redimido, no será redimido un hombre*. Pero no será necesaria tal cosa, siempre que, en la segunda parte de la frase, se emplee el signo de interrogación, para obtener el siguiente sentido: *Si ni siquiera un hermano es rescatado, ¿acaso lo será cualquier hombre?*.

⁹TL., *Nec; Vlg., et*.

¹⁰El texto hebreo dice así: וַיִּקֶר פְּדִיּוֹן נַפְשׁוֹ וְהָרַג לְעוֹלָם [y muy costosa la redención de su alma; y desistirá para siempre]. Sigue: וַיְהִי עוֹד לְנֶצַח לֹא יִרְאֶה הַחַיָּת [y será todavía para perpetuidad no ver la corrupción]. Las traducciones anteriores son demasiado literales. Las interpretaciones al respecto son variadas. Véanse las siguientes de algunos autores modernos. KRAUS: *Demasiado caro es el precio para el rescate de su alma; tendrá que desistir de ello para siempre* (o.c., pág. 729). RAVASI: *Per quanto sia alto il prezzo del riscatto della vita, esso non sarà mai sufficiente, così da vivere per sempre e da non vedere la fossa!* (o.c., vol. 1, pág. 870). SCHÖKEL: *Es tan caro el precio de la vida, que nunca les bastará para vivir perpetuamente sin tener que bajar a la fosa* (o.c., pág. 686). Los LXX leen: καὶ τὴν τιμὴν τῆς λυτρώσεως τῆς ψυχῆς αὐτοῦ [Y el precio del rescate de su alma]. Véase la de Casiodoro.

¹¹TL., *et vivet in finem; Vlg., et vivet adhuc in finem*.

¹²Tal es la interpretación de S. Agustín, que en su comentario dice: *¿Y qué dijo el salmista de tal hombre? ‘Se fatigará por siempre y vivirá temporalmente. Sus trabajos no tendrán fin, pero su vida, sí. ¿Por qué dijo vivirá temporalmente? Porque éstos ponen el vivir en las delicias cotidianas...’, etc.*

Verso 10.– **Habiendo visto que los sabios mueren, juntamente el insipiente y el necio perecerán, y dejarán sus riquezas a extraños** [*Cum viderit sapientes morientes, simul insipiens et stultus peribunt, et relinquent alienis divitias suas*]. Llega al segundo momento de la instrucción, donde afirma que—a una con los sabios de este mundo— los pecadores perecerán y asegura que sus riquezas, tan intensamente amadas, no serán dejadas en herencia a los suyos, sino que irán a parar —y es lo que aún mayor tormento les causaba— a manos de herederos extraños, de manera que ni ellos ni sus más allegados podrán disfrutar de aquellos tesoros, por cuya posesión habían cometido toda clase de pecados, como dice Salomón: *En aquello en que pecaron no pudieron alegrarse*¹³ (Sab 10,8). En efecto, **habiendo visto** el pecador que los **sabios** de este siglo —tales como Solón el Ateniese, Filón de Lacedemonia, Aristipo y todos los demás, que fueron robustecidos por los más altos loores de la sabiduría mundana— no son librados de la muerte, sino que éstos, que eran considerados como partícipes de la sabiduría divina, conocen también la muerte como todos los demás, continúa diciendo: **Juntamente perecerán el insipiente y el necio**. En efecto, inevitable es que el insipiente y el necio mueran en la desesperación, al ver que sus más reconocidos sabios también conocen la muerte. Pero, a fin de que todas estas cosas podamos entenderlas en un sentido más espiritual, los **insipientes** son los que no quisieron encontrar descanso en las predicaciones de los profetas; pero, a justo título, se han de llamar **necios** los que tampoco quisieron recibir, en su venida, al mismo Cristo el Señor. Éstos, pues, **juntamente perecerán**, porque —en el juicio futuro— habrán de conocer su condena. Por su parte, los judíos **dejaron sus riquezas a extraños**, porque, despreciando al Señor Salvador, dejaron que pasaran a gentes extrañas los premios de la salvación, que estaban destinados a ellos.

Verso 11.– **Y sus sepulcros, sus casas en eterno; sus tabernáculos en generación y progeie invocarán sus nombres en sus tierras** [*Et sepulcra eorum domus eorum in aeternum; tabernacula eorum in generatione et progeie invocabunt nomina eorum in terris ipsorum*¹⁴]. Viene descrita ahora la pompa del entierro de los ricos, los cuales se edifican magníficos **sepulcros**, obra exquisita de grandes artistas. Vemos, en efecto, cómo refulgen ciertos mausoleos, hechos de mármoles preciosísimos, de tal suerte que aparezcan como casas eternas, construidas con moles de gran tamaño. Dichas estas cosas, pasa a considerar sus **tabernáculos**, que son apuntalados con abundante generosidad, a fin de que, a lo largo de **generaciones y progeies**, permanezcan en pie con imperecedera hermosura. Y no deja de mencionar el rito que, con fatua superstición, la gentilidad solía celebrar por sus familiares difuntos, cuando **invocan sus nombres en sus tierras** — en los sepulcros de los muertos— y creen que esto les sirve de provecho, porque renuevan su memoria.

Verso 12.–**Y el hombre, habiendo estado en honor, no entendió; comparado fue a jumentos ignorantes y semejante a ellos se hizo** [*Et homo, cum in honore esset, non intellexit; comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis*]. Sigue hablando todavía de los que florecieron, gracias a los honores de este mundo. En efecto, aun cuando el pecador esté **en honor**, mientras vive, pues lleva en sí la imagen de Dios, con razón, se dice que **no entiende** la grandeza de su dignidad, al hacer cosas tales que están en completa desarmonía con el mismo Creador. Sigue: **Comparado fue a jumentos ignorantes y semejante a ellos se hizo**. Se ofrece aquí un símil, que

¹³TL., in textu: *nec laetari* [ed., *laetare*].

¹⁴TL., *eorum in generatione et progeie invocabunt nomina eorum in terris ipsorum*; Vlg., *eorum in progeie et progeie vocaverunt nomina sua in terris suis*.

se acomoda perfectamente a los hombres necios, esto es: quienes no entienden que llevan la imagen de Dios, con toda razón, podrán ser comparados con jumentos ignorantes. Ciertamente, al no dar prueba de que su razón ha comprendido los decretos y mandatos del Señor, justamente la perdieron, en cuanto que se hicieron indignos de beneficio tan extraordinario. En efecto, quítese al hombre la atención de Dios y se convertirá, al punto, en un completo animal ignorante, presunción vacía y soberbia caduca. Pero, aunque la expresión anterior –*y el hombre, habiendo estado en honor, no entendió*– haga referencia a los mortales, también puede entenderse, en este caso, como referida a los ángeles prevaricadores, los cuales cayeron precipitados del cielo, porque tampoco ellos fueron conscientes de su propio honor, en cuanto que, llenos de soberbia, se alzaron contra su propio Creador. En efecto, también la palabra *hombre* se emplea en lugar de *diablo*, como en el Evangelio atestigua el Señor, allí donde dice: *El hombre que sembró la cizaña es el diablo* (Mt 13,39). Ésta es la décima forma de definición, a la que los griegos dan el nombre de ὡς τὸ πῶ, y los latinos la llaman *veluti* [como], cuando la naturaleza de una determinada cosa es tal que no sólo puede aplicarse al solo asunto del que se habla, sino también a otras cosas diferentes, como ya en el salmo treinta y cinco también leímos: *Salvarás a los hombres y a los jumentos, Señor* (Sal 35,6), porque el Señor no acostumbró a salvar sólo a éstos, sino también a los otros.

Verso 13.– **Este camino suyo, tropiezo para ellos mismos; y después con su boca bendecirán**¹⁵ [*Haec via illorum scandalum ipsis; et postea in ore suo benedicent*¹⁶]. Concluidas ya las enumeraciones, todas ellas vienen reunidas aquí, como granos dispersos, en un solo montón. En efecto, después de las cosas anteriores, se expresa ahora –como a modo de sentencia– lo siguiente: **Este camino suyo, tropiezo para ellos mismos**. Por **camino** debemos entender la vida por la que en este mundo caminamos, dejando tras de nosotros las huellas de nuestros actos. Pero qué suponga este camino para los malvados es algo que no se deja en silencio, pues dice: **Tropiezo para ellos mismos**. Es, ciertamente, *tropiezo* para los que transitan por ellos, o sea: aguijón y dolor. En efecto, nada hace por su seguridad [163] el pecador, a quien sus propias acciones le son causa de tropiezo. Sigue: **Y después con su boca bendecirán**. Se describe aquí la costumbre de los pecadores, según la cual, después de haber dado rienda suelta al deseo propio de una perversísima disposición, dan gracias a Dios, al instante, porque han obrado conforme a lo que Él quería. Ignorantes, hombres miserables donde los haya, pues –siendo Él el consejero– sólo se puede llegar a los más santos deseos. Pero éstos **bendecirán con la boca**, no con el corazón, sino con la boca, que es de donde, por lo general, proceden los sentimientos fingidos, como dice Isaías: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí* (Is 29,13).

Verso 14.– **Como ovejas fueron puestos en el infierno, y los ramoneará la muerte; y los justos los poseerán en la mañana** [*Sicut oves in inferno positi sunt, et mors depascet eos; et obtinebunt eos*¹⁷ *iusti in matutino*]. Llega a la tercera parte, donde dice que los justos y los impíos serán retribuidos, conforme a sus propios merecimientos. En efecto, a los pecadores, **puestos en el infierno, la muerte eterna los devora**. Pues, así como las ovejas se mantienen continuamente por la pérdida de su lana, así a aquéllos –a los pecadores– les llega siempre el tormento del castigo sin

¹⁵Hebr., וְאֶתְרִיבָהֶם בְּפִיהֶם יִרְצֵוּ [y sus descendientes en su boca se complacerán], aprobando con su boca la conducta desviada de sus padres e imitándolas ellos también. Los LXX: καὶ μετὰ ταῦτα ἐν τῷ στόματι αὐτῶν εὐδοκίησουσιν [y, después de estas cosas, con su boca expresarán satisfacción].

¹⁶TL., benedicent; Vlg., complacebunt.

¹⁷TL., et obtinebunt eos; Vlg., et dominabuntur eorum.

disminución de sustancia¹⁸. En efecto, la expresión: **Los ramoneará** está tomada de aquellos animales que no arrancan las hierbas de raíz, sino que más bien les mordisquean las puntas. Sigue: **Y los justos los poseerán en la mañana**. Dice: **los poseerán**, o sean, *los superarán*, porque en la resurrección futura corresponde, ciertamente, a los bienaventurados tomar la primacía sobre los malvados. En efecto, aquí los pecadores poseen a los justos, pero cuando llegue el juicio aquel, los justos poseerán, sin duda alguna, a quienes han sido infieles. **En la mañana**, como si dijera: En el día que amanece, al brillar la gloria de la resurrección, cuando, por fin, se abre la claridad de la bienaventuranza y comienza a existir aquel día, que con ninguna noche se acaba.

Verso 15.– **Y su auxilio envejecerá en el infierno, y son expulsados de su gloria** [*Et auxilium eorum veterascet in inferno, et a gloria sua expulsi sunt*¹⁹]. Sigue describiendo la infelicidad y miserias de los pecadores, cuyos **auxilios** –como paños echados a perder– **envejecen**. Pues, ¿qué ofrecerán las riquezas a los muertos?. ¿Qué presunción humana habrá para los difuntos, que pierden todo aquello de lo que habían gozado y salen al encuentro de las penas eternas, penas que jamás creyeron que llegarían a padecer?. Sigue: **Y son expulsados de su gloria**, es decir, del mundo del que se gloriaban, o de aquellas cosas en las que, burlados por tan infeliz destino, habían puesto su orgullo. Como en el Evangelio se dice a aquel hombre rico: *Necio, esta noche te será quitada el alma; pero lo que preparaste, ¿de quién será?* (Lc 12,20).

Verso 16.– **Pero Dios libraré mi alma de la mano del infierno, cuando llegare a agarrarme** [*Verumtamen Deus liberabit animam meam de manu inferi, cum acceperit me*]. Una vez expuestos los errores de los pecadores, justamente viene expresada la sentencia del Salvador, esto es: Así como la fragilidad humana ha sido postrada por el terror, así también sea levantada, ayudada por la esperanza del premio futuro. Se habría de apurar, ciertamente, el hecho de si Cristo el Señor dice esto con referencia a sí mismo o si lo dice –como acostumbra– con relación a sus discípulos. En efecto, al descender Él, **liberó su alma** del infierno; pero, al mismo tiempo, liberó también las almas de aquéllos que, con ánimo constante, creyeron en su venida. La expresión: **De la mano del infierno** quiere decir *del poder del diablo*, que, antes de la venida del Señor, retenía a las almas cautivas.

Verso 17.– **No temas, cuando el hombre se hace rico ni cuando sea multiplicada la gloria de su casa** [*Ne timueris cum dives factus est homo, et cum multiplicata fuerit gloria domus eius*]. La cuarta parte del salmo sale de la boca de la Verdad, con objeto de ofrecernos la salubérrima medicina. En efecto, ésta es la lamentación principal de todas las gentes: ¿Por qué prosperan en este mundo los hombres que, de manera manifiesta, viven ajenos al culto de Dios?. Pero estas cosas tienen que ver con los pecadores. Por ello, el piadoso Maestro exhorta a los verdaderos cristianos a que no sientan temor de los **ricos** de la tierra, porque el hombre bien adinerado es, por lo general, temido, al considerarse que la codicia de los hombres está puesta a su servicio. En efecto, la palabra latina *dives* [rico] viene de *divus* [divino], es decir, aquél que –como si fuera Dios– cree no estar

¹⁸TL., *Nam sicut oves lanae suae amissione iugiter perseverant, sic in illos semper sine imminutione substantiae invenit, quod poenas discruciet*. El sentido de esta comparación puede ser el siguiente: las ovejas, cuando son esquiladas, pierden la lana, pero siguen estando vivas; la lana está por fuera, cubre su cuerpo, pero no afecta a su existencia, a su sustancia. Lo mismo sucede con los pecadores, condenados a las penas del infierno: las llamas lo atormentan por fuera, pero no los aniquila, siguen viviendo, su sustancia queda intacta, aun sin tener descanso jamás, incesantemente mordidos por el fuego. De ahí el verbo siguiente: ramonear.

¹⁹TL., *in inferno, et a gloria sua expulsi sunt*; Vlg., *in inferno a gloria eorum*.

necesitado de nada. Por **hombre** debemos entender aquí al *impío*, que es temido por los que le están sometidos, conculcando los derechos de la equidad. Sigue: **Ni cuando sea multiplica la gloria de su casa**. Sobreentiende tú: *Ni temas*. En griego, a esta figura literaria se le da el nombre de ἀπὸ κοίτου, en latín *a communi*, es decir, cuando las cosas superiores responden a las inferiores. Y fíjate bien con qué elegancia van avanzando todas las cosas. En efecto, lo de menos era llegar a *hacerse rico*, porque esto lo encuentras, con frecuencia, en los negociantes y en los hombres viles. Añade: *Ni cuando sea multiplicada la gloria de su casa*, esto es: cuando, por parte de los hombres, su casa fuese celebrada con honores, con posesiones, con toda clase de alabanzas, en modo de considerar que nada le falta, sino sólo imperio. Y observa que ha dicho: **Su casa**, para que aparezca que no sólo prospera él con toda fastuosidad, sino que prosperan también todos aquéllos que le pertenecen. Pero, por qué razón *éstos no deben ser temidos*, a continuación, muy bien lo describe.

Verso 18.— **Porque, cuando muera, no recibirá todas estas cosas, ni bajará juntamente con él la gloria de su casa** [*Quoniam cum morietur, non accipiet²⁰ haec omnia, neque simul descendet cum eo gloria domus eius*]. He aquí la razón por la que no se debe temer al triunfador mundano. En efecto, ¿por qué vamos a temer al rico, que muere pobre?. Nuestro tropiezo no es para él perpetuo, y ninguna otra cosa puede llevarse consigo, sino algo con que pueda arder. Verás cuán horroroso es, en aquella patria, aquél que aquí admirabas aquí: limpiísimo, vestido con vestiduras preciosas. Bien ha dicho que los pecadores, cuando mueren, descienden a los abismos profundos, como a una hondísima cueva, pero sin la gloria secular, sin la multitud que lo halagaba, sin la arrogancia de los tesoros. Aquella **casa**, que admirabas, permanece toda ella; pero deja como legado pesos ingentes, que tú no veías.

Verso 19.— **Porque su alma será bendecida en su vida; te alabará, cuando lo beneficies** [*Quia anima eius in vita ipsius benedicetur; confitebitur tibi, cum beneficeris ei*]. La expresión: **Será bendecida** no tiene, en este caso, el sentido de impetrar la santificación, sino que hace referencia a las voces complacientes con aquéllos que abundan en riquezas. Dice, en efecto: *Será bendecida* por la lengua de los cortesanos, que –entre charlas y festines– solieron desear cosas buenas a sus apacentadores. No alababan su alma, debido a sus buenas obras, sino que las alababan a cambio de los placeres que les dispensaban. Sigue diciendo: **Te alabará, cuando lo beneficies**. Los hombres malvados **bendicen** a Dios, cuando reciben bienes temporales, pero el hombre bueno alaba al Señor, incluso cuando se siente hundido por el peso de las desgracias, como fue el caso de Job y de tantos otros santos. Se dice, pues, al Padre: Este pecador te alabará, pero en tanto en cuanto lo beneficies. Mas, ¿qué sucede, si algo adverso le toca sufrir?. Pues, que no dejará de blasfemar. Y, por ello, esta costumbre –tan propia de los impíos– se ha de desechar por completo. Pero nosotros, con corazón piadoso, alabemos juntos en todo tiempo al Señor, que, tanto en la adversidad como en la prosperidad, obra siempre nuestra salvación.

Verso 20.— **Entrará hasta la progenie de sus padres; hasta en lo eterno no verá la luz** [*Introibit usque in progeniem²¹ patrum suorum; usque in aeternum non videbit lumen*]. Los que imitan la gran maldad de sus padres, serán condenados, a causa de su asociación con ellos. Y, por ello, dice que **ha entrado hasta las progenes de sus padres**. En efecto, ha hecho mención de sus **padres** no tanto en razón de su descendencia carnal, sino en cuanto que fueron en pos de ellos,

²⁰TL., in textu: *non accipient* [ed., perient].

²¹TL., in *progeniem*; Vlg., in *progenies*.

imitando sus costumbres, como en el Evangelio se dice a los incrédulos: *Vosotros sois de vuestro padre, el diablo* (Jn 8,44). Añade: **Hasta en lo eterno no verá la luz**, porque así como los pecados son tenebrosos, así también arrebatan a los pecadores la luz de la sabiduría. Y por ello dice: *Hasta en lo eterno no verá la luz*: porque [164] tampoco en este mundo fue iluminado aquél, cuyo corazón perverso fue invadido por la oscuridad del error. De modo semejante, en la eternidad tampoco verá la luz, pues aquí no mereció disfrutar de ella, a causa del vicio de su maldad. En efecto, *la luz verdadera que ilumina a todo hombre, viniendo a este mundo* (Jn 1,9), es Cristo el Señor, a quien verlo en su Divinidad corresponde sólo a los santos.

Verso 21.– **Y el hombre, habiendo estado en honor, no entendió; comparado fue a jumentos ignorantes y semejante a ellos se hizo** [*Et homo, cum in honore esset, non intellexit; comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis*]. Después de haber prevenido de todas las cosas merecedoras de ser dichas, con un verso exactamente igual a otro dicho más arriba, se cierra este bellísimo salmo, de suerte que se aleje el pecador de sus malos propósitos, al tomar conciencia de la infamia, que con repetido reproche se le imputa.

Conclusión del salmo

Con frecuencia se ha de leer este salmo y digno es de ser atesorado en la memoria, pues, en su mismo comienzo, exhorta a que se escuche con los oídos del corazón. En efecto, ha atestiguado el merecimiento de Aquél que predijo que habría de ser escuchado diligentemente desde todos los rincones del mundo. En su conjunto, se contiene parte relativa a la especulación y parte relacionada con la disciplina moral, como en su primer verso ya fue anunciado: *Mi boca hablará la sabiduría; y la meditación de mi corazón, la prudencia*. La santa Verdad nos ha descubierto las cosas prometidas: que las haga ahora dulces a nuestros sentidos y permanezca grabado en nuestra mente todo aquello que ordenó.

SALMO CUARENTA Y NUEVE

Salmo de Asaf. [*Psalmus Asaf*].

Asaf fue hijo de Berequías, acerca del cual en el libro de las Crónicas se lee que fue elegido entre cuatro maestros cantores, para que entonara salmos al Señor con instrumentos musicales (1Cró 6,39). Mereció éste figurar en el título de este salmo no por ser él su autor, sino por el significado de su nombre, como también sobre otros está escrito. Fue, ciertamente, un músico egregio y que, precisamente por llamarse así, va a sacar a la luz algo de gran importancia para nosotros. En efecto, en hebreo –lengua llena siempre llena de misterios– el significado de dicho nombre hace referencia a la Sinagoga¹, que es la que en este salmo habla. Pero por Sinagoga se ha de entender aquí aquella fiel comunidad del Señor, que creyó que Cristo habría de venir y, en gloriosa espera, acogió su venida. Sinagoga en la que estuvieron los patriarcas, los profetas, Natanael, los mismos apóstoles y todos los demás creyentes de corazón sincero. Pero se ha tener la total certeza de que este salmo

¹ HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23,872).

profetiza la primera y segunda venida del Señor, no obstante los salmos noventa y cinco y noventa y siete se ocupen también de este mismo tema, en modo de dejar bien claro que a los judíos no creyentes les es quitada totalmente la justificación, por negarse a recibir algo que incluso la misma Sinagoga confirmaba. ¿Qué culto practican –pregunto–, si desdeñan escuchar hasta la misma Sinagoga, que dicen venerar?

División del salmo

En la primera parte, la Sinagoga fiel, que ahora reside en el pueblo cristiano, habla de la primera y segunda venida de Cristo el Señor. Pero, en la siguiente, habla el mismo Rey –Cristo–, exhortando a los pueblos a que, dejadas ya las ofrendas tomadas del ganado, ofrezcan sacrificios de alabanza. En la tercera parte, vuelve a tomar la palabra de Sinagoga fiel ya mencionada, reprobando las iniquidades de los pecadores.

Exposición del salmo

Verso 1.– **El Dios de los dioses, el Señor², ha hablado, y ha convocado a la tierra desde la salida del sol hasta el ocaso** [*Deus deorum Dominus locutus est, et vocavit terram a solis ortu usque ad occasum*]. A fin de que nadie pudiese creer que a la encarnación del Señor se le ha de conceder un peso insignificante, su poder es anunciado de antemano, en modo de extirpar la maldad de toda incredulidad. Son llamados **dioses** los hombres que, por su recto modo de vida, reciben la gracia de la Majestad superna, como en otro salmo está escrito: *Yo dije: ‘sois dioses, y todos hijos del Excelso’* (Sal 81,6). De este modo, pues, son llamados tanto hijos como dioses, porque ambas cosas son obra de la gracia, no de la naturaleza. Pero la expresión: **Dios de los dioses** corresponde propiamente a Cristo el Señor, porque Él –junto con el Padre y el Espíritu Santo– es llamado, en verdad, *Dios de los dioses*, designación ésta que, sin embargo, no parecería de todo adecuada a la Divinidad, sólo que –como ya hemos dicho– la lengua humana no posee recursos, más allá de esto, para expresar su absoluta grandeza. En efecto, en la lengua griega, el vocablo *déos* [δέος] significa *temor* y, puesto que únicamente Dios ha de ser temido, transformó tal palabra, dándole el actual sentido. Se lee, en efecto, en el libro del Éxodo: *Mi nombre, Adonai, no se lo di a conocer* (Éx 6,3), de manera que sepamos que se trata de un nombre secreto, que ni siquiera a sus siervos escogidos les es revelado. **Ha hablado**. Hablado, ciertamente, por medio de los profetas, de los apóstoles y –lo que reviste mayor poder– ha hablado por sí mismo. Sigue: **Y ha convocado a la tierra**. Por **tierra** debemos entender aquí el género humano, que está difundido por el orbe todo de la tierra. Pero, en vez del que la habita, ha querido poner el lugar habitado. En efecto, ¿en qué modo habría podido *convocar* a lo que no tenía posibilidad de oír?. Esta figura retórica recibe el nombre de *metonymia*, es decir, cuando por el continente se enuncia el contenido. Añade: **Desde la salida del sol hasta el ocaso**. Por medio del recorrido del sol, quiere significar el universo mundo, porque su claridad nace y muere para toda la tierra. Esto es efectivamente lo que tuvo lugar por el acontecimiento de la santa encarnación: que el piadoso Médico invitó a todas las gentes, maltrechas por la depravación de sus errores, a los remedios de su fe, como Él mismo dice en el Evangelio: *Venid a mí, todos los que*

²Hebr., אֱלֹהִים יְהוָה, [El, Elohîm, Jahweh]. Tres nombres bíblicos de Dios, en los que algunos Padres e intérpretes quisieron ver figurado el misterio de la Trinidad. Curiosamente, Casiodoro –tan dado a estas cosas– nada dice al respecto. Tampoco lo hace S. Agustín, no obstante su disertación sobre este versículo sea bastante extensa. Los LXX: θεὸς θεῶν κύριος [*Dios de los dioses, el Señor*].

estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré (Mt 11,22).

Verso 2.– **Desde Sion la imagen de su hermosura** [*Ex Sion species decoris eius*]. Se significa aquí la ciudad Jerusalén, dentro de la cual este monte Sion resplandece para los espíritus puros, a modo de una áurea mole. En efecto, una vez que salieron los apóstoles de esta ciudad, anunciaron por todo el orbe de la tierra **la imagen de su hermosura**, como dice Isaías: *De Sion saldrá la ley, y la palabra de Dios, de Jerusalén* (Is 2,3). Ciudad digna de veneración, cima santa, de tal modo que, con justicia, digamos que aquella insigne morada de nuestro Rey es la plaza fuerte de la tierra. Y considera cuán adecuadamente somos instruidos. Dijo, en el verso anterior, que Cristo el Señor convoca a todas las gentes. Ahora indica, además, de dónde brotará su enseñanza, como de fuente purísima y de inagotable abundancia, a lo largo y ancho de toda la tierra. A estas palabras, en efecto, se ajustan aquellas otras que se leen en el Evangelio: *Por todas las naciones, partiendo de Jerusalén* (Lc 24,47). De allí, ciertamente, se comenzó a predicar a Cristo, cuya imagen hermosa es conocida, según testimonio de otro salmo: *Hermoso en la forma en comparación con los hijos de los hombres* (Sal 44,3), donde quedó explicado suficientemente por qué, de manera particular, es llamado *hermoso*.

[165] Verso 3.– **Dios vendrá manifiestamente, el Dios nuestro, y no callará; el fuego arderá en su presencia, y en su derredor la tempestad formidable** [*Deus manifeste veniet, Deus noster et non silebit; ignis in conspectu eius ardebit³, et in circuitu eius tempestas valida*]. Tras haber dicho la Sinagoga de los fieles muchas cosas acerca de la primera venida del Salvador, pasa ahora a hablar de la segunda. Por medio de la figura literaria conocida con el nombre de *idea* y haciendo uso de diversas comparaciones, representa dicha segunda venida con imágenes tan admirables que no se diría que se trata de un acontecimiento todavía por llegar, sino como algo ya realizado. En efecto, al decir: **Dios vendrá manifiestamente**, está dando a entender que, en aquella primera venida, no se hizo manifiesto para todos, porque su Majestad fue ocultada por la carne, como si de una nube se tratara, según dice el Apóstol, refiriéndose a los infieles: *Si hubiesen conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria* (1Cor 2,8). Pero *vendrá manifiestamente*, cuando su venida no sea ya para ser clavado en una cruz, sino para manifestarse como Juez del mundo entero. **Manifiestamente**, vocablo tomado del contexto de los sacrificios, cuando, durante todo el día, la gente cesa en sus ocupaciones, con motivo de una determinada festividad. De hecho, este adverbio latino viene a significar algo así como *a mane dies festus* [día festivo desde la mañana]. Repite: **Dios nuestro**, para que no consideren los infieles que es Dios común también a ellos. En efecto, el Dios de los cristianos es el mismo *Dios de los dioses*, que *manifiestamente vendrá, y no callará*. Cierzo es que calla ahora, cuando este mundo es incesantemente acosado, cuando no condena con severa sentencia las blasfemias y las voces sacrílegas, sino que soporta a los pecadores en la esperanza de que acudan a la medicina de la conversión. Pero **no callará**, cuando llegue el momento de decir a los impíos: *Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25,41). Y en otro lugar dice: *Callé, callé, ¿acaso siempre callaré?* (Is 42,14). **El fuego arderá en su presencia**. Estas palabras describen con mística virtud la venida deslumbrante del gran Juez. Dice, en efecto, que por delante va el fuego, de manera que aquél que es como la paja se sienta aterrorizado ante la posibilidad de ser abrasado. Sigue: **Y en su derredor la tempestad formidable**. Esta **tempestad** no es desatada por los vientos ni tampoco provocada por enfurecidas turbulencias, sino que, impulsado por el poder divino, un espíritu vehemente se levanta, para aventar con la sentencia de

³TL., *ardebit*; Vlg., *exardescet*.

su justicia la era del Señor. Separará, entonces, el grano de la paja, es decir, los buenos de los malos [Mt 13,30]. Con razón, este juicio es llamado *tempestad*, porque –a modo de una tempestad– vendrá también repentinamente y con vertiginosa celeridad arrebatará la era, para someterla así a su examen. Se añade también, con toda conveniencia, el adjetivo **formidable**, pues con ello se da entender cuán grande es el poder de quien, con extraordinaria prontitud, puede hacer discernimiento de todo el género humano, según los méritos de cada hombre, como dice el Apóstol: *En un solo instante en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la última trompeta, pues sonará, y los muertos resucitarán* (1Cor 15,52). La expresión: *Y en su derredor la tempestad formidable* no viene traída aquí de manera inadecuada, porque –como se asegura en el Evangelio– también los justos juzgarán, sentados junto a Él [Mt 19,28].

Verso 4.– **Llamará arriba al cielo y a la tierra, para discernir a su pueblo** [*Advocabit coelum sursum et terram, ut discerneret⁴ populum suum*]. Esto tendrá lugar, ciertamente, en el juicio aquel. El hecho de decir que la **tierra**, que ahora está abajo, sea llamada a estar **arriba** bien podría tener sentido. Pero el **cielo**, que siempre está arriba, ¿a qué otro *arriba* es llamado?. En este caso, sin embargo, por *cielo* debemos entender a todo hombre justo y, por *tierra*, al pecador, porque el primero –con la ayuda de Dios– se purifica, gracias a un modo de vida espiritual; pero el segundo se ensucia, conduciéndose de manera terrenal y manchándose por el pecado. Y fíjate bien en que, en la primera venida, la llamada fue indistinta para todos, a fin de que –debidamente advertidos– pudieran corregirse en este mundo, como dice el Evangelio: *Y marcharon a la salida de los caminos y llamaron a todos los que encontraron, buenos y malos* (Mt 22,10). Pero, al final del mundo, **llama al cielo**, para separar definitivamente a los justos de los impíos, de manera que nunca más vuelvan a mezclarse, como sucede aquí, donde viven amalgamados los unos con los otros.

Verso 5.– **Congregadle sus santos, que ordenan su alianza sobre los sacrificios**⁵ [*Congregate illi sanctos eius, qui ordinant testamentum eius super sacrificia*]. Ahora la Sinagoga de Cristo dirige la palabra a los ángeles, de quienes leemos que, en razón de su ministerio, al final de los tiempos, **congregarán a los santos** procedentes del mundo entero: *Enviará a sus ángeles y congregará ante Él a todas las gentes, y separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de los cabritos* (Mt 25,32). Sigue: **Que ordena su alianza sobre los sacrificios**. Decimos que **ordenan** una **alianza** aquéllos que, por medio de las buenas obras, llevan a cumplimiento todo cuanto en la estipulación de la alianza aceptaron, tales como acoger al huésped, dar limosnas, poner empeño en la caridad. En efecto, esto es lo que agrada al Señor: que, más allá de todo sacrificio de animales, mejor le sea ofrecido la bondad de las obras. O bien puede entenderse esto –como otros prefieren– con relación a los judíos, aun cuando en un sentido irónico, con cierto sarcasmo, toda vez que alguien, alabando un hecho vil, lo que pretende es el escarnio. En este caso, es como si se dijera: **Congregad en la presencia del Señor a éstos, que permanecen en loor de santidad, pero que rebosan, antes al contrario, de actos de impiedad. Y, pues ofrecen a Dios frecuentes sacrificios, consideran que, nada más que por eso, serán santificados.**

Verso 6.– **Y anunciarán los cielos su justicia, porque Dios es juez** [*Et annuntiabunt caeli iustitiam eius, quoniam Deus iudex est*]. Explicita lo dicho anteriormente, significando, por medio

⁴TL., *sursum et terram, ut discerneret*; Vlg., *desursum et terram discernere*.

⁵Hebr., כְּרַתִּי בְרִיתִי עִלְיָזְבָח [los que han hecho conmigo pacto con sacrificio]. Los LXX: τοὺς διατιθεμένους τῆν διαθήκην αὐτοῦ ἐπὶ θυσίαις [los que han pactado su alianza con sacrificios].

del vocablo **cielos**, a los justos, a quienes les es dado poder anunciar la palabra celestial. Añade: **Porque Dios es juez**, como si dijera: Alguien que no puede engañarse. Y así como todo lo conoce manifiestamente, así también todo lo discierne sin apelación alguna. En efecto, veraz y propiamente tal cosa se dice acerca de Dios, a quien nada le es negado, nada sustraído; a quien ningún hecho se le oculta ni en modo alguno le puede ser escondido aquello que se ha de juzgar.

Verso 7.— **Escucha, pueblo mío, y hablaré; Israel, y testificaré contra ti: Dios, Dios tuyo, yo soy** [*Audi, populus meus, et loquar; Israel⁶, et testificabor tibi: Deus, Deus tuus, ego sum*]. Se llega a la segunda parte, en la que es la Verdad misma la que habla en propia persona. En efecto, Dios, que no quiere que sus palabras sean recibidas en vano, a fin de que —según se lee— no pisoteen los cerdos las cosas que son preciosas [Mt 7,6], dice al pueblo: **Escucha**, es decir: recibe con todo recogimiento. Ciertamente, decimos que *escuchan* los que han cumplido sus mandamientos, como está escrito: *Quien tiene oídos para escuchar, que escuche* (Lc 8,8). **Pueblo mío**. Se significa con estas palabras al pueblo fiel. **Y hablaré**. Sobreentiende tú que hablará sobre las cosas futuras, pues, si no escuchas, el hecho de que Yo calle —dice— te conducirá a la perdición. Ya hemos tenido ocasión de decir más veces, que el nombre de **Israel** significa *el que ve a Dios*. Por consiguiente, si me ves, no descuides escucharme, porque mi contemplación otorga al que escucha la virtud de la obediencia. **Testificar** es dar testimonio de algo. Esto es, ciertamente, lo que Dios hará en el juicio, cuando discierna las obras de cada uno. En efecto, dará entonces testimonio en favor de sus fieles, diciendo: *Tuve hambre, y me disteis de comer* (Mt 25,35) y todo lo demás, que sigue. Continúa: **Dios, Dios tuyo, yo soy**. Esto es lo que predecía que el pueblo habría de escuchar como respuesta: que aquel Dios general —Dios de los que lo quieren y también de los que no lo quieren— sería, en particular, el Dios de quien lo amara con un corazón puro, pues, mediante el adjetivo posesivo **tuyo**, ha querido indicar a aquél que le ha sido fiel. En efecto, esta repetición de la misma palabra: **Dios, Dios** consolida el espíritu, con el fin de que —en caso de ser dicha una sola vez— no quedara lugar para el engaño. Por su parte, la expresión: **Yo soy** es propia de la Divinidad, que no cambia con el tiempo, sino que existe siempre y permanece eternamente, como leemos en la respuesta recibida por Moisés: *Yo soy el que soy*; y repite: *Yo soy me ha enviado a vosotros* (Éx 3,14). Pero hemos de preguntarnos por qué el Dios único en esencia reivindica para sí este nombre. En efecto, cuando se dijo: *Sean los ángeles, sean los seres del cielo, sean los seres de la tierra*, empiezan éstos a *ser* tal como fue decretado que *fueran*. Pero, puesto que aquella única naturaleza es increada y eterna, no tiene inicio en ningún instante del tiempo y es un solo Dios en [166] tres personas, con razón decimos que **es** el único Dios, porque, *siendo*, de nada tiene necesidad, sino que *es* siempre, por la fuerza de su propio poder. Se encuentra allí también otro misterio, porque en una sola sílaba se contienen tres letras [*sum*], para enseñarnos así que la santísima Trinidad es un solo Dios.

Verso 8.— **No argüiré contra ti acerca de tus sacrificios: tus holocaustos están siempre en mi presencia** [*Non super sacrificia tua arguam te⁷; holocausta autem tua in conspectu meo sunt semper*]. El glorioso Maestro y perfectísimo Preceptor, queriendo alejar de las cosas carnales al pueblo judío y conducirlo a los misterios espirituales, dice que los **sacrificios** de animales ya no se habrán de exigir y que, de acuerdo con esto, no argüiría contra él, si dejase de inmolarle víctimas de animales, sino que lo exhorta, antes bien, a que sean puestos **en su presencia** aquellos **holocaustos** que, con corazón contrito, se ofrecen en los altares sagrados. Se da el nombre de *holocaustos* a los

⁶TL., *loquar; Israel; Vlg., loquar tibi; Israel.*

⁷TL., *Non super sacrificia tua; Vlg., Non in sacrificiis tuis.*

sacrificios que, una vez ofrecidas las víctimas, un fuego bajado de arriba las consume por completo. En latín, se dice *totum incensum* [consunción total]. Con su venida, Cristo rechazó esta clase de sacrificios, en cuanto que Él era la víctima verdadera. Otro es el *holocausto* que dice el Señor que está siempre *en su presencia*: cuando nuestro espíritu, encendido del amor divino, consume con su arrepentimiento los pecados y el que se veía abrasado por el tormento corporal reduce a la nada –a semejanza de aquel holocausto– todos y cada uno de sus delitos.

Verso 9.– **No aceptaré becerros de tu casa, ni machos cabríos de tus rebaños** [*Non accipiam de domo tua vitulos, neque de gregibus tuis hircos*]. Mediante el presente verso y los dos que siguen, enumera brevemente las cosas que Él rechaza. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *brachyologia*, es decir, locución breve. Tiene ésta lugar, cuando con pocas palabras abarcamos muchas cosas. Pero, con objeto de que, al escuchar la palabra *holocausto*, el espíritu humano no recurriera a los antiguos sacrificios, rechaza claramente aquella costumbre anterior, en modo que se entendiera, en sentido espiritual, cuanto en la similitud anterior se representaba. Mas, al rechazar estas dos cosas –los becerros y los machos cabríos–, está dando a entender que los sacrificios del tiempo primero han de quedar totalmente excluidos. En efecto, por la parte se significa el todo.

Verso 10.– **Porque más son todas las fieras de las selvas, los jumentos en los montes y los bueyes** [*Quoniam meae sunt omnes ferae silvarum, iumenta in montibus et boves*]. Da a conocer la causa de por qué no espera del pueblo inmolar animales cuadrúpedos: **Porque más son**, es decir: no quiero pedir de ti aquello que bien sé que es mío. No quiere pedir lo que quizá el pobre no tiene, bien porque no lo pudo coger, bien porque no lo pudo criar. Pide, antes bien, una fe recta y una alabanza sincera, cosa que –pues Él es compasivo– todos pueden ofrecer, incluso aquéllos que por ninguna riqueza terrenal tienen motivo de alegrarse. Y así, en este mismo sentido, prosigue enumerando las restantes cosas. Añade: **Los jumentos en los montes y los bueyes**, para que nadie, confiando en su abundancia, en modo alguno pudiera estar plenamente convencido de que, a cambio de sacrificios de animales, podría expiar los pecados que, con espíritu perverso, hubiese cometido. Puede entenderse también de otro modo: **Las fieras de las selvas** significan a los paganos, que en los bosques de este mundo viven en medio de las más feroces supersticiones. **Los jumentos en los montes** son los miembros más sencillos de la Iglesia católica, que no han llegado a alcanzar la cumbre de la fe. **Los bueyes** representan a los apóstoles y profetas, acostumbrados a trabajar de continuo en el campo del Señor. Por lo cual, una vez debidamente aplicadas todas estas alusiones, queda prefigurada aquí la Iglesia católica, llamada a congregarse desde las más distintas partes del mundo.

Verso 11.– **He conocido todas las aves del cielo, y la hermosura del campo está conmigo** [*Cognovi omnia volatilia caeli, et species agri⁸ mecum est*]. **He conocido**. No lleves este tiempo verbal a nuestra incapacidad humana, cuyo conocimiento está circunscrito al espacio y al tiempo. Antes de haberlo hecho, Dios lo conoce todo y en su presencia estaba todo cuanto habría podido existir. En efecto, ¿quién puede conocer **todas las aves del cielo**, sino únicamente su Majestad?. Mediante este versículo, lo ha abarcado todo, pues conoce también a *todas las aves del cielo*, según el número de cada una de ellas. Ha dicho tener consigo **la hermosura del campo**. Y, en verdad, la tiene consigo, porque Él es todo, en todas partes, conforme a aquellas palabras del profeta: *Yo lleno*

⁸TL., *et species agri*; Vlg., *et pulcritudo agri*.

el cielo y la tierra (Jer 23,24). Pero a todas estas cosas debemos aplicarles un sentido espiritual. Las **aves** hacen referencia a los poderes supernos y admirables, tales como las potestades angélicas, que, con movimiento, veloz son trasladadas espiritualmente, según ordena la santa voluntad divina. Por su parte, la **hermosura del campo** se refiere a las gentes, que habían de creer en Cristo el Señor. Realmente *hermosura*, porque, por medio del hombre, es perfectamente recibida toda belleza de la tierra [Sal 8,7].

Verso 12.– **Si yo tuviera hambre, no te lo diría; porque mío es todo el orbe de la tierra y su plenitud** [*Si esuriero, non dicam tibi; meus est enim orbis terrae, et plenitudo eius*]. Aquel Dios de los dioses –como con frecuencia lo hemos llamado, dada la limitación de nuestra inteligencia– se ha dignado dar a conocer su voluntad, sirviéndose de expresiones propias de los hombres. Tal es, por ejemplo, decir que **tiene hambre** Aquél que proporciona comida a todo ser viviente y cuya contemplación es alimento dulcísimo para los seres espirituales. ¿Por qué voy a pedir de ti sacrificios de animales, si **todo el orbe de la tierra es mío**? Añade: **Y su plenitud**, expresión ésta que significa la diversidad de todas las criaturas. Dejen, pues, los hombres de preocuparse innecesariamente por la inmólación de animales. En efecto, mucho más grato le es a Dios el ofrecimiento de un corazón recto, que le haga reconocer que cayó en falta, de modo que lo que antes fue horrendo, a causa de los pecados cometidos, ahora se vuelva purísimo, gracias a una purificación saludable. Y recuerda que, por medio de estas alusiones, está dando a conocer el número de los predestinados, que se completará no sólo con los que vienen de la Sinagoga de los judíos, sino con los que proceden también de todas las demás naciones.

Verso 13.– **¿Acaso voy a comer las carnes de los toros, o voy a beber la sangre de los machos cabríos?** [*Nunquid manducabo carnes taurorum, aut sanguinem hircorum potabo?*]. ¿En qué modo serán gratas las cosas que no son necesarias?. ¿Acaso se alimenta Dios de las carnes de los **toros** o apaga su sed con la sangre de los **machos cabríos**?. Sin embargo, estas cosas, que se nos manda rehusar, nos pueden ser de provecho, cuando hacemos que lleguen a los menesterosos, que alimenten al hambriento y apaguen la sed del sediento. También en los pobres recibe Dios aquello que no quiere que se le ofrezca en los sacrificios.

Verso 14.– **Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y cumple tus votos al Altísimo** [*Immola Deo sacrificium laudis, et redde Altissimo vota tua*]. Hasta aquí ha venido diciendo qué cosas rechaza; ahora dice cuáles son las que pide. Ciertamente, la sentencia es escueta en palabras, pero amplísima en su sentido. En efecto, ¿quién **ofrece a Dios sacrificio de alabanza**, sino aquél que estuviere completamente alejado de los vicios terrenales?. ¿Quién sabe morir al mundo, para hacerse así hostia agradable a Cristo?. No agrada, en verdad, a Dios el hecho de que alguien indigno cante sus alabanzas. Lo que pide verdaderamente son obras dignas de aprobación, no voces que resuenen dulcemente. Ofrezcamos, pues, sacrificios al Señor, alabándolo por la sabiduría, que todo lo ordena; por la piedad, que perdona a los pecadores: por la fortaleza, que vence al diablo. En efecto, no sólo se ha de llamar *sacrificio* al acto de inmolar animales, sino a todo hecho sagrado, que la piadosa oblación nos recomienda. **Cumple tus votos al Altísimo**. Realiza esto también aquél que –con espíritu bien dispuesto– todo se lo prepara en su acto de inmólación tal como Él lo había ordenado. Ha añadido adjetivo posesivo plural **tus**, y ello con objeto de que no busques, tal vez, cosas extrañas: ya sea un macho cabrío bien cebado, ya la sangre de los becerros, ya cualesquiera otras cosas, que el buen sentido entiende que no están a nuestro alcance [167]. En verdad, dicho adjetivo posesivo hace referencia al arcano del corazón, que descansa en las entrañas del alma, que no es buscado fuera, que el pobre y el rico tienen por igual, allí donde el más rico es el que más necesidad tiene,

donde el que más alto se alza es el humilde de corazón. Pero consideremos estas cosas de manera aún más sutil y encontramos aquí también, en sentido propio, un determinado género de locución, que la común elocuencia no puede poseer. En efecto, dice Dios: *Si yo tuviera hambre, no te lo diría*. Y, un poco después y sin cambiar de persona, el mismo Dios dice: *Ofrece a Dios sacrificio de alabanza*. Pero, en el verso siguiente, añadirá: *Mas Dios dijo al pecador*. Sin embargo, el orden lógico en el que debiéramos nosotros expresar todo lo dicho anteriormente habría de ser el siguiente: *Si yo tuviera hambre, no te lo diría, etc., ofrece a Dios sacrificio de alabanza, finalmente, dijo al pecador: ¿por qué relatas tú mis justicias?*. De donde resulta que, aun siendo uno solo e idéntico el que habla de sí mismo, parecería como si implicara a la persona de otro, hecho éste que –entre las peculiaridades de la Escritura divina– es tenido como algo expresado correctamente.

Verso 15.– **E invócame en el día de tu tribulación; yo te liberaré, y tú me engrandecerás** [*Et invoca me in die tribulationis tuae; et eripiam te, et magnificabis me*⁹]. Después de haber dicho con qué sacrificio será aplacado, promete ahora el premio de la misma oblación. Ordena, en efecto: **Invócame**, a fin de que nadie pusiese la esperanza en un consuelo terrenal, donde todas las cosas son caducas y los consuelos son más endebles. **En el día de tu tribulación**, es decir: cuando otro te aflige, no cuando te recomiera haber eludido al enemigo. En efecto, nuestra **tribulación** es aquella que se genera por el miedo de nuestra propia salvación, no la provocada por el temor de las cosas carnales, como dice el Apóstol: *Pues la tristeza que es según Dios obra la penitencia para una salvación segura; pero la tristeza del siglo obra la muerte* (2Cor 7,10). **Yo te liberaré**. Es decir, liberaré con suma celeridad a quien se siente como rodeado por los servidores del diablo. **Y me engrandecerás**. Esto es, proclamarás que soy grande en eterno, tú a quien libero de la pena y colocaré en el descanso bienaventurado. Pero este verso –riquísimo por la extraordinaria promesa que contiene– algunos quieren referirlo al tiempo de nuestra vida última, cuando el alma, pasando de esta luz, es perturbada por la lucha de los espíritus inmundos, según se lee que fue disputado el cuerpo¹⁰ de Moisés¹¹. He aquí cuán pequeñas cosas nos pide el Señor, Él que nos va a dar cosas tan grandes.

Verso 16.– **Pero Dios dijo al pecador: ¿Por qué narras mis justicias y tomas mi alianza por tu boca?** [*Peccatori autem dixit Deus: quare tu enarras iustitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?*]. Se ha llegado a la tercera parte, en la que Asaf –o sea, la Sinagoga fiel– vuelve de nuevo a tomar la palabra. Y pues, más arriba, había dicho el Señor que le son más gratas las alabanzas de los hombres que sus sacrificios, sin embargo, a fin de que los pecadores, confiados tal vez en esta promesa, no pudiesen decir: *Sólo la alabanza –y no las obras buenas– nos es exigida*, necesariamente tiene que remarcar lo anterior, prohibiendo que la lengua de los pecadores se gloríe de cantar las alabanzas de Dios, ante cuyas exigencias una conciencia sucia nunca podría mantenerse en pie. Esta figura recibe el nombre de *percunctatio* [interrogación], esto es, una pregunta hecha de tal modo que no espera respuesta alguna. En efecto, se prohíbe a los impíos enorgullecerse de mezclarse con las palabras divinas. Pero entiende bien que esto se afirma acerca de aquellos pecadores, cuya descripción vendrá después. De ellos se dirá: *Entended estas cosas los que olvidáis*

⁹TL., *in die tribulationis tuae; et eripiam te, et magnificabis me; Vlg., in die tribulationis; eruam te, et honorificabis me*

¹⁰TL., *in textu: animae [ed., corpus]*.

¹¹Véase Jud 9: *En cambio, el arcángel Miguel, cuando altercaba con el diablo, disputándose el cuerpo de Moisés...* El apóstol Judas parece depender aquí del apócrifo *Asunción de Moisés*, donde el arcángel Miguel (Dan 10,13 ss.) entabla un debate con el diablo que, después de la muerte de Moisés, reclamaba su cadáver.

al Señor. Por lo demás, a los que se convierten y hacen penitencia la clemencia divina no les prohíbe las alabanzas. En efecto, los que han endurecido el corazón y no desisten de la maldad de sus delitos tienen prohibido **narrar las justicias del Señor**, es decir, proclamar con el lenguaje común cualquier cosa referente a aquella Majestad, porque la boca, que se gloría de narrar las justicias del Señor, debe ser una boca justa. **¿Y tomas mi alianza por tu boca?**. Prohíbe asimismo que ninguna indigna presunción manosee su **alianza**, en modo de darse a entender que, por medio de una boca impía y blasfema, pueden progresar las santas y venerables palabras, como en otro lugar está escrito: *No es hermosa la alabanza en la boca del pecador* (Sir 15,9). Pero la palabra *alianza* significa el Antiguo y el Nuevo Testamento, porque, cuando en uno se dice algo que resultase oscuro, en el otro halla su aclaración. Puede esto decirse también con referencia a los maestros herejes, que se ufanan de enseñar la Ley. En efecto, el verbo **tomar** significa aquí la presunción del hombre irreligioso. Ciertamente, pues no parece prohibir a los creyentes la lectura por la que se ha dignado reconvenir particularmente a los pecadores.

Verso 17.– **Pero tú has odiado la enseñanza y has arrojado mis palabras tras de ti** [*Tu vero odisti disciplinam, et proiecasti sermones meos post te*]. Comienza a enumerar las cosas por las que la palabra de Dios ha sido prohibida. **Ha odiado la disciplina** aquél que, con inicua presunción, murmura contra las correcciones, que son justas y no quiere que el Señor les reivindique su pecado. En efecto, tal es el modo por el que obtenemos una saludable enmienda¹²: si, en cualquiera que sea la circunstancia, somos capaces de amar aún más aquello que nos ha servido de corrección. En verdad, mejor es ser afligidos aquí, por un instante, que recibir condena en el juicio aquel. Dice también: **Y has arrojado mis palabras tras de ti**. Arroja tras de sí las palabras del Señor el que desprecia los mandatos divinos, el que no tiene ante sus ojos lo que siempre conviene mirar.

Verso 18.– **Si veías a un ladrón, en seguida corrías con él, y con los adúlteros ponías tu parte** [*Si videbas furem, simul currebas¹³ cum eo, et cum adulteris portionem tuam ponebas*]. Aquél que prohíbe los delitos menores, con mucha más razón, condena los grandes. En efecto, ¿qué es un robo comparado con un homicidio?. ¿Qué un adulterio con respecto a un sacrilegio?. Pero lo que en el presente verso se dice se ha de entender en el sentido de dejar claro que, en la prohibición de estas dos cosas, está incluida la prohibición de todos los delitos. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *a parte totum* [el todo desde la parte], figura que antes ya había aparecido¹⁴. Así, contra los pecadores, arguye preguntando por qué, **si veía a un ladrón, en seguida corría con él**, esto es: por qué se unía a él, para con voluntad común cometer un delito. ¿Tal vez, para conseguir con la ayuda de éste llevar a cabo el delito que él solo no podía cometer?. Pero con la expresión: **Y con los adúlteros ponías tu parte**, debemos proceder con más cuidado, en cuanto que, si alguien presta ayuda al adúltero, proporcionándole dinero, aconsejándolo o animándolo con algo que finalmente le permitieran cumplir sus deseos, tenga bien claro que también él tiene allí **su parte**. En efecto, si alguien –estando en sus manos poder hacerlo– no hace retroceder a uno, apartándolo del mal, también él se hace partícipe del delito, porque debemos a la caridad este hecho de conciencia: hacer que ni nosotros ni los demás terminemos por perdersos.

Verso 19.– **Tu boca abundó en la maldad, y tu lengua urdió el engaño** [*Os tuum*

¹²TL., *emundatio* [ed., emendatio].

¹³TL., *furem simul currebas*; Vlg., *furem currebas*.

¹⁴Sal 44,14.

*abundavit nequitia, et lingua tua concinnavit dolum*¹⁵]. En primer lugar, ante la posibilidad del robo y el adulterio, ha argüido contra los pecadores. Ahora, arremete también contra ellos, a causa de la maldad de su conciencia y de las trapacerías de su lengua. Por la palabra **boca** debemos entender aquí el pensamiento del corazón, porque de la lengua hablará más adelante. Ciertamente, se **abunda en la maldad** del pensamiento, cuando el espíritu del hombre va avanzando en las delectaciones de este mundo y, a través de las diferentes clases de pecado, camina con inicua voluntad. Sigue: **Y tu lengua urdió el engaño**. Esto debe entenderse de diversos modos. En efecto, quien alaba falsamente comete engaño; quien da consejos malos, se ve envuelto en la misma iniquidad; el que, obrando mal, habla bien, con esta misma maldad se envilece, y todo lo demás que, en resumidas cuentas, no fuere verdadero y simple es aplicado a actitudes engañosas. Ahora bien, de manera muy apropiada [168], se ha empleado aquí el verbo **urdir**, pues es costumbre de los que engañan construir sus mentiras de tal manera que los oídos de los oyentes se sientan regalados con algún que otro ingenio de palabras, como en el salmo cincuenta y cuatro, llegado su momento, se nos dirá: *Hicieron sus palabras más suaves que el aceite, pero ellas son jabalinas* (Sal 54,23).

Verso 20.– **Sentándote contra tu hermano lo denigrabas, y contra el hijo de tu madre ponías tropiezo** [*Sedens adversus fratrem tuum detrahebas*¹⁶, *et adversus filium matris tuae ponebas scandalum*]. **Sentarse** es propio del que se detiene. Y, por ello, es censurado gravemente el que en la difamación¹⁷ de otro no ha pasado de largo, tal que ni siquiera hiciese caso, sino que –como detractor de su hermano– largo tiempo ha permanecido sentado. Aquí la palabra **hermano** debemos entenderla en el sentido de todo el que está emparentado por la sangre, pues, un poco más abajo, hablará también del hermano, aunque en sentido espiritual. Pero observa con qué severa censura es condenado este vicio, hasta el punto merecer ser contado entre los más grandes pecadores aquél que se viera involucrado en tan grande maldad, como dice también el apóstol Santiago: *Quien detracta al hermano, detracta a la Ley y juzga a la Ley* (Sant 4,11). Sigue diciendo: **Y contra el hijo de tu madre ponías tropiezo**. Llama **hijo de la madre** a la descendencia de la Iglesia, a la que, mediante el parto de la regeneración, estamos unidos por el vínculo de la caridad fraterna. Así, pues, *pone tropiezo al hijo de su madre* el que maquina heréticas maldades o cualquier otra clase de engaños con los que atrapar al hermano inocente. En efecto, de tales cosas dice aquel sabio varón: *Quien habla con el arte del sofista, de este modo se hace odioso* (Sir 37,23). Por eso, muy apropiadamente, usa el verbo **poner**, refiriéndose a los lazos insidiosos, escondidos por el arte de las palabras, de manera que la incauta simplicidad quede bien sujeta por medio de ocultas ataduras.

Verso 21.– **Estas cosas hiciste, y callé. Has considerado la iniquidad: que yo seré semejante a ti. Argüiré contra ti, y la pondré contra tu cara** [*Haec fecisti, et tacui; existimasti iniquitatem*¹⁸, *quod ero tibi similis*¹⁹; *arguam te, et statuam illam contra*²⁰ *faciem tuam*]. Fíjate en cómo aquí ha resumido, en una sola sentencia, todo aquello que anteriormente mereció un relato más extenso. En efecto, habiendo obrado los pecadores muchas cosas, dice que el justo Señor no injustamente ha aplazado el juicio, en la espera de que pudiese llegar el tiempo de la conversión y

¹⁵TL., *concinnavit dolum*; Vlg., *concinnabat dolos*.

¹⁶TL., *detrahebas*; Vlg., *loquebaris*.

¹⁷TL., *in derogatione* [*id est detractione*]

¹⁸TL., *iniquitatem*; Vlg., *inique*.

¹⁹TL., *tibi similis*; Vlg., *tui similis*.

²⁰TL., *statuam illam contra*; Vlg., *statuam contra*.

suspender así el castigo de la condena, sino que lo que hace es expresar cuál es la creencia que tienen las mentes impías acerca de esta benevolencia del Creador. Dice, en efecto: **Has considerado la iniquidad: que yo seré semejante a ti**. Esta práctica es propia de los mortales, es decir: cuantas veces toleramos que se comentan malas acciones, sin oponernos abiertamente a ellas, damos la impresión de estar de acuerdo con aquéllos que las hacen, asemejándonos a sus costumbres. Afirma ahora que la mente malvada abriga tales sentimientos con respecto al Señor. Quiere esto decir que, pues el Señor difiere el momento del castigo, ello les mueve a creer que también los delitos, que cometen los hombres, son asimismo de su agrado. Sin embargo, este perverso modo de entender las cosas recibe una justa respuesta. En efecto, dijo anteriormente que el pecador había dado la espalda a sus palabras, ahora, en suerte contraria, dice que a cada uno le habrán de ser presentados sus pecados delante de sus propios ojos. Y así, a través de esta sentencia, conocemos la naturaleza del juicio futuro, pues todo pecador verá que tiene puesto ante él aquello que creía haber quedado atrás, gracias al beneficio del olvido. Inmenso horror, temor inestimable es para los hombres ver aquellas cosas, a causa de las cuales llegan a los suplicios eternos.

Verso 22.– **Entended estas cosas los que olvidáis al Señor, por miedo a que un día arrebate y no haya quien libere** [*Intelligite haec, qui obliviscimini Dominum²¹, nequando rapiat, et non sit qui eripiat*]. Aparece aquí nuevamente la figura retórica conocida con el nombre de *apostrophe*, es decir: volver otra vez a los pecadores, a quienes más arriba les fue prohibido narrar las alabanzas divinas. Dice, en efecto: **Entended**, o sea, obedeced. Y, para que no creas que esto va dirigido a todos los pecadores, añade: **Los que olvidáis al Señor**. Pues pecador es el que suplica, el que se castiga a sí mismo con humilde penitencia y no se olvida del Señor. Y, por ello, quiso precisar, en pocas palabras, acerca de qué clases de pecadores se decían tales cosas. Crimen inmenso, negligencia insoportable es **olvidar al Señor**, que dio la vida, que alimenta el cuerpo y defiende a los fieles de toda adversidad. Necedad es, ciertamente, hacer caer de la memoria a Aquél que está siempre presente. Pero, ¿quiénes se olvidan del Señor, sino los que con inicua arrogancia desprecian sus preceptos?. Sigue: **Por miedo a que un día arrebate y no haya quien libere**. Cuando el diablo *arrebata*, sí hay quien *libere* para la salvación. Pero cuando es el Señor el que se lleva a alguien para el castigo, ya no hay quien pueda liberar al que ha sido elegido, pues el mismo padre del pecado también será condenado con eterno tormento.

Verso 23.– **El sacrificio de alabanza me honrará, y allí está el camino por el que le mostraré la salvación de Dios** [*Sacrificium laudis honorificabit me; et illic iter est, in quo²² ostendam illi salutare Dei*]. Se dice esto contra aquéllos que –indignos– se ufanaban de cantar las alabanzas del Señor. **El sacrificio de alabanza me honrará**, no cual lo cantan los impíos, sino cual el espíritu puro acostumbró a ofrecerlo. En efecto, el mismo sacrificio de alabanza honra al Señor, con tal que sea ofrecido con pureza de fe y bondadosas obras. Sigue diciendo: **Y allí está el camino**. Llama **camino** a la felicísima salmodia. Y dice también a dónde conduce este camino: **Por el que le mostraré la salvación de Dios**. Pero dicho camino no se recorre con los pies, sino por medio de la santidad de espíritu. Si avanzamos por él con puro corazón, nos conduce a Cristo y se hace para nosotros como aquella escala de Jacob, que conducía a los cielos a cuantos subían por ella (Gén 28,12).

²¹TL., *Dominum*; Vlg., *Deum*.

²²TL., *in quo*; Vlg., *quo*.

Conclusión del salmo

Provechoso les sería, de todo punto, el presente salmo, si la improbidad de los judíos quisiera conocerlo. En efecto, nada más comenzar, ha hablado de la encarnación del Señor. El mismo Salvador ha exhortado también al pueblo devoto a que destierre las ofrendas de animales, alejándolas de los sacrificios del corazón. Ha excluido, por otra parte, de la alabanza de Dios al pecador, que no ha creído en Cristo, y ha mostrado, después, qué sacrificio de alabanza debe ser inmolado. Ha puesto de manifiesto finalmente en qué modo el pecador será juzgado. ¿Por qué todavía, judíos, deliráis?. ¿Por qué no tenéis miedo de vuestra perdición?. Prestad oídos a la Sinagoga que, a causa de la encarnación del Señor y del juicio futuro, está resonando?. Creed que ya ha aparecido Aquél, cuya venida se había predicho. No están lejos los remedios, que pedís. El siguiente salmo os absuelve, si os dais prisa en acercaros a los beneficios de la penitencia. ¿Por qué rechazáis la medicina, que es buena para todos?. Lo mismo os salva²³ a vosotros lo que nos libera también a nosotros. Digamos juntos: *Apiádate de mí, oh Dios, según tu gran misericordia*. Buscad el bautismo; comed la carne, que crucificasteis; bebed la sangre, que derramasteis. Una piadosa confesión puede absolver lo que los impíos deseos cometieron.

SALMO CINCUENTA

Para el fin. Salmo de David. Cuando vino a él el profeta Natán, cuando entró a donde Bersabé.

[In finem, psalmus David, cum venit ad eum Natham propheta, cum¹ intravit ad Bersabee].

Vale la pena examinar con un poco de mayor cuidado este salmo, para que, con la ayuda de Dios, merezcamos conocer los profundos misterios de su virtud. Y, puesto que –como en la historia de los libros de los Reyes se atestigua (2Sam 13)– el rey y profeta se postró con humilde penitencia [169] y, habiéndosele echado en cara su pecado, no se avergonzó de confesarlo públicamente, con razón, juzgaron los veneradísimos Padres que el presente salmo se había de honrar con santísimo sentido figurado. Entre otros, el bienaventurado Jerónimo muestra que **Bersabé** es figura de la Iglesia o de la carne humana (*In Amos, cap. VIII, vers. 14²*). En cuanto a **David**, comoquiera que su persona se presenta adecuada para muchos lugares, afirma que es figura de Cristo el Señor. Y así como aquella mujer, cuando se bañaba en la fuente de Cedrón, desnuda de sus vestidos, fue del agrado de David y llamada a venir a los abrazos del rey, y por mandato real fue asesinado su marido³, así también la Iglesia, que es la congregación de los fieles, es asociada a Cristo, una vez purificados sus miembros de las sordideces de los pecados por virtud del baño del sagrado bautismo. Y fue así conveniente que, en aquellos tiempos, mediante un acontecimiento como éste, se indicaran los futuros misterios del Señor y se mostrara que hacía referencia espiritualmente a un gran misterio

²³TL., in textu: *salvat* [mss. A.B.F., solvat].

¹TL., *cum*; Vlg., *quando*.

²*Virgenes pulchras synagogas interpretantur*, es lo que leemos en el citado comentario al Amós.

³TL., nota a pie de página: Ed., *in loco quo ab hostibus perimeretur constitus est* [fue colocado en un lugar donde encontrase la muerte a manos del enemigo].

aquello que –entre los hombres– era considerado un crimen, perpetrado de manera culpable. En este sentido, recuérdese que también Dios ordenó al profeta Oseas tomar como esposa a una meretriz (Os 1,2), para significar, con ello, que la Iglesia de las gentes, ensuciada por sus pecados, tenía que ser purificada por medio de la unión del Señor. Asimismo, en el caso de Judá y Tamar, su nuera [Gén 38], o en otros casos semejantes, encontramos que –en sentido figurado– ha tenido lugar un hecho parecido a éste que así se trata, como dice el Apóstol: *Todas las cosas les acontecían en figura* (1Cor 10,11). También el santo Agustín, en los libros que escribió contra el maniqueo Fausto (*Libr. XXII, cap. 87*⁴) disertó muy diligentemente –entre otras cosas– sobre esta figura de David y Bersabé. Por lo cual, ya fuere esta similitud, ya fuere otra, mucho aprovechó al mundo haber errado, para ser satisfecho de tal suerte, de modo que de la herida temporal de uno solo obtuviera el género humano la salvación eterna. ¿Cuán grande fue –pregunto– la humildad del varón bienaventurado en el reconocimiento de su culpa, como para mostrar, después del perdón, tan gran constancia en la penitencia?. Extraño e insólito resulta que haya sido el pecado de adulterio el que allí, con tan gran compunción espiritual, se llorara. Nos sirve de estímulo, ciertamente, la confesión del ladrón [Lc 23,42]; nos alegramos de que, al instante, fueran miradas las lágrimas de Pedro [Lc 22,62]; nos conmueve la momentánea humildad del publicano [Lc 18,13]. Pero David –en tanto que se esfuerza más largamente por limpiar sus pecados– ofreció mayor motivo para que el hombre, tomado en general, pudiese quedar absuelto de sus culpas e hizo que sus lágrimas, al bañar los rostros de los que vendrían después, por ninguna prolongación del tiempo sean enjugadas. Consideremos también cuál fuere la humildad en el profeta. Una voz privada⁵ –por así decirlo– aterró el corazón del rey y se airó, más bien, contra sí mismo, reconociendo ser culpado por una justa reprensión. Tan gran caudillo de pueblos ingentes era para con su propia persona un severísimo verdugo, exigiéndose por sí mismo castigos tales que difícilmente podría soportar, si fueran otros los que se los impusieran. Es costumbre del vulgo excusar sus pecados, recurriendo a hábiles alegatos; pero el rey poderosísimo eligió, por el contrario, entregarse en presencia de todos, haciéndose reo precisamente aquél, cuyo juicio el pueblo había acostumbrado a temer. Y así, por esto mereció el perdón del Señor: porque no pasó a defender sus pecados. ¡Oh pecados, que en los momentos de mayor alegría se han de evitar!. Durante la persecución de Saúl, el que antes hubo pecado, hizo gala de numerosas virtudes, una vez establecido en la seguridad de la realeza [1Sam 18,8 ss.]. Aprendemos así, por medio de este hecho, que no conviene buscar la felicidad de este mundo, pues mayor es el progreso en la aflicción y tanto más se peca en la prosperidad. Pero debemos saber que, en este salmo, la figura retórica empleada es la conocida con el nombre de *concessio*, la cual tiene lugar, cuando un reo no sale en defensa de aquello que hizo, valiéndose de ningún argumento eximente, sino que abiertamente pide con humildad su absolución, hecho éste que, sin duda alguna, puede encontrarse, de manera general, en todos los salmos de penitencia.

División del salmo

Observamos que este salmo está estructurado, muy convenientemente, según cinco partes, de manera que así como todo pecado se comete, mediante cada uno de los cinco sentidos corporales, así también, en un número igual de partes, pueda expiarse la iniquidad perpetrada. La primera parte es la satisfacción de una perfectísima humildad. La segunda, la confianza en la misericordia del

⁴AUG., *Contra Faustum Manichaeum*. Libr. XXII, cap. 87 (PL 42,458-459).

⁵TI., *vox quasi privata*. Entiéndase, la voz de uno en particular, la voz de un simple ciudadano. En este caso, el profeta Natán (2Sam 12).

Señor, confianza de la que siempre es provechoso que los fieles no carezcan. En la tercera, pide al Señor que aparte de los pecados su vista y que, por el contrario, la santa Trinidad lo mire compasiva. Añade, en la cuarta, que a todos los pecadores los ha él de animar –siempre más y más– al deseo de la súplica, si tan ingente iniquidad fuere perdonada a su persona. En la quinta parte, trae a la memoria la razón de la Iglesia, que –a través de su semilla– habrá de ser edificada, cuando venga el Señor. En esta última parte, promete –pletórico ya de alegría– que en su altar se ofrecerán sacrificios de novillos. Se concluye así la piadosa súplica y se anuncian los gozos de la salvación futura.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Apiádate de mí, oh Dios, según tu gran misericordia** [*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*].

Verso 2.– **Y según la abundancia de tus compasiones, borra mi iniquidad** [*Et secundum multitudinem miserationum tuarum dele iniquitatem meam*]. Aquel rey poderosísimo y vencedor egregio de muchas naciones, después de haber escuchado la reconvención del profeta Natán, no se avergonzó de confesar públicamente su pecado y no acudió a nocivas justificaciones, a las que, con gran frecuencia y de manera impúdica, se apresuran a recurrir los hombres, sino que, postrado al instante con saludable humildad, ofreciéndose a sí mismo a Dios, penitente vestido de púrpura, elevó sus súplicas en medio de piadosas lágrimas. En efecto, el siervo fiel no se esconde tras argucias engañosas, sino que asume de inmediato la culpa de los delitos cometidos. ¡Admirable comienzo!. En efecto, al decir al Juez: **Apiádate de mí**, sabe que ha sido llevado a un lugar de juicio. Esta voz no viene desoída, sino escuchada siempre con serenidad, y es el único hecho por el que, sin oposición alguna, podemos ser defendidos de algo. Pedía, ciertamente, una **misericordia**, que no podía determinar, pero que la comprendía, no obstante, como muchísimo más grande que sus propios pecados. Tan grande era, en efecto, que los santísimos Padres dijeron: ¿Quién se bastare, para narrar que tal misericordia hiciera bajar del cielo al Creador del mundo y vistiera al Hacedor de un cuerpo terreno, y al que permanece, por la eternidad, igual al Padre lo igualara al hombre mortal y, por nosotros, impusiera forma de siervo al Señor del mundo; que el mismo que es el pan tuviera hambre; que el que es la fuente de la vida tuviera sed; que el que es la fortaleza se hiciera débil; que el que es la vida todopoderosa conociera la muerte? ¿Qué mayor misericordia, en fin, que, por nosotros, el Creador fuera creado, que el Dominador se hiciera siervo, el Redentor fuera vendido, el Exaltador fuera humillado, el Vivificador conociera la muerte?. Ésta era aquella **gran misericordia** que el santo varón no podía explicar, pero que tenía la seguridad de que, por medio de ella fácilmente podía ser absuelto; la seguridad de que, por medio de ella, el género humano ya podía ser liberado. En la expresión: *Apiádate de mí, oh Dios, según tu gran misericordia* se encuentra el modo de argumentación conocido con el nombre *a coniugatis*. Ciertamente, la *piEDAD* baja de la fuente de la *misericordia*. Sigue: **Y según la abundancia de tus compasiones, borra mi iniquidad**. ¿Qué no podía dar, pues, en su favor, rogaba al Señor que lo perdonara? [170]. En efecto, la abundancia de la indulgencia divina, sobrepasa con mucho la cantidad –por grande que ésta sea– de cualquier clase de pecados. Y el delito, contra el cual se pedía el socorro de tan gran misericordia, no tenía poder para abatirla. A este argumento se le llama *a parte maioris*. En efecto, aun cuando nuestros pecados sean ingentes, mucho mayor es la misericordia del Señor. Ruega, por tanto, la abundancia de su piedad para con todos sus delitos, esto es: pues, por medio del profeta, había conocido la remisión de la presente iniquidad, pide merecer también el perdón de todas las maldades, que en diversos momentos de su vida pasada hubiese podido cometer. Muy sabiamente no quería que quedara en él ninguna huella de delito, porque en el libro de la vida será inscrito sólo aquél de quien hayan sido

borrados todos los pecados.

Verso 3.– **Lávame del todo de mi injusticia y de mi delito purifícame** [*Usquequaque lava me ab iniustitia⁶ mea, et a delicto meo munda me*]. Restregando bien debe ser lavado aquél que está ennegrecido por el veneno de los pecados, porque, si se lo hace con negligencia, no queda limpio quien se encuentra manchado por tinte tan oscuro. **Del todo**, es decir, doquier, por todas partes, para que, a un tiempo, quede perdonado también todo aquello en lo que bien sabía él haber pecado en épocas anteriores. En efecto, alguien puede ser lavado y, sin embargo, no quedar limpio del todo. Por eso añade: **Purifícame**. Lávame de modo tal que nada impuro permanezca en mí. Pero este lavacro, que tan a fondo limpia las manchas del pecado que lo que está sucio queda más blanco que la nieve, significa la pureza salvadora del bautismo, donde todos los pecados cometidos –tanto el de los orígenes como los propios– son destruidos tan de raíz que nos devuelve aquella pureza originaria en la que el primer Adán fue creado. Mas, ¡ojalá llegásemos a conservar la dignidad de tan gran beneficio, de modo que los pecados, que pululan a nuestro derredor, no nos volvieran a ennegrecer!. Pide, pues, el profeta –prefigurando el sagrado bautismo– **ser lavado de su injusticia**, de manera que, por bajar la guardia en la seguridad, no reincidiera en la negligencia, una vez obtenido el perdón. En efecto, debemos estar muy atentos a que los últimos días de nuestra vida no lleguen de nuevo a debilitarse, como dice Salomón: *En su final todo hombre será alabado* (Sir 11,30).

Verso 4.– **Porque mi iniquidad yo conozco, y mi pecado contra mí está siempre** [*Quoniam iniquitatem meam ego agnosco⁷, et peccatum meum contra me est semper*]. Sabiendo el profeta que el Señor es piadoso, pero que –no por ello– deja de ser justo, de manera conveniente ha querido mezclar la equidad con sus súplicas, a fin de que –en modo más fácil, aun cuando sin que falte la justicia– se preste oídos a aquello por lo que con tanta insistencia ha suplicado. Sabe de cierto que su pecado merece castigo, pero asegura que el Señor lo va a perdonar, en cuanto que es él en persona quien confirma su propia condena, como dice Salomón: *El justo en el principio de la palabra es acusador de sí mismo* (Prov 18,17). Así, pues, prestemos atención a lo que dice: **Yo conozco**. En efecto, aquellos pecados, que con plena conciencia admitimos haber cometido, son más graves; no así los que, por ignorancia, cometemos. O dice, tal vez, lo siguiente: Todos pueden saber cuáles son sus pecados, pero solamente los **conocen** aquéllos que los condenan, maldiciéndolos personalmente. La penitencia perfecta es, ciertamente, guardarse de los pecados futuros y sentir pesar por los pasados. Efectivamente, en primer lugar, después de cometido el crimen e interpelado por el profeta, respondió que merecía ser castigado con la muerte aquel hombre rico, que había ambicionado la única oveja del pobre (2Sam 12,5). Entonces, aún no creía que era precisamente su pecado el que se había de llorar; pero ahora, cuando arrepentido y postrado humildemente se lamenta, dice que contra él están sus delitos, como si de cierta imagen figurada se tratara. Y añade: **Siempre**, como algo que constantemente contempla, incluso teniendo cerrados los ojos. Pero esta permanente contemplación de los pecados muestra la perseverancia de una piadosa súplica, pues cuantas veces tales cosas las miramos con el corazón tantas otras veces deploramos haberlas cometido. En efecto, lo que dijo el Señor en el salmo anterior: *Argüiré contra ti, y la pondré contra tu cara* (Sal 49,21), es lo que se aplica a sí mismo el santísimo varón, cuando exclama: **Y mi pecado contra mí está siempre**. Así, pues, con justicia, pedía ser absuelto el que ya aquí realizó consigo

⁶TL., in textu: *iniustitia* [mss. A., B., F., iniquitate].

⁷TL., *agnosco*; Vlg., *cognosco*.

mismo aquella representación del juicio futuro. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *procatalepsis*, en latín *praeoccupatio* [anticipación, prolepsis]. En efecto, como si estuviera ya en el escenario del juicio futuro, siente gran temor ante el terrible examen de sus pecados.

Verso 5.— **Contra ti solo he pecado, y lo malo en tu presencia he hecho; para que seas justificado en tus palabras y salgas vencedor, cuando seas juzgado**⁸ [*Tibi soli peccavi, et malum coram te feci; ut iustificeris in sermonibus tuis, et vincas cum iudicaris*]. Aparece de nuevo aquí el silogismo entimemático, del que hablamos ya en el salmo veinte. Su proposición es la siguiente: El Señor es justificado en sus palabras, y sale vencedor, cuando es juzgado. Se añade a esto, como conclusión, la sentencia expresada de antemano: Luego, *contra ti solo he pecado, y lo malo en tu presencia he hecho*. Según costumbre de los mayores, en los silogismos en que se espera respuesta, consta que esto está permitido, sin incurrir en falta alguna. Pero vayamos ahora a la exposición de la palabras: **Contra ti solo he pecado**. Si alguien de entre el pueblo llega a extraviarse, peca contra Dios y contra el rey. Pero, cuando el rey comete delito, es reo sólo ante Dios, porque no hay hombre que pueda juzgar sus acciones. Con razón, pues, dice el rey que *ha pecado* sólo contra Dios, porque solamente Él podía hacer que desaparecieran sus delitos. Y, puesto que sabía que Dios está en todas partes, a justo título, deploraba en su presencia **el mal que había hecho**, arguyendo contra su propia locura, al no haber temido pecar, aun estando presente tan gran Juez. Mas, con razón, dice que **son justificadas las palabras** del Señor, porque todo lo que Él dice, sin duda alguna, halla siempre su cumplimiento, conforme a lo que está escrito: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt 24,35). Sigue: **Y salgas vencedor, cuando seas juzgado**. Es un Dios de justicia tan grande que quiere ser juzgado, junto con los hombres. Él mismo dice, en efecto: *Juzgad entre yo y mi viña* (Is 5,3). Y en otro lugar dice: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en que qué te he contristado? Respóndeme* (Miq 6,3). De ahí que ahora el profeta confiese que el Señor practica con él la justicia de tal modo que *saldrá absolutamente vencedor, cuando fuere juzgado*. Así dice también Baruq: *Decís al Señor, Dios nuestro: para ti la justicia; mas para nosotros, la vergüenza de nuestro rostro* (Bar 1,15). Estaba, ciertamente, en su ánimo el hecho de que, desde su condición de pastor, había llegado a ser rey; de que había recibido pueblos, para regirlos; de que, sin consideración de su honor, había delinquido. Así, pues, en el juicio hecho por otro, por fuerza tenía que salir vencedor el profeta, que ya se había declarado perdedor, tras haberse examinado a sí mismo. Algunos aplican también esto a la pasión del Señor, cuando —juzgado y condenado— descargó al mundo de sus culpas.

Verso 6.— **Pues he aquí que en las iniquidades fui concebido, y en los delitos me parió mi madre** [*Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in delictis peperit¹⁰ me mater mea*]. Se aminora aquí la malevolencia del pecado, al comparar su delito con los delitos generales, a fin de que su misma abundancia y la confesión de los pecados llegase a suscitar la compasión del buen Juez. Por consiguiente, éste es el sentido: Pues qué, ¿diré que soy acusado ahora por las cosas que hice, yo que, ya desde el pecado original, fui concebido en la iniquidad, de manera que contraje

⁸Hebr., תְּזַכֶּךָ בְּדַבְרֶיךָ תוֹכַח בְּשִׁפְטֶיךָ [para que seas reconocido justo en tu hablar y puro en tu juzgar]. Los LXX: ὅπως ἂν δικαιωθῆς ἐν τοῖς λόγοις σου καὶ νικήσῃς ἐν τῷ κρίνεσθαί σε [para que seas justificado en tus palabras y triunfes, cuando seas juzgado].

⁹Hebr., וּבַחֲטָא יִחַמְתֵּנִי אִמִּי [y en pecado me calentó mi madre]. Calentar, término tomado de las aves, cuando fecundan sus huevos. Los LXX: καὶ ἐν ἁμαρτίαις ἐκίσσῃσέν με ἡ μήτηρ μου [y entre pecados me concibió mi madre].

¹⁰TL., et in delictis peperit; Vlg., et in peccatis concepit.

pecado, aun antes de haber empezado a vivir? A este modo de argumentar se le da el nombre de *Ab antecedentibus*. En efecto, no es novedad que pecara aquél que **en las iniquidades fue concebido y en los delitos fue engendrado**. ¿Puede haber algo más humilde, más simple que ser acusado de un solo pecado y, al mismo tiempo, confesarlos todos?. Con razón, pues, el indulto resulta fácil para aquél que, aún después del don de la absolución, se esfuerza [171] de muchas formas por presentarse a sí mismo como merecedor de reproche. Escuchen los pelagianos y avergüéncense de ir contra la verdad manifiesta. Pues, ¿cómo puede ser que, en cualquier temprana edad, no necesitemos ser absueltos quienes entramos en este mundo, cargados de delitos tan graves?. También Job con palabras semejantes confiesa: *Nadie está limpio ante ti, ni siquiera el niño, cuya vida sobre la tierra es de un solo día* (Job 14,4). Asimismo el apóstol Pablo, vaso de elección, hace mención –entre otras muchas cosas– de este mismo asunto, cuando dice: *También nosotros fuimos en otro tiempo naturaleza del hijo de la ira, igual que los demás* (Ef 2,3). Y también: *Por un solo hombre entró el pecado en el mundo; y, por el pecado, la muerte. Y así en todos los hombres entró la muerte, por cuanto todos pecaron* (Rom 5,12). Y, de igual modo, el que en sí mismo es la Verdad proclama, en el Evangelio, la sentencia definitiva: *En verdad, en verdad, os digo: si alguien no hubiere renacido del agua y del Espíritu Santo, no puede ver el reino de Dios* (Jn 3,3). Pregunto, por tanto: ¿Por qué los niños, que no pueden ser culpados de haber cometido iniquidad alguna, son considerados ajenos al reino de Dios?. Sólo resta concluir que los niños están sujetos al pecado original, porque, antes de cometer los suyos propios, llevan consigo el pecado del primer hombre. Existen también otras veracísimas razones y, por ello, la maldad humana no revisa consigo misma sus sacrílegos errores. Queda aún la segunda maldad de estos pelagianos, porque de tal modo ponen el libre albedrío en las fuerzas humanas que consideran que los hombres pueden por sí mismos concebir o hacer algo bueno, sin el auxilio de la gracia de Dios. Y si esto fuese así, ¿por qué iba a decir el profeta: *Dios mío, su misericordia me tomará la delantera* (Sal 58,11)?. Cuando oyes que la misericordia de Dios te ha tomado la delantera, se te está dando a entender que nada tuyo va por delante. En otro salmo, dice también: *Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican* (Sal 126,1). Y asimismo: *Por el Señor serán dirigidos los pasos del hombre y deseará grandemente su camino* (Sal 36,24). En otro lugar, atestigua el salmista: *El Señor levanta a los abatidos; el Señor liberta a los cautivos; el Señor ilumina a los ciegos* (Sal 145,7). Cuando escucháis que el Señor toma la delantera, que edifica, que dirige, que levanta, que liberta y que ilumina, sin que ningún mérito preceda a estas obras, ¿qué hecho particular reconocéis que ha comenzado allí, sino sólo aquél, por el cual con toda justicia, a causa de vuestra soberbia, habéis sido condenados?. Pero, tal vez, podáis decir que el profeta Isaías aprueba el libre albedrío, cuando dice: *Si quisierais y me obedecierais, comeréis los bienes de la tierra* (Is 1,19). Y Ezequiel: *Haceos un nuevo corazón y un espíritu nuevo* (Ez 18,31). Y también: *Si hoy escucharais su voz, no endurezcáis vuestros corazones* (Sal 94,7-8). Pero oís estas cosas y otras semejantes a ellas, entendiéndolas de manera pésima, al creer que los hombres toman de ellos mismos el comienzo del buen obrar y que reciben –pero la reciben después– la ayuda de la Divinidad; y, al creer asimismo –cosa que es impiedad decir– que nosotros somos causa de su favor, no Él de sí mismo. Siendo esto así, ¿cómo será ya verdadero lo que dice Juan: *De su plenitud todos hemos recibido, y gracia por gracia* (Jn 1,16)? ¿O cómo podrá decirse que la gracia es gratuita, si la celeridad preanunciada de algún bien le toma la delantera?. Escuchad al Apóstol, que con predicación verdadera echa completamente por tierra vuestra falacísima enseñanza, diciendo: *¿Quién le dio primero, y le retribuirá? Porque de Él, y por Él y en Él existen todas las cosas* (Rom 11,35). Asimismo, dice el Apóstol: *De quien es el querer y el hacer, según le parece* (Flp 2,3). Y el apóstol Santiago: *Toda dádiva buena y todo bien perfecto es de arriba, descendiendo del Padre de las luces* (Sant 1,17). Pero os persigue otra absurdidad mucho peor. Si de nosotros procediera el comienzo

del buen obrar, seríamos nosotros los que pondríamos, más bien, el fundamento sobre el que Dios edificara, cosa que, ciertamente, ninguna mente sana puede aprobar. Por lo cual, dejad ya de defender cosas que no podéis realizar. Con obediencia lo escuchan aquéllos a los que Él mismo les hace escuchar; lo desean, provechosamente, aquéllos que reciben el beneficio de la Divinidad. En efecto, después de ser corrompida la naturaleza del género humano, el Señor le otorgó la salutífera parte del libre arbitrio y le concedió, por su piedad, la facultad de obrar por sí mismo. Ciertamente, los bienaventurados y muy doctos Agustín, Jerónimo y Próspero dedicaron mucho más espacio y tiempo a la enseñanza de todas estas importantes cuestiones, gozando de la probación general, gracias al favor divino. Pero la execrable herejía ha hecho que también nosotros abordáramos –sea siquiera rozándolas– aquellas cosas, que son del todo contrarias a nuestra salvación.

Verso 7.– **Pues he aquí que tú has amado la verdad; las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría me las has manifestado**¹¹ [*Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi*]. Así como en el verso anterior, por medio del delito común, probó que nadie es restituido libre de pecados, por segunda vez y por medio de su propia confesión, suplica al Señor que venga en su socorro, porque, al confesar el pecado, ha declarado aquella **verdad**, que el Señor Dios desea más que todos los sacrificios. En efecto, Dios no se alegra de nuestras penas, sino que desea la confesión del error, como está escrito: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez 18,32). Las cosas imposibles de entenderse completamente, por contener en sí determinadas ambigüedades¹², decimos que son **inciertas**. Pero son **ocultas** aquellas otras que ni el ojo ve ni la mente humana discierne. Dice que estas dos cosas no sólo le han sido reveladas, sino que declara que le han sido **manifestadas**, de manera que lo que había sido difícil incluso de imaginar le llegara en la declaración de forma manifiesta. Y observa cómo, mediante una adecuadísima definición, pone juntos los dones que se le han concedido. En efecto, al decir: *Las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría me las has manifestado*, muestra qué es la profecía. Otro peso añade a su reato, con objeto de que, al enumerar los beneficios, se acrecentara siempre la culpa. *Inciertas y ocultas* son, por tanto, aquellas cosas que Dios le reveló en la manifestación de su Hijo. Que conociera, en primer lugar, que ésta¹³ tenía un hijo; que supiera, después, que había de venir de su propia semilla por medio de la ascensión de la carne; que predijera también los hechos futuros de la pasión y anunciara la gloria de la resurrección. Y por ello dice que no debió pecar, habiendo merecido conocer tales cosas. ¡Oh santa simplicidad! ¿Quién pudo afanarse tanto en su propia defensa cuanto éste se esforzó en su propia condenación? A esta argumentación se le da el nombre de *a causis*. Dice, en efecto, que después de tantos beneficios recibidos, no debió llegar a tales pecados.

Verso 8.– **Me aspergerás con hisopo, y seré limpio; me lavarás y blanquearé más que la nieve** [*Asperges me hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor*]. Postrado en

¹¹Hebr., הֵן אָמַת הַפֶּצֶת בְּשֵׁחֹת וּבְסֻתָּם הַכְמָה תִּדְרִיעֵנִי [*He aquí que tú amas la verdad en lo más íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender la sabiduría*]. Los LXX: ἰδοὺ γὰρ ἀλήθειαν ἠγάπησας τὰ ἄδηλα καὶ τὰ κρύφια τῆς σοφίας σου ἐδήλωσάς μοι [*He aquí, pues, que tú has amado la verdad, las cosas oscuras y los secretos de tu sabiduría me has revelado*]. También S. Agustín traduce aquí por *cosas inciertas*, pero mejor sería –por el contexto– traducir por *cosas arcanas*. Así lo hace Scio de San Miguel.

¹²En latín, *ambiguitas* admite también el sentido de *oscuridad*.

¹³TL., *ut agnosceret eam habere Filium*. No lo dice el texto, pero habrá que entender que el pronombre *eam* se refiere a la Virgen María.

la súplica anterior, confiando en la misericordia del Señor, se levanta en la segunda parte, a fin de que no pareciera haber desesperado de la clemencia del Dios todopoderoso, cosa que sería aún más grave que todos los pecados. El **hisopo**, aunque es una hierba muy pequeña, se dice que penetra con sus raíces en las entrañas de las rocas. Esta hierba se aplica también a las entrañas heridas de los hombres. En el libro del Levítico, impregnado el hisopo con la sangre inmolada, se solía rociar siete veces sobre el cuerpo del leproso (Lev 14,6-7), significando con ello que las manchas de los pecados serían borradas eficazmente por la sangre preciosa del Señor Salvador. Sirviéndose de esta similitud, suplica el profeta ser liberado, de manera que, en virtud de la sangre salvadora de Cristo, que con sincero corazón creía que habría de venir, pudiera merecer los dones de la absolución. Por medio del *hisopo*, se significan, pues, aquellos sacramentos acerca de cuales dijimos que no sólo limpian las suciedades, sino que muestran también la pureza del alma, reluciente **más que la nieve**. Ciertamente, entre en las cosas materiales, nada puede encontrarse más blanco que la nieve. Y por ello ha dicho: *Más que la nieve*, porque el alma espiritual [172] resplandece, con mucho, por encima de los cuerpos, que han sido limpiados. Esta figura literaria es denominada *hyperthesis*, en latín, *superlatio* [exageración, hipérbole], cuando, según nuestra manera de apreciar las cosas, nos esforzamos por sobrepasar la cualidad característica de algo concreto, que el sentido general bien conoce. Como, en el salmo diecisiete, quedó ya dicho, el mismo sentido tiene aquella expresión: *Y voló, voló más que las plumas de los vientos* (Sal 17,11).

Verso 9.– **Darás gozo y alegría a mi oído, y exultarán los huesos humillados**¹⁴ [*Auditui meo dabis gaudium et laetitiam, et exultabunt ossa humiliata*]. Se muestra ya aquí la piadosa confianza en Dios, hasta el punto de asegurar que habrá de oír cosas tales que llevan, a la vez, gozo y alegría. El **gozo** hace referencia al perdón; la **alegría**, a los premios perpetuos, que han de ser poseídos. Éstos son el gozo y la **alegría**, que se promete habrán de escuchar los que ya han sido perdonados: *Venid, benditos de mi Padre, percibid el reino que ha sido preparado para vosotros, desde el comienzo del mundo* (Mt 25,34). Sigue: **Y exultarán los huesos humillados**. Exultarán, ciertamente, una vez escuchada la sentencia anterior. Esta argumentación recibe el nombre de *a consequentibus*. En efecto, forzoso será que, tras escuchar estas palabras, venga detrás la alegría. Mediante la palabra **huesos**, se significa la firmeza del espíritu, que necesariamente había sido humillada, hasta tanto no tuviera lugar la absolución de este penitente. En efecto, dijo que sus huesos **fueron humillados**, a causa del reconocimiento de su error, reconocimiento éste que siempre nos hace provechosamente humildes.

Verso 10.– **Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades** [*Averte faciem tuam a peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele*]. Llega a la tercera parte, en la que ruega al piadoso Juez que no mire los pecados, que también a él mismo se le mostraban horrorosos. Pero fíjate en las reglas, que muy acertadamente vienen dadas, a partir de cosas contrarias. En efecto, si apartamos el rostro de nuestros pecados, hacemos algo que no está bien, pues olvidamos y tratamos con negligencia cosas, que deberíamos lavar con llanto ininterrumpido. Pero, si el Señor no **aparta su rostro**, como resultado, quitará la vida, porque entonces juzgará los delitos, que están ante su mirada. Así suplica también en otro lugar: *No apartes tu rostro de mí; y seré semejante a los que bajan al lago* (Sal 142,7). Y esto, con razón, porque, si somos mirados, somos absueltos por la misericordia del Salvador, como de Pedro se dice en el Evangelio: *Y miró el Señor a Pedro y,*

¹⁴Hebr., עֲצָמוֹת דְּבִיָּתָהּ [*huesos que tú has quebrantado*]. Los LXX: ὀστά τεταπεινωμένα [*huesos humillados*].

saliendo fuera, lloró amargamente (Lc 61,62). Sigue: **Y borra todas mis iniquidades**. Llamado a rendir cuentas, a causa de dos criminales delitos, el implorador prudentísimo pide perdón por todos sus pecados, en general. Era consciente, en efecto, de haber hecho otras muchas cosas, más allá de las que, en el momento presente, con toda justicia se le pedía rendir cuentas. Así, por medio de una sola absolución, pedía ser perdonado –a modo de saludable compendio– de cualquier otra cosa de la que pudiera merecer ser acusado. Pero, mediante la expresión: **Borra**, está diciendo *perdona*, porque toda culpa nuestra viene escrita –por así decirlo– en ciertas tablas, en las que se contiene el conocimiento divino.

Verso 11.– **Un corazón puro crea en mí, oh Dios; y un espíritu recto renueva en mis entrañas** [*Cor mundum crea in me, Deus; et spiritum rectum innova in visceribus meis*]. Cuidadosamente, palabra por palabra, debemos examinar estos versos, a fin de que su sentido brille para nosotros con la mayor claridad posible. Llamamos **crear** al hecho de instituir algo nuevo, de suerte que comience a existir algo que no existía. Pero, ¿cómo entender que, antes del pecado, no tenía un **corazón puro** David, de quien dijo el Señor: *Encontré a David, el hijo de Jesé, varón según mi corazón, que cumple todas mis voluntades* (Sal 88,21; Hch 13,22)?. Pero el verbo *crear* debe entenderse aquí en el sentido de *reedifica desde donde ha caído*¹⁵. Pide, pues, el profeta que le sea creado un corazón de tal modo puro que, a pesar del empuje de los pecados, en manera alguna pueda ser arrastrado a la culpa, sino que, afianzado firmemente, no pueda desviarse ya del buen propósito. Esto, ciertamente, les será dado a los santos, después de la resurrección. Pero este penitente, ávido de cosas buenas, encendido por el amor del premio venidero, pedía que lo que estaba dispuesto para el futuro le fuera concedido a él ya en este tiempo presente. Llama **espíritu recto** al Verbo, hijo de Dios, de quien en otro salmo se recuerda: *Vara recta es la vara de tu reino* (Sal 44,7). A causa de su naturaleza divina, con razón lo llamó *espíritu*, porque se lee: *Dios es espíritu* (Jn 4,24). **Renueva**. Se dice así, en razón de la figura literaria llamada *hypallagen* [hipálage, cambio], no porque el mismo Hijo hubiera de ser *renovado*, sino con referencia a aquel otro David, que –por la gracia– podía *renovar* al que, a causa de sus pecados, había envejecido. En efecto, nos *renueva* Aquél que, una vez abandonada la vejez del antiguo hombre, nos cambia a los nuevos dones de su regeneración. Pues, así como, por Adán, fuimos hombres viejos, así somos renovados, merced a los beneficios de Cristo (Ef 4,22), como dice el Apóstol: *Abandonando el hombre viejo junto con sus obras, revistámonos del nuevo, que es creado según Dios* (Col 3,9-10). Añade: **En mis entrañas**, de donde era consciente que se hallaba el origen del abominable pecado del adulterio. En efecto, para ambas partes pedía remedio, porque de una y otra había pecado. Y mira con cuánto vigor pide quedar limpio de su pecado, de manera que entiendas su inamovible propósito de nunca más cometer un crimen semejante. En efecto, del mismo modo que a la primera construcción no pueden unirse los miembros separados, así al verdadero penitente no pueden retornar los pecados del pasado. Pero, como a otros gusta, esto se puede explicar también de otra manera. El profeta pide que *Dios cree* en él *un corazón puro*, no pidiendo algo que no tenía, sino pidiendo que lo que ya existía llegase a alcanzar una total pureza. Decimos, ciertamente, que *crear* es también hacer algo nuevo. Asimismo, en otro lugar, se dice esto acerca de los fieles: *Por tanto, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo* (2Cor 5,17). He aquí que es ahora una nueva creatura, no en el sentido de ser otra, que antes no existía, sino en el sentido de que en aquélla que ya existía brilla ahora un nuevo resplandor.

¹⁵TL., Sed *crea* hic restaura unde decidit, debet intellegi.

Verso 12.– **No me arrojes de tu rostro, y tu santo Espíritu no lo apartes de mí** [*Ne proicias me a facie tua, et Spiritum sanctum tuum ne auferas a me*]. **Es arrojado del rostro** aquél a quien su curación se tiene en poco. Y ¿qué hará el enfermo, si la medicina se le retira?. Sabía, ciertamente, que de su rostro venían la salud del espíritu y la luz de la sabiduría, y estaba seguro de ser entregado al enemigo, si la sentencia del Señor fuera ser **arrojado de su rostro**. En efecto, aquí quiere tan sólo ser mirado, ya que más arriba pidió a gritos que no se le tuvieran en cuenta sus pecados. ¡Oh espíritu del profeta, preclaro incluso tras los errores humanos!. Ha guardado silencio acerca de la potestad y ha suplicado, sobre todo, acerca de los afectos. Sólo ha pedido que no le fuera arrebatado el **espíritu** de profecía, que el rey consideró precioso, por encima de todos los demás dones. En efecto, así testimonió también el profeta Jeremías sobre esta misma virtud, diciendo: *He aquí que he puesto mis palabras en tu boca; he aquí que te he establecido sobre las gentes y los reinos: para erradicar y demoler; para perder y exterminar; para edificar y plantar en derredor* (Jer 1,9). Con razón, pues, pide que le sea conservado lo que él ha reconocido tener como cosa más preciada, por encima de todas las riquezas. Pero fijate en que no ha dicho: *Dame*, como uno que no tuviese algo; sino que ha dicho: **No me quites**. Ciertamente, porque tal y tan alta súplica no podía venir, sino por medio del Espíritu santo.

Verso 13.– **Devuélveme la alegría de tu salvación, y con tu espíritu principal afiánzame**¹⁶ [*Redde mihi laetitiam salutaris tui, et spiritu principali confirma me*]. Vuelve al Hijo de Dios, al que, para mostrar a Cristo, ha llamado: **Alegría de tu salvación**, con cuyo nacimiento vino la salvación a las gentes, y lo que antes era para pocos, una vez reconocido por medio de una fe eminente, llegó a ser conocidísimo en el orbe entero. Por tal razón, cuando dice: **Devuélveme la alegría de tu salvación**, está significando a Cristo, con cuya contemplación se alegraba incluso entre las mismas lágrimas, y con el don de su profecía se alimentaba en medio de los ayunos de su penitencia. *Devuélveme*, ha dicho, pues había experimentado en sí un no sé qué de disminución de gracia. Ciertamente, porque uno se aparta de aquella gracia saludable en la misma medida en que [173] su modo de vida pueda ser tachado de reprehensible. En efecto, al decir: *Devuélveme la alegría de tu salvación*, estaba reconociendo, sin duda alguna, que había perdido la gracia del Espíritu santo, gracia que la fragilidad humana no puede poseer, cuando se halla en pecado. Sigue diciendo: **Y con tu espíritu principal afiánzame**. Aquel rey santísimo y profeta admirable no consideraba que su principal oficio era dictar derecho a sus súbditos o someter con la guerra a las naciones extranjeras, sino que, arrebatado por la más total contemplación, pedía con mayor deseo ser afianzado en el conocimiento principal que seguir estando constituido en la más alta realeza. Ha dicho: *Afiánzame*. Sí, para que no vuelva a pecar de nuevo, para que, por la mutabilidad del alma, ya no me aparte más de ti. Y no tengamos por algo sin importancia el hecho de que aquel varón –santo y resplandeciente por la iluminación del corazón– haya dicho, por tercera vez, *espíritu*, si no es porque, afecto a la indivisible Trinidad, ha pedido de Ella que le sea concedido el perdón. En efecto, en cuanto a la esencia divina, rectamente decimos que el único Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo– es *Espíritu*; pero, en cuanto a la distinción de personas, pertenece al Padre engendrar naturalmente al Hijo, sin comienzo, antes de los siglos; pertenece propiamente al Hijo ser engendrado naturalmente por el Padre; pertenece propiamente al Espíritu Santo proceder del Padre y del Hijo. Eternidad y potestad consustanciales, que con su amor y cooperación inefables hacen cuanto quieren en el cielo y en la

¹⁶Hebr., וְרוּחַ נְדִיבָה תְּסַמְכֵנִי [Y un espíritu libre me sustente]. La palabra hebrea נְדִיבָה [*n° dibāh*] tiene el sentido de *voluntario, libre*. Aplicada aquí al espíritu, quiere decir el espíritu de gracia, que es el autor de la verdadera libertad. Los LXX: καὶ πνεύματι ἡγεμονικῶ στήρισόν με [y con espíritu orientador fortaléceme].

tierra. Pero, aunque estas cosas son de naturaleza tal que nos resultan ahora incomprensibles e inexplicables, algunos Padres, sin embargo, proponen, para su comprensión, alguna comparación tomada de realidades corporales y existentes a un mismo tiempo. En efecto, en el sol encontramos las siguientes tres propiedades: la primera es la misma sustancia corporal, lo que el sol es; después, el esplendor que en él mismo permanece; la tercera, el calor que de su esplendor llega hasta nosotros. Considero, de este modo, que dicha similitud –si es que a tan excelsa realidad se le puede encontrar similitud alguna– se ha de entender de la siguiente manera: que lo que en el sol es la sustancia corporal, en la Trinidad se entienda, en cierto modo, como la persona del Padre; lo que en el sol es el esplendor, en la Trinidad se entienda la persona del Hijo, como dice el Apóstol: *Esplendor de su gloria* (Heb 1,3); finalmente, lo que en el sol es el calor, se entienda en la Trinidad como la persona del Espíritu santo, como se lee: *Y no hay quien se esconda de su calor* (Sal 18,6). Se piensa también en otro ejemplo, tomado, esta vez, de realidades incorpóreas, esto es, del alma, que sabemos ha sido creada a imagen de Dios. El alma, pues, es la misma sustancia incorpórea, racional, en la que se contiene su intelecto y vida. Así, lo que en el alma es la sustancia, en la Trinidad –si es lícito decirlo– se entiende la persona del Padre; lo que en el alma es la virtud y la ciencia, en la Trinidad se entiende la persona del Hijo, que es la virtud y la sabiduría de Dios; y lo que en el alma es la propiedad de vivificar, en la Trinidad se entiende la persona del Espíritu santo, por medio del cual se proclama que la obra vivificadora se realiza en muchos lugares, como el apóstol Pedro dice en su primera carta: *Mortificado en la carne, pero vivificado en el espíritu* (1Pe 3,18). También el apóstol Pablo escribe: *La letra mata, pero el Espíritu vivifica* (2Cor 3,6); y en el Evangelio dice el Señor: *El Espíritu es el que vivifica, pues la carne no aprovecha en nada* (Jn 6,63). Pero estas tres realidades mencionadas– aunque nuestro intelecto pueda advertir que son realidades distintas– en manera alguna se encuentran individualmente separadas, sino que están, por naturaleza, de tal modo unidas que, presentándose una de ellas, las tres se presentan siempre al mismo tiempo. Así, a través de estas comparaciones, que acabamos de exponer, respecto de una realidad tan alta, algo parecido a la verdad se abre para nosotros. Existen también otras disquisiciones de los Padres muy parecidas a éstas dos anteriores, pero que la limitación de la condición humana impide ahora entenderlas con toda claridad. Podrán ser comprendidas con total excelencia, cuando todos y cada uno de los bienaventurados puedan llegar a ver a Dios en su propia Majestad. No obstante, quien deseara conocer estas cosas más a fondo no deje de leer con atención los libros sobre la Trinidad de los santos Hilario¹⁷, Ambrosio¹⁸ y Agustín¹⁹. En efecto, es éste un asunto tan importante como largo para la disquisición. También el bienaventurado Jerónimo, cuando escribe contra los herejes, disertó de manera excelente y breve sobre la Trinidad, en su comentario precisamente de este mismo salmo.

Verso 14.– **Que yo enseñe a los malvados tus caminos, y los impíos volverán a ti** [*Doceam*²⁰ *iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur*]. Entra en la cuarta parte de la súplica, en la que, habiendo sido escuchado, muestra cuál es la gloria de Aquél que perdona, de manera que –una vez purificado totalmente– sea también él enriquecido, al hacer que otro se convierta de su infidelidad, pues está escrito: *Pues quien hiciere que un pecador llegara a convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados* (Sant 5,20). En efecto, dos

¹⁷HILAR., *De Trinitate libri duodecim* (PL 10,25-472).

¹⁸AMBR., *De Trinitate. Alias in Symbolum Apostolorum tractatus*, (PL 17, 509-397).

¹⁹AUG., *De Trinitate*, (PL 42,819-1098).

²⁰TL., *doceam; Vlg., docebo*.

son las clases de maestros. Una primera es la que instruye con los ejemplos; la segunda es la que aconseja a los pecan sólo con las palabras. Las dos se han de considerar aquí. La primera rezaría así: Si el profeta es perdonado, se concede a los que delinquen la máxima esperanza de remisión. En efecto, ¿quién no se habría de sentir estimulado a la conversión, si era precisamente el rey y profeta el que daba ejemplo del perdón que a él mismo se le había concedido? La segunda puede entenderse de la siguiente manera: Liberado de la gran perdición, bien pudo anunciar a las gentes las diversas maravillas del Señor, que la lectura de los salmos que siguen va ofrecer. Promete también una provechosa ganancia, que es ésta: que habiendo perdonado a uno solo, muchos impíos son adquiridos, por medio de él. No se dice esto en interés de la exaltación, sino que se profetiza, por virtud de la providencia. En efecto, cuantos suplican al Señor, por medio de estas palabras, de reos se vuelven libres; de encadenados, felizmente absueltos.

Verso 15.— **Líbrame de las sangres**²¹, **oh Dios, Dios de mi salvación, y exultará mi lengua tu justicia** [*Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meae, et exultabit lingua mea iustitiam tuam*]. **De las sangres.** Contra la regla, ciertamente, de lengua latina aparece empleado aquí el número plural. Pero, puesto que tal expresión se contiene así en los ejemplares griegos, el traductor es, de todo punto, digno de alabanza. Ha preferido, sin duda, decir algo contraviniendo las normas de las cosas seculares, mejor que discordar con respecto a la verdad expresada. En efecto, si hubiese dicho: *De la sangre*, parecería, tal vez, dar a entender un solo pecado; pero, al emplear el número plural, da a conocer que evidentemente se trata de muchos. Tal hecho lo podemos considerar también como uno de los idiotismos propios de las sagradas Escrituras. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *exallage*, en latín, *mutatio* [cambio, mutación], es decir, cuantas veces —y contra lo que es costumbre— viene cambiado un género o un caso nominal. El profeta pide, pues, **ser librado** de los delitos carnales, a fin de dejar ya de pecar, cayendo en esta debilidad. En efecto, el vocablo **sangre** se emplea aquí en lugar de *cuero humano*, porque, entre los demás humores corporales, éste parece ser el más digno²². En efecto, también en el Evangelio se dice a Pedro: *No te lo ha revelado la carne ni la sangre* (Mt 16,17). La expresión: **Dios de mi salvación** significa al Señor Salvador, por el cual misericordiosamente es dada la salvación a los creyentes. Añade también: **Y exultará mi lengua tu justicia**. Es decir, si *me liberas de las sangres* —es decir, de los pecados—, **mi lengua** proclamará con rectitud tu alabanza, según en el anterior salmo quedó dicho: *Pero dijo Dios al pecador: ¿Por qué narras mis justicias?* (Sal 49,16). En efecto, una vez absuelto, pudo decir rectamente de dónde la ley divina sostiene al pecador. Ahora bien, esto parece suscitar en no pocos cierta pregunta: ¿Por qué el profeta, después de la absolución [174] del delito, ha dicho: **Alabaré tu justicia**, y no ha dicho lo que habría sido más adecuado decir, o sea, *alabaré tu piedad*? Efectivamente, debe dar gracias por la piedad el que ha rogado que con indulgencia se le absolviera. Pero, si consideras la causa en su razón profunda, convendrás que también fue propio de la *justicia* divina escuchar al que a ella clamaba, perdonar al que le suplicaba y tomar sobre sí al que se confesaba pecador. O bien, porque estas dos virtudes —piedad y justicia— van siempre unidas en el juicio divino, como en el salmo cien se va a decir: *Cantaré la misericordia y el juicio* (Sal 100,1), verso éste que, llegado su momento, con más claridad explicaremos.

²¹Hebr., הַצִּילֵנִי מִדַּמַּיִם [Librame de las sangres]. La palabra hebrea צַדִּיקָהּ [sîd^o qātēkā] se puede traducir también por *tu misericordia*. Los LXX: ῥῶσαί με ἐξ αἱμάτων [librames de las sangres].

²²TL., in textu: *potior* [ed., prior].

Verso 16.– **Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza** [*Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam*]. Proclama que los **labios** del profeta, que habían estado cerrados, a causa de su condición de pecador, volverán ahora a abrirse, gracias al beneficio de la absolución. En efecto, la boca sufre la condena del silencio para los que se hallan instalados en el delito, como dice también el profeta Isaías: *¡Oh, pobre de mí!, porque, siendo hombre, soy impuro, y tengo labios impuros, y habito en medio de un pueblo que tiene labios impuros* (Is 6,5). Pero también se llama **boca** al arcano del corazón, que es de donde se cantan fecundamente las alabanzas del Señor. Con razón, pues, tras la absolución del pecado, proclama que se abrirán sus *labios y su boca proclamarán la alabanza* del Señor.

Verso 17.– **Porque si hubieras querido un sacrificio, ciertamente yo lo habría ofrecido; pero tú no te deleitarás con los holocaustos** [*Quoniam si voluisses sacrificium, dedissem utique; holocaustis autem non delectaberis*²³]. Reconociendo el humilde pecador, al sobrevenir la culpa, su condición de reo, da a entender que –en caso de que el Señor aceptara, gustoso, los holocaustos y siendo él el rey– fácilmente habría podido ofrecer toda clase de sacrificios de animales, sacrificios que todavía en aquel tiempo se ofrecían en pago de la expiación de los pecados. Mas lo que sigue: **Pero tú no te deleitarás con los holocaustos** significa que, con la venida del Señor, los ritos sagrados, que por medio de la inmolación de animales se ofrecían, se habían ya de terminar. Se desprende de aquí que de tal modo el profeta ha sido conducido, en totalidad de espíritu, al Señor que no cree que la expiación le puede venir de los sacrificios, que en aquel tiempo se ofrecían, sino del ofrecimiento, ciertamente, de aquel otro sacrificio, del que a continuación se habla.

Verso 18.– **Sacrificio para Dios es un espíritu atribulado; un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia** [*Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum Deus non spernit*²⁴]. Después de haber dicho cuáles son los sacrificios que Dios ha despreciado, dice ahora cuáles son los **Él** que desea. En efecto, éste es el **sacrificio** que Dios quiere: un espíritu de soberbia, sacrificado por la humildad de la confesión. Sacrificio de donde no sale sangre, sino de donde fluyen torrentes de lágrimas. En efecto, este **espíritu**, cuando campa a sus anchas, nos encadena; cuando es **atribulado**, según Dios, nos hace libre. De este modo, por medio de la quinta especie de definición, que los griegos llaman *κατὰ τὴν λέξιν*, y los latinos *ad verbum* [literalmente], dice cuál es el sacrificio, cuyo ofrecimiento más agrada a Dios: un *espíritu atribulado*. Sigue también a esta sentencia una promesa, que no admite duda, por medio de la cual ya no se pide perdón para sí mismo, pues se trata de una promesa, hecha en favor de todos los que se humillan ante Dios: **Un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia**. Llama **quebrantado** al que se siente con vehemencia afligido por las fatigas de la penitencia. **Humillado**, ciertamente, ante Dios, es decir, el hombre soberbio, que, rebosante anteriormente de arrogancia, mediante una piadosa confesión, se vuelve ahora hombre sumiso. Y observa cómo se ha mantenido el orden de las cosas. En verdad, el **corazón** no se habría podido humillar, si una tribulación frecuente no lo hubiese quebrantado. De hecho, las palabras **Dios no desprecia** significan ya la autoridad de la santa promesa, que es proclamada, más que reclamada. Consta, en efecto, que tales oblações Dios nos las desprecia, como consta también que sí rechazó las de los sacrificios anteriores. Un examen cuidadoso de las sagradas Escrituras nos hace notar que la palabra *corazón* se emplea, a menudo, en

²³TL., *holocaustis autem non*; Vlg., *holocaustis non*.

²⁴TL., *non spernit*; Vlg., *non spernet*.

lugar de *inteligencia*. En efecto, dice el Evangelio: *Del corazón salen los malos pensamientos* (Mt 15,19). También el apóstol Pedro dice a Simón el Mago: *Pues tu corazón no es recto ante Dios* (Hch 8,21). Asimismo Isaías da testimonio al respecto, cuando dice: *Se ha endurecido el corazón de este pueblo* (Is 6,10). Igualmente, en el salmo cuatro, se lee como sigue: *¿Hasta cuándo seréis de duro corazón?* (Sal 4,2). En el siete está escrito: *Tú que escudriñas los corazones y los riñones* (Sal 7,10). También, en éste que estamos exponiendo, un poco más arriba se acaba de decir: *Un corazón puro crea en mí, oh Dios* (Sal 50,11), de manera que para todos quede fuera de duda que es allí –en el corazón– donde está la fuente de nuestros pensamientos y el origen de todo conocimiento bueno y malo. En efecto, también esta misma pequeña parte de nuestro cuerpo es de forma conoidea²⁵, que es imagen del fuego, de suerte que, al estar formado de tal manera, razonablemente de él nos puede venir el consejo.

Verso 19.– **Haz benignamente, Señor, en tu buena voluntad a Sion, para que sean edificados los muros de Jerusalén** [*Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut aedificentur muri Ierusalem*]. Entra la quinta parte restante, en la que –una vez depuesta la ansiedad de las desgracias y recordando con alegría la promesa divina– pide ya que se cumpla lo que el Señor se había dignado prometer. Suplica así que –pues la Sinagoga, en cuanto que establecida bajo la ley, cometió pecado, sucediéndole por la gracia de Cristo– se afiance *Sion*, esto es, la Iglesia católica. Dice, por tanto: **Haz benignamente, Señor, en tu buena voluntad a Sion**, como si aquel monte no hubiese estado entonces acabado completamente. Pero considera que en él se significa la Iglesia, por medio de la cual el mundo, verdaderamente, pudiera ser embellecido. ¡Oh región aquella, patrona de todas las tierras! ¡Oh ciudad del gran Rey, que llevas la imagen y el nombre de la patria celestial! ¿Quién se atreve a llamarte local, a ti que has colmado los confines del orbe entero del don de la santísima fe? En efecto, si acerca de esto deseas hallar alguna referencia histórica, tal vez, la puedas encontrar en los tiempos de Teodosio, cuando Eudoxia²⁶, su esposa, mujer religiosa entre las mujeres, amplió la gloriosa ciudad y la rodeó con un amurallamiento de mucha más consistencia.

Verso 20.– **Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, oblaciones y holocaustos; entonces ofrecerán sobre tu altar novillos** [*Tunc acceptabis sacrificium iustitiae, oblationes et holocausta; tunc imponent super altare tuum vitulos*]. Así razonaban, con frecuencia, los hombres más santos, para reemplazar también ellos la promesa votiva. Por ejemplo: *¿Qué retribuiré al Señor por todas las cosas que me retribuyó? Tomaré el cáliz saludable, e invocaré el nombre del Señor* (Sal 115,3-4). Así también se dice aquí, con referencia al Padre: **Entonces aceptarás el sacrificio de justicia**, esto es, la gloriosísima pasión de tu Hijo, que se ofreció como *sacrificio* por todos, para que el mundo recibiera la salvación, que sus obras no merecían. Pero, perfectamente, se ha definido qué es la venerable pasión del Señor: el **sacrificio de justicia**. Sigue: **Oblaciones y holocaustos**. Se refiere ya aquí a los fieles cristianos, que, tras la venida del Señor, abrazarían la fe, significando que se habían de ofrecer los corazones de todos los hombres vivos, no los miembros de los animales muertos. En efecto, a aquellos corazones un fuego precedero los consumía; a éstos un incendio vital los atormenta. Aquéllos, en solo un instante, eran reducidos a pavesas; éstos, habiendo quemado

²⁵TL., in textu: *sedes est* [ms. G et ed., conoides]. Se prefiere esta segunda.

²⁶Después de recibir el bautismo, Aelia Licinia Eudocia se casó con el emperador Teodosio. Usó, al parecer, su gran influencia en la corte para proteger a paganos y judíos. Favoreció desde su posición privilegiada la cultura, rodeándose de gramáticos y filósofos. En los años 438-439 hizo una peregrinación a Jerusalén. Posiblemente, durante su estancia allí propició la obra de amurallamiento, de la que Casiodoro nos informa.

temporalmente las almas por las tribulaciones sufridas, se encaminan a los gozos eternos de las delicias del paraíso. Sigue diciendo: **Entonces ofrecerán sobre tu altar novillos**. Es decir, los ofrecerán los sacerdotes, una vez constituida la Iglesia católica, gracias a los méritos de la pasión del Señor. Ahora bien, habiendo dicho anteriormente: *Pero tú no te deleitarás con los holocaustos*, habríamos de preguntarnos por qué se vuelve a prometer aquí que **se han de ofrecer novillos**. Pero esto se dice, por medio de la figura literaria de la *alegoría*, en virtud de la cual se dice una cosa, pero se significa otra. O, tal vez, ha empleado aquí la palabra *novillos* en lugar de los jóvenes inocentes, cuya edad es aún temprana y su cerviz ajena al yugo del pecado, insistiendo por ello en dicha palabra, con el fin de señalar que aquella ofrenda de la ley antigua era imagen de las realidades futuras. O es posible también que en el novillo –cuya imagen hizo suya el evangelista Lucas, representado en la figura de este animal– se contenga la promesa de los predicadores del Evangelio, los cuales no hicieron resonar el bronce con mugidos, sino que llenaron la tierra con la predicación de la fe del Señor. O, quizá, debemos ver, más bien, en tal hecho a aquéllos que –como novillos– ofrecieron sus propias vidas, cual ofrenda agradable, en los altares sagrados. En efecto, también el Padre Agustín, en cierto lugar, cuando trata de las figuras evangélicas, llama al Señor *novillo*, que se entregó a sí mismo como víctima para la salvación de todos. Por lo cual, ya sea que se trate de los adolescentes, ya de los predicadores, ya de los mártires, no obstante todo, el profeta pudo prometer que en los altares del Señor se ofrecerían novillos, adecuados a la religión cristiana.

Conclusión del salmo

Un salmo –dulce sobremanera– ha emanado, bajando de la amarga fuente de la compunción. Pero, ¿cuántas lágrimas creemos que el pueblo israelita derramó entonces, cuando con tan gran aflicción lloraba el príncipe?. Pues, ¿quién, llorando éste, no lloraría también él? ¿Quién, doliéndose, no gemiría, viendo que el rey, en lugar de una diadema adornada de gemas, llevaba ceniza en su cabeza, canoso por el polvo, que no por la edad?. No quiso, en efecto, ser visto adornado por fuera quien por dentro se sabía infamemente vergonzoso: más hermoso en sus suciedades, quien en los delitos rechazó la pompa del siglo. El dolor de un solo corazón fue, ciertamente, corrección de la ciudad, cuando incurrió en el crimen de la insania el que entonces presumió de estar contento. Sí, feliz –tres y cuatro veces– la ciudad, donde el dueño del mundo mereció hacer penitencia ante Dios, y el Rey celestial recibió la gloria de la crucifixión. Resulta de aquí que –aun cuando en este libro se contengan siete salmos de penitencia– es uso de las Iglesias que, siempre que se implora el perdón de los pecadores, no sin razón, se suplique mejor al Señor, por medio de este salmo. En primer lugar, porque la virtud de la humildad, que es del todo necesaria en los penitentes, en ningún otro salmo se encuentra expresada con una fuerza tan grande como para que al rey –poderoso y constituido en la cima de la profecía– pareciese faltarle tiempo, para llorar sus pecados, como si del último de los hombres se tratara. En segundo lugar, porque después de la promesa del perdón, se impuso a sí mismo una necesidad de lágrimas tan grande que talmente parecía no haber sido perdonado. Se ha elegido, claramente, un género de súplica –temperado y fácil– que toda edad, verdaderamente sabia, debería apetecer y, de inmediato, llevarlo a cabo con presteza. En efecto, nada que encierre dificultad se dice aquí, como sucede en los demás salmos de penitencia –por ejemplo, en el salmo seis, donde se lee: *Lavaré cada noche mi lecho, con mis lágrimas bañaré mi cama* (Sal 6,7); o el treinta y uno, donde se dice: *Grave se ha hecho tu mano sobre mí. Me volví en la desgracia, mientras se me clava la espina* (Sal 31,4); o el treinta y siete: *Se pudrieron y se deterioraron mis cicatrices a la faz de mi insipiente* (Sal 37,6); o el ciento uno: *Porque ceniza como pan comía, y mi bebida con el llanto moderaba* (Sal 101,10); o el ciento veintinueve: *Desde lo profundo clamé a ti, Señor* (Sal 129,1);

o el ciento cuarenta y dos: *Por mi enemigo persiguió mi alma, humilló en la tierra mi vida. Me colocó en lo oscuro como a los muertos del siglo, y mi espíritu ha sido angustiado en mí* (Sal 142,3)–, sino que, recriminado por el profeta y aterrado por la toma de conciencia de su pecado, pide el rey al Juez clementísimo que, purificado por su misericordia, quede totalmente limpio de todos sus delitos. Así, en otro lugar, el óptimo Maestro exigió a las fuerzas más vigorosas severas satisfacciones y permitió a las débiles estas otras más mesuradas. Con razón la piadosa madre Iglesia elige estas segundas, para invitar a sus hijos, de todas las maneras, a la gracia de la más dulce confesión. En efecto, quizá puede también entenderse aquí la razón por la que en este salmo dijo el profeta: *Enseñaré a los malvados tus caminos, y los impíos volverán a ti* (Sal 50,14). Ciertamente, porque preveía que también los pueblos futuros habrían de pedir, por medio de este cántico, los beneficios de la más copiosa penitencia. Veamos, claramente, qué es lo que este salmo nos permite repetir con meditación frecuente y no nos impide desear los honores eclesiásticos, pero que, si es dicho por un sacerdote sobre nosotros con voto de penitencia –puesto que es dado en razón de la persona– legítimamente nos prohíben los cánones acceder más allá. En efecto, todo lo que recibimos en el nombre de Cristo es conveniente que sea para nosotros un juicio inviolable y definitivo. Resulta así que está permitido que cada uno y ante sí mismo haga continuamente penitencia, pero que, cuando fuere dada por medio de un sacerdote, no nos permita acceder ulteriormente a los honores eclesiásticos. Pero tampoco su número carece de importancia. Hace referencia, en efecto, al año jubilar que, entre los hebreos rescindía los contratos y zanjaba las viejas deudas, tal como ordenó el Señor convocar –según está escrito en el libro del Levítico [Lev 25,10 ss.]– como año de remisión para todos los habitantes de la tierra. Hace referencia también al día de Pentecostés [Hch 2,1], cuando, después de la ascensión del Señor, el Espíritu santo vino a los apóstoles, haciendo milagros y concediendo los dones de los carismas. Así también este salmo, constituido con el número cincuenta, si se dice con corazón sincero, borra los delitos, vacía el quirógrafo de nuestra obligación y, con el auxilio del Señor, nos exonera –como el año de la remisión– de las deudas contraídas, a causa de los pecados.